P. Virgilio Cepari, S. J.



Vida de San Luis Gonzaga

Patrono de la juventud

VIDA
DE
SAN LUIS GONZAGA
PATRONO DE LA JUVENTUD

REPRODUCCION DE LA PRIMERA EDICION DEL

P. VIRGILIO CEPARI, S. J.

TRADUCIDA POR EL P. JUAN DE ACOSTA, S. J.

AUMENTADA CON NOTAS

POR EL

P. CECILIO GOMEZ RODELES,

Con un retrato iluminado en el frontispicio, una heliotipia, 11 grabados impresos aparte, 108 otras ilustraciones tomadas de documentos auténticos y de monumentos históricos, retratos, escenas, vistas, interiores, planos, autógrafos, arbol genealógico etc. etc.



Escudo de armas de los Gonzagas de Castiglione.
Tomado de la fachada de la iglesia dedicada á San Luis en Castiglione delle Stiviere.

EINSIEDELN, SUIZA, BENZIGER & Co.
EDITORES TIPOGRAFOS DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA.

NUEVA-YORK, CINCINNATI, CHICAGO: BENZIGER BROTHERS.
1891.

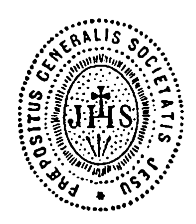
ANTONIUS MARIA ANDERLEDY

PRÆPOSITUS GENERALIS SOCIETATIS JESU.

Cum opus, cui titulus est *Vida de S. Luis Gonzaga de la Compañia de Jesus, por el P. Virgilio Cepari, traducida del italiano por el P. Juan de Acosta y aumentada con notas por los PP. Schröder y Rodeles, todos de la misma Compañia,* aliqui ejusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint et in lucem edi posse probaverint; facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita iis, ad quos pertinet, videbitur.

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas et sigillo Societatis nostræ munitas dedimus.

Fesulis, die 28 Martii 1891.



A. Mar. Anderledy
Praep. gen. S. J.

AL MUY REVERENDO PADRE

ANTONIO MARIA ANDERLEDY

PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

EN EL

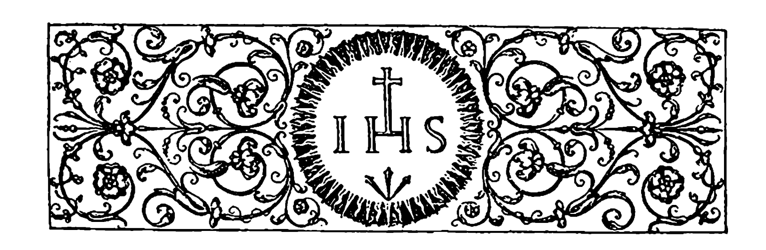
TERCER CENTENARIO

DE LA PRECIOSA MUERTE

DE SAN LUIS GONZAGA

COMO TESTIMONIO

DE VENERACION AMOR Y GRATITUD.



PRÓLOGO DEL ANOTADOR.

Recurriendo el 21 de junio de 1891 el tercer centenario de la muerte de S. Luis Gonzaga, y feliz aniversario del día en que esta flor admirable del jardin de Dios fué de la tierra trasplantada al cielo; justo es que hecho tan memorable sea celebrado con universal regocijo, y trasmitido su recuerdo á las generaciones venideras.

Verdad es que Luis Gonzaga no deslumbró el mundo ilustrándole con el resplandor de su ciencia; no puede ser encomiado como aguerrido capitan coronado con los lauros ganados en cien batallas; ni tuvo tampoco la gloria de ser esclarecido monarca, que por medio de sabias leyes y acertado gobierno hiciera feliz á toda una nacion. Y esto, no porque le faltase la disposicion necesaria para llevar á cabo estas y otras empresas semejantes; sino porque no plugo al Señor, en sus inescrutables designios, ponerle en circunstancias acomodadas para adquirar estas y parecidas glorias. Antes bien en la vida que hoy reproducimos se echará de ver el talento extraordinario de Luis, de que dió gallarda muestra en las pocas ocasiones que se le presentaron, la nobleza de su corazon, su esclarecido ingenio, y prudencia superior á sus años, admirada de propios y extraños, y que hicieron concebir de él las más halagüeñas esperanzas. Luis era tenido por joven extraordinario, llamado al feliz desempeño de negocios importantísimos;

y los Padres del Colegio Romano, segun el abonado testimonio del P. Budrioli, creian que el Señor con providencia especialísima habia hecho que el afortunado joven renunciase á las brillantes esperanzas con que le brindaba el mundo, para que á su debido tiempo demostrase su consumada prudencia y habilidad en el manejo de los negocios, poniéndole algun día al frente de la Compañía de Jesus.

El corazon del Príncipe de Castellon, más ennoblecido aún por la gracia de Dios que por los timbres heredados de sus antepasados, no se pagaba de las grandezas humanas, juzgando que sólo aquello merece el título de grande, que es digno de aprecio y estima á los ojos de Dios, y que, como él, es eterno. Para Luis la ciencia de los Santos es la más sublime de todas las ciencias; vencerse á sí mismo, la victoria más heroica; servir á Dios es reinar; y por esto la norma invariable á que ajustaba todas sus acciones era la eterna é inmutable voluntad de Dios, preguntándose para abrazar ó rechazar alguna cosa: *quid hoc ad aeternitatem?*

Guiado por estas máximas, aun en medio de las seducciones del mundo corrompido, y á pesar de los goces y encantos de la corte que por todas partes le rodeaban, se dió tan de lleno á procurar su propia santificacion, y en el poco tiempo que tuvo de vida llegó á tan sublime grado de santidad, que la Sede Apostólica, despues de elevarle al honor de los altares, le ha honrado con el título de ángel por la pureza, proponiéndole por patrono y modelo á la juventud.

Es por consiguiente muy justo que, al recurrir el tercer centenario de su glorioso tránsito, se conmemore con la debida pompa, y se legue á las generaciones venideras un digno recuerdo de tan feliz suceso. Pero los monumentos de piedra ó de bronce se van vulgarizando demasiado en nuestros días, y no son bastante á propósito para el fin que en esta ocasion nos parece debemos proponernos en honor del Santo y utilidad de sus devotos. Hemos, pues, determinado erigirle un monumento, que reproduzca fielmente el verdadero y genuino retrato de su nobilísimo espíritu, que perpetúe sus palabras y acciones, sus deseos y prósperos sucesos; que nos presente en accion al santo jóven, aspirando sin cesar al elevado fin que se propuso desde su infancia, y nos indique los medios por los que logró conseguirlo con denodado esfuerzo.

Muchas son las biografías de S. Luis Gonzaga publicadas en los tres siglos trascurridos desde su envidiable muerte; pero todas,

más ó ménos, proceden de una fuente comun, que es la escrita por el P. Virgilio Cepari, de la Compañía de Jesus. Esta obra tiene un conjunto tal de cualidades, que no se hallan ni se hallarán jamas reunidas en ninguna otra biografía del Santo.

Porque, tratándose de un libro histórico, adquiere éste inapreciable valor y autoridad cuando el Autor, no solamente tiene amor á la verdad y juicio recto para apreciar y narrar los hechos, sino ademas es testigo ocular de lo mismo que refiere. Ahora bien, el P. Cepari, no sólo fué contemporáneo de S. Luis Gonzaga, sino ademas condiscípulo y compañero suyo, viviendo varios años en la misma casa, y conversando con él con estrechísima amistad. Refiere, por consiguiente, lo que él mismo vió en aquel su amigo, lo que oyó inmediatamente de sus labios; y completa su relato con lo que le refirieron los Superiores, Confesores y Maestros del afortunado joven, su propia madre y hermano, sus criados y otras personas parientes y conocidas suyas. Y como si todo esto fuera poco, su amor á la verdad y exactitud histórica le llevó á visitar por sí mismo todos los sitios en que vivió el Santo algun tiempo, excepto España, y allí se informó detenidamente de cuanto hacia á su propósito, segun con juramento lo aseguran testigos fidedignos.

Pero la vida de los Santos tiene un carácter especial, de modo que, para escribirla apreciando los hechos como conviene, no basta haberlos presenciado ú oirlos referir á testigos abonados. Muchas veces las personas favorecidas de Dios con dones especialísimos son llevadas por el divino espíritu por caminos extraordinarios, que para los no entendidos en estas materias son de todo punto enigmáticos é incomprensibles. El que acomete la ardua empresa de escribir la vida de los Santos ha de ser, pues, hombre de espíritu y entendido en la vida interior por lo que en sí ó en otros ha experimentado, y debe ademas conocer los caminos extraordinarios por donde se complace Dios en llevar á veces á sus escogidos. Sin este discernimiento de espíritu, el atrevido escritor, ó nos hará ver la vida de su héroe desde un punto de vista que no es el verdadero, ó explicará los hechos con vaguedad, sin darles su justo valor, guiado tan sólo de las apariencias, sin penetrar el móvil propio y aquello que era como el alma que vivificaba las acciones exteriores, á veces vulgares de suyo, dándoles mayor realce y elevándolas á fines sobrenaturales, que las hacian á los divinos ojos dignas de eterna remuneracion.

Grata y no difícil tarea sería para nosotros presentar aquí el retrato que del P. Cepari nos hacen los historiadores de la Compañía de Jesus, proponiéndole como religioso ejemplar, entendido teólogo y acabado maestro de espíritu. Si los escritos revelan con bastante exactitud el carácter y el alma de su autor, para formarnos alguna idea de lo unido que la suya estaba con el sumo Bien, bastaría leer su preciosa obra de la presencia de Dios, tan estimada del Cardenal Belarmino, que murió, por decirlo así, teniéndola en la mano.

Hay mas: el P. Virgilio Cepari, mientras fué Rector del Colegio de la Compañía de Jesus en Florencia, tuvo el cargo de Director extraordinario de Santa María Magdalena de Pazzis, autorizado para verse con la Sierva de Dios siempre que lo desease la Santa, segun ella misma lo refiere, y se halla atestiguado en los procesos de su canonizazion. En este mismo tiempo en que el P. Cepari era su confesor, sucedió, que éste en la víspera de la fiesta del Corpus de 1600, por la tarde, estaba haciendo una exhortacion á la comunidad. Entónces Santa María Magdalena de Pazzis llamó á la H. María Magdalena Berti, que ántes de ser Religiosa habia tenido por confesor al mismo P. Cepari, y le dijo: — ¿Qué cree V. que está haciendo ahora el P. Rector? — De seguro, le respondió ella, que está en oracion. — Pues sepa V., añadió la Santa, sabiendo que en esto la complacia, que el P. Rector de la Compañía de Jesus en este mismo momento se halla hablando á sus Hermanos, de tal asunto. Y yo estoy viendo, cómo el Espíritu Santo le va sugiriendo todas las palabras que pronuncia.

Por lo que toca al estilo del P. Cepari, preferimos que el lector lo saboree y aprecie por sí mismo, admirando entre otras preciosas cualidades la claridad y sencillez de la narracion, y esa difícil facilidad propia de los grandes maestros en el arte de escribir, sin afectacion ni abandono, sin vanos adornos ni elegancia rebuscada. Aquí son los hechos mismos los que hablan al lector, presentándosele tal cual sucedieron, pero con órden y claridad, para que forme de ellos juicio exacto, y le sirvan de norma con que regular acertadamente sus acciones.

Verdad es que á veces, adivinando el autor los deseos del que lee, esclarece algun tanto los hechos con oportunas reflexiones, y va llevándole como por la mano para que más pronto y mejor pueda apreciar lo que se le refiere, sin pasar por alto circunstancias importantes.

Pero el libro del P. Cepari no es solamente una obra histórica, sino tambien y principalmente la biografía de un Santo, escrita para instruccion y enseñanza del lector, de modo que la relacion de los hechos le exciten á la imitacion de las virtudes que se le representan en accion, copiándolas en sí mismo segun la medida de la gracia que el Señor le comunicare. Podríamos aducir aquí, en confirmacion de cuanto hemos dicho, el éxito verdaderamente extraordinario que esta vida de S. Luis ha tenido desde que salió á luz, las numerosas ediciones que de ella se han hecho en varias lenguas, y los frutos de bendicion que su lectura ha producido en toda clase de personas, mayormente en la juventud. Sin embargo preferimos que el lector aprecie por sí mismo el mérito de esta obra, y él tambien saque de ella sazonados frutos, diciéndole «toma, lee» en la seguridad de que, si lo hace como conviene, glorificará á Dios, padre benéfico de Luis, y lleno de admiracion invocará confiado la poderosa proteccion del santo jóven, y se animará á imitarle en la práctica de las virtudes cristianas.

Teniendo, pues, una vida de S. Luis tan acabada y perfecta, hubiera sido tarea inútil, y ademas irrealizable, intentar ahora hacer otra nueva con motivo de conmemorar el actual centenario. Por esto hemos creido ser más acertado reproducir la traduccion castellana del P. Juan de Acosta de la Compañía de Jesus, que salió á luz por primera vez en Pamplona el año 1623, y luégo ha sido reimpresa en Valencia, Sevilla, Barcelona, Madrid, etc.

Al propio tiempo que esta edicion castellana se hacen otras en aleman, francés é inglés, y se reproduce de nuevo la obra original en italiano. Así resulta una edicion poliglota, para que en todas las principales lenguas se celebren las glorias del ilustre hijo de Ignacio, á fin de que le conozcan, admiren y glorifiquen todas las naciones del mundo católico, é invoquen su poderoso patrocinio.

El promotor principal y primer ejecutor de esta idea ha sido el R. P. Federico Schroeder, el cual ademas ha enriquecido con notas su traduccion alemana. Estas han servido de base á las que llevan las diversas ediciones de la vida de S. Luis, para que aun en esto haya la conveniente uniformidad en todas ellas.

Al llegar á este punto, para que mejor se conozca el mérito de la obra del P. Virgilio Cepari, creemos útil dar una sucinta noticia de los muchos y rigurosos exámenes á que fué sometida

de parte de la Compañía de Jesus y de la Santa Sede, y referir el honorífico y excepcional testimonio que recibió, antes de ser estampada por primera vez en Roma, en la imprenta de Zannetti, año de 1606.

Terminada la composicion del libro aprovechando el biógrafo las noticias propias, y las habidas de viva voz, y ademas los diferentes procesos de beatificacion, hasta el punto de que apenas se halla en ellos alguna que otra circunstancia no referida en esta obra admirable, el Autor la presentó al digno hermano de S. Luis, Francisco Gonzaga, príncipe de Castellon (pag. XIX), y éste al Papa Paulo V (pag. XVII), con lo cual parece como que recibió un sello de autenticidad muy recomendable.

Luégo, poco á poco, fué pasando el manuscrito por tal serie de exámenes y censuras, y lo aprobaron tantas y tan notables personas, que pudiera parecer investigacion nimia, si cada una de las revisiones no cooperara á disminuir la posibilidad de errar, al propio tiempo que las subsiguientes aprobaciones daban nuevo testimonio de la importancia de la obra.

En primer lugar fué aprobada por el Vice Gerente de Roma Mons. B. Gypsius, y por el Maestro del Sacro Palacio Apostólico el R. P. Fray Francisco Maria Brasichellen. Para poder dar esta licencia de imprimir el libro, fué éste previamente examinado por cuatro varones eminentes por su ciencia y especial conocimiento de estas materias, pertenecientes á varias órdenes Religiosas, de los cuales por lo menos tres habian conocido á Luis, y aun tratado con él íntimamente. Estos compararon la vida escrita con los procesos aprobados por el Patriarca de Venecia y por otros Sres. Arzobispos y Obispos; y todos cuatro censores aseguran con juramento, que aun los más insignificantes pormenores de la narracion son exactos y ajustados á lo aprobado en los procesos.

Ademas por su parte el M. R. P. Claudio Aquaviva, entónces Prepósito General de la Compañía de Jesus, sometió el libro del P. Cepari á la censura y minucioso examen de varios Padres, de que resultó, no solamente la aprobacion de la obra, sino ademas el honorífico testimonio que el mismo M. R. P. dió de las virtudes y santidad de Luis, como General de la Compañía, que habia admitido en ella al afortunado joven, y le habia gobernado como Superior suyo. (Véase la aprobacion en la pag. XXXI.)

Entónces fué cuando el Papa Paulo V nombró una comision de Cardenales, que de nuevo viesen el libro, con el intento de que este,

como dicen expresamente las actas, *tuviese en lo sucesivo la mayor autenticidad posible.* Los designados fueron estos: El Card. Jerónimo Bernerico, de la esclarecida Orden de Sto. Domingo, conocido en Roma por *il Cardinale integerrimo,* el Cardenal Roberto Belarmino, y el Cardenal Jerónimo Panfili, vicario de S. S., que despues, con el nombre de Inocencio X, brilló en el trono Pontificio. Esta comision, de la cual formaban asimismo parte otros teólogos y canonistas distinguidos, despues de haber examinado la vida de S. Luis durante cinco años, dió cuenta á S. S. en público consistorio de su mérito extraordinario, haciendo de ella grandísimos elogios, y dándole la aprobacion más completa. En vista de lo cual Paulo V., por Breve de 19 de octubre de 1605, *motù proprio et ex certa scientia nostra,* permitió darla á la estampa, y fundándose en cuanto en ella se contiene dió á Luis el título de Beato.

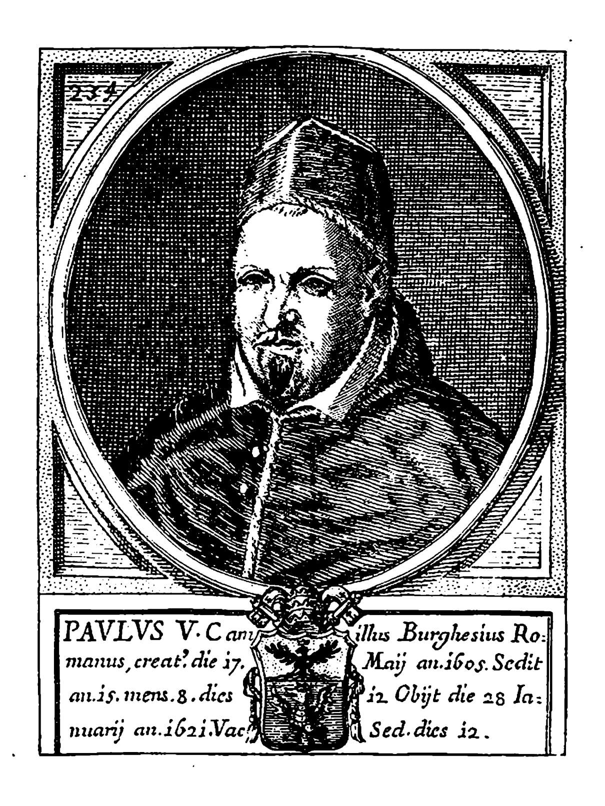
Poco difiere de la primera edicion de la vida del santo jóven, la segunda, que publicó el Autor en Piacenza el año 1630. En ella suprimió su dedicatoria á D. Francisco Gonzaga y la de éste á Paulo V, reprodujo casi á la letra la 1a y la 2a parte de la obra, en que se contiene propiamente la vida del Santo, y sólo en la 3a, que trata de los milagros obrados por éste y la propagacion de su culto, modificó algo lo publicado en la primera edicion. Nosotros, despues de haber cotejado detenidamente ambas ediciones, no hemos vacilado en elegir la primera para estamparla de nuevo, valiéndonos de la traduccion publicada por el citado P. Juan de Acosta. De la segunda edicion sólo tomamos la nueva division de capítulos introducida por el Autor, pues los de la primera son demasiado largos haciendo ménos cómoda y fácil su lectura. Aunque esta modificacion es tan accidental y justificada, va puesta al margen en números romanos la division primitiva. Desde luégo verá el lector que nos hemos atrevido á introducir en el texto otra leve innovacion, y es la de dar siempre á Luis el título de *Santo* cuando el P. Cepari le llama *Beato.*

El deseo de dar á la presente edicion algun valor histórico, que complete en lo posible el trabajo del santo y sabio Autor, nos ha movido á procurarnos fotografías y grabados de las personas y lugares y de algunos objetos que tienen especial relacion con la vida de S. Luis Gonzaga. De ellos y de alguna carta del afortunado joven se han sacado grabados tipográficos, como puede ver el lector, para embellecer así el monumento levantado á la gloria del ilustre hijo de S. Ignacio de Loyola.

Natural complemento de este trabajo ha sido el árbol genealógico de la familia Gonzaga, y el especial de la de Castellon. Para hacerlo, ademas del archivo de los Gonzagas de Mantua y el municipal de Castel Goffredo; hemos consultado las siguientes obras: Volta, *Compendio cronologico della Storia di Mantova,* publicada de 1807 á 1837; Conte Pompeio Litta, *Le famiglie celebri Italiane,* t. IV, obra que salió á luz en 1835, y otras varias.

Antes de terminar, séanos permitido exprimir nuestra más sincera gratitud á todos los que para realizarla nos han ayudado, procurándonos fotografías y grabados, y facilitándonos los medios de consultar documentos relacionados con la vida de S. Luis. Merecen especial mencion Caballero D. Esteban Davari, gefe del Archivo de la familia Gonzaga de Mantua, el Sr. Anticuario D. Carlos Giammatei Cosci, los RR. PP. Locatelli, y Castellani, de Mantua, y el R. P. Juan Bautista Van Meurs. S. Luis Gonzaga, en cuyo honor han trabajado, se dignará sin duda alguna recompensarles sus atenciones y desvelos, interponiendo en favor suyo su poderosa proteccion.





Á LA SANTIDAD DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE
EL PAPA PAULO V.

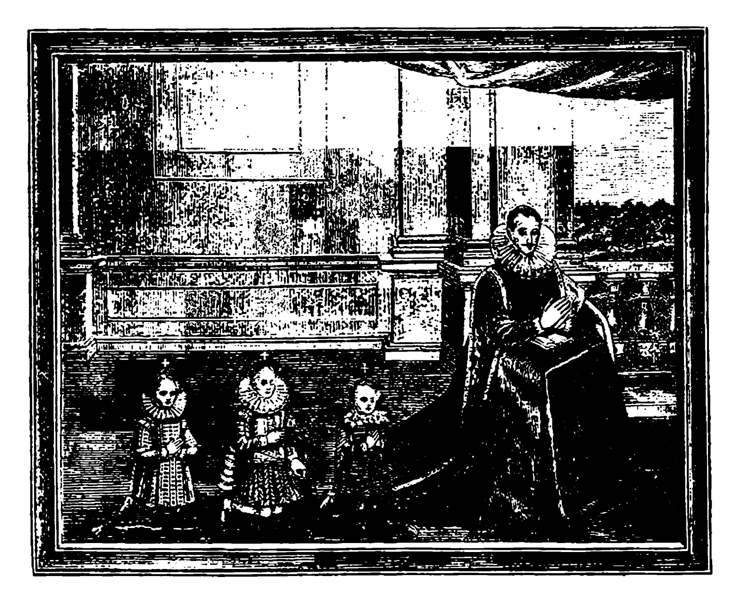
Beatísimo Padre:

Habiendo Dios hecho tan glorioso á san Luis Gonzaga (cuyo indigno hermano menor yo soy) por la santa vida que hizo, y por los milagros que ha obrado despues de su muerte; de modo, que sus imágenes son ya comunmente reverenciadas y adoradas en Italia y fuera de ella; y siendo así que todas las familias procuran conservar los retratos de sus antecesores y de las personas más gloriosas de aquella casa para honrar con esto su memoria; habia yo pensado, por la santa memoria de mi hermano, conservar en mi casa para honra y ejemplo mio y de mis sucesores esta historia,

como verdadero retrato, no del cuerpo ni del rostro, sino del alma, parte tanto más admirable cuanto ella hace admirable á todo el hombre, y tanto más digna cuanto ella es el principio de toda dignidad y merecimiento. Pero pareciendo á la santa memoria de Clemente VIII que no debia encerrar en mi casa esta luz, sino comunicarla á todos para beneficio comun del pueblo cristiano, y exhortándome á ello, como quien se acordaba muy bien de la maravillosa santidad con que vivió y murió, y sabia la fama grande de sus milagros; mudé de propósito, y me determiné de hacerla imprimir. No pude ejecutarlo en vida de Su Santidad, por causas forzosas que en aquella sazon me obligaron á salir de esta corte, é ir á Alemania, donde la Majestad del Emperador mi señor me llamaba, y en el ínterin murió el Pontífice. Ahora que Vuestra Santidad ocupa su silla con aplauso universal de la Iglesia, y no sólo ha aprobado estos intentos, pero ha pasado adelante en ellos, y habiendo oido la relacion que de su santa vida se le hizo en consistorio por los Ilustrísimos Cardenales, que para este efecto nombró, se dignó de honrarle con el título de Venerable en el breve que en los dias pasados me hizo merced de enviarme: vengo humildísimamente á poner esta historia á los piés de Vuestra Santidad, añadiendo á los milagros que hasta entonces habian sucedido, otros que de despues acá ha obrado nuestro Señor por su medio. Para hacer esto, á más de las razones dichas, y de otras obligaciones que á Vuestra Santidad tengo, hay otra muy principal, y es, que siendo Vuestra Santidad de quien los cortesanos del cielo reciben los grados y las honras que tienen en la tierra, y estando al presente pendiente en su tribunal la canonizacion de Luis, es razon que vea Vuestra Santidad por esta historia los méritos que tiene, y el fundamento grande que hay para concederle esta honra. Vuestra Santidad la reciba con la benignidad que yo me prometo, y se digne de oirnos en esta peticion, no sólo á todos los de la casa Gonzaga y á todos nuestros vasallos, sino tambien á tantos otros príncipes de la cristiandad, que instantemente piden esta canonizacion para consuelo suyo y de sus Estados: en el ínterin besando los piés de Vuestra Santidad le pido humildemente su santa bendicion.

D. V. S. H. Y. D. S.

***Francisco Gonzaga**, príncipe del Imperio,*
marqués de Castellon.



D. Francisco Gonzaga, Príncipe de Castiglione, hermano de S. Luis, con sus tres hijos.
De un cuadro al oleo que pertenece á la antigua iglesia de los Capuchinos de *Sta. Maria della Noce* en Castiglione.

AL EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. FRANCISCO GONZAGA,

Principe del Imperio, Marques de Castellon y de Medola etc., Camarero y Consejero de la Majestad Cesárea, y su Embajador cerca de la Santidad de nuestro Señor el Papa Paulo V.

Excmo. é Ilmo. Señor.

El bienaventurado Luis Gonzaga, hermano mayor de V. E., con tanto ardor de ánimo se aplicó desde niño al ejercicio de la devocion y piedad cristiana, que, teniendo de 17 á 18 años de edad, renunció el Marquesado en Rodulfo, tambien hermano suyo, para entrar en la Compañía de Jesus. En ella se hizo en seguida muy notable por la santidad de vida, y de todos era venerado como Santo, lo cual despues de su muerte ha sancionado el cielo con los milagros

obrados por su intercesion. De aquí nació la opinion general de tenerle por una de aquellas personas cuyas vidas se deben escribir para la comun enseñanza, y en mis Superiores la idea de mandarme componer la presente historia. Habiéndola terminado, gracias al Señor, tal como está la envio á V. E., suplicándole me haga saber si gustará que se dé á luz. Porque, aunque yo creo que su publicacion cederá en servicio de Dios, sin embargo no me he resuelto á darla á la estampa sin licencia de V. E., á quien la presento. Ofrézcole este don, que le ès bien merecido, no solamente por el estrecho parentesco de V. E. con este bienaventurado jóven, y por el particular amor que él le profesó siempre; sino principalmente por el empeño que V. E. tiene, en el estado en que Dios le ha puesto, de serle semejante en la bondad y demas virtudes. Por lo cual, con razon dijó un dia el Ilmo. Sr. Obispo de Brescia, que le daba poco cuidado la parte de su Diócesis sujeta á V. E., al ver que V. E. y su digna consorte la Excma. Señora Princesa Bibiana Pernstein, con el ejemplo de su cristiano proceder y buen gobierno, habian fomentado entre sus vasallos tanta piedad y religion, que no hubiera podido hacer más él mismo con su celo y vigilancia pastoral. Acepte pues, V. E. este mi pequeño obsequio, el cual acompaño con un ánimo tan grande, como es el afecto y especial reverencia que le profeso; y consuélese al ver que las personas de su noble alcurnia procuran ser, no sólo por el valor y manejo de las armas, y amplitud de sus estados y dominos, famosos en la tierra, sino tambien por sus virtudes y santa vida gloriosos en el cielo.

De V. E.

muy humilde y devoto siervo,

Virgilio Cepari.



El P. Virgilio Cepari, de la Compañía de Jesus.
De una pintura en cobre, propiedad del Colegio de las «Vírgenes del Jesus»,
de Castiglione.

PRÓLOGO DEL AUTOR

AL PIADOSO LECTOR.

Cualquiera que leyere las historias y vidas de Santos, que en diferentes tiempos florecieron en la Iglesia, hallará que la providencia de Dios ordinariamente no envia al mundo Santo ninguno de vida rara y ejemplar, á quien no le provea tambien de algun conocido ó familiar, que inspirado de Dios escriba su vida y note sus acciones, porque no se acabe con la vida del Santo su memoria, sino se extienda y conserve en los archivos de la Iglesia para ejemplo y enseñanza de todos: pues es cierto que las vidas y ejemplos de los Santos son la regla y la luz que nos enseña el camino del cielo con más fuerza y eficacia que las palabras y razones que oimos ó leemos en los libros. Y porque las vidas de los Santos antiguos (como de personas más remotas de nuestros

sentidos), por más que están llenas de perfeccion y de santos ejemplos, no tienen la fuerza y eficacia que deberian para movernos, y así de ordinario más parece que nos mueven á admiracion que á imitacion; y como si con la mudanza de los tiempos se hubiera trocado la naturaleza, y faltado las ayudas sobrenaturales de la gracia, así nos parece que no es posible llegar ahora á aquel grado de perfeccion y santidad donde llegaron los antiguos; por esto Dios nuestro Señor con particular providencia ordena, que en el jardin de su Iglesia broten siempre nuevas plantas y nuevas flores de nuevos Santos, los cuales nos muestren el camino derecho del cielo, y con su ejemplo nos prueben que no está abreviada la mano de Dios, sino que ahora tambien como antes se le puede servir con perfeccion y santidad. Uno de estos ha sido en nuestro tiempo S. Luis Gonzaga, religioso de la Compañía de Jesus, el cual en el breve espacio de veinte y tres años y tres meses que vivió, dió tal olor de santidad, y se adelantó tanto en la perfeccion, que en todos los que le conocieron causó maravilla, y en muchos de los que le trataron deseo de imitar sus santos ejemplos. Y porque los que no le conocieron no quedasen privados del fruto que se puede sacar de tan santa vida; guardando su estilo la providencia de Dios, movió á algunos á notar y apuntar algunas cosas que de sus virtudes pudieron saber. Y dejando aparte lo que se dice en las ánuas impresas de la Compañía del año de 1585, donde, tratando de los novicios de Roma de aquel año, se cuenta brevemente su vocacion á la religion; y en la Vida tambien impresa de la serenísima archiduquesa Leonor de Austria, duquesa de Mantua, en dos partes se hace mencion honorífica de esta vocacion y de su santa muerte: el primero que de propósito escribió las virtudes de S. Luis, fué el P. Jerónimo Plati, el que escribió el libro de *Cardinalatu ad fratrem*, y aquel otro *De bono status religiosi;* persona de raros talentos y dones naturales y sobrenaturales, y en particular señalado en piedad y religion, hombre de conocida prudencia y raro juicio. Este, teniendo en la casa profesa de Roma la superintendencia de los novicios, que allí van á ayudar las misas, y en la casa, cuando nuestro Santo fué allá, hizo que le diese cuenta de su vida, su vocacion y las mercedes que Dios le habia hecho en el siglo; y pareciéronle cosas tan señaladas y tan extraordinarios los favores de Dios, en yéndose él, lo apuntó todo y lo puso por escrito. Despues yo fuí el primero que escribí seguidamente su vida, en el tiempo que él

actualmente vivia en Roma; en el cual, viviendo yo en el mismo colegio, y tratando y comunicando con él muy en particular, reparé que sus palabras y sus ejemplos movian á devocion á quien los veia, no ménos que las vidas y ejemplos de los Santos cuando se leen como se debe y con deseo de aprovechar. Parecióme que el mismo efecto harian en los de fuera, cuando llegasen á su noticia: con esto, movido de Dios (á lo que creo), con deseo de ayudar y aprovechar á otros, me determiné de escribir su santa vida. Comuniqué este pensamiento con el P. Jerónimo Plati, de quien arriba hablamos, el cual, no sólo lo aprobó, pero por ponerme más calor, me dió aquel papel que él habia escrito, y hasta entonces le habia tenido secreto. Con aquella ayuda, y juntando otras cosas que parte habia yo notado, parte otros habian recogido, escribí su vida hasta dos años antes que muriese; si bien por entonces no la comuniqué sino á muy pocos, por miedo de que no llegase á su noticia. Muerto S. Luis, me hizo instancia el P. Roberto Belarmino (que ahora es Cardenal de la santa Iglesia, y la habia leido con particular gusto) que añadiese los dos últimos años que faltaban. Pero por estar yo á la sazon ocupado en otras cosas, se la di con muchas otras que habia recogido al P. Juan Antonio Valtrino, que habia venido entonces de Sicilia para escribir la crónica de la Compañía, con intento de que él acabase aquella vida, ó aprovechase de ella lo mejor que le pareciese. El Padre halló tanta fama de la santidad de S. Luis en el colegio Romano, aunque él no le habia conocido, que no quiso aguardar á meter aquellas cosas en la crónica general, sino que escribió su vida aparte, y fué la segunda que corrió de este santo hermano; pero porque las relaciones, en que principalmente se fundaba lo que hemos escrito, eran por la mayor parte sacadas con engaño de boca del mismo S. Luis, el cual por su santidad y modestia callaba la mitad de las cosas, y las disminuia y cercenaba, nos pareció buscar más claridad y más plena informacion de las circunstancias del tiempo, lugar y personas. Procuramos algunas relaciones de Mantua, de Castellon y de otros lugares, con que las cosas crecieron de calidad y número; de modo que pareció necesario hacer de nuevo la historia desde el principio. Murió en el ínterin aquel Padre sin dejar hecho nada; con eso el M. R. P. Claudio Aquaviva, General de la Compañía, con el deseo de que vida tan ejemplar y santa saliese á luz, me mandó que yo de nuevo me encargase de ello, y procurase hacer la historia puntual y entera.

Acepté este cargo como venido del cielo, y por averiguar mejor la verdad, fuí primero de Roma á Florencia, donde estuve muchos dias informándome muy por menudo de toda su vida de Pedro Francisco del Turco, mayordomo del Sr. D. Juan de Médicis, el cual se halló al nacimiento de S. Luis, y desde niño le crió, y sirvió de ayo por tiempo de diez y ocho años, hasta que le dejó en el noviciado de Roma; y por haberle siempre acompañado y asistido en todos sus viajes y mudanzas, era un testigo muy á propósito para dar cuenta verdadera de toda su vida. De Florencia pasé á Lombardía, y llegado á Castellon, que era el marquesado de S. Luis, estuve allí tambien muchos dias, informándome muy por menudo de la señora Marquesa su madre, y de todos los que le habian conocido y servido en el siglo; y para que las cosas fuesen más autorizadas, hice con licencia del señor Obispo que se hiciesen dos informaciones muy grandes de su vida y costumbres. A más de esto vinieron á mis manos diferentes papeles de Francia y España; exámenes y procesos auténticos hechos todos con las solemnidades necesarias en diferentes partes del reino de Polonia, y en Italia en los tribunales eclesiásticos del Patriarca de Venecia, de los Arzobispos de Nápoles, de Milan, de Florencia, de Bolonia, de Sena, de Turin, y de los Obispos de Mantua, de Padua de Vicenza, de Brescia, de Forli, de Módena, de Reggio, de Parma, de Piacenza, de Mondoví, de Ancona, de Recanati, de Tívoli; y yo en persona anduve muchas veces las ciudades y lugares todos de Lombardía donde pensaba hallar más luz y mejor informacion de la verdad. Ultimamente paré en Brescia para escribir allí esta historia, como en lugar tan vecino á Castellon, de donde con brevedad me informaba de las dudas que se ofrecian. De estos procesos y escrituras he sacado cuanto he puesto en este libro, en el cual protesto de no dejar cosa de este siervo de Dios, que no se pueda probar con testigos que lo afirmen con juramento, y dignos por sí mismos de que se les crea, de lo cual dan testimonio auténtico los reverendos Padres que se pondrán despues de este prólogo, los cuales han cotejado este libro con los procesos é informaciones. Las virtudes interiores por la mayor parte se han sabido por via del ilustrísimo cardenal Belarmino, y de aquel papel del P. Jerónimo Plati, y de los dichos de algunos que fueron sus superiores y confesores, y de otros que interiormente le comunicaron y trataron. Las cosas más exteriores que le sucedieron en el siglo las supe en Mantua de boca del ilustrísimo y reveren-

dísimo señor D. Francisco Gonzaga, obispo de Mantua, y de un papel escrito de su mano, con juramento. Item, del Ilmo. Sr. Próspero Gonzaga que le sacó de pila, y despues le trató y comunicó, y sabe muchas cosas particulares, y de la señora Marquesa su madre, de su ayo, de los camareros y de los criados que le sirvieron desde niño, y le acompañaron en sus caminos; y todos deponen lo que dicen en informaciones auténticas. He querido dar noticia de estas circunstancias, no porque se vea mi diligencia, sino por asegurar de una vez al lector de la verdad de estas cosas que se dicen, por ser esta la principal obligacion del historiador. No quise escribir en latin, sino en lengua vulgar, para que puedan gozar de este libro, no solo los que estudian, sino todos en general, hombres y mujeres. El estilo es llano y casero, sin artificio ni elocuencia retórica. El órden de las cosas no es tanto por las materias, cuanto por la sucesion de los tiempos y lugares en que sucedieron, para que se pueda fácilmente saber cuándo y dónde sucedió cada cosa, y de qué edad era entonces, lo cual suele ser de más gusto; si bien será fuerza repetir á veces unas mismas virtudes y obras, por haberlas continuado en todas las edades. Dividirémos este libro en tres partes. La primera trata de la vida que hizo en el siglo, hasta que entró en la religion. La segunda, de la vida que hizo en la religion hasta su muerte. La tercera, de las cosas sucedidas despues de su muerte. A alguno quizá le parecerá que es contra la gravedad de la historia descender á cosas tan menudas como contarémos en la segunda parte. A los tales advierto, que yo pretendo con este libro principalmente el provecho de las personas religiosas y espirituales, y que no escribo la vida de algun capitan ó príncipe seglar, sino de un hermano de la Compañía, y las obras que hizo más dignas de imitar, las cuales muchas veces dependen de circunstancias muy menudas; y así con el ejemplo de muchos, que escribiendo vidas de Santos han hecho lo mismo, y con el parecer de personas graves y doctas, he querido poner algunas que parecen menudencias, porque en ellas se descubre la santidad y perfeccion del sujeto: lo cual he querido advertir, porque no piense nadie que fué descuido y no reparar en ello. Los yerros se atribuyan á mí: de los aciertos se dé la gloria á Dios, el cual nos dé su gracia para imitar los ejemplos de este santo joven, y llegar por su intercesion al bienaventurado fin que él tan aventajadamente goza en el cielo. Y tú, santísimo Luis, que en las eternas moradas del paraíso recibes

ahora el premio de tus santos trabajos, y en aquel espejo voluntario de la divina esencia ves mis imperfecciones, perdóname si con mi bajo estilo me he atrevido á escribir tus levantadas virtudes, y acordándote del afecto que en esta vida me mostrabas, alcánzame ahora del comun Señor, que me sepa aprovechar del estado que tengo, y cumpla con sus obligaciones, para que con tu favor y amparo pueda algun dia, cuando Dios quisiere, llegar á gozar en compañía tuya de la bienaventuranza que gozas. Amen.



Testimonios calificados que dieron de la persona de S. Luis y de la verdad de esta historia, en la ciudad de Brescia, cuatro Padres religiosos muy graves, los cuales vieron y cotejaron los procesos con esta Vida.

EL PADRE VICARIO DE LA INQUISICION, DE LA ÓRDEN DE SANTO DOMINGO.

Yo, Fr. Silvestre Ugoloti, lector de teología de la Órden de Predicadores, y vicario general del santo oficio de la Inquisicion en la ciudad de Brescia, por la presente doy fe, y con juramento afirmo que he visto la Vida del príncipe S. Luis Gonzaga, marqués de Castellon y religioso de la Compañía de Jesus, escrita por el muy reverendo Padre Virgilio Cepari, teólogo y predicador de la misma Compañía, y la he cotejado con los procesos de que se sacó, y he hallado que cuanto dice de las virtudes y santidad de este Santo todo es sacado de testigos que con juramento lo afirman, y de procesos auténticos hechos en los tribunales eclesiásticos patriarcales, archiepiscopales y episcopales de muchas ciudades. Ultra de esto creo y tengo por verdaderísimo, no sólo lo que en este libro se dice, sino mucho más, porque, habiendo yo conocido y comunicado á este santo Príncipe en su niñez, sé muy bien que desde aquella edad era tenido de todos por santo, y le miraban y predicaban por un ángel en la vida y en las costumbres; de lo cual pudiera yo traer muchos ejemplos. En lo que toca al libro presente, no hallo en él cosa alguna contra la fe y buenas costumbres; antes me parece que está escrito con mucha prudencia y con espíritu religioso, y lleno de santos ejemplos; y así creo que será de mucho provecho espiritual, no sólo para los religiosos, sino tambien para los seglares y para los señores y príncipes, á los cuales todos este santo Padre puede servir de guia y dechado. En fe de lo cual di este testimonio firmado de mi nombre, en nuestro convento de Santo Domingo de Brescia.

Yo el dicho Fr. Silvestre
con juramento afirmo todo lo dicho.

EL P. LECTOR DE LOS MONJES DE SAN BENITO DE LA CONGREGACION CASINENSE.

Yo, D. Paulo Cattaneo, monje de la Órden de S. Benito de la congregacion Casinense, por otro nombre de Santa Justina de Padua, lector de filosofía y de casos de conciencia en el monasterio de los Santos Faustino y Jovita en la ciudad de Brescia, doy fe y con juramento afirmo que he leido la Vida del santo Príncipe Luis Gonzaga, marqués de Castellon, que despues fué religioso de la Compañía de Jesus, escrita por el M. R. P. Virgilio Cepari, teólogo y predicador de la dicha Religion, y la he cotejado con todos los procesos y escrituras auténticas de que se sacó; y he hallado que todo lo que en ella se dice se prueba con testigos de fe, que lo afirman con juramento; y no sólo no hallo en esta historia cosa alguna contra la santa fe y buenas costumbres, pero toda está llena de santos ejemplos, y es dignísima de salir á luz para provecho comun de los fieles, porque, de la mocion grande y fruto que ha causado en mí, me persuado que hará lo mismo en los demás que la leyeren. Yo tambien puedo ser testigo, por haberle conocido en el siglo muchos años antes que entrase religioso, que comunmente era tenido por un santo, y como de tal se contaban con admiracion sus ejemplos; y cuando se fué para entrar religioso, todo su Estado lo lloró, por lo que sentian perder tal señor. En fe de todo esto di el presente testimonio, firmado de mi nombre, en el monasterio de San Faustino.

Yo el dicho D. Paulo
afirmo con juramento todo lo dicho.

EL PADRE PROVINCIAL DE LOS CAPUCHINOS.

La santísima Vida, y adornada de toda virtud y merecimiento del santo príncipe D. Luis Gonzaga, marqués de Castellon, y religioso de la Compañía de Jesus, escrita por el M. R. P. Virgilio Cepari, doctor teólogo y predicador de la misma Compañía, sacada diligentemente de los dichos de los testigos que con juramento deponen y de procesos auténticos, como yo muy en particular he visto cotejando lo uno con lo otro, de que doy fe con juramento, merece en todo caso salir á luz para gloria de Dios, que tan maravilloso se muestra en sus Santos, para ejemplo de los príncipes

cristianos, y para edificacion de los religiosos y de todos los fieles. Podemos decir que nació este glorioso Príncipe santo, vivió y murió santísimo, y fueron tales y tantos los dones y gracias que recibió de Dios en su vida, que me parece se pueden afirmar de él tres cosas por excelencia. La primera, que parecia que no habia pecado en Adan, como Alejandro de Ales dijo una vez de su discípulo san Buenaventura: tal era su pureza é inocencia, tan léjos de todo lo que podia oler á pecado. La segunda, que en todas sus acciones más parece que obraba como ángel que como hombre: tan rendida tenia la carne al espíritu y el apetito á la razon. La tercera, que en él con particularidad se verificó lo que dice el Sábio: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa,* pues en tan pocos años de vida alcanzó él solo lo que muchos Santos juntos con dificultad alcanzaron en muchos años, y llegó á tan alto grado de perfeccion, donde muchos otros nunca pudieron llegar. Y si la voz del pueblo es voz de Dios, como se suele decir, teniendo todos comunmente por santo á este santo Príncipe, y predicándole todos á una voz por santo, los príncipes, los prelados eclesiásticos, sus confesores, sus maestros, sus rectores, sus parientes y sus vasallos; fuerza es que haya sido santo y santísimo, y que merece ser tenido y contado entre los Santos en la tierra, como lo es en el cielo. Plegue á Dios que yo le tenga por mi intercesor y abogado ante su divina Majestad. De nuestro convento de San Pedro y Marcelino en Brescia.

Yo, Fr. Juan Francisco de Brescia, provincial de los frailes Capuchinos de Brescia, predicador y lector de teología, he escrito y firmado todo lo dicho, y lo ratifico con juramento.

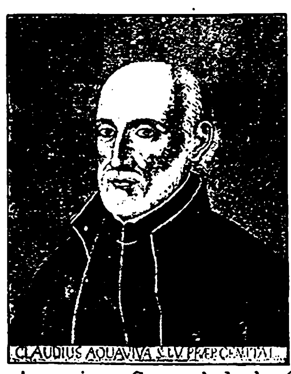
EL PADRE RECTOR DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Yo, Juan Bautista Peruschi Romano, rector del colegio de la Compañía de Jesus de Brescia, habiendo el Padre Virgilio Cepari de nuestra Compañía venido á este colegio á escribir la Vida de nuestro santo hermano Luis Gonzaga de la misma Compañía, he cotejado la dicha Vida escrita por el dicho Padre con los procesos y escrituras auténticas, de las cuales con mucha diligencia se ha sacado; y afirmo con juramento que cuanto en ella se dice, se halla en los procesos auténticos y en los dichos de los testigos que con

juramento deponen. Y yo tambien soy testigo que el dicho Padre ha andado por toda esta provincia de Lombardía para certificarse más, y dar más autoridad y certidumbre á su historia con las dichas escrituras y con otras diligencias; y doy este testimonio de mejor gana, por haber yo conocido y comunicado familiarmente con el Santo, siendo él seglar y despues siendo ya religioso en Milan y en Roma, y visto en él muchas de las virtudes que aquí se refieren, y muchas muestras de santidad que el autor escribe en este libro: y sé muy bien que todos los que le conocian y trataban le tenian por Santo: y despues de su muerte ha ido creciendo más y más la fama de su santidad, y en muchos lugares de Lombardía, donde he estado muchos años, es tan grande, que no parece que puede llegar á más. En testimonio de verdad hice la presente declaracion, y la firmé de mi nombre.

Yo, Juan Bautista Peruschi
afirmo con juramento todo lo dicho.





El M. R. P. Claudio Aquaviva, General de la Compañía de Jesus.
De un cuadro al oleo de la Universidad Gregoriana de Roma.

CLAUDIO AQUAVIVA, PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Damos licencia que se imprima el libro de la Vida de S. Luis Gonzaga de nuestra Compañía, dividido en tres partes, compuesto por el P. Virgilio Cepari, teólogo de la misma Compañía, y aprobado por nos y por muchos otros de nuestros Padres teólogos, si le pareciere al reverendísimo Padre Maestro del sacro Palacio; porque esperamos que ha de ser de mucho fruto á las personas religiosas y seglares que lo leyeren. Y damos esta licencia de mejor gana, por la noticia y conocimiento que tenemos de este santo y bendito mancebo, y por saber que fué en todo género de virtud señaladísimo y ejemplarísimo; y no sólo en el siglo vivió siempre con grande edificacion, sino tambien en la Compañía, desde el dia que en ella le recibimos, fué siempre un dechado de perfecta santidad, y por tal fué tenido comunmente de todos los que le conocieron y trataron en aquellos pocos años que vivió entre nosotros, en los cuales descubrimos lo mucho que Dios nuestro Señor se complacia en aquella alma, y lo mucho que la habia enriquecido de señaladísimos dones y gracias sobrenaturales, de las cuales se derivaban en el exterior unas obras santísimas y unas costumbres angélicas. De este modo vivió y perseveró siempre, hasta que con la muerte se pasó de la tierra al cielo, donde con grande fundamento creemos que aquella ánima santa se fué luégo á gozar la gloria eterna, y hacer oficio de intercesor por nosotros delante de Dios. De todo lo cual damos fe con mucho gusto, por dar testimonio de la verdad para gloria de Dios, dador de toda santidad y perfeccion, á quien sea alabanza y honra para siempre.

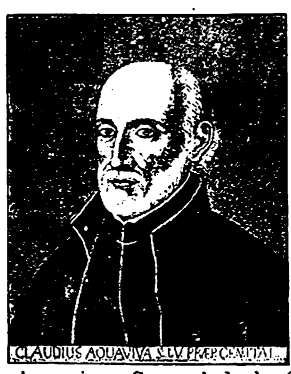
En Roma, á 14 de julio de 1603.

Claudius Aquaviva.

juramento deponen. Y yo tambien soy testigo que el dicho Padre ha andado por toda esta provincia de Lombardía para certificarse más, y dar más autoridad y certidumbre á su historia con las dichas escrituras y con otras diligencias; y doy este testimonio de mejor gana, por haber yo conocido y comunicado familiarmente con el Santo, siendo él seglar y despues siendo ya religioso en Milan y en Roma, y visto en él muchas de las virtudes que aquí se refieren, y muchas muestras de santidad que el autor escribe en este libro: y sé muy bien que todos los que le conocian y trataban le tenian por Santo: y despues de su muerte ha ido creciendo más y más la fama de su santidad, y en muchos lugares de Lombardía, donde he estado muchos años, es tan grande, que no parece que puede llegar á más. En testimonio de verdad hice la presente declaracion, y la firmé de mi nombre.

Yo, Juan Bautista Peruschi
afirmo con juramento todo lo dicho.





El M. R. P. Claudio Aquaviva, General de la Compañía de Jesus.
De un cuadro al oleo de la Universidad Gregoriana de Roma.

CLAUDIO AQUAVIVA, PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

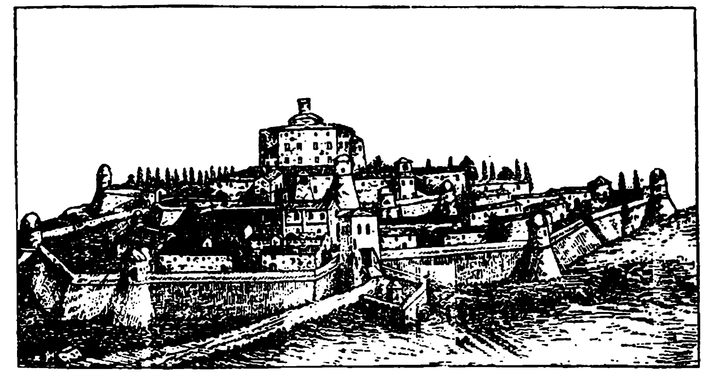
Damos licencia que se imprima el libro de la Vida de S. Luis Gonzaga de nuestra Compañía, dividido en tres partes, compuesto por el P. Virgilio Cepari, teólogo de la misma Compañía, y aprobado por nos y por muchos otros de nuestros Padres teólogos, si le pareciere al reverendísimo Padre Maestro del sacro Palacio; porque esperamos que ha de ser de mucho fruto á las personas religiosas y seglares que lo leyeren. Y damos esta licencia de mejor gana, por la noticia y conocimiento que tenemos de este santo y bendito mancebo, y por saber que fué en todo género de virtud señaladísimo y ejemplarísimo; y no sólo en el siglo vivió siempre con grande edificacion, sino tambien en la Compañía, desde el dia que en ella le recibimos, fué siempre un dechado de perfecta santidad, y por tal fué tenido comunmente de todos los que le conocieron y trataron en aquellos pocos años que vivió entre nosotros, en los cuales descubrimos lo mucho que Dios nuestro Señor se complacia en aquella alma, y lo mucho que la habia enriquecido de señaladísimos dones y gracias sobrenaturales, de las cuales se derivaban en el exterior unas obras santísimas y unas costumbres angélicas. De este modo vivió y perseveró siempre, hasta que con la muerte se pasó de la tierra al cielo, donde con grande fundamento creemos que aquella ánima santa se fué luégo á gozar la gloria eterna, y hacer oficio de intercesor por nosotros delante de Dios. De todo lo cual damos fe con mucho gusto, por dar testimonio de la verdad para gloria de Dios, dador de toda santidad y perfeccion, á quien sea alabanza y honra para siempre.

En Roma, á 14 de julio de 1603.

Claudius Aquaviva.

Conformándonos á los Decretos de Urbano VIII, de 13 de Marzo de 1625 y 3 de Junio de 1631, y asimismo á los Decretos de la sagrada Congregacion de Ritos, declaramos que á las gracias, milagros y revelaciones de que se hace mencion en este libro no aprobados por la Iglesia, no pretendemos se dé más fe, que la que merecen los testigos y documentos aquí aducidos.

Libro Primero.



Castillo y Fortaleza de Castiglione delle Stiviere en tiempo de S. Luis.
† Aposento donde nació el Santo.
De un lienzo antiguo que posee D. Luis Ballerini en Castiglione.
(Véase el libro I, cap. 1, y la nota 4.)

CAPÍTULO I.

De sus padres y nacimiento.

I. San Luis Gonzaga, cuya santa vida queremos escribir, fué hijo primogénito de los ilustrísimos y Excmos. Sres. D. Fernando Gonzaga, príncipe del Imperio y marqués de Castellon, de la provincia de Stiviere[1] en Lombardía, y de D.ª Marta Tana Santena, natural de Chieri en el Piamonte. Era el marqués D. Fernando, padre de san Luis, primo carnal en tercer grado del Sermo. Sr. don Guillermo duque de Mantua[2] y de la misma cepa, y poseia este Estado, que está entre Verona, Mantua y Brescia, no léjos del lago de Garda por herencia de sus antepasados. La marquesa doña Marta era tambien de las casas más principales del Piamonte, hija del Sr. Baltasar Tana, de los barones de Santena, y de D.ª Ana, de los antiguos barones de la Róvere, prima hermana del cardenal de la Róvere arzobispo de Turin.[3] Hízose el casamiento entre estos dos señores, padres de nuestro Luis, en España, con la ocasion que diré.

Estaba á la sazon el marqués D. Fernando en la corte del rey católico D. Felipe II, á donde tambien estaba D.ª Marta, y era la más querida y favorecida dama que tenia la reina

doña Isabel, mujer de Felipe II é hija de Enrique II rey de Francia. Sabiendo, pues, el Marqués la nobleza y raras partes de aquella señora, deseó sumamente casar con ella. Pensólo muy despacio, y habiéndose resuelto tuvo traza de hacer saber su resolucion al rey D. Felipe y á la reina doña Isabel, de los cuales fué oido con gusto y aprobacion; y dando buen dote á D.ª Marta con ricas joyas y otras preseas que la Reina le dió por el amor que la tenia, se efectuó allí en la corte el casamiento. En el tratarlo y concertarlo hubo tales circunstancias, que eran buenas señales del fruto que se podia esperar de tan cristiano casamiento. Porque al punto que D.ª Marta entendió de la Reina lo que se trataba, hizo decir gran número de misas de la Santísima Trinidad, del Espíritu Santo, de la Pasion, de nuestra Señora de los Angeles, y otras devociones, á fin de que Dios lo guiase todo á su mayor servicio. Además de esto, habiéndose escrito á Italia para dar parte á los parientes de estos señores y haber su beneplácito, llegó la respuesta que se aguardaba á tiempo que estaba ganando un jubileo que aquellos dias se publicó por órden de Su Santidad; y así, habiendo el Marqués y D.ª Marta comulgado el dia de san Juan Bautista y ganado el jubileo, concluyeron los conciertos del matrimonio. Y en el mismo dia la Marquesa, como ella misma me contaba, se resolvió con grandes veras de darse de allí adelante con todas sus fuerzas á cosas de devocion. Pero por estar en aquella sazon la Reina recien preñada, y hallarse tan bien con el servicio de D.ª Marta, que por este respeto la habia traido de Francia, y no querer privarse de tal servicio en el tiempo de su preñado, mandó dilatar el desposorio hasta despues del parto, como se hizo. Cuando despues de él llegó el dia que la Reina señaló, con ocasion de no sé qué jubileo ó indulgencia que aquel dia se ganaba, confesaron y comulgaron los Marqueses otra vez, y con este aparejo hicieron cristiana y santamente su desposorio en gracia de Dios, como convenia á tales novios. Ni me parece menos digna de reparar otra circunstancia, y es, que este fué el primer matrimonio que en España se celebró con la solemnidad y leyes del santo Concilio de Trento, cuya observancia comenzó desde entonces en aquel reino.

Hecho, pues, el casamiento, el Marqués alcanzó licencia de los Reyes para volverse á Italia á su Estado, y llevar con-

sigo á la Marquesa su mujer. Antes de partirse, le hizo el Rey de la Cámara, y le consignó algunos gajes muy honrados en el reino de Nápoles y en el estado de Milan, por su vida y por la de un hijo, y de ahí á poco le hizo su capitan de gente de armas en Italia: oficio con que se honran mucho los príncipes y duques más ilustres de Italia. Llegados que fueron á Castellon, hallándose ya la Marquesa libre de las ocupaciones y embarazos de la corte, como siempre habia sido inclinada á cosas de piedad y devocion, ahora más que nunca, aprovechándose de la comodidad y libertad mayor, se comenzó á aplicar á cosas espirituales, en cumplimiento del propósito que en España habia hecho. En particular sintió en sí unos deseos muy vivos de tener algun hijo que sirviese á Dios en la religion. Perseverábanle estos deseos, y con ellos pedia á nuestro Señor muy á menudo y con grande instancia le hiciese esta merced. El suceso mostró que fueron oidas sus oraciones; pues el primer hijo que concibió, vivió y murió tan santamente en la Compañía de Jesus.

No es cosa nueva que un hijo tan santo y deseado con tan santo celo haya sido fruto no menos de las oraciones que del vientre de su madre; porque si bien miramos, hallarémos en las historias sagradas, que Dios ha respondido con gran liberalidad á tales oraciones. La otra Ana madre de Samuel, siendo estéril, pidió á Dios un hijo que le sirviese en su templo, y luégo le alcanzó. San Nicolás de Tolentino fué fruto de las oraciones de su madre estéril; san Francisco de Paula nació de padres estériles, que le alcanzaron con un voto; y otros mil ejemplos que dejo. De manera que aquel Señor que dió á la Marquesa deseos de pedirle tan instantemente esta gracia, pudo tambien oirla, como la oyó, y escoger para sí las primicias del fruto de su vientre. Y verdaderamente parece que Dios quiso tomar la posesion de nuestro Luis antes que saliese del vientre de su madre, pues con tan particular providencia trazó que primero fuese bautizado que nacido, y que concurriese á su nacimiento con particular favor la Reina de los Angeles, de quien él fué desde su niñez tan devoto. Porque solia contar la Marquesa, que cuando llegó el tiempo del parto los dolores fueron tales, que la pusieron en puntos de morir, sin poder de ningun modo echar la criatura. Hizo el Marqués junta de médicos, y encargóles mucho que, si no habia traza de vivir el

niño, á lo menos procurasen se salvase su alma y que viviese la Marquesa. Ellos, despues de haber probado sin provecho muchos remedios, se dieron por vencidos, y desahuciaron al hijo y á la madre.

Supo la buena señora su peligro, y viéndose sin remedio humano, acogióse á los divinos, en especial al favor de la Virgen nuestra Señora madre de misericordia; hizo llamar al Marqués,



D. Ferrante, Marques de Castiglione y Príncipe del Sacro Romano Imperio, Padre de S. Luis.

De un cuadro al oleo, que se halla en Castiglione, en la Casa Capitular perteneciente á la iglesia de los SS. Nazario y Celso. (Véase el libro I, cap. 1.)

y pidióle licencia para hacer un voto á la Reina del cielo: diósela el Marqués muy de grado, y ella hizo voto de ir en persona, si escapaba, á visitar la santa casa de Loreto, y de llevar consigo á su hijo, si él tambien escapaba con vida. Hecho el voto cesó el peligro, y á poco rato parió este hijo. Porfiaban todavia los médicos que no era posible escapar el niño con vida; y el Marqués instaba, que se atendiese á salvar el alma de su hijo: la partera experta que asistia, luégo que

vió el niño en términos de poder recibir el agua del bautismo, antes que del todo naciese le bautizó, de manera que por favor y mediacion de la Vírgen santísima vivieron la madre y el hijo; el cual por este camino no nació primero del todo á la luz de este mundo, que se viese reengendrado á la invisible de la gracia y amistad de Dios: que sin duda fué un particular favor de este Señor, que desde el vientre de su madre quiso



D.ª Marta Tana, Marquesa de Castiglione, Baronesa de Santena, Madre de S. Luis.

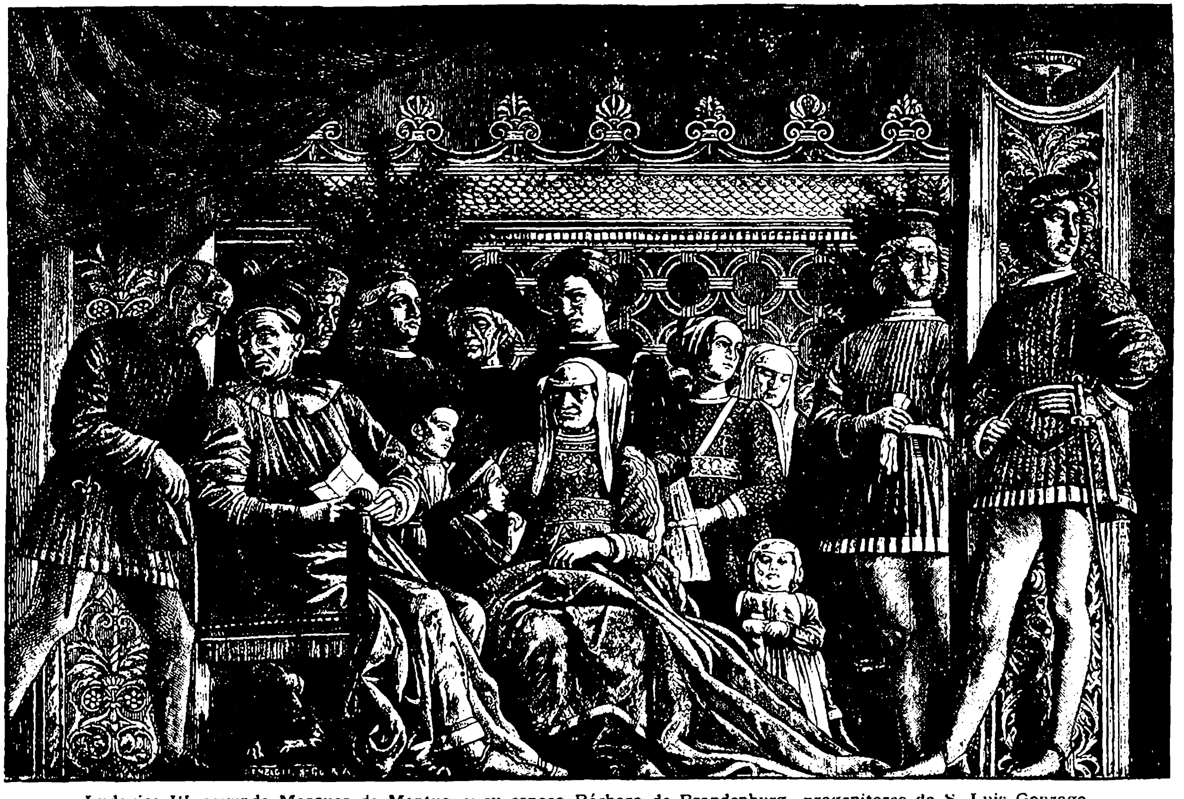
De un cuadro al oleo, que se halla en Castiglione, en la Casa Capitular perteneciente á la iglesia de los SS. Nazario y Celso. (Véase el libro I, cap. 1, y la nota 3.)

tener tan por suyo este su siervo. Merced muy semejante á la que hizo á la vírgen santa Matilde, á quien reveló que con especial providencia le habia acelerado el bautismo con otro semejante peligro, para que, santificada su alma desde el punto de su nacimiento, fuese digna morada y templo, por medio de la gracia, en que morase su Criador, como se lee en su vida.

Nació, pues, Luis en la fortaleza de Castellon,[4] lugar principal del Estado del Marqués, en la diócesis de Brescia, siendo

sumo pontífice san Pio V, el año de nuestro Salvador de 1568, á los 9 de marzo, martes, á la puesta del sol. Nacido que fué, luégo su madre le armó con la señal de la cruz y le echó su bendicion. Estuvo el niño por una hora tan quieto é inmovible, que apenas se podia discernir si estaba vivo ó muerto. Al cabo, como quien despierta de un profundo sueño, dió un pequeño quejido, y luégo se sosegó, sin quejarse más ni llorar como hacen otros niños, que parece era una señal de aquella mansedumbre y apacibilidad natural que despues habia de tener en todas sus acciones. Hiciéronse las ceremonias del bautismo solemnemente con gran fiesta, á los 20 de abril del mismo año, que tambien fue martes, en la iglesia parroquial de San Nazario y Celso,[5] por mano de Mons. Juan Bautista Pastorio, archipreste de Castellon, y allí le fué puesto el nombre de Luis[6] por haber sido este el nombre de su abuelo paterno.[7] Fué su padrino el Sermo. Sr. D. Guillelmo, duque de Mantua; el cual para este efecto envió á Castellon al Ilmo. Sr. Próspero Gonzaga, primo suyo y del Marqués, para que en nombre de S. A. hiciese aquel oficio, como se advierte en el libro del bautismo: en el cual entre otras cosas reparé que, estando escritos los bautismos todos de aquel tiempo de un mismo modo en lengua vulgar, sólo en el de nuestro Luis, ó por la calidad de la persona ó por particular instinto de Dios, están algunas palabras latinas añadidas, las cuales no están en el bautismo de otro ninguno ni en el de sus hermanos, y parece que de él con particularidad se verificaron. Las palabras son estas: *Sit felix, charusque Deo, ter optimo, terque maximo, et hominibus in æternum vivat.* Quiere decir: Sea dichoso y amado de Dios nuestro Señor, y viva eternamente en la memoria de los hombres.





Ludovico III, segundo Marques de Mantua, y su esposa Bárbara de Brandenburg, progenitores de S. Luis Gonzaga.
De Andres Mantegna. (Véase el libro I, nota 3.)

CAPÍTULO II.

Su crianza hasta la edad de siete años.

El cuidado y diligencia que se puso en la crianza del niño en aquella edad, fácil es de entender, pues era el mayorazgo, y heredero no sólo del Estado de su padre, sino tambien de otros dos tios hermanos de su padre, que eran el Sr. Alfonso, señor de Castelgofredo, y el Sr. Horacio, señor de Sólferino: de los cuales el segundo no tenia hijos, y el primero no tenia más que una hija, y por esta razon era fuerza sucederle su sobrino en los feudos imperiales que poseian.

Deseaba la Marquesa, como señora tan cristiana, que su hijo desde aquella edad se acostumbrase á hacer actos de devocion y la mamase con la leche; y así, apenas comenzó á dar muestras de hablar, cuando ella por su persona le enseñó á persignar y á pronunciar tartamudeando el santísimo nombre de Jesus y de María. Enseñóle tambien á rezar el Padre nuestro y el Ave María y las otras oraciones, mandando que esto mismo hiciesen el ama y las otras personas que le servian y acompañaban. Salia el niño tan bien á todas las cosas de devocion, que de la luz de aquella alborada se podian rastrear los resplandores que habia de dar al mediodía; porque testifican los que en aquel tiempo cuidaban de vestirle y desnudarle, que desde aquella edad notaron en él una extraordinaria devocion y temor de nuestro Señor.

Dos cosas bien notables se cuentan de él entre otras. La una es la compasion grande que desde aquella edad mostraba á los pobres, que en viéndolos, parece que se le iba el corazon tras ellos, procurando socorrerlos en cuanto podia. La otra es, que luégo que comenzó á poder andar por su pié libremente por casa, muy de ordinario se escondia, y andándole á buscar, le venian á hallar en algun rincon donde se metia á encomendarse á Dios. Espantábanse todos con razon, y desde entonces pronosticaban que aquel niño habia de venir á ser un gran santo. Otros afirman con juramento, que algunas veces que le tomaban en brazos luégo se sentian interiormente movidos á devocion, y les parecia no tener en los brazos

niño, sino algun ángel del cielo. No se puede creer lo que se holgaba la Marquesa viendo á su hijo tan devoto. El Marqués, como era soldado y por las armas habia alcanzado del Rey católico tan honrados cargos, quisiera que su hijo fuera por el mismo camino; con este fin, teniendo cuatro años de edad, le mandó hacer de propósito unos arcabucitos y otras armas tan pequeñas, que las pudiese el niño manejar y ejercitar con facilidad. Además de esto, cuando se previno para la jornada de Tunez, donde el Rey católico le mandaba ir con tres mil infantes italianos, habiendo de hacer la gente en Casalmayor,[8] que es un lugar junto á Cremona en el Estado de Milan, llevó consigo á Luis, que seria de cuatro á cinco años, sacándole de los brazos de las amas y del regazo de su madre, para que cobrase amor á cosas de guerra. Para esto los dias que se hacia la reseña le hacia ir delante de los escuadrones puestos en órden, con unas armas ligeras á cuestas, y con una pica al hombro hecha á su medida, holgándose mucho de que el niño mostrase alguna aficion á aquellos ejercicios.

Estuvo Luis algunos meses allí en Casal, y como aquella edad es de cera, y fácilmente toma lo bueno ó malo que ve, jugando y tratando todo el dia con soldados, parece que se le envistió no sé qué espíritu soldadesco, y que mostró alguna inclinacion á la gloria militar, á que su padre ya con palabras, ya con obras, tanto le inclinaba. Fué esto de suerte, que andando con las armas, principalmente con arcabuces, estuvo muchas veces en peligro manifiesto de la vida, de que le libró casi por milagro la providencia de Dios, que para otro mejor estado y mejores armas le guardaba. Una vez en particular, disparando una arcabuz, se quemó toda la cara con la pólvora.

Otra vez por el verano, estando el Marqués durmiendo la siesta, y durmiendo tambien otros soldados, hizo una cosa digna de admiracion en tal edad. Tomó pólvora de los frascos de los soldados, y él á sus solas cargó una pieza pequeña de artillería que estaba en el castillo; dióle fuego, y faltó poco que, al retirarse con ímpetu el carreton, no le cogiese debajo de las ruedas. Despertó el Marqués al ruido, y temiendo algun alboroto de los soldados, envió á saber qué novedad era aquella. Sabida la cosa, quiso castigar á Luis; pero los soldados, que se holgaban grandemente de verle tan brioso en

aquella edad, se pusieron de por medio, y al fin con sus ruegos le libraron. Estos y otros semejantes sucesos solia contar Luis en la Religion para engrandecer la bondad de Dios, que de tantos peligros le habia guardado sin merecerlo. Antes le quedaba algun escrúpulo de haber quitado aquella pólvora á los soldados, si bien se consolaba con parecerle que, si él se la pidiera, sin duda se la dieran de muy buena gana. Partió, pues, el Marqués con los soldados la vuelta de Tunez, y envió á Luis á Castellon, donde prosiguió lo que en Casal habia comenzado.

Habíansele pegado del trato y conversacion de los soldados algunas palabras libres y descompuestas que ellos de ordinario usan, y muchas voces les habia oido, y estas mismas comenzó á usar á veces en Castellon, si bien él no sabia lo que significaban, como él mismo lo dijo al P. Jerónimo Plati,[9] á quien dió cuenta de toda su vida en la Religion, como á superior que se la pedia. Sucedió, pues, que un dia su ayo Pedro Francisco del Turco[10] le riñó por esto, de manera que dice el mismo ayo, que desde aquella hora en toda la vida no le salió palabra de la boca que no fuese muy compuesta; y si oia á los otros palabras no tales, al punto bajaba los ojos de vergüenza, ó volvia la cara á otra parte haciendo del divertido, ó alguna vez del enfadado de tales palabras. De donde se ve claramente que, si él supiera antes lo que decia, no lo hubiera dicho por ningun modo. Estas palabras, dichas en aquella edad y sin entenderlas, son el mayor pecado que yo he hallado en la vida de nuestro Luis, de las cuales, en diciéndole que eran malas y que no decian bien con su cualidad y estado, quedó tan corrido que, como él decia, no podia acabar consigo de decirlas ni aun á su confesor: tanta era la vergüenza que tenia de haberlas dicho. Dolióse de ellas por toda la vida, como si hubiera hecho un pecado gravísimo; y como quien no habia hecho otro mayor de que poder confundirse, éste solia él contar en la Religion, para confundirse y humillarse, á algunos amigos, porque pensasen que desde niño habia sido mal inclinado. Es de creer que con singular providencia permitió Dios en Luis este lunar, para que, entre tantas joyas y dones sobrenaturales con que enriqueció su alma, tuviese alguna ocasion de humillarse, reconociendo su culpa donde probablemente por la poca edad y falta de conocimiento no la habia; y para que, como

del glorioso san Benito dice san Gregorio,[11] retirase el pié que ya parece que algun tanto habia puesto en el mundo.

Llegando, pues, á los siete años, que es el tiempo en que, segun la sentencia comun de los filósofos y de los sagrados doctores, comienza á amanecer la luz de la razon, y á ser uno capaz de mérito y de culpa, á este tiempo se volvió á Dios dedicándose todo á su servicio; de suerte, que solia él llamar á este el tiempo de su conversion: y cuando daba cuenta de su conciencia á sus padres espirituales para que le enderezasen, contaba este por uno de los más señalados beneficios que habia recibido de Dios, que á los siete años le hubiese convertido del mundo á su servicio. A este propósito, es cosa bien notable lo que nuestro R. P. Mucio Vitelleschi, General de la Compañía, depone con juramento en la informacion; que hablando un dia con Luis familiarmente, y viniendo á propósito tratar de la opinion de santo Tomás, que enseña, que cuando llega el niño á uso de razon, le corre obligacion debajo de pecado mortal de dedicarse luégo á Dios, y ordenar y enderezar sus acciones al último fin; con gran sinceridad y llaneza dijo el santo mozo, que en ese punto no tenia escrúpulo ninguno, por estar cierto que en el instante que le amaneció la luz de la razon le previno Dios con su gracia, y con ella se le habia ofrecido y dedicado de todo corazon: privilegio tan singular, cuanto cada cual puede entender de sí mismo, sin más ponderacion. La abundancia de gracia y luz del cielo con que Dios le previno en este tiempo, se puede colegir de lo que testifican cuatro Padres graves, que en diferentes lugares y tiempos le confesaron generalmente, uno de los cuales es el Ilmo. cardenal Roberto Belarmino, con quien hizo la última confesion general de toda su vida poco antes de morir: todos deponen por escrito, sin saber el uno del otro, que en toda su vida no hizo pecado mortal, ni perdió jamás aquella gracia que al tiempo de nacer se le dió en el Bautismo.[12] Cosa sin duda digna de admiracion más en él que en otros; porque no podemos decir que pasó los primeros años de su edad peligrosa encerrado en algun monasterio de religiosos, donde con la falta de ocasiones, con la conversacion y ejemplos de tantos siervos de Dios, y con las muchas otras ayudas espirituales, es más fácil conservarse uno en gracia, que en el mundo. Pero nuestro Luis desde su niñez estuvo en medio del tráfago

de las cortes: nacido y criado en la de su padre; despues muchos años en la del gran Duque de Florencia, en la del Duque de Mantua y en la del Rey de España, necesitado á tratar siempre con príncipes y señores y con toda suerte de personas, como las ocasiones lo pedian; y no obstante eso, entre los regalos de la casa de sus padres, metido en medio de tantas ocasiones y tentaciones como traen consigo las cortes, conservó

Ill.mus D.

Aloysius F. Ill.mi D. D. Ferdinādi
Gonzaga March. Cast. a St. III. et
sacri Imp. principis, etc. et Ill.me
D. D. Marthe de Tana a Santana;
natus est die 9 hora xxiiii cum trib. quartis,
mensis mart. 1568. baptizatus vero
die 20 apr. 1568. per Jo: baptistam pastorium,
archipresb. Comp. ~~Ill.mus et Excell.~~ Ser.mus Ill.mus D. D.
Gulielmus Gonzaga dux Mant. III. etc.
cuius officium suscepit Ill.s D. prosper gonzaga
ad hoc cum litteris authenticis ab eo missus.
sit Felix, charusq. DEO ter opt. terq. max.
et hominib. in aeternum vivat.

Partida de bautismo de S. Luis.

Del archivo parroquial de Castiglione. (Véase el libro I, cap. 1.)

siempre pura y limpia la vestidura blanca de la inocencia bautismal. Sin duda fué particular gracia de Dios, y que con razon el cardenal Belarmino, tratando un dia de las señaladas virtudes de Luis, que aun vivia, oyéndolo muchos y yo entre ellos, llegó á decir, fundándolo en muy buenas razones, que probablemente se puede creer de la divina Providencia, que en todos tiempos tiene en su Iglesia algunos Santos confirmados en gracia mientras viven; y añadió: Yo para mí tengo, que uno de estos

confirmados en gracia es nuestro hermano Luis Gonzaga, porque sé cuanto pasa por su alma. Otra cosa añadió el mismo Cardenal en aquel auténtico testimonio que despues dió, que será más maravillosa para los que entienden los términos de la vida espiritual, y saben la calidad de la persona que lo testifica. Dice, que san Luis desde la edad de siete años hasta la hora de su muerte vivió siempre una vida perfecta: cuánto sea este privilegio de particular y raro, déjolo al juicio de los que entienden. Hasta los mismos demonios parece que quiso Dios que testificasen la santidad de aquel niño y la gloria que le aguardaba en el cielo. Porque, pasando aquellos dias por Castellon un Padre de san Francisco, de la Observancia, tenido comunmente por santo, sucedió que se fué á posar á un convento de su Orden, llamado de Santa María, distante casi una milla de Castellon. Súpolo la gente, y acudió mucha al convento por verle y encomendarse á sus oraciones. Habia fama que hacia milagros, y llevántonle algunos endemoniados para que los librase.

Estando, pues, el buen Padre en la iglesia, los demonios, en presencia del pueblo y de algunas personas principales, entre las cuales estaba nuestro niño Luis con otro su hermano menor, aquellos malignos espíritus comenzaron á gritar, y señalando con la mano á Luis dijeron: ¿Veis aquel que está allí? Aquel sí que ha de ir al cielo y tener grande gloria. Las cuales palabras notaron los presentes, y se divulgaron luégo por Castellon, y hoy viven algunos que se hallaron presentes y lo testifican. Que si bien es verdad que no se ha de creer al demonio, por ser padre de mentira, pero algunas veces le obliga Dios á decir verdad para su confusion, y en este caso se puede creer que la dijo; porque en aquel tiempo era tenido Luis por un ángel en la vida y costumbres. Cada dia rezaba solo ó acompañado el Ejercicio cotidiano, los siete Salmos penitenciales, el Oficio de nuestra Señora, todo de rodillas, con otras devociones particulares. Querian algunos ponerle una almohada ú otra cosa debajo de las rodillas; pero no lo permitia, por el gusto que tenia en arrodillarse sobre la tierra, la cual costumbre guardó toda su vida, como lo verémos. En este tiempo tuvo unas cuartanas muy trabajosas y prolijas de diez y ocho meses, que le dieron bien que padecer, especialmente á los principios. Mostróse bien en esta ocasion su gran

paciencia en muchas cosas, y no menos su observancia y puntualidad, pues no dejó ni un dia de decir su Oficio de nuestra Señora, los Salmos graduales y penitenciales, y las otras oraciones que solia. Si algun dia se hallaba muy fatigado, llamaba alguna de las criadas de su madre que le ayudase, sin poder acabarse con él otra cosa. Estos son los primeros cimientos que en los siete primeros años echó nuestro Luis para el edificio espiritual que pretendia levantar en su alma; y así no es maravilla que subiese despues tan alto, como verémos en el discurso de su vida.

CAPÍTULO III. II.

Cómo fué enviado Luis del Marqués su padre á Florencia, donde hizo voto de castidad, y se adelantó mucho en las cosas de su alma.

Entretúvose el marqués D. Fernando, á la vuelta de Tunez, más de dos años en la corte de España. Volvió despues á su Estado, y halló á su hijo Luis no tan soldado como le habia dejado, pero mucho más devoto y compuesto. Espantábase grandemente de verle con tanto seso y cordura en aquella edad, y parecíale que por lo menos seria muy á propósito para el gobierno de sus Estados. Pero nuestro Luis, que á la sazon era de ocho años, ya echaba muy diferentes trazas, y tenia pensamientos más levantados de procurar mayor perfeccion. Atrevióse un dia á dar parte de ellas á su madre con esta ocasion: Habíale oido varias veces decir, que ya que Dios le habia dado muchos hijos, se consolaria grandemente de ver alguno de ellos religioso. Asió de aquí Luis, y un dia que estaban á solas, le dijo estas palabras: Madre y señora, muchas veces dice V. E. que querria tener un hijo religioso: yo pienso que Dios le ha de hacer esta merced. Volvió otro dia á repetirle las mismas palabras, y añadió: Pienso que tengo de ser yo ese. Mostró la Marquesa oir de mala gana esta plática, por ser Luis el primogénito, y atajándola le echó de sí; pero reparó mucho en aquellas palabras, y comenzó á pensar que seria así, por verle como le

confirmados en gracia es nuestro hermano Luis Gonzaga, porque sé cuanto pasa por su alma. Otra cosa añadió el mismo Cardenal en aquel auténtico testimonio que despues dió, que será más maravillosa para los que entienden los términos de la vida espiritual, y saben la calidad de la persona que lo testifica. Dice, que san Luis desde la edad de siete años hasta la hora de su muerte vivió siempre una vida perfecta: cuánto sea este privilegio de particular y raro, déjolo al juicio de los que entienden. Hasta los mismos demonios parece que quiso Dios que testificasen la santidad de aquel niño y la gloria que le aguardaba en el cielo. Porque, pasando aquellos dias por Castellon un Padre de san Francisco, de la Observancia, tenido comunmente por santo, sucedió que se fué á posar á un convento de su Orden, llamado de Santa María, distante casi una milla de Castellon. Súpolo la gente, y acudió mucha al convento por verle y encomendarse á sus oraciones. Habia fama que hacia milagros, y lleváronle algunos endemoniados para que los librase.

Estando, pues, el buen Padre en la iglesia, los demonios, en presencia del pueblo y de algunas personas principales, entre las cuales estaba nuestro niño Luis con otro su hermano menor, aquellos malignos espíritus comenzaron á gritar, y señalando con la mano á Luis dijeron: ¿Veis aquel que está allí? Aquel sí que ha de ir al cielo y tener grande gloria. Las cuales palabras notaron los presentes, y se divulgaron luégo por Castellon, y hoy viven algunos que se hallaron presentes y lo testifican. Que si bien es verdad que no se ha de creer al demonio, por ser padre de mentira, pero algunas veces le obliga Dios á decir verdad para su confusion, y en este caso se puede creer que la dijo; porque en aquel tiempo era tenido Luis por un ángel en la vida y costumbres. Cada dia rezaba solo ó acompañado el Ejercicio cotidiano, los siete Salmos penitenciales, el Oficio de nuestra Señora, todo de rodillas, con otras devociones particulares. Querian algunos ponerle una almohada ú otra cosa debajo de las rodillas; pero no lo permitia, por el gusto que tenia en arrodillarse sobre la tierra, la cual costumbre guardó toda su vida, como lo verémos. En este tiempo tuvo unas cuartanas muy trabajosas y prolijas de diez y ocho meses, que le dieron bien que padecer, especialmente á los principios. Mostróse bien en esta ocasion su gran

paciencia en muchas cosas, y no menos su observancia y puntualidad, pues no dejó ni un dia de decir su Oficio de nuestra Señora, los Salmos graduales y penitenciales, y las otras oraciones que solia. Si algun dia se hallaba muy fatigado, llamaba alguna de las criadas de su madre que le ayudase, sin poder acabarse con él otra cosa. Estos son los primeros cimientos que en los siete primeros años echó nuestro Luis para el edificio espiritual que pretendia levantar en su alma; y así no es maravilla que subiese despues tan alto, como verémos en el discurso de su vida.

CAPÍTULO III. II.

Cómo fué enviado Luis del Marqués su padre á Florencia, donde hizo voto de castidad, y se adelantó mucho en las cosas de su alma.

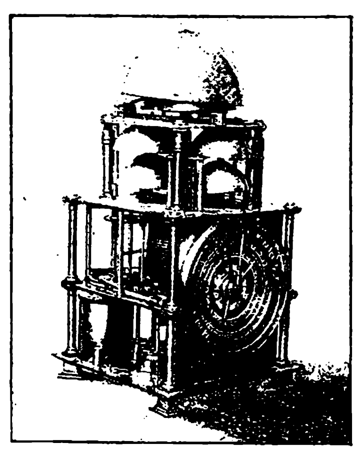
Entretúvose el marqués D. Fernando, á la vuelta de Tunez, más de dos años en la corte de España. Volvió despues á su Estado, y halló á su hijo Luis no tan soldado como le habia dejado, pero mucho más devoto y compuesto. Espantábase grandemente de verle con tanto seso y cordura en aquella edad, y parecíale que por lo menos seria muy á propósito para el gobierno de sus Estados. Pero nuestro Luis, que á la sazon era de ocho años, ya echaba muy diferentes trazas, y tenia pensamientos más levantados de procurar mayor perfeccion. Atrevióse un dia á dar parte de ellas á su madre con esta ocasion: Habíale oido varias veces decir, que ya que Dios le habia dado muchos hijos, se consolaria grandemente de ver alguno de ellos religioso. Asió de aquí Luis, y un dia que estaban á solas, le dijo estas palabras: Madre y señora, muchas veces dice V. E. que querria tener un hijo religioso: yo pienso que Dios le ha de hacer esta merced. Volvió otro dia á repetirle las mismas palabras, y añadió: Pienso que tengo de ser yo ese. Mostró la Marquesa oir de mala gana esta plática, por ser Luis el primogénito, y atajándola le echó de sí; pero reparó mucho en aquellas palabras, y comenzó á pensar que seria así, por verle como le

veia tan devoto y tan santo. Bien es verdad que, como él decia despues, entonces no habia tomado aun resolucion de su vida, sino sólo proseguia en sus ejercicios de devocion.

Habia á esta sazon mucho rumor de peste por Italia, y con este temor el Marqués se quiso ir á vivir á Monferrato, llevando allá toda su casa. Estando allí le apretó grandemente la gota, y así por órden de los médicos hubo de ir á los baños de Luca: quiso llevar consigo á su segundo hijo Rodolfo, por no sé qué achaque que tenia, y tambien á Luis, con intento de pasarse á la vuelta por Florencia, y dejarlos allí en la corte del Sermo. D. Francisco de Médicis, gran duque de aquel Estado, parte por conservar con esto la antigua amistad que habia comenzado á tener con aquel príncipe en la corte del Rey de España, parte tambien porque sus hijos allí aprendiesen más fácilmente la lengua toscana.

Comenzó, pues, su jornada con sus dos hijos al principio del verano del año 1577, con no poca pena de la Marquesa, que de mala gana hacia suelta de ellos en aquella edad para tan léjos. Fuese derecho á los baños, y habiéndolos tomado, volvió su camino hácia Florencia. Llegando cerca de la ciudad y sabiendo las exquisitas diligencias que se hacian á la puerta por el temor de la peste, se retiró á una aldea de Jacobo del Turco, su conocido, que estaba cerca de Fiésoli. En el ínterin hizo saber á S. A. el Duque su llegada, y habida su licencia entró en la ciudad, donde fué recibido del gran Duque en su palacio con notables muestras de amor. Presentóle el Marqués sus hijos, y estimó S. A. tanto el presente, que quiso en todo caso tenerlos consigo en palacio. Deseaba el Marqués que sus hijos, en vez de cortejar al Duque, atendiesen á su estudio, y por esta causa pidió licencia para tenerlos fuera de palacio. Vino el Duque en ello, y señalóles una casa en la calle de los Angeles.[13] Antes de partirse el Marqués, les dejó por ayo y como gobernador al Sr. Pedro Francisco del Turco, que al presente es mayordomo del Sr. D. Juan de Médicis, de cuya prudencia y fidelidad tenia larga experiencia en Italia y España. Dióles por camarero al Sr. Clemente Ghisoni, que ahora es mayordomo del señor Marqués de Castellon. Para maestro de latin y de buenas costumbres les dejó un sacerdote hombre de bien, llamado don Julio Bresciani de Cremona, y otros criados conforme á su calidad.[14]

Tenia ya Luis nueve años cumplidos cuando su padre le dejó en Florencia, y estuvo allí más de dos; en el cual tiempo estudió con cuidado la lengua latina, atendiendo tambien á aprender la toscana. Las fiestas iba á cortejar, y tal vez jugaba á algun juego honesto, más por obedecer á su ayo, que por gusto. Y á este propósito cuenta la Serma. Sra. D.ª Leonor de Médicis, duquesa de Mantua, que cuando la Serma. Sra. D.ª María su hermana, que ahora es reina de Francia, y ella, siendo niñas, convidaban á Luis para que jugase y se entretuviese con ellas en el jardin ó en palacio, él les decia que



Reloj, que, segun la tradicion, fué regalado á la Madre de S. Luis por un Príncipe ó Princesa, con ocasion del nacimiento del Santo.
Está en el Colegio de las «Vírgenes del Jesus» en Castiglione.

no gustaba de aquellos juegos, que de mejor gana se entretendria en hacer altares ó en otra cosa semejante de devocion.

Con los buenos principios que Luis traia cuando llegó á Florencia, creció tanto allí el edificio espiritual de su alma, que solia él llamar á Florencia la madre de su devocion. En especial fué grandísima la que cobró con la Virgen santísima; cuando hablaba de ella ó meditaba sus misterios, parece que se derretia y deshacia todo de pura ternura. Ayudóle mucho á esto la devocion que tienen los de aquella ciudad con una imágen muy devota de nuestra Señora de la Anunciada, y un librito tambien de los misterios del Rosario del P. Gaspar

Loarte[16] de la Compañía de Jesus, en el cual leyendo un dia, se sintió abrasado de deseos de hacer algun servicio grande á esta Señora. Vínole al pensamiento que seria servicio muy acepto á la Vírgen santísima, si él, por imitar cuanto le fuese posible su pureza, le consagrase desde luégo con particular voto su virginidad.

Con este pensamiento, estando un dia en oracion delante de la imágen que dijimos de la Anunciada, á honra de la Vírgen hizo voto á Dios nuestro Señor de perpetua virginidad: la cual conservó toda su vida tan entera y perfectamente, que se echa bien de ver cuán grata le fué á Dios nuestro Señor aquella oferta, y cuán especialmente le recibió la Vírgen santísima debajo de su proteccion. Porque afirman sus confesores, y en particular el Ilmo. cardenal Belarmino en su testimonio jurado, y más largamente el P. Jerónimo Plati, en aquel su memorial latino, que san Luis en toda su vida no sintió jamás ni un mínimo estímulo ó movimiento carnal en el cuerpo, ni un pensamiento ó representacion lasciva en la mente, contraria al propósito y voto que habia hecho. Cosa tan sobre toda fuerza é industria humana, que bien se ve haber sido un don muy particular de Dios, por medio de su santísima Madre. Y cuán grande privilegio haya sido éste, sabrálo ponderar el que viere que el apóstol san Pablo, ahora hable de sí, ahora de otros, pidió por tres veces á Dios que le quitase el estímulo de la carne. San Jerónimo se estaba tanto tiempo hiriendo el pecho con un canto: san Benito se revolcaba desnudo en las espinas: san Francisco en la nieve en medio del invierno: san Bernardo se metia en el estanque helado hasta la garganta, y se estaba allí hasta apagar aquel fuego. De pocos Santos sabemos que por particular favor y gracia extraordinaria llegaron á tan perfecto estado de insensibilidad; y si algunos llegaron, fué á poder de oraciones y lágrimas, como san Equicio Abad, de quien dice san Gregorio en sus Diálogos, que sintiéndose en su mocedad gravemente molestado en esta materia, alcanzó de Dios con largas y contínuas oraciones que le enviase un Angel, el cual le dejó tan libre de tentacion y movimiento, como si ya no tuviera cuerpo de carne; y del abad Sereno cuenta Casiano, que habiendo alcanzado primero de Dios con muchas lágrimas, ayunos y oraciones la pureza del corazon y de la mente, despues hizo otras tantas diligencias

de dia y de noche, hasta que Dios le hizo la segunda merced, dándole por medio de un Angel tan cumplido don de castidad, que ni velando ni durmiendo sintiese jamás movimiento contrario en su cuerpo. Más cercano á nuestros tiempos es el ejemplo de santo Tomás de Aquino, que recibió aquel cinto maravilloso por mano de Angeles; pero fué despues de haber orado y luchado hasta echar de su aposento con el tizon aquella deshonesta mujer.

Ahora vengamos á nuestro Luis, de quien no podrémos decir que esta tan grande insensibilidad de su cuerpo y la pureza tan rara de su alma le procedia de frialdad natural, ni menos de rusticidad que tuviese: siendo como era de su complexion sanguíneo, vivo, despierto y avisado, como saben muy bien los que le conocieron y trataron; y así es fuerza que confesemos que le procedia de una extraordinaria gracia de Dios y de un particular favor de la Vírgen santísima, de quien él fué siempre tan devoto, con un afecto tan de hijo, que le hacia acudir á ella con notable confianza. Bien es verdad que cooperó él de su parte á la guarda de esta rica joya con aquel cuidado tan continuo que tenia de la guarda de sus sentidos. Que si bien no sentia guerra en esta materia, pero la estima y el amor grande de esta virtud le hacia estar siempre en vela, hecho guarda y centinela de sus sentidos, en especial de los ojos, teniéndolos siempre á raya para que no se desmandasen á mirar donde de mil leguas pudiese haber inconveniente; y esta era una de las razones que le hacian ir por la calle con los ojos tan bajos. Pero sobre todo huia toda la vida, donde quiera que estuviese, el hablar con mujeres. Aborrecia tanto su vista, que quien lo viera, pensara que tenia con ellas alguna natural antipatía. Si acaso sucedia alguna vez cuando estaba en Castellon, que la Marquesa su madre le enviase algun recado con alguna de sus damas, él salia á la puerta del aposento sin dejarla entrar; fijados sus ojos en tierra respondia al recado, y con eso la despedia sin mirarla á la cara. Ni aun con su misma madre gustaba de hablar á solas; y si alguna vez sucedia, que estando hablando con ella, los que estaban presentes se salian, luégo él buscaba tambien alguna ocasion para salirse, y si no la hallaba, se cubria el rostro de un empacho y vergüenza virginal, indicio del recato con que andaba en la guarda de esta virtud.

Preguntóle un dia cierto doctor ¿por qué huia tanto de las mujeres y de su misma madre? El, por no descubrirse, le dió á entender que le nacia más de aversion natural que de virtud. Uno de los conciertos que sacó al Marqués su padre, fué este, que en lo demás mandase, y él como era razon obedeceria; pero que no le mandase tratar con mujeres; y el Marqués, viéndole tan resuelto en este punto, hubo de acomodarse con él por no disgustarlo. El mismo confesaba de sí que no habia visto jamás algunas señoras deudas suyas muy cercanas; y por tenerle todos tan conocido en esta parte, solian los de su casa llamarle por burla el enemigo de las mujeres.

Comenzó tambien aquí en Florencia á confesarse más á menudo que en Castellon. Para esto le dió su ayo por confesor un Padre de la Compañía de Jesus, que á la sazon era Rector de aquel colegio.[16] Cuando hubo de venir la primera vez á confesarse con él, se aparejó en su casa examinándose con gran diligencia y exaccion. Púsose despues delante del confesor con tal reverencia y con tanta vergüenza y confusion propia, como si hubiera sido el mayor pecador del mundo: fué esto en tanto grado, que en poniéndose á los piés del confesor se desmayó, y fué necesario que el ayo le acudiese y lo volviese á casa. Volvió despues al confesor, y quiso hacer un exámen y confesion general de toda su vida; de la cual le oimos diversas veces decir en la Religion, que en Florencia habia hecho una confesion general de toda su vida, con particular consuelo de su alma.

Con esta ocasion entró más dentro de sí, y dió principio á una vida más estrecha y más exacta, examinando todas sus acciones con gran rigor, para hallar la raíz de sus faltas y cortarla de una vez. Lo primero que halló, fué que por ser de complexion sanguíneo, le venian algunos movimientos de indignacion que le hacian entrar en cólera; y aunque ésta no llegaba á prorumpir en lo exterior, con todo eso le inquietaba lo interior de su alma. Para vencer esta pasion, se dió á pensar en la fealdad y bajeza de este vicio. La cual decia él que se echaba de ver en que, cuando el hombre se sosiega y vuelve en sí, conoce que el tiempo que duró la cólera, no fué señor absoluto de sí ni de sus acciones. Movido de esta consideracion, se resolvió de hacerse fuerza, y desarraigar

totalmente aquella pasion de su alma. Y con el ayuda de Dios y su buena diligencia se dió tan buena maña, que en breve tiempo salió con su pretension, y alcanzó tan perfecta victoria, que no parecia haberle quedado rastro de aquella inclinacion. Además de esto, advirtiendo que en las pláticas ordinarias á las veces se le escapaban algunas palabras que



S. Luis á la edad de 6 años.

De un cuadro al oleo antiguo que conservan en el locutorio las «Vírgenes del Jesus» de Castiglione.

tocaban algo en fama ajena, aunque, como él mismo decia, apenas llegaban á pecado venial; con todo eso enojado consigo mismo, por no volver á acusarse tantas veces de aquella falta en las confesiones, se retiró de las conversaciones, no sólo de los de fuera, pero aun de los mismos de casa, estándose de ordinario retirado y solo, por no decir ú oir cosa que de mil leguas manchase la pureza de su conciencia; y si bien algunos por

esto le tenian por escrupuloso ó melancólico, á él no se le daba nada.

De allí adelante fué tan obediente á sus mayores, que afirma su ayo, que jamás hizo cosa por mínima que fuese contra su órden. Antes si alguna vez veia á su hermano Rodolfo quejarse de las reprensiones de su ayo ó maestro, el buen Luis con amor le exhortaba y animaba á obedecer. A sus criados mandaba con tanto respeto y modestia, que los dejaba confusos. No usaba jamás palabra de imperio: su modo de mandar era este: Podríais hacer tal cosa, si no os desplace: si no os molesta, quisiera que hicierais tal cosa. Estas y otras semejantes palabras les decia con tanto agrado y tales muestras de compasion, que les robaba los corazones. Era tan vergonzoso, que cuando á la mañana el camarero le daba de vestir, se ponia colorado y siempre estaba con los ojos bajos. Cuando le habia de calzar, apenas sacaba la punta del pié fuera de la cama: tanto sentia que le viesen descubierto. Oia Misa todos los dias, y las fiestas tambien Vísperas. No tenia en este tiempo noticia de oracion mental; sólo se ocupaba en la vocal, rezando cada dia mañana y tarde el Ejercicio cotidiano, y lo demás que dijimos, siempre de rodillas y con grande atencion. Y aunque por entonces no tenia resolucion firme de dejar el mundo, teníala de, si quedaba en él, hacer una vida la más santa y perfecta que le fuese posible. A esta madurez de costumbres y á este grado de perfeccion llegó Luis en tan tierna edad, á donde otros apenas llegan despues de muchos años de Religion.

CAPÍTULO IV. III.

Cómo San Luis fué llamado á Mantua, donde se resolvió de ser eclesiástico.

Habia ya estado Luis en Florencia más de dos años, cuando el Marqués su padre fué por gobernador de Monferrato por el Sermo. Sr. don Guillelmo, duque de Mantua. Quiso con esta ocasion el Marqués, que sus hijos Luis y Rodolfo viviesen á Mantua, para donde se partieron con licencia y beneplácito del Duque de Florencia, por el mes de noviembre de 1579,[17] siendo á la

sazon Luis de once años y ocho meses. Prosiguió en Mantua con los ejercicios y modo de vida que en Florencia habia comenzado, y añadió una resolucion de no menor importancia que la pasada, que fué de dejar á Rodolfo, su hermano menor, el marquesado de Castellon, del cual él como primogénito tenia ya la investiduró del Emperador. No le ayudó poco para esta resolucion una enfermedad que le sobrevino, si bien ya antes estaba resuelto de no casarse, como dijimos. La enfermedad fué, que comenzó á sentir dificultad de orina, y temiéndose que con el tiempo no fuese en aumento, se determinó con consejo de los médicos á procurar consumir á pura dieta los humores que se pensaba ocasionaban aquel achaque. Tomó tan á pechos este remedio, que fué harto no morir en la demanda; porque llegó á términos, que si en una comida llegaba á comer un huevo entero, que le sucedia raras veces, le parecia haber tenido un banquete muy espléndido.

Perseveró en este ayuno tan riguroso, no sólo aquel invierno en Mantua, sino el verano siguiente en Castellon, contra el parecer de los médicos y de todos los demás, no ya por la salud, como se pensaba, sino por devocion, como él mismo confesó en la religion al P. Jerónimo Plati. Que si bien al principio habia tomado aquella abstinencia tan rigurosa por cobrar salud; pero despues se fué aficionando poco á poco á aquel modo de vida, y hallaba ya gusto en el ayuno por la salud del alma. Pero cuanto le fué de provecho la abstinencia para el mal de orina, que al fin no le volvió más, tanto le hizo de daño para el estómago, el cual del demasiado ayuno vino á debilitársele de suerte, que despues cuando quiso comer, no abrazaba el manjar, ni mucho menos le podia retener; y así, aunque hasta entonces tiraba más á grueso y jugoso, despues quedó muy flaco y enjuto; y faltándole las fuerzas y el vigor que tenia, por ser de su natural muy bien complexionado, le sobrevino tanta flaqueza, que le gastó y consumió toda su buena complexion.

No dejó de sacar de este trabajo algun provecho para el alma, porque al fin le sirvió de capa para ahorrar muchas salidas, que hubiera de hacer si estuviera récio. Pero ahora rara vez salia de casa, y era á visitar alguna iglesia ó casa de religiosos, con quienes trataba de cosas espirituales; y tal vez iba á casa del Sr. Próspero Gonzaga, su tio,[18] donde en

esto le tenian por escrupuloso ó melancólico, á él no se le daba nada.

De allí adelante fué tan obediente á sus mayores, que afirma su ayo, que jamás hizo cosa por mínima que fuese contra su órden. Antes si alguna vez veia á su hermano Rodolfo quejarse de las reprensiones de su ayo ó maestro, el buen Luis con amor le exhortaba y animaba á obedecer. A sus criados mandaba con tanto respeto y modestia, que los dejaba confusos. No usaba jamás palabra de imperio: su modo de mandar era este: Podríais hacer tal cosa, si no os desplace: si no os molesta, quisiera que hicierais tal cosa. Estas y otras semejantes palabras les decia con tanto agrado y tales muestras de compasion, que les robaba los corazones. Era tan vergonzoso, que cuando á la mañana el camarero le daba de vestir, se ponia colorado y siempre estaba con los ojos bajos. Cuando le habia de calzar, apenas sacaba la punta del pié fuera de la cama: tanto sentia que le viesen descubierto. Oia Misa todos los dias, y las fiestas tambien Vísperas. No tenia en este tiempo noticia de oracion mental; sólo se ocupaba en la vocal, rezando cada dia mañana y tarde el Ejercicio cotidiano, y lo demás que dijimos, siempre de rodillas y con grande atencion. Y aunque por entonces no tenia resolucion firme de dejar el mundo, teníala de, si quedaba en él, hacer una vida la más santa y perfecta que le fuese posible. A esta madurez de costumbres y á este grado de perfeccion llegó Luis en tan tierna edad, á donde otros apenas llegan despues de muchos años de Religion.

CAPÍTULO IV. III.

Cómo San Luis fué llamado á Mantua, donde se resolvió de ser eclesiástico.

Habia ya estado Luis en Florencia más de dos años, cuando el Marqués su padre fué por gobernador de Monferrato por el Sermo. Sr. don Guillelmo, duque de Mantua. Quiso con esta ocasion el Marqués, que sus hijos Luis y Rodolfo viviesen á Mantua, para donde se partieron con licencia y beneplácito del Duque de Florencia, por el mes de noviembre de 1579,[17] siendo á la

sazon Luis de once años y ocho meses. Prosiguió en Mantua con los ejercicios y modo de vida que en Florencia habia comenzado, y añadió una resolucion de no menor importancia que la pasada, que fué de dejar á Rodolfo, su hermano menor, el marquesado de Castellon, del cual él como primogénito tenia ya la investiduró del Emperador. No le ayudó poco para esta resolucion una enfermedad que le sobrevino, si bien ya antes estaba resuelto de no casarse, como dijimos. La enfermedad fué, que comenzó á sentir dificultad de orina, y temiéndose que con el tiempo no fuese en aumento, se determinó con consejo de los médicos á procurar consumir á pura dieta los humores que se pensaba ocasionaban aquel achaque. Tomó tan á pechos este remedio, que fué harto no morir en la demanda; porque llegó á términos, que si en una comida llegaba á comer un huevo entero, que le sucedia raras veces, le parecia haber tenido un banquete muy espléndido.

Perseveró en este ayuno tan riguroso, no sólo aquel invierno en Mantua, sino el verano siguiente en Castellon, contra el parecer de los médicos y de todos los demás, no ya por la salud, como se pensaba, sino por devocion, como él mismo confesó en la religion al P. Jerónimo Plati. Que si bien al principio habia tomado aquella abstinencia tan rigurosa por cobrar salud; pero despues se fué aficionando poco á poco á aquel modo de vida, y hallaba ya gusto en el ayuno por la salud del alma. Pero cuanto le fué de provecho la abstinencia para el mal de orina, que al fin no le volvió más, tanto le hizo de daño para el estómago, el cual del demasiado ayuno vino á debilitársele de suerte, que despues cuando quiso comer, no abrazaba el manjar, ni mucho menos le podia retener; y así, aunque hasta entonces tiraba más á grueso y jugoso, despues quedó muy flaco y enjuto; y faltándole las fuerzas y el vigor que tenia, por ser de su natural muy bien complexionado, le sobrevino tanta flaqueza, que le gastó y consumió toda su buena complexion.

No dejó de sacar de este trabajo algun provecho para el alma, porque al fin le sirvió de capa para ahorrar muchas salidas, que hubiera de hacer si estuviera récio. Pero ahora rara vez salia de casa, y era á visitar alguna iglesia ó casa de religiosos, con quienes trataba de cosas espirituales; y tal vez iba á casa del Sr. Próspero Gonzaga, su tio,[18] donde en

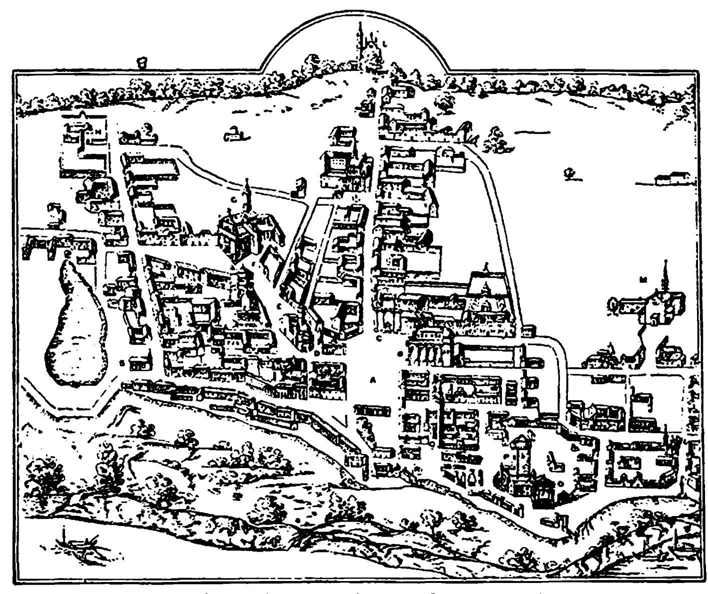
llegando se metia en la capilla á encomendarse á Dios: despues hablaba con su tio y los demás de casa pláticas de nuestro Señor con tan levantado espíritu, que dejaba atónitos los presentes, y le miraban ya desde entonces como á un Santo del cielo. El resto del tiempo se estaba solo y retirado en casa, á ratos leyendo vidas de Santos escritas por Surio, de que gustaba mucho; á ratos ocupándose en rezar el oficio, y en otros ejercicios espirituales, á los cuales se aficionó tanto, que dándole cada dia más en rostro las pláticas y ocupaciones exteriores. Y cobrando más amor á aquel modo de vida retirada, se resolvió últimamente á ceder el Estado á su hermano Rodolfo, y hacerse de la Iglesia; no por alcanzar dignidades eclesiásticas, porque éstas, por más que en diferentes ocasiones se las propusieron, siempre las rehusó constantemente, sino por poder solamente en aquel estado emplearse con más libertad y quietud en el servicio divino. Tomada esta resolucion, comenzó á instar al Marqués su padre, que le desocupase de obligaciones de corte, para poder atender con comodidad á los estudios, si bien no le declaró por entonces la resolucion que habia tomado de ser eclesiástico.

CAPÍTULO V. IV.

Vuelve á Castellon: recibe de Dios el don de la oracion mental, y comienza á frecuentar el santísimo Sacramento.

Pasado el invierno, suelen aquellos príncipes de ordinario cada año salirse de Mantua a diversos lugares suyos de recreacion, para pasar mejor el calor del verano; y por esto el Marqués escribió, que Luis y su hermano se fuesen á Castellon, para probar tambien si, con el aire de allí, que junto con ser natural, es de suyo muy saludable, le iba mejor á Luis que en Mantua.[19] Y no hay duda, sino que, como le hizo algun provecho por ser el puesto tan á propósito en un monte de bellísima vista, le hubiera reparado del todo, si él se ayudara y quisiera remitir algo de aquel rigor de vida que habia comenzado en Mantua: principalmente añadiéndose de nuevo el cuidado de la Marquesa su madre. Pero él cuidaba más de la salud del alma que de la del cuerpo, y no aflojó un punto de sus ejercicios

espirituales, antes los acrecentó, y ultra de la abstinencia que guardaba, se estaba de ordinario en un perpetuo retiramiento, huyendo toda suerte de conversacion, por atender con más libertad á sus devociones. Como Luis iba cada dia desasiéndose y despegándose del mundo para unirse más con Dios;



Casalmaggiore en tiempo de San Luis.

De un antiguo dibujo hecho á pluma, propiedad del municipio de Casalmaggiore.

A. Plaza.
B. Iglesia de la Cruz. Colegio de Bernabitas.
C. Iglesia de la Trinidad. Hospital de Huérfanos.
D. Oratorio de la Inmaculada Concepcion.
E. Iglesia de S. Juan Bautista.
F. Convento de Religiosas Clarisas.
G. Parroquia de S. Esteban.
H. Iglesia de S. Lorenzo, de PP. Capuchinos.
I. Iglesia de S. Francisco, de PP. Conventuales.
L. Iglesia de Nuestra Señora de PP. Servitas.
M. Casa Cural de S. Leonardo.
N. Hospital de Santa María del Popolo.
O. Iglesia de S. Roque.
P. Torre de la cárcel.
Q. Santa Lucía, Torre de la Casa Consistorial.
R. Hospital de S. Cristobal, de Huérfanas.
S. Iglesia de S. Sebastian.

(Véase el libro I, cap. 2, y la nota 8.)

aquel Señor, que tan bien sabe corresponder á los que fielmente le sirven, no tardó en mostrar lo mucho que le agradaba el devoto afecto con que aquel santo niño de doce años se le ofrecia y dedicaba.

No habia tenido Luis hasta entonces direccion ni práctica en materia de oracion mental; pero Dios nuestro Señor quiso ser inmediatamente su maestro. Porque, hallando esta alma tan pura y tan dispuesta, él le abrió el seno de sus divinos secretos, y le metió en lo más íntimo de sus tesoros; alumbróle el entendimiento con una luz celestial, con que le enseñó el modo de meditar y contemplar las grandezas y maravillas de Dios, mucho más altamente de lo que la industria y magisterio humano supiera hacer. Viendo Luis abierta tan liberalmente esta puerta, y aquel ancho campo que se le descubria para apacentar los afectos de su alma, no perdió tan buena ocasion: porque se estaba casi todo el dia meditando, unas veces los sagrados misterios de nuestra redencion; otras, las grandezas de los atributos divinos, con tan gran consuelo de su alma, que la dulzura y suavidad que sentia le hacian derramar continuamente rios de lágrimas en tanta abundancia, que no sólo bañaba el vestido, sino el suelo del aposento. Esto le obligaba á estarse la mayor parte del dia encerrado, por miedo de no perder aquella ternura, ó de que no le viesen llorar. No se podia con todo esto encubrir á sus criados, antes se ponian muchas veces á acecharle por los resquicios con no pequeña maravilla. Veíanlo estar á veces algunas horas postrado delante de un Crucifijo, los brazos ya abiertos, ya cruzados sobre el pecho, los ojos enclavados en el Cristo, llorando tan récio, que se oian afuera los sollozos y suspiros. Despues le veian muchas veces sosegarse y quedarse como en éxtasis inmoble, sin pestañear, como si fuera de piedra. Estaba en esta sazon tan abstracto, que aunque el ayo ú otros criados que me lo contaban, pasaban por el aposento y hacian ruido, él no lo echaba de ver, ni lo oia. Divulgábanse estas cosas por el lugar, y venian á veces algunos de fuera á acechar tambien, y volvian atónitos. Muchas veces le repararon, que al subir la escalera rezaba en cada escalon un Ave María. Cuando iba por casa ó por la calle en carroza ó á pié, siempre llevaba algo que rumiar de su meditacion.

No tuvo en esta materia de oracion otro maestro, sino la uncion del Espíritu Santo, como dijimos; y así, aunque sabia meditar, no sabia el órden que habia de guardar, ni la materia que habia de tomar. Para esto, trazó nuestro Señor que un dia se encontrase con un librito del Padre Pedro

Canisio de la Compañia de Jesus, en que se ponian por órden algunos puntos de meditacion.[20] Con la leccion de este libro quedó, no sólo confirmado en su santo ejercicio, sino instruido del modo que habia de guardar y del tiempo, si bien él no tenia tiempo determinado, sino segun tenia la comodidad, y segun que el fervor le llevaba, unas veces más, otras menos, pero siempre sacando nueva luz en el entendimiento y nueva mocion en el afecto. Este mismo libro y las Cartas tambien de las Indias[21] le aficionaron, como él decia, mucho á la Compañia. El libro, porque le agradó grandemente el buen método, y mucho más el espíritu con que estaba escrito, y le parecia que era muy conforme á su modo. Las Cartas, porque por ellas entendió lo que Dios obraba en Indias, por medio de los Padres, en la conversion de los gentiles; y veníale deseo de gastar él su vida en tales ocupaciones, por la salud de las almas, que tanto costaron á Dios, y aun en aquella edad hacia lo que podia por ayudarlas. Con este fin, se iba todas las fiestas á las escuelas de la doctrina cristiana, y se animaba á enseñar á los otros niños las cosas de la fe, y el modo de bien vivir. Hacíalo con tanta modestia y humildad, sin desdeñarse de hacer aquel oficio con sus vasallos y con los pobrecitos, y con cada uno de por sí con tanto afecto, que todos cuantos le veian, alababan á nuestro Señor. Si sabia que hubiese alguna discordia entre los criados de casa, procuraba luégo componerlos. Si oia á alguno blasfemar ú otra palabra descompuesta, reprendíale. Si sabia que habia en el lugar alguno de mala vida, avisábale con blandura, y procuraba su enmienda, porque no podia sufrir que fuese Dios ofendido. Sus pláticas eran siempre de cosas de Dios; y hablaba con tanto ser y autoridad, que yendo por este tiempo con la Marquesa su madre á Tortona á visitar á la Duquesa de Lorena,[22] que pasaba por allí con su hija la Duquesa de Brunswich, oyéndole hablar los que acompañaban aquella señora, quedaban atónitos, y decian que, si le oyeran y no le vieran, pensaran que era un viejo muy prudente el que tan altamente hablaba de Dios.

Corria ya por este tiempo el año de 1580, en el cual el cardenal san Cárlos Borromeo, arzobispo de Milan, habiéndole hecho la Santidad de Gregorio XIII visitador apostólico de los obispados de su provincia, estaba actualmente visitando

la diócesis de Brescia, y llegó á Castellon por el mes de julio con solas siete personas, que no queria traer más casa por no hacer costa á los eclesiásticos que visitaba. Entre otras cosas apostólicas que allí hizo, quiso predicar al pueblo de pontifical el dia de la Magdalena, á 22 de julio. Hizo un sermon muy provechoso en la iglesia de San Nazario y Celso, que es la principal de aquel lugar, y por mucho que se lo rogaron aquellos señores que se sirviese de ir á su palacio, no se pudo acabar con él que admitiese el hospedaje, y así se estuvo en casa del archipreste, que era junto á la iglesia. Allí le visitó nuestro Luis, que entonces era de doce años y cuatro meses. Notablemente se alegró el santo Prelado de ver aquel angelito tan regalado de Dios, y así se estuvieron á solas en pláticas espirituales tan largo tiempo, que no acababan de espantarse los que estaban aguardando afuera. Consolábase grandemente el buen Cardenal de ver aquella tierna planta en medio de las espinas del mundo y de la corte, sin industria de hortelano, con solas las influencias del cielo tan crecida, tan fuerte, tan hermosa, y que habia llegado á tal alteza de perfeccion. Por otra parte, el santo niño se alegraba de haber hallado persona tal á quien podia con confianza descubrir su pecho, y preguntar las dudas que tenia en la via espiritual. Y como siempre habia oido hablar del cardenal como de un santo, tomaba sus palabras y avisos que le daba para proseguir en lo comenzado, como si se las dijera el mismo Dios. Preguntóle el bienaventurado san Cárlos si comulgaba. Y diciéndole que no, el Cardenal, que ya habia descubierto bien la pureza de su alma, la madurez del juicio y la mucha luz que Dios le daba de las cosas del cielo, no sólo le dijo que comulgase, pero le exhortó á que lo hiciese muy á menudo;[28] dándole de palabra una breve instruccion de cómo se habia de aparejar para llegar á aquella fuente de gracia. Aconsejóle tambien que leyese el libro llamado Catecismo romano, impreso por órden de san Pio V en cumplimiento de lo que se ordenó en el Concilio de Trento; del cual libro por la elegancia de su estilo el santo Cardenal tenia tanta estima, que era de parecer que se leyese en las escuelas en lugar de Ciceron y de los otros autores profanos, para que junto con la elegancia de la lengua se les embebiese á los mozos la piedad y religion; y de hecho lo introdujo en su seminario de Milan, aunque despues, viendo por la

experiencia que no salia tan bien, mudó de parecer é hizo volver á leer los autores antiguos. Al fin de largas pláticas, despidió á Luis echándole mil bendiciones, con muestras de particular afecto. No se olvidó el santo mancebo de los consejos de san Cárlos, y así desde entonces se dió á leer el Catecismo con grande gusto, porque hallaba en él doctrina santa y documentos cristianos, y tambien por habérselo encargado tan santo varon, á quien veneraba con tanto fundamento. Y no sólo él lo leia, pero daba á otros el mismo consejo, alegando la autoridad de aquel Santo, que á él se lo habia dado. Comenzó tambien á comulgar, y no se puede creer el aparejo que tomó para recibir dignamente tan soberano Huésped. Lo primero, hizo con extraordinaria diligencia y exaccion exámen de toda su vida, á ver si hallaba algo que pudiese ofender los ojos de aquel Señor que habia de recibir. Despues se confesó con tanto sentimiento, dolor y lágrimas, que el confesor mismo tenia bien qué aprender, viendo principalmente que sus pecados no tanto eran de comision, cuanto de omision, por parecerle que no correspondia con las obras á la luz que Dios le daba, y á los deseos de mayor perfeccion. Además de esto, todos aquellos dias precedentes á la comunion, todo cuanto pensaba y hablaba era de este soberano Sacramento. De esto leia, de esto meditaba, á esto enderezaba sus oraciones, que eran tan frecuentes, que solian decir los de su casa, que parecia que tenia que hablar con las paredes, pues tantas veces le hallaban de rodillas en todos los rincones de casa. Cuáles hayan sido los actos interiores, cuáles los afectos amorosos que pasaron en su alma, la primera vez y las otras que llegó á aquella mesa, sábelo aquel Señor que vió su corazon, porque yo no he hallado quién me lo sepa decir. Sólo hallo en los procesos, que al tiempo de comulgar estaba atentísimo, recibia grandes consuelos, y se echaba bien de ver por la devocion exterior, y que despues se quedaba de rodillas á vista de todos por muy largo tiempo en la iglesia, y así desde ahí adelante comulgaba muy á menudo. Otra cosa añade la Marquesa su madre, digna de consideracion, y otros la repararon tambien en diferentes ocasiones, y es, que desde allí adelante le quedó una tan gran devocion al santísimo Sacramento, que todos los dias cuando oia misa, en cosagrando el sacerdote comenzaba él á llorar con tanta abundancia, que

corrian las lágrimas hasta el suelo; y este efecto le duró toda la vida, pero con mucha más fuerza los dias de fiesta cuando comulgaba.

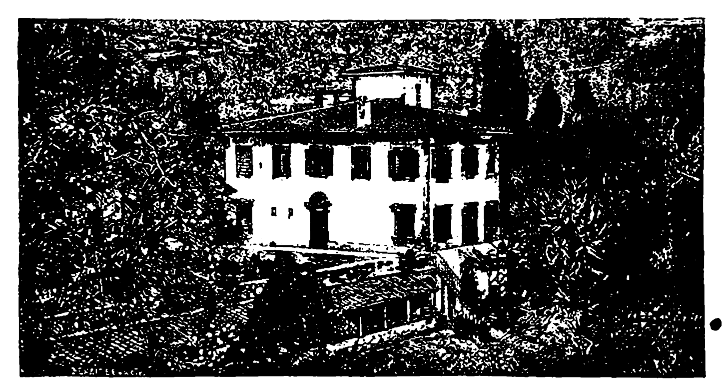
CAPÍTULO VI. V.

Cómo fué á Monferrato, y en el camino estuvo en un gran peligro de la vida, y se resolvió de ser religioso.

Estándose el marqués D. Fernando en Casal de Monferrato, que es el lugar donde residen de ordinario los gobernadores, le avisaron de Castellon cómo Luis, si bien estaba libre ya de aquel achaque, pero por la abstinencia tan rigurosa que usaba, estaba tan flaco y tenia el estómago tan gastado, que apenas podia comer y mucho menos digerir lo que comia, en lo cual no habia mejoría ninguna porque él no se ayudaba. El Marqués, á quien daba no poco cuidado la vida y la salud de este hijo, pensando que seria más fácil el remedio teniéndole á vista, ó á lo menos se atajaria el mal para adelante, ordenó que viniese Luis en compañía de la Marquesa su madre y su hermano Rodolfo, á donde él estaba. Partieron al fin del verano de aquel año de 1580 de Castellon la vuelta de Monferrato.

En este camino corrió gran peligro la vida de Luis. Fué el caso, que al pasar á vado un brazo del rio Tesino, que por aquel camino se pasa, y á la sazon venia crecido con las muchas lluvias, la carroza en que iban Luis y Rodolfo con su ayo se quebró en medio del rio, y se partió en dos piezas. La parte delantera, en que quedó Rodolfo estaba atada á los caballos, y así pudieron tirar de ella no sin gran trabajo y peligro, hasta sacarla á la ribera donde ya las otras carrozas habian pasado. La otra mitad, en que estaba Luis con su ayo, quedó en evidente peligro; porque luégo la arrebató la corriente, y la llevó con furia grande trecho; y si se volcaba á cualquier parte, por lo menos Luis no podia escapar. Pero la providencia de Dios, que con especial cuidado le guardaba, trazó que aquel pedazo de carroza topase en el tronco de un árbol, que la corriente habia traido al medio del rio, y allí se detuviese, mientras los que estaban en la ribera pudieron llamar un hombre práctico en aquellos pasos, el cual en un

caballo entró por el rio, y asiendo de Luis lo sacó en las ancas á la ribera, y despues volvió tambien por el ayo. Todos los que allí iban se fueron luégo á una iglesia cercana á dar gracias á Dios por haberles librado de tan gran peligro. Corrió en el ínterin la voz de que eran ahogados. La Marquesa, que iba delante en la primera carroza, oyendo esta nueva, volvió atrás con la pena que se puede pensar. Pasó la nueva más adelante hasta llegar á Casal á los oidos del Marqués, el cual despachó luégo un propio para certificarse, sin poder reposar en el ínterin; pero consolóse presto con la buena llegada de su mujer é hijos.



Villa Fontanella, de D. Santiago del Turco, en Fiésole,
en la cual estuvo repetidas veces S. Luis. (Véase el libro 1, cap. 3, y la nota 10.)

Estuvo Luis en Casal de Monferrato más de medio año: allí á más de perfeccionarse en la latinidad, de que tenia ya bastantes principios, se adelantó mucho en su espíritu, ayudándose mucho de la buena comunicacion con los Padres Bernabitas, así llamados por haber tenido orígen su Religion en la iglesia de San Bernabé de Milan. Trataba con ellos muy de ordinario; confesaba y comulgaba en su iglesia, y por este camino granjeó en breve mucha mayor luz para andar adelante en el servicio de Dios. Como él se disponia tambien de su parte para recibir nuevos dones del cielo, Dios correspondia de la suya, dándole cada dia más luz, más inspiraciones y deseos de mayor perfeccion, y despegándole más y más de las

corrian las lágrimas hasta el suelo; y este efecto le duró toda la vida, pero con mucha más fuerza los dias de fiesta cuando comulgaba.

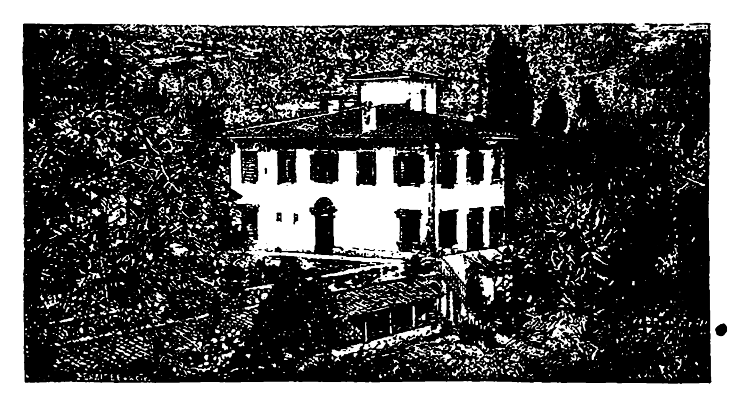
CAPÍTULO VI. V.

Cómo fué á Monferrato, y en el camino estuvo en un gran peligro de la vida, y se resolvió de ser religioso.

Estándose el marqués D. Fernando en Casal de Monferrato, que es el lugar donde residen de ordinario los gobernadores, le avisaron de Castellon cómo Luis, si bien estaba libre ya de aquel achaque, pero por la abstinencia tan rigurosa que usaba, estaba tan flaco y tenia el estómago tan gastado, que apenas podia comer y mucho menos digerir lo que comia, en lo cual no habia mejoría ninguna porque él no se ayudaba. El Marqués, á quien daba no poco cuidado la vida y la salud de este hijo, pensando que seria más fácil el remedio teniéndole á vista, ó á lo menos se atajaria el mal para adelante, ordenó que viniese Luis en compañía de la Marquesa su madre y su hermano Rodolfo, á donde él estaba. Partieron al fin del verano de aquel año de 1580 de Castellon la vuelta de Monferrato.

En este camino corrió gran peligro la vida de Luis. Fué el caso, que al pasar á vado un brazo del rio Tesino, que por aquel camino se pasa, y á la sazon venia crecido con las muchas lluvias, la carroza en que iban Luis y Rodolfo con su ayo se quebró en medio del rio, y se partió en dos piezas. La parte delantera, en que quedó Rodolfo estaba atada á los caballos, y así pudieron tirar de ella no sin gran trabajo y peligro, hasta sacarla á la ribera donde ya las otras carrozas habian pasado. La otra mitad, en que estaba Luis con su ayo, quedó en evidente peligro; porque luégo la arrebató la corriente, y la llevó con furia grande trecho; y si se volcaba á cualquier parte, por lo menos Luis no podia escapar. Pero la providencia de Dios, que con especial cuidado le guardaba, trazó que aquel pedazo de carroza topase en el tronco de un árbol, que la corriente habia traido al medio del rio, y allí se detuviese, mientras los que estaban en la ribera pudieron llamar un hombre práctico en aquellos pasos, el cual en un

caballo entró por el rio, y asiendo de Luis lo sacó en las ancas á la ribera, y despues volvió tambien por el ayo. Todos los que allí iban se fueron luégo á una iglesia cercana á dar gracias á Dios por haberles librado de tan gran peligro. Corrió en el ínterin la voz de que eran ahogados. La Marquesa, que iba delante en la primera carroza, oyendo esta nueva, volvió atrás con la pena que se puede pensar. Pasó la nueva más adelante hasta llegar á Casal á los oidos del Marqués, el cual despachó luégo un propio para certificarse, sin poder reposar en el ínterin; pero consolóse presto con la buena llegada de su mujer é hijos.

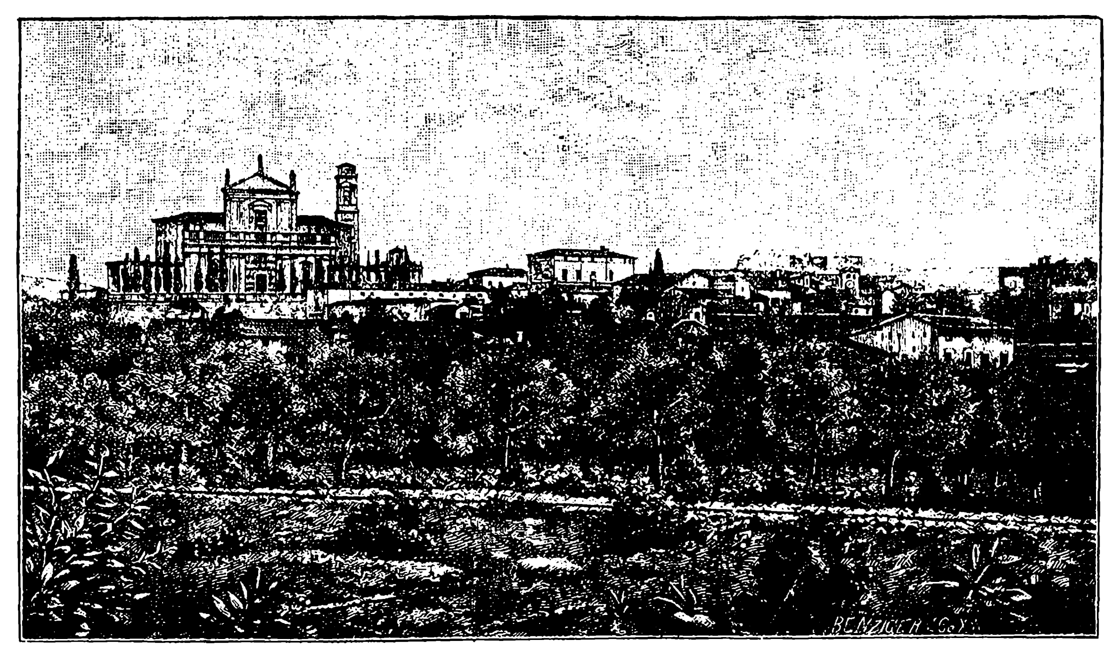


Villa Fontanella, de D. Santiago del Turco, en Fiésole,
en la cual estuvo repetidas veces S. Luis. (Véase el libro 1, cap. 3, y la nota 10.)

Estuvo Luis en Casal de Monferrato más de medio año: allí á más de perfeccionarse en la latinidad, de que tenia ya bastantes principios, se adelantó mucho en su espíritu, ayudándose mucho de la buena comunicacion con los Padres Bernabitas, así llamados por haber tenido orígen su Religion en la iglesia de San Bernabé de Milan. Trataba con ellos muy de ordinario; confesaba y comulgaba en su iglesia, y por este camino granjeó en breve mucha mayor luz para andar adelante en el servicio de Dios. Como él se disponia tambien de su parte para recibir nuevos dones del cielo, Dios correspondia de la suya, dándole cada dia más luz, más inspiraciones y deseos de mayor perfeccion, y despegándole más y más de las

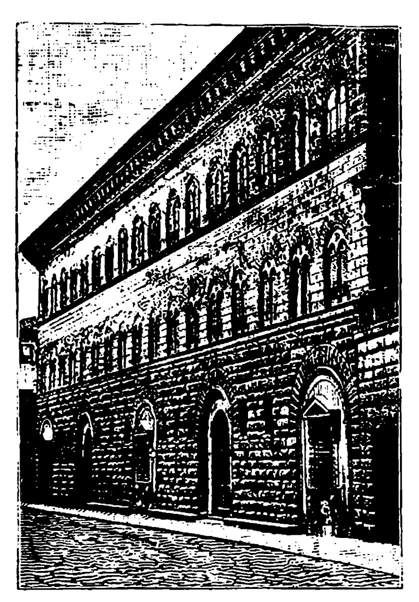
cosas de la tierra. Que si bien el Marqués aquellos primeros dias procuró distraerle algo trazándole entretenimientos, pero él estuvo muy en sí, y no aflojó un punto de sus ejercicios acostumbrados. Sus salidas eran ir muchas veces á visitar una imágen de nuestra Señora de mucha devocion y concurso, que se llama Nuestra Señora de Crea, y rezar allí sus devociones; ir otras veces al convento de los Padres Capuchinos; otras con los Padres Bernabitas, y hablar con ellos de cosas espirituales; y como hallaba en ellos tan buena correspondencia, no parece que se sabia despedir. Admirábale aquella alegría exterior que mostraban; aquella desestima de las cosas del mundo; el tener sus tiempos señalados para orar y cantar; aquella quietud tan sin ruido, que se halla en los conventos; aquel no dárseles más de vivir que de morir.

Estas cosas todas le ponian deseo de tomar para sí un modo semejante de vivir. Un dia en particular, estando en la casa de los Bernabitas, y considerando la dicha de aquellos religiosos, y cómo por haber dejado el mundo y los cuidados de las cosas temporales para servir á Dios más libremente, parece que se hallaba el mismo Dios obligado á cuidar de ellos, andaba razonando consigo, como él mismo me lo contó despues en Roma y tambien á otros: «Mira, Luis, decia, qué gran bien es el de la religion. Estos Padres están libres de los lazos del mundo, apartados de ocasiones de pecar. El tiempo que los del mundo gastan sin provecho en procurar los bienes transitorios y los placeres vanos, ellos le emplean todo con gran mérito en procurar los bienes del cielo, y están ciertos que sus trabajos no se pueden malograr. Los religiosos son verdaderamente los que viven conforme á razon, y no se dejan tiranizar de sus pasiones. No pretenden las honras vanas; no hacen caso de los bienes de la tierra, caducos y frágiles; no andan en competencias, no tienen envidia de los otros, sino que están contentos con sólo servir á Dios: *Cui servire regnare est.* ¿Qué maravilla es que anden alegres y sin temor, ni aun de la misma muerte, del juicio ó del infierno, si traen siempre la conciencia limpia, si de dia y de noche granjean nuevos tesoros, y están siempre ocupados ó con Dios ó por Dios? El testimonio de la buena conciencia les da aquella paz y tranquilidad interior, de donde se deriva la serenidad que se ve por defuera; aquella esperanza bien fundada que tienen de



Castiglione delle Stiviere tal como hoy se halla.
Iglesia de los Santos Nazario y Celso. Monte y ruinas de la fortaleza y castillo.
— Ciudad. —
(Véase el libro I, cap. 1, 2 etc. y la nota 1.)

los bienes del cielo; aquel acordarse á quien sirven y en cuya corte están, ¿á quién no alegrará? Y tú, Luis, ¿qué haces? qué dices? qué piensas? ¿Por qué no podrias tomar para ti un estado tan dichoso? Mira las promesas magníficas que Dios hace á los tales. Mira la comodidad tan grande de acudir á sus devociones sin estorbo. Si cediendo el Estado á tu hermano Rodolfo, como ya estás resuelto de ceder, te quieres



Palacio Riccardi,
Residencia de D. Francisco de' Medici, Gran Duque de Toscana,
á donde iba frecuentemente S. Luis los dos años que estuvo en Florencia.
(Véase el libro I, cap. 3.)

quedar en el siglo en su compañía, será fuerza que veas muchas cosas que no te den gusto. Si callas, hé aquí el escrúpulo de conciencia; si hablas, serás pesado, y no te querrán oir. Por más que te hagas eclesiástico y sacerdote, no consigues tu intento; antes corriéndote mayor obligacion de vivir con perfeccion que á los legos, te quedas en los mismos peligros que ellos tienen, y por ventura mayores. No te libras por ningun modo de respetos mundanos, sino que quedas obligado á gastar

el tiempo en cumplimientos, ya con este señor, ya con el otro. Si no tratas con mujeres, ni visitas á tus parientes, serás notado; si cumples con ellas, hé aquí tu propósito por tierra; si quieres aceptar dignidades y obispados, engólfaste más en el mundo de lo que ahora estás; si no las aceptas, dirán los tuyos que eres para poco y que deshonras su casa, y por mil caminos te apretarán para que aceptes. Si entras en religion, de un golpe cortas todos estos estorbos, cierras la puerta á todos los peligros, líbraste de todos los respetos del mundo, y alcanzas un estado en el cual goces de quietud, y puedas servir á Dios con perfeccion.»

Estas y semejantes razones se decia Luis á sí mismo, como él contaba, las cuales por muchos dias le trajeron tan suspenso, que los de casa le repararon que alguna grande cosa cocia en el pecho, que tan pensativo le traia, si bien no se atrevia ninguno á preguntársela. Finalmente, despues de haberlo encomendado á Dios con grandes veras, para que Su Majestad le alumbrase en cosa de tanto momento; despues de muchas comuniones ofrecidas á este fin, juzgando que Dios le llamaba á aquel estado, se resolvió de dejar el mundo, y entrar en alguna religion en que, á más del voto de castidad que tenia hecho, pudiese guardar los de obediencia y pobreza evangélica. Pero porque á la sazon era de solos trece años no cumplidos, y no podia poner por obra su buen propósito, no quiso resolverse por entonces de cuál religion le convenia, ni dar parte á ninguno de su resolucion, si bien aquellos Padres se persuadieron que un dia se les habia de quedar en casa: sólo comenzó á estrechar más su modo de vida, procurando ordenarla en palacio como si ya fuera religioso. Estábase más tiempo retirado en su aposento; y porque solia al invierno tener fuego en el aposento, á causa de ser tan delicado y sentir mucho el frio, con el cual se le hinchaban las manos, y se le hacian grietas en ellas, de allí adelante no consintió que se le hiciese más fuego, ni se llegaba jamás á él, por privarse de aquel alivio; y si tal vez por estar en compañía le era fuerza estar á la lumbre, él se ponia de tal modo que no se pudiese calentar. Si los de casa le traian algun remedio para la hinchazon de las manos, tomábale y agradecíalo, pero dejábalo estar sin aplicarlo, por tener algo que padecer por Dios. Huia grandemente de hallarse en concurso de gente, y mucho más de ir á comedias,

banquetes ó saraos, por más que su padre le convidaba á semejantes fiestas á fin de desahogarle, y alguna vez mostraba enojo de verle tan retirado; él no se dejaba vencer en esta parte, sino que mientras los otros iban, él se quedaba solo en casa, unas veces en oracion, otras se entretenia con una ó dos personas graves y doctas, tratando de cosas de letras ó de devocion, ó se iba á los Padres Capuchinos ó Bernabitas, y se estaba con ellos en pláticas del cielo, que estos eran los gustos y pensamientos de quien tan postrado tenia el apetito á todos los del mundo.

Llevóle una vez el Marqués su padre á Milan, á ver la reseña que se hacia de la caballería de aquel Estado, á que el mismo Marqués por el oficio que tenia se habia de hallar presente con los otros señores. Concurrió infinita gente á aquella vista, por ser cosa que se hace raras veces y tiene mucho que ver. No pudo Luis, por más que lo deseó, excusar el hallarse presente, por no enojar á su padre, que con resolucion mandó que fuese; pero halló otra traza equivalente, que fué no ponerse en los mejores lugares de donde se podia ver con comodidad, y á más de esto tener siempre que pudo cerrados los ojos ó vueltos á otra parte.

En resolucion se puede con verdad decir que nuestro Luis pasó su niñez sin ser niño, pues que en aquella edad jamás se reparó en él cosa que oliese á liviandad de niño. No leyó jamás libro deshonesto ni vano. Los libros que leia de buena gana eran las vidas de Santos de Fr. Laurencio Surio ó de Lipomano. De los autores profanos leia los que tratan de cosas morales, como son Séneca, Plutarco y Valerio Máximo. Los ejemplos que sacaba de esta lectura le servian en las ocasiones para exhortar á la virtud á aquellos con quien trataba; y en esta materia hacia tan lindos discursos, y decia tales razones, que atónitos decian que la ciencia de aquel niño no podia ser sino ciencia infusa, pues excedia tanto la capacidad de un niño. De aquí era que los de su casa, si bien lo veian y reparaban en su modo de vida, y no le quisieran tan retirado y esquivo en las cosas del mundo; pero admirando y venerando tan rara virtud y prudencia, no le hablaban palabra, ni le iban á la mano en cosa ninguna.

CAPÍTULO VII. VI.

Cómo san Luis volvió con su padre á Castellon, y haciendo una vida muy austera, le libro Diós casi por milagro de un incendio.

Acabado que hubo el Marqués con su gobierno de Monferrato, dió la vuelta á Castellon con toda su casa, donde Luis no sólo llevó adelante lo comenzado en materia de devocion y penitencias, pero añadió tanto, que es cosa de espanto que no enfermase gravemente y se acabase de destruir, y mucho más que los suyos, que lo veian, no se lo estorbasen con efecto. Porque á más de aquella abstinencia tan rigurosa que habia comenzado en Mantua, como dijimos, y siempre la continuó, añadió de nuevo muchos ayunos ordinarios cada semana. Los sábados ayunaba á honra de la santísima Vírgen. Los viernes ayunaba siempre á pan y agua en reverencia de la pasion del Señor; y este dia tomaba á mediodía tres rebanadas de pan muy pequeñas remojadas en agua, sin otra cosa; á la noche otra rebanada tostada mojada en agua. Los miércoles ayunaba tambien, unas veces á pan y agua, otras con el ayuno ordinario de la Iglesia. A más de estos ayunos, que eran ordinarios, tenia otros extraordinarios, como ocurrian las ocasiones y le dictaba el fervor. Su comida ordinaria era tan poca, que maravillados algunos de palacio cómo pudiese pasar, se resolvieron un dia, sin que él lo viese, pesar lo que solia comer en una comida, y deponen con juramento que despues de pesado hallaron que entre pan y vianda no llegaba todo á cantidad de una onza. Cantidad tan poca, que no parece que llega á lo que pide nuestra naturaleza necesariamente para sustentarse, y que parece fuerza confesar que concurria Dios con milagro para sustentarlo, como ha hecho con otros Santos; porque de otra manera no parece que pudiera vivir con tan poco sustento. En la mesa tomaba aquel plato que era menos á su gusto, y de aquel comia un poco sin tocar los demás.

A los últimos años pasó más adelante, y hacia los dias que no ayunaba que se pesase primero aquello poco que comia, porque decia que para sustentar la vida bastaba aquello y lo

demás era supérfluo: tan menudo andaba como esto en todas las cosas. Súpose lo que toca á este punto, fuera de otros testigos, por el dicho y juramento de su copero, del repostero y otros que le servian á la mesa, y por cuyas manos pasaba todo. Acompañaba estas abstinencias con otras penitencias, como era tomar disciplina tres veces por lo menos cada semana, hasta derramar sangre. A los últimos años que estuvo en el siglo, la tomaba cada dia; y despues vino á tomar tres disciplinas entre el dia y la noche, y todas de sangre. No tenia al principio disciplina, y usaba de las cuerdas de los galgos que acaso se habia hallado; otras veces tomaba unos cordeles, ó como otros dicen una cadena de hierro. Muy de ordinario le hallaban los criados en el aposento de rodillas disciplinándose, y al hacer la cama hallaban escondidos los cordeles en la cabecera. Muchas veces llevaron á mostrar á la Marquesa las camisas que dejaba ensangrentadas, y tal vez sabiéndolo el Marqués le riñó mucho, y volviéndose á la Marquesa con cólera, le dijo: Señora, este nuestro hijo se quiere matar con sus propias manos. Muy de ordinario tomaba un pedazo de tabla ó algun madero, y le escondia y ponia debajo de las sábanas para dormir con pena. Y porque entre dia no faltase su tormento, no teniendo cilicio, inventó un género de penitencia nunca oido, que fué ponerse las espuelas á raíz de la carne por la cintura, que hincándosele las puntas de las ruedecillas por su delicado cuerpo le atormentaban rigurosamente. Indicio claro de cuán de lo interior le salia la virtud y santidad, pues sin maestro ni guia sabia un niño de trece años y medio hallar traza para vivir en medio de los regalos de palacio con tanto rigor y aspereza.

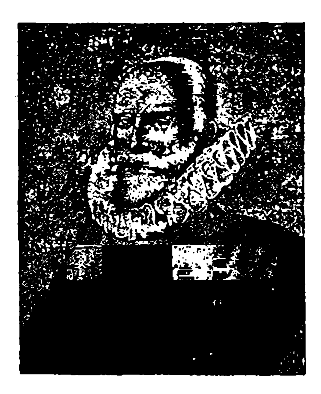
Pero no iba sola la penitencia, sino acompañada de su buena hermana la oracion, que le llevaba tanto tiempo, que algunos criados juran en el proceso no haber ido jamás á su aposento, que no le hallasen en oracion, y era fuerza de ordinario aguardar afuera gran rato antes que acabase. Todas las mañanas en levantándose tenia una hora de oracion mental, midiéndola más con su devocion y fervor, que con el reloj; luégo rezaba sus oraciones vocales. Oia misa, una ó muchas, y muy de ordinario las ayudaba, con particular consuelo. Hallábase á los divinos oficios en algun convento de religiosos, edificándolos no poco con su ejemplo. El resto del tiempo se estaba por la mayor parte recogido, á ratos leyendo libros

espirituales, á ratos meditando. A la noche solia tener una ó dos horas de oracion antes de acostarse, y parecia que no sabia acabar en comenzando. Los criados que estaban fuera aguardando para desnudarle, en vez de enfadarse se edificaban, y unas veces lo estaban acechando por los resquicios por ver la devocion con que estaba; otras, movidos del ejemplo de su señor, ellos tambien se ponian á encomendar á Dios. Finalmente él estaba tan recogido y tan metido en sus meditaciones, que se puede con verdad decir que tenia oracion continua: y no pocas veces se quejó su padre que no le podia sacar del aposento; y á este propósito contó al P. Próspero de Malavolta[24] que hallaba muy de ordinario regado de lágrimas el lugar donde su hijo se ponia en oracion. Si alguna vez le obligaba á salir algun negocio forzoso del aposento, no por eso se distraia de su meditacion, porque se le quedaba tan impreso lo que meditaba á la mañana de la pasion de Cristo ó de otro misterio, que en cualquiera otra ocupacion siempre lo tenia presente.

Con toda esta oracion de la mañana y de la tarde no se contentaba, sino que buscaba sus tiempos, hurtándolos del sueño á media noche para más oracion. Levantábase á aquella hora sin que nadie le sintiese, y mientras· los otros dormian, él se ponia á oscuras en medio del aposento de rodillas, sin jamás arrimarse, con sola la camisa; y así se estaba gran parte de la noche en oracion. Y esto no sólo por el verano, sino en medio del invierno, cuando son tan rigurosos los frios de Lombardía. Hacíale el frio temblar todo de piés á cabeza, de suerte que el temblar le impedia algo la atencion. Parecióle que ésta era imperfeccion, y quiso hacerse fuerza para vencerse, y fué tanta la que se hizo para no divertirse, que venia á quedar como enajenado de los sentidos, y no sentia más el frio que si no le hiciera. Bien es verdad que quedaba tan descaecido y falto de espíritus vitales, que no pudiéndose tener de rodillas por la flaqueza, y no queriendo por otra parte sentarse ni arrimarse, se dejaba caer así como estaba en camisa sobre el suelo frio; y de aquel modo tendido proseguia en su oracion: que es maravilla que no le diese una enfermedad, ó se quedase una noche helado y muerto; principalmente que él mismo confesaba á algunos confidentes, á quien despues en la religion contaba estas sus indiscreciones, que así las llamaba, que á las veces, estando así tendido en tierra, se hallaba tan flaco y sin

fuerzas, que no podia escupir, sino que era necesario tragarse la saliva por no tener fuerza para echarla.

De esta violencia tan grande que se hacia para tener el pensamiento recogido en la oracion se le ocasionó un dolor de cabeza, que por toda la vida le dió bien qué padecer. Pero con el deseo que tenia de conformarse y parecerse en algo á Cristo Señor nuestro, especialmente en el dolor que sintió con la corona de espinas, estuvo tan léjos de buscar remedios para su cabeza, que antes buscaba trazas como conservar y aumentar el dolor; pareciéndole que con él tenia un despertador



Pedro Francisco del Turco, ayo de San Luis.
De un cuadro al óleo conservado por el Señor Ranieri del Turco Sassatelli en Florencia.
(Véase el libro I, cap. 2, 3, 6, 17, y la nota 10, y el libro II, nota 25.)

continuo para acordarse de la pasion de Cristo, y juntamente materia de merecimiento sin perjuicio de sus ocupaciones ordinarias.

Sucedió una vez entre otras por este tiempo, que apretándole el dolor más de lo que solia, se halló obligado á acostarse algo antes de lo ordinario. Acordóse estando en la cama que no habia rezado aquel dia los siete Salmos penitenciales, y determinóse de no pegar los ojos sin rezarlos: mandó á un criado que le pusiese una vela junto á la cama, y despachóle. Rezó sus Salmos; y vencido de la fuerza del dolor y del sueño, se quedó dormido, sin acordarse de apagar la vela; la cual se fué consumiendo, y despues prendió el fuego en un lado

de la cama; y cundiendo poco á poco se apoderó de toda ella al rededor sin levantar llama. Quemó las cortinas, un jergon y tres colchones. A este tiempo despertó nuestro Luis, y sintiendo el calor, pensó que tenia calentura; persuadióse fácilmente á ello por haberse acostado con tan gran dolor de cabeza: volvióse á los otros lados de la cama, y como los halló todos tan calientes, no acababa de espantarse, ni daba en la causa de tal calor. Procuró con esto de volverse á dormir, pero no fué posible. Creciendo pues más y más el calor y el humo que le ahogaba, saltó de la cama, y abrió la puerta para llamar algun criado. Apenas puso el pié en la puerta, cuando, levantándose la llama, abrasó lo que quedaba de la cama, la cual arrojaron luégo por la ventana al foso los soldados que acudieron, porque no se quemase la casa. Un momento más que tardara en levantarse de la cama, le hubiera sin duda abrasado el fuego, ó ahogado el humo. Pero como le tenia ya Dios escogido para su casa, y sabia cuál habia sido la ocasion de hallarse en aquel peligro, tocábale librarle de él, como le libró, y todos la tuvieron, con mucha razon, por una muy particular providencia de Dios. Hasta á los señores Duques de Mantua llegó la fama de que Dios habia hecho un milagro con el heredero del Marqués de Castellon. Y madama Leonor de Austria, despues de algun tiempo, se quiso informar del mismo, que no poco se corrió de que se hubiese sabido, temiendo quizá no se supiese tambien la ocasion de haber dejado la luz junto á la cama.

Teniendo, pues, ya larga experiencia Luis de esta providencia y proteccion de Dios en cualquier suceso ó negocio suyo ó de su padre, luégo ante todas cosas acudia á la oracion, y se ponia en las manos de Dios, rogándole con afectuoso corazon, que él, como quien lo sabia y comprendia todo, lo enderezase y guiase de su mano, para que se hiciese lo que más convenia: que estas eran las palabras con que solia encomendar á Dios los negocios. Y salióle tan bien esta confianza que tenia en Dios, que él mismo afirmó de sí una cosa bien maravillosa en esta parte; y es, que jamás encomendó á Dios cosa ninguna, grande ó pequeña, que no tuviese el suceso que deseaba, por más dificultosa y enredada que fuese, y al parecer de otros casi imposible. Tan atento tenia Dios el oido á las oraciones de este su siervo.



Via degli Angeli (hoy via degli Alfani) en Florencia,
donde está la casa en que vivió S. Luis. (Véase el libro I, cap. 3, y la nota 13.)

De este trato tan familiar y continuo con Dios es de creer que le nacia aquel don, que él estimaba más que los otros, que era una grandeza de ánimo, con que despreciaba y se burlaba de todas las grandezas y vanidades del mundo. De aquí era, que cuando veia en las cortes y palacios de los príncipes las vajillas de plata y de oro, las colgaduras y telas, los acompañamientos de cortesanos y cosas semejantes, apenas podia reprimir la risa, segun le parecian viles é indignas de la estima y precio en que los hombres las tienen. De aquí tambien nacia, que hablando algunas veces con la Marquesa su madre, le decia que no acababa de espantarse, ni sabia qué fuese la causa porque todos los hombres no se hacian religiosos, siendo tan claros los bienes de aquel estado, no sólo para la otra vida, sino aun para esta; y siendo tantos los inconvenientes que traen las cosas del mundo, no sólo de futuro, sino de presente, y habiéndose al fin de dejar tan presto. De las cuales palabras bien adivinaba la Marquesa lo que despues sucedió, pero por entonces callaba, no dándose por entendida. Lo poco que Luis trataba y comunicaba en este tiempo, era con personas eclesiásticas y con algunos religiosos que estaban en Castellon; y porque de aquel lugar hay personas muy graves en diversas religiones, que aunque no viven de asiento en Castellon, vienen de cuando en cuando á su tierra, en sabiéndolo, iba Luis á buscarlos para tratar con ellos de nuestro Señor. Pedíales cuentas benditas, agnus y otras cosas de devocion, las cuales recibia con notable piedad y reverencia. En particular se consolaba mucho cuando aportaban algunos Padres de san Benito, de la congregacion Casinense, los cuales en el proceso que se hizo en Módena deponen muchas cosas bien particulares de su devocion y santidad. No era menor la aficion que tenia á algunos religiosos graves de la Orden del glorioso santo Domingo, que solian al verano irse á descansar allí. Con éstos trataba y comunicaba muy familiarmente en materias espirituales. Uno de éstos fué el P. Fr. Claudio Fini, de Módena, doctor y lector de teología, predicador famoso en Lombardía: el cual examinado con juramento por el señor Obispo de Módena, entre otras cosas que responde á un interrogatorio que se le dió poco antes que muriese, dice estas palabras, que, por ser de tal persona, me pareció poner á la letra. Dice, pues, así: «Yo conocí de vista «y de trato muy familiar al Ilmo. Sr. D. Luis Gonzaga, á

«quien venia el marquesado de Castellon, con ocasion de ir
«yo con algunos compañeros á descansar á Castellon y otros
«lugares de su Estado; y la señora Marquesa su madre gustaba
«de que tratase con nosotros, y conmigo en particular, porque
«me admiraba y edificaba sumamente de considerar los pasos,
«las razones, las trazas de aquel señor, que en todas ellas se
«descubria una singularísima santidad. Sus razones todas en
«las pláticas ordinarias se encaminaban á una humildad extra-
«ordinaria, y á un alabar y aprobar grandemente el desprecio
«de las honras y grandezas del mundo. Una vez entre otras
«me acuerdo, que me dijo en Castellon: No es razon que nos
«queramos engreir por el linaje ni nacimiento, pues al fin y
«al cabo los huesos de un señor no se diferencian de los de
«un pobre, si no es acaso en estar más hediondos. No mostraba
«en aquella edad cosa que oliese á niño. Tenia una modestia
«rara, un silencio á las veces ponderativo, grave y devoto.
«Repetia muy de ordinario estas palabras: ¡Oh Dios! quisiera
«grandemente saber amar á Dios con aquel fervor que merece
«tan soberana Majestad ser amada; y se me arranca el
«corazon en ver que los cristianos sean tan desagradecidos
«á este Señor. Su modestia y compostura era tan grande,
«con tanta pureza y sencillez, que no habia más que pedir.
«Si alguna vez por via de entretenimiento y burla se decia en
«su presencia alguna cosa no tan modesta, luégo se paraba
«colorado, y con un modo gracioso se entristecia, mostrando
«compasion de la falta de su prójimo. Si se hablaba de cosas
«espirituales, ó de alguno que habia entrado religioso, luégo
«parece que mudaba el semblante, con un rostro alegre y se-
«reno, y tal vez con suspiro decia: ¡Oh qué grandes deben de
«ser los contentos del cielo con la posesion de estas cosas,
«pues que sólo el hablar de ellas nos causa tan grande gusto!
«Algunas veces fuí con él á la iglesia, y aunque era niño se
«adelantaba á los viejos y religiosos en la devocion y ternura,
«que parece que lloraba; y tal vez se paraba á mirar la
«imágen de algun Santo ó Santa con tal atencion, que parece
«que quedaba fuera de sí, de suerte que aunque le llamasen ó
«hablasen, no oia, ni respondia á la primera vez. Díjome
«frecuentemente, que tenia singularísima devocion á la Vírgen
«santísima, y que con sólo oirla nombrar se enternecia grande-
«mente. Yo nunca le vi despues de religioso, pero bien colegí

«por sus pasos y modo de vida, que tenia propósito de dejar «el mundo. Despues entendí y supe de personas muy graves «en Milan, en Brescia, en Cremona, en Ferrara, en Génova, en «Mantua y en otras partes, que habia entrado en la Compañía «de Jesus, y que por su admirable vida fué siempre tenido en «concepto comun de santo; y particularmente muchos religiosos «muy graves me han dicho que murió con opinion de gran «santo, y muchos me han afirmado que tienen por más seguro «el encomendarse á él, que el rogar por él. Tambien he oido «hablar mucho de sus milagros, de sus gracias y señales de «santidad, y de la veneracion grande en que se tienen sus «reliquias.». Hasta aquí son palabras de aquel Padre predicador de santo Domingo.

CAPÍTULO VIII. VII.

Cómo fué á España con el Marqués su padre, y de la vida que hizo en la corte.

Por el otoño del año 1561, viniendo de Bohemia à España la Serma. Sra. emperatriz D.ª Maria de Austria,[25] hija del emperador Cárlos V, nuera del emperador Ferdinando I, mujer del emperador Maximiliano II, madre del emperador Rodolfo II, que hoy reina, y hermana de Felipe II rey de las Españas; el dicho Rey, porque fuese con más decencia y autoridad, quiso que la acompañasen de Italia á España los príncipes y señores de Italia que tenian alguna dependencia de aquella corona, y entre ellos convidaron para ésto al marqués D. Fernando, padre de nuestro Luis, y la misma Emperatriz procuró que la Marquesa D.ª Marta fuese en su compañía. Con esta ocasion se llevaron los Marqueses consigo tres hijos, una hija llamada doña Isabel, que quedó en España y despues de algunos años murió dama de la Serma. infanta D.ª Isabel Clara Eugenia,[26] á Luis que era el mayorazgo, y á la sazon tenia trece años y medio, y á Rodolfo que era algo menor.

En este camino no dejó Luis sus ejercicios acostumbrados, ni aflojó un punto de su fervor. Andando, ya por tierra ya por mar, siempre llevaba el pensamiento bien ocupado.

Oyendo un dia en la galera, que habia peligro de encontrar con turcos, al punto con notable fervor dijo: ¡Oh! pluguiese á Dios, que se nos ofreciese ocasion de morir mártires. Contóme la Marquesa, que andando un dia Luis por aquellos peñascos, se encontró acaso una pequeña piedra formada de tal modo, que parece que tenia esculpidas al vivo las llagas de Cristo nuestro Redentor; y como él andaba siempre pensando en sus devociones, luégo creyó que Dios con particular providencia le habia traido á las manos aquella piedra, para enseñarle con ella la obligacion que tenia de imitar á Cristo en los dolores de su pasion; y llevando la piedra á la Marquesa su madre, le dijo: Mire V. E. lo que me ha hecho Dios hallar; ¡y despues no querrá mi padre que yo sea religioso! Con este pensamiento guardó aquella piedra consigo mucho tiempo, con particular devocion.

Llegados á Madrid, el Marqués servia el oficio que tenia de la Cámara: á Luis y Rodolfo su hermano hicieron meninos del principe D. Diego, hijo de Felipe II, y hermano mayor de Felipe III que al presente reina. El tiempo que Luis estuvo en España, que fué más de dos años,[27] además de acudir á las obligaciones de su oficio, atendió con cuidado á sus estudios. Y lo primero, le leyó la lógica un sacerdote muy docto, oyó tambien la esfera del maestro Dimas, matemático del rey; junto con esto oia todos los dias, despues de comer, una licion de filosofía y teología natural, y aprovechó tanto, que hallándose de paso en Alcalá, y defendiéndose unas conclusiones de teología, á que presidia el P. Gabriel Vazquez, que despues fué su maestro de teología en el colegio Romano, convidaron á Luis, que á la sazon era de catorce á quince años, para que argumentase, y él lo hizo con notable gracia y admiracion de los presentes, tomando por intento del argumento probar que el misterio de la santísima Trinidad se podia conocer por razon natural.

Con las ocupaciones de la corte y de los estudios, reparó Luis que no hallaba la comodidad que él quisiera para atender á su espíritu: antes sucedia, que tal vez le faltaba tiempo para cumplir con sus devociones, y aun las confesiones y comuniones, que no podia frecuentarlas con la puntualidad que antes. Con esto parece que se le iban algo resfriando aquellos primeros fervores y deseos de despreciar las cosas

«por sus pasos y modo de vida, que tenia propósito de dejar «el mundo. Despues entendí y supe de personas muy graves «en Milan, en Brescia, en Cremona, en Ferrara, en Génova, en «Mantua y en otras partes, que habia entrado en la Compañía «de Jesus, y que por su admirable vida fué siempre tenido en «concepto comun de santo; y particularmente muchos religiosos «muy graves me han dicho que murió con opinion de gran «santo, y muchos me han afirmado que tienen por más seguro «el encomendarse á él, que el rogar por él. Tambien he oido «hablar mucho de sus milagros, de sus gracias y señales de «santidad, y de la veneracion grande en que se tienen sus «reliquias.» Hasta aquí son palabras de aquel Padre predicador de santo Domingo.

CAPÍTULO VIII. VII.

Cómo fué á España con el Marqués su padre, y de la vida que hizo en la corte.

Por el otoño del año 1561, viniendo de Bohemia à España la Serma. Sra. emperatriz D.ª Maria de Austria,[25] hija del emperador Cárlos V, nuera del emperador Ferdinando I, mujer del emperador Maximiliano II, madre del emperador Rodolfo II, que hoy reina, y hermana de Felipe II rey de las Españas; el dicho Rey, porque fuese con más decencia y autoridad, quiso que la acompañasen de Italia á España los príncipes y señores de Italia que tenian alguna dependencia de aquella corona, y entre ellos convidaron para ésto al marqués D. Fernando, padre de nuestro Luis, y la misma Emperatriz procuró que la Marquesa D.ª Marta fuese en su compañía. Con esta ocasion se llevaron los Marqueses consigo tres hijos, una hija llamada doña Isabel, que quedó en España y despues de algunos años murió dama de la Serma. infanta D.ª Isabel Clara Eugenia,[26] á Luis que era el mayorazgo, y á la sazon tenia trece años y medio, y á Rodolfo que era algo menor.

En este camino no dejó Luis sus ejercicios acostumbrados, ni aflojó un punto de su fervor. Andando, ya por tierra ya por mar, siempre llevaba el pensamiento bien ocupado.

Oyendo un dia en la galera, que habia peligro de encontrar con turcos, al punto con notable fervor dijo: ¡Oh! pluguiese á Dios, que se nos ofreciese ocasion de morir mártires. Contóme la Marquesa, que andando un dia Luis por aquellos peñascos, se encontró acaso una pequeña piedra formada de tal modo, que parece que tenia esculpidas al vivo las llagas de Cristo nuestro Redentor; y como él andaba siempre pensando en sus devociones, luégo creyó que Dios con particular providencia le habia traido á las manos aquella piedra, para enseñarle con ella la obligacion que tenia de imitar á Cristo en los dolores de su pasion; y llevando la piedra á la Marquesa su madre, le dijo: Mire V. E. lo que me ha hecho Dios hallar; ¡y despues no querrá mi padre que yo sea religioso! Con este pensamiento guardó aquella piedra consigo mucho tiempo, con particular devocion.

Llegados á Madrid, el Marqués servia el oficio que tenia de la Cámara: á Luis y Rodolfo su hermano hicieron meninos del principe D. Diego, hijo de Felipe II, y hermano mayor de Felipe III que al presente reina. El tiempo que Luis estuvo en España, que fué más de dos años,[27] además de acudir á las obligaciones de su oficio, atendió con cuidado á sus estudios. Y lo primero, le leyó la lógica un sacerdote muy docto, oyó tambien la esfera del maestro Dimas, matemático del rey; junto con esto oia todos los dias, despues de comer, una licion de filosofía y teología natural, y aprovechó tanto, que hallándose de paso en Alcalá, y defendiéndose unas conclusiones de teología, á que presidia el P. Gabriel Vazquez, que despues fué su maestro de teología en el colegio Romano, convidaron á Luis, que á la sazon era de catorce á quince años, para que argumentase, y él lo hizo con notable gracia y admiracion de los presentes, tomando por intento del argumento probar que el misterio de la santísima Trinidad se podia conocer por razon natural.

Con las ocupaciones de la corte y de los estudios, reparó Luis que no hallaba la comodidad que él quisiera para atender á su espíritu: antes sucedia, que tal vez le faltaba tiempo para cumplir con sus devociones, y aun las confesiones y comuniones, que no podia frecuentarlas con la puntualidad que antes. Con esto parece que se le iban algo resfriando aquellos primeros fervores y deseos de despreciar las cosas

del mundo, y que se hallaba algo más tibio, sin aquellas ansias tan vivas que solia. Reparó en ello, y ayudado de Dios, se determinó de romper con los respetos mundanos, y vivir en la còrte y en el palacio como si estuviera en la religion. Para esto, lo primero, tomó por confesor al P. Ferdinando Paterno,[28] siciliano, de la Compañía de Jesus, que á la sazon residia en Madrid, y prosiguió en la frecuencia de Sacramentos como solia. La inocencia y pureza de su vida en aquella corte, tan ocasionada á distracciones, se puede rastrear de lo que aquel Padre su confesor escribió en una carta al año 1594, donde en el principio pone estas palabras. «A «la pregunta de V. R. respondo brevemente, que conocí en «España al hermano Luis, que á la sazon era bien niño, y «noté en él una pureza rara de conciencia; tanto, que en todo «aquel tiempo, que fué de algunos años, no sólo no hallé en «él pecado mortal, que le aborrecia sumamente y jamás le «habia cometido; pero muchas veces no le hallé materia de «absolucion. Y esto no le nacia de falta de capacidad; porque «en aquella edad descubria una prudencia y madurez de «viejo, y un juicio y cordura mucho más que de mozo. «Era enemigo sumamente del ocio, y así siempre tenia alguna «buena ocupacion: especialmente se ocupaba en estudiar la «sagrada Escritura, en cuya leccion hallaba particular gusto. «Advertí tambien en él una singular modestia y recato en sus «palabras, no tocando con ellas á ninguno, ni de mil leguas, «en cosa por mínima que fuese.» De estas palabras de su confesor, y de algunas otras que despues añadirémos, se echa bien de ver cómo en medio de las ocupaciones de palacio hacia una vida de ángel: que no es poco decir, que un señor tan mozo viviese en palacio de suerte, que no se hallase en él materia de absolucion, siquiera de pecados veniales. Por las calles iba con tanta compostura y modestia, que no alzaba jamás los ojos del suelo: de donde pudo despues decir con verdad en la religion á cierto propósito, que ni en Madrid donde habia vivido algunos años, ni en Castellon donde habia nacido y se habia criado, no hubiera podido andar por las calles, si no tuviera quien le guiase; y siempre llevaba alguno que le ahorrase de este trabajo, por tener ocasion de distraerse, y por poder, como él decia, gastar bien aquel rato en sus meditaciones.

Una cosa diré rara sin duda de su modestia y del recato que tenia en los ojos, la cual testifica[20] en el proceso el Padre Provincial de Nápoles de nuestra Compañía, que fué muy íntimo confidente suyo; y es que Luis hizo esta jornada de Italia á España, en compañía de la Emperatriz, como dijimos, y despues en Madrid iba casi cada dia con el príncipe D. Diego á visitar á la misma Emperatriz, y tuvo otras mil ocasiones de verla de léjos y de cerca; y con todo eso fué tan



Inscripcion y retrato de S. Luis
en la casa que habitó en Florencia (via degli Angeli, hoy via degli Alfani).
(Véase el libro I, cap. 3, y la nota 13.)

grande su modestia, que él mismo confesó á este Padre, que jamás ni una vez sola la habia mirado á la cara. Lo cual es tanto más de espantar, cuanto es mayor y más ordinario el deseo y curiosidad de ver y conocer, y mirar muy de propósito á semejantes personas, y el correr todos por la calle por verlas cuando pasan.

Holgábase aun en aquel estado de traer los vestidos viejos y gastados, y las medias remendadas sobre las rodillas; cosa de que un pobre oficial se corriera; pero como Luis hacia tan poco caso del mundo, no curaba de lo que el mundo

podia pensar ni decir de él. Antes cuando le hacian algun vestido nuevo, por mandarlo así su padre, él dilataba lo más que podia el vestírselo, y ya despues, habiéndoselo puesto una ó dos veces, con disimulacion lo dejaba, y se volvia á sus vestidos viejos. No queria ponerse cadenas de oro al cuello, ni otras joyas y aderezos al uso de la corte, porque decia que aquel fausto era cosa del mundo, al cual él no queria servir, sino á solo Dios. Por esta causa padeció algunas reprensiones de su padre, que no lo podia sufrir, pareciéndole que resultaba en deshonor suyo y de su casa; pero al fin, vencido de la constancia de su hijo, comenzó á venerar y admirar lo que no podia aprobar por otros respetos. Aunque Luis era tan pobre consigo y con su persona, no lo era con los demás; antes permitia que los criados que le acompañaban anduviesen bien tratados, conforme á su estado y calidad. Sus pláticas y conversaciones con aquellos señores de la corte eran tan graves y religiosas, que, en llegando Luis, todos se componian en su presencia; y como no le oian jamás palabra, ni le veian accion que no fuese más que honesta, y por otra parte sabian que ni en veras ni en burlas no sufria que en su presencia se hablase cosa menos decente; era lenguaje comun entre ellos, que el Marquesito de Castellon no era de carne como los demás.

No perdia ocasion, en que pudiese ayudar á sus prójimos, sin aprovechar de ella. Estaba un dia el príncipe D. Diego á una ventana, donde soplaba un viento muy récio que le daba pesadumbre; volvióse con un modo de enfado, propio de aquella edad, y dijo: Viento, yo te mando que no me des pesadumbre. Hallóse Luis allí, y aprovechándose de la ocasion, le dijo con gracia: Señor, V. A. tiene poder para mandar á los hombres, y que ellos le obedezcan; pero no á los elementos; porque esto es de solo Dios, á quien V. A. tambien ha de reconocer vasallaje y obedecer sus mandamientos. Iban de ordinario al Rey con todas las cosas del Príncipe, y así tambien le contaron por via de gracia cómo habia querido mandar al viento, y lo que Luis le habia respondido; que no le contentó poco al Rey, pareciéndole la respuesta muy á sazon, y haciendo mucho concepto de su juicio y cordura.

A este tiempo le vino á las manos un librito del P. Fr. Luis de Granada, que trata de la oracion mental y de los

medios para procurar la atencion en ella.[30] Con esta ocasion se determinó de tener cada dia una hora por lo menos de oracion sin ninguna distraccion. Poníase para esto de rodillas como solia, sin arrimarse jamás, y comenzaba su oracion; y si á la mitad de la hora ó los tres cuartos, pongamos por ejemplo, le venia á la imaginacion un pensamiento de distraccion, por mínimo que fuese, no tomaba en cuenta de la hora lo que habia pasado, sino que desde entonces comenzaba de nuevo á contar otra hora, y así se estaba hasta continuar una hora entera sin distraccion ninguna. De esta manera estuvo algun tiempo teniendo cinco horas cada dia, y á veces más, de oracion: y porque no le interrumpiesen, se escondia en algun camaranchon donde se guardaba la leña; y allí, si bien con grande incomodidad, pero con notable consuelo, tenia su oracion y cumplia con sus devociones. El lugar era tan oculto, que por más que le buscaban, especialmente cuando le venian á visitar algunos señores, nunca fué posible hallarle. Advirtiéronselo sus deudos, diciéndole que caia en falta por esta ocasion; pero él, que estimaba más las visitas del cielo que aquellos ratos recibia, que las de los hombres, no aflojó por eso un punto, ni interrumpió sus santos ejercicios: queriendo más ser tenido de los hombres por menos cortés, que de Dios por menos puntual y devoto. Hasta que, conociéndole la condicion aquellos señores, se dejaron de andar en cumplimientos con él, y él quedó con esto más libre para atender sin esos embarazos á sus devociones.

CAPÍTULO IX. VIII.

Cómo se resolvió de entrar en la Compañía, y dió parte de ello á sus padres y parientes.

Habia ya casi año y medio que estaba Luis en España, cuando, movido del Espíritu de Dios, que cada dia iba labrando en su alma, y alentándole á mayor perfeccion, le pareció ser ya tiempo de entrar en alguna Religion, conforme á la resolucion que habia tomado en Italia. Queriendo, pues, resolverse en cuál Religion escogeria, se dió con más veras á la oracion, rogando á Dios se sirviese

podia pensar ni decir de él. Antes cuando le hacian algun vestido nuevo, por mandarlo así su padre, él dilataba lo más que podia el vestírselo, y ya despues, habiéndoselo puesto una ó dos veces, con disimulacion lo dejaba, y se volvia á sus vestidos viejos. No queria ponerse cadenas de oro al cuello, ni otras joyas y aderezos al uso de la corte, porque decia que aquel fausto era cosa del mundo, al cual él no queria servir, sino á solo Dios. Por esta causa padeció algunas reprensiones de su padre, que no lo podia sufrir, pareciéndole que resultaba en deshonor suyo y de su casa; pero al fin, vencido de la constancia de su hijo, comenzó á venerar y admirar lo que no podia aprobar por otros respetos. Aunque Luis era tan pobre consigo y con su persona, no lo era con los demás; antes permitia que los criados que le acompañaban anduviesen bien tratados, conforme á su estado y calidad. Sus pláticas y conversaciones con aquellos señores de la corte eran tan graves y religiosas, que, en llegando Luis, todos se componian en su presencia; y como no le oian jamás palabra, ni le veian accion que no fuese más que honesta, y por otra parte sabian que ni en veras ni en burlas no sufria que en su presencia se hablase cosa menos decente; era lenguaje comun entre ellos, que el Marquesito de Castellon no era de carne como los demás.

No perdia ocasion, en que pudiese ayudar á sus prójimos, sin aprovechar de ella. Estaba un dia el príncipe D. Diego á una ventana, donde soplaba un viento muy récio que le daba pesadumbre; volvióse con un modo de enfado, propio de aquella edad, y dijo: Viento, yo te mando que no me des pesadumbre. Hallóse Luis allí, y aprovechándose de la ocasion, le dijo con gracia: Señor, V. A. tiene poder para mandar á los hombres, y que ellos le obedezcan; pero no á los elementos; porque esto es de solo Dios, á quien V. A. tambien ha de reconocer vasallaje y obedecer sus mandamientos. Iban de ordinario al Rey con todas las cosas del Príncipe, y así tambien le contaron por via de gracia cómo habia querido mandar al viento, y lo que Luis le habia respondido; que no le contentó poco al Rey, pareciéndole la respuesta muy á sazon, y haciendo mucho concepto de su juicio y cordura.

A este tiempo le vino á las manos un librito del P. Fr. Luis de Granada, que trata de la oracion mental y de los

medios para procurar la atencion en ella.[30] Con esta ocasion se determinó de tener cada dia una hora por lo menos de oracion sin ninguna distraccion. Poníase para esto de rodillas como solia, sin arrimarse jamás, y comenzaba su oracion; y si á la mitad de la hora ó los tres cuartos, pongamos por ejemplo, le venia á la imaginacion un pensamiento de distraccion, por mínimo que fuese, no tomaba en cuenta de la hora lo que habia pasado, sino que desde entonces comenzaba de nuevo á contar otra hora, y así se estaba hasta continuar una hora entera sin distraccion ninguna. De esta manera estuvo algun tiempo teniendo cinco horas cada dia, y á veces más, de oracion: y porque no le interrumpiesen, se escondia en algun camaranchon donde se guardaba la leña; y allí, si bien con grande incomodidad, pero con notable consuelo, tenia su oracion y cumplia con sus devociones. El lugar era tan oculto, que por más que le buscaban, especialmente cuando le venian á visitar algunos señores, nunca fué posible hallarle. Advirtiéronselo sus deudos, diciéndole que caia en falta por esta ocasion; pero él, que estimaba más las visitas del cielo que aquellos ratos recibia, que las de los hombres, no aflojó por eso un punto, ni interrumpió sus santos ejercicios: queriendo más ser tenido de los hombres por menos cortés, que de Dios por menos puntual y devoto. Hasta que, conociéndole la condicion aquellos señores, se dejaron de andar en cumplimientos con él, y él quedó con esto más libre para atender sin esos embarazos á sus devociones.

CAPÍTULO IX. VIII.

Cómo se resolvió de entrar en la Compañía, y dió parte de ello á sus padres y parientes.

Habia ya casi año y medio que estaba Luis en España, cuando, movido del Espíritu de Dios, que cada dia iba labrando en su alma, y alentándole á mayor perfeccion, le pareció ser ya tiempo de entrar en alguna Religion, conforme á la resolucion que habia tomado en Italia. Queriendo, pues, resolverse en cuál Religion escogeria, se dió con más veras á la oracion, rogando á Dios se sirviese

de darle luz en cosa de tanta importancia. Hizo en órden á esto muchos discursos, que parte dijo despues á la Marquesa su madre, de quien yo lo supe, y parte nos contaba él en la religion; y en todos miraba siempre á la mayor gloria de Dios.

Al principio, como era tan inclinado á penitencias y rigores, se inclinó á entrar fraile descalzo, que en España corresponden á los Capuchinos de Italia, y por la aspereza del hábito y rigor de la comida son muy estimados: porque no se puede negar sino que aquel hábito pobre y desacomodado, junto, como de ordinario lo está, con retiramiento en los despoblados, ó con la vida santa y ejemplar que hacen en poblado, edifica grandemente y atrae á los deseosos de su perfeccion. Pero despues, ó bien conociendo su delicada complexion, enflaquecida con las penitencias pasadas, y temiendo que, cuando no pudiese con la carga, se ponia á peligro que le obligasen á salir; ó bien porque le parecia que, estando acostumbrado á ayunar y disciplinarse y tomar otras penitencias en medio de palacio, podria fácilmente prometerse que las continuaria teniendo salud, y aun las aumentaria sin peligro en cualquier Religion; siguiendo en esto el consejo de su madre, con quien lo trató, la cual le dijo que, atenta su flaqueza, le parecia imposible vivir mucho tiempo en Religion de tanto rigor, ni aun en el siglo, si no se iba á la mano en aquel teson de penitencias que habia comenzado: al fin mudó de parecer, y comenzó á pensar que seria bien entrar en alguna Religion, donde la observancia regular estuviese algo caida, porque se prometia de sus fervorosos deseos que podria ayudar á la reformacion, no sólo de aquel convento donde entrase, sino de toda la Religion; lo cual le parecia que seria un gran servicio de Dios y de su Iglesia. Pero por otra parte, dudando de sus fuerzas, que bastasen para tan difícil empresa, temia no fuese que, en vez de ayudar á otros, se hallase él desayudado y relajado como los demás. Por esta razon se determinó de entrar en Religion en que la observancia regular no hubiese vuelto atrás de sus primeros fervores.

Entre las muchas que tiene la Iglesia, dejando aparte las que sólo atienden á la vida activa, y se ocupan en solas obras de misericordia corporales, por no parecerle conforme á su inclinacion; se le ofrecian algunas que, totalmente apartadas del trato y comunicacion, gozan de una santa quietud en los bos-

ques y campos, ó bien en las ciudades; pero atendiendo sólo á sí se emplean en cantar las alabanzas de Dios en el coro, en leccion santa, en contemplacion de las cosas del cielo, con un santo silencio y caridad perfecta, como de ordinario son las Ordenes monacales; y á éstas no sólo no tenia repugnancia, pero inclinacion y propension grande: porque si en medio de la corte y su ruido sabia tan bien hallar el retiramiento y soledad del corazon, y la paz del alma; bien es de creer que



Templo «della SS. Annunziata» en Florencia,
á dondo iba con frecuencia S. Luis. (Véase el libro I, cap. 3.)

la supiera hallar mejor apartado del mundo, y del trato y comunicacion de los hombres. Pero como él tenia la mira, no sólo en su quietud, y en la gloria de Dios como quiera, sino en la mayor gloria de Dios, y veia que en la vida retirada tenia enterrado algun talento recibido de Dios, que en otra parte pudiera emplear en su servicio y en bien de las almas; y porque habia ya, como algunos dicen, y verémos despues, leido en santo Tomás, que entre las Religiones aquellas tienen el supremo grado, que se ordenan á enseñar y predicar, y á procurar la salvacion de las almas, porque los tales no sólo

oran y meditan, sino que tratan de comunicar á otros la luz que sacan de la oracion y meditacion; y con esto imitan más el modo de vida que tuvo en la tierra el Hijo de Dios, regla y medida de toda perfeccion; el cual ni estaba siempre retirado en el desierto orando y contemplando, ni siempre estaba enseñando y predicando, sino que unas veces se retiraba á la soledad de los montes á orar; otras volvia al trato de los hombres, ó predicar y enseñar á los ignorantes, dándoles reglas de bien vivir: con este discurso se resolvió al fin de privarse por Dios de aquel gusto y consuelo espiritual que en la vida monástica se podia prometer, y entrar en alguna Religion de vida mística, que profesase letras, y que atendiese, no sólo á sí, sino tambien al ayuda espiritual de los prójimos. Pero habiendo muchas en la Iglesia que se ordenan á este fin, cada una santamente segun su instituto, se puso muy de propósito á conferir y examinar los medios, las ayudas, los ejercicios y ocupaciones que cada una usa para alcanzar este fin.

En resolucion, despues de larga deliberacion y de haberlo encomendado mucho á Dios, se resolvió de escoger esta mínima Compañía de Jesus, y en ella dedicarse al divino servicio, pareciéndole que para ella le llamaba Dios, y que hallaba su instituto ajustado del todo á sus intentos. Entre las otras razones que le hicieron escoger la Compañía más que otra Religion, cuatro principalmente, como él decia, le daban particular consuelo. La primera, porque le parecia que en ella la observancia estaba en su primer vigor y pureza, sin haberse alterado, ni faltado de sus primeros principios. La segunda, porque en la Compañía se hace voto de no pretender dignidad eclesiástica, y de no aceptarla, aun cuando á uno se la ofrezcan, si no es obligado con precepto del Sumo Pontífice; porque se temia, que si entraba en otra Religion, algun dia saldria, á instancia de sus deudos, promovido á alguna dignidad, contra su gusto, lo cual no seria tan fácil en la Compañía. La tercera, por ver en la Compañía tantos medios de estudios y congregaciones para ayudar á la juventud, para que se crien en temor de Dios, y con estima de la pureza y castidad; en lo cual le parecia que se hacia un gran servicio á la Iglesia de Dios, y muy acepto á su divina Majestad, cultivando aquellas tiernas plantas, y defendiéndolas del hielo del pecado, y del calor de la concupiscencia, con los reparos de las pláticas, de los ejem-

plos, de los buenos consejos y frecuencia de Sacramentos. La cuarta razon era, por ver que la Compañía se ocupaba particularmente en la reduccion de los herejes, y tambien en la conversion de los gentiles en las Indias, en el Japon y Nuevo Mundo; y esperaba, que algun dia le tocase á él quizá la buena suerte de que le enviasen á aquellas partes, á convertir las almas á la fe de Jesucristo.

Tomada, pues, esta resolucion, procuró el santo mozo asegurarse todo lo posible que esta fuese la voluntad de Dios. Para esto, se determinó comulgar á esta intencion alguna fiesta de la Vírgen nuestra Señora, y ponerla por intercesora para que Dios le diese á entender si era esta su voluntad. Estando, pues, cerca la fiesta de la gloriosa Asuncion de la Vírgen, del año de 1583, teniendo él ya quince y medio de edad, se dispuso con mucha oracion y extraordinario aparejo, y llegado el dia de aquella solemne fiesta comulgó. Retiróse despues, como solia, á dar gracias, pidiendo instantemente á aquel Señor, que tenia en el pecho, por intercesion de su Madre, que le descubriese su voluntad en aquel negocio que trataba. Á este tiempo oyó una como voz clara y expresa,[31] que le dijo que entrase en la Compañía de Jesus, y añadió más, como él mismo dijo á su madre, y despues á otros en la Religion, que lo más presto que pudiese, diese parte de todo á su confesor.

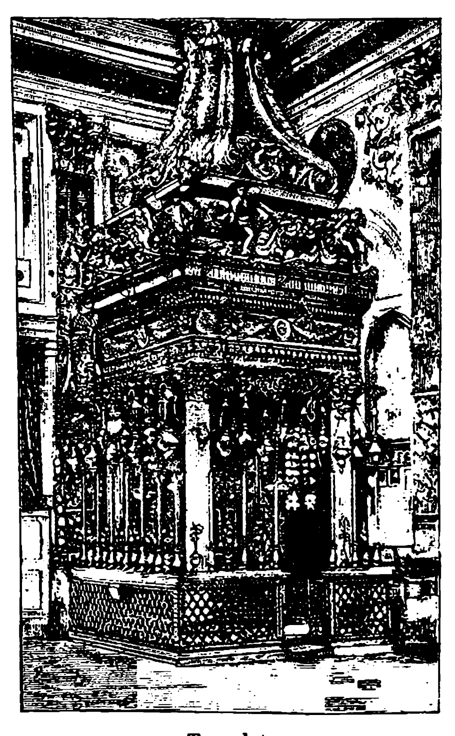
Asegurado con esto de la voluntad de Dios, se fué á casa con increible consuelo, y no menores ansias de poner luégo por obra lo que sabia ya ser voluntad de Dios; y en cumplimiento de lo que se le habia dicho, el mismo dia se fué á su confesor, y le dió cuenta de todo lo que le habia pasado; rogándole que le ayudase con los superiores, para que le recibiesen con brevedad. El confesor, examinado bien el principio y progreso de aquella resolucion, le dijo que le parecia la vocacion ser de Dios; pero que para su ejecucion era necesario el beneplácito del Marqués su padre, sin el cual los Padres por ningun caso le recibirian: por tanto convenia ayudarse él de su parte descubriéndose á su padre, y solicitándole con ruegos y con razones para que le diese licencia.

No tardó mucho Luis en cumplir lo que se le dijo, por el gran deseo que tenia de consagrarse del todo á Dios. El mismo dia se fué á la Marquesa su madre, y le descubrió sus intentos: la cual tuvo ésta por nueva tan alegre, que dió

muchas gracias á Dios; y como la otra Ana, madre de Samuel, muy de gana ofreció y consagró aquel hijo á Dios, y juntamente quiso ser la primera de cuya boca lo supiese el Marqués, que fué bien necesario para sosegar la cólera y primeros ímpetus que causó en él una nueva como esta. Demás de eso, en todas las ocasiones que se ofrecieron hizo la buena madre tan buen oficio en este particular, que como el Marqués no sabia la raíz, ni lo mucho que ella habia deseado tener algun hijo religioso, lo atribuyó á diferentes intentos, sospechando que le movia aficion particular que tuviese quizá al segundo hijo, y deseo de que él y no Luis sucediese en el Estado, y por eso encaminaba al primero á la religion. Poco despues Luis personalmente, con la mayor humildad y reverencia que pudo, dió cuenta á su padre de sus deseos, diciéndole con eficacia que él estaba ya resuelto, y que en todo caso habia de ser religioso. Púsose el Marqués como un fuego oyendo esto, y con palabras ásperas le echó de su presencia, amenazándole que le haria desnudar en carnes y azotar; respondió Luis humildemente: Pluguiese á Dios, señor mio, que yo mereciese padecer algo por su amor; y con esto se fué.

Quedó el Marqués con increible enojo; y revolviendo la cólera contra el confesor ausente, hizo y dijo lo que la pasion y enojo le traia á la boca y al pensamiento. Por algunos dias no pudo reposar ni un punto: despues, haciendo llamar al confesor de Luis, le dió grandes quejas de haber puesto tal cosa en el pensamiento á su hijo mayor, en quien tenia puestas todas las esperanzas de su casa. El Padre le respondió, que habia muy poco que habia llegado esto á su noticia, por haberle dado el Sr. D. Luis parte de su resolucion, de que él mismo podia ser buen testigo: si bien de su modo de vida se podia fácilmente sospechar, que no podia tener otro paradero sino este. Aplacóse el Marqués con esto, y vuelto á su hijo, que estaba presente, le procuró persuadir, que por lo menos escogiese otra Religion, porque en eso vendria con menos dificultad. Respondióle Luis tan bien á sus razones, que no tuvo más que replicar, como se ve por la carta del confesor, que arriba apuntamos, en la cual, tratando de su vocacion, dice estas palabras: «En su vocacion sucedieron dos cosas dignas «de reparar. Yo no le hablé jamás palabra en órden á eso, «bien que de sus pasos sospechaba lo que sucedió. Un dia,

«pues, de la Asuncion de la Vírgen, habiendo confesado y «comulgado (que lo hacia muy á menudo) vino despues de «comer, y me dijo, que habiendo pedido á nuestro Señor «con grandes veras, al tiempo de comulgar, por medio de «la Vírgen santísima, que le diese á entender su voluntad



Templete
donde se venera la milagrosa imágen de «Santa Maria delle Grazie» en la iglesia della SS. Annunziata en Florencia. (Véase el libro I, cap. 3.)

«en el estado que debia escoger, oyó como una voz clara y «manifiesta, que le dijo entrase en la Compañía. Despues, «llevando muy pesadamente el señor Marqués su padre esta «resolucion, y hallándole tan firme en ella, le dijo en mi pre- «sencia: Hijo, por lo menos quisiera que pusiérades los ojos en «otra Religion, porque con eso no os faltará alguna dignidad

«con que podais adelantar y honrar vuestra casa: lo cual no «podrá ser en la Compañía, que no admite tales dignidades. «Antes por eso, señor (respondió Luis), esa es una de las ra«zones por que he escogido la Compañía, por cerrar de una «vez la puerta á la ambicion. Si yo quisiera dignidad, gozara «de mi Estado, que Dios me habia dado, como primogénito, y «no dejara lo cierto por lo dudoso.» Hasta aquí son palabras de aquella carta.

Ido, pues, el confesor, no pudiendo el Marqués echar del pensamiento este negocio, vino á sospechar, si era traza de su hijo el darle aquel sobresalto para apartarle del juego á que se daba con demasía, y pocos dias antes habia perdido muchos millares de escudos, y aun aquella misma tarde, que Luis le habló la primera vez sobre este punto, habia jugado otros seis mil escudos. Y á la verdad, á Luis le desagradaba harto el juego de su padre, y hartas veces sucedia estar el padre jugando, y el hijo llorando en su aposento, no tanto por la pérdida de la hacienda, como él decia á sus criados, cuanto por la ofensa de Dios y el daño de la conciencia. De manera, que la sospecha del Marqués no dejaba de tener algun fundamento. No fué solo del Marqués esta opinion, sino de todos los señores de la corte, que cuando entendieron lo que habia pasado con su hijo, no acababan de encarecer la cordura de Luis, que con aquel miedo de mayor pérdida, habia querido divertir del juego á su padre. Pero perseverando él en sus intentos, y solicitando cada dia de nuevo la licencia para ejecutarlos, protestando que no le movia otro fin que el servir á Dios; vino al fin el Marqués á desengañarse, y creyó que su hijo hablaba de veras, y que aquella era inspiracion de Dios, acordándose principalmente de la pureza de ángel con que siempre habia vivido desde la cuna, con santo ejemplo de devocion y santidad. Confirmóse en esto con el testimonio que le dió el Ilmo. y Rmo. Padre Fr. Francisco Gonzaga, General que entonces era de la Observancia de san Francisco, pariente suyo y amigo muy estrecho, el cual se hallaba á la sazon visitando las provincias de España; y habiendo á instancia del Marqués examinado á Luis por dos grandes horas, con mucha diligencia, quedó tan satisfecho, que dijo al Marqués, que por ningun camino se podia dudar de que aquella fuese vocacion de Dios.

Ya tenia el Marqués convencido el entendimiento de que Dios llamaba á su hijo, pero todavía dificultaba el darle la licencia, por la repugnancia que sentia en la voluntad á hacer suelta de tal hijo, y así le andaba entreteniendo con buenas palabras. Echólo de ver Luis, y quiso abreviar las cosas: principalmente, que era ya muerto el príncipe D. Diego, su señor, cuyo cuerpo él acompañó con toda la corte al Escorial, donde



Milagrosa imágen «di Santa Maria delle Grazie»
venerada con gran devocion en la iglesia «della SS. Annunziata» de Florencia
ante la cual hizo S. Luis voto de perpetua virginidad.
De un célebre fresco pintado en 1252 por Bartolomeo.
(Véase el libro I, cap. 3.)

se enterró; y por este respeto quedaba ya libre de obligaciones de palacio.

Quiso, pues, probar una traza á ver cómo le salia; y habiendo ido un dia al colegio de la Compañía, dijo á su hermano Rodolfo y á los demás que le acompañaban, que se volviesen á casa, porque él no pensaba volver más, sino quedarse allí. Ellos, viéndole tan resuelto, y que lo tomaba con tantas veras, despues de haber porfiado un rato, se hubieron de volver, y dar cuenta de lo que pasaba al Marqués, que por causa

de la gota estaba en la cama. Sintiólo grandemente, y envió al punto al Dr. Salustio Petroceni de Castellon, su auditor, para que de su parte le hiciese volver á casa. A este primer recado respondió Luis, que lo que se habia de hacer mañana, bien se podia hacer hoy; y que pues sabia S. E. el gusto que seria para él quedarse allí, le suplicaba no le obligase á perderlo. Oida esta respuesta el Marqués, todavía le pareció que era menos autoridad suya que las cosas fuesen por aquel camino, y que se daria que decir en toda la corte; y así le volvió de nuevo á mandar que en todo caso volviese; y él, viendo que no habia otro remedio, hubo de obedecer y volver.

Otro dia, viéndose el Marqués con el Padre General de san Francisco, que dijimos, alegándole el deudo y amistad que habia entre los dos, le rogó instantemente, que, pues veia lo mucho que perdia su casa y Estado en perder un hijo que tan cristianamente sabria gobernar sus vasallos, se encargase de esta empresa, divirtiéndole de aquellos intentos, y persuadiéndole que quedando en el siglo, y en su Estado podria hacer mucho servicio á nuestro Señor. El Padre General le respondió que le perdonase, porque ni decia bien con su profesion hacer aquel oficio, ni podria con buena conciencia. Instóle de nuevo el Marqués, que por lo menos hiciese que lo dilatase hasta la vuelta de Italia, que seria presto, y que le daba la palabra que allá le daria licencia para hacer lo que gustase. El Padre General, acordándose de lo que le habia pasado á él mismo en semejante ocasion, estando tambien en la corte del Rey católico, y tratando de entrar en su Orden, que sus deudos, despues de haber tomado muchos medios para divertirle, quisieron tambien tomar aquel de volverlo á Italia, con intento de hacer despues allá el esfuerzo posible por quitarle aquel pensamiento; pero él no habia querido darles esas largas, y se habia entrado fraile en España: parecióle ahora que era el mismo caso en tercera persona, y dijo al Marqués, que ni eso tampoco le parecia bien, y añadió que la cosa era algo escrupulosa, si bien no negó del todo que lo tentaria. Hábló despues con Luis, y contóle lo que le habia pasado con su padre, y lo que él le habia respondido, y añadió: Yo verdaderamente hiciera escrúpulo de pedirlo, por más que el señor Marqués asegure el dar la licencia en Italia. El buen Luis, prometiéndose que el Marqués le cumpliria la palabra al punto que

llegasen á Italia, respondió al Padre General, que él venia de muy buena gana dar aquel gusto á su padre, en lo cual no hallaba ninguna dificultad, porque ya tenia tragado todo lo que le podia suceder, y por la gracia de Dios se hallaba tan firme en sus propósitos, que no temia mudanza en ellos. El Padre General dió esta respuesta al Marqués, y quedaron de acuerdo, pasando ambas partes por este concierto.

CAPÍTULO X. IX.

Cómo volvió á Italia, y de las contradicciones que allí tuvo por causa de su vocacion.

El año de 1584, habiendo de pasar de España á Italia con las galeras Juan Andrea Doria, á quien á la sazon habia hecho general del mar el Rey católico, le pareció al marqués D. Fernando embarcarse en ellas con la Marquesa y sus hijos.[32] Al tiempo de embarcarse habia ya el Padre General de san Francisco concluido con su visita y con los otros negocios que tenia en España; y con eso quiso tambien embarcarse con aquellos señores sus deudos. No se puede creer lo que Luis se holgó con esta buena dicha, que por tal la tenia ir en compañía de aquel Padre, en quien le parecia ver una viva y verdadera imágen de religion y observancia. Contóme á mí despues, que le habia observado con particular atencion en todas sus acciones por el provecho que sacaba, y que siempre le halló digno por su gran virtud y ejemplo del nombre y oficio que tenia de General de la observancia. Y no se engañó en este juicio, como lo ha mostrado la experiencia despues que el dicho Padre subió á la dignidad episcopal, primero en Cefalú de Sicilia y despues en Mantua, en el cual puesto ha vivido tan religiosa y santamente, que por el dicho de todos cuantos le han conocido y tratado, ha seguido la forma de los santos obispos antiguos, y merece que le tomen por ejemplo los que de la Religion salen á semejantes puestos, como se pudiera probar en particular, si no temiera de ofender la modestia y humildad de este prelado, que aun vive cuando esto se escribe. Con tan religiosa y santa comunicacion pasó Luis muy alegremente su viaje, unas veces tratando

de la gota estaba en la cama. Sintiólo grandemente, y envió al punto al Dr. Salustio Petroceni de Castellon, su auditor, para que de su parte le hiciese volver á casa. A este primer recado respondió Luis, que lo que se habia de hacer mañana, bien se podia hacer hoy; y que pues sabia S. E. el gusto que seria para él quedarse allí, le suplicaba no le obligase á perderlo. Oida esta respuesta el Marqués, todavía le pareció que era menos autoridad suya que las cosas fuesen por aquel camino, y que se daria que decir en toda la corte; y así le volvió de nuevo á mandar que en todo caso volviese; y él, viendo que no habia otro remedio, hubo de obedecer y volver.

Otro dia, viéndose el Marqués con el Padre General de san Francisco, que dijimos, alegándole el deudo y amistad que habia entre los dos, le rogó instantemente, que, pues veia lo mucho que perdia su casa y Estado en perder un hijo que tan cristianamente sabria gobernar sus vasallos, se encargase de esta empresa, divirtiéndole de aquellos intentos, y persuadiéndole que quedando en el siglo, y en su Estado podria hacer mucho servicio á nuestro Señor. El Padre General le respondió que le perdonase, porque ni decia bien con su profesion hacer aquel oficio, ni podria con buena conciencia. Instóle de nuevo el Marqués, que por lo menos hiciese que lo dilatase hasta la vuelta de Italia, que seria presto, y que le daba la palabra que allá le daria licencia para hacer lo que gustase. El Padre General, acordándose de lo que le habia pasado á él mismo en semejante ocasion, estando tambien en la corte del Rey católico, y tratando de entrar en su Orden, que sus deudos, despues de haber tomado muchos medios para divertirle, quisieron tambien tomar aquel de volverlo á Italia, con intento de hacer despues allá el esfuerzo posible por quitarle aquel pensamiento; pero él no habia querido darles esas largas, y se habia entrado fraile en España: parecióle ahora que era el mismo caso en tercera persona, y dijo al Marqués, que ni eso tampoco le parecia bien, y añadió que la cosa era algo escrupulosa, si bien no negó del todo que lo tentaria. Hábló despues con Luis, y contóle lo que le habia pasado con su padre, y lo que él le habia respondido, y añadió: Yo verdaderamente hiciera escrúpulo de pedirlo, por más que el señor Marqués asegure el dar la licencia en Italia. El buen Luis, prometiéndose que el Marqués le cumpliria la palabra al punto que

llegasen á Italia, respondió al Padre General, que él venia de muy buena gana dar aquel gusto á su padre, en lo cual no hallaba ninguna dificultad, porque ya tenia tragado todo lo que le podia suceder, y por la gracia de Dios se hallaba tan firme en sus propósitos, que no temia mudanza en ellos. El Padre General dió esta respuesta al Marqués, y quedaron de acuerdo, pasando ambas partes por este concierto.

CAPÍTULO X. IX.

Cómo volvió á Italia, y de las contradicciones que allí tuvo por causa de su vocacion.

El año de 1584, habiendo de pasar de España á Italia con las galeras Juan Andrea Doria, á quien á la sazon habia hecho general del mar el Rey católico, le pareció al marqués D. Fernando embarcarse en ellas con la Marquesa y sus hijos.[32] Al tiempo de embarcarse habia ya el Padre General de san Francisco concluido con su visita y con los otros negocios que tenia en España; y con eso quiso tambien embarcarse con aquellos señores sus deudos. No se puede creer lo que Luis se holgó con esta buena dicha, que por tal la tenia ir en compañía de aquel Padre, en quien le parecia ver una viva y verdadera imágen de religion y observancia. Contóme á mí despues, que le habia observado con particular atencion en todas sus acciones por el provecho que sacaba, y que siempre le halló digno por su gran virtud y ejemplo del nombre y oficio que tenia de General de la observancia. Y no se engañó en este juicio, como lo ha mostrado la experiencia despues que el dicho Padre subió á la dignidad episcopal, primero en Cefalú de Sicilia y despues en Mantua, en el cual puesto ha vivido tan religiosa y santamente, que por el dicho de todos cuantos le han conocido y tratado, ha seguido la forma de los santos obispos antiguos, y merece que le tomen por ejemplo los que de la Religion salen á semejantes puestos, como se pudiera probar en particular, si no temiera de ofender la modestia y humildad de este prelado, que aun vive cuando esto se escribe. Con tan religiosa y santa comunicacion pasó Luis muy alegremente su viaje, unas veces tratando

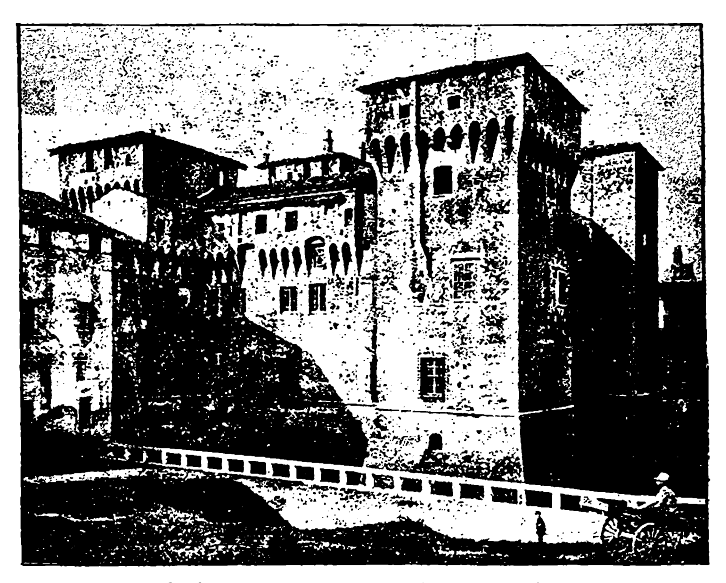
de algunos pasos de la Escritura, otras de cosas espirituales, preguntando dudas, y procurando aprender y aprovechar.

De esta suerte llegaron á Italia por el mes de julio del mismo año, teniendo ya Luis diez y seis cumplidos y cuatro meses. Esperaba él, que luégo su padre le daria la licencia para cumplir sus buenos deseos; y comenzó á acordárselo y apretarle sobre ello con muchas veras. Excusóse el Marqués por entonces, con decir, que era fuerza primero enviarle con su hermano Rodolfo, para que en su nombre cumpliese con todos los príncipes y duques de Italia; y que así se aparejase para aquella jornada.[33] Hacia esto el Marqués con esperanza que en el ínterin se divertiria y entibiaria algo de aquellos deseos. Púsose Luis en camino con su hermano y mucho acompañamiento, y visitó todos aquellos señores de Italia. Iba su hermano Rodolfo, que era menor, vestido ricamente, como parecia convenia á su calidad; pero el buen Luis llevaba un vestido de estameña negra, sin otro adorno ni gala, antes, habiéndole hecho por órden del Marqués un vestido tan lleno de guarniciones, que estaba casi todo cubierto de oro, para que fuése con él á visitar á la señora infanta de España,[34] duquesa de Saboya, cuando vino á Italia, no se pudo acabar con él que se lo pusiese siquiera una vez. En Castellon sucedió un dia entre otros, que traia las medias rotas, y cubríalas con el herreruelo porque no las viesen y se las quitasen: cayósele el rosario bajando por la escalera, y bajóse para tomarle; entonces el ayo, que iba detrás, vió las medias tan rotas, que se veia la carne, y díjole con sentimiento: Oh Sr. D. Luis, ¿qué es esto? No ve V. S. Ilma., que se deshonra á sí y á su casa, andándo de esta manera? Con esto hizo que al punto se quitase aquellas medias y se pusiese otras; y él hubo de obedecer, temiendo quizá que no se lo dijesen á su padre.

Por el camino iba siempre ó rezando ó meditando, sin aflojar un punto, ni dejar sus ayunos ordinarios ni la oracion de la noche. En llegando á la posada, luégo se retiraba á algun aposento, y miraba si habia alguna imágen de Cristo crucificado, delante de la cual se pudiese poner á tener su oracion; y si no la habia, él hacia una cruz con carbon ó con tinta en algun papel, y allí se arrodillaba, y se estaba una ó más horas en su oracion y devociones acostumbradas. Si llegaba á ciudad donde habia casa ó colegio de la Compañía, en

cumpliendo con los Príncipes, se iba á visitar á los Padres. En entrando en el colegio, la primera estacion era irse derecho á la iglesia á visitar el Santísimo Sacramento; despues se entretenia con los Padres, segun la comodidad y tiempo que tenia.

Cuando fué á visitar al Duque de Saboya, le sucedieron dos cosas dignas de reparo. La una fué, que estando en Turin aposentado en el palacio del Ilmo. Sr. Jerónimo de la Róvere, su pariente, que despues fué cardenal, estando en una sala



Parte exterior de la casa solar de los Gonzagas (Castello di Corte) en Mantua.

(Véase el libro I, cap. 4.)

hablando con muchos caballeros mozos, entre los cuales estaba un caballero viejo de setenta años; el viejo comenzó á meter algunas pláticas menos honestas. Luis indignado se volvió contra él, y con gran libertad le dijo estas palabras: ¿No se corre un viejo de la calidad de V. S. de tratar de estas cosas con estos caballeros mozos que están presentes? Este es un gravísimo escándalo y mal ejemplo; porque, como dice san Pablo: *Corrumpunt bonos mores colloquia prava.* Dicho esto, tomó un libro

espiritual, y se retiró á otra pieza distante de aquella conversacion, mostrando con esto el disgusto que le habia dado, dejando no poco mortificado al viejo, pero muy edificados á los otros.

La segunda cosa fué, que habiendo tenido noticia de su venida á Turin el Sr. Hércules Tani su tio, hermano de la Marquesa su madre, fué á Turin á visitarle y pedirle que se llegase con su hermano á Chieri, para que los demás deudos, que nunca le habian visto allí, le pudiesen ver y gozar. Aceptó Luis el convite, y fué allá con su hermano. Habia el Sr. Hércules, por festejar á aquellos señores sus sobrinos, prevenido un sarao, en el cual se habia de danzar, como es uso. Hizo cuanto pudo Luis por no hallarse á él. Pero obligado de la instancia que le hicieron, diciendo que aquella fiesta se hacia sólo por él, y á su contemplacion, al fin se dejó llevar á la sala donde habian concurrido muchos señores y señoras; pero protestó primero, que él sólo iba á hallarse presente, no á danzar ni á hacer cosa ninguna, y con este concierto entró. Apenas se sentó, cuando una de aquellas señoras se fué hácia él para sacarle á danzar. El, viendo lo que pasaba, sin hablar palabra se salió de la sala fingiendo alguna necesidad, y no volvió más: fué de allí á un rato el Sr. Hércules á buscarle, y no le pudo descubrir. A cabo de un rato, yendo á otra casa, le vió en un aposento de criados, que estaba escondido, metido en un rincon detrás de una cama, hincado de rodillas, puesto en oracion; de lo cual quedó tan espantado y edificado, que no se atrevió á interrumpirle, y le dejó estar.

CAPÍTULO XI.

De los nuevos asaltos que tuvo en Castellon, y cómo al fin alcanzó de su Padre licencia de entrar en la Compañía.

Concluidas todas sus visitas, volvió á Castellon, teniendo, por cierto que el Marqués le habia de cumplir la palabra, y darle la licencia; pero engañóse mucho, porque su padre no queria que se le hablase palabra en esta materia, sino buscaba nuevas trazas para divertirle; no acabando de persuadirse, que era vocacion bien pensada, sino

algun fervor de muchacho, que con el tiempo le pasaria. Otros personajes grandes tambien, parte por el deudo, parte por la aficion que le tenian, le dieron diferentes asaltos cuando él menos pensaba. Lo primero el Sermo. Sr. Guillermo, duque de Mantua (que siempre le habia tenido particular aficion) envió para este efecto á Castellon un obispo de grande elocuencia y fuerza en el decir, para que le dijese de su parte, que si acaso no gustaba del estado de lego, se hiciese de la Iglesia, porque con esto



Patio interior de la casa solar de los Gonzagas (Castello di Corte) en Mantua.

(Véase el libro I, cap. 4.)

podria sin duda emplearse en cosas que fuesen de mayor gloria de Dios y bien de los prójimos, que estando en la Religion; de lo cual no faltaban ejemplos de hombres santos, no sólo en los tiempos antiguos, sino en los nuestros, como el del ilustrísimo cardenal Cárlos Borromeo y de otros, que puestos en dignidad habian hecho más servicio á la Iglesia, que muchos religiosos; y por conclusion le ofrecia su ayuda y favor para hacerle poner en tal dignidad. Hizo el obispo su oficio con muchas veras y fuerza de razones, á las cuales respondió

espiritual, y se retiró á otra pieza distante de aquella conversacion, mostrando con esto el disgusto que le habia dado, dejando no poco mortificado al viejo, pero muy edificados á los otros.

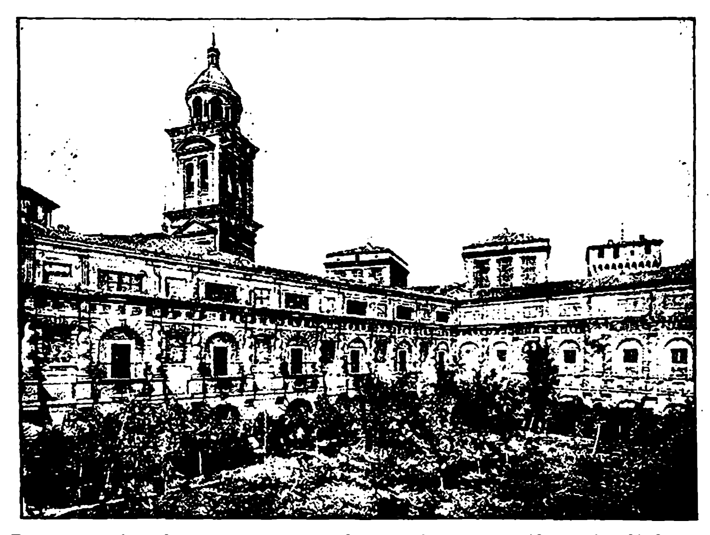
La segunda cosa fué, que habiendo tenido noticia de su venida á Turin el Sr. Hércules Tani su tio, hermano de la Marquesa su madre, fué á Turin á visitarle y pedirle que se llegase con su hermano á Chieri, para que los demás deudos, que nunca le habian visto allí, le pudiesen ver y gozar. Aceptó Luis el convite, y fué allá con su hermano. Habia el Sr. Hércules, por festejar á aquellos señores sus sobrinos, prevenido un sarao, en el cual se habia de danzar, como es uso. Hizo cuanto pudo Luis por no hallarse á él. Pero obligado de la instancia que le hicieron, diciendo que aquella fiesta se hacia sólo por él, y á su contemplacion, al fin se dejó llevar á la sala donde habian concurrido muchos señores y señoras; pero protestó primero, que él sólo iba á hallarse presente, no á danzar ni á hacer cosa ninguna, y con este concierto entró. Apenas se sentó, cuando una de aquellas señoras se fué hácia él para sacarle á danzar. El, viendo lo que pasaba, sin hablar palabra se salió de la sala fingiendo alguna necesidad, y no volvió más: fué de allí á un rato el Sr. Hércules á buscarle, y no le pudo descubrir. A cabo de un rato, yendo á otra casa, le vió en un aposento de criados, que estaba escondido, metido en un rincon detrás de una cama, hincado de rodillas, puesto en oracion; de lo cual quedó tan espantado y edificado, que no se atrevió á interrumpirle, y le dejó estar.

CAPÍTULO XI.

De los nuevos asaltos que tuvo en Castellon, y cómo al fin alcanzó de su Padre licencia de entrar en la Compañía.

Concluidas todas sus visitas, volvió á Castellon, teniendo por cierto que el Marqués le habia de cumplir la palabra, y darle la licencia; pero engañóse mucho, porque su padre no queria que se le hablase palabra en esta materia, sino buscaba nuevas trazas para divertirle; no acabando de persuadirse, que era vocacion bien pensada, sino

algun fervor de muchacho, que con el tiempo le pasaria. Otros personajes grandes tambien, parte por el deudo, parte por la aficion que le tenian, le dieron diferentes asaltos cuando él menos pensaba. Lo primero el Sermo. Sr. Guillermo, duque de Mantua (que siempre le habia tenido particular aficion) envió para este efecto á Castellon un obispo de grande elocuencia y fuerza en el decir, para que le dijese de su parte, que si acaso no gustaba del estado de lego, se hiciese de la Iglesia, porque con esto



Patio interior de la casa solar de los Gonzagas (Castello di Corte) en Mantua.

(Véase el libro I, cap. 4.)

podria sin duda emplearse en cosas que fuesen de mayor gloria de Dios y bien de los prójimos, que estando en la Religion; de lo cual no faltaban ejemplos de hombres santos, no sólo en los tiempos antiguos, sino en los nuestros, como el del ilustrísimo cardenal Cárlos Borromeo y de otros, que puestos en dignidad habian hecho más servicio á la Iglesia, que muchos religiosos; y por conclusion le ofrecia su ayuda y favor para hacerle poner en tal dignidad. Hizo el obispo su oficio con muchas veras y fuerza de razones, á las cuales respondió

Luis con gran cordura, y al fin concluyó con decirle: que diese las gracias de su parte á S. A. por la voluntad que siempre le habia mostrado, de la cual salian aquellas ofertas tan liberales; pero que él habia ya renunciado todos los favores y ayudas que de su casa podia esperar, y así ahora renunciaba tambien estas mercedes que S. A. tan liberalmente le ofrecia. Que antes por esta ocasion habia hecho eleccion en particular de la Compañía, por ver que en ella no se admiten estas dignidades, y por haberse determinado de no pretender en esta vida otra cosa que á Dios. El segundo asalto fué del Ilmo. Sr. Alonso Gonzaga su tio, á quien Luis habia de suceder en el Estado de Castelgofredo, el cual, habiendo puesto las razones, y hecho las ofertas que el Duque, llevó tambien la misma respuesta.

Otra persona de grande autoridad, que era tambien de la casa Gonzaga, despues de haberle traido muchas razones á fin de disuadirle la Religion; al fin se puso á decirle mucho mal de la Compañía, y á persuadirle que, ya que estaba resuelto á dejar el mundo, á lo menos no entrase en la Compañía, que estaba en medio de él, sino que escogiese una Religion retirada, como la de los Capuchinos ó Cartujos, ú otra semejante. Pudo ser que aquel señor le dijese esto con animo de, si una vez le desquiciaba de la Compañía, tomar de ahí ocasion para argüirle de inconstante, y poner dolo en el resto de su vocacion; ó bien por parecerle que con más facilidad le disuadiria las otras Religiones, como menos proporcionadas á sus fuerzas y complexion delicada, ó finalmente porque de las otras Religiones le podria sacar fácilmente, dándole alguna dignidad eclesiástica. Luis respondió brevemente, que él no sabia cómo pudiese huir más léjos del mundo, que entrando en la Compañía. Porque si por mundo se entienden las riquezas, en la Compañía hay una perfectísima pobreza, no pudiendo nadie tener cosa propia. Si por mundo se entienden honras y dignidades, á éstas tambien está tan cerrada la puerta en la Compañía, con voto especial de no procurarlas, ni aun aceptarlas cuando sin pretenderlas se ofrecen (como de hecho se las ofrecen muchas veces los reyes y príncipes), si no es obligados con precepto del Sumo Pontífice. Con esto hizo callar por entonces á aquel señor, é hizo entender, á los que lo supieron, la firmeza y verdad de su vocacion.



Primera comunion de S. Luis.
De un lienzo pintado en el siglo XVII por De Cairo, para el altar del Santo que está en la iglesia de la Compañía de Jesus de Milan. (Véase el libro I, cap. 5, y nota 23.)

No se cansó el Marqués de echarle personas graves que le hablasen; en particular le echó á Mons. Juan Giacomo Pastorio, arcipreste de Castellon (persona de quien Luis hacia mucho caso), para que le dijese lo mucho que importaba que se encargase del gobierno de aquellos Estados; pero Luis le supo decir tan buenas razones, que le obligó á trocar la embajada haciendo el oficio contrario, hablando al Marqués en favor de su hijo, y persuadiéndole que aquella era vocacion de Dios; diciendo á todos que Luis era santo. ¡Tan edificado quedó de aquello poco que supo de su interior! No contento el Marqués con esto, hizo diligencias con un religioso grave, grande amigo suyo (el P. Panigarola, que á la sazon predicaba con grande nombre, y despues murió prelado de una iglesia),[35] para que diese un fuerte asalto á Luis, y le hiciese mudar de intento. No gustó mucho aquel Padre del oficio que se le encargaba; pero no atreviéndose á decir que no, le hubo de hacer, aprovechándose de toda su elocuencia y trazas, pero todo sin provecho; y así hablando él despues con un cardenal de los más principales, y tratando de la constancia de Luis, le dijo estas palabras: «A mí me obligaron á hacer con este «mancebo oficio de demonio; y ya que lo habia de hacer, lo «hice lo mejor que supe, y no hice nada, porque él estaba «tan fuerte, que no habia por dónde entrarle.» Con todo esto el Marqués pensó que con tantos asaltos estaria algo más blando: hízole llamar, estando un dia en la cama con la gota, y preguntóle, qué pensaba hacer de sí. Respondió Luis con mucho respeto, pero con libertad y llaneza, que él pensaba lo que antes habia pensado, de servir á nuestro Señor en la Religion que habia dicho. Encolerizóse el Marqués, y con un rostro airado y palabras pesadas le echó de la cámara, mandándole que se le quitase de delante de los ojos. Tomó Luis estas palabras por mandato de su padre, y fuése al convento de los Padres, que llamaban Zoccolanti, por otro nombre de Santa María, que está casi una milla de Castellon. Está aquel convento junto á una grande y apacible laguna[36] que con artificiosos reparos forman las aguas que se descuelgan de aquellas sierras; sitio muy estimado para recreacion, como se ve en edificios antiguos que perseveran debajo de tierra, con labores á lo mosáico, y un claro arroyo de escogida agua que, encañada por acueductos secretos, va á dar á un cuarto que

el marqués D. Fernando hizo para sus hijos, donde se recoge en una hermosa fuente de grande recreacion. En este cuarto se retiró Luis; y haciéndose llevar la cama y libros y otros trastos de su aposento, comenzó á hacer una vida muy retirada, tomando mucha disciplina al dia, y gastándole todo en oracion.

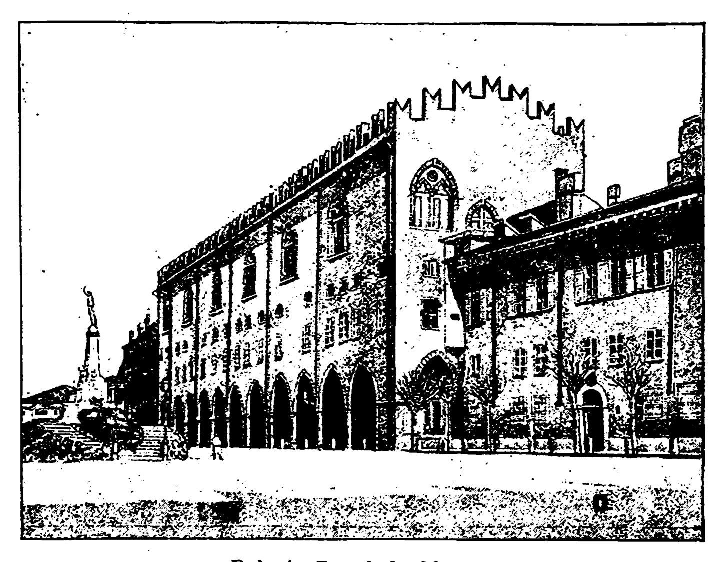
Nadie se atrevia á decírselo al Marqués, por no darle pesadumbre; pero al cabo de algunos dias que la gota no le dejaba levantar, preguntó por Luis: dijéronle lo que pasaba, y al punto mandó que le llamasen. Recibióle con palabras graves, riñéndole mucho la libertad que habia tenido en irse de casa, diciendo que lo habia hecho por darle pesadumbre. Luis con mucha paz y respeto respondió, que no lo habia hecho sino por cumplir mejor lo que le habia mandado, cuando le dijo que se le quitase de delante de los ojos. Prosiguió el Marqués con su cólera y amenazas; despues le mandó que se fuese á su cuarto: bajó Luis la cabeza, y dijo: Yo voy por obediencia. En entrando en su aposento cerró la puerta, arrodillóse delante de un Crucifijo, y comenzó á derramar arroyos de lágrimas, pidiendo á Dios le diese fuerzas y constancia en tantos trabajos; luégo se desnudó, y tomó una larga disciplina.

En el ínterin el Marqués, en quien peleaban el amor de padre y la conciencia, porque por una parte no quisiera ofender á Dios, y por otra no podia acabar consigo de privarse de un hijo tan querido y de tantas prendas; temiendo, pues, si acaso le habia amargado con las palabras que le habia dicho, pasada ya la cólera, hizo llamar al gobernador del lugar, que estaba en la antecámara, y le mandó que fuése á ver qué hacia Luis. Fué el gobernador, y halló un criado afuera, que le dijo cómo el Sr. D. Luis se habia cerrado, y no queria que entrase nadie: replicó él, que llevaba órden del Marqués para ver lo que hacia; y con ésto llegó á la puerta, y no pudiendo entrar, hizo con la daga un resquicio pequeño por las hendiduras de la puerta; y por allí vió á Luis desnudo y arrodillado delante de un Crucifijo, llorando y disciplinándose fuertemente.

Movido con este espectáculo, y enternecido, se fué al Marqués, y con las lágrimas en los ojos le dijo: ¡Ah señor! si V. E. viera lo que hace el Sr. D. Luis, sin duda que no tratara de estorbarle sus buenos intentos. Preguntóle el Marqués,

qué habia visto, que así lloraba. Oh señor, dijo él, que he visto á vuestro hijo tal, que hará llorar las piedras; y con esto le refirió lo que habia visto, con tanto espanto del Marqués, que apenas lo acababa de creer.

El dia siguiente aguardó á la misma hora, teniendo espía que le avisase; y haciéndose llevar en una silla al aposento de Luis, que estaba en el mismo suelo que el suyo, acechó por aquel agujero que el dia antes se habia hecho en la



Palacio Ducal de Mantua,
donde moró S. Luis desde Nov. 1579 hasta Junio de 1580, siendo paje del Duque.
(Véase el libro I, cap. 4.)

puerta, y le vió del mismo modo llorando y disciplinándose. Quedó con esta vista por un rato como fuera de sí; despues, disimulando lo que habia visto, hizo llamar á la puerta, y entrando con la Marquesa, halló el suelo rociado de sangre de la disciplina, y el puesto, donde estaba de rodillas, tan bañado de lágrimas, como si hubieran echado agua por allí. Por esto que vió, y por la instancia grande que le hacia, se resolvió el Marqués últimamente á darle la licencia, y en órden á eso escribió á Roma al Ilmo. Sr. Scipion Gonzaga,[37] su primo

(que á la sazon era patriarca de Jerusalem, y despues fué cardenal de la santa Iglesia), para que de su parte hablase al Padre General de la Compañía, que entonces era el P. Claudio Aquaviva, hijo del Duque de Atri, y le ofreciese su hijo primogénito, que, como él decia, era la cosa más querida y de mayor esperanza que tenia en el mundo, y juntamente supiese dónde queria su paternidad qué fuese á tener su noviciado. El Padre General respondió como era razon á aquel recado, y en lo que tocaba al noviciado, dijo que por muchas razones le parecia conveniente que le tuviese en Roma. No es creible lo que Luis se holgó cuando supo esta buena nueva; y en testimonio de su alegría no se pudo contener, que no escribiese luégo una carta al Padre General,[38] dándole las gracias por la merced que le hacia; y porque las palabras no podian exprimir la grandeza de su afecto, lo queria suplir con las obras, ofreciéndose á sí mismo y poniéndose á sus piés. Consolóse mucho con esta carta el Padre General, y le respondió que le aceptaba de muy buena gana por hijo, y le aguardaba con mucho deseo de verle en Roma.

Luégo se comenzó á tratar la renunciacion que habia de hacer del Estado, por haber ya (como dijimos) dado el Emperador la investidura de él á Luis; y queriendo el Marqués que le cediese en favor de Rodolfo, que era el hijo segundo, Luis venia en ello de buena gana, con tal que se abreviase y concluyese luégo, y fuese con las condiciones y modo que quisiesen, que todo lo dejaba en manos de su padre, y aprobaba lo que él hiciese; pero que fuese luégo, porque pudiese irse á su Religion. Concluyóse, pues, en esta forma: que renunciase plenamente cualesquier suerte de jurisdiccion y derecho que le podia pertenecer en aquel Estado y en otros cualesquier feudos, que por via de sucesion le podian venir, y que de toda la hacienda se le diesen luégo de contado dos mil escudos para lo que él quisiese, y despues por toda su vida se le diesen cuatrocientos escudos cada año. Ordenada de este modo la renunciacion, se mostró á diferentes letrados, y se consultó con el Senado de Milan, para ver si quedaba peligro de pleito en algun tiempo; y finalmente se envió á la corte del Emperador, para que S. M. la confirmase, porque por ser todo el Estado de estos señores libre imperial, no era válida sin su consentimiento.

Ayudó mucho al buen despacho de este negocio en la corte del Emperador la Serma. señora D.ª Leonor de Austria, duquesa de Mantua, á quien Luis pidió instantemente lo tomase á su cargo, como quien podia y solia de buena gana emplear su favor en semejantes obras. Lo que en esto ayudó, se dice en la Vida que de esta santa señora se imprimió,[39] en la tercera parte, en el capítulo V, por estas palabras: «Sucedió «que un mancebo ilustrísimo, primogénito y marqués, tocado «de Dios, queria dejar el mundo; y no pudiéndole apartar de «este santo propósito, y siendo necesario sacar licencia del «Emperador para renunciar el feudo en un hermano suyo; la «Serma. Leonor, á quien se acudió con esta peticion, enterada «del caso y de la calidad de la persona que trataba de dejar «el mundo, no sólo le animó á no faltar á sus buenos deseos, «pero con el calor posible, escribiendo al emperador Rodolfo su «sobrino, alcanzó lo que se pedia. De lo cual se siguió que «aquel señor cumplió sus buenos deseos; y despues de pocos «años murió religioso, y se fué al cielo á recibir la corona «que habia ganado con la santidad de su vida.»

CAPÍTULO XII. X.

Cómo Luis fué á Milan por causa de algunos negocios, y lo que allí le sucedió.

Mientras se aguardaba la licencia de Emperador para renunciar el Estado, se le ofrecieron al Marqués algunos negocios de grande importancia en Milan, para cuyo despacho, por no poder ir él en persona por hallarse tan impedido de la gota, se determinó de enviar á Luis, de cuya prudencia y juicio fiaba grandemente y con razon, porque habiéndole varias veces encargado el tratar negocios graves con diferentes príncipes, siempre los habia tratado y concluido con notable satisfaccion.

Fué Luis á cumplir su obediencia,[40] y hallóse obligado á detenerse en Milan casi ocho ó nueve meses, en el cual tiempo se dió tan buena maña en los negocios, tratándolos con tanta prudencia, que si bien eran harto dificultosos y enredados, al fin tuvieron la salida que el Marqués deseaba. No fué tiempo

(que á la sazon era patriarca de Jerusalem, y despues fué cardenal de la santa Iglesia), para que de su parte hablase al Padre General de la Compañía, que entonces era el P. Claudio Aquaviva, hijo del Duque de Atri, y le ofreciese su hijo primogénito, que, como él decia, era la cosa más querida y de mayor esperanza que tenia en el mundo, y juntamente supiese dónde queria su paternidad qué fuese á tener su noviciado. El Padre General respondió como era razon á aquel recado, y en lo que tocaba al noviciado, dijo que por muchas razones le parecia conveniente que le tuviese en Roma. No es creible lo que Luis se holgó cuando supo esta buena nueva; y en testimonio de su alegría no se pudo contener, que no escribiese luégo una carta al Padre General,[38] dándole las gracias por la merced que le hacia; y porque las palabras no podian exprimir la grandeza de su afecto, lo queria suplir con las obras, ofreciéndose á sí mismo y poniéndose á sus piés. Consolóse mucho con esta carta el Padre General, y le respondió que le aceptaba de muy buena gana por hijo, y le aguardaba con mucho deseo de verle en Roma.

Luégo se comenzó á tratar la renunciacion que habia de hacer del Estado, por haber ya (como dijimos) dado el Emperador la investidura de él á Luis; y queriendo el Marqués que le cediese en favor de Rodolfo, que era el hijo segundo, Luis venia en ello de buena gana, con tal que se abreviase y concluyese luégo, y fuese con las condiciones y modo que quisiesen, que todo lo dejaba en manos de su padre, y aprobaba lo que él hiciese; pero que fuese luégo, porque pudiese irse á su Religion. Concluyóse, pues, en esta forma: que renunciase plenamente cualesquier suerte de jurisdiccion y derecho que le podia pertenecer en aquel Estado y en otros cualesquier feudos, que por via de sucesion le podian venir, y que de toda la hacienda se le diesen luégo de contado dos mil escudos para lo que él quisiese, y despues por toda su vida se le diesen cuatrocientos escudos cada año. Ordenada de este modo la renunciacion, se mostró á diferentes letrados, y se consultó con el Senado de Milan, para ver si quedaba peligro de pleito en algun tiempo; y finalmente se envió á la corte del Emperador, para que S. M. la confirmase, porque por ser todo el Estado de estos señores libre imperial, no era válida sin su consentimiento.

Ayudó mucho al buen despacho de este negocio en la corte del Emperador la Serma. señora D.ª Leonor de Austria, duquesa de Mantua, á quien Luis pidió instantemente lo tomase á su cargo, como quien podia y solia de buena gana emplear su favor en semejantes obras. Lo que en esto ayudó, se dice en la Vida que de esta santa señora se imprimió,[39] en la tercera parte, en el capítulo V, por estas palabras: «Sucedió «que un mancebo ilustrísimo, primogénito y marqués, tocado «de Dios, queria dejar el mundo; y no pudiéndole apartar de «este santo propósito, y siendo necesario sacar licencia del «Emperador para renunciar el feudo en un hermano suyo; la «Serma. Leonor, á quien se acudió con esta peticion, enterada «del caso y de la calidad de la persona que trataba de dejar «el mundo, no sólo le animó á no faltar á sus buenos deseos, «pero con el calor posible, escribiendo al emperador Rodolfo su «sobrino, alcanzó lo que se pedia. De lo cual se siguió que «aquel señor cumplió sus buenos deseos; y despues de pocos «años murió religioso, y se fué al cielo á recibir la corona «que habia ganado con la santidad de su vida.»

CAPÍTULO XII. X.

Cómo Luis fué á Milan por causa de algunos negocios, y lo que allí le sucedió.

Mientras se aguardaba la licencia de Emperador para renunciar el Estado, se le ofrecieron al Marqués algunos negocios de grande importancia en Milan, para cuyo despacho, por no poder ir él en persona por hallarse tan impedido de la gota, se determinó de enviar á Luis, de cuya prudencia y juicio fiaba grandemente y con razon, porque habiéndole varias veces encargado el tratar negocios graves con diferentes príncipes, siempre los habia tratado y concluido con notable satisfaccion.

Fué Luis á cumplir su obediencia,[40] y hallóse obligado á detenerse en Milan casi ocho ó nueve meses, en el cual tiempo se dió tan buena maña en los negocios, tratándolos con tanta prudencia, que si bien eran harto dificultosos y enredados, al fin tuvieron la salida que el Marqués deseaba. No fué tiempo

perdido para Luis el que estuvo en Milan: porque habiendo, como dijimos, oido la lógica en España, prosiguió en Milan la física en el colegio de Brera de la Compañía de Jesus; y como tenia tan buen ingenio y tan maduro juicio, aprovechóse mucho en aquel estudio. Asistia todos los dias por tarde y por mañana á las lecciones; y si alguna vez le estorbaban sus negocios, hacia que le escribiesen la leccion para estudiarla en casa. En las disputas no sólo asistia, pero argumentaba y defendia como los otros condiscípulos, sin admitir privilegios, ni excepciones de esta materia. En el argüir y defender mostraba la agudeza de su ingenio, pero con tal modestia, que jamás se le oyó palabra menos mirada, ni se le vió señal que oliese á liviandad y orgullo de mozo, ni en accion ni en palabras, como testifica su maestro, antes una compostura tan singular en todo, que le hacia extraordinariamente amable. Oia fuera de eso en el mismo colegio una leccion de matemáticas cada dia, y porque el lector no le dictaba, él por no olvidarse, en volviendo á casa, la dictaba luégo á un criado con tanta facilidad, claridad y puntualidad, que cuando me las mostró el criado que las escribia (y las tenia guardadas todas como por reliquia), yo quedé espantado que nunca se hubiese olvidado de la demostracion, ni variado del número, la medida, el cómputo, los puntos, las líneas y otros términos propios de aquella facultad, que es casi todo lo que allí se dice y escribe. Cuando iba al colegio guardaba grande compostura; su vestido era negro de raja de Florencia y sin espada; por la calle nunca hablaba con los que le acompañaban; iba de ordinario á pié, aunque tenia bastante comodidad en casa, de caballos.

Todo su entretenimiento en Milan era tratar con los Padres de la Compañía, y así buena parte del tiempo que le quedaba de sus negocios, lo gastaba en el colegio, hablando ya con este padre ya con el otro, de cosas de estudios ó de espíritu; y reparó su maestro, que cuando hablaba con religiosos y aun con seglares de alguna autoridad, les tenia tanto respeto, que estaba siempre con los ojos bajos, no mirándolos á la cara sino rara vez. Sus pláticas no sólo eran con los padres ó hermanos estudiantes, sino tambien con los coadjutores, especialmente con el portero de aquel colegio, teniendo por gran favor si alguna vez, mientras iba á llamar á algun padre, le dejaba las llaves, engañándose con aquello, y entreteniendo las ansias que tenia



Casale di Monferrato en 1600.

Segun un grabado publicado en la obra: «Novum Theatrum Pedemontii et Sabaudiæ etc.» (Hagæ etc. 1726.)

(Véase el libro I., cap. 6.)

de verse ya en la Compañía. Sabia que los jueves, cuando no hay fiesta en la semana, se dejan las lecciones, y que solian ir los del colegio á hacer ejercicio hasta una granja, que llaman la Ghisolfa, que está como milla y media fuera de la puerta Comasina: Luis en amaneciendo salia por aquel mismo camino, y haciendo quedar atrás sus criados, se andaba solo por el campo, leyendo algun libro espiritual, ó meditando, ó cogiendo algunas flores en tiempo de primavera, hasta que veia venir por el camino algunos de la Compañía, á los cuales saludaba con gran reverencia, y luégo se iba detrás de ellos poco á poco mirándolos y siguiéndolos cuanto podia, sin perderlos de vista hasta que torcian el camino; tomando tanto gusto en sólo verlos, como si hubiera visto otros tantos Angeles del cielo, juzgándolos por dichosos, por no tener los estorbos que él para servir á Dios. Cuando los primeros llegaban ya á la granja, volvíase por encontrar á otros, y al fin volvia á su casa muy consolado.

Por las carnestolendas íbase cada dia al colegio, por huir de las fiestas é invenciones de aquellos dias, y por hablar de Dios; porque solia decir que sus fiestas eran los Padres de la Compañía, cuya plática le daba más gusto que todos los entretenimientos del mundo; y hablaba de todo aquello con tanto desprecio, que se echaba bien de ver que lo decia de corazon. Un dia de carnestolendas se hacia en Milan un famoso torneo, á que concurrió toda la ciudad, en especial los caballeros mozos, que aquel dia salieron de gala en hermosos caballos ricamente enjaezados, lo mejor que cada uno podia. Luis aquel dia, por hollar el mundo y hacer una pública mortificacion, quiso ir hácia allá; y aunque tenia caballos en la caballeriza, y de ordinario, aunque fuése á pié, le solian llevar uno detrás con su gualdrapa de terciopelo, aquel dia salió en un machuelo (que en Italia se tiene por cosa muy baja), y todo de viejo, con solos dos criados; y de esta manera pasó por las calles donde estaba el concurso de todos aquellos caballeros, que si bien se podian reir de él, él tambien se reia del mundo y sus vanidades: notaron mucho esta accion algunos religiosos que la vieron, y quedaron no poco edificados.

En sus devociones continuó con su estilo ordinario, sin dejar jamás nada de su oracion. Iba con mucho gusto y muy á menudo á visitar los lugares pios, en especial á Nuestra Señora de san Celso, que en aquel tiempo era muy frecuentada

del pueblo, por los muchos milagros que hacia. Todos los domingos y fiestas comulgaba en San Fidel, que es la iglesia de la casa profesa de la Compañía: hacíalo con tanta reverencia y devocion, que edificaba á cuantos le veian, porque parecia que iba vertiendo devocion y santidad. Afirma un Padre,[41] que entonces predicaba en nuestra iglesia, que cuando en el púlpito queria meterse en fervor y devocion, se volvia á mirar á Luis, que siempre estaba enfrente del púlpito, y que con sólo mirarle se hallaba devoto y tierno, como quien ve alguna cosa sagrada. ¡Tanto era el concepto y estima que ya entonces se tenia de su santidad!

CAPÍTULO XIII.

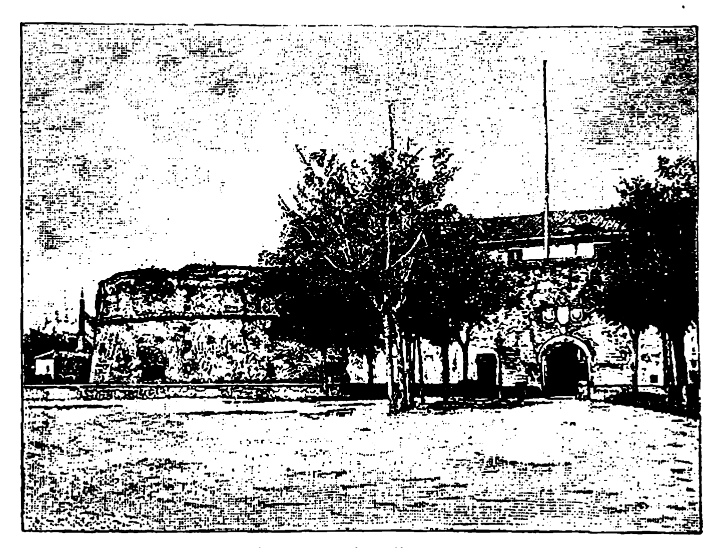
Obtenida la licencia del emperador renuncia el Estado; le prueba de nuevo su Padre y sale victorioso.

Estando en esto llegó la licencia del Emperador para renunciar el Estado. Era ya Luis de diez y siete años cumplidos, y estaba esperando por horas que su padre le llamase á Castellon, para concluir sus cosas, é irse ya libre y suelto á gozar el bien que deseaba; cuando se le levantó otra nueva tormenta, que del puerto donde ya estaba le volvió á meter en medio del mar. Porque el Marqués, ó bien que pensase que su hijo, cansado ya de esperar, se habria quizá resfriado de aquellos fervores; ó movido todavía del afecto natural que no le dejaba resolver en dar licencia, ó por otros respetos y fines humanos; al fin se determinó á ir en persona á Milan á dar otro tiento á Luis en este negocio, y hacer que otros se le diesen, y se examinase de nuevo, si esta era ó no era voluntad de Dios. Llegó de improviso á Milan, y preguntó á Luis qué pensaba hacer. Hallóle más firme que antes. Dióle notable pena; mostróse de nuevo sentido y enojado. Despues volvió con blandura á hablarle en este punto, diciéndole que no era él tan mal cristiano, que habia de querer oponerse á la voluntad de Dios con ofensa suya, pero que la razon le dictaba que este más era un humor y tema de mozo, que vocacion de Dios; porque el amor de los padres, que tanto encarga Dios, y otros muchos respetos del servicio divino obligaban á no tomar aquel estado. Tras esto le trajo muchas

razones, lo mejor que él supo y que el deseo le dictaba, en órden á persuadirle que aquella seria la total ruina y destruccion de su casa. Alegaba el buen natural que Dios le habia dado, tan seguro de mudanza, que no habia que temer ese peligro, aunque se quedase en el siglo, en donde podia vivir tan bien como religioso, y ser bueno no sólo para sí, sino para otros, haciendo que sus vasallos sirviesen á Dios y guardasen sus mandamientos, obligándolos á ello con su buen ejemplo, que á ellos seria de grande importancia, y á él de grande merecimiento delante de Dios. Acordábale el gran concepto que tenian ya de él sus súbditos, el amor y respeto que le habian cobrado, y que no deseaban cosa tanto como tenerle por dueño; la gracia y aficion de los príncipes, que con su buen trato y apacible conversacion habia ganado, de suerte que todos le amaban y estimaban mucho; el natural de su hermano Rodolfo, en quien habia de renunciar, que por ser muy vivo, y por la falta de experiencia y de edad, no era tan á propósito como él para el gobierno, antes se podia temer no hiciese algunas travesuras hallándose mozo y sin freno. Mira finalmente (le dijo) cuál estoy, tan enfermo y apretado continuamente de la gota, sin poderme menear; y que tengo necesidad forzosa de que me alivien de las cargas del gobierno: tú lo puedes hacer desde luégo con tanta satisfaccion. Si te entras religioso y me dejas, mañana se ofrecerán cosas forzosas á que yo no pueda acudir; y juntándose las ocupaciones, el mal y la pesadumbre, serás sin duda ocasion de mi muerte. Dicho esto, soltó la rienda á las lágrimas, mezclando con ellas algunas palabras llenas de dolor y ternura.

Oyóle Luis, y agradeciéndole con humildad el amor y afecto que le mostraba, le respondió: que todas aquellas razones, ó gran parte de ellas, habia ya pensado muy despacio, y echaba de ver la obligacion que tenia; y que á no ser Dios el que le llamaba, tuviera por una grande sinrazon no atender á todos aquellos respetos, y en especial al gusto de su padre, á quien despues de Dios se reconocia sumamente obligado; pero que él no se movia á entrar en religion por antojo ó gusto suyo, sino por obedecer á Dios que le llamaba; y que así debia esperar que este mismo Señor ordenaria las cosas á su mayor gloria, y en bien y provecho de la casa y Estado, porque él no podia presumir otra cosa de la divina bondad.

Viéndole el Marqués tan firme en este punto, de que aquella era vocacion de Dios, parecióle necesario derribarle este principio, donde se fundaba toda su resolucion, y persuadirle lo contrario, porque todo lo demás era perder tiempo. Para esto procuró que diferentes personas seglares y religiosas le examinasen de nuevo, y le persuadiesen que seria mayor servicio de Dios atender al gobierno de su Estado. Hiciéronlo ellos así, por dar gusto al Marqués, y en diferentes ocasiones cada uno



Casale di Monferrato. Castillo y puerta principal.
(Véase el libro I, cap. 6.)

de por sí le hablaron, y pusieron las dificultades de la Religion lo mejor que supieron; y habiéndole probado de mil maneras, quedaron todos tan satisfechos y admirados, que aseguraron al Marqués, que la vocacion era de Dios, añadiendo mil cosas en alabanza de su hijo.

Oyendo el Marqués tantos votos contra su gusto, y todos tan conformes, por asegurarse más de si aquella era la voluntad de Dios, se hizo un dia llevar en una silla (porque la gota no le dejaba ir de otra suerte) á la casa profesa de la Compañía; y haciendo llamar á un cierto Padre[12] que tenia mucho nombre

en aquella ciudad, le dijo, que en cosa de tanto momento como era perder un hijo primogénito y un hijo tal, queria fiarse de su juicio, y tomar su consejo; pero que antes que se le diese, deseaba que en su presencia examinase á Luis en su vocacion, y juntamente le propusiese lo más viva y eficazmente que supiese las razones todas en contrario; porque si esto hacia, él le daba la palabra de hacer lo posible por quietarse. Aceptó el Padre el partido por satisfacer á aquel príncipe, y llamando allí á Luis, le estuvo examinando una hora entera con mucha seriedad, y le puso los argumentos más fuertes que se pueden poner para probar el espíritu de uno, y ver si la vocacion es buena ó no; y en el particular de la Compañía le dijo tanto, y le propuso tan grandes dificultades, cuanto jamás se han puesto á nadie para entrar en ella; y, lo que es más, lo decia con tantas veras, que no parecia que le quedaba otra cosa; de suerte que Luis (como él me contó despues en la Religion) comenzó á sospechar que hablaba de veras. Como tenia tanto concepto de aquel Padre, le dió que pensar por un rato, porque nadie le habia tocado aquellas teclas, ni hablado en aquella materia tan *ex propriis*, como él decia, como le habló aquel Padre. Con todo esto respondió con tanto señorío, y soltó los argumentos y dudas, no sólo con razones, sino con autoridad de la sagrada Escritura y de los Doctores; de suerte que el Padre quedó no sólo edificado, sino espantado de verle tan bien fundado en su vocacion, y tan versado en la Escritura y en los Doctores sagrados; y así le pareció que debia de haber leido lo que de aquella materia escribe santo Tomás en la Suma: tan propias y ajustadas eran las respuestas y razones que daba. Al fin el Padre maravillado prorumpió con estas palabras: Sr. D. Luis, V. S. Ilma. tiene mucha razon; la verdad es todo cuanto ha dicho, no se puede dudar; yo quedo bien edificado y satisfecho. Que no poco le consoló á Luis, por ver que en lo pasado el Padre no habia hablado de veras, sino sólo por probarle.

El Marqués, enviando á su hijo, confesó que quedaba convencido de que aquella era una grande vocacion de Dios, y luégo se puso á contar la santidad grande con que Luis habia vivido desde niño, y dijo que él no queria impedirle, sino dejarle en buen hora que entrase religioso. Poco despues se volvió á Castellon, y dejó órden que, en concluyendo Luis con

cierto negocio, se volviese tambien para efectuar la renunciacion. Con esto él se dió la priesa posible por concluirle, pareciéndole cada hora mil años, por verse ya fuera del mundo y libre de sobresaltos.

CAPÍTULO XIV. XI.

Cómo Luis fué primero á Mantua á hacer los ejercicios espirituales, y despues á Castellon.

Llegándose ya el tiempo de volver á Castellon, temiéndose Luis, por lo que en Milan le habia pasado, que se levantaria quizá otra nueva borrasca, escribió antes de salir de Milan una carta al Padre General de la Compañía, llena de espíritu y fervor. Dábale en ella cuenta de sus trabajos, y pedíale consejo en lo por venir, y juntamente licencia, para en caso que el Marqués pusiese nuevos impedimentos, ó buscase nuevas largas para entretenerle sus deseos, irse de hecho á alguna casa de la Compañía, ya que á todos constaba bastantemente la verdad y bondad de su vocacion. Al Padre General, si bien le tuvo mucha compasion, y le daba gran pena verle en aquel aprieto, no le pareció que era bien romper con el Marqués, efectuando aquel negocio sin su licencia; y así respondió á Luis, que por todos caminos la procurase, porque sin duda esto era lo que convenia á la gloria de Dios, y su bien particular y al de toda la Compañía.

Rindióse Luis á este parecer, y saliendo de Milan antes de ir á Castellon, se fué á Mantua, donde, parte por su consuelo, parte por confirmarse en su vocacion, y armarse contra los asaltos que temia, quiso hacer los ejercicios espirituales del santo Padre Ignacio en el colegio de la Compañía. Era esto por el mes de julio del año de 1585, á tiempo que aguardaban cada dia en Mantua la venida de aquellos señores japónes, que por aquel tiempo vinieron de tan remotas partes á Roma por embajadores, á reconocer y reverenciar la Silla de san Pedro, y besar el pié y dar la obediencia al Sumo Pontífice, vicario de Cristo, en nombre de sus reyes y de todos los cristianos de aquellos reinos. Habian ya hecho su embajada y oficio, primero con Gregorio XIII, que era pontífice cuando llegaron á Roma, y despues con Sixto V,

en aquella ciudad, le dijo, que en cosa de tanto momento como era perder un hijo primogénito y un hijo tal, queria fiarse de su juicio, y tomar su consejo; pero que antes que se le diese, deseaba que en su presencia examinase á Luis en su vocacion, y juntamente le propusiese lo más viva y eficazmente que supiese las razones todas en contrario; porque si esto hacia, él le daba la palabra de hacer lo posible por quietarse. Aceptó el Padre el partido por satisfacer á aquel príncipe, y llamando allí á Luis, le estuvo examinando una hora entera con mucha seriedad, y le puso los argumentos más fuertes que se pueden poner para probar el espíritu de uno, y ver si la vocacion es buena ó no; y en el particular de la Compañía le dijo tanto, y le propuso tan grandes dificultades, cuanto jamás se han puesto á nadie para entrar en ella; y, lo que es más, lo decia con tantas veras, que no parecia que le quedaba otra cosa; de suerte que Luis (como él me contó despues en la Religion) comenzó á sospechar que hablaba de veras. Como tenia tanto concepto de aquel Padre, le dió que pensar por un rato, porque nadie le habia tocado aquellas teclas, ni hablado en aquella materia tan *ex propriis*, como él decia, como le habló aquel Padre. Con todo esto respondió con tanto señorío, y soltó los argumentos y dudas, no sólo con razones, sino con autoridad de la sagrada Escritura y de los Doctores; de suerte que el Padre quedó no sólo edificado, sino espantado de verle tan bien fundado en su vocacion, y tan versado en la Escritura y en los Doctores sagrados; y así le pareció que debia de haber leido lo que de aquella materia escribe santo Tomás en la Suma: tan propias y ajustadas eran las respuestas y razones que daba. Al fin el Padre maravillado prorumpió con estas palabras: Sr. D. Luis, V. S. Ilma. tiene mucha razon; la verdad es todo cuanto ha dicho, no se puede dudar; yo quedo bien edificado y satisfecho. Que no poco le consoló á Luis, por ver que en lo pasado el Padre no habia hablado de veras, sino sólo por probarle.

El Marqués, enviando á su hijo, confesó que quedaba convencido de que aquella era una grande vocacion de Dios, y luégo se puso á contar la santidad grande con que Luis habia vivido desde niño, y dijo que él no queria impedirle, sino dejarle en buen hora que entrase religioso. Poco despues se volvió á Castellon, y dejó órden que, en concluyendo Luis con

cierto negocio, se volviese tambien para efectuar la renunciacion. Con esto él se dió la priesa posible por concluirle, pareciéndole cada hora mil años, por verse ya fuera del mundo y libre de sobresaltos.

CAPÍTULO XIV. XI.

Cómo Luis fué primero á Mantua á hacer los ejercicios espirituales, y despues á Castellon.

Llegándose ya el tiempo de volver á Castellon, temiéndose Luis, por lo que en Milan le habia pasado, que se levantaria quizá otra nueva borrasca, escribió antes de salir de Milan una carta al Padre General de la Compañía, llena de espíritu y fervor. Dábale en ella cuenta de sus trabajos, y pedíale consejo en lo por venir, y juntamente licencia, para en caso que el Marqués pusiese nuevos impedimentos, ó buscase nuevas largas para entretenerle sus deseos, irse de hecho á alguna casa de la Compañía, ya que á todos constaba bastantemente la verdad y bondad de su vocacion. Al Padre General, si bien le tuvo mucha compasion, y le daba gran pena verle en aquel aprieto, no le pareció que era bien romper con el Marqués, efectuando aquel negocio sin su licencia; y así respondió á Luis, que por todos caminos la procurase, porque sin duda esto era lo que convenia á la gloria de Dios, y su bien particular y al de toda la Compañía.

Rindióse Luis á este parecer, y saliendo de Milan antes de ir á Castellon, se fué á Mantua, donde, parte por su consuelo, parte por confirmarse en su vocacion, y armarse contra los asaltos que temia, quiso hacer los ejercicios espirituales del santo Padre Ignacio en el colegio de la Compañía. Era esto por el mes de julio del año de 1585, á tiempo que aguardaban cada dia en Mantua la venida de aquellos señores japónes, que por aquel tiempo vinieron de tan remotas partes á Roma por embajadores, á reconocer y reverenciar la Silla de san Pedro, y besar el pié y dar la obediencia al Sumo Pontífice, vicario de Cristo, en nombre de sus reyes y de todos los cristianos de aquellos reinos. Habian ya hecho su embajada y oficio, primero con Gregorio XIII, que era pontífice cuando llegaron á Roma, y despues con Sixto V,

que le sucedió, y fué electo estando ellos en Roma, y volvíanse á sus tierras. A la vuelta trazaron su viaje por la casa santa de Loreto; y habiendo andado buena parte de Lombardía, llegaron por el mes de julio á Mantua, donde fueron recibidos del duque Guillermo y del príncipe D. Vicencio su hijo, con extraordinaria honra y magnificencia real. A este tiempo, pues, cuando de todas partes concurrian á ver las fiestas y los embajadores, de cuya vista quedaban espantados con la novedad, y daban mil gracias á Dios, nuestro Luis, no curándose de otras vistas ni fiestas, quiso más estarse retirado y solo; y yéndose al colegio en lo récio de los calores, se estuvo dos ó tres semanas encerrado en un aposento bien pequeño, gastando todo el tiempo en oracion y meditacion con tanto fervor, que no perdia ni un momento, que no orase ó vocal ó mentalmente, ó leyese algun libro espiritual.[43] Su comida fué tan poca aquellos dias, que casi se puede decir que no comió nada; y los que le llevaban de comer no sabian cómo podia pasar con tan poco sustento.

Comenzó á darle los ejercicios un Padre muy práctico en aquel ministerio, y muy entendido en materias de espíritu, por haber sido veinte y cinco años rector y maestro de novicios de la provincia de Venecia.[44] Con este hizo Luis una confesion general de toda su vida, con gran sentimiento y ternura: con que dejó al confesor bien edificado y maravillado de su rara virtud, como él confesó en una carta, y despues lo testificó con juramento, examinado en Noveralla por el vicario del obispo de Reggio; que, preguntado si sabia que el santo Luis habia sido un mozo de vida perfecta y adornada de muchas virtudes y dones espirituales, respondió estas palabras: «Sí, señor, que lo «sé, no sólo por lo que oí hablar de él á nuestros Padres, sino «mucho más por lo que supe de un mancebo muy virtuoso, «que era su camarero secreto, que le escribia las lecciones, y «era como su compañero en las cosas de estudio. De éste «supe la rara penitencia, el retiramiento, los actos señaladísi«mos de virtudes y vida tan santa que hacia. Lo sé tambien «por camino más cierto, porque en el mismo tiempo se me «ofreció ocasion de tratar con él, y servirle en darle los ejer«cicios espirituales de la Compañía, á fin de conocer mejor su «vocacion á la Religion; porque decia él que el Marqués su «padre deseaba que se examinase y conociese bien. Con esta

«ocasion le confesé generalmente, y por más que lo he pen- «sado, no hallo que se pudiese sacar de su confesion cosa que «se pueda decir pecado grave; pero sí muy muchas de grande «edificacion y maravilla, argumentos de su mucha virtud y san- «tidad. Lo que yo sé decir es, que de aquella confesion quedé «con gran concepto de su santidad, inocencia y pureza, y por «tal le he tenido siempre y predicado.» Yéndose despues este Padre de aquel colegio, por no sé qué ocurrencia, prosiguió



Casale di Monferrato. Entrada de la casa que fué morada del padre de S. Luis, D. Ferrante, y su familia.

La inscripcion dice:

HOSPES SI ES DOMINI, DOMVS EST TVA: SI SECVS, ITO.

(Véase el libro I, cap. 6.)

los ejercicios con otro, con el cual tambien se confesó muchas veces, y éste del mismo modo depone, que reparó en él con admiracion una singular pureza, devocion, humildad, mortificacion y otras virtudes. Estando aquí, quiso ver las constituciones y reglas de la Compañía; y habiéndolas visto y leido, dijo que no hallaba dificultad en todas ellas. Al tiempo de irse, pidió una copia de los ejercicios de la pasion, para poder usar de ellos en su casa más á menudo.

Al fin se fué á Castellon, con intento en llegando de dar priesa al Marqués sobre su negocio; pero despues, por no desabrirle, se estuvo algunos dias sin hablarle en este punto, esperando á ver si metia él la plática. En el ínterin hacia una vida santísima y estrechísima, con espanto del palacio y de todo el pueblo. Si alguna vez salia de la fortaleza, iba siempre con los ojos bajos, levantándolos sólo para saludar á los vasallos que le hacian reverencia, porque en esto era muy cortés, llevando de ordinario el sombrero en la mano. Cuando iba á misa á la iglesia, aunque siempre le ponian sitial con tapete y almohada de terciopelo, y lo mismo á su hermano, el cual conforme á su calidad lo tomaba; pero él jamás en la iglesia usó de almohada ni tapete, sino con ambas rodillas se arrodillaba en el mismo suelo, y allí se estaba inmoble las horas enteras con los ojos bajos, oyendo misa, despues rezando el oficio, ó teniendo oracion mental; y las fiestas y domingos en especial (en que siempre comulgaba) se estaba dando gracias tan de espacio, que el Sr. Rodolfo su hermano se salia á hacer ejercicio, y á cabo de rato cuando volvia lo hallaba todavía en la misma postura. Iba siempre á las Vísperas, y en ellas nunca se sentaba, sino siempre se estaba de rodillas, con edificacion del pueblo. En casa no dejaba punto de sus ayunos y oraciones, y por la mayor parte se estaba solo en su aposento, sin hablar con nadie, pasándose muchas veces algunos dias sin hablar en ellos apenas una palabra. Las que hablaba eran ó de cosas necesarias ó espirituales; y solia él decirnos, que más hablaba en la Religion en un dia, que en el siglo en muchos meses, y que si le ocurriese alguna vez volver á su casa, tenia necesidad de estar muy sobre sí, por no escandalizar á los que le habian conocido seglar, que pensarian que habia entrado en la Religion á desencogerse y relajarse. Lo cual es más de espantar á los que le conocimos en la Religion, y vimos el sumo rigor con que guardaba el silencio, sin quebrantarle jamás, si no es cuando los superiores, por divertirle algo de los ejercicios mentales, le mandaban hablar. Aumentó tambien por este tiempo las penitencias, de suerte que de pura flaqueza no parecia que se podia tener en pié.

No hay duda, sino que en esta materia excedió, llevado de su fervor, el cual le hacia pensar que podia hacerlo; y como no tenia otra guia ni superior, gobernábase por el

dictamen de su fervor, y soltaba la rienda á sus deseos. Por esto la señora Marquesa su madre, entre las otras razones que daba al Marqués para que le diese la licencia que pedia, era una esta, que si le tenian en casa, sin duda le perderian de todo punto; porque no era posible durar mucho con aquel modo de vida, y así mejor era que entrase en Religion, donde los superiores cuidarian de él, y le moderarian aquellos fervores indiscretos, y él se hallaria obligado á obedecerlos; y como ella lo dijo, así sucedió. Por eso solia él decir, que la Religion, no sólo le habia sido buena para el alma, sino tambien para el cuerpo, por la caridad de los superiores, que, como él decia, habian puesto freno á sus indiscreciones.

Por este mismo tiempo puso nuevo cuidado en encaminar y aficionar á sus hermanitos los más pequeños á cosas de devocion y virtud: enseñábales cómo habian de orar; y para que lo hiciesen con más gusto, dábales despues de la oracion algunas conservas, y hacíales otros regalos. Entre todos sus hermanos, mostró siempre más amor á D. Francisco (que al presente es marqués de Castellon, y sucedió por muerte de su hermano Rodolfo, á los 3 de enero de 1593), ahora fuese porque por la edad era ya más capaz de sus buenos consejos, y daba muestras de más reposo y asiento, ó quizá porque (como algunos piensan) sabia ya Luis el bien grande que le hacia de venir á su casa y Estado por medio de aquel señor.

Solia contar la Marquesa su madre á este propósito, que estando un dia Francisco, que á la sazon era muy niño, traveseando y gritando con los pajes, oyéndolo ella se asomó á la puerta, y dijo á Luis que con ella estaba: Temo no le hagan mal á aquel niño; respondió Luis: No tiene que temer V. E., que Francisco se sabrá defender: antes le digo, y repare en esto, que Francisco ha de ser el que ha de sustentar nuestra casa: en las cuales palabras reparó mucho la Marquesa, y se han cumplido tan bien, como lo saben los que vieron las tragedias pasadas, y ven ahora el estado en que él la ha puesto. Y en este particular de decir las cosas antes que sucediesen, el Sr. Pedro Francisco del Turco, su ayo, testifica, que avisó muchas cosas á sus vasallos en diferentes ocasiones siendo seglar, las cuales se cumplieron despues puntualmente, como él las habia dicho.

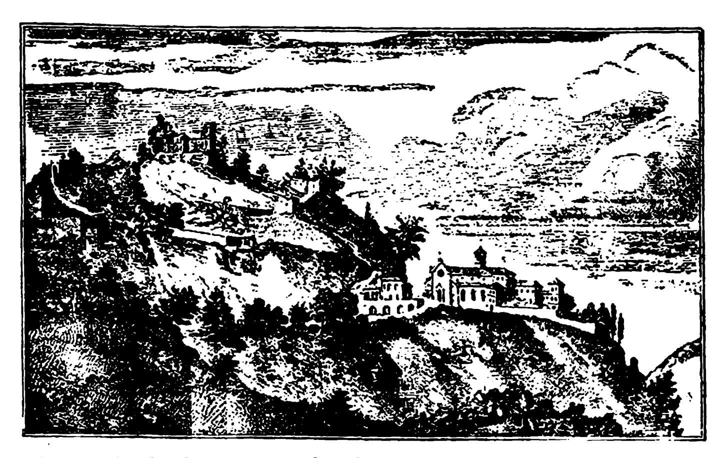
CAPÍTULO XV.

De las nuevas dificultades que tuvo con el Marques en Castellon.

Habian ya pasado algunos dias sin que el Marqués le hablase palabra en el negocio de la Religion; por lo cual, con la gana que tenia de concluirlo, se determinó él á hablar, y un dia con buena ocasion le pidió la palabra, acordándole que ya era tiempo de cumplir sus deseos. El Marqués, viéndose obligado al sí ó al no; apretado de la priesa que le daba, dijo que no sabia que le hubiese dado jamás tal palabra, ni pensaba darla hasta que la vocacion madurase con el tiempo, y él tuviese edad y fuerzas para ejecutarla, como seria á los veinte y cinco años poco más ó menos. Antes dijo, si se queria ir, que se fuese en buen hora, pero que entendiese que no seria con su licencia, ni le miraria más como á hijo. El pobre Luis, con esta respuesta tan diferente de lo que él esperaba, quedó medio muerto; y comenzó de nuevo, ya con quejas, ya con plegarias, á hacer instancia y pedir á su padre no le hiciese tal agravio. El Marqués se estaba en sus trece, y decia que no le daria tal licencia. Luis, viendo la cosa en tan mal estado, tomó tiempo para pensarlo; fuése á su aposento á hartarse de llorar, con intento de encomendarlo á Dios de nuevo, y de escribir al Padre General, pidiéndole consejo.

Pero fué tanta la priesa que le dió el Marqués á que se resolviese, que no pudiendo aguardar el consejo del Padre General, hubo de resolverse á responder de esta manera: Que si bien en esta vida no le podia suceder cosa que más sintiese, y que más le perturbarse la paz de su alma, como el dilatarle la entrada en Religion á servir á Dios; pero para dar gusto al Marqués su padre, á quien despues de Dios deseaba sumamente servir y agradar (principalmente teniendo órden del Padre General para tentar los medios todos que pudiese en órden á haber licencia de su padre, en cuanto no fuese con ofensa de Dios y contra su conciencia), venia de buena gana en que se dilatase por dos ó tres años, pero con dos condiciones, de las cuales cualquiera que faltase, él no podria con

buena conciencia faltar á Dios por dar gusto á su padre, y así se veria obligado á irse por el mundo contra su voluntad (si los Padres de la Compañía no quisiesen recibirle), antes que faltar un punto á su conciencia. Las condiciones eran: la primera, que en este tiempo que se dilataba su entrada en Religion, habia de residir en Roma, donde mejor pudiese conservarse en su vocacion, y atender con más comodidad á sus estudios. La segunda, que el Marqués desde luégo diese la licencia para aquel plazo, y se lo escribiese al Padre General de la Compañía, porque no hubiese despues nuevas dificultades.



Santuario de Crea, cerca de Monferrato, en tiempo de S. Luis.
1. Ruinas del Castillo Bardollona. — 2. La Torre del Diablo. — 3. Ruinas de la antigua fortaleza. — 4. Posada de los peregrinos. — 5. Basílica y Convento. De una litografía de Godio, «Cronaca di Crea» p. I. pag. 14 y 15.
(Véase el libro I, cap. 6.)

Mucho se alteró el Marqués con estas condiciones, y por dos dias se estuvo rehacio, no queriendo atar ni señalar plazo, ni salir á cosa de lo que pedia: al fin, vencido de la constancia de Luis y de la justificacion de su causa, y temiendo de irritarle y darle ocasion de hacer alguna novedad más costosa, se dejó doblar, y vino en todo lo que se le pedia; de lo cual dió luégo aviso Luis al Padre General, diciéndole las razones que le habian obligado á venir en aquel partido con su padre, y añadiendo otras cosas que mostraban bien lo mucho

que sentia aquella dilacion. Andaba aquellos dias el santo mozo triste y desconsolado; lloraba amargamente su desgracia de haber nacido tan noble y mayorazgo. Tenia una santa envidia á los que en menor fortuna se hallaban sin esos estorbos para entrar en la Religion y servir á Dios. Pero aquel Señor, que es consuelo de los afligidos y oye los ruegos de los atribulados, cuando menos se esperaba abrió camino al consuelo, cortando de un golpe los estorbos, para que su querido Luis alcanzase ya el fin de sus deseos. Porque, comenzándose á tratar de cómo habia de estar en Roma, el Marqués deseaba que viviese en casa del cardenal Vicente Gonzaga,[45] y trató con el duque Guillermo que escribiese al Cardenal que estaba en Roma, y el Duque, por la aficion grande que tenia á Luis, se ofreció muy de gana á hacer aquel oficio; pero naciendo despues no sé qué diferencias entre el Duque y el Marqués sobre cuál de los dos habia de escribir primero, no queriendo ninguno comenzar por algunos respetos, la cosa se quedó así, y no se hizo nada. Y parece que fué particular providencia de Dios, á lo menos Luis por tal la reconocia; porque si el Duque por gusto del Marqués hubiese escrito al Cardenal, parecíale á él que hubiera entrado en una nueva servidumbre, de que en muchos años no supiera desenredarse.

Deshecha, pues, esta traza, dió el Marqués en otra, de que estuviese su hijo en el Seminario Romano, con vivienda aparte para sí y para algunos criados, como convenia á la calidad de su persona, y allí con el cuidado y enseñanza de la Compañía podria atender á sus estudios hasta el tiempo señalado. Por ser esto contra las reglas de aquel Seminario, y cosa que hasta entonces no se habia hecho con nadie, por poder mejor alcanzarlo envió persona propia á Roma con cartas para el Ilmo. Sr. Escipion Gonzaga,[46] para que él lo tratase con el Padre General, y lo procurase recabar de él. Hizo aquel señor el oficio que se le encargaba, con muchas veras; pero oyendo las razones que habia para no concederlo, quedó convencido, y se lo escribió al Marqués. El, todavía con esperanza de salir con su demanda, deseaba que Luis se lo pidiese á madama Leonor de Austria, duquesa de Mantua, para que ella, como señora á quien tanto debia la Compañía, con su autoridad lo alcanzase del Padre General. Luis se excusó muy cuerdamente, diciendo que á él le estaba peor que á nadie solicitar

este negocio, por redundar en daño espiritual suyo, y en menoscabo de su buena reputacion; pues podria alguno sospechar, que ó habia habido mudanza en sus buenos propósitos, ó á lo menos se habia resfriado en ellos; principalmente habiendo pocos meses antes pedido él con tanta instancia el favor de la misma madama, para que se despachase con brevedad



Milagrosa imágen de N.ª S.ª de Crea,
visitada frecuentemente por S. Luis, durante su estancia en casale di Monferrato.
(Véase el libro I, cap. 6.)

su renunciacion en la corte del Emperador. Finalmente, esta segunda traza tampoco pudo cuajar.

Mientras se buscaba otra, Luis cobrando alguna esperanza aumentó las penitencias, ayunos y oraciones; comulgaba siempre á esta intencion, pidiendo á Dios con instancia que se sirviese de quitar de una vez tantos estorbos. Un dia en particular, habiendo estado con estas ansias cuatro ó cinco horas en oracion, se sintió movido interiormente con particular fuerza

para ir á su padre, que estaba en la cama por la gota, y hacerle instancia de nuevo por la licencia. Pareciéndole que aquella fuerza interior que sentia era de Dios, con instinto especial del Espíritu Santo, cobró ánimo, y levantándose de la oracion, vase derecho al aposento del Marqués; puesto allí, con grande seriedad y eficacia le dijo estas palabras: Padre y señor mio, yo me pongo totalmente en manos de V. E. para que disponga de mí á su gusto; pero yo le protesto, que Dios me llama á la Compañía, y que en resistir á esto resiste á la voluntad de Dios.

Dichas estas palabras, sin detenerse ni aguardar respuesta, se salió al punto, dejando atravesado al Marqués, de suerte que no pudo hablar palabra. Revolvió luégo en su imaginacion lo mucho que hasta entonces habia resistido á su hijo, y vínole escrúpulo, si acaso habia ofendido en ello á Dios. Por otra parte, arrancábasele el alma en privarse de un hijo tal. Con estos afectos contrarios y tan fuertes se comenzó á turbar y congojar de suerte, que vuelto á la pared derramaba rios de lágrimas, sin poder por un gran rato hacer otra cosa que llorar y suspirar tan récio, que todos los del palacio estaban á la mira, deseando saber la causa de aquella novedad.

Al cabo de un gran rato hizo que le llamasen á Luis, y venido que fué, le dijo estas palabras: Hijo, tú me has atravesado el corazon, porque yo te quiero, y siempre te he querido como tú mereces, y en ti tenia fundadas todas mis esperanzas y las de toda nuestra casa. Pero pues Dios te llama como tú dices, yo no te quiero estorbar. Ve, hijo mio, donde quisieres, que yo te doy licencia, y te echo mi bendicion. Dijo esto con tal ternura y sentimiento, que de nuevo volvió al llanto, sin que le pudiesen acallar y consolar. Luis, despues de haberle dado brevemente las gracias, se salió del aposento por no desconsolarle más con su presencia, y vuelto á su cuarto, se encerró á solas: allí postrado en tierra con los brazos abiertos y los ojos en el cielo dió gracias á Dios por la inspiracion que le habia dado, y por el buen suceso de ella. Allí se ofreció á Dios todo en holocausto con tanta dulzura, que no se podia hartar de alabarle y bendecirle por tantas mercedes.

CAPÍTULO XVI. XII.

Renuncia últimamente el Estado.

Apenas habia dado el Marqués la licencia tan deseada de Luis, cuando corrió la voz por todo Castellon, y causó en los vasallos el sentimiento y dolor que era razon, como se veia por las lágrimas que abundantemente lloraban. Porque los pocos dias que se detuvo allí antes de partirse, las veces que salia por el lugar, corrian todos, hombres y mujeres, á las puertas y ventanas á verle y reverenciarle, y luégo comenzaban á llorar con tal ternura, que le hacian enternecer. Todos le llamaban santo, y se lamentaban de no haber merecido tener un señor tan santo que los gobernase. Algunos, que tenian más entrada en palacio, llegándosele un dia con lágrimas en los ojos, le dijeron: Sr. Luis, ¿por qué nos deja V. S. I.? Tiene un Estado tan bueno, unos vasallos tan rendidos, que á más del amor ordinario que se tiene al príncipe natural, tienen particular devocion y afecto á su persona: de ella teníamos todos pendientes nuestro gusto y nuestras esperanzas; y cuando ya íbamos á gozar el fruto, y aguardábamos que tomase el gobierno, ¿nos deja de esta suerte? Luis, medio riendo, les respondió: Sabed que voy á conquistar una corona en el cielo, y que es muy difícil cosa salvarse un señor en palacio; no se sirve bien á dos señores, á Dios y al mundo; yo quiero asegurar mi salvacion; haced vosotros otro tanto.

No veia ya la hora de salir de casa de su padre para irse á la de Dios; pero fuéle forzoso detenerse algunas semanas, parte por aguardar á la Marquesa su madre, que volviese de Turin, donde habia ido á visitar la Serma. Infanta duquesa de Saboya, parte tambien para concluir con el negocio de la renunciacion, porque era órden del Emperador que no se otorgase sin hallarse presentes los parientes más cercanos de la casa de Gonzaga, que á falta de la línea del Marqués podian tener derecho por algun título á suceder en aquel Estado; y por estar estos señores en Mantua, el Marqués, aunque no estaba del todo bueno, por no desacomodarles, quiso ir allá. Al salir de Castellon con Luis, no sólo hubo lágrimas de los criados que quedaban en palacio, sino un llanto comun en

para ir á su padre, que estaba en la cama por la gota, y hacerle instancia de nuevo por la licencia. Pareciéndole que aquella fuerza interior que sentia era de Dios, con instinto especial del Espíritu Santo, cobró ánimo, y levantándose de la oracion, vase derecho al aposento del Marqués; puesto allí, con grande seriedad y eficacia le dijo estas palabras: Padre y señor mio, yo me pongo totalmente en manos de V. E. para que disponga de mí á su gusto; pero yo le protesto, que Dios me llama á la Compañía, y que en resistir á esto resiste á la voluntad de Dios.

Dichas estas palabras, sin detenerse ni aguardar respuesta, se salió al punto, dejando atravesado al Marqués, de suerte que no pudo hablar palabra. Revolvió luégo en su imaginacion lo mucho que hasta entonces habia resistido á su hijo, y vínole escrúpulo, si acaso habia ofendido en ello á Dios. Por otra parte, arrancábasele el alma en privarse de un hijo tal. Con estos afectos contrarios y tan fuertes se comenzó á turbar y congojar de suerte, que vuelto á la pared derramaba rios de lágrimas, sin poder por un gran rato hacer otra cosa que llorar y suspirar tan récio, que todos los del palacio estaban á la mira, deseando saber la causa de aquella novedad.

Al cabo de un gran rato hizo que le llamasen á Luis, y venido que fué, le dijo estas palabras: Hijo, tú me has atravesado el corazon, porque yo te quiero, y siempre te he querido como tú mereces, y en ti tenia fundadas todas mis esperanzas y las de toda nuestra casa. Pero pues Dios te llama como tú dices, yo no te quiero estorbar. Ve, hijo mio, donde quisieres, que yo te doy licencia, y te echo mi bendicion. Dijo esto con tal ternura y sentimiento, que de nuevo volvió al llanto, sin que le pudiesen acallar y consolar. Luis, despues de haberle dado brevemente las gracias, se salió del aposento por no desconsolarle más con su presencia, y vuelto á su cuarto, se encerró á solas: allí postrado en tierra con los brazos abiertos y los ojos en el cielo dió gracias á Dios por la inspiracion que le habia dado, y por el buen suceso de ella. Allí se ofreció á Dios todo en holocausto con tanta dulzura, que no se podia hartar de alabarle y bendecirle por tantas mercedes.

CAPÍTULO XVI. XII.

Renuncia últimamente el Estado.

Apenas habia dado el Marqués la licencia tan deseada de Luis, cuando corrió la voz por todo Castellon, y causó en los vasallos el sentimiento y dolor que era razon, como se veia por las lágrimas que abundantemente lloraban. Porque los pocos dias que se detuvo allí antes de partirse, las veces que salia por el lugar, corrian todos, hombres y mujeres, á las puertas y ventanas á verle y reverenciarle, y luégo comenzaban á llorar con tal ternura, que le hacian enternecer. Todos le llamaban santo, y se lamentaban de no haber merecido tener un señor tan santo que los gobernase. Algunos, que tenian más entrada en palacio, llegándosele un dia con lágrimas en los ojos, le dijeron: Sr. Luis, ¿por qué nos deja V. S. I.? Tiene un Estado tan bueno, unos vasallos tan rendidos, que á más del amor ordinario que se tiene al príncipe natural, tienen particular devocion y afecto á su persona: de ella teníamos todos pendientes nuestro gusto y nuestras esperanzas; y cuando ya íbamos á gozar el fruto, y aguardábamos que tomase el gobierno, ¿nos deja de esta suerte? Luis, medio riendo, les respondió: Sabed que voy á conquistar una corona en el cielo, y que es muy difícil cosa salvarse un señor en palacio; no se sirve bien á dos señores, á Dios y al mundo; yo quiero asegurar mi salvacion; haced vosotros otro tanto.

No veia ya la hora de salir de casa de su padre para irse á la de Dios; pero fuéle forzoso detenerse algunas semanas, parte por aguardar á la Marquesa su madre, que volviese de Turin, donde habia ido á visitar la Serma. Infanta duquesa de Saboya, parte tambien para concluir con el negocio de la renunciacion, porque era órden del Emperador que no se otorgase sin hallarse presentes los parientes más cercanos de la casa de Gonzaga, que á falta de la línea del Marqués podian tener derecho por algun título á suceder en aquel Estado; y por estar estos señores en Mantua, el Marqués, aunque no estaba del todo bueno, por no desacomodarles, quiso ir allá. Al salir de Castellon con Luis, no sólo hubo lágrimas de los criados que quedaban en palacio, sino un llanto comun en

todo el lugar, de hombres y mujeres que lloraban á gritos, viendo pasar la carroza, sabiendo que se iba ya para no volver, y no teniendo esperanza de verle más en su vida. Por aquellos dias no se hablaba de otra cosa por las casas y calles, sino de su santidad, contando unos una virtud y otros otra, que habian reparado en él. Todos le llamaban santo, admirados que por servir más á Dios dejase con tanto gusto sus Estados, y que para llegar á este punto hubiese vencido tantos combates y dificultades, como por parte de su padre y de otros personajes se le habian ofrecido.

En Mantua se detuvo Luis casi dos meses, yéndose de ordinario ese tiempo al colegio de la Compañía á tratar con los Padres, confesando y comulgando á menudo con edificacion de toda la ciudad, que sabiéndose ya (principalmente entre los caballeros) la causa de su venida, todos le veneraban, y confesaban que les ponia devocion. La causa de detenerse tanto allí, fué por haberse hecho (como dijimos) la renunciacion con reserva de 400 escudos al año, para lo que él quisiese; pero sabiendo despues el Marqués, del rector del colegio de la Compañía de aquella ciudad, que en la Religion no se permitia á nadie renta particular para su propio uso, ó para gastarla á su arbitrio, sino que todo se dejaba á disposicion de los superiores, y que esto era inviolable con todos por conservar la pobreza en su puridad, y así los colegios sólo tenian renta en comun de que se proveia á las necesidades de los particulares; con esto mudó de intento, y no quiso que reservase nada para sí, diciendo que cuando puso aquella cláusula lo habia hecho pensando que aquel dinero habia de venir á poder de Luis; pero no usándose esto en la Compañía, no queria que se pusiese aquella condicion.

Por parte de Luis no habia dificultad en que se quitase, porque él sólo deseaba que se concluyese luégo, y fuese como quisiesen; pero algunos letrados advirtieron al Marqués que aquello tenia inconveniente; porque habiendo el Emperador confirmado la renunciacion con aquella cláusula, si ahora se quitaba, habia peligro de que despues se dudase de su valor; y así mientras se daba y tomaba en esto, consultando letrados y haciendo otras diligencias, se pasaron más dias de los que al principio se pensó; con infinito sentimiento de Luis, el cual dió tanta priesa, que al fin hizo quitar aquel estorbo, y ordenar

la escritura con todas las cautelas y resguardos que deseaban. Ya que estuvo ordenada, á los 2 de noviembre de 1585 por la mañana, allí en Mantua en el palacio que llaman de



S. Luis Gonzaga,
por Luis Seitz.

San Sebastian, donde posaba el Marqués, se juntaron el ilustrísimo Sr. Próspero Gonzaga, como pariente más cercano, y otros señores cuya presencia era necesaria en aquel acto: allí se otorgó la renunciacion en presencia de testigos y otra mucha gente;[47] y refieren aquellos señores, que todo el tiempo

que duró de leer el notario la escritura, que era muy larga, no cesó el Marqués de llorar, por la pena que sentia; y al contrario Luis, viéndose ya en lo que tan deseado tenia, estaba tan lleno de júbilo y contento, que el Sr. Próspero testifica que jamás le vió tan alegre como aquel dia, no obstante que aquella misma mañana, antes de otorgar la escritura, algunos señores que habian venido con el príncipe D. Vicencio, que ahora es Duque de Mantua, mientras el Príncipe estaba con el Marqués, ellos estuvieron con Luis, dándole la vaya y burlándose de él, por quererse hacer religioso; y procurando divertirle, para que no llegase á efecto la renunciacion.

Al fin se otorgó; y luégo, viéndose ya Luis descargado de hacienda y de Estado, se retiró solo á su aposento, donde hincado de rodillas se estuvo una hora larga y más, dando gracias á Dios por la merced que le habia hecho en ponerle en posesion del tesoro de la santa pobreza, que tanto habia deseado. Llenóle Dios en esta ocasion de una dulzura y consuelo tan extraordinario, que solia él contar esta entre las visitas y favores más señalados que habia recibido de la divina mano.[48] Y verdaderamente fué cosa bien particular que el marqués D. Fernando, príncipe tan lucido y liberal, que inclinaba más á prodigalidad, se hubiese en este caso tan cortamente con un hijo primogénito, y que tan tiernamente amaba, principalmente habiendo salido del mismo Marqués, y no de otro, que se pusiese aquella condicion de reservar 400 escudos cada año; y así es de creer que permitió Dios, con especial providencia, que el Marqués diese despues en el extremo contrario, para que fuese más cumplido el consuelo de Luis, que aun estando en las principales cortes de Europa habia sido siempre tan enamorado de la santa pobreza.[49]

Habiendo, pues, dado gracias á Dios, se levantó de donde estaba, é hizo llamar á su aposento un venerable sacerdote, llamado D. Luis Cataneo, que habia traido de Castellon, é hizo que le bendijese un vestido de paño, como de la Compañía, que secretamente se habia hecho cortar aquí en Mantua; y luégo él mismo se desudó de todos sus vestidos, hasta de la misma camisa y de las medias de seda, y se vistió aquel otro hábito clerical, con el cual pareció en la sala donde estaban todos aquellos señores que se habian quedado á comer, los cuales con aquella vista no se pudieron dejar de enter-

necer y llorar; pero sobre todos el Marqués su padre, que por más fuerza que se hacia, no fué posible reprimir las lágrimas todo el tiempo que duró la mesa. Luis, con esta ocasion, con mucha gracia y modestia comenzó á tratar de los peligros del mundo, y las ocasiones que en él hay de ofender á Dios, la vanidad de los bienes de esta vida, cuán difícil cosa es salvarse los príncipes y señores, y cuán obligado está cada uno á asegurar su salvacion. Habló con tanto espíritu y autoridad, que todos aquellos señores le oyeron con particular devocion y respeto, y hasta el dia de hoy se acuerdan, y refieren lo que en aquel razonamiento les dijo.

CAPÍTULO XVII.

Va á Roma y entra en la Compañía.

El dia siguiente, que fué el 3 de noviembre, se despidió del Duque de Mantua, del Príncipe y de aquellos señores. Despues á la tarde, hincado de rodillas en tierra, con profunda humildad pidió á su padre la bendicion, y juntamente á su madre, que ya habia vuelto del Piamonte. Las lágrimas que ellos derramaron en esta ocasion, especialmente el Marqués, cada uno lo podrá considerar. La mañana siguiente se puso en camino para Roma, con el acompañamiento que el Marqués le dió, en el cual iba D. Luis Cataneo, á quien llevaba por padre espiritual en aquel viaje; iba tambien Pedro Francisco del Turco su ayo, el Dr. Juan Bautista Bono, con un camarero y otros criados. No se puede creer el poco sentimiento y el despego grande que mostró Luis en esta despedida, de todo lo que era carne y sangre, por más que los veia á todos llorar, y que se despedia para no volver. Iba con él en la carroza su hermano Rodolfo, á quien dejaba renunciado el Estado, que le acompañó hasta el rio Po, donde se embarcó para Ferrara; pero en el camino y en la despedida apenas le habló dos palabras. Diciéndole despues uno de aquellos señores en la barca: Pienso que el señor Rodolfo se habrá holgado mucho de hallarse ya sucesor del Estado; respondióle Luis: Yo estoy cierto que no se ha holgado él tanto en sucederme, como yo en dejárselo.

que duró de leer el notario la escritura, que era muy larga, no cesó el Marqués de llorar, por la pena que sentia; y al contrario Luis, viéndose ya en lo que tan deseado tenia, estaba tan lleno de júbilo y contento, que el Sr. Próspero testifica que jamás le vió tan alegre como aquel dia, no obstante que aquella misma mañana, antes de otorgar la escritura, algunos señores que habian venido con el príncipe D. Vicencio, que ahora es Duque de Mantua, mientras el Príncipe estaba con el Marqués, ellos estuvieron con Luis, dándole la vaya y burlándose de él, por quererse hacer religioso; y procurando divertirle, para que no llegase á efecto la renunciacion.

Al fin se otorgó; y luégo, viéndose ya Luis descargado de hacienda y de Estado, se retiró solo á su aposento, donde hincado de rodillas se estuvo una hora larga y más, dando gracias á Dios por la merced que le habia hecho en ponerle en posesion del tesoro de la santa pobreza, que tanto habia deseado. Llenóle Dios en esta ocasion de una dulzura y consuelo tan extraordinario, que solia él contar esta entre las visitas y favores más señalados que habia recibido de la divina mano.[48] Y verdaderamente fué cosa bien particular que el marqués D. Fernando, príncipe tan lucido y liberal, que inclinaba más á prodigalidad, se hubiese en este caso tan cortamente con un hijo primogénito, y que tan tiernamente amaba, principalmente habiendo salido del mismo Marqués, y no de otro, que se pusiese aquella condicion de reservar 400 escudos cada año; y así es de creer que permitió Dios, con especial providencia, que el Marqués diese despues en el extremo contrario, para que fuese más cumplido el consuelo de Luis, que aun estando en las principales cortes de Europa habia sido siempre tan enamorado de la santa pobreza.[49]

Habiendo, pues, dado gracias á Dios, se levantó de donde estaba, é hizo llamar á su aposento un venerable sacerdote, llamado D. Luis Cataneo, que habia traido de Castellon, é hizo que le bendijese un vestido de paño, como de la Compañía, que secretamente se habia hecho cortar aquí en Mantua; y luégo él mismo se desudó de todos sus vestidos, hasta de la misma camisa y de las medias de seda, y se vistió aquel otro hábito clerical, con el cual pareció en la sala donde estaban todos aquellos señores que se habian quedado á comer, los cuales con aquella vista no se pudieron dejar de enter-

necer y llorar; pero sobre todos el Marqués su padre, que por más fuerza que se hacia, no fué posible reprimir las lágrimas todo el tiempo que duró la mesa. Luis, con esta ocasion, con mucha gracia y modestia comenzó á tratar de los peligros del mundo, y las ocasiones que en él hay de ofender á Dios, la vanidad de los bienes de esta vida, cuán dificil cosa es salvarse los príncipes y señores, y cuán obligado está cada uno á asegurar su salvacion. Habló con tanto espíritu y autoridad, que todos aquellos señores le oyeron con particular devocion y respeto, y hasta el dia de hoy se acuerdan, y refieren lo que en aquel razonamiento les dijo.

CAPÍTULO XVII.

Va á Roma y entra en la Compañía.

El dia siguiente, que fué el 3 de noviembre, se despidió del Duque de Mantua, del Príncipe y de aquellos señores. Despues á la tarde, hincado de rodillas en tierra, con profunda humildad pidió á su padre la bendicion, y juntamente á su madre, que ya habia vuelto del Piamonte. Las lágrimas que ellos derramaron en esta ocasion, especialmente el Marqués, cada uno lo podrá considerar. La mañana siguiente se puso en camino para Roma, con el acompañamiento que el Marqués le dió, en el cual iba D. Luis Cataneo, á quien llevaba por padre espiritual en aquel viaje; iba tambien Pedro Francisco del Turco su ayo, el Dr. Juan Bautista Bono, con un camarero y otros criados. No se puede creer el poco sentimiento y el despego grande que mostró Luis en esta despedida, de todo lo que era carne y sangre, por más que los veia á todos llorar, y que se despedia para no volver. Iba con él en la carroza su hermano Rodolfo, á quien dejaba renunciado el Estado, que le acompañó hasta el rio Po, donde se embarcó para Ferrara; pero en el camino y en la despedida apenas le habló dos palabras. Diciéndole despues uno de aquellos señores en la barca: Pienso que el señor Rodolfo se habrá holgado mucho de hallarse ya sucesor del Estado; respondióle Luis: Yo estoy cierto que no se ha holgado él tanto en sucederme, como yo en dejárselo.

Llegado á Ferrara, visitó al duque Alfonso de Este y á la duquesa Margarita Gonzaga,[50] deuda suya. Luégo sin detenerse tomó el camino para Bolonia. Llevaba intento de visitar en este camino la casa santa de Loreto; parte por la devocion especial que tenia á aquel santo lugar, y no haberle nunca visitado, parte por cumplir con el voto que la Marquesa su madre hizo, como dijimos, al tiempo de su nacimiento: que si bien ya con ocasion de un jubileo por justas causas se les habia conmutado á ambos, y habian ya cumplido con su obligacion; con todo esto deseaba cumplir á la letra con la primera intencion de su madre y con su devocion; y así pensaba ir primero á Florencia á visitar al gran duque D. Francisco, y despues tomar el camino de Loreto. Pero llegado á Pietra Mala (que es un lugar á la raya del Estado del gran Duque como se viene de Bolonia) halló que se guardaba con tanto rigor por temor de peste, que por más que dijeron los criados quién era y á qué iba, no hubo remedio de dejarle pasar. Con esto se halló obligado á volver á Bolonia, de donde escribió á S. A. el Duque, excusándose de no haber podido cumplir en persona con su obligacion.

De Bolonia se fué por la Romanía derecho á Loreto, en donde no se puede decir el consuelo que Dios nuestro Señor y la Vírgen santísima le comunicaron. Oyó la primera mañana en la capilla de la Vírgen cinco ó seis misas una tras otra; luégo comulgó con grandísima devocion; y considerando el gran bien que en aquel lugar habia venido al linaje humano, y la majestad y santidad que allí estaba encerrada, todo se deshacia en lágrimas, y parecia que no podia apartarse de allí. Por esta ocasion no aceptó el hospedaje con que el Padre rector del colegio de la Compañía le convidó, antes quiso estarse en el meson con toda su gente, por poder gastar más libremente todo el dia orando y meditando en aquel santo lugar. Despues de comer volvió allá, y porque ya se habia comenzado á publicar quién era, y á qué iba á Roma, todos le señalaban con el dedo, y se edificaban grandemente de ver un mozo tan noble y tan rico, que habia hecho tantas diligencias por alcanzar un estado pobre y humilde, cuales apenas hacen otros por alcanzar riquezas y dignidades. La mañana siguiente, antes de partirse, volvió otra vez á la capilla de la Vírgen á oir misa y comulgar, y estarse otro rato en oracion.

Despues tomó el camino de Roma; la distribucion que guardaba en aquel viaje era esta: En levantándose tenia un cuarto de hora de oracion mental; luégo rezaba las horas canónicas, Prima, Tercia, Sexta y Nona con D. Luis, á quien hizo que le enseñase á rezar el oficio mayor: luégo decia el itinerario y subia á caballo. En saliendo de la posada, se iba muchas millas sólo, apartado de los demás, un rato rezando el ejercicio cotidiano y otras devociones, otros en su oracion mental, de



Felipe II, Rey de España.
De un cuadro de Pedro Pablo Rubens, que se conserva en Madrid, en el Museo del Prado. (Véase el libro I, cap. 8.)

suerte, que por el camino atendia tanto á su recogimiento y aprovechamiento, como otros cuando más retirados están en su celda. Los que le acompañaban, viendo lo que gustaba de aquel silencio y retiramiento, no se atrevian á hablarle, antes de propósito se iban adelante, ó se quedaban atrás. Cuando le parecia tiempo de hablar, llamaba á D. Luis, y con él se iba hablando de nuestro Señor. Al mediodía tomaba una colacion ó almuerzo, luégo rezaba con aquel sacerdote Vísperas y Completas, y continuaban su camino, gastándole parte en pensar las penitencias que en la Religion habia de hacer, á que era

grandemente inclinado, parte en discursos que hacia, ya de las Indias y conversion de los gentiles (con esperanza que algun dia le enviarian allá con los otros Padres y hermanos que cada año van á aquella mision), ya echando sus trazas en otras semejantes materias. A la noche, en llegando á la hostería, aunque estuviese helado, por ser como era en el rigor del invierno, no se calentaba; sino al punto se encerraba en un aposento, y sacando un Crucifijo que llevaba consigo, se ponia delante de él en oracion, gastando cada noche dos horas continuas en ella, con tantas lágrimas y suspiros, y con tal fuerza de afectos, que oyéndolos desde afuera los que le servian, se miraban unos á otros, movidos á compuncion y devocion. Remataba cada noche esta oracion con tomar una larga disciplina; llamando á D. Luis rezaba Maitines y Laudes, y en acabando iba á cenar, lo cual hacia templadísimamente, sin querer cosa de mucha sustancia. Queria continuar al modo que solia los ayunos de los miércoles, viernes y sábados; pero aquel sacerdote, viéndole tan flaco, y que tenia bien que padecer en las incomodidades del camino, no lo consintió, antes le ordenó que los dejase: obedeció él por entonces, pero en llegando á Roma los prosiguió. No permitia que se le calentase la cama, por más frio que hiciese, ni que le desnudase nadie; y siendo aquellas las primeras medias de paño que se habia puesto en su vida, porfiaba por descalzarse él mismo. Una vez en particular, movido de compasion aquel sacerdote, viendo el trabajo que le costaba, corrió á ayudarle; y tocándole, vió que tenia helados los piés y las piernas; pero por más que se le rogó, no hubo remedio de calentarse.

Llegado á Roma, se apeó en casa del ilustrísimo Sr. Patriarca Gonzaga; y habiendo descansado un poco, luégo se fué á la casa profesa en busca del P. Claudio Aquaviva, General de la Compañía. Bajó el Padre General al jardin á recibirle; allí se le echó Luis á los piés, ofreciéndosele por hijo y por súbdito con tanta humildad y devocion, que no le podian hacer levantar del suelo.[51] En saliendo de allí, comenzó á visitar algunos cardenales, en especial á los Ilmos. Farnesio, Alejandrino,[52] Este y Médicis, que ahora es gran duque de Florencia. Todos le recibieron con mucha honra y muestras de amor, especialmente los cardenales Farnesio y Médicis, que cada uno de ellos le hizo mucha instancia para que se hospedase en su palacio.

En concluyendo con estas visitas de obligacion, fué á las siete iglesias y á los otros lugares santos y de mayor devocion de Roma, y no se puede creer la piedad y afecto con que andaba aquellas estaciones. Iba siempre en oracion de una iglesia á otra ó rezando salmos: en las iglesias no se hartaba



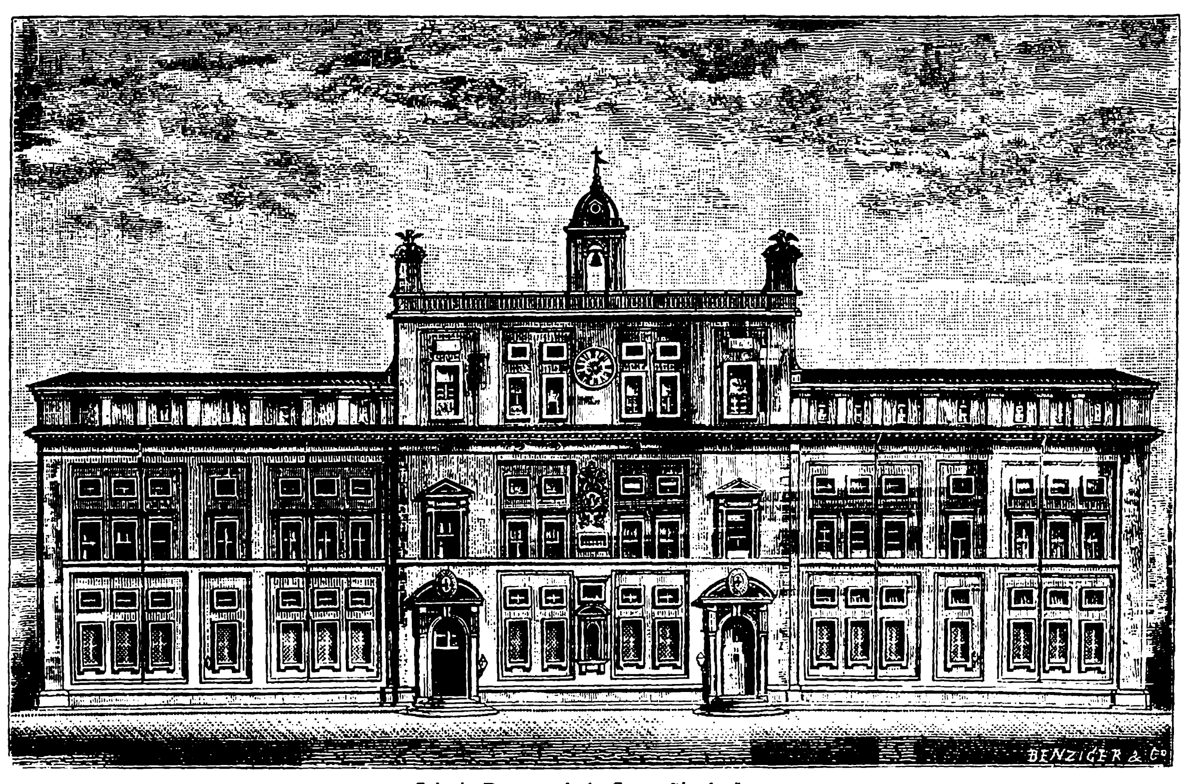
S. Luis á la edad de unos 14 años,
cuando era menino del Príncipe de Asturias en la corte de Felipe II.
De un cuadro al oleo del Real Palacio en Madrid. (Véase el libro I, cap. 8.)

de adorar y besar aquellos santos lugares, con mil afectos exteriores, que mostraban bien su devocion y afecto interior. Visitadas las iglesias, fué á besar el pié al Papa, que á la sazon era Sixto V, y darle unas cartas de su padre: en llegando á la antecámara del Pontífice, sabiéndose ya en palacio quién

era y á qué venia, le cercaron algunos de los que allí estaban, mirándole como á cosa de milagro. Entró donde estaba el Papa, besóle el pié y dióle las cartas de su padre. Hízole el Papa muchas preguntas sobre su vocacion, y en particular si habia pensado bien los trabajos de la Religion: respondió él que sí, que mucho tiempo habia que los tenia pensados y ponderados. Con esto Su Santidad, alabando su resolucion y fervor, le dió su bendicion, y le despidió con muchas muestras de amor. Era esto un sábado; y ahora fuese por haber ayunado el dia antes á pan y agua, y no desayunádose aquel dia hasta las tres y media de la tarde aguardando la audiencia del Papa, ó por otra causa, en volviendo á casa se sintió mal dispuesto, y temió no le viniese de nuevo algun impedimento ó dilacion; pero fué Dios servido que no pasó adelante.

El dia siguiente fué á la casa profesa, oyó misa y comulgó en la capilla de los santos Abundio y Abundancio, debajo del altar mayor; despues subió á una tribuna á oir el sermon, y en compañía del señor patriarca Gonzaga se quedó á comer con los Padres en el refitorio, convidado del Padre General; el cual por ese respeto hizo que en el refitorio hubiese otro sermon, en vez de la leccion ordinaria. Estaba el Patriarca atónito de la modestia y compostura de Luis; pero mucho más de sus palabras y respuestas, y decia: Rara cosa es que no se le ha de soltar á este mozo una palabra desmandada; todas han de ser tan pesadas y tan ajustadas. Los criados del Patriarca no estaban menos edificados: en particular le habian reparado lo que arriba dijimos, que todas las mañanas, oyendo misa en la capilla de su casa, en llegando á alzar, derramaba rios de lágrimas, y por más que procuraba encubrirlas, no podia.

Finalmente, el lunes por la mañana, dia de santa Catalina vírgen y mártir, á los 25 de noviembre del año 1585, teniendo él ya diez y siete de edad, ocho meses y diez y seis dias, con increible gozo y júbilo de su corazon subió á aquel barrio de Roma que llaman Montecavallo, donde está el noviciado de la Compañía, llamado San Andrés: allí entró,[53] acompañado de toda su familia y del Sr. Scipion Gonzaga, que le dijo misa y le comulgó de su mano, y se quedó allí á comer con el Padre General, que con este intento habia ido allá, siendo á la sazon rector y maestro de novicios el P. Juan Bautista Pescador, varon santo, como despues verémos. Cuando Luis llegó á

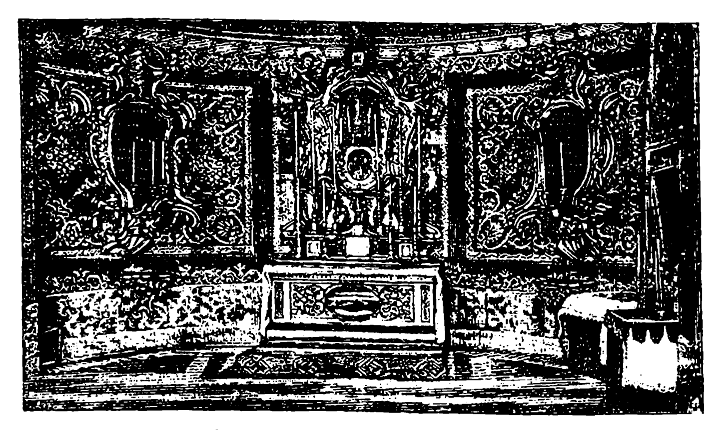


Colegio Romano de la Compañía de Jesus,
donde S. Luis acabó de estudiar filosofía y cursó 4 años teología. (Véase el libro II, cap. 11.)

aquella santa casa, volviéndose á los que le habian acompañado desde Mantua, les acordó que cuidasen mucho de su salvacion: dió las gracias al Dr. Bono de la buena compañía que le habia hecho: al mayordomo ordenó que fuése con cartas suyas á Livorno á cumplir en su nombre con el gran Duque de Florencia: encargó al camarero que á la Marquesa su madre le diese sus encomiendas: últimamente dijo á don Luis, que al Marqués su padre dijese estas palabras: *Obliviscere populum tuum, et domum patris tui;* dándole con esto á entender que ya desde aquel punto se queria olvidar de la casa de su padre, y del pueblo y Estado que habia dejado. Preguntándole qué queria que dijesen al Sr. Rodolfo su hermano, respondió: Decidle de mi parte: *Qui timet Deum, faciet bona.* Con esto los dejó, y ellos volvieron, llorando la pérdida de tan buen señor. Ultimamente, se despidió del señor patriarca Gonzaga, dándole muchas gracias por lo mucho que habia ayudado de su parte en aquel negocio, y ofreciéndose de rogar con especial cuidado á Dios por S. S. I. El buen Patriarca, enternecido con estas palabras, no pudo detener las lágrimas, confesando que le tenia envidia de haber tan bien sabido escoger la mejor parte: con esto se fué, diciendo á la despedida á los Padres, que habian recibido aquel dia un ángel del paraíso.

Despedido ya Luis de todas las personas y cosas del mundo, el Padre maestro de novicios le llevó á un aposento donde habia de estar algunos dias á solas sin comunicar con los otros novicios, haciendo la primera probacion, conforme á la costumbre de la Compañía. Entrando allí, le pareció que entraba en un paraíso, y dijo: *Hæc requies mea in sæculum sæculi: hic habitabo, quoniam elegi eam.* En quedando á solas se arrodilló, y lleno de celestial dulzura con amorosas lágrimas dió gracias á Dios por haberle sacado de Egipto y traido á la tierra de promision, que está manando leche y miel de consuelos del cielo. Allí se dedicó y ofreció á Dios en sacrificio y holocausto perfecto, y le pidió gracia para vivir dignamente en su casa, y perseverar hasta la muerte en su santo servicio. Despues toda la vida le duró la memoria de este dia, celebrándole todos los años con particular devocion, y tomando por su abogada á la vírgen santa Catalina, cuya fiesta se celebraba aquel dia.

Libro Segundo.



Capilla del Colegio Romano,
donde hizo S. Luis los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia.
(Véase el libro II, cap. 12 y nota 34.)

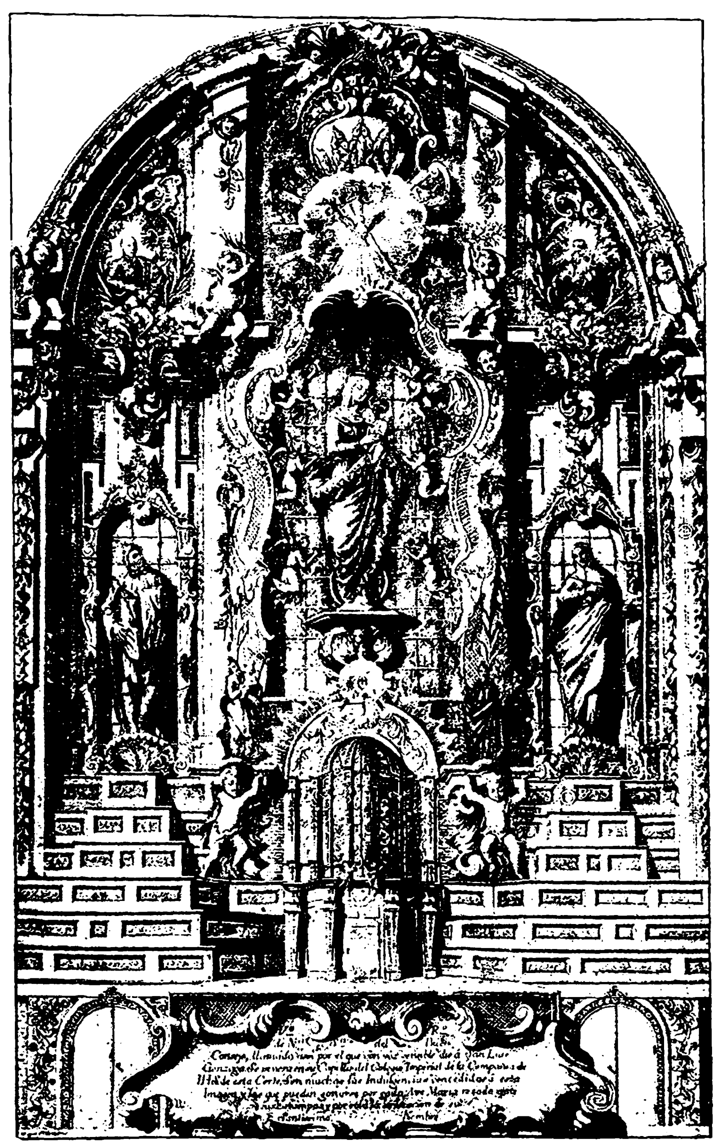
CAPÍTULO I. I.

De la perfeccion con que pasó su noviciado.

Habiendo hasta ahora contado la vida que san Luis hizo siendo seglar, y las heróicas virtudes que resplandecieron en él antes que viniese á la Religion, ya es tiempo que veamos la santidad que tuvo despues que entró en la Compañía; en la cual podemos decir que fué como luz encendida, pero escondida debajo de la doméstica disciplina, sin haberse comunicado casi nada á la vista del mundo y al trato de los prójimos. La razon fué su temprana muerte, antes de acabar del todo sus estudios de teología, y de tener edad para ordenarse de sacerdote. Añádese á esto, que estos pocos años que vivió, los superiores como padres le ataron las manos, y con el freno de la obediencia le enfrenaron aquel fervor que habia cobrado en el siglo; de suerte que le fué forzoso moderar aquel excesivo rigor con que se solia tratar, y reducirse á un modo de vida más prudente y arreglado. Así que, quien mirara sus obras sólo por el exterior, pudiera quizá pensar que el vivir en obediencia le habia sido causa

de faltarle aquel lustre y resplandor extraordinario que tenian sus obras en casa de su padre; pero las personas espirituales, que con los ojos limpios y luz de Dios consideraren la vida que tuvo en la Religion, echarán de ver los muchos grados de perfeccion que le aumentó la direccion de la santa obediencia, y de cuánto más precio haya sido lo que hizo en la Religion que lo que hizo en el siglo. Obraba en la Religion con mayor luz y conocimiento, y acompañaba sus obras con el ejercicio de muchas virtudes, desnudas totalmente de voluntad propia y vestidas de la divina: realzábalas, y subia de quilates las más mínimas acciones, con la intencion que siempre tenia en la mayor gloria de Dios, y con el afecto continuo de perfectísima caridad, de que siempre las vestia; lo cual en cuánto grado haya sido, lo reveló Dios á una esposa suya, cuya santidad es ya notoria en el mundo, como verémos en la tercera parte de esta historia.

Entre las otras muchas virtudes, dos cosas en particular es bien que se reparen en esta segunda parte. La una es, que habiendo nacido y criádose en estado de príncipe, y siendo tan flaco y delicado de complexion, luégo en entrando en la Religion se acomodó de suerte al modo comun de vivir, y á la disciplina religiosa, que no habia en nada diferencia de él á los demás. No consintió jamás particularidad ni favor que los superiores le ofrecian, especialmente á los principios; antes se aplicaba con tanto gusto á los ejercicios domésticos, por bajos y viles que fuesen, como si toda su vida estuviera hecho á servir y no á ser servido. La otra cosa es, que se persuadió muy de veras que aquel es verdadero y perfecto religioso, que guarda con exaccion y puntualidad las reglas de su instituto, y pone sumo cuidado en hacer con perfeccion las obras ordinarias, por mínimas que sean, á que obliga la distribucion de cada dia. Y así tomó con grandes veras estas dos cosas: la perfecta y exactísima guarda de todas las reglas, y el hacer con perfeccion y diligencia grande las obras ordinarias y comunes de la Religion. Por este camino llegó á tal alteza de perfeccion, que con razon merece ser puesto por dechado y ejemplo de santidad á todos los religiosos que aspiran á la perfeccion, y en especial á los de la Compañía, á cuya contemplacion principalmente se dirán en esta segunda parte algunas particularidades, que por ventura parecerán menudencias; pero



Milagrosa imágen de N.ª S.ª del Buen Consejo

ante la cual orando S. Luis fué llamado por la SS. Virgen á la Compañía de Jesus. Se venera en la iglesia del Colegio Imperial de Madrid. (Véase el libro I, cap. 9, y la nota 31.)

hácese á fin de que tengan este ejemplo y verdadero dechado á quien puedan imitar en las acciones domésticas, por mínimas que sean.

Comenzó, pues, Luis en el noviciado á echar las zanjas y sacar los cimientos muy hondos para el edificio espiritual de su alma. Aquellos primeros dias se estuvo recogido y solo, como dijimos, gozando de una paz y alegría extraordinaria, unas veces orando, otras leyendo, si bien su leer se podia llamar orar, por estar como estaba siempre con su mente tan puesta en Dios. Vínole en este tiempo no sé qué indisposicion, ocasionada quizá ó de la mudanza del aire, ó del modo nuevo de vida, ó de las penitencias que proseguia, ó finalmente por la demasiada atencion y fervor con que tomaba los ejercicios: por esta razon se hallaron obligados los superiores á sacarle de aquel encerramiento antes de lo ordinario; en lo cual tuvieron menos dificultad, viendo que tenia menos necesidad que otros de aquella probacion, pues ya habia hecho los ejercicios pocos meses antes en Mantua, y leido las reglas y constituciones; y en cuanto á la vocacion, poca necesidad tenia de exámenes y pruebas el que habia pasado por tantas y salido tan bien de todas. Sacáronle, pues, de allí, y pusiéronle en cura hasta que volvió en sí de aquel achaque: cuando llevaron á lavar la ropa súcia que traia del camino, hallaron las camisas llenas de sangre, de las disciplinas que tomaba cada dia. Comenzó á tratar con los otros novicios, y su maestro reparó que andaba con la cabeza muy baja; y parte por quitárselo, parte tambien por mortificarle, le mandó hacer un cuello de carton aforrado por defuera de lienzo, y que lo trajese muchos dias atado á la garganta, de suerte que no pudiese bajar la cabeza, porque el carton se la hacia tener siempre derecha. Traíalo él con notable alegría, riéndose de verse con aquella invencion. A los otros novicios tenia tanto respeto y reverencia, como si de hecho él fuera el mínimo de toda la casa: luégo comenzó á pedir ayunos, disciplinas, cilicios y otras penitencias y mortificaciones; y porque vió que los novicios no usaban de bonete cuadrado como el que él traia del siglo, y que el paño era más grosero que el que habian comprado en Mantua para el vestido que allí le hicieron, luégo al punto hizo instancia al superior, hasta que trocó bonete y vestido por otro de los ordinarios y comunes. Lo mismo hizo con el Breviario,[1] porque

la encuadernacion estaba dorada, trocándole por otro usado y pobre; y de esta suerte poco á poco se fué despojando de todo cuanto habia traido, no queriendo tener consigo cosa que le oliese á Egipto.

Es doctrina de los Santos, confirmada con la autoridad de la Escritura, que Dios nuestro Señor con altísimos fines y particular providencia suele ejercitar á los que con más afecto y fidelidad le sirven, y esto no por medio de Satanás, sino por sí mismo; no por culpas de los tales, sino para su mayor prueba ejercicio. El modo comun de esta prueba con personas que tienen mucha luz de Dios, es quitarles el consuelo y gusto espiritual que suele su Majestad comunicarles de ordinario en las cosas de su servicio; y añade san Bernardo[2] en un sermon, que no sólo suele Dios hacer esto, pero que es necesario que lo haga, por muchas razones que allí trae para ello. No quiso su divina Majestad sacar de esta regla, ni privar de este favor á su siervo Luis, el cual en estos principios de su noviciado padeció extraordinario desconsuelo espiritual; que aunque no le inquietaba ni turbaba, y mucho menos le incitaba á mal por ningun modo, pero privábale de aquella alegría y dulzura espiritual que solia gozar en el siglo, y pesábale de haberla perdido. Un consuelo le quedaba, y era que, en poniéndose en oracion, hallaba su alegría, y al fin se deshizo del todo aquella niebla y aquel desconsuelo; y Dios, que sólo se habia escondido por probarle y por hacerse desear, volvió á descubrirse y consolarle con nuevas visitas, y él volvió á su primera paz y serenidad. Otra vez le trajo el demonio este pensamiento, para hacerle caer en pusilanimidad: ¿qué ha de hacer de ti la Compañía? Conoció él que esta era tentacion, y armóse al punto contra ella, y en media hora la dejó de todo punto vencida. Estas dos tentaciones solas confesó él que habia tenido en todo su noviciado; lo demás fué una continua paz y quietud. Y no hay que espantar, porque era superior con el corazon á todas las mudanzas y sucesos humanos, reduciéndolos todos al gusto de Dios, y con esto parece que era incapaz de turbacion.



CAPÍTULO II.

Cómo se condujo Luis en la muerte del Marques su Padre.

Vióse bien cuán grande era el dominio que de sí tenia, en la muerte del Marqués su padre, que sucedió á los dos meses y medio de su noviciado; que no le hizo más impresion que si no le tocara. En la misma ocasion, diciéndole que escribiese á su madre consolándola, el principio de la carta fué decir, que daba muchas gracias á Dios, pues de allí adelante podria decir más libremente: Padre nuestro, que estás en los cielos.[3] Lo cual admiró más á los que conocian á Luis, y sabian la reverencia y amor grande que habia tenido siempre á su padre; que era de suerte, que, dejada aparte la salvacion, de tejas abajo solia él decir que no tenia cosa que más quisiese: y así confesó él mismo á una persona, que si él mirara la muerte de su padre á solas, sin duda la hubiera sentido mucho; pero viendo que venia de la mano de Dios, no le parece que podia tener pena de lo que sabia que era gusto de Dios: que es lo que decíamos poco ha, que el estar tan dependiente del gusto de Dios, le hacia superior á todas las mudanzas y acontecimientos humanos.

Este mismo caso y muerte de su padre, tan al principio de su noviciado, le descubrió más el amor grande que Dios le tenia y la particular providencia con que le gobernaba; porque si el Marqués muriera dos ó tres meses antes, á tiempo que no estaba hecha la renunciacion del Estado; ó si su entrada en la Religion se hubiera dilatado tres meses, corria gran riesgo que el Padre General no le quisiese recibir, por no privar á aquella casa de persona tan á propósito para el gobierno; ó que los vasallos, que tanto le querian, le obligaran á no dejarlos, ó que á él mismo, viendo á su hermano de tan pocos años y tan falto de experiencia, se le hiciera de mal entregarle el gobierno, y se determinara de quedarse algun tiempo con él; y despues sabe Dios lo que hubiera sucedido; y por eso trazó Dios las cosas de suerte que entrase primero en la Religion, y ya que le vió puesto en salvo, y libre de las obligaciones de su casa y Estado, quiso llevarse á su padre. Con el cual no se descubrió menos la providencia de Dios en esta muerte;

porque habiendo sido siempre el Marqués un caballero muy dado á pretensiones de honras y grandezas mundanas para sí y para sus hijos y casa; con ocasion de haber entrado Luis en la Religion hizo tal mudanza de vida, y se dió á cosas de devocion de suerte, que ponia admiracion á los que le veian. Dejó totalmente el juego, á que tenia tanta inclinacion; todas las noches hacia que delante de la cama, en que estaba por la gota, le pusiesen un Crucifijo que habia dejado Luis, y allí rezaba los siete Salmos penitenciales, con las Letanías, en compañía de uno que habia sido camarero de Luis, y el Marqués le habia recibido en su servicio. Á la Letanía hacia que viniesen la Marquesa y sus hijos; y en estas oraciones eran tantas sus lágrimas y suspiros, que mostraban bien la mocion y compuncion interior de su alma. Despues tomaba el Cristo en las manos, é hiriéndose el pecho, decia con muchas lágrimas: Señor, misericordia: pequé, Señor, ten misericordia de mí. Espantado él mismo de sí y de aquella ternura y lágrimas tan nuevas, decia: Bien sé yo de dónde vienen estas lágrimas: todo esto es efecto de Luis; Luis me ha alcanzado de Dios este dolor y arrepentimiento de mis pecados. Después, llamando á D. Luis Cataneo, que ya habia vuelto de Roma donde habia ido en compañía de Luis, le llevó consigo á Nuestra Señora de Mantua,[4] y allí hizo con él una confesion general de toda su vida con mucha exaccion y dolor, como el mismo D. Luis me refirió, prosiguiendo de allí adelante en aquel fervor y devocion que habia comenzado.

Viéndose despues más apretado cada dia de su enfermedad, se hizo llevar á Milan, á ver si los médicos le hallaban remedio. Allí empeoró de suerte, que á pocos dias llegó á lo último, y fué necesario que el P. Fr. Francisco Gonzaga[5] (que todavía era General de su Orden y á la sazon estaba en Milan) fuese una tarde ya despues de anochecido á visitarle y avisarle que se moria. El Marqués, en viéndole venir en aquella hora, adivinó lo que era, y le dijo que enviase un Padre de su casa, el que le pareciese más á propósito, porque se queria confesar: envióselo y confesóse aquella misma noche. El dia siguiente volvió el Padre General á acordarle que hiciese testamento:[6] hízolo, y habiendo cumplido con sus obligaciones, consolando á los suyos que lloraban, y diciéndoles que antes debian alegrarse por la merced que Dios le hacia en llevarle en

tan buena sazon, murió á los 13 de febrero de 1586, y su cuerpo fué llevado á Mantua, como él lo ordenó, y enterrado en la iglesia de San Francisco. Cuando Luis supo del Padre General de San Francisco, y de las otras personas que se hallaron presentes, las circunstancias de aquella muerte, se consoló grandemente, y dió muchas gracias á nuestro Señor.

CAPÍTULO III.

De cuán dado fué á la mortificacion siendo Novicio.

Solia Luis decir que habia tomado de su padre este consejo: que cuando uno elige un estado ó se pone á hacer alguna cosa, ha de procurar hacerla con ventajas; y añadia, que si esto sentia su padre en las cosas del mundo, más razon era tomar este consejo en las cosas de Dios. Así lo practicó él, tomando muy de veras el mortificarse y el granjear virtudes, y no parar hasta la perfeccion. Y por decir algo en particular de lo que en aquel tiempo se decia de él, primeramente se desnudó del afecto de sus parientes, de suerte que parecia que de hecho se le habian ya pasado de la memoria; y así, preguntándole un dia uno cuántos hermanos tenia en el siglo, no supo responder sin ponerse primero á hacer la cuenta. Preguntándole otra vez un Padre[7] si le daba pena de acordarse de sus parientes; respondió que no, porque no se acordaba de ellos sino para encomendarlos á nuestro Señor, y por la gracia de Dios era tan dueño de sus pensamientos, que jamás pensaba sino en lo que queria.

Guardaba sus sentidos con tanto cuidado, que se puede decir de él con verdad, que teniendo ojos no veia, y teniendo oidos no oia, y estando acá con el cuerpo, con el alma no estaba acá, sino en el cielo. No se le vió jamás mientras fué religioso cosa de olor en las manos, y mucho menos cosa de perfumes: antes, cuando iba á los hospitales á servir los enfermos (que lo solia pedir muy á menudo), de ordinario se llegaba á los más asquerosos, y pasaba aquella hediondez sin hacer asco ni dar muestra ninguna de pesadumbre.

Mortificaba el sentido del tacto, y castigaba su carne con disciplinas, cilicios, ayunos á pan y agua, y otras penitencias

y asperezas, que aunque eran muchas, no eran tantas como él quisiera, porque atendiendo á su flaqueza y delicadeza, no se le concedia todo lo que pedia; y no era poca mortificacion y pena para él, el no poder en esta materia hacer lo que deseaba. Hablando un dia de esto con un Padre, le dijo que él en la Religion no hacia penitencia ninguna, respecto de la



M. R. P. Fray Francisco Gonzaga, General de los Franciscanos, y despues Obispo de Mantua.

De un lienzo que está en la catedral de Mantua, en la sacristía de los Canónigos. (Véase el libro I, cap. 9 y 10, y el libro II, cap. 2, y nota 5. Appendice, cap. 2.)

que hacia en el siglo; pero que se consolaba con pensar que la Religion es como una galera, en la cual tanto andan los que por obediencia se están mano sobre mano, como los que trabajan y reman. Un dia de vigilia pidió licencia para ayunar á pan y agua; diéronsela, y sentándose á la mesa, reparó el maestro de novicios que no habia comido casi nada: quísole dar segunda mortificacion, y mandóle que se volviese á sentar

tan buena sazon, murió á los 13 de febrero de 1586, y su cuerpo fué llevado á Mantua, como él lo ordenó, y enterrado en la iglesia de San Francisco. Cuando Luis supo del Padre General de San Francisco, y de las otras personas que se hallaron presentes, las circunstancias de aquella muerte, se consoló grandemente, y dió muchas gracias á nuestro Señor.

CAPÍTULO III.

De cuán dado fué á la mortificacion siendo Novicio.

Solia Luis decir que habia tomado de su padre este consejo: que cuando uno elige un estado ó se pone á hacer alguna cosa, ha de procurar hacerla con ventajas; y añadia, que si esto sentia su padre en las cosas del mundo, más razon era tomar este consejo en las cosas de Dios. Así lo practicó él, tomando muy de veras el mortificarse y el granjear virtudes, y no parar hasta la perfeccion. Y por decir algo en particular de lo que en aquel tiempo se decia de él, primeramente se desnudó del afecto de sus parientes, de suerte que parecia que de hecho se le habian ya pasado de la memoria; y así, preguntándole un dia uno cuántos hermanos tenia en el siglo, no supo responder sin ponerse primero á hacer la cuenta. Preguntándole otra vez un Padre[7] si le daba pena de acordarse de sus parientes; respondió que no, porque no se acordaba de ellos sino para encomendarlos á nuestro Señor, y por la gracia de Dios era tan dueño de sus pensamientos, que jamás pensaba sino en lo que queria.

Guardaba sus sentidos con tanto cuidado, que se puede decir de él con verdad, que teniendo ojos no veia, y teniendo oidos no oia, y estando acá con el cuerpo, con el alma no estaba acá, sino en el cielo. No se le vió jamás mientras fué religioso cosa de olor en las manos, y mucho menos cosa de perfumes: antes, cuando iba á los hospitales á servir los enfermos (que lo solia pedir muy á menudo), de ordinario se llegaba á los más asquerosos, y pasaba aquella hediondez sin hacer asco ni dar muestra ninguna de pesadumbre.

Mortificaba el sentido del tacto, y castigaba su carne con disciplinas, cilicios, ayunos á pan y agua, y otras penitencias

y asperezas, que aunque eran muchas, no eran tantas como él quisiera, porque atendiendo á su flaqueza y delicadeza, no se le concedia todo lo que pedia; y no era poca mortificacion y pena para él, el no poder en esta materia hacer lo que deseaba. Hablando un dia de esto con un Padre, le dijo que él en la Religion no hacia penitencia ninguna, respecto de la



M. R. P. Fray Francisco Gonzaga, General de los Franciscanos, y despues Obispo de Mantua.

De un lienzo que está en la catedral de Mantua, en la sacristía de los Canónigos. (Véase el libro I, cap. 9 y 10, y el libro II, cap. 2, y nota 5. Appendice, cap. 2.)

que hacia en el siglo; pero que se consolaba con pensar que la Religion es como una galera, en la cual tanto andan los que por obediencia se están mano sobre mano, como los que trabajan y reman. Un dia de vigilia pidió licencia para ayunar á pan y agua; diéronsela, y sentándose á la mesa, reparó el maestro de novicios que no habia comido casi nada: quísole dar segunda mortificacion, y mandóle que se volviese á sentar

á segunda mesa, y comiese lo que se diese á los demás; volvió por obediencia, é hizo lo que se le habia mandado. Acabada la mesa, uno que lo habia reparado díjole por darle broma: Dios sea en su alma, hermano Luis; no me parece mala la traza del ayuno: comer poco la primera vez, para comer dos veces: él sonriéndose respondio: ¿Qué quere que haga? *Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum*, dice el Profeta.

La guarda de los oidos le hacia que nunca los diese á nuevas ó pláticas inútiles: porque en tales ocasiones, si buenamente podia, metia otra plática; si por ser personas de respeto no podia, componíase y callaba de modo, que se echaba de ver que no le daba gusto la plática.

En la guarda de los ojos fué extremado, aun siendo seglar, como se ha visto; pero mucho más en la Religion. Iban los novicios algunas veces al año á una viña por recreacion, y Luis habia ya ido á ella con los demás algunas veces. Sucedió que, por no sé qué ocasion, fueron un dia á otra diferente. A la vuelta preguntáronle en casa, cuál de las dos viñas le contentaba más. Espantóse él mucho de la pregunta, porque habia pensado que era la misma que las otras veces, siendo bien diferente el camino, el sitio, la casa y todo lo demás: despues hizo reflexion, y se acordó que en ésta habia hallado una capilla que no habia visto en la otra. Tres meses habia ya comido en el refitorio del noviciado, y aun no sabia el órden de las mesas; y así, enviándole un dia el Padre ministro por no sé qué libro que se habia dejado en el asiento del Padre rector, tuvo necesidad de informarse dónde era el asiento del Padre rector, porque no sabia ni aun dónde se sentaban los sacerdotes. Otra vez, habiendo ya estado algunos meses en el noviciado, fué á su maestro de novicios con un escrúpulo que le daba mucha pena, y era que acaso ó sin querer se le habian ido los ojos dos ó tres veces á mirar lo que hacia uno que estaba junto á él, y temia no hubiese sido curiosidad; y lo que es más, añadió, que este era el primer escrúpulo que en materia de mirar habia tenido en la Compañía.

El sentido del gusto parece que totalmente le habia perdido, porque no hallaba gusto en los manjares, ni reparaba en que fuese bueno ó malo, sabroso ó desabrido. Lo que

procuraba era echar mano de lo peor que le ponian, y en el ínterin que comia, tener el alma ocupada con algun buen pensamiento: y así, á más de atender á la leccion del refitorio, á mediodía pensaba en la hiel que dieron á Cristo en la cruz; á la noche pensaba en la última cena, tan llena de misterios, que el Señor celebró con sus discípulos.

Sobre todo fué notable el rigor que tuvo en la guarda de la lengua; tanto, que á quien no considerase los muchos daños que de ella nacen, y cuán fácil cosa es deslizar en esta materia, le podria parecer que en ella nuestro Luis no sólo habia sido recatado, sino demasiadamente escrupuloso. Usaba muchas veces, por oracion jaculatoria, de aquel verso de David: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiæ labiis meis;* y en sus pláticas comunes repetia muy á menudo aquellas palabras: *Qui non offendit in verbo, hic perfectus est vir. Si quis putat se religiosum esse, non refrenans linguam suam, hujus vana est religio;* y por eso gustaba mucho más de callar que de hablar. La regla del silencio, no se puede creer la exaccion con que la guardaba dentro y fuera de casa. Enviáronle un dia á hacer ejercicio en compañía de un Padre: y porque habia oido decir que no siempre se da licencia de hablar, él se llevó un librito espiritual, y pasó todo aquel tiempo parte leyendo, parte meditando, sin hablar una palabra al compañero; el cual se edificó tanto, que le dejó continuar, y él tambien se entretuvo con alguna santa meditacion. Lo que le hacia tan amigo del silencio era, parte el temor de ofender á Dios con las palabras; parte tambien porque el gusto espiritual interior que de continuo gozaba, le quitaba todo el gusto que del hablar le podia venir. Cuando habia de hablar era con tan gran consideracion, que parece contaba metafísicamente las sílabas para no exceder.

Suelen los de la Compañía, cuando salen de casa, avisar al portero á dónde van; y porque en Roma los novicios van muchas veces á la casa profesa á ayudar las misas, y oir sermon las fiestas ó la leccion sacra, preguntó Luis al superior, si era palabra ociosa decir al portero, voy á la casa profesa, bastando decir voy á la casa. En la hora de la quiete (que es inmediatamente despues de comer y cenar, en el cual tiempo es lícito hablar los unos con los otros) sus pláticas eran

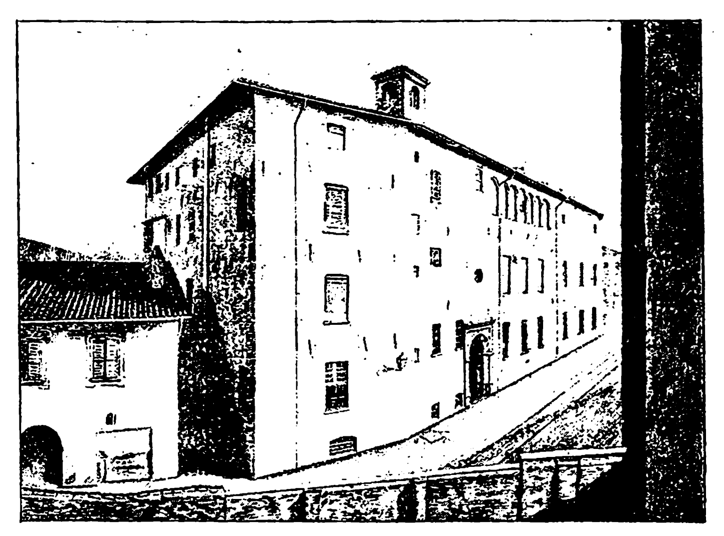
siempre de Dios: y tal vez comenzaba la razon, y ofreciéndosele que era mejor dejarla, la dejaba comenzada sin proseguirla, por más instancia que le hiciesen sobre ello.

Tambien se mortificaba en el vestido, pidiendo perpetuamente el más viejo y gastado de casa; y una vez que el superior ordenó que le hiciesen no sé qué cosa nueva, sintió tanto el ponérsela, que el ropero y los otros que estaban presentes se lo echaron de ver. Dió cuenta él al superior de la repugnancia que habia sentido, y díjole el superior, que podia tambien nacer aquello de amor propio, por no perder el buen concepto que los otros tenian de él. Estas palabras le dieron ocasion para que por muchos dias anduviese examinando sus pensamientos, á ver si podia descubrir alguna oculta raíz de aquel sentimiento; pero por más que hizo, no pudo hallar raíz culpable: antes le parecia que, si bien al principio del noviciado le habian venido algunos pensamientos de complacencia propia; pero que con la gracia de Dios habia estado tan sobre sí, que ni una sola vez habia consentido: y para asegurarse más en esta parte, por algunos meses enderezó las meditaciones de la pasion de Cristo á este fin, de arrancar de sí cualquier raíz de propia complacencia, y granjear el desprecio y odio santo de sí mismo.

En las mortificaciones de la honra puso tanto mayor cuidado, cuanto le parecia más útil y necesario á las personas de entendimiento que las penitencias corporales; y así con el ejercicio continuo de estas mortificaciones llegó á tal punto, que no tenia necesidad ninguna de vencerse para hacerlas. Pedia muy á menudo ir por las calles de Roma con un vestido roto y su talega al hombro, pidiendo limosna: preguntándole si sentia vergüenza ó repugnancia alguna en aquello, dijo que no: lo uno, porque ponia delante de los ojos el ejemplo de Cristo, el merecimiento y premio eterno que le corresponde, y esto bastaba para hacerlo sin repugnancia y con grande gusto; lo otro, porque aun de tejas abajo no hallaba allí materia de mortificacion: porque los que me encuentren (decia él) ó me conocen ó no me conocen: si no me conocen, no me importa lo que pueden pensar de mí, no siendo conocido; si me conocen, ellos se edifican, y yo estoy tan léjos de perder, que gano mucho en su concepto, y puedo temer más el peligro de vanagloria que de mortificacion, pues la pobreza, tomada no por necesidad

sino por voluntad, es cosa tan alta, que aun los mismos del mundo la tienen en gran veneracion.

De aquí tambien nacia, cuando las fiestas le enviaban por las calles y plazas de Roma á enseñar la doctrina á los pobres y labradores, hacer aquel ministerio con tal gusto y tanta caridad, que edificaba grandemente; y algunas veces sucedia que Prelados grandes hacian parar los coches por verle y oirle. Una vez entre otras se encontró con un hombre que



Casa solar de D.ª Marta, madre de S. Luis, en Chieri, no lejos de Turin.
(Véase el libro I, cap. 10.)

habia estado seis años sin confesarse, y pegósele de suerte, y hablóle con tal espíritu, que le redujo á hacer una buena confesion, y le envió á un Padre de la casa profesa que le confesase; y no fué este solo, porque otras veces envió otros á lo mismo.

En una sola cosa decia él que sentia alguna mortificacion, que era cuando públicamente en el refitorio ó en la sala le decian sus faltas; y esto lo sentia, no porque podia perder concepto con los otros en materia de virtud (que de esto no

se le daba nada), sino sólo por la pena que le daban sus faltas: y por esto ninguna cosa pedia más veces, que estas reprensiones públicas, diciendo que sacaba de ellas mucho provecho. Y aunque por el dominio que tenia adquirido sobre su imaginacion, pudiera fácilmente divertir el pensamiento á otra cosa, de suerte que ni oyera ni entendiera lo que se le decia en la reprension, no lo hacia, por no defraudar (como él decia) la santa obediencia, y por no privarse de aquel merecimiento. Mientras le estaban reprendiendo, procuraba él alegrarse interiormente, acordándose, que padeciendo algo, se le ofrecia ocasion de asemejarse en algo á Cristo Señor nuestro; el cual pensamiento le dejaba á veces materia de una larga meditacion.

Viéndole el maestro de novicios tan circunspecto en todo, quiso una vez probarle sin que él lo supiese: hízole para esto compañero del refitolero por algunos dias, mandándole que cuidase de barrer, limpiar y aparejar el refitorio: juntamente ordenó al refitolero, que de propósito le mostrase mala condicion, disgustándose y riñéndole á menudo, y ejercitándole todo el dia la paciencia. El refitolero hizo con mucho cuidado lo que se le mandó, pero no fué posible que Luis jamás se excusase ó diese razon de lo que habia hecho; de suerte que el compañero, espantado de tanta humildad y paciencia, apenas podia creer lo que veia con los ojos. Vínole un dia á ver al noviciado el patriarca Gonzaga, y al despedirse, apartándose con el Padre rector, le preguntó cómo lo hacia Luis. Respondió el rector: Señor, no tengo que decir á V. S. I. sino que puede ser maestro de todos, y tenemos bien que aprender de lo que nos enseña.

Finalmente desde aquellos primeros meses de su noviciado era tan modesto y compuesto en lo exterior, tan abstinente en la comida, tan ayunador, tan penitente, tan cuidadoso de mortificar las pasiones interiores, en particular la de la honra, tan observante de las reglas, por menudas que fuesen, tan humilde, tan afable con todos, tan rendido y obediente á sus superiores, tan devoto, tan descarnado de las cosas de mundo, tan lleno de caridad y amor de Dios, y tan perfecto en todas las virtudes; que los novicios todos le llamaban el santo, y besaban con devocion las cosas de que usaba, y trataban y comunicaban con él con tanto respeto

como si trataran con un Santo. No era este concepto sólo de los novicios; que los antiguos tambien le tenian, y procuraban haber alguna cosa suya, como reliquia de hombre santo; y por esta causa pidiéronle las Horas de Nuestra Señora que habia traido del siglo, para guardarlas por devocion, como se guardan hasta ahora en Sicilia; y un Padre predicador guarda el Breviario que trajo del siglo, como reliquia, y por tal le han tenido otros desde entonces: tan presto fué conocida su gran santidad y perfeccion.

CAPÍTULO IV. II.

De la alegría grande que tuvo de ser enviado á la casa profesa á ayudar las misas.

Los novicios de la Compañía en Roma, despues que han estado algun tiempo en el noviciado de San Andrés, y han comenzado á entrar en camino y acostumbrarse á la disciplina religiosa, suelen los superiores enviarlos por una semana ó por un mes á la casa profesa, en donde tienen su habitacion aparte, y se ocupan en ayudar las misas, en leer en refitorio, y en otras cosas á este tono, como las hicieran en el noviciado. Uno de ellos, señalado por el superior, es como el superintendente y que cuida de distribuirles las ocupaciones que tocan á cada uno, y repartirles el tiempo que han de gastar en cada cosa; y ultra de esto hay siempre un Padre grave y espiritual, que tiene cuidado de confesarlos y gobernarlos, haciendo con ellos por entonces oficio de maestro de novicios.

Habia ya estado casi tres meses en el noviciado, cuando el Padre rector le envió á la casa profesa; que fué para él de grande consuelo, por dos razones, ambas espirituales. La primera, por la ocasion que allí tendria de aprovecharse de los ejemplos de aquellos Padres antiguos, que por la mayor parte son personas que han gastado su vida en gobernar ó en otros ministerios de la Religion, y están allí atendiendo á las obligaciones de aquella casa é iglesia; ó son personas que actualmente ayudan al gobierno universal de toda la Compañía, cuya cabeza reside allí, y por esta causa son siempre personas

selectas, y que se pueden tomar por dechado y ejemplo de religion. La segunda razon era por la devocion grande que tenia al Santísimo Sacramento, por la cual, aun cuando estaba en el siglo en casa de su padre, tenia particular gusto en ayudar á misa; y así, viendo ahora que le daban este por oficio tan de propósito, túvolo á muy buena dicha, y como tal se alegró mucho con esta obediencia.

Y porque se quede dicho esto de camino, la devocion que tuvo al Santísimo Sacramento fué cosa tan sabida de todos los que le trataron, que cuando en Roma se trató de pintar su imágen, fué parecer de muchos que se debia pintar adorando el Santísimo Sacramento. Nacíale esta devocion, de los consuelos y sentimientos particulares que recibia al tiempo de comulgar: lo cual no se le hará nuevo á quien considerare la pureza de aquella alma santa, y el cuidado y diligencia que ponia en prepararse para la comunion. Tomaba una comunion por aparejo para otra, y demás de otras devociones que usaba, tenia distribuidos los dias de la semana de esta manera, que los tres primeros, conviene á saber, el lunes, martes y miércoles, los repartia en las tres divinas Personas de la santísima Trinidad, agradeciendo á cada una de por sí la merced recibida en haber comulgado el domingo pasado: los otros tres siguientes, jueves, viernes y sábado, repartia del mismo modo entre las mismas Personas, pidiendo á cada una de por sí, que le diese gracia para llegar dignamente el domingo siguiente á aquella divina mesa. A más de esto todos los dias á sus horas señaladas se iba muchas veces á la iglesia ó al coro á visitar el Santísimo Sacramento, y tener un rato de oracion en su presencia. La víspera de la comunion todas sus pláticas y conversaciones eran de este misterio, del cual hablaba con tal espíritu y fervor, que algunos Padres, que le tenian ya observado, procuraban el sábado pasar el tiempo de la quiete con él, por oirle los sentimientos y conceptos tan altos que tenia de este misterio; y afirmaban despues que ningun dia decian misa con más devocion que el domingo, por lo que Luis les habia movido y encendido el dia antes con sus palabras. Era ya esto cosa tan sabida, que siempre que alguno deseaba comulgar ó decir misa entre semana con particular devocion, buscaba traza el dia antes de hablar con Luis, y meterle buenamente pláticas de esta materia. Con este pensamiento se acostaba el

sábado, y la mañana, en despertando, continuaba al punto con el mismo: luégo tenia una hora de meditacion de la misma materia: al cabo de ella iba á la iglesia, á oir misa con



S. Luis mientras ora en el castillo de Chieri es sorprendido por su tio Hércules de Tana y la esposa de éste.

De una vidriera de colores de Noel Lavergne, que está en la capilla del Seminario menor de Versailles. (Véase el libro I, cap. 10.)

notable reverencia. En comulgando se retiraba á un rincon, y por un gran rato parecia que estaba totalmente abstracto, y que con gran dificultad se podia levantar y dejar aquel puesto;

allí se le bañaba el corazon de dulzura, y se le llenaba el alma de fervorosos afectos de amor. El resto de la mañana pasaba en santo silencio y en oracion, ya vocal, ya mental, y á ratos leyendo algun punto devoto de san Agustin ó de san Bernardo.

CAPÍTULO V.

Del testimonio que de S. Luis dió el P. Jerónimo Plati.

Volviendo, pues, á nuestra historia, por esta ocasion se holgó mucho de ir á la casa profesa, en donde halló que cuidaba de los novicios el P. Jerónimo Plati, hombre de grande virtud y espíritu, y muy entendido y práctico en materia de perfeccion religiosa, como se ve por el libro que de esta materia imprimió, y por otros que con su temprana muerte no pudo perfeccionar, y se dejaron de imprimir, con no poco daño de las personas religiosas, á cuyo provecho se enderezaban, enseñándoles en ellos el modo fácil de desnudarse y descarnarse del mundo, de mortificar la carne, de enfrenar y moderar las pasiones del alma, de arrancar los vicios y malas inclinaciones, de adquirir las virtudes propias de un religioso, en órden á sí, en órden á los prójimos y en órden á Dios; de estas materias tenia ya hechos dos libros y medio cuando le atajó la muerte, y quedó la obra por acabar. Este Padre, pues, tan espiritual y cuerdo, se consoló grandemente cuando vió á Luis en sus manos, porque desde el primer dia que lo conoció, habia hecho gran concepto de él, como se ve por una carta de su mano, que por aquel tiempo habia escrito á un hermano estudiante de la Compañía que estudiaba en el colegio de Nápoles, en que le da nuevas de la vocacion y entrada de Luis; que, aunque en parte queda dicho arriba, me pareció ponerla aquí, para que se confirme con el testimonio de tan calificado testigo. Dice, pues, la carta así:

«Carísimo hermano en Cristo:

«*Pax Christi.* A la suya, que estos dias me dieron, carí«simo hermano Vitelleschi, no sé cómo responder mejor, que «dándole cuenta de un gran novicio que cinco dias ha entró «en San Andrés, el dia de santa Catalina. Llámase Luis «Gonzaga, hijo de un señor marqués, que tiene su Estado junto

«al del Duque de Mantua, y es deudo muy cercano del mismo «Duque. Era este el hijo mayor, y el que sucedia en el «Estado; pero, escogiéndole Dios para sí, se resolvió habrá dos «años de entrar en la Compañía, estando en la corte del Rey «de España. Dió parte de su resolucion á su padre, que estaba «tambien allí, y volviendo de España escribió al Sr. Escipion «Gonzaga su deudo, que al presente es patriarca de Jerusalen, «para que lo hablase á nuestro Padre General, y se le ofreciese «de su parte. Por ser el primogénito y el sucesor del Estado, «fué necesario que renunciase primero su derecho en otro «hermano, para lo cual era menester licencia del Emperador; «y mientras se sacaba, pasaron algunos meses. Sacada la «licencia, cuando pensaba estar ya en el puerto, se halló atrás, «porque su padre le detuvo de nuevo, que ó bien por el amor «grande que le tenia, y por tener puestas en él sus esperanzas, «ó bien porque (como él escribe al Padre General) le parecia «todavía de poca edad, no acababa de darle licencia, y le «andaba entreteniendo de año en año. Aquí se descubrió la «constancia y fervor de este mozo; porque, si bien tenia á su «padre extraordinario respeto, pero no dejó jamás de importu-«narle y probar todos los medios posibles con él: viendo que «no aprovechaban, escribió varias veces al Padre General con «grande fervor, pidiéndole licencia para venirse sin despedirse «de su padre: no salió á esto el Padre General, y así se dilató «la cosa hasta ahora, que no sé cómo se concluyó: sólo sé «decir, que sacó la licencia y vino á Roma en hábito de clérigo, «con diez personas de á caballo, poco más ó menos. Su venida «dió gran campanada, porque en los lugares todos por donde «pasaba se sabia que venia á entrar en la Compañía; y lo «mismo aquí en Roma, posando algunos pocos dias en casa del «Sr. Escipion Gonzaga. En esta sazon fué á pedir la bendicion «al Papa, y sabiéndose en su palacio sus intentos, le rodearon «los que allí estaban, que, como tenian tan diferentes preten-«siones de la suya, le miraban como á cosa milagrosa. Al fin «el lunes pasado, que como dije fué dia de santa Catalina, fué «á San Andrés con el mismo Patriarca, que se quedó tambien «allá á comer con el Padre General. Sus prendas y talentos «son tales, que aunque la nobleza es la que he dicho, puede «estar cierto que es lo menos que en él hay; porque su ingenio «es tal, que no teniendo aun diez y ocho años de edad, y

allí se le bañaba el corazon de dulzura, y se le llenaba el alma de fervorosos afectos de amor. El resto de la mañana pasaba en santo silencio y en oracion, ya vocal, ya mental, y á ratos leyendo algun punto devoto de san Agustin ó de san Bernardo.

CAPÍTULO V.

Del testimonio que de S. Luis dió el P. Jerónimo Plati.

Volviendo, pues, á nuestra historia, por esta ocasion se holgó mucho de ir á la casa profesa, en donde halló que cuidaba de los novicios el P. Jerónimo Plati, hombre de grande virtud y espíritu, y muy entendido y práctico en materia de perfeccion religiosa, como se ve por el libro que de esta materia imprimió, y por otros que con su temprana muerte no pudo perfeccionar, y se dejaron de imprimir, con no poco daño de las personas religiosas, á cuyo provecho se enderezaban, enseñándoles en ellos el modo fácil de desnudarse y descarnarse del mundo, de mortificar la carne, de enfrenar y moderar las pasiones del alma, de arrancar los vicios y malas inclinaciones, de adquirir las virtudes propias de un religioso, en órden á sí, en órden á los prójimos y en órden á Dios; de estas materias tenia ya hechos dos libros y medio cuando le atajó la muerte, y quedó la obra por acabar. Este Padre, pues, tan espiritual y cuerdo, se consoló grandemente cuando vió á Luis en sus manos, porque desde el primer dia que lo conoció, habia hecho gran concepto de él, como se ve por una carta de su mano, que por aquel tiempo habia escrito á un hermano estudiante de la Compañía que estudiaba en el colegio de Nápoles, en que le da nuevas de la vocacion y entrada de Luis; que, aunque en parte queda dicho arriba, me pareció ponerla aquí, para que se confirme con el testimonio de tan calificado testigo. Dice, pues, la carta así:

«Carísimo hermano en Cristo:

«*Pax Christi.* A la suya, que estos dias me dieron, carí«simo hermano Vitelleschi, no sé cómo responder mejor, que «dándole cuenta de un gran novicio que cinco dias ha entró «en San Andrés, el dia de santa Catalina. Llámase Luis «Gonzaga, hijo de un señor marqués, que tiene su Estado junto

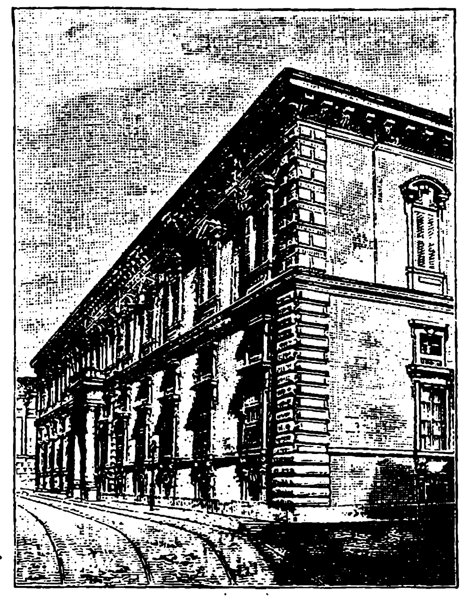
«al del Duque de Mantua, y es deudo muy cercano del mismo «Duque. Era este el hijo mayor, y el que sucedia en el «Estado; pero, escogiéndole Dios para sí, se resolvió habrá dos «años de entrar en la Compañía, estando en la corte del Rey «de España. Dió parte de su resolucion á su padre, que estaba «tambien allí, y volviendo de España escribió al Sr. Escipion «Gonzaga su deudo, que al presente es patriarca de Jerusalen, «para que lo hablase á nuestro Padre General, y se le ofreciese «de su parte. Por ser el primogénito y el sucesor del Estado, «fué necesario que renunciase primero su derecho en otro «hermano, para lo cual era menester licencia del Emperador; «y mientras se sacaba, pasaron algunos meses. Sacada la «licencia, cuando pensaba estar ya en el puerto, se halló atrás, «porque su padre le detuvo de nuevo, que ó bien por el amor «grande que le tenia, y por tener puestas en él sus esperanzas, «ó bien porque (como él escribe al Padre General) le parecia «todavía de poca edad, no acababa de darle licencia, y le «andaba entreteniendo de año en año. Aquí se descubrió la «constancia y fervor de este mozo; porque, si bien tenia á su «padre extraordinario respeto, pero no dejó jamás de importu-«narle y probar todos los medios posibles con él: viendo que «no aprovechaban, escribió varias veces al Padre General con «grande fervor, pidiéndole licencia para venirse sin despedirse «de su padre: no salió á esto el Padre General, y así se dilató «la cosa hasta ahora, que no sé cómo se concluyó: sólo sé «decir, que sacó la licencia y vino á Roma en hábito de clérigo, «con diez personas de á caballo, poco más ó menos. Su venida «dió gran campanada, porque en los lugares todos por donde «pasaba se sabia que venia á entrar en la Compañía; y lo «mismo aquí en Roma, posando algunos pocos dias en casa del «Sr. Escipion Gonzaga. En esta sazon fué á pedir la bendicion «al Papa, y sabiéndose en su palacio sus intentos, le rodearon «los que allí estaban, que, como tenian tan diferentes preten-«siones de la suya, le miraban como á cosa milagrosa. Al fin «el lunes pasado, que como dije fué dia de santa Catalina, fué «á San Andrés con el mismo Patriarca, que se quedó tambien «allá á comer con el Padre General. Sus prendas y talentos «son tales, que aunque la nobleza es la que he dicho, puede «estar cierto que es lo menos que en él hay; porque su ingenio «es tal, que no teniendo aun diez y ocho años de edad, y

«habiendo estado tanto tiempo en palacio, está muy bien en la «lógica y física. La prudencia y cordura de sus palabras, digo «cierto, que nos hace espantar; y no quiera mejor argumento «de esto, que saber que el Marqués su padre en las cosas de «su Estado se ayudaba de él; y en una carta en que se le «ofrece al Padre General, dice que le da la cosa más amada «y de mejor esperanza que tenia en el mundo. Pero todo es «nada en comparacion de su virtud y santidad; porque desde «la edad de ocho años, confiesa él mismo que comenzó á temer «á Dios, y bien se echa de ver por los sentimientos tan altos «que tiene, porque en la oracion tiene don de lágrimas con-«tinuo, un recogimiento perpetuo, que se descubre luégo en su «rostro y en su trato. Los de su casa dicen que tenia cada «dia cuatro ó cinco horas de oracion mental, sin las que tenia «de noche, que ellos no podian saber; porque de mucho tiempo «á esta parte no se dejaba descalzar de sus criados, sino que «se encerraba en su aposento, y hacia sus devociones sin otro «reloj ni medida que la de su fervor. Y porque no piense «que hablo con exageracion ó encarecimiento, el P. Andrés «Espínola, hablando con él quedó tan espantado de sus grandes «prendas y tan aficionado á ellas, que con hablar yo como «hablo, me dijo que hablaba muy tibiamente. Y este mismo «juicio han hecho de él el Padre General y los nuestros todos «aquí en Roma, y en Milan y en Mantua donde estuvo algun «tiempo. Lo que se sigue no sé si lo diga, porque temo que «seria aguarle el contento de esta nueva, como nos lo ha «aguado á nosotros en parte; pero quiéroselo decir para que «con eso lo encomiende á nuestro Señor. El caso es, que de «todo lo que se puede pedir de prendas naturales y sobre-«naturales, no le falta más que la salud, la cual es tan corta, «que en solo verle hace temer; y un dia ó dos antes de entrar «en la Compañía comenzó ya á sentir dolor en el pecho; si «bien dice que hubo ocasion particular (que tambien arguye «su devocion), porque dice que ayunaba los viernes á pan y «agua; y habiéndolo hecho este último viernes, y yendo el dia «siguiente á palacio á besar el pié al Papa, como dije, fué «fuerza aguardar en ayunas hasta más de las tres de la tarde, «y así quedó muy desflaquecido. Como quiera que sea, lo «cierto es, que, si se puede remediar, no quedará por falta de «providencia y cuidado, que así lo ha ordenado el Padre General,



San Luis se despide de su familia.
Tomado del cuadro del H. Martin Coronas de la Compañía de Jesus, que se conserva en el Colegio de San Ignacio de Manresa. (Véase el libro I, cap. 17.)

«y ya se ha comenzado á ejecutar: y quizá sin quizá le irá «mejor con el gobierno y discrecion de los superiores, que «guiado ó llevado de su fervor sin freno de discrecion. Así «que, es razon encomendarle á nuestro Señor: y no dude, que, «si Dios le da vida y salud, ha de ver en este hermano una «gran cosa para servicio de Dios y bien de nuestra Compañía. «Hele escrito esta nueva tan á la larga (si bien he dejado



Colegio de Brera, de la Compañía de Jesus en Milan,
en tiempo de S. Luis (hoy Museo de Brera).
(Véase el libro I, cap. 12, 13 y 14, y el libro II, cap. 22, 23 y 24.)

«hartas cosas de edificacion), porque le quepa parte del con- «tento grande que estos dias hemos tenido todos, que no se «habla de otra cosa; y en pago de esta nueva le pido que me «encomiende mucho á nuestro Señor, que me dé gracia de ser «verdadero hermano é imitador de tan preciosas joyas como «cada dia llama á esta Compañía. Al mismo Señor ruego que «le guarde y bendiga.

«De Roma, 29 de noviembre de 1585.

«Su hermano y siervo en Cristo.

«*Jerónimo Plati.*»

Esta es la carta de aquel Padre, que á la sazon aun no habia tratado y comunicado á Luis, y con todo esto se ve el concepto que tenia tan grande de sus cosas. Comenzando despues á tratarle y confesarle, y á tocar más en particular las cosas de su alma, hizo que le diese cuenta por menudo de ellas, y las fué escribiendo, cómo dijimos en el prólogo de este libro. Descubrió en él tan gran pureza, tanta luz del cielo y tan alto grado de perfeccion, que desde entonces le tuvo por santo, y por tal le publicaba siempre que se ofrecia ocasion. Hablando una vez entre otras con cierto Padre, de la gloria de los Santos, y diciendo cómo en el cielo se unen y transforman en Dios de suerte, que no quieren ni desean más de lo que ven que Dios quiere, «paréceme (dice) que veo un ejemplo «claro de esto en nuestro Luis, en cuya alma ven los Santos «del cielo que se complace sumamente Dios, y así ellos, trans- «formados y unidos con la voluntad de Dios, se emplean todos «en adornar aquella alma, y enriquecerla más y más de «dones del cielo, en hacerle mercedes, en rogar por él; y me «parece que andan á porfía á quién más le dará, segun lo «considero favorecido de Dios y de sus Santos, y adornado de «gracias y virtudes del cielo.» Pasando el mismo Padre por Siena, y encareciendo las heróicas virtudes de este santo mozo, dijo á un Padre, que se espantaba que, siendo tan santo como era, no hiciese muchos milagros. Lo mismo me acuerdo haber oido del cardenal Belarmino: que atenta la extraordinaria santidad que veia en él, se maravillaba cómo Dios no la publicaba con manifiestos milagros.

CAPÍTULO VI.

De su tenor de vida en la casa profesa.

Estuvo Luis en la casa profesa más tiempo de lo que suelen los otros novicios. Todos los dias, en acabando con su oracion mental, se iba á la sacristía, y ayudaba cinco ó seis misas con particular devocion y gusto; era muy compasivo de sus compañeros, principalmente de dos novicios que parecian algo delicados, y cuando más no podia, iba á quejarse al Superior, que aquellos hermanos no miraban

por su salud, y ayudaban más misas de las que podian. El rato que le sobraba en la sacristía, entre misa y misa, guardaba sumo silencio, y recogíase en algun rincon á meditar ó rezar el Oficio de nuestra Señora, ó leer algun libro espiritual. Si era necesario preguntar ó decir algo al hermano sacristan, hablábale con el bonete en la mano y las manos puestas delante del pecho, con tanto respeto y sumision, que el sacristan se confundia: cumplia sus órdenes con tanta puntualidad, como si él mismo Cristo en persona se las hubiera dado.

Ordenóle el sacristan un Jueves Santo, que se estuviese cabe el monumento, y cuidase de las velas, que ardiesen bien: estúvose allí algunas horas, sin levantar los ojos á mirar el aderezo, no obstante que habia harto que ver, y mucho concurso de gente por verlo. Preguntóle despues un connovicio, qué le habia parecido del monumento. Respondió él, que no lo habia visto, porque el sacristan le habia mandado atender á las velas, y no le pareció que cumplia puntualmente divirtiéndose á otra cosa. No era menor el respeto y reverencia con que miraba á aquel hermano novicio que tenia algun modo de superintendencia sobre los otros; porque, aquella sombra de superior que habia en él, bastaba para que le respetase como si fuera el mismo General: en viéndole pasar, se levantaba en pié, quitábase el bonete, y hacíale una grande reverencia, de suerte, que el novicio, confuso de verse tan respetado, se quejó al superior, el cual moderó á Luis en aquellas cortesías. No hay que espantarse de que respetase y obedeciese tan exactamente á semejantes personas, porque jamás los miraba como hombres, sino como á vicarios de Dios; y así tomaba lo que le decian como si se lo dijera Cristo por su boca: en lo cual, no sólo hallaba el provecho del mayor mérito que hay en tal modo de obediencia, sino un consuelo y dulzura especial, considerando que le hablaba Cristo, y que se le ofrecia ocasion de servirle y obedecerle. Añadia que con más gusto obedecia á estos superiores subordinados é ínfimos, que á los supremos y absolutos; y esto no tanto por humildad (decia él) cuanto por un modo de soberbia: porque, si se hubiera de mirar con ojos humanos, dificultoso es que un hombre se sujete á otro, principalmente cuando no le reconoce por superior sino por inferior en prudencia, en nobleza ó en otras prendas; pero el sujetarse uno á Dios, ó á un hombre en lugar de Dios (que viene á ser lo

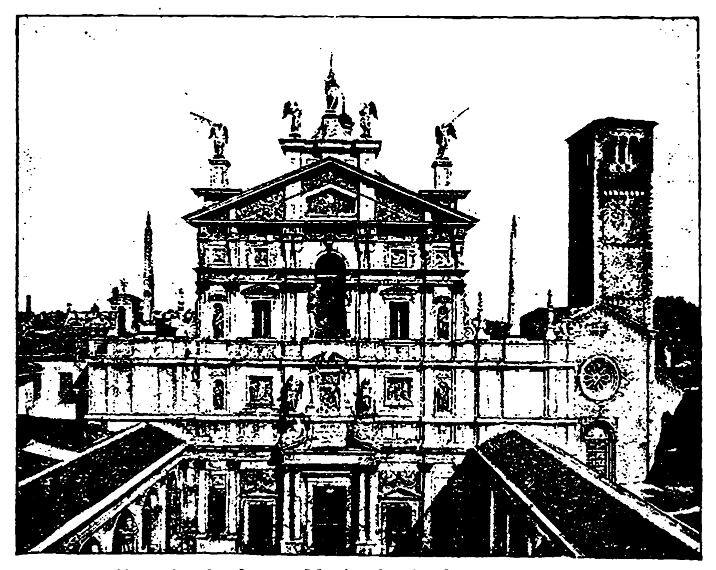
mismo), es cosa de grande honra: y es más claro que se hace por Dios, cuando hay menos de razones humanas, y la persona á quien se obedece tiene menos prendas que la hagan digna por sí misma de aquel respeto.

Acabadas las misas, se dan los novicios á leer en el refitorio, unos á primera mesa, otros á segunda; otros á servir en la cocina por su órden. Cuando le tocaba este oficio á Luis, se alegraba mucho, y hacia aquel humilde ministerio como si no hubiera ejercitado otro en toda su vida. Cuando le tocaba leer en refitorio, lo hacia con devocion y consideracion. Sucedió que una vez, leyendo, hubo no sé qué ruido junto al refitorio, y no se pudo entender bien lo que leia. Tomó de aquí ocasion el novicio superintendente, y reprendióle, diciendo que por su culpa los padres y hermanos habian perdido el fruto que pudieran sacar de la leccion: y encarecia mucho el daño espiritual, llamándole con este nombre por ver si se excusaba: él estuvo muy léjos de eso, antes le pidió perdon con mucha humildad, ofreciendo la enmienda en adelante, y en recompensa le repitió luégo lo que habia leido, por no ser causa en él de aquel daño espiritual.

Viéndole el P. Jerónimo Plati tan dado á la oracion y á los ejercicios espirituales, mandóle, por distraerle algo, que á mediodía y á la noche, despues de primera quiete, se quedase otra media hora con los que habian comido á segunda mesa, aunque él fuese de primera. Obedeció él; pero el ministro, que no sabia nada de esta órden, hallándole á segunda quiete, le dió una penitencia pública en refitorio, haciéndole decir su culpa de haber quebrado la regla que manda guardar silencio fuera de aquella hora que se señala para recreacion despues de comer. Cumplió él su penitencia, sin excusarse ni decir la órden que tenia del maestro de novicios; y prosiguió cumpliéndola de la misma manera, quedándose á segunda quiete, como se lo habian mandado. Hallóle el ministro segunda vez, y espantado dióle otra penitencia de nuevo; la cual él cumplió sin decir más que la primera vez. Despues de comer, llamóle el P. Plati, y díjole que habia escandalizado á los Padres, viendo á un novicio dos veces arreo penitenciado por la misma falta: preguntóle por qué no habia dicho al ministro que tenia licencia y órden para hacer lo que hacia. Respondió á esto, que ya se le habia ofrecido que, callando, quizá se escandalizarian de su falta; pero

que por otra parte temia que en el excusarse se escondiese algo de amor propio, y que con aquella capa queria huir la penitencia; y así se habia resuelto en callar aquellas dos veces, con intento de excusarse á la tercera, si volviese el ministro, por no causar más escándalo con su silencio.

Era cosa de grande edificacion ver la paciencia y alegría con que aceptaba las penitencias que le daban, aunque no hubiese habido de su parte culpa ni descuido en lo que se le



Templo de Santa Maria de S. Celso en Milan,
muy frecuentado de S. Luis. (Véase el libro I, cap. 12.)

decia; porque estas dos cosas de culpa ó descuido, rara vez ó nunca se veian en él. Lo que sucedia muchas veces era, que le daban penitencias por faltas ajenas, callando él cómo si fueran suyas; pero algunas veces se venia á descubrir, porque los que las habian hecho, viéndole penitenciado por su causa, con una santa emulacion se venian á manifestar y pedir la penitencia.

A las tardes solia ir á acompañar algun Padre algunas veces á las cárceles, otras á los hospitales, como acostumbran

ir los Padres operarios de aquella casa muy de ordinario; y mientras los Padres confesaban los enfermos ó presos, él estaba catequizando y disponiendo á otros. Si se quedaba en casa, se ocupaba en barrer ó en otros oficios hajos. Una vez, entre otras, estaba con los otros novicios en una solana, cogiendo la ropa blanca y doblándola: habiendo estado allí un rato, acordóse que aquel dia no habia leido en san Bernardo como solia todos los dias. Vínole deseo de ir á cumplir con su devocion; y aunque podia ir libremente despues de haber estado un rato en aquel oficio, no se quiso ir, diciendo á su pensamiento: si vas á leer en san Bernardo, ¿qué otra cosa sacarás de la leccion, sino que es bueno obedecer? Pues, haz cuenta que lo has leido, y estate más tiempo obedeciendo. De las reglas era tan observante, que por ningun respeto se dejó vencer á faltar en ninguna, por mínima que fuese. Un dia, estando en la sacristía, fué allá el señor Cardenal de la Róvere su pariente á hablarle: él se excusó humildemente, diciendo que no tenia licencia; de que quedó el Cardenal grandemente edificado, y no quiso hablarle hasta tener licencia del Padre General. Finalmente procedió en todo tan ejemplarmente, con tanta edificacion y perfeccion, que de toda la casa era amado con particularidad, y tenido por santo: estuvo allí cerca de dos meses, y al cabo volvió al noviciado de San Andrés.

CAPÍTULO VII. III.

De cómo acabó su noviciado.

Vuelto Luis al noviciado de San Andrés, muy edificado de los buenos ejemplos que habia visto en la casa, lo primero de todo dió cuenta á su maestro de novicios de todo lo que habia pasado por su alma aquellos dos meses; y luégo prosiguió con las ocupaciones y ejercicios del noviciado, con más fervor y cuidado que antes. La observancia y perfeccion de su vida era tal, que no sólo los otros no le reparaban falta, pero aun él mismo (que tan menudamente hacia reflexion de sus cosas, que parece que andaba haciendo de continuo anatomía de los más delicados pensamientos) no hallaba cosa de que reprenderse, lo cual se supo por haber ido él un dia á su maestro muy afligido de

esto, porque, haciendo con gran cuidado el exámen de conciencia, no hallaba en sí cosa que llegase á pecado venial; y dábale esto grande pena, por temer que naciese de falta de conocimiento, y receläbase si acaso habia llegado su alma á aquellas tinieblas espirituales, de que tantas veces habia oido y leido, que la ponen en gran peligro.



Milagrosa imágen de N.ª S.ª de S. Celso, en Milan, que con frecuencia visitaba S. Luis. (Véase el libro I, cap. 12.)

Bien se ve por este caso la pureza grande de su alma, pero no es tanto de espantar si se atiende á las gracias y ayudas tan grandes, que para ello tenia, de que pondremos aquí algunas. Lo primero, el cuidado grande que desde niño habia puesto en mortificar sus pasiones, y el hábito que habia ya adquirido, que parecia haber llegado ya á un modo de insensibilidad ó impasibilidad, que ni aun primeros movimientos sentia en su alma en las cosas humanas. Muchas personas, que en la Religion le trataron, afirman con juramento, que no sólo no repararon en él cosa que llegase á pecado venial, pero ni una mínima señal de cólera ó impaciencia, ni un movimiento primero de ninguna pasion. Lo cual es más digno de admiracion, por no nacer en él de insensibilidad ó frialdad natural (como dije

ir los Padres operarios de aquella casa muy de ordinario; y mientras los Padres confesaban los enfermos ó presos, él estaba catequizando y disponiendo á otros. Si se quedaba en casa, se ocupaba en barrer ó en otros oficios hajos. Una vez, entre otras, estaba con los otros novicios en una solana, cogiendo la ropa blanca y doblándola: habiendo estado allí un rato, acordóse que aquel dia no habia leido en san Bernardo como solia todos los dias. Vínole deseo de ir á cumplir con su devocion; y aunque podia ir libremente despues de haber estado un rato en aquel oficio, no se quiso ir, diciendo á su pensamiento: si vas á leer en san Bernardo, ¿qué otra cosa sacarás de la leccion, sino que es bueno obedecer? Pues, haz cuenta que lo has leido, y estate más tiempo obedeciendo. De las reglas era tan observante, que por ningun respeto se dejó vencer á faltar en ninguna, por mínima que fuese. Un dia, estando en la sacristía, fué allá el señor Cardenal de la Róvere su pariente á hablarle: él se excusó humildemente, diciendo que no tenia licencia: de que quedó el Cardenal grandemente edificado, y no quiso hablarle hasta tener licencia del Padre General. Finalmente procedió en todo tan ejemplarmente, con tanta edificacion y perfeccion, que de toda la casa era amado con particularidad, y tenido por santo: estuvo allí cerca de dos meses, y al cabo volvió al noviciado de San Andrés.

CAPÍTULO VII. III.

De cómo acabó su noviciado.

Vuelto Luis al noviciado de San Andrés, muy edificado de los buenos ejemplos que habia visto en la casa, lo primero de todo dió cuenta á su maestro de novicios de todo lo que habia pasado por su alma aquellos dos meses; y luégo prosiguió con las ocupaciones y ejercicios del noviciado, con más fervor y cuidado que antes. La observancia y perfeccion de su vida era tal, que no sólo los otros no le reparaban falta, pero aun él mismo (que tan menudamente hacia reflexion de sus cosas, que parece que andaba haciendo de continuo anatomía de los más delicados pensamientos) no hallaba cosa de que reprenderse, lo cual se supo por haber ido él un dia á su maestro muy afligido de

esto, porque, haciendo con gran cuidado el exámen de conciencia, no hallaba en sí cosa que llegase á pecado venial; y dábale esto grande pena, por temer que naciese de falta de conocimiento, y recelábase si acaso habia llegado su alma á aquellas tinieblas espirituales, de que tantas veces habia oido y leido, que la ponen en gran peligro.



Milagrosa imágen de N.ª S.ª de S. Celso, en Milan, que con frecuencia visitaba S. Luis. (Véase el libro I, cap. 12.)

Bien se ve por este caso la pureza grande de su alma, pero no es tanto de espantar si se atiende á las gracias y ayudas tan grandes, que para ello tenia, de que pondremos aquí algunas. Lo primero, el cuidado grande que desde niño habia puesto en mortificar sus pasiones, y el hábito que habia ya adquirido, que parecia haber llegado ya á un modo de insensibilidad ó impasibilidad, que ni aun primeros movimientos sentia en su alma en las cosas humanas. Muchas personas, que en la Religion le trataron, afirman con juramento, que no sólo no repararon en él cosa que llegase á pecado venial, pero ni una mínima señal de cólera ó impaciencia, ni un movimiento primero de ninguna pasion. Lo cual es más digno de admiracion, por no nacer en él de insensibilidad ó frialdad natural (como dije

en otro lugar), pues junto con ser mozo y de complexion sanguínea, era tan agudo y pronto, que excedia mucho la capacidad de sus años; y así hemos de confesar que sólo nacia de la gracia de Dios, y del largo y continuo ejercicio de mortificacion, con que habia adquirido hábitos tan intensos, que no dejaban salir á luz los primeros movimientos de la naturaleza. Añadíase á esto el no gobernarse jamás por su afecto (que muchas veces hace pasar los términos de la razon), sino por la luz y conocimiento que Dios le daba. Solia decir, que hay gran peligro de caer en muchas faltas, cuando hay afecto á la cosa de que se trata: por esto no se embarazaba en porfía, por ligera que fuese, en las quietes ó conversaciones, sino decia simplemente su parecer, y si le contradecian dejábalo: cuando mucho, en apoyo de la verdad daba alguna razon con apacibilidad y cortesía; despues, si los otros porfiaban, no salia á ello, sino callaba, como si no le tocara á él aquel punto. Ultra de esto, despedia con gran presteza de sí cualquier deseo, no sólo indiferente, pero aun bueno y santo, si le parecia que le podia algun tanto turbar la paz y quietud de su alma, y causarle algun desasosiego ó solicitud demasiada: por esto gozaba de una paz y serenidad perpetua, que por el continuo uso parece que ya se le habia hecho connatural. Pero lo que más que todo le ayudaba, era el andar, no sólo con presencia continua de Dios, lo cual le hacia obrar en todas sus acciones con la mayor perfeccion que podia, sino á más de esto unido siempre con Dios por medio de la oracion, de la cual hacia tanto caso, como si en sola ella consistiera el alcanzar la perfeccion. Solia él decir, que, quien no es hombre de oracion y de recogimiento, no es posible que alcance perfecta victoria de sus pasiones, ni santidad perfecta y eminente, como lo vemos por experiencia; y que cuando en personas religiosas se ve inmortificacion, turbacion, inquietud, descontento, todo nace de no usar de este medio de la oracion y meditacion, que llamaba él atajo para la perfeccion; y deseaba grandemente persuadir á todos esta verdad, porque pensaba que el que una vez comenzase á experimentarla, no podia jamás dejarla. Maravillábase y doliase juntamente de algunos que, si alguna vez por causas necesarias no podian tener la oracion ordinaria, se iban poco á poco olvidando y entibiando, de suerte, que aun sin causa ni necesidad la venian despues á dejar, por el hábito que habian hecho.

CAPÍTULO VIII.

Del señalado don de oracion que tuvo.

Luis era tan aficionado á este santo ejercicio, que su descanso y alegría era el tiempo señalado para orar, y de lo que experimentaba en sí tenia observados algunos documentos excelentes en esta materia; de suerte, que cuando el P. Roberto Belarmino (que ahora es cardenal) daba los puntos de la meditacion á los hermanos estudiantes en tiempo de ejercicios en el colegio Romano, dándoles de camino alguna advertencia para instruirlos en el modo de orar, solia añadir: Esto aprendí de nuestro hermano Luis.

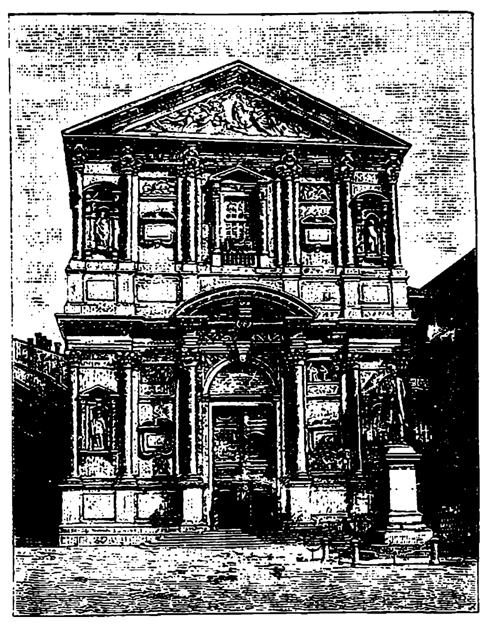
Ponia gran cuidado en aparejarse para la oracion; todas las noches, antes de acostarse, gastaba por lo menos medio cuarto de hora en prevenir y disponer los puntos que habia de meditar á la mañana: luégo el dia siguiente procuraba estar desembarazado buen rato antes que se tocase á oracion; en este tiempo se recogia, sosegando y purificando el corazon de todo cuidado y solicitud, porque decia no ser posible, si el alma al tiempo de la meditacion tiene algun cuidado, aficion ó deseo, que logre de ella que atienda bien á lo que medita, y reciba en sí la imágen de Dios, en quien por medio de la meditacion desea transformarse. Acuérdome haberle oido á este propósito traer esta comparacion: que así como el agua, cuando está alborotada, no representa la figura del hombre que se llega á ella, por estar turbia, ó por lo menos, ya que esté clara, no representa los miembros unidos con el cuerpo, sino como cortado y partido, divididos los miembros unos de otros; así el alma que al tiempo de la oracion está turbada con los vientos de sus pasiones y deseos, no tiene la disposicion necesaria para recibir en sí la imágen de Dios, ni para representar y transformarse en la semejanza de aquella soberana Majestad que contempla. En tocando á oracion, se hincaba de rodillas con la mayor reverencia que podia, y ponia suma diligencia en atender á lo que meditaba: tanto, que si se le ocurria necesidad de escupir, no se atrevia por no distraerse. Actuábase con tanta intension en lo que meditaba, que concurriendo los espíritus vitales á la parte superior, quedaban desamparados los miembros del cuerpo, y tan flacos y sin fuerzas,

que acabada la oracion no se podia tener en pié. Sucedióle muchas veces, despues de la oracion, por algun rato quedar tan fuera de sí, que no sabia dónde estaba, ni reconocia el puesto ni el camino: lo cual le acontecia más veces cuando contemplaba los atributos divinos, como la bondad, la providencia, el amor que Dios tiene á los hombres, y en particular la infinidad de Dios, que cuando pensaba en ella, era cuando más se abstraia y arrebataba.

En la oracion tenia don de lágrimas tan continuas y abundantes, que fué necesario que los superiores le diesen razones y medios para moderarlas, por miedo que le hiciese mal á la cabeza y ojos tanto llorar; si bien no le aprovechó ningun remedio. Lo que más espanta es, que de ordinario en su oracion no sentia distraccion ninguna, de que dan testimonio sus confesores, en especial el cardenal Belarmino; que es un privilegio tan grande, como podrá cada uno rastrear por lo que en sí mismo experimenta en esta materia. Nacia en él esta firmeza tan grande de la atencion, no sólo de la gracia de Dios, que con especial concurso le ayudaba, sino tambien de haber rendido con el largo uso de meditar su imaginacion, y ganado sobre ella tan grande señorío, que no le venia otra imaginacion ni pensamiento, sino el que queria, y en aquel cuando queria clavaba la atencion, de suerte, que ni oia lo que los otros decian, ni tenia peligro de distraerse. En todo el tiempo que estuvo en la Religion no reparó jamás que le fuesen en tiempo de oracion á visitar; siendo así que se visitan todos los aposentos á aquella hora cada dia en el noviciado, y en los colegios casi cada dia, para ver si están todos en oracion; que es buena señal de cuán atento estaba á su oracion, y cuán poco atendia á todo lo demás.

Tienen obligacion los de la Compañía, al principio del noviciado y despues por toda la vida, cada seis meses dar cuenta al superior de lo interior de sus almas, descubriéndoles no sólo los defectos, pero aun las gracias y virtudes, para que el superior que los gobierna, siendo informado, pueda con paternal providencia moderar los excesos, defenderlos de los engaños é ilusiones que en la via espiritual se suelen ofrecer, y guiar mejor sus súbditos á la perfeccion. Por esta via se supieron muchas cosas de san Luis, que por guardar su regla y por deseo de ser enderezado descubria á sus superiores y

padres espirituales, con llaneza y sinceridad, lo que Dios obraba en su alma: y es bien advertirlo, porque no se le haga á alguno de nuevo que él descubriese sus virtudes y gracias, pues lo hacia obligado de la regla y de la obediencia, y fuera de eso jamás hablaba de cosa suya. Dando, pues, una vez cuenta de la conciencia, y preguntándole el superior si sentia distracciones en la oracion; respondió llanamente, que si las



Antiguo templo de S. Fidel de la Compañía de Jesus, en Milan, en el cual comulgó frecuentemente S. Luis durante los ocho ó nueve meses que vivió en aquella ciudad. (Véase el libro I, cap. 12.)

distracciones que habia tenido aquellos seis meses se juntasen, le parecia que entre todas llegarian á menos de una Ave María de tiempo.

Alguna más dificultad sentia en las oraciones vocales: no porque en ellas se distrajese, sino por no poder penetrar tan presto y con tanta facilidad el sentido del salmo ó de lo que iba rezando: pero con todo en esas mismas oraciones vocales tenia grandes sentimientos y gustos, especialmente en

los salmos, transformando su alma en aquellos afectos de que ellos están llenos. Eran á veces estos afectos tan vehementes, que no podia sin gran dificultad y fuerza pronunciar las palabras, y por esta razon, rezando como rezaba el Oficio mayor en el noviciado por su devocion, gastaba cuando menos una hora en rezar solo los Maitines. Entre las materias que meditaba, tenia particular devocion y sentimiento en la pasion de Cristo Señor nuestro, cuya conmemoracion rezaba siempre al mediodía, con una breve antífona, poniéndose delante de los ojos á Cristo crucificado; y esto con tanto sentimiento y recogimiento interior, que, como él decia, siempre á aquella hora se le representaba vivamente la hora y el tiempo del viernes de la cruz. Del misterio del Santísimo Sacramento ya dijimos los gustos y sentimientos que tenia en sus meditaciones.

Tambien tenia especial devocion con los Angeles, en especial con el de su guarda, y tenia particular gusto en meditar de esta materia, en la cual le daba Dios altísimos sentimientos, como se puede ver en aquella tan devota meditacion de los Angeles, que está en la segunda parte de las meditaciones del P. Vicente Bruno[8] (alegada y alabada con razon por el Dr. Andres Vittorelli[9] en los eruditos libros que hizo *De custodia Angelorum*), que toda ella en las cosas y en las palabras es de san Luis, á quien el P. Vicente le pidió aposta que la hiciese, por saber la devocion grande que tenia á los Angeles, y que conforme á ella serian los sentimientos que Dios le habria dado de ellos, y que seria bien tenerlos por escrito. Ultra de esto, hallé un papel de su mano, con un apuntamiento á propósito de los Angeles, que dice así:

Oracion de los Angeles en comun.

«Considera que estás entre los nueve coros de los An-
«geles, que están orando delante de Dios, y cantando aquel
«himno *Sanctus Deus, Sanctus fortis, Sanctus et immortalis,*
«*miserere nobis;* y así debes procurar hacer oracion con ellos,
«repitiendo nueve veces las mismas palabras. Al Angel de tu
«guarda te has de encomendar en particular tres veces al dia:
«á la mañana, con la oracion *Angele Dei;* á la noche con la
«misma; y entre dia, cuando vas á la iglesia á visitar los al-
«tares. Haz cuenta que tu Angel es menester que te guie,
«como á ciego, que no ve los tropiezos y peligros que hay en

«la calle, y se pone totalmente en las manos y providencia «del que le guia.» Hasta aquí son sus palabras.

Finalmente, se puede con verdad decir que toda su vida era una continua oracion, porque con la costumbre de tantos años, y tan largo ejercicio de orar y de abstraerse de las cosas sensibles, habia adquirido hábito, de suerte, que donde quiera y en cualquiera ocupacion, más estaba en lo interior que en lo exterior: antes habia llegado á estado, que apenas se servia de los sentidos exteriores, como de los ojos para ver, ni de los oidos para oir, sino que todo se estaba dentro de sí, y allí solo hallaba descanso y gusto; y al contrario, si sucedia sacarle de allí, aunque la ocasion fuese de importancia, no podia menos de sentir dolor, como si desencajaran un miembro de su lugar; y así no habia para él cosa más fácil que estarse todo el dia pensando en Dios, aun en medio de las ocupaciones exteriores, en las cuales se conservaba muy fácilmente en su recogimiento y atencion interior, y le fuera muy dificultoso el distraerse. El mismo confesó de sí una vez, que tanta dificultad sentia él en no pensar en Dios, como otros decian sentian en recoger el pensamiento para tenerle en Dios; porque mientras procuraba no pensar en Dios, era menester estarse haciendo continua fuerza y resistencia á sí mismo; y esta violencia tan grande le hacia más daño á la salud, que le hiciera el estar siempre pensando en Dios. Visitábale nuestro Señor entre dia, y aun en medio de las ocupaciones, con grandísimos consuelos, los cuales no eran sólo de paso, sino que duraban á las veces una hora y más, y le llenaban el alma de suerte, que rebosaba en el cuerpo, y parecia que se abrasaba todo, encendiéndosele el rostro, en testimonio del fuego celestial que ardia en su pecho. Otras veces se le encendia el corazon con esta llama divina, de suerte, que con una continua y vehemente palpitacion parecia que le queria saltar fuera del cuerpo.

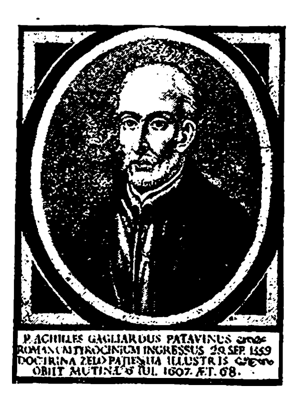
Como su alma andaba bien entretenida con estos gustos y deleites interiores, cuidaba poco del cuerpo, y así cada dia se iba enflaqueciendo y debilitando más: el dolor de cabeza, en vez de disminuirse, se aumentaba de suerte, que los superiores, juzgando que no era posible durar mucho con aquel modo de atencion tan continua, principalmente cayendo en sujeto tan delicado y gastado de los rigores é indiscreciones pasadas, se resolvieron en quitarle de todo punto los ayunos,

las abstinencias, las disciplinas y penitencias corporales; añadiéronle tambien más sueño, y quitáronle del tiempo de la oracion, al principio media hora, despues toda, apretándole más, que ni aun las oraciones jaculatorias, que hacia muy á menudo, no las usase sino raras veces: en suma, le dijeron que cuanto menos oracion tuviese, tanto más se conformaria con la obediencia.

Diéronle á más de esto diferentes ocupaciones manuales, á fin de divertirle con ellas lo más que pudiesen de los ejercicios mentales, y que no le quedase tiempo para ellos; procuraban tambien persuadirle con razones, que le corria obligacion de moderarse para gloria de Dios, y de procurar con este fin conservar la salud; y él no tenia de su parte dificultad en rendirse y dejarse gobernar, por ser como era tan obediente y rendido, como se vió en esta misma ocasion. Porque no faltó un cierto Padre, que para su consuelo se ofreció sacarle licencia del Padre General, para tener cada dia una hora de oracion mental, dispensando en la prohibicion del maestro de novicios; pero él, viéndose muy inclinado á haber aquella licencia, con peligro de turbarse algo si se la negasen, pareciéndole que era esto contra la indiferencia que debe tener el súbdito, y contra la obediencia que le habian puesto; se hizo fuerza para no sentir aquella inclinacion, sino reducirla en todo á su indiferencia ordinaria.

La dificultad no estaba en esto, sino en que no sabia qué hacerse para cumplir con lo que le habia ordenado el superior: porque, si bien se hacia fuerza para no pensar en Dios, pero cuando menos pensaba, poco á poco se hallaba metido en Dios; y como la piedra por sí misma se va al centro, así parece que su alma naturalmente se iba á Dios; y si le sacaban de allí con violencia, luégo se volvia á su centro en hallando lugar. Y así un dia, con la pena que sentia en no poder cumplir aquella obediencia, hablando con ingenuidad con un Padre,[10] le dijo estas palabras: «Verdaderamente yo no sé qué me haga. «El Padre rector me manda que no tenga oracion, porque la «atencion no me haga mal á la cabeza, y á mí me cuesta «mayor trabajo el divertir el pensamiento de Dios, que el pensar «siempre en él. Porque esto segundo se me ha hecho ya «connatural con el uso, y no hallo en ello pena, sino reposo «y quietud. Con todo eso, haré cuanto pudiere por obedecer.»

Viéndose, pues, con este entredicho tan riguroso en materia de oracion, íbase como en recompensa muchas veces al coro á hacer reverencia al Santísimo Sacramento, y en entrando, apenas se hincaba de rodillas, cuando se levantaba y huia, porque no le cogiese allí algun buen pensamiento que le arrebatase y divirtiese: pero poco le aprovechaba su diligencia; porque cuanto él más procuraba huir de Dios por cumplir su obediencia, tanto más parece que andaba Dios tras él para comunicársele, y entre dia le visitaba muy á menudo con luces y consuelos celestiales, que le dejaban lleno el corazon. Cerraba él las



P. Aquiles Gagliardi, de la Compañía de Jesus.
De un cuadro al oleo de la Universidad Gregoriana de Roma.
(Véase el libro I, cap. 13, y nota 42; y el libro II, cap. 23, y nota 21.)

ventanas de su alma, por no recibir aquella luz y faltar á su obediencia, y con profunda humildad decia á Dios: *Recede a me, Domine, recede a me.* Apartaos, Señor, de mí, apartaos de mí: procurando con fuerza distraerse. Tenia tambien no poca dificultad en aplicar los sentidos exteriores á hacer su oficio, porque, en llevándole aquel pensamiento interior, no parece que podia ver ni oir cosa ninguna. Con este modo de perfeccion y santidad pasó todo el tiempo que estuvo en el noviciado de San Andrés,[11] que fué hasta el fin de octubre de 1586, con admiracion grande de los superiores que gobernaban su alma, y con igual provecho y edificacion de sus connovicios, que á porfía procuraban tratarle y comunicarle, por el provecho que sacaban de sus palabras y ejemplos.

CAPÍTULO IX. IV.

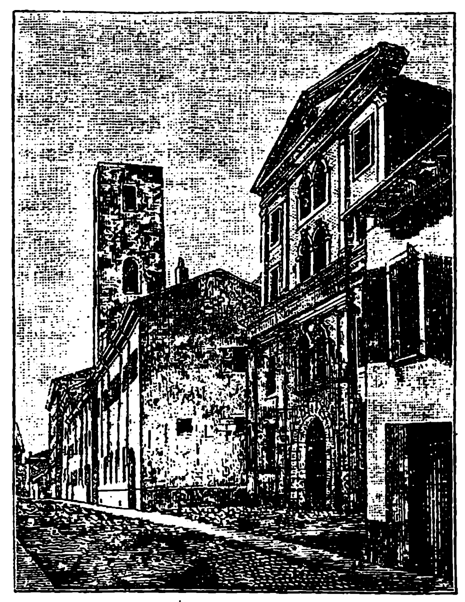
De la santidad de su maestro de novicios, á quien Luis procuraba imitar.

Al tiempo que san Luis era novicio en el noviciado de San Andrés de Roma, era rector de aquella casa y juntamente maestro de novicios el P. Juan Bautista Pescatore, natural de Novara, persona de rara virtud y perfeccion, de que dan buen testimonio muchos hijos espirituales que crió, y se honran de haber tenido por padre y maestro de su espíritu un hombre tan señalado. Era este Padre muy riguroso consigo, afligiendo de continuo su cuerpo con abstinencias, con ayunos, con cilicios y disciplinas, quitándose el sueño y todo género de regalo; y aunque él hacia todo esto con mucho secreto, no podia ser tanto, que se encubriese á los ojos de tantos hijos suyos, que los tenian abiertos para notar é imitar sus acciones.

Su compostura en la persona, en el vestido, en el andar, en el sentarse, en todas sus acciones era tal, que parecia un retrato de la misma modestia. En su rostro resplandecia siempre una serenidad alegre, y una risa grave y apacible, que alegraba á los que le miraban. No perdia esta serenidad, ni mudaba semblantes por variedad de sucesos; pues ni con los adversos se entristecia, ni con los prósperos se alegraba demasiado, sino en todos guardaba el mismo tenor, como quien tenia sosegadas las pasiones, y gozaba de perpetua paz y tranquilidad, sin vérsele jamás una mínima señal de impaciencia ó de cólera. Era gran despreciador de sí mismo, y como tenia tan bajo concepto de sí, así lo mostraba en todas sus acciones con profunda humildad.

No se pueden encarecer las veras con que se daba á la oracion de dia y de noche. Puédese rastrear el don grande que Dios le habia dado, y la merced que le hacia en ella, de lo que sucedió, que mientras los demás dormian, él se estaba en oracion en la sala del noviciado, donde ahora está la enfermería: allí le hallaron en el aire levantado algunos palmos del suelo, como me lo ha testificado el que le sucedió en el oficio, y se imprimió en las ánuas de la Compañía del año

de 1591, donde se pone algo de sus virtudes, tratando del colegio de Nápoles. Era gran observador en las reglas que escribe san Basilio para los religiosos, y tan devoto de las Colaciones de Casiano, que se podia decir que las sabia de memoria, procurando poner por obra muy á la letra lo que



Antiguo Colegio de la Compañía de Jesus de Mantua,
donde moró S. Luis en Julio de 1585 y Octubre y Noviembre de 1589.
La parte del Colegio próxima al Templo perteneció antes á D. Ferrante, padre de S. Luis.
(Véase el libro I, cap. 14, y nota 43; y el libro II, cap. 20 y 21.)

aquellos Padres antiguos enseñaron y practicaron. Sus palabras eran muy consideradas y medidas, sin decir jamás palabra ofensiva ó que no fuese de edificacion. Su conversacion era muy apacible, mezclando á sus tiempos algunas gracias y agudezas dentro de los términos de la modestia religiosa, que le hacian más amado de todos. Con los pobres mendigos y más con los vergonzantes era tan compasivo, que tal vez se lee que se quitó los vestidos que traia para cubrirlos con ellos.

En el gobierno templaba la severidad con una grande apacibilidad, y sabia juntar en uno la gravedad con la afabilidad, de suerte que se hacia respetar de sus súbditos, pero sin pesadumbre ni enfado. Amábalos tiernamente, especialmente á los novicios, de quien cuidaba como si fuera padre y madre y ama de cada uno; sufria con paciencia y con espera sus imperfecciones, hasta ir poco á poco desbastándolos é introduciéndoles la forma que pretendia. No se alteraba ni mostraba desabrimiento con sus faltas, ni daba á entender que por ellas quedase impresionado ó con menos buen concepto de la persona: lo que hacia era avisarles con suavidad y amor, y á veces con risa por quitarles el empacho, y porque no pensasen que hacia mucho caso de aquellas faltas. Con esto los animaba y consolaba, sin despedirlos jamás de su aposento hasta enviarlos animados y contentos. Condescendia y acomodábase maravillosamente á las condiciones de todos, de suerte, que podia decir con verdad: *Omnibus omnia factus sum, ut omnes Christo lucrifaciam;* procurando saber la inclinacion de cada uno para guiarle por allí á la perfeccion, como quien sabia que no pueden ir todos por un camino. No queria que sus novicios pusiesen todo su cuidado en un modo de modestia ó afectacion exterior, que á cuatro dias se cae en saliendo del noviciado; sino que desde luégo se habituasen á la modestia que habian de guardar por toda la vida, y que el principal cuidado le empleasen en procurar fundarse en virtudes sólidas y abnegacion de sí mismos. Queria que los novicios estimasen y respetasen á los antiguos, teniendo de ellos el concepto que es razon; y solia decirles, que en materia de espíritu y de virtud, habian de persuadirse, que va tanta diferencia de los novicios á los que están estudiando en los colegios, como de los que aprenden el A, B, C, á los que estudian facultades mayores. Yo he hablado y tratado con muchos que fueron sus novicios y súbditos: todos universalmente veo que le tenian por santo, y no acaban de alabar su modo de gobierno; y la razon es la caridad, la humildad y el agrado que todos hallaban en él; y lo que es más la igualdad tan grande, que cada uno se persuadia que él era el más querido, y con esto todos le amaban tiernamente y acudian á él con confianza en todas sus necesidades.

A los novicios enseñaba no menos con el ejemplo que con las pláticas y exhortaciones, las cuales tenian tanta mayor eficacia, cuanto con las obras hacia primero todo lo que decia, sin haber en él cosa que se pudiese notar ó corregir. Algunas cosas se refieren de él milagrosas, como fué apagarse un fuego con su presencia, que muchos con agua y con mucho trabajo no habian podido apagar. Tambien se dice que tenia don de saber las cosas ausentes que hacian sus súbditos, y conocerles los pensamientos y el interior de sus almas, de que traen muchos ejemplos algunos Padres muy graves, de cosas que le sucedieron en Roma y en Nápoles. Tenia tambien fama desde el año de 1582, que hallándose el noviciado en mucha necesidad por faltar lo necesario para el sustento, estando él en su aposento encomendándolo á nuestro Señor y pidiéndole remedio, llegó á la portería un Angel en figura de un mancebo, y haciéndole llamar, le puso en la mano no sé qué cantidad de dineros, para remediar la necesidad presente, y luégo desapareció. Por estas cosas le tenian todos en concepto de santo, de suerte, que cuando murió rector del colegio de Nápoles, habiendo recibido el Viático, procuró él mismo quitar aquella opinion á los presentes, que estaban notando sus acciones como de santo; pero cuanto él más hizo por encubrir su santidad, tanto más descubrió su humildad y modestia, dejándoles aquel ejemplo más cuando se iba al cielo.

A este Padre tenia san Luis particular respeto y amor, no sólo como á su superior á quien tenia en lugar de Dios, sino tambien como á persona en quien hallaba tan sumo grado de perfeccion religiosa, y como á tal le habia tomado por dechado á quien imitar, y así le observaba sus acciones y palabras todas, y le descubria todo el interior de su alma, para que le enderezase y enseñase. El Padre tambien gustaba mucho de tratar y comunicar con aquella alma tan pura de Luis, hallándola tan capaz de cualquier semilla, y tan llena de Dios y de sus gracias, que si el buen Padre antes de morir nos hubiera podido decir lo que sabia en esta parte, supiéramos sin duda mucho más de san Luis de lo que sabemos.

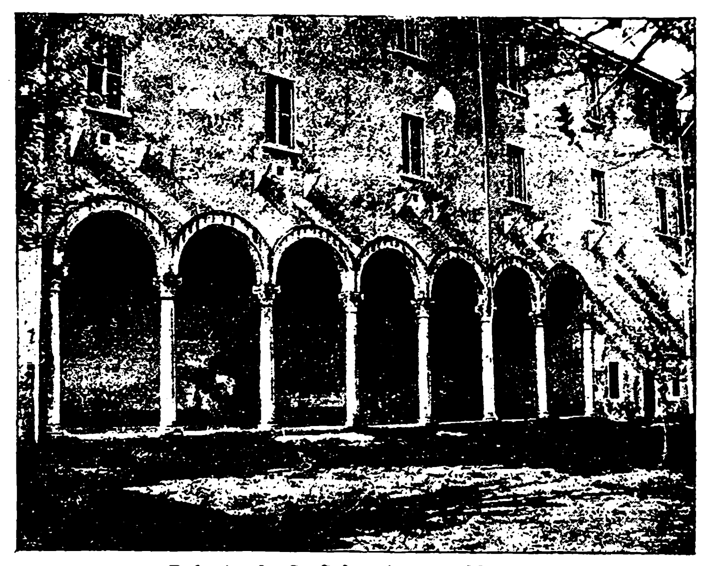
CAPÍTULO X.

De cómo fué Luis á Nápoles, y de lo que allí hizo.

Sucedió, que por el otoño de 1586 enfermó el P. Pescatore, y comenzó á echar sangre por la boca. Por esta razon el Padre General se resolvió de enviarle á Nápoles, pensando que la mudanza del aire le haria volver en sí. Estando ya resuelta su ida, preguntó el Padre á Luis un dia, como se suele: si iria de buena gana con él. Luis sin más reparar dijo que sí. Despues, cuando el Padre se hubo de partir, quiso el Padre General que se llevase consigo tres novicios, que eran los más achacosos del noviciado, para ver si la mudanza del aire les aprovechaba: uno de estos fué Luis, á quien deseaban hallar algun remedio para los dolores de cabeza. Cuando él supo que habia de ir á Nápoles, desconsolóse grandemente por temer si habia dado él alguna ocasion de su parte á aquella jornada, por haber respondido al Padre que sí, y dicho que iria de buena gana, habiendo de responder, como él decia, que haria lo que le mandasen, sin mostrar inclinacion ni aversion: si bien el Padre General no se habia movido por su dicho, sino sólo por juzgar que convenia para su salud. Escarmentado de este caso, se determinó de allí adelante, no sólo mostrarse siempre indiferente en todo, sino de aconsejarlo á todos, que nunca dijesen que sí, ni que no, sino remitirse á la obediencia; y así contó á muchos en diferentes ocasiones su escrúpulo y la pena que le habia dado, añadiendo que sentia notable desconsuelo en hacer su voluntad. Siéndole, pues, ya forzoso el ir á Nápoles, consolóse mucho en llevar tal compañía, y así dijo á uno de sus compañeros, que hallaba mucho gusto en aquel viaje, porque con el ejemplo del P. Pescatore deseaba aprender el modo que ha de guardar un religioso de la Compañía en sus caminos.

Partieron de Roma á los 27 de octubre del mismo año, despidiéndose Luis de su vista desde un montecillo con la antífona y oracion de san Pedro y san Pablo, que dijo con gran devocion. Iba el Padre en una litera por órden de los médicos por el achaque del pecho, y habiendo de ir uno de los novicios dentro, y los otros dos á caballo, hizo Luis cuanto pudo por ceder aquella comodidad á otro compañero, queriéndose él privar

de la comunicacion espiritual de su maestro, que estimaba en mucho, por acomodar á sus compañeros; pero como él era el más necesitado de todos, no le cumplieron su deseo, antes le obligaron á ir en la litera con el Padre. Allí supo hallar traza de mortificarse, porque tomando la ropa, la cogió á modo de bola, hizo de ella un bulto, y se sentó encima, de suerte, que iba en la litera mucho más desacomodado que si fuera á caballo: rezaba siempre el Oficio divino con el Padre por el



Palacio de S. Sebastian en Mantua,
en el cual hizo S. Luis renuncia del Marquesado de Castiglione, el 2 de Noviembre de 1585. (Véase el libro I, cap. 16.)

camino, platicaba con él de cosas espirituales largamente, proponíale diferentes dudas, procurando enriquecerse de avisos y reglas que le sacaba; y como el Padre veia que sembraba en buena tierra, comunicábase de buena gana, y descubríale los secretos de la vida espiritual, y la práctica que habia aprendido en tantos años de rector y maestro de novicios. En las posadas, todo su cuidado era acomodar á sus compañeros, dándoles lo mejor y tomando para sí lo peor. Al fin de la jornada dijo á sus compañeros llanamente, que más le habian

valido aquellos pocos dias, y más habia aprendido con la comunicacion de aquel Padre y con ver el trato que tenia con los seglares, que en muchos meses de noviciado.

Llegaron á Napoles á 1.º de noviembre; y porque entonces se da principio á los estudios, les pareció á sus superiores, que despues de haber descansado Luis algunos dias, oyese el tercer año de artes, porque el primero y segundo ya le habia oido en el siglo, como dijimos. Era á la sazon rector de aquel colegio un Padre, que como era para consigo muy mortificado y penitente, así se holgó mucho de ver á este hermano tan inclinado á esto, y con liberalidad le dió licencia más larga de la que le habian dado en Roma; de que se holgó Luis grandemente, pareciéndole que habia hallado lo que deseaba. En Nápoles se vió en él una singular modestia, prudencia, humildad y obediencia; y cuantos hablaban de él mostraban el concepto grande que tenian de su virtud. Su maestro de artes en el proceso hecho en Nápoles confiesa esto mismo; y dice que siempre le vió grandemente humilde, despreciador de sí mismo, y que andaba á buscar ocasiones de ser despreciado, mortificado sobremanera, devoto, amigo de oracion, observantísimo de sus reglas, y que con la agudeza del ingenio juntaba la virtud y santidad, y que en este concepto le tenian todos en el colegio, y especialmente el Padre Juan Bautista Pescatore, que era su confesor y maestro de novicios, á quien algunas veces oyó hablar de él como de persona de más que ordinaria santidad. Otros testigos de los que estaban en aquel colegio dicen que puso mucho cuidado en humillarse, en tratar mucho con los hermanos coadjutores, y hacer cuanto podia por encubrir su nobleza: y así, dándole allí nueva de cómo al patriarca Gonzaga le habian hecho cardenal, no hizo más mudanza que si no le tocara; siendo así que á más del deudo tenia particular afecto al Patriarca, por haberle ayudado en el negocio de su vocacion. Los superiores, deseando que los otros novicios se aprovechasen con su ejemplo, le pusieron entre ellos en el mayor aposento y con más número de compañeros.

Padecia Luis falta de sueño, y como no dormia de noche y habia menester dormir algo á la mañana, madrugaban sus compañeros y estorbábanle el dormir á la mañana, lo cual le hizo daño á la salud. Reparando en ello los superiores, deseando acomodarle le quitaron de aquel aposento, y le pusieron

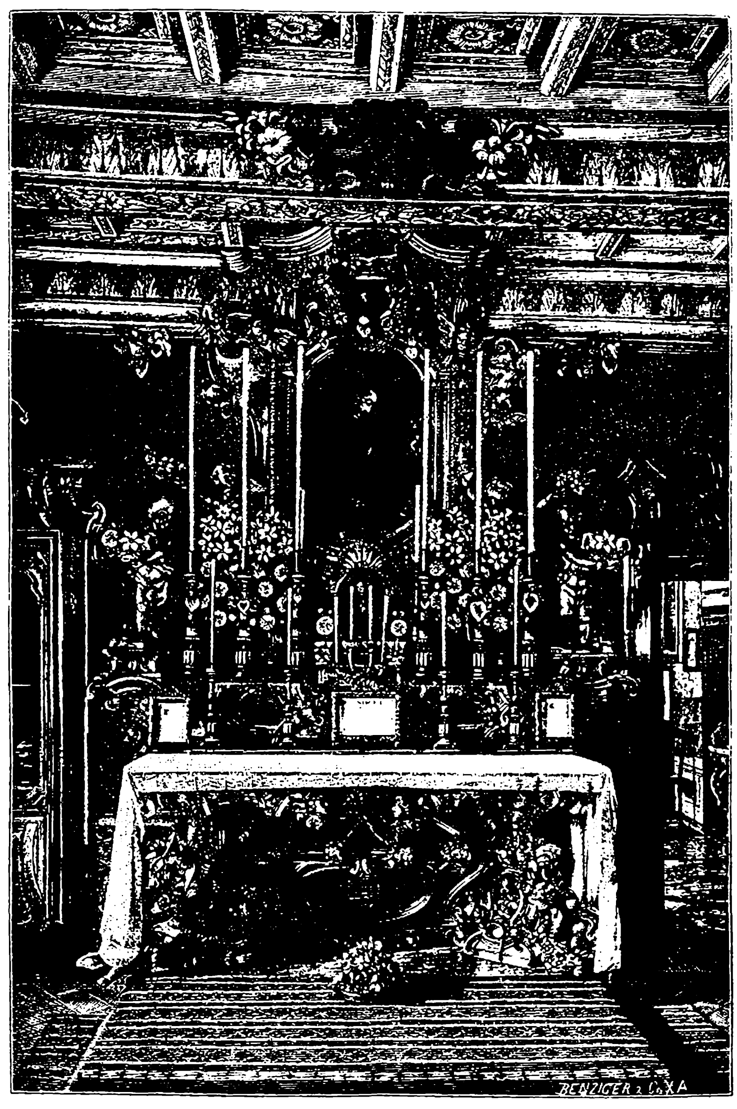
solo en otro que cae debajo de una sala; era esta sala paso comun para muchos aposentos, y con el ruido continuo de los que iban y venian, era más incómoda la vivienda de este aposento que la del otro, y menos á propósito para el fin que se pretendia. El búen Luis daba muchas gracias á Dios, pareciéndole particular favor suyo darle estas ocasiones de padecer: y á la verdad esta debia de ser la causa de que con tanto cuidado de los superiores le sucediesen en aquel colegio algunos casos bien particulares, que sin duda los trazaba la providencia de Dios, que para responder á los deseos de su siervo le queria dar por aquel camino materia de merecimiento y de corona: como fué darle un sobreropa para salir de casa mucho más corto de lo ordinario, y que á más de estar raido y roto, habia ya de puro viejo mudado color, y que por la indecencia, á cualquiera otro se lo hubieran hecho quitar los superiores, y en él parece que no reparaban. Muchas veces le sucedió aquel invierno ir las fiestas despues de comer, con el agua y con récios temporales, á la casa profesa con los demás á cantar Vísperas; y cuidando el ministro en tales ocasiónes que otros menos necesitados y flacos no fuesen con aquel tiempo, y yendo de propósito á la portería cuando salian para hacerlos volver á sus aposentos, en Luis, que era mucho más necesitado y flaco, no advertia, y lo dejaba salir. Fuera de esto, si hay colegio en la Compañía donde se cuide con notable exaccion de los enfermos es en el de Nápoles, y con todo eso, cayendo Luis enfermo de una erisipela con calentura, que le tuvo en la cama más de un mes con peligro grande de la vida, con todo el cuidado de los enfermos se estuvo una noche sin sábanas, que quizá no habrá sucedido aquel descuido con enfermo en colegio ninguno de la Compañía, y es de creer que lo permitia Dios por dar gusto particular á su siervo. En aquella enfermedad se descubrió bien su paciencia, teniendo siempre, en medio de gravísimos y contínuos dolores, el rostro alegre, hablando con los que le visitaban con apacibilidad y humildad grande. Despues que convaleció de aquel accidente, y se echó de ver que no le hacia provecho aquel aire, antes se le aumentaba cada dia el dolor de la cabeza, mandó el Padre General que volviese á Roma, á donde se partió á los 8 de mayo de 1587, habiendo estado en Nápoles sólo medio año.

CAPÍTULO XI. V.

De la vida que hizo estudiando en el colegio Romano.

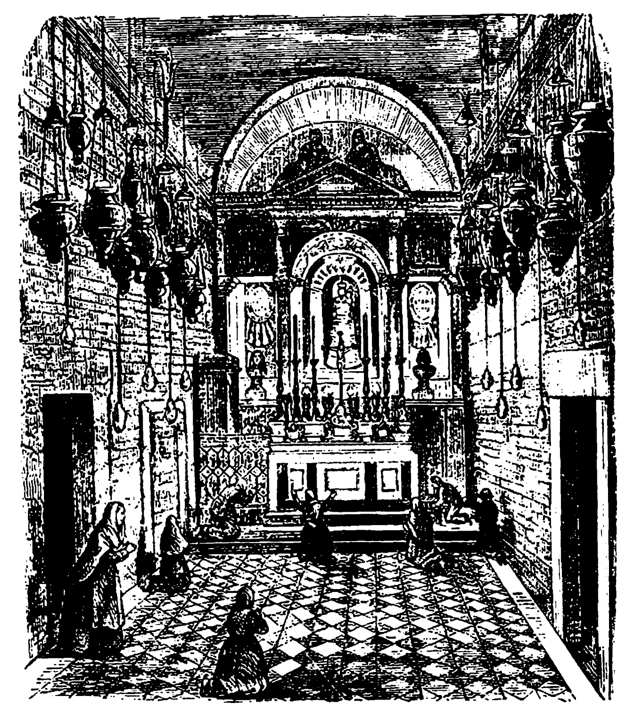
Mucho fué el contento que dió la nueva de que san Luis volvia á Roma á todos los hermanos estudiantes de aquel colegio, en especial á los que le habian tratado en el noviciado de San Andrés, y ahora esperaban ganar mucho con su comunicacion y ejemplos. El se holgó tambien mucho de que le cupiese la suerte de proseguir sus estudios en Roma, donde está la cabeza de la Religion, y la principal. escuela y colegio de la Compañía. Desde este tiempo hasta su dichosa muerte, por haberle yo tratado familiarmente, puedo ser testigo de la mayor parte de lo que dijere de sus virtudes. Principalmente, que desde entonces las iba observando para escribirlas, como dije en el prólogo de esta historia. Prosiguió Luis en Roma el tercer año de artes, y á pocos dias se vió lo bien que estaba en la lógica y filosofía, y á más de eso se adelantó tanto en la metafísica, que juzgaron los superiores que podia muy bien defender un acto general de toda la filosofía y metafísica en público, como se suele hacer. Imprimiéronse las conclusiones universales, y á los seis meses que estuvo en el colegio Romano, las defendió. Quisiéronse hallar presentes los Ilmos. Cardenales de la Róvere y Mondoví y Gonzaga con otros prelados y señores de Roma, y por esto no se tuvieron en el General de teología como las otras de los nuestros, sino en la sala grande de las escuelas. Defendiólas con aplauso universal de todos, y con particular aprobacion de aquellos Ilmos. Señores, que se espantaban grandemente de que se hubiese adelantado tanto en tan poco tiempo, y con tantos achaques y enfermedades.

Ya que hemos tocado estas conclusiones, dos cosas en particular podemos añadir de ellas. La una es, que antes de defenderlas se halló muy perplejo en si seria bien responder aposta mal, para humillarse y mortificarse en aquella ocasion. No se atrevió á resolver por sí mismo en esta duda, y así se aconsejó con el P. Mucio d'Angeli (que era uno de los lectores de artes de aquel colegio, y junto con ser muy docto, era persona muy espiritual y con quien Luis comunicaba mucho en semejantes materias): éste procuró divertirle y disuadirle



Aposento del Colegio Romano, en el que vivió dos años S. Luis, convertido despues en Capilla. (Véase el libro II, cap. 11.)

con buenas razones: pero cuando vino la ocasion, se le hacia muy de mal perder la que se le ofrecia de mortificarse, y le volvió con nuevos ímpetus aquel deseo; pero al fin no se quiso guiar por su juicio, sino dejarse gobernar por el ajeno, y rendirse á las razones que aquel Padre le habia traido, y con



Santa Casa de Loreto,
visitada por S. Luis, en cumplimiento de un voto hecho por su madre, al ir á Roma el año 1585. (Véase el libro I, cap. 1 y 17.)

eso se determinó de responder lo mejor que supiese. La otra cosa fué, que sintiendo él sumamente el verse alabar, cierto doctor que entre otros le argüia, hizo antes del argumento no sé qué arenga, alabando su persona y la antigüedad de su casa y otras cosas á este tono; corrióse el pobre Luis de suerte, que los que le veian, y conocian la condicion, le tenian harta compasion del mal rato que pasaba. El señor cardenal de

Mondoví en particular notó cuán colorado y vergonzoso se habia puesto, y lo alabó grandemente. Luis respondió al argumento de aquel doctor con mucho disgusto, y medio enojado consigo mismo.

Acabado el curso de artes, entró luégo á oir su teología, en la cual, en el discurso de los cuatro años que oyó, alcanzó diversos maestros italianos y españoles, todos lectores antiguos y de muchas letras.[12] Teníales Luis grande respeto; hablaba de ellos con grande estima; no se le vió jamás juicio contrario á sus opiniones ó al modo de leer y de dictar, ni tratar de si eran largos ó breves ó cosas semejantes, sino estimando y alabando todas sus cosas. Todo su cuidado ponia en hacer propia la sentencia de su maestro, buscando razones para defenderla, sin dejar que algun afecto previniese é inclinase al entendimiento. No gustaba de opiniones extravagantes; su inclinacion era á las de santo Tomás, por el órden, claridad y seguridad que allí hallaba, y por la devocion particular que tenia á la santidad de este Doctor. Tenia san Luis muy buen ingenio y muy claro, junto con madureza de juicio, como todos lo veíamos y sus mismos maestros lo confesaban, y vez hubo que alguno de ellos dijo, que ningun estudiante le habia dado que pensar para responderle sino el hermano Luis Gonzaga con una dificultad que le habia puesto. Añadíase al ingenio el cuidado con que estudiaba, cuanto las fuerzas y los superiores le permitian.

Antes de ponerse á estudiar, se hincaba siempre de rodillas y tenia un poco de oracion. Su modo de estudio no era leer muchos autores ó cartapacios, sino tener muy vistos los de sus maestros y pensar despacio sobre ellos. Las dificultades que se le ofrecian, si no las podia soltar por sí mismo, apuntábalas y proponíalas al maestro en las conferencias, despues de haber argüido los otros y propuesto las suyas. O bien, ya que tenia cantidad de dudas, aguardaba á tiempo que no estorbase á los maestros, é íbase á sus aposentos y preguntábaselas. Hacia esto hablando siempre en latin y con el bonete en la mano, si no le obligaban á cubrirse: en habiéndole respondido, al punto se volvia á su aposento. No leia libro ninguno en materia de estudios sin licencia y consejo de sus maestros, y obedecíales con tanta puntualidad, como se verá por este caso. Estaba una vez en el aposento del P. Agustin Giustiniani su

maestro á preguntar no sé qué duda en la materia de *Prædestinatione;* respondióle el Padre, y despues le abrió el tomo séptimo de san Agustin, señalándole con el dedo que leyese aquello que decia allí el Santo, á propósito de aquel punto, en el libro de *Bono perseverantiæ*, hácia al fin. Leyó Luis toda aquella llana que le habia señalado el Padre, y no se atrevió á volver la hoja para leer cosa de diez renglones que quedaban hasta el fin del libro, sólo porque el maestro no le habia dado licencia para leer más adelante, por no haber reparado en aquellos renglones que quedaban á la vuelta de la hoja.

Argüia y defendia siempre que el bedel le avisaba, y él se ofrecia de suyo para que le avisase siempre que le faltase el arguyente. En el argüir y responder se echaba de ver su ingenio; porque en uno ó dos silogismos tocaba el punto de la dificultad, sin dar una mínima señal de ostentacion ó de querer parecer más que los otros. Argüia con modestia y eficacia, sin picar, sin alterarse, sin voces, dejaba al respondiente hablar y declararse sin interrumpirlo, y en viendo suelto el argumento, luégo lo dejaba. Iba siempre antes que se tocase á leccion á visitar el Santísimo Sacramento, y lo mismo hacia á la vuelta por la mañana y por la tarde.

Su modestia y compostura al ir y volver de las escuelas era singularísima: tanto, que muchos estudiantes seglares se paraban en el patio de las escuelas por verle pasar, y se edificaban grandemente. Un sacerdote de fuera en particular (que habia ya acabado sus estudios en nuestras escuelas), enamorado de su modestia, iba todavía á las escuelas sólo por verle, sin quitar de él los ojos todo el tiempo que duraba la leccion. Y no es grande maravilla, porque (como dijo el Padre provincial de Venecia en la informacion que allí hizo ante el Patriarca de aquella ciudad) en él parece que se verificaba lo que dice san Ambrosio sobre aquel verso del salmo: *Qui timent te, videbunt me, et lætabuntur*, que quiere decir: Los que te temen, Dios mio, me verán andar por el camino de tus mandamientos, y se alegrarán. Dice allí san Ambrosio: *Pretiosum est videre virum justum. Plerisque enim justi aspectus admonitio correctionis est, perfectioribus vero lætitia est;* que quiere decir: Cosa preciosa es ver un hombre justo; porque su vista á la mayor parte de los que le ven sirve de aviso y de correccion, y á los más perfectos les causa alegría y consuelo.

Estos efectos causaba la vista de este bendito hermano en los que le miraban. Y así se verificaba tambien de él lo que añade el mismo Santo: *Justi sanat aspectus, et ipsi oculorum radii virtutem quamdam videntur infundere iis, qui fideliter eum videre desiderant;* que quiere decir: La vista del justo lleva consigo la salud, y los mismos rayos de los ojos parece que infunden no sé qué virtud en los que fielmente le desean ver. Nacíale esto de aquel exterior tan compuesto, que movia á devocion y compuncion á los que le miraban. Hacia tambien componer y estar sobre sí á los que le hablaban, no sólo á los seglares ó á los otros hermanos sus condiscípulos, sino aun á los Padres más graves, que en su presencia parece que se componian, sin atreverse ninguno delante de él á hacer ó decir cosa menos grave. Al ir y venir de las escuelas, y en las lecciones y disputas, jamás le oyeron hablar ni una palabra con ninguno, ni seglar ni de casa, guardando siempre con suma exaccion el silencio.

Viéndole los superiores tan flaco y enfermo, no quisieron permitir que escribiese las lecciones en el General: principalmente que no estando acostumbrado, no podria seguir al paso y priesa con que dictaban; por esto ordenaron que hiciese que algun escribiente le escribiese las lecciones, y él obedeció. Pero porque no le parecia bien que, los que por estar achacosos usaban de escribientes, pagasen ellos por su mano al escribiente, lo cual decia que podia tener algunos inconvenientes contra la puridad de la pobreza, él jamás le quiso pagar, sino enviábale al depositario comun del colegio, sin quererse meter en más embarazos. Prestaba de buena gana estos cartapacios al primero que se los pedia, y hasta que se los volvian no hablaba palabra sobre ellos. Un año sucedió que el P. Gabriel Vazquez, que á la sazon era su maestro, no pudo acabar de dictar en el General la materia *de Trinitate,* sino sólo dictó lo más necesario, y lo demás dió á los discípulos para que lo trasladasen. Dijeron á Luis los superiores que lo hiciese trasladar: él vió primero aquellos papeles, y dejando algunas cosas más fáciles, hizo que le trasladasen sólo lo que juzgó más necesario y más dificultoso. Preguntóle uno ¿por qué andaba en aquellas menudencias? Respondió: porque soy pobre; por eso lo hago, por guardar pobreza; que los pobres no han de gastar dineros sino en cosas necesarias.

A los últimos años de sus estudios, temiendo que el usar de escribiente pareceria quizá á alguno que nacia más de entonamiento ó demasiada comodidad que de necesidad, hizo instancia á los superiores para que le dejasen escribir sus



S. Sixto V, Papa,
que bendijo á S. Luis al entrar el Santo en la Compañía de Jesus.
(Véase el libro I, cap. 17.)

lecciones en el General, y supo alegar tantas razones y congruencias para ello, que al fin sacó la licencia. Pero, porque no podia alcanzar á los demás por la priesa con que se dictaba, usó de esta traza, que atendia un rato á lo que decia el maestro, y luégo reduciéndolo á menos palabras lo escribia, y despues veia por los cartapacios de los condiscípulos si se le habia quedado algo en la sustancia; queriendo pasar todo este

trabajo sólo por dar buen ejemplo y edificacion á los demás. No consentia ni queria en su aposento libro ninguno de que no tuviese ordinariamente necesidad, pareciéndole no decir bien con un religioso pobre tener consigo libros de que no se hubiese de servir sino raras veces, pudiendo esas ir con alguna incomodidad á verlos á la librería comun.

Al fin de su vida se habia reducido á no tener más que la Biblia y la *Summa* de santo Tomás: cuando habia de ver otro libro de los santos Padres ó de otros autores, íbase á la librería comun. Despues, sabiendo un dia que un estudiante recien venido no tenia la *Summa* de santo Tomás, porque, como habia, fuera de los Padres y de los maestros, más de cuarenta estudiantes teólogos, no habia tantos juegos de la *Summa* que hubiese para cada uno el suyo, y por otra parte no se usa ni se permite que alguno compre y tenga libros en particular para su uso; con esto Luis fué al Padre rector á pedirle licencia para dar él la *Summa* que tenia á aquel hermano estudiante, alegándole que cuando él tuviese necesidad podria usar de la de su compañero; y tanto le supo decir, que el rector le dió la licencia, que para Luis fué de grande gusto: lo uno, por hacer aquella obra de caridad con aquel hermano; lo otro, porque con eso le parecia que quedaba más pobre que antes, pues no tenia cosa propia, ni de las comunes le quedaba más que la Biblia.

Esto es lo que se me ofrece acerca de los estudios de san Luis; pero acerca de las virtudes que por este tiempo resplandecian en él, mucho hay que decir; porque en todas era señalado y un vivo ejemplo de perfeccion interior y exterior, de que son testigos de vista más de doscientos de la Compañía que moraban y comunicaban con él.



CAPÍTULO XII.

Hace los votos y recibe las Ordenes menores.

Habia ya estado dos años enteros en la Compañía; y estando bien satisfecha de él la Religion y él tambien de ella, habiendo hecho algunos dias de ejercicios espirituales, hizo sus votos de pobreza, castidad y obediencia á los 25 de noviembre, dia de santa Catalina, de 1587, en la capilla de la nueva habitacion, que cae sobre los estudios, diciéndole la misa el P. Vicente Bruno, que á la sazon era rector, y le comulgó y recibió sus votos. Allí se llenó Luis de espiritual consuelo, por verse ya religioso y unido con Dios más estrechamente con las ataduras de los votos. A los 25 de febrero del año siguiente de 1588 se ordenó de corona en San Juan de Letran con otros muchos de la Compañía, entre los cuales fué uno el P. Abrahan Giorgi, maronita, el cual yendo de la India á Etiopia padeció ilustre martirio por la confesion de la fe. En el mismo lugar y con los mismos compañeros se ordenó de ostiario á los 28 del mismo mes. De lector á los 6 de marzo, de exorcista á los 13, y de acólito á los 20 del mismo, como se ve en un libro del colegio Romano deputado para esto. Despues prosiguió siempre con una vida ejemplar, llena de todas las virtudes que en un clérigo religioso se pueden desear; de las cuales será bien tratar ahora que le tenemos ya en el colegio Romano, donde estuvo más de asiento, y donde sus virtudes fueron más conocidas y veneradas.

CAPÍTULO XIII.

De su humildad.

Comencemos de la humildad, que es el cimiento de la perfeccion religiosa y guarda de las otras virtudes; en la cual se señaló mucho este santo hermano, pues viéndose tan rico y adornado de dones y gracias del cielo, no se desvaneció con ellas, sino se conservó siempre en su bajeza y conocimiento propio. En ninguna virtud ponia más cuidado que en esta. Hallamos despues de su muerte

trabajo sólo por dar buen ejemplo y edificacion á los demás. No consentia ni queria en su aposento libro ninguno de que no tuviese ordinariamente necesidad, pareciéndole no decir bien con un religioso pobre tener consigo libros de que no se hubiese de servir sino raras veces, pudiendo esas ir con alguna incomodidad á verlos á la librería comun.

Al fin de su vida se habia reducido á no tener más que la Biblia y la *Summa* de santo Tomás: cuando habia de ver otro libro de los santos Padres ó de otros autores, íbase á la librería comun. Despues, sabiendo un dia que un estudiante recien venido no tenia la *Summa* de santo Tomás, porque, como habia, fuera de los Padres y de los maestros, más de cuarenta estudiantes teólogos, no habia tantos juegos de la *Summa* que hubiese para cada uno el suyo, y por otra parte no se usa ni se permite que alguno compre y tenga libros en particular para su uso; con esto Luis fué al Padre rector á pedirle licencia para dar él la *Summa* que tenia á aquel hermano estudiante, alegándole que cuando él tuviese necesidad podria usar de la de su compañero; y tanto le supo decir, que el rector le dió la licencia, que para Luis fué de grande gusto: lo uno, por hacer aquella obra de caridad con aquel hermano; lo otro, porque con eso le parecia que quedaba más pobre que antes, pues no tenia cosa propia, ni de las comunes le quedaba más que la Biblia.

Esto es lo que se me ofrece acerca de los estudios de san Luis; pero acerca de las virtudes que por este tiempo resplandecian en él, mucho hay que decir; porque en todas era señalado y un vivo ejemplo de perfeccion interior y exterior, de que son testigos de vista más de doscientos de la Compañía que moraban y comunicaban con él.



CAPÍTULO XII.

Hace los votos y recibe las Ordenes menores.

Habia ya estado dos años enteros en la Compañía; y estando bien satisfecha de él la Religion y él tambien de ella, habiendo hecho algunos dias de ejercicios espirituales, hizo sus votos de pobreza, castidad y obediencia á los 25 de noviembre, dia de santa Catalina, de 1587, en la capilla de la nueva habitacion, que cae sobre los estudios, diciéndole la misa el P. Vicente Bruno, que á la sazon era rector, y le comulgó y recibió sus votos. Allí se llenó Luis de espiritual consuelo, por verse ya religioso y unido con Dios más estrechamente con las ataduras de los votos. A los 25 de febrero del año siguiente de 1588 se ordenó de corona en San Juan de Letran con otros muchos de la Compañía, entre los cuales fué uno el P. Abrahan Giorgi, maronita, el cual yendo de la India á Etiopia padeció ilustre martirio por la confesion de la fe. En el mismo lugar y con los mismos compañeros se ordenó de ostiario á los 28 del mismo mes. De lector á los 6 de marzo, de exorcista á los 13, y de acólito á los 20 del mismo, como se ve en un libro del colegio Romano deputado para esto. Despues prosiguió siempre con una vida ejemplar, llena de todas las virtudes que en un clérigo religioso se pueden desear; de las cuales será bien tratar ahora que le tenemos ya en el colegio Romano, donde estuvo más de asiento, y donde sus virtudes fueron más conocidas y veneradas.

CAPÍTULO XIII.

De su humildad.

Comencemos de la humildad, que es el cimiento de la perfeccion religiosa y guarda de las otras virtudes; en la cual se señaló mucho este santo hermano, pues viéndose tan rico y adornado de dones y gracias del cielo, no se desvaneció con ellas, sino se conservó siempre en su bajeza y conocimiento propio. En ninguna virtud ponia más cuidado que en esta. Hallamos despues de su muerte

algunos apuntamientos espirituales de su letra, entre los cuales habia uno que era como una direccion que se habia hecho á sí mismo de sus acciones, y al fin de ella pone algunos medios y motivos para adquirir la virtud de la humildad, que por ser tan breve, y que puede ser de provecho, lo pondré con sus mismas palabras; dice pues así:

«Primer principio, que Dios te crió y estás obligado á «servirle por el título de la creacion, de la redencion y de la «vocacion; de donde inferirás que no solo debes huir y evitar «las obras malas, sino tambien las indiferentes y sin provecho, «procurando que todas tus acciones interiores y exteriores sean «santas para caminar con todas ellas á Dios.

«Demás de esto, para saber más en particular el camino «por donde has de ir á Dios, tendrás delante de los ojos estos «otros principios:

«El primero sea, que por la vocacion comun de los de «la Compañía y por la tuya en particular, eres llamado á «seguir la bandera de Jesucristo y de sus Santos. De aquí «se sigue que cualquier cargo, oficio y ejercicio, en tanto será «conforme á tu vocacion, y en tanto debes de tu parte pro«curarle ó huirle, en cuanto sea conforme al ejemplo de Jesu«cristo y de sus Santos. Y para este efecto has de procurar «actuarte mucho en la vida y acciones de Jesucristo con la «meditacion, y en las de los Santos leyéndolas con reflexion y «advertencia.

«El segundo principio para regular tus afectos sea, que «en tanto será tu vida religiosa y espiritual, en cuanto pro«curares en lo interior guiarte y gobernarte, *secundum rationes «æternas, et non secundum temporales:* de modo, que si amares, «si deseares, si te holgares de algo, sea por motivo espiritual, «y lo mismo en el aborrecer, persuadiéndote que en esto con«siste el ser una persona espiritual.

«El tercero principio sea, que así como el demonio te «acomete más de ordinario con pensamientos de vanidad y «estima propia, por ser aquella la parte más flaca de tu alma; «así tú debes poner tu mayor cuidado en resistirle, y adquirir «humildad y desprecio de ti mismo interior. Para esto te has «de componer unas como reglas de oficio particular, que te «sirvan para salir mejor con esta virtud, aprendidas de Dios «nuestro Señor, y confirmadas con la experiencia.»

Para atender al estudio de la humildad.

«El primer medio sea entender que, si bien esta virtud es «tan propia de los hombres por su bajeza, con todo eso *non «oritur in terra nostra;* sino que es necesario que venga del «cielo *ab illo, a quo est omne datum optimum, et omne donum*



Verdadero retrato de S. Luis Gonzaga siendo Religioso,
segun el testimonio de su sobrina Juana Gonzaga.
De un lienzo conservado en la sacrista de la iglesia dedicada al Santo en Castiglione, regalo de la misma jóven, como lo atestigua una inscripcion puesta en el cuadro el año 1684.

«perfectum. Por esta razon, aunque te veas soberbio, debes «animarte con la mayor humildad que pudieres á pedir la «virtud de la humildad á la majestad de Dios, como al prin«cipal autor y dador de ella: y esto por la intercesion y «méritos de la profundísima humildad de Jesucristo, el cual *«cum in forma Dei esset, exinanivit semetipsum, formam servi «accipiens.*

«Segundo medio, aprovecharse de la intercesion de aquellos «Santos que más particularmente se señalaron en esta virtud.

«Considerando lo primero, que así como acá en la tierra «merecieron alcanzar esta virtud en tan supremo grado, así «ahora en el cielo (donde están más unidos á Dios, que estaban «acá), tendrán más fuerza para alcanzarla de Dios. Y pues «ellos no tienen ya necesidad de humillarse, pues por este «camino han subido á la alteza del cielo, ruégales que se dignen «ahora de alcanzar de Dios esta virtud para ti que la has «menester.

«Considera lo segundo, que así como acá en la tierra «todos se inclinan más á ayudar á aquellos que siguen la «misma profesion ó estado, en que ellos son eminentes: pon-«gamos por ejemplo, un gran capitan que está premiado en «la corte de un rey, se inclina más á favorecer con el príncipe «á los soldados que tratan de milicia; un gran letrado ayuda «más á los que estudian; un grande arquitecto ó matemático «á los que ven con inclinacion á la arquitectura ó matemática: «así tambien en el cielo los que se señalaron más en alguna «virtud ayudan particularmente en esta pretension á los que «ven con deseos de alcanzarla, y que para este fin les piden «su favor. Por esta razon cuidarás de acudir muy particular-«mente á la gloriosísima Vírgen María Madre de Dios, como á «la que más se señaló en esta virtud entre todas las puras «criaturas. Tambien entre los Apóstoles acudirás á san Pedro, «que decia de sí: *Exi a me, Domine, quia homo peccator sum.* «Y á san Pablo, que con haber sido arrebatado hasta el tercer «cielo, sentia tan bajamente de sí, que decia: *Venit Jesus «peccatores salvos facere, quorum primus ego sum.* La primera «de estas consideraciones te servirá para entender lo que estos «Santos pueden con Dios para alcanzarte esta virtud. La «segunda para entender que no solo pueden, sino que quieren «y tienen gusto particular de hacerlo.»

Hasta aquí son palabras de aquel papel, que muestran bien el amor que Luis tenia á esta virtud. En otro papel de su mano, que tenia por título: *Afectos de devocion,* pone estas palabras: «Debes encomendar á Dios los deseos que tienes, «no como están en tí, sino como están en el pecho de Cristo, «pues si son buenos, en Jesus estarán primero que en ti, y «él los propondrá al Padre eterno incomparablemente con

«mayor afecto, etc. Deseando alguna virtud has de recurrir «á los Santos que más se señalaron en ella, como por la «humildad á san Francisco, á san Alejo, etc.; por la caridad «á san Pedro y á san Pablo, á la Magdalena, etc. Porque «así como el que pretende alcanzar del príncipe alguna merced «en la guerra, la alcanza más fácilmente por medio del general «y de sus coroneles, que por medio del mayordomo ó de otros «oficiales, así cuando deseamos alcanzar de Dios fortaleza, «debemos tomar por medianeros á los Mártires; para alcanzar «penitencia á los Confesores, y así de las demás.» Estas palabras descubren y conforman el sentimiento mismo que las otras.

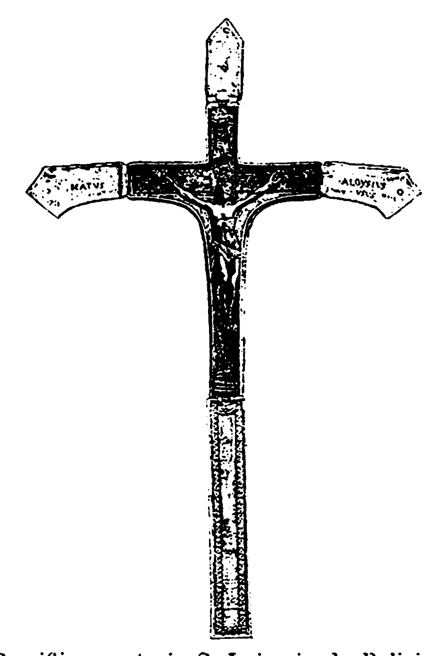
Tenia bajísimo concepto de sí mismo, y mostrábalo en obras y en palabras. No hizo jamás cosa ni habló palabra que de mil leguas pudiese redundar en alabanza propia: todas sus trazas eran para encubrir sus grandezas, así las del siglo, de su linaje, casa y estado, como de su persona, de su ingenio, prudencia, letras y todo lo demás que fuese objeto de alabanza, que sólo en pensar que le alababan se ponia colorado como una doncella; y quien lo queria correr no habia mejor traza que alabarlo. Muchos casos le sucedian cada dia en esta materia. Estando malo vino un médico á visitarle, y comenzó á engrandecer la casa Gonzaga, y alabarle de eso y del deudo tan cercano que tenia con el Duque de Mantua, y cómo era de la misma cepa; pero como le daba grande pena ser tenido por quien era, sintió mucho aquella plática, y dió á entender al médico su pesadumbre: por esta causa y por las ocasiones semejantes que cada dia se le ofrecian, le pesaba mucho de ser hijo de sus padres, y no se le podia dar mayor disgusto que acordárselo, ó dar á entender que le estimaban por lo que habia sido en el siglo. Todas las pasiones parece que habia arrancado, si no es el sentimiento que le venia cuando se veia alabar y honrar por este respecto. A todos daba el mejor lugar dentro y fuera de casa, aunque fuese con algun hermano coadjutor, como se le dió muchas veces al cocinero del colegio cuando salian juntos; y aunque ellos se mortificaban, él les sabia dar tantas razones, que al fin por no darle pena condescendian con él. Riñéronle por ello los superiores, y le mandaron que no lo hiciese de allí adelante, por la decencia de la corona clerical, á cuyo decoro convenia más atender

que al deseo de humillarse. Comunicaba de ordinario y con mucho gusto con los hermanos coadjutores y con los más sencillos: en tocando á comer luégo se iba á sentar en una mesa que está al fin del refitorio en un rincon, donde se sentaban de ordinario los cocineros y otros oficiales por estar aquella mesa cerca de sus oficinas.

Los superiores, viéndole tan flaco y tan achacoso, mandáronle que se sentase en la mesa de los convalecientes, y que no se levantase con los demás, aliviándole de otras cargas semejantes. Temió él que se hiciese aquello mirando á su persona y calidad, y tantas veces instó y tales razones dijo para persuadir á los superiores que él no tenia necesidad de aquel cuidado, que le hubieron de dejar andar con la comunidad en todo. Diciéndole algunos amigos que se quietase y obedeciese, porque de otra manera caeria enfermo, respondia él que, siendo religioso, habia de instar por vivir y pasar como los otros religiosos; y que si enfermase por hacer lo que su estado le obligaba, como no fuese contra obediencia, no le daba pena ninguna. Viven en el colegio Romano de ordinario doscientas ó más personas, y así no es posible dar un aposento solo á cada estudiante: por esta razon á los Padres, á los maestros y á algunos otros, ó por necesidad ó por oficio especial se les da aposento solo; los demás están acompañados, con dos mesas en el aposento para estudiar y dos camas, conforme á la órden del superior. Viendo á Luis tan necesitado y enfermo, quisieron darle aposento solo, pero él se fué al rector, diciéndole que para ejemplo de los demás convenia estar con compañero, y al fin salió con ello. El compañero no se curaba que fuese teólogo (pareciéndole que ya era aquella demasiada honra), sino algun otro de menos cuenta, si bien despues se acomodaba en todo y por todo al que le daban.

Deseaba que le enviasen al seminario Romano por prefecto de alguna cámara de los estudiantes seglares que allí se crian, que á más de ser humillacion es una grandísima incomodidad, por estar los prefectos como en una continua prision y sujecion notable. No se lo concedieron, por no fiar de su salud que pudiese durar con aquel trabajo. Deseaba tambien mucho, en acabando la teología, que le diesen alguna cátedra de mínimos, lo uno por poder ayudar á aquellos niños y enderezarlos desde su tierna edad por el camino de la virtud

(por lo cual tenia una santa envidia á los maestros de latin, y cuando hablaba con ellos los llamaba bienaventurados); lo otro por deseo de humillarse y de no tener exencion ni singularidad en nada: con este deseo hizo instancia muchas veces sobre este punto, y porque no pareciese que lo hacia por humildad, propuso al Padre rector, que verdaderamente él se



Crucifijo que tenia S. Luis siendo Religioso.

Se venera en la antigua iglesia de la Compañía de Jesus de Colonia.

Fué regalado, en Roma, por el Cardenal Juan de Lugo, de la Compañía de Jesus, al P. Gosvino Nickel entonces Rector del Colegio de Colonia, y despues Prepósito General de la misma Compañía.

sentia falto en la gramática y en el estilo, y que tenia necesidad de aprenderlo y rehacerse para poder servir á la Compañía. Lo mismo trataba con el prefecto de los estudios inferiores, y á las veces le llamaba á enseñar algunas composiciones que hacia para los estudiantes de mínimos, para que el Padre, viendo su aplicacion y buen deseo, le ayudase á salir

con su pretension. El Padre rector, apretado con la instancia que le hacia, por salir de dudas le dió un compañero de aposento, con quien pudiese rehacerse en el latin, y halló que verdaderamente sabia bien, y no tenia necesidad. Con todo esto volvió al Padre rector y le dijo, que con aquella traza del compañero no experimentaba provecho; que lo que le importaba era verse obligado á leer y enseñar á otros, que con esto aprenderia fácilmente.

Salia muchas veces por las calles de Roma vestido de viejo y roto, con una espuerta ó talega al hombro, pidiendo limosna muy alegre. En casa no habia oficio tan bajo y humilde que no le desease con mayor afecto que los ambiciosos desean los oficios de honra y autoridad. Los lunes y martes de cada semana iba de ordinario á la cocina á servir á mediodía y á la noche: su oficio era limpiar los platos, y recoger las sobras para los pobres, á los cuales iba muchas veces con mucha caridad y humildad á darles la limosna, porque á más de las que le tocaba, lo pedia otras muchas al superior. Todos los dias de trabajo, despues de la leccion, se ocupaba en otros oficios humildes, ora barriendo, ora quitando con una caña ó con algun palo las telarañas de casa. Muchos años tuvo por oficio el ser lamparero, que es limpiar y aderezar las lámparas comunes de los tránsitos y de las salas, poniéndoles mechas, y echándoles aceite; era tanto el gusto que sentia cuando andaba en estas ocupaciones humildes, que no lo podia disimular, y cuando le encontraban en ellas le solian dar el parabien, diciéndole que estaba en su centro, y tenia ya lo que deseaba; pero él lo disminuia todo, diciendo que aquel gusto no era ya virtud sino natural en él sin advertencia ni reflexion particular. Y aunque estas cosas en los de la Compañía, que las hacen y ven hacer, no inmutan tanto; no se puede negar, sino que ellas en sí son de mucha edificacion, y mucho más cuando las personas son tales, y las hacen con tanto afecto como Luis, de quien se puede con verdad decir en suma, que era verdadero despreciador de sí mismo, y en todas cosas buscaba siempre su humillacion.

CAPÍTULO XIV.

De su obediencia.

Con esta tan profunda humildad juntaba una perfectísima obediencia; de la cual basta decir, que no se acordaba jamás haber ido en cosa ninguna contra la voluntad de los superiores ni contra sus órdenes; y lo que es más, ni haber tenido voluntad, ni inclinacion, ni primer movimiento en contra, si no era acaso alguna vez cuando le quitaban sus devociones, que aunque de ordinario ni aun entonces tenia movimiento contrario, pero si alguna rara vez le venia en tal ocasion, lo reprimia luégo con suma diligencia y presteza. De suerte, que en todas cosas conformaba no sólo el querer sino el sentir y el juzgar con el de su superior, porque para él no eran menester más razones, ni él las buscaba de por qué se hacia esto ó lo otro; bastábale saber que era órden de los superiores para juzgar que era bien hecho.

Nacíale esta perfeccion de la obediencia de tener siempre á los superiores en lugar de Dios y mirarlos con esos ojos; y así decia, que corriéndonos obligacion de obedecer á Dios, y no pudiendo saber su voluntad ni recibir las órdenes inmediatamente be su boca, ponia Dios en la tierra sus vicarios é intérpretes, que son los superiores, por cuyo medio nos intima sus órdenes; y así quiere que los miremos como á nuncios y embajadores suyos que nos traen sus recados; y que esto queria decir san Pablo á los Efesios cuando dijo: *Obedite dominis carnalibus, sicut Christo, et ut servi Christi, facientes voluntatem Dei ex animo*, y á los Colosenses: *Quodcumque facitis, ex animo operamini, sicut Domino, et non hominibus.* De suerte, que el órden se ha de entender que es de Dios, y que el superior es sólo el nuncio ó embajador que le trae; y así como cuando el rey ó el príncipe envia por medio de alguno de su cámara ó de otro criado un recado ó un órden á algun vasallo, no decimos que aquel órden es del criado que le trae, sino del rey ó del príncipe que le envia, y con estos ojos le mira el vasallo, y como tal le ejecuta; así el religioso ha de recibir los órdenes de los superiores, como órdenes que Dios le envia por medio de los superiores, y

con su pretension. El Padre rector, apretado con la instancia que le hacia, por salir de dudas le dió un compañero de aposento, con quien pudiese rehacerse en el latin, y halló que verdaderamente sabia bien, y no tenia necesidad. Con todo esto volvió al Padre rector y le dijo, que con aquella traza del compañero no experimentaba provecho; que lo que le importaba era verse obligado á leer y enseñar á otros, que con esto aprenderia fácilmente.

Salia muchas veces por las calles de Roma vestido de viejo y roto, con una espuerta ó talega al hombro, pidiendo limosna muy alegre. En casa no habia oficio tan bajo y humilde que no le desease con mayor afecto que los ambiciosos desean los oficios de honra y autoridad. Los lunes y martes de cada semana iba de ordinario á la cocina á servir á mediodía y á la noche: su oficio era limpiar los platos, y recoger las sobras para los pobres, á los cuales iba muchas veces con mucha caridad y humildad á darles la limosna, porque á más de las que le tocaba, lo pedia otras muchas al superior. Todos los dias de trabajo, despues de la leccion, se ocupaba en otros oficios humildes, ora barriendo, ora quitando con una caña ó con algun palo las telarañas de casa. Muchos años tuvo por oficio el ser lamparero, que es limpiar y aderezar las lámparas comunes de los tránsitos y de las salas, poniéndoles mechas, y echándoles aceite; era tanto el gusto que sentia cuando andaba en estas ocupaciones humildes, que no lo podia disimular, y cuando le encontraban en ellas le solian dar el parabien, diciéndole que estaba en su centro, y tenia ya lo que deseaba; pero él lo disminuia todo, diciendo que aquel gusto no era ya virtud sino natural en él sin advertencia ni reflexion particular. Y aunque estas cosas en los de la Compañía, que las hacen y ven hacer, no inmutan tanto; no se puede negar, sino que ellas en sí son de mucha edificacion, y mucho más cuando las personas son tales, y las hacen con tanto afecto como Luis, de quien se puede con verdad decir en suma, que era verdadero despreciador de sí mismo, y en todas cosas buscaba siempre su humillacion.

CAPÍTULO XIV.

De su obediencia.

Con esta tan profunda humildad juntaba una perfectísima obediencia; de la cual basta decir, que no se acordaba jamás haber ido en cosa ninguna contra la voluntad de los superiores ni contra sus órdenes; y lo que es más, ni haber tenido voluntad, ni inclinacion, ni primer movimiento en contra, si no era acaso alguna vez cuando le quitaban sus devociones, que aunque de ordinario ni aun entonces tenia movimiento contrario, pero si alguna rara vez le venia en tal ocasion, lo reprimia luégo con suma diligencia y presteza. De suerte, que en todas cosas conformaba no sólo el querer sino el sentir y el juzgar con el de su superior, porque para él no eran menester más razones, ni él las buscaba de por qué se hacia esto ó lo otro; bastábale saber que era órden de los superiores para juzgar que era bien hecho.

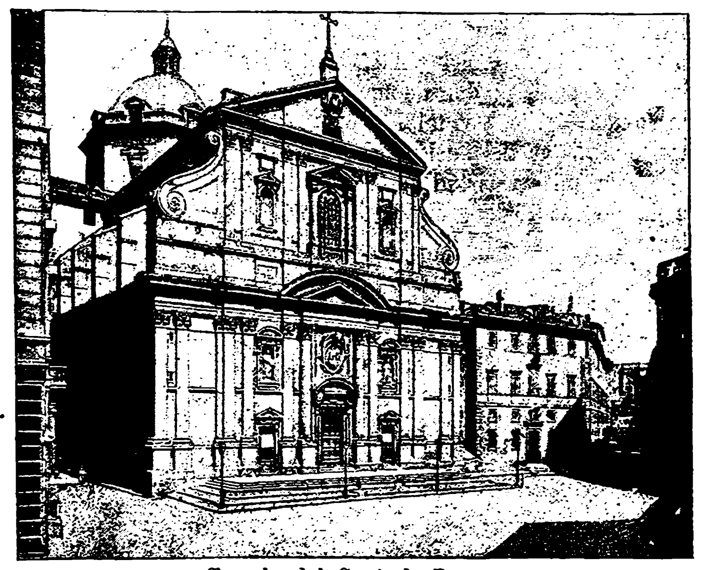
Nacíale esta perfeccion de la obediencia de tener siempre á los superiores en lugar de Dios y mirarlos con esos ojos; y así decia, que corriéndonos obligacion de obedecer á Dios, y no pudiendo saber su voluntad ni recibir las órdenes inmediatamente be su boca, ponia Dios en la tierra sus vicarios é intérpretes, que son los superiores, por cuyo medio nos intima sus órdenes; y así quiere que los miremos como á nuncios y embajadores suyos que nos traen sus recados; y que esto queria decir san Pablo á los Efesios cuando dijo: *Obedite dominis carnalibus, sicut Christo, et ut servi Christi, facientes voluntatem Dei ex animo*, y á los Colosenses: *Quodcumque facitis, ex animo operamini, sicut Domino, et non hominibus.* De suerte, que el órden se ha de entender que es de Dios, y que el superior es sólo el nuncio ó embajador que le trae; y así como cuando el rey ó el príncipe envia por medio de alguno de su cámara ó de otro criado un recado ó un órden á algun vasallo, no decimos que aquel órden es del criado que le trae, sino del rey ó del príncipe que le envia, y con estos ojos le mira el vasallo, y como tal le ejecuta; así el religioso ha de recibir los órdenes de los superiores, como órdenes que Dios le envia por medio de los superiores, y

como tales los ha de ejecutar con el respeto y diligencia que á tales órdenes se debe.

De esta persuasion que tenia le nacia el respeto y reverencia con que trataba á los superiores todos, y la devocion que les tenia por mirarlos como á mensajeros de Dios é intérpretes de su divina voluntad; de aquí le nacia el gusto que hallaba en sus órdenes, siendo para él todos los superiores iguales, ahora fuesen ínfimos, ahora supremos, doctos ó indoctos, santos ó imperfectos, calificados ó faltos de todas calidades, porque á todos los miraba con los mismos ojos de mensajeros y criados de Dios. Añadia, que quien obedece con este motivo gana dos cosas: la una es obedecer sin dificultad, antes con gusto y facilidad, por ver que hace la voluntad de Dios, y teniendo por gran favor que se le ofrezca tan buena ocasion en que servirle; la otra es, que de esta manera se hace verdadero obediente, y puede estar seguro del premio prometido á los tales. Al contrario, el que obedece, ó porque la cosa es á su gusto, ó por las prendas y talentos del superior, ó por particular aficion que le tiene, no parece que se le debe el premio de la obediencia, ni que se puede llamar obediente formal, pues no obedece por el motivo formal de esta virtud; y mudándose los superiores en otros no tan calificados ó no tan afectos, será fuerza que, si le ordenan no tan á su gusto, sienta mucha pena y se vea en grande peligro.

Parecíale bajeza de ánimo que un hombre se sujete á obedecer á otro por respeto humano cualquiera que sea, sino sólo por motivo espiritual y divino. Recelábase tambien, que no hiciese á veces daño á los súbditos, cuando el superior, acomodándose á su flaqueza y poca virtud, se aprovecha de motivos humanos para mandarles las cosas, trayéndoles razones para persuadirles que les están bien aquellas ocupaciones ó puestos. Y así deseaba que procediesen con seguridad y llaneza los superiores cuando á él ó á otros hubiesen de mandar algo, trayendo solamente por razon el servicio divino y la mayor gloria de Dios para quitarles ó darles las ocupaciones, para mudarlos de un lugar á otro, y para todo lo demás; diciéndoles solamente: Yo juzgo que será servicio de Dios y para gloria suya que vayais á tal colegio ó hagais tal oficio: id, y hacedlo con la bendicion de Dios. De esta suerte

decia que los superiores muestran la confianza que hacen del súbdito, y que le tienen por buen religioso, enséñanle á obedecer formalmente, dándole ocasion de tanto mayor mérito cuanto hay allí menos de humano; pero si le dan otras razones, prívanle de estos bienes, y tal vez le dan ocasion de excusarse y proponer, principalmente si puede sospechar que no son los motivos verdaderos que tiene el superior aquellos que le dice ó le escribe para mudarle de oficio ó de colegio.



Templo del Gesù de Roma,
perteneciente á la Casa Profesa, en el cual S. Luis, siendo Novicio, ayudaba á Misa los dos meses que vivió en aquella Casa. (Véase el libro II, cap. 4 y 6.)

Decia más, que le habia hecho cobrar más particular aficion á la obediencia la experiencia que tenia de haberle gobernado Dios con particular providencia por medio de los superiores; porque muchas veces sin hablar palabra le mandaban los superiores lo que él actualmente por devocion ó por otra causa estaba deseando: como un dia que, meditando las muchas estaciones que anduvo Cristo en su sagrada pasion, le vino gran deseo de ir aquel dia á visitar las siete iglesias de Roma: sin hablar palabra ni esperar tal cosa, antes contra lo que hasta entonces se habia usado, le llamó el superior y le hizo

ir á visitar las siete iglesias; cosa que le fué de notable consuelo por dos títulos: por cumplir con su devocion, y por ver la providencia tan particular con que Dios le gobernaba aun en cosas tan menudas; y de estos casos se pudieran traer muchos que por brevedad se dejan.

Cuando el superior le reprendia, luégo se componia, y se estaba descubierto, los ojos bajos, oyendo lo que le decia sin excusarse ni contradecir en nada. Reprendiéndole una vez un superior por no sé qué descuido en que caia por andar tan abstracto de los sentidos, él se avergonzó de manera, que se desmayó. Apenas volvió en sí, cuando se hincó de rodillas y comenzó á pedir perdon de aquel descuido de que le reprendian, con tantas lágrimas y tal humildad, que no habia remedio de hacerle levantar del suelo.

A la misma virtud de la obediencia pertenece la observancia de las reglas, en la cual fué Luis tan exacto, que á alguno le pareciera quizá demasía, porque no se acordaba de haber jamás quebrado regla ninguna voluntariamente por mínima que fuese: todas las guardaba con tanto rigor y puntualidad, como si en la falta de cualquiera temiera algun peligro y daño notable. Procedia en este punto con gran libertad con todos, ahora fuesen religiosos, ahora seglares, por más autoridad que tuviesen. Envióle el superior un dia á visitar al señor Cardenal de la Róvere su pariente. Convidóle el Cardenal á que se quedase con él á comer; respondió Luis: Sr. Ilustrísimo, no puede ser, porque es contra una regla nuestra. Quedó el Cardenal muy edificado de la respuesta, y de allí adelante no le pedia cosa que no añadiese la condicion, si no es contra regla; y decia el mismo Cardenal al Padre rector del colegio Romano, que hablaba con este recato y advertencia por no ofender la delicada conciencia de Luis, y por cooperar á la gracia del Espíritu Santo que estaba en él. Estaba un dia con otro en un aposento, y queriendo el compañero escribir una carta y faltándole el papel, pidió á Luis medio pliego; acordóse él de una regla que prohibe dar ó prestar sin licencia, é hízose del que no habia entendido. Salió luégo del aposento, y fué á pedir licencia al Padre ministro, y volviendo, con buena gracia dijo á su compañero: Paréceme que me pidió V. antes papel: hele aquí. Esto le sucedió muchas veces con diferentes personas.

Finalmente no se puede encarecer más el cuidado que tuvo en guardar las reglas que con decir que en todos los años que estuvo en la Religion no quebró jamás la regla del silencio, ni la del hablar latin el tiempo que fué estudiante, siendo tan ordinarío y tan fácil el faltar en la una y en la otra.

CAPÍTULO XV.

De la pobreza religiosa de S. Luis.

De la pobreza era grandemente enamorado, hallando en ella más gusto que los avarientos hallan en las riquezas; y si estando aun en el siglo la estimaba tanto, que gustaba de andar vestido pobremente, como vimos, bien se deja entender lo que se perfeccionaria en la Compañía, á quien él solia llamar la casa propia de la santa pobreza. Aborrecia como la muerte cualquier cosa que pudiese oler á propiedad. Sus vestidos eran siempre de los que estaban para uso comun de todos: no tenia libro para el uso con licencia de llevarle á otro colegio; mucho menos reloj, estuche, ni aun cosas de devocion queria tener, ni para dar, ni que se las diesen á él. No quiso jamás tener relicario de ningun modo ni rosario de precio, ni imágen ó cuadro particular; sólo tenia las imágenes que hallaba en el aposento, ó cuando mucho una estampa de papel de santa Catalina, vírgen y mártir, por haber entrado en su dia en la Religion, y otra tambien de papel de santo Tomás de Aquino, cuya doctrina estudiaba, y estas á pura fuerza que le habian hecho para que las tomase con licencia del superior. Ni en el Breviario en el noviciado ni en las Horas de nuestra Señora en el colegio tuvo jamás estampas como se suele en lugar de registros. Y porque no faltaban algunos que por la devocion que le tenian, no sólo le ofrecian, sino que le obligaban á tomar algunas cosas de devocion, pidiendo ellos mismos licencia al superior para dárselas, si él buenamente podia excusarse, hacíalo: si se hallaba obligado, por no disgustar á los que se lo daban, tomábalo; pero luego lo llevaba al superior ó le pedia licencia para darlo, y con la primera ocasion lo echaba de sí. Todo su gusto era no tener ni desear nada del mundo,

ni hallarse pegado á cosa de esta vida. Cuando le daban bonete ó vestido de verano ó invierno, jamás decia que era corto ó largo, ancho ó estrecho; y en preguntándole el ropero si le venia bien, á todo decia: *A mí paréceme que sí.* Holgábase grandemente de tener siempre lo peor; y cuanto era de su parte siempre que podia lo hacia. Solia él decir que aquella regla nuestra que nos dice, que cada uno se persuada que se le ha de dar lo peor de casa para su mayor mortificacion y provecho espiritual, se ha de entender de esta manera: que así como el pobre que va pidiendo limosna se persuade de cierto que no le han de dar el mejor vestido que hay en casa, sino el más viejo y el peor, y lo mismo en las demás cosas; así nosotros, si somos verdaderos pobres, nos hemos de persuadir que nos han de dar en casa la peor, y esta palabra *se persuada,* tiene esta fuerza (decia él), que quiere que lo tengamos por cierto, que será y conviene que sea. Muchas veces contó á su confesor por privilegio y merced grande de Dios, que en la distribucion de las cosas, de ordinario le tocaban las peores, y éste contaba él entre los favores más particulares que Dios le hacia, por el afecto grande que tenia á la santa pobreza. Vivia en la religion con tanto encogimiento como si de hecho hubiera sido algun pobre mendigo que de pura compasion le hubieran recogido en casa, y con eso tenia por gran caridad cualquiera cosa que se hiciese con él. En la mesa, si habia algo que le hiciese mal, dejábalo con tal arte, que no lo echasen de ver los que servian, porque no le trajesen otra cosa.

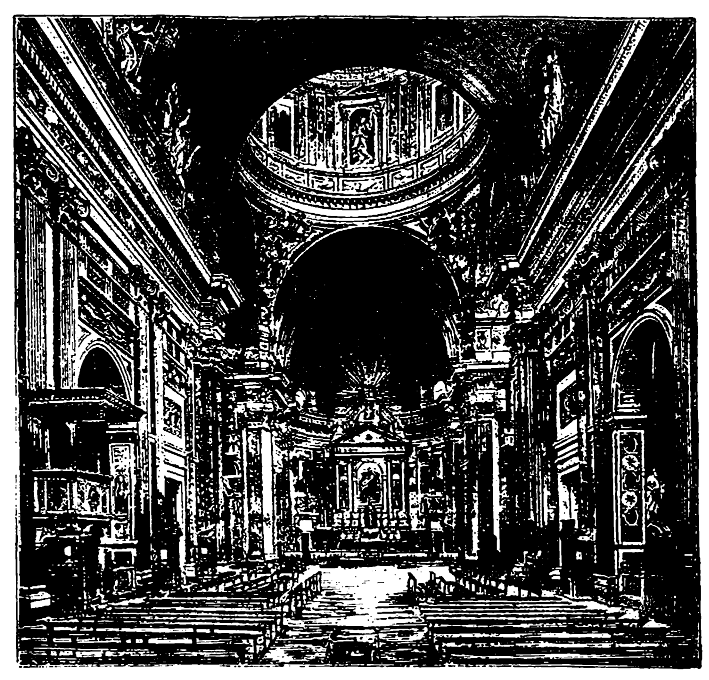
CAPÍTULO XVI.

De su pureza, sinceridad, penitencia y mortificacion.

En lo que toca á su castidad no es menester decir más, de que conservó la joya de su virginal pureza con aquella excelencia y prerogativas tan grandes como vimos en el capítulo III del libro I.

En sus palabras era sumamente amigo de verdad, claro y sencillo, que todos estaban ciertos que su sí, era sí, y su no, era no, sin peligro de equivocacion ó disimulacion; porque solia él decir, que el usar de equivocacion en las palabras,

los artificios, los dobleces, las disimulaciones en el siglo destruyen el comercio humano, y en la Religion son el veneno de la simplicidad religiosa y la única peste de la juventud, y añadia que tales cosas dificultosamente se juntan con verdadero espíritu de religion.



Interior del templo del Gesù, de Roma.
(Véase el libro II, cap. 4 y 6.)

En lo que toca á la mortificacion, era tan inclinado y tenia tantas ansias por hacer penitencias, que si los superiores no le hubieran tirado el freno, hubiera acabado mucho más presto consigo, porque el fervor le llevaba donde no alcanzaban las fuerzas. Espantábanse algunos que sabian su poca salud, de que no hiciese escrúpulo de importunar tanto á los superiores por más penitencias: excusábase él con decir, que el superior sabia sus fuerzas, y que con eso lo que él le concediese seria

ni hallarse pegado á cosa de esta vida. Cuando le daban bonete ó vestido de verano ó invierno, jamás decia que era corto ó largo, ancho ó estrecho; y en preguntándole el ropero si le venia bien, á todo decia: *A mí paréceme que sí.* Holgábase grandemente de tener siempre lo peor; y cuanto era de su parte siempre que podia lo hacia. Solia él decir que aquella regla nuestra que nos dice, que cada uno se persuada que se le ha de dar lo peor de casa para su mayor mortificacion y provecho espiritual, se ha de entender de esta manera: que así como el pobre que va pidiendo limosna se persuade de cierto que no le han de dar el mejor vestido que hay en casa, sino el más viejo y el peor, y lo mismo en las demás cosas; así nosotros, si somos verdaderos pobres, nos hemos de persuadir que nos han de dar en casa la peor, y esta palabra *se persuada,* tiene esta fuerza (decia él), que quiere que lo tengamos por cierto, que será y conviene que sea. Muchas veces contó á su confesor por privilegio y merced grande de Dios, que en la distribucion de las cosas, de ordinario le tocaban las peores, y éste contaba él entre los favores más particulares que Dios le hacia, por el afecto grande que tenia á la santa pobreza. Vivia en la religion con tanto encogimiento como si de hecho hubiera sido algun pobre mendigo que de pura compasion le hubieran recogido en casa, y con eso tenia por gran caridad cualquiera cosa que se hiciese con él. En la mesa, si habia algo que le hiciese mal, dejábalo con tal arte, que no lo echasen de ver los que servian, porque no le trajesen otra cosa.

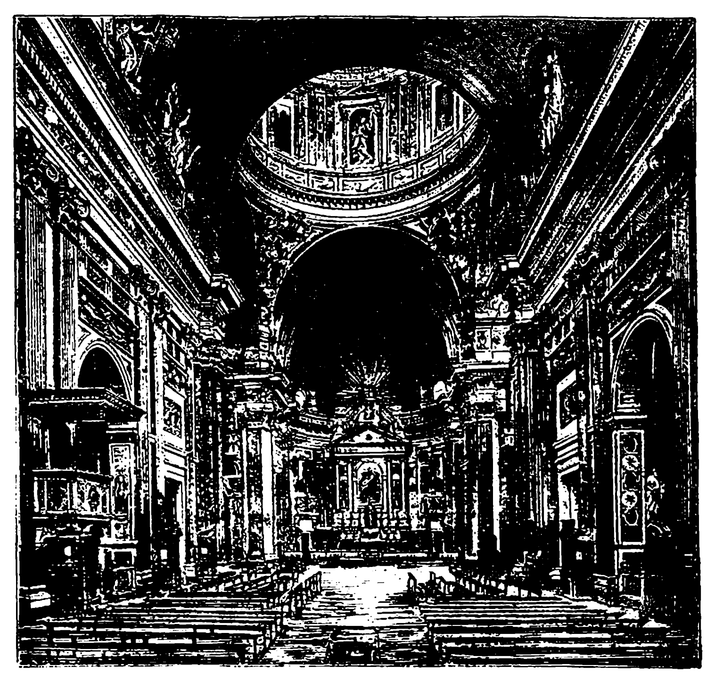
CAPÍTULO XVI.

De su pureza, sinceridad, penitencia y mortificacion.

En lo que toca á su castidad no es menester decir más, de que conservó la joya de su virginal pureza con aquella excelencia y prerogativas tan grandes como vimos en el capítulo III del libro I.

En sus palabras era sumamente amigo de verdad, claro y sencillo, que todos estaban ciertos que su sí, era sí, y su no, era no, sin peligro de equivocacion ó disimulacion; porque solia él decir, que el usar de equivocacion en las palabras,

los artificios, los dobleces, las disimulaciones en el siglo destruyen el comercio humano, y en la Religion son el veneno de la simplicidad religiosa y la única peste de la juventud, y añadia que tales cosas dificultosamente se juntan con verdadero espíritu de religion.



Interior del templo del Gesù, de Roma.
(Véase el libro II, cap. 4 y 6.)

En lo que toca á la mortificacion, era tan inclinado y tenia tantas ansias por hacer penitencias, que si los superiores no le hubieran tirado el freno, hubiera acabado mucho más presto consigo, porque el fervor le llevaba donde no alcanzaban las fuerzas. Espantábanse algunos que sabian su poca salud, de que no hiciese escrúpulo de importunar tanto á los superiores por más penitencias: excusábase él con decir, que el superior sabia sus fuerzas, y que con eso lo que él le concediese seria

voluntad de Dios, y lo que no lo fuese el superior lo negaria. Añadia, que algunas veces bien sabia él que le habian de negar lo que pedia, pero que ya que no podia hacerlo como deseaba, queria á lo menos ofrecer á nuestro Señor su deseo y representarlo al superior, pues aquel acto no podia hacerle daño sino mucho provecho; y entre otros era este de humillarse á las veces, porque algunos, maravillados de él, juzgaban que le faltaba conocimiento de sus fuerzas; y tal vez permitia Dios que le concediesen cosas que nadie pensara que las habian de conceder.

Preguntóle un dia una persona muy de propósito, cómo era posible que siendo tan cuerdo, no hiciese caso del parecer de tantos Padres tan religiosos y de tanta autoridad, que tantas veces le habian aconsejado que templase aquel rigor de sus penitencias, y moderase la intension grande con que atendia á los ejercicios espirituales. A esta pregunta respondió con estas palabras: Dos suertes de personas son las que me dan estos consejos. Unos tales y tan perfectos en su modo de proceder, que no veo en ellos cosa que no sea digna de ser imitada, y muchas veces he tenido ánimo de tomar sus consejos; pero advirtiendo que estos mismos no guardan consigo esta regla, me ha parecido mejor imitar sus obras que tomar sus palabras, pues puedo presumir que nacen más de caridad y compasion que me tienen. Otros son que toman para sí el consejo que me dan, y no son tan inclinados á penitencias; pero yo tengo por mejor tomar ejemplo de aquellos primeros, que el consejo de estos segundos. Añadia otra razon y era, que temia mucho que la naturaleza sin el uso de penitencia y mortificacion no podria conservarse mucho tiempo como convenia, sino que poco á poco se volveria á su primer ser, y perderia el hábito de padecer que habia ganado en tantos años.

Solia decir que él era como un hierro torcido, que habia venido á la Religion á enderezarse con el martillo de las mortificaciones y penitencias. Y porque algunos decian que la perfeccion consiste en lo interior, y que más importa disciplinar la voluntad que no el cuerpo, él respondia: *Hæc facere, et illa non omittere*, que todo es menester, y que así lo habian hecho los Santos antiguos y nuestros primeros Padres, especialmente su santo Padre Ignacio, que fué tan dado á estas penitencias y se trató con tanto rigor, como se lee en su vida; y dejó

escrito en sus constituciones, que á los profesos é incorporados en la Compañía no se les señalaba regla determinada de vigilias, ayunos, disciplinas, oraciones y penitencias, porque se suponia que habian de ser tales y tan inclinados á estas cosas, que más tuviesen necesidad de freno que de espuelas, cuando no entendiesen que las penitencias corporales les habian de estorbar las otras del espíritu. Añadia más, que el tiempo mejor para estas penitencias es el de la juventud, cuando hay salud y fuerzas para ellas, porque despues crecen los achaques



P. Vicente Bruno, de la Compañía de Jesus.

Rector del Colegio Romano en tiempo de S. Luis.
De un cuadro al oleo de la Universidad Gregoriana de Roma.
(Véase el libro II, cap. 8, 12, 24 y 30, y nota 8.)

y faltan las fuerzas; y así los Santos en la vejez, cuanto añadian de ejercicios mentales, quitaban de penitencias, si bien nunca las dejaban del todo.

Cuando el superior le negaba alguna penitencia, recompensábala con otra obra espiritual, como con leer un capítulo de Gerson, visitar el Santísimo Sacramento, ú otra cosa semejante; no perdiendo ocasion en el andar, en el sentarse ó estar en pié, en que no buscase alguna incomodidad para mortificar el cuerpo. Y porque á las veces los superiores, viéndole tan flaco, le quitaban los cilicios, las disciplinas y ayunos extraordinarios, él procuraba hallar otras mortificaciones que no hiciesen daño á la salud, ni fuesen contra la voluntad de los superiores, y se las proponia; como una vez que alcanzó licencia para hacer en español los tonos (que es un modo de

prueba breve que suelen hacer los estudiantes para enseñarse á predicar), pareciéndole que era buena traza para que todos hiciesen burla de él. Basta decir de sus mortificaciones y penitencias, que eran tantas y con tan poco cuidado de su salud, que muchos le dijeron que temian que á la hora de la muerte habia de tener escrúpulo de haber tratado con tanto rigor su cuerpo, y que quizá lo pagaria en el purgatorio; pero él dió satisfaccion de esto en su última enfermedad, como verémos.

En la mortificacion de las pasiones no tenia necesidad de mucho cuidado, pues las tenia tan rendidas, que parecia carecer totalmente de ellas. El estudio y cuidado suyo era examinar los movimientos todos de su alma; y cuando hallaba falta en alguno, no se congojaba demasiado, sino humillábase luégo delante de Dios, y pedia perdon á la divina misericordia, proponiendo de confesarse, y con aquello no le daba más pena. Habia aprendido este modo del maestro de novicios, de quien arriba hablamos, el cual solia dar este consejo, que cuando uno cae en alguna falta, es muy buen remedio, y de que Dios se agrada mucho y el demonio se confunde, humillarse luégo delante de Dios, y levantando á él el corazon, decirle estas ó semejantes palabras: O Señor, mira qué frágil y miserable soy; cuán fácilmente tropiezo y caigo: perdóname, Señor, y dame gracia para que no caiga otra vez. Y despues de esto quietarse. Este consejo guardaba Luis, el cual añadia, que el afligirse demasiado por las faltas puede nacer de falta de conocimiento propio, pues quien bien se conoce, sabe que la tierra de su heredad lleva de suyo muchas espinas y zarzas como aquellas. Su cuidado era examinar la raíz y fuente de sus pensamientos y deseos, para ver si era culpable, y esto le daba pena, hasta hallar la verdad para poderse confesar bien: su confesion era clara, breve y sin escrúpulos, y como refiere el P. Roberto Belarmino (que era su confesor), sabia decir el punto y término á que habia llegado el pensamiento, la accion, el deseo, tan clara y distintamente como si lo estuviera viendo con los ojos; tanta era la luz que tenia para conocer lo interior de su alma. Deseaba mucho que le diesen reprensiones públicas, y para eso daba al superior una lista de sus faltas: pero viendo que en vez de reprenderle le alababa, y que aquellas faltas no le parecian faltas; antes de allí



Muerte de S. Luis.
De un lienzo que el Cardenal Belarmino mandó pintar en 1618 para el aposento donde murió el Santo.
Venérase ahora en la »Cappelletta« del mismo. (Vease el libro II, cap. 31.)

tomaba ocasion de decir sus virtudes, se resolvió á lo último de no pedir reprensiones, diciendo que por aquel camino más era lo que perdia que lo que ganaba.

CAPÍTULO XVII.

De la grande estima que hacia de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio.

Hacia grande estima de los Ejercicios Espirituales del santo Padre Ignacio, no sólo como de medio utilísimo para convertir pecadores, sino tambien como de instrumento muy eficaz para renovar el fervor, y adelantarse en espíritu las personas religiosas. Y así cada año por vacaciones se recogia algun tiempo á hacer estos ejercicios; y porque nuestro santo Padre Ignacio los dividió en cuatro semanas, los tenia él divididos con algunas sentencias latinas y advertencias breves á propósito de cada semana, conforme á la diferente materia que en ellas se medita, y el fin que se pretende. Pero porque sus papeles espirituales los cogieron luégo en muriendo, no he hallado más de lo que toca á la primera semana, que vuelto de latin en romance dice así:

Para los ejercicios de la primera semana.

«Los juicios de Dios son inescrutables. ¿Quién sabe si «se me han perdonado los pecados que cometí en el siglo?

«Las columnas del cielo cayeron y se quebraron. ¿Quién «me asegura que yo perseveraré?

«El mundo está sepultado en lo profundo de la maldad. «¿Quién ha de aplacar la ira de Dios?

«Muchos de los religiosos y de los eclesiásticos no atienden «ya á su vocacion. ¿Cómo ha de disimular Dios más tiempo «tan grande pérdida y menoscabo de su reino?

«Los fieles quitan á Dios la gloria, pasando toda la vida «con tanta tibieza. ¿Quién la ha de restaurar?

«¡Ay de los seglares que dilatan la penitencia hasta la «muerte! ¡Ay tambien de los religiosos que hasta aquel punto «durmieron!

tomaba ocasion de decir sus virtudes, se resolvió á lo último de no pedir reprensiones, diciendo que por aquel camino más era lo que perdia que lo que ganaba.

CAPÍTULO XVII.

De la grande estima que hacia de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio.

Hacia grande estima de los Ejercicios Espirituales del santo Padre Ignacio, no sólo como de medio utilísimo para convertir pecadores, sino tambien como de instrumento muy eficaz para renovar el fervor, y adelantarse en espíritu las personas religiosas. Y así cada año por vacaciones se recogia algun tiempo á hacer estos ejercicios; y porque nuestro santo Padre Ignacio los dividió en cuatro semanas, los tenia él divididos con algunas sentencias latinas y advertencias breves á propósito de cada semana, conforme á la diferente materia que en ellas se medita, y el fin que se pretende. Pero porque sus papeles espirituales los cogieron luégo en muriendo, no he hallado más de lo que toca á la primera semana, que vuelto de latin en romance dice así:

Para los ejercicios de la primera semana.

«Los juicios de Dios son inescrutables. ¿Quién sabe si «se me han perdonado los pecados que cometí en el siglo?

«Las columnas del cielo cayeron y se quebraron. ¿Quién «me asegura que yo perseveraré?

«El mundo está sepultado en lo profundo de la maldad. «¿Quién ha de aplacar la ira de Dios?

«Muchos de los religiosos y de los eclesiásticos no atienden «ya á su vocacion. ¿Cómo ha de disimular Dios más tiempo «tan grande pérdida y menoscabo de su reino?

«Los fieles quitan á Dios la gloria, pasando toda la vida «con tanta tibieza. ¿Quién la ha de restaurar?

«¡Ay de los seglares que dilatan la penitencia hasta la «muerte! ¡Ay tambien de los religiosos que hasta aquel punto «durmieron!

«Con estos motivos has de despertar y renovar el pro-«pósito y deseo de penitencia y de servir á Dios con per-«severancia.

«La verdadera penitencia nace de considerar que he des-«preciado y afrentado á aquel Señor á quien tanto amo.

«Ella es la que hace llorar los pecados graves, de suerte, «que aun de los veniales hace tener grande arrepentimiento.

«Ella es tambien la que no sólo reconoce y reverencia «la grandeza de la misericordia de Dios en el perdon de las «culpas; pero llega á desear grandemente que se ejecuten en «el penitente las penas todas que merecen sus pecados, para «que la justicia de Dios sea honrada como merece.

«Aquí es donde da Dios á quien se dispone un odio «grande de sí mismo, con que se despierta y se confirma en «un santo deseo de atormentarse y castigarse á sí mismo con «rigurosas penitencias.» Hasta aquí son sus palabras.

CAPÍTULO XVIII.

De su caridad con Dios y con el prójimo.

Amaba tiernísimamente á Dios nuestro Señor; y en hablándose de él en su presencia, se enternecia de suerte, que se le veia en la cara, y esto en todo tiempo y en todo lugar. De aquí le nacia una encendida caridad con sus prójimos: ésta le hacia ir muy de ordinario á los hospitales á servir los enfermos hasta hacerle morir en la demanda, como verémos: cuando allá iba hacíales las camas, dábales de comer, lavábales los piés, barria la enfermería, exhortábalos á tener paciencia y confesarse. En casa habia ya pedido licencia general para visitar entre dia los enfermos todos del colegio, y así no habia quien más á menudo y con más cuidado hiciese este oficio de caridad, yendo á todos indiferentemente y con igualdad. No sólo los visitaba y consolaba, sino que cuando por dolerle la cabeza no le dejaba estudiar, se iba á buscar los enfermeros, y les ayudaba á limpiar los cuchillos y cucharas, á prevenir las cosas y hacer los otros ministerios necesarios en servicio de los enfermos y convalecientes. No paraba su caridad en ayudar los cuerpos;

con más fervor deseaba ayudar las almas, de cuya salvacion tenia ardentísimo celo; y si á los superiores les pareciera, fuéra con grande gusto á Indias para emplearse en la conversion de los gentiles, que era lo que en el siglo y en la Religion siempre deseó. Y porque en el tiempo de sus estudios no podia atender tan de propósito al trato de los prójimos (porque esto es más propio de los que acabados sus estudios y ordenados de sacerdotes se emplean en ministerios de confesiones, sermones, pláticas y otros semejantes, todos ordenados á fin de ayudar las almas), él en este tiempo procuraba ayudar



P. Juan Pescatore, de la Compañía de Jesus,
Maestro de Novicios de S. Luis.
De un lienzo de la Universidad Gregoriana de Roma.
(Véase el libro II, cap. 9, 10 y 30.)

siquiera á las almas de sus condiscípulos y hermanos, de las puertas adentro de la Religion, ayudándose para eso de muchas trazas, y de la prudencia grande que Dios le habia dado.

Con este fin, demás del buen ejemplo que daba á todos con su santa vida y el fruto que con él hacia, preguntó al Padre rector si le parecia que se encargase de procurar que en las quietes de mediodía y de la noche se hablase siempre de cosas espirituales, y se atajasen las otras pláticas, no digo de cosas ociosas é impertinentes (que éstas nunca se permiten), sino tambien de las de cosas indiferentes y de estudios; y teniendo la aprobacion del superior, dió parte de este su deseo al prefecto de las cosas espirituales (que á la sazon era el

P. Jerónimo Ubaldini, que siendo prelado de la corte romana habia ya entrado en la Compañía, donde vivió y murió santamente), rogándole que él de su parte ayudase este intento, y finalmente lo encomendó mucho á nuestro Señor. Hechas estas diligencias, puso los ojos en algunos hermanos del colegio, personas espirituales (que le parecieron más á propósito para el fin que deseaba), y comunicóles su pretension, que era con su ayuda meter en la quiete pláticas de nuestro Señor. A más de esto leia cada dia media hora en algun libro espiritual ó de vidas de Santos, para tener á la mano materia de que hablar.

Con esta prevencion, dió principio con sus compañeros á lo que deseaba, usando de esta traza: que cuando estaba con personas inferiores, él era el primero que metia la plática, y los demás le seguian con grande gusto, principalmente viendo lo mucho que aprovechaban con su conversacion. Cuando se hallaba con Padres y personas graves, solia preguntarles alguna duda espiritual con deseo de aprender; con esto metia plática de nuestro Señor, y los presentes echaban de ver que él no gustaba de otras pláticas, y por darle gusto la continuaban, cortando todas las otras aunque estuviesen comenzadas, y aunque fuesen superiores los que allí se hallaban: si se juntaba con personas iguales, si estos eran de los que habia metido en el concierto, no habia dificultad; si eran los otros, él buscaba ocasion con que introducir cosa espiritual ó alguna materia devota; y como todos eran buenos religiosos, deseosos de su aprovechamiento, fácilmente se dejaban llevar y seguian el hilo de la conversacion. Cuando venia alguno de nuevo del noviciado ó de otra parte á estudiar al colegio, procuraba mucho, por sí mismo ó por medio de otro que hubiese sido compañero ó connovicio del recien venido, conservarle en el fervor y buen espíritu que traia del noviciado; y buscando ocasion, luégo al principio le cogia algun dia en la quiete y le decia con llaneza, que si deseaba conservarse y aprovecharse en la devocion hallaria muchos en el colegio que le pudiesen ayudar, pero que en el ínterin que los fuese conociendo, él le señalaria cuatro ó seis de los más espirituales con quien tratase: luégo avisaba á éstos para que buscasen ocasiones de hablarle y tratarle, y con esto venia á salir con lo que deseaba.

Si veia alguno en el colegio que andaba menos fervoroso y más necesitado de ayuda, buscaba traza cómo hacérsele muy amigo; por muchos dias y aun semanas se iba á quiete con él á mediodía y á la noche, no reparando en que otros lo notasen; cuando le parecia que le tenia ya en buen punto, dejábale poco á poco, diciéndole que por la edificacion era menester hablar con todos y no tener particularidad: aconsejábale que se acompañase con los mejores, y nombrábale algunos en particular; á los cuales avisaba que se le pegasen, porque él sabia que tenia buenos deseos, y de esta manera en dejando uno pegaba con otro, y con estas trazas en pocas semanas hizo mucho bien á muchos, y aun en los más tibios encendió tal fuego y fervor de espíritu y de devocion, que era para alabar á Dios: de suerte que habiendo á la sazon más de doscientas personas en el colegio, me acuerdo en tiempo de verano haber visto algunas veces que todos andaban en quiete repartidos por aquellos corredores y por el jardin, aquí dos, allí tres, acullá cuatro, y yo los conocia á todos, y estaba cierto que en todas aquellas conversaciones sin faltar ninguna se estaba tratando de cosas espirituales. De manera que la recreacion y la quiete era como una conferencia espiritual, y muchos confesaban que sacaban tanto fruto de ella y á veces mayor que de la misma oracion: principalmente que algunos con llaneza se comunicaban allí los sentimientos que Dios les daba en la oracion, y con eso los unos participaban de la luz de los otros. Hacíase todo esto con tanta suavidad y gusto de todos, que no venia contento á su aposento el que aquel dia con alguna ocasion no habia tratado en la quiete de estas materias. Estas eran las pláticas cuando iban al campo á hacer ejercicio, cuando iban á la viña los dias de asueto, y no parece que podian tener mejor rato que cuando se apartaban dos ó tres ó cuatro juntos á hablar de Dios y de las cosas del cielo.

Por las vacaciones de setiembre y octubre cuando se dejan las lecciones, y los estudiantes del colegio Romano van algunos dias á Frascati para desahogarse de los estudios, juntamente pedian licencia, y se llevaban consigo quién á Gerson, quién la Vida de san Francisco y la de santa Catalina de Siena ó la de nuestro santo Padre Ignacio; unos leian la crónica de santo Domingo, otros la de san Francisco; éstos

gustaban de las Confesiones y Soliloquios de san Agustin, aquellos de los Cantares de san Bernardo: algunos más espirituales gustaban más de la Vida de la beata Catalina de Génova; otros, que eran más inclinados al desprecio de sí mismos, leian la del beato Giacopone y la del beato Juan Columbino: llena el alma de esta leccion se salian á la mañana y á la tarde de dos en dos, ó de tres en tres, á hacer ejercicio por aquellas montañas, platicando lo que habian leido. Tal vez se encontraban diez ó doce juntos por aquellos bosques y selvas, y se paraban á tener una conferencia espiritual con tanto gusto, con tanta devocion y fervor, que parecian otros tantos Angeles del cielo; de suerte que la ida á Frascati no menos restauraba las fuerzas del alma que las del cuerpo, y los unos servian á los otros de ejemplo y de espuelas para servir á Dios. Testigos son de todo esto tantos padres y hermanos que lo vieron y probaron por estar presentes, y ahora están repartidos por todo el mundo á fructificar en la viña del Señor.

De todo esto despues de Dios se debia la gloria á Luis como á principal motor; por eso todos con razon le amaban y veneraban con particular devocion: todos le seguian y buscaban para hablarle y oirle, y cuando no le podian haber, lo sentian por lo que perdian. Lo que le hacia más amable era, que no tenia siempre el arco tirante sin aflojarlo, sino que con cordura y prudencia se sabia acomodar al tiempo y á la ocasion y á las personas; y aunque en sus acciones era sério, pero no era en sus pláticas nada melancólico ni pesado, sino gracioso y afable con todos, y tal vez se dejaba decir su gracia y su agudeza, y contaba algun cuentecillo á propósito, todo dentro de los términos de la modestia religiosa. Esta fué la vida de Luis en el colegio Romano los primeros dos años y medio que allí estuvo, y éstos son los efectos que con ella obraba.

CAPÍTULO XIX. VI.

Cómo fué enviado á su tierra para apaciguar algunos encuentros graves que habia entre el Duque de Mantua y el Marqués su hermano.

Habiendo sucedido en Mantua la muerte del Sr. Horacio Gonzaga, señor de Solferino, aquel feudo venia á su sobrino el marqués Rodolfo como á pariente más cercano por legítima sucesion. Pero habiendo aquel señor en su testamento dejado por heredero al Sermo. Duque de Mantua, S. A. tomó posesion de aquel señorío. Con esta ocasion la Marquesa de Castellon D.ª Marta fué á Praga, dejando el gobierno de Castellon al marqués Rodolfo, y llevó consigo otros tres hijos pequeños que tenia: el mayor era D. Francisco, que al presente es marqués y á la sazon no tenia más de nueve años; pero de aquella edad recitó una oracion bien larga al Emperador con tanta gracia, que él le quedó muy aficionado, y se le pidió á la Marquesa por paje, y ella se lo dió. Envió el Emperador un comisario suyo que en su nombre embargase y administrase aquel feudo, hasta que S. M. declarase por sentencia definitiva á quién pertenecia de derecho. Vióse la causa, y salió la sentencia en favor del marqués Rodolfo, declarando pertenecerle como á pariente más cercano. Pero en el ínterin no faltaron algunos malsines y ministros del demonio que con siniestras informaciones atizaron el fuego, haciendo que cuanto habia sido mayor el amor entre aquellos señores, fuese mayor la enemistad presente. Crecieron las sospechas, multiplicáronse las quejas y los disgustos, de suerte que la causa de Solferino, que se trataba civilmente, era ya lo de menos importancia en estas controversias; y como eran tantos los cargos que hacian al Marqués, temíase que este negocio habia de parar en mucho mal.

Pusiéronse de por medio para reconciliarlos algunos personajes de mucha importancia, y entre otros el Sermo. archiduque Ferdinando, hermano del emperador Maximiliano, pero todo fué sin provecho. Finalmente madama Eleonora de Austria, madre del duque Vicencio, y la marquesa D.ª Marta, madre del marqués Rodolfo, viendo la cosa reducida á tales

gustaban de las Confesiones y Soliloquios de san Agustin, aquellos de los Cantares de san Bernardo: algunos más espirituales gustaban más de la Vida de la beata Catalina de Génova; otros, que eran más inclinados al desprecio de sí mismos, leian la del beato Giacopone y la del beato Juan Columbino: llena el alma de esta leccion se salian á la mañana y á la tarde de dos en dos, ó de tres en tres, á hacer ejercicio por aquellas montañas, platicando lo que habian leido. Tal vez se encontraban diez ó doce juntos por aquellos bosques y selvas, y se paraban á tener una conferencia espiritual con tanto gusto, con tanta devocion y fervor, que parecian otros tantos Angeles del cielo; de suerte que la ida á Frascati no menos restauraba las fuerzas del alma que las del cuerpo, y los unos servian á los otros de ejemplo y de espuelas para servir á Dios. Testigos son de todo esto tantos padres y hermanos que lo vieron y probaron por estar presentes, y ahora están repartidos por todo el mundo á fructificar en la viña del Señor.

De todo esto despues de Dios se debia la gloria á Luis como á principal motor; por eso todos con razon le amaban y veneraban con particular devocion: todos le seguian y buscaban para hablarle y oirle, y cuando no le podian haber, lo sentian por lo que perdian. Lo que le hacia más amable era, que no tenia siempre el arco tirante sin aflojarlo, sino que con cordura y prudencia se sabia acomodar al tiempo y á la ocasion y á las personas; y aunque en sus acciones era sério, pero no era en sus pláticas nada melancólico ni pesado, sino gracioso y afable con todos, y tal vez se dejaba decir su gracia y su agudeza, y contaba algun cuentecillo á propósito, todo dentro de los términos de la modestia religiosa. Esta fué la vida de Luis en el colegio Romano los primeros dos años y medio que allí estuvo, y éstos son los efectos que con ella obraba.

CAPÍTULO XIX. VI.

Cómo fué enviado á su tierra para apaciguar algunos encuentros graves que habia entre el Duque de Mantua y el Marqués su hermano.

Habiendo sucedido en Mantua la muerte del Sr. Horacio Gonzaga, señor de Solferino, aquel feudo venia á su sobrino el marqués Rodolfo como á pariente más cercano por legítima sucesion. Pero habiendo aquel señor en su testamento dejado por heredero al Sermo. Duque de Mantua, S. A. tomó posesion de aquel señorío. Con esta ocasion la Marquesa de Castellon D.ª Marta fué á Praga, dejando el gobierno de Castellon al marqués Rodolfo, y llevó consigo otros tres hijos pequeños que tenia: el mayor era D. Francisco, que al presente es marqués y á la sazon no tenia más de nueve años; pero de aquella edad recitó una oracion bien larga al Emperador con tanta gracia, que él le quedó muy aficionado, y se le pidió á la Marquesa por paje, y ella se lo dió. Envió el Emperador un comisario suyo que en su nombre embargase y administrase aquel feudo, hasta que S. M. declarase por sentencia definitiva á quién pertenecia de derecho. Vióse la causa, y salió la sentencia en favor del marqués Rodolfo, declarando pertenecerle como á pariente más cercano. Pero en el ínterin no faltaron algunos malsines y ministros del demonio que con siniestras informaciones atizaron el fuego, haciendo que cuanto habia sido mayor el amor entre aquellos señores, fuese mayor la enemistad presente. Crecieron las sospechas, multiplicáronse las quejas y los disgustos, de suerte que la causa de Solferino, que se trataba civilmente, era ya lo de menos importancia en estas controversias; y como eran tantos los cargos que hacian al Marqués, temíase que este negocio habia de parar en mucho mal.

Pusiéronse de por medio para reconciliarlos algunos personajes de mucha importancia, y entre otros el Sermo. archiduque Ferdinando, hermano del emperador Maximiliano, pero todo fué sin provecho. Finalmente madama Eleonora de Austria, madre del duque Vicencio, y la marquesa D.ª Marta, madre del marqués Rodolfo, viendo la cosa reducida á tales

términos, deseosos de paz y de evitar escándalos, juzgaron que no podia haber mejor medianero en aquel caso para pacificar aquellos señores que el hermano Luis, sabiendo por una parte lo mucho que el Duque le amaba, y por otra la autoridad que tendria con el Marqués su hermano, pues le habia dado todo lo que tenia. Con esto, sin decir nada á sus hijos, les pareció á aquellas señoras acudir á él en este aprieto, que á la sazon estaba en Roma. Al principio Luis no salió á ello, por no meterse en aquellos enredos y perder su paz y el hilo de la observancia regular con que tan bien se hallaba. Despues lo pensó más, encomendólo mucho á nuestro Señor, y pidió á otros que hiciesen lo mismo, y aconsejóse con el P. Roberto Belarmino, que era su confesor. El habiendo tenido oracion sobre ello, le dijo estas palabras: *Vaya, hermano Luis, porque yo entiendo que será servicio de nuestro Señor.* Tomó él estas palabras cómo oráculo, y poniéndose indiferente, se resolvió de hacer lo que el Padre general le mandase, sin replicar. En el ínterin la archiduquesa Eleonora, sabiendo las dificultades que Luis ponia, y viendo que no habia otro medio sino este, despues de Dios, para prevenir los daños grandes que se temian, y que un acto de tanta caridad como era apaciguar sus parientes no desdecia nada de la observancia regular, hizo con los superiores que de hecho se lo mandasen, y así se hizo, como se cuenta en la historia y vida que anda impresa de aquella santa señora.

Habia ya oido Luis dos años de teología, y por ser vacaciones estaba á la sazon en Frascati con otros muchos, cuando fué allá el P. Belarmino con el órden del Padre general, en que le mandaba volver á Roma, para irse luégo á Mantua y á Castellon: en recibiendo este órden, no tardó más de un cuarto de hora en partirse, dejándonos á los que allí estábamos con notable pena de vernos privados por tanto tiempo de su comunicacion y del fruto de sus santos ejemplos. Acompañámosle todos hasta una granja del colegio; y á la vuelta comenzó el P. Belarmino á hablar con encarecimiento de las virtudes de aquel hermano y de su santidad, contando algunas cosas que nos movian á devocion: entonces dijo que él tenia para sí que estaba confirmado en gracia; y añadió que no sabia cómo se podia imaginar mejor la vida de santo Tomás de Aquino, cuando era mozo, que considerando la vida del hermano

Luis. Las cuales palabras notaron muchos, que despues las testificaron en los procesos. Llegado á Roma, y recibido el órden del Padre general para partirse, fué primero á despedirse de los Cardenales sus parientes; estando con el cardenal de la Róvere, por la gran flaqueza de cabeza y extenuacion de cuerpo, se desmayó, y le hubieron de echar en la cama del Cardenal, el cual le reprendió por tanta mortificacion y penitencia, exhortándole á que tuviese más cuidado de su salud;



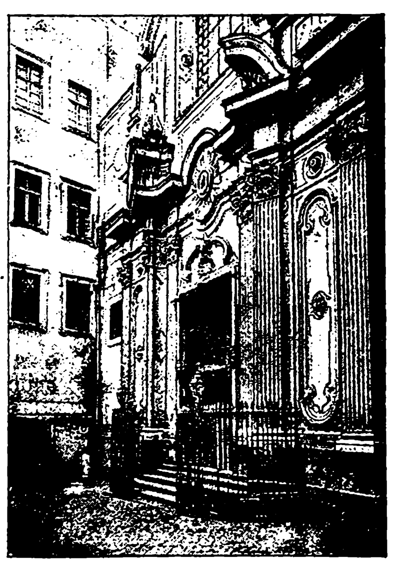
Antiguo Colegio de la Compañía de Jesus, de Nápoles (Gesù vecchio), donde pasó S. Luis siete meses. (Véase el libro II, cap. 10.)

pero él respondió que no hacia todo lo que debia para cumplir con su obligacion. Diéronle por compañero un hermano coadjutor muy cuerdo, á quien los superiores encargaron mucho que cuidase de la salud de Luis, y á él le mandaron que obedeciese á su compañero en todo lo que tocase á la salud. El P. Ludovico Corbinelli, persona grave y gran bienhechor del colegio Romano, sabiendo lo mucho que Luis padecia de la cabeza, hizo cuanto pudo porque llevase un paraguas; pero no fué posible acabarlo con él. La mañana que se habia de

ir, le trajeron al aposento unas botas, que habian sido de una persona principal: cuando se las queria poner, dijo uno acaso: Estas botas fueron de tal señor. Oyendo esto Luis, se puso muy melancólico, pensando que quizá por esto se las daban á él: con esto no hacia sino darles una vuelta y otra, á ver si les hallaba algun achaque para dejarlas. El compañero cayó en la cuenta, y díjole: ¿Qué tienen estas botas, no le vienen bien? Y no respondiendo él nada, le volvió á decir: Quíteselas y déjelas, que yo iré por otras que le vengan bien. Con esto las tomó, y yéndose á un aposento donde se guarda el recado de camino, sin tomar otras dobló las mismas de otro modo, y las volvió diciendo: Ahora pruébese estas, quizá le vendrán bien. Luis no las conoció, y con eso se las puso, y dijo: Estas sí, estas me vienen bien, y con ellas se fué.

Partió de Roma á los 12 de setiembre de 1589 en compañía del P. Bernardino de Médicis, su grande amigo, que iba á leer escritura á Milan. En todo el camino no dejó jamás sus tiempos de oracion, exámenes, letanías y las otras devociones en las posadas, y por el camino no habló sino de nuestro Señor ó de cosas espirituales. Era de ver el respeto y la piedad con que le oian los mozos de mulas, descubriéndole todo su corazon, no apartándose de su lado por la devocion que le tenian, que es cosa bien rara en los de aquel oficio. En Siena no quiso aceptar no sé qué agasajo que le pareció más que lo ordinario, y que le hacian por la calidad de su persona, ó por aficion que cierto Padre le tenia, ni tampoco se quiso dejar lavar los piés, como se suele hacer con los huéspedes que pasan por los colegios; antes dijo á su compañero, que le daba pena ver aquel Padre tan cuidadoso de agasajarle y con tantos cumplimientos. Gustó de pasar por Florencia como madre antigua de su primera devocion y fervor. Allí dejó al P. Bernardino de Médicis, porque aquellos señores Médicis sus parientes le detuvieron algunos dias; él se fué á Bolonia, donde en llegando le rodearon los Padres de aquel colegio, que habian oido decir mucho de su santidad, y él les comenzó luégo á hablar de cosas de nuestro Señor. Detúvose allí un dia, en el cual el rector le envió á ver la ciudad, dándole el sacristan por compañero. Al salir de la casa le rogó que no le llevase sino á alguna iglesia ó lugar de devocion, porque él no gustaba de

ver otras cosas. Con esto le llevó á dos ó tres iglesias de más devocion, y le volvió á casa. Llegados á una hostería entre Bolonia y Mantua, que está en el Estado de Ferrara, el huésped les dió á él y á su compañero un aposento en que no habia más de una cama. Tomó el compañero al huésped aparte, y le dicho que mirase que eran religiosos, y no dormian jamás dos en una cama, que le hiciese caridad de darle otra. El huésped dijo que no queria, porque habia de



Antigua iglesia de la Compañía de Jesus (del Gesù vecchio) en Nápoles, visitada diariamente por S. Luis durante su estancia en aquella ciudad. (Véase el libro II, cap. 10.)

guardar las otras camas por si aquella noche venian algunos caballeros á la posada: hizo instancia de nuevo el compañero con más fervor, é iba levantando la voz: oyóle é hízole callar; respondió el compañero: Este buen hombre dice que quiere guardar las camas para los caballeros, como si aquí fuésemos labradores, y en verdad, hermano Luis, que llevándolo por ahí que fuera razon atender á su persona y tenerle más respeto. Entonces Luis con gran sosiego y paz le dijo: Hermano mio, no se enoje, que no tiene razon. Nosotros hacemos

profesion de pobres, y tratándonos él conforme á nuestra profesion, no nos hace agravio, ni tenemos de qué quejarnos. A la noche quiso Dios que no llegaran más huéspedes, y con eso tuvo el compañero lo que deseaba.

En llegando á Mantua se fué luégo á visitar á madama Eleonora de Austria, que ya era muy vieja, y aquella santa señora se alegró sumamente de verle: abrazóle con notable afecto, y se estuvieron gran rato hablando. Desde allí avisó[18] de su llegada al Marqués su hermano, que envió luégo por él. No quiso enviar delante quien diese la nueva, hasta que llegó á Castellon, y dijo á uno que encontró, que avisase al Marqués cómo habia llegado; aquel echó luégo á correr, y lo fué diciendo por las calles, y en un momento se llenaron de gente que salian á las puertas á verle: recibiéronle con extraordinaria devocion y alegría, tocando las campanas y haciéndole una hermosa salva de artillería, hincándosele de rodillas cuando pasaba por las calles: tanto era el concepto que tenian de su santidad, de que Luis se corria y afligia harto. El Marqués bajó á recibirle al pié de la fortaleza. En apeándose de la carroza, un vasallo se puso de rodillas delante del Marqués, pidiéndole perdon de no sé qué cosa, fiado en la presencia de Luis: el Marqués le dijo que por amor del P. Luis él le perdonaba. Entró con el Marqués en la fortaleza, y mortificóse mucho, porque algunos de palacio y del lugar le hablaban de ilustrísimo y de excelencia como antes que fuese religioso.

No halló en Castellon á la Marquesa su madre, que estaba en otro lugar suyo, que se dice San Martino, doce millas de allí. Envióle luégo á avisar, y con eso el dia siguiente se vinó á Castellon con sus dos hijos pequeños. Llegada á su palacio, que era distinto y algo apartado del del Marqués, envió á la fortaleza á avisar á Luis de su llegada. Fué luégo allá Luis con su compañero, y ella le recibió más como á santo que como á hijo, y así no se atrevió á abrazarlo ni besarlo (como el afecto de madre lo pedia, y no habiendo personas de respeto delante, nadie se lo estorbara); pero venciendo la reverencia al amor, le recibió hincada de rodillas, haciéndole una profunda inclinacion hasta el suelo; y no es maravilla que esto hiciese, pues aun cuando era niño le miraba como á santo, y le solia llamar su ángel.

CAPÍTULO XX.

Del modo con que se portó en Castellon y en otras partes.

Estuvo Luis con su madre todo aquel dia, y tratando largamente de sus cosas, siempre quiso que estuviese presente su compañero. Pero él, reparando que con aquello se encogeria la Marquesa, y no se atreveria á hablar tan libremente con su hijo, buscando ocasion se salió á rezar el Rosario. Despues al cabo de un gran rato volvió, y los halló á ambos de rodillas en oracion. Á la noche preguntó Luis á su compañero, por qué se habia salido. El le dijo que, habiendo la señora Marquesa pedido al Padre general que le enviase á su hijo de tan léjos, y teniéndole ahora en su presencia, no le parecia que era razon estorbarla que no descansase con él y hablase libremente, y así con las otras señoras era bien aquel recato, y allí le obedeceria, pero con su madre no. Con esto se quietó Luis, el cual se estuvo algunos dias en Castellon por informarse en particular del Marqués y de los otros del estado de las cosas, y en qué topaban las diferencias con el Duque de Mantua.

En aquel ínterin no es creible la edificacion que daba en todo tiempo y en todas ocasiones: nunca salia sino á pié, si bien su madre y su hermano le hacian tener siempre la carroza á punto; por la calle siempre habia de ir sin bonete, para responder al afecto de tantos como le saludaban. Con todos trataba indiferentemente, con tanta humildad y sujecion como si fuera el mínimo del lugar. No quiso aceptar ningun género de servicio de los seglares si de algo tenia necesidad, antes se ayudaba de su compañero, aunque ni este queria que le acudiese sino á más no poder, y entonces obligándole y forzándole el compañero á aceptar, porque aunque tuviese necesidad de algo no queria pedirlo, sino aguardar á que Dios les moviese á dárselo. Y si por él fuera, no hubiera posado en casa de su hermano ni de su madre, sino en la del arcipreste, si los superiores no le hubieran ordenado lo contrario.

Todo el tiempo que allí estuvo, fué grande el rigor y entereza que tuvo en no tomar cosa de las que le ofrecian para su uso. Entrando el invierno, y los frios que en aquella tierra son rigurosos, no consintió que le hiciesen de vestir,

profesion de pobres, y tratándonos él conforme á nuestra profesion, no nos hace agravio, ni tenemos de qué quejarnos. A la noche quiso Dios que no llegaran más huéspedes, y con eso tuvo el compañero lo que deseaba.

En llegando á Mantua se fué luégo á visitar á madama Eleonora de Austria, que ya era muy vieja, y aquella santa señora se alegró sumamente de verle: abrazóle con notable afecto, y se estuvieron gran rato hablando. Desde allí avisó[18] de su llegada al Marqués su hermano, que envió luégo por él. No quiso enviar delante quien diese la nueva, hasta que llegó á Castellon, y dijo á uno que encontró, que avisase al Marqués cómo habia llegado; aquel echó luégo á correr, y lo fué diciendo por las calles, y en un momento se llenaron de gente que salian á las puertas á verle: recibiéronle con extraordinaria devocion y alegría, tocando las campanas y haciéndole una hermosa salva de artillería, hincándosele de rodillas cuando pasaba por las calles: tanto era el concepto que tenian de su santidad, de que Luis se corria y afligia harto. El Marqués bajó á recibirle al pié de la fortaleza. En apeándose de la carroza, un vasallo se puso de rodillas delante del Marqués, pidiéndole perdon de no sé qué cosa, fiado en la presencia de Luis: el Marqués le dijo que por amor del P. Luis él le perdonaba. Entró con el Marqués en la fortaleza, y mortificóse mucho, porque algunos de palacio y del lugar le hablaban de ilustrísimo y de excelencia como antes que fuese religioso.

No halló en Castellon á la Marquesa su madre, que estaba en otro lugar suyo, que se dice San Martino, doce millas de allí. Envióle luégo á avisar, y con eso el dia siguiente se vinó á Castellon con sus dos hijos pequeños. Llegada á su palacio, que era distinto y algo apartado del del Marqués, envió á la fortaleza á avisar á Luis de su llegada. Fué luégo allá Luis con su compañero, y ella le recibió más como á santo que como á hijo, y así no se atrevió á abrazarlo ni besarlo (como el afecto de madre lo pedia, y no habiendo personas de respeto delante, nadie se lo estorbara); pero venciendo la reverencia al amor, le recibió hincada de rodillas, haciéndole una profunda inclinacion hasta el suelo; y no es maravilla que esto hiciese, pues aun cuando era niño le miraba como á santo, y le solia llamar su ángel.

CAPÍTULO XX.

Del modo con que se portó en Castellon y en otras partes.

Estuvo Luis con su madre todo aquel dia, y tratando largamente de sus cosas, siempre quiso que estuviese presente su compañero. Pero él, reparando que con aquello se encogeria la Marquesa, y no se atreveria á hablar tan libremente con su hijo, buscando ocasion se salió á rezar el Rosario. Despues al cabo de un gran rato volvió, y los halló á ambos de rodillas en oracion. Á la noche preguntó Luis á su compañero, por qué se habia salido. El le dijo que, habiendo la señora Marquesa pedido al Padre general que le enviase á su hijo de tan léjos, y teniéndole ahora en su presencia, no le parecia que era razon estorbarla que no descansase con él y hablase libremente, y así con las otras señoras era bien aquel recato, y allí le obedeceria, pero con su madre no. Con esto se quietó Luis, el cual se estuvo algunos dias en Castellon por informarse en particular del Marqués y de los otros del estado de las cosas, y en qué topaban las diferencias con el Duque de Mantua.

En aquel ínterin no es creible la edificacion que daba en todo tiempo y en todas ocasiones: nunca salia sino á pié, si bien su madre y su hermano le hacian tener siempre la carroza á punto; por la calle siempre habia de ir sin bonete, para responder al afecto de tantos como le saludaban. Con todos trataba indiferentemente, con tanta humildad y sujecion como si fuera el mínimo del lugar. No quiso aceptar ningun género de servicio de los seglares si de algo tenia necesidad, antes se ayudaba de su compañero, aunque ni este queria que le acudiese sino á más no poder, y entonces obligándole y forzándole el compañero á aceptar, porque aunque tuviese necesidad de algo no queria pedirlo, sino aguardar á que Dios les moviese á dárselo. Y si por él fuera, no hubiera posado en casa de su hermano ni de su madre, sino en la del arcipreste, si los superiores no le hubieran ordenado lo contrario.

Todo el tiempo que allí estuvo, fué grande el rigor y entereza que tuvo en no tomar cosa de las que le ofrecian para su uso. Entrando el invierno, y los frios que en aquella tierra son rigurosos, no consintió que le hiciesen de vestir,

sino que envió á pedir al Padre rector de Brescia vestido de invierno para sí y para su compañero, con condicion que no fuese nuevo, porque no lo tomaria. La Marquesa le hizo instancia, que por lo menos tomase dos almillas de Mantua para sí y para su compañero, y no pudiéndolo acabar con él, porque decia que no habia de tomar nada de lo que ya una vez con tanto gusto habia dejado, rogó al compañero que se la hiciese tomar: él fué una mañana á la cama con la una cuando se queria levantar, y no queriendo Luis ponérsela, le dijo: Póngasela, hermano, que su madre le da esta limosna por amor de Dios, y pues tiene necesidad de ella, yo le ordeno que la tome: diciendo esto, se la comenzó á poner por fuerza, y él al fin viendo que se le daba de limosna y que se lo ordenaba el compañero, hubo de callar. Lo mismo le sucedió con la ropa blanca; porque estando ya rota la que habia sacado de Roma, no quiso tomar una poca que su madre por devocion le habia hecho, sino que hizo remendar la que estaba rota; y apenas el compañero por necesidad, y con el mismo título de limosna, le hizo tomar una cosa muy poca de lo que le daba su madre.

No mandó jamás cosa ninguna á persona de casa ni de fuera; á todos tenia respeto, y estaba tan encogido como si fuera un pobre peregrino, que le habian albergado allí por amor de Dios. Cuando habia de negociar con el Marqués su hermano, estábase aguardando audiencia en la antecámara sin permitir que le quitasen su comodidad, ni le avisasen para que dejase lo que tenia entre manos. En la mesa del Marqués dejábase servir como los otros sin hablar palabra; pero en la de su madre procedia con más libertad, especialmente que ella se desvelaba en darle gusto; y así, porque no le sirviesen con salvilla, hacia que le pusiesen la bebida en la mesa, como se usa en el refitorio de la Compañía. En la comida guardaba su modo ordinario de abstinencia, no cuidando nada de la calidad de los manjares ó del vino: porque con el largo ejercicio de mortificacion parece que habia perdido el sentido del gusto. Cuando su madre le decia: Tomad esto, P. Luis, que es bueno, comed de esto que es mejor; tomábalo él y agradecíalo, y despues lo dejaba en el plato.

Solia decir á su compañero: Oh hermano, ¡y cómo es bueno estar en nuestra casa! Más me satisface y me sustenta

un plato de nuestra pobre comida, que cuantos platos se ponen en esta mesa. Jamás se dejó vestir ni desnudar de ninguno ni de su mismo compañero; él mismo por su mano se curaba siempre una fuente que tenia en el brazo izquierdo, sin querer que nadie le ayudase. Llegóse una vez el compañero estándose curando, y tocándole con el dedo le dijo: De esta manera ha de hacer. Desvióle al punto, diciéndole: No me toque,



Aposento de S. Luis convertido en capilla,
en el antiguo Colegio de Nápoles de la Compañía de Jesus (del Gesù vecchio).
(Véase el libro II, cap. 10.)

hermano. Tan recatado era y tan enemigo de ayuda en lo que él podia hacer por su persona. En casa de su madre, y aun las veces que podia en casa de su hermano, él mismo se hacia su cama, y aun procuraba ayudar á su compañero á hacer la suya, si bien los criados cuando lo advirtieron procuraban prevenirse, porque no les tomase su oficio.

De la salud no cuidaba más que si no le tocara, ni se acordaba de esto sino cuando se lo decia el compañero. Gustaba

mucho de estarse solo, si bien con su madre, como con persona tan espiritual, hablaba de buena gana y la procuraba consolar. Por la mañana en levantándose tenia una hora de oracion, oia misa, rezaba cada dia el Oficio mayor, rezaba el Rosario, y éste á veces con el compañero, respondiéndose uno á otro. Si podia hurtar entre dia algun tiempo, decíale á su compañero: Hermano, vámonos á tener un poco de oracion. A las noches se estaba siempre tres horas retirado, y antes de irse á dormir decia las Letanías, y hacia su exámen de conciencia. Confesábase con el arcipreste, y las fiestas todas iba á oir misa y á comulgar á la iglesia principal de San Nazario y Celso, donde concurria mucha gente á verle, por la devocion que le tenian, con gran pena de haber perdido tan santo señor. La primera fiesta que allí hubo, estaba la iglesia tan llena de gente que habia concurrido á verle, que le vino gana de hacerles una plática, exhortándolos á bien morir, y á la frecuencia de Sacramentos: pero dejólo, porque quiso primero componer las cosas de su hermano, para que comenzase la reformacion ó buen ejemplo de su misma casa. Al compañero jamás le dijo palabra, desabrida ni le mostró disgusto de cosa que hiciese; rendíasele en todo, y conformábase con su parecer, obedeciéndole muy puntualmente en lo que tocaba á su salud.

El compañero veneraba su santidad, y no acababa de espantarse de aquella pureza tan grande en todas las materias, aquel desprecio de las cosas del mundo, y haberse como si fuera muerto en todas ellas. Hicieron muchos caminos juntos á Brescia, á Mantua y á otras partes, segun lo pedian los negocios. Por el camino comenzaba Luis la plática de las cosas que veian; y luégo se metia en Dios y hablaba largamente de él con el compañero, el cual á veces, si se cansaba y queria meter otra plática, Luis no la admitia, sino llevaba la suya adelante.

Un dia hubieron de ir á Castel Giuffrè, á no sé qué negocio con el Sr. Alfonso Gonzaga su tio, señor de aquel lugar (á quien Luis habia de heredar si no entrara en la Compañía): dióle el Marqués algunos criados que le acompañasen, pero él no los quiso llevar; y porque en presencia del Marqués no pudiera salir con ello, dejólos salir de Castellon, y luégo les hizo volver á todos. Perdió el camino el cochero, y llegaron á

Castel Giuffrè[14] á dos horas de noche, á tiempo que estaban ya las puertas cerradas. Por ser lugar de presidio y no se abrir en aquella hora, fué necesario dar cuenta á las centinelas de las personas que eran y á lo que venian, y aguardar que se diese cuenta al señor del lugar. Al cabo de un gran rato sintieron abrir las puertas y bajar la puente, y luégo vinieron muchos caballeros con hachas, y en entrando, halló un gran escuadron de soldados con sus armas, que le hicieron calle por ambas partes desde allí hasta el palacio del señor, el cual salió tambien á recibirle con grandes muestras de alegría, honrándole y acompañándole hasta llevarle á un cuarto ricamente aderezado de camas y colgaduras costosas: allí le dejó para que pudiese reposar. El pobre Luis, cuando se vió en tanta honra y en aquellas piezas tan ricas, afligióse grandemente, y vuelto al compañero le dijo: Oh hermano, Dios nos ayude esta noche, pues nuestros pecados nos han traido á esta posada. ¿Qué aposentos y qué camas estas para nosotros? ¿Cuánto mejor estuviéramos en nuestro colegio en nuestros pobres aposentos y camas, sin este aparato y comodidad? Parecíale mil años cada hora que allí estaba, no pudiendo sufrir tanta honra, y así el dia siguiente se volvió á Castellon, de donde, estando bien informado de todo, se fué á Mantua á negociar con el Duque.

Aquellos dias y semanas que á las veces estuvo en el colegio de la Compañía de aquella ciudad, dejó tan buen olor de sí, que hasta el dia de hoy tienen que contar maravillas los Padres que allí estaban, de su rara modestia, de su humildad, del desprecio de sí y aprecio de los demás, de la madureza de sus costumbres, junta con aquella santa sinceridad y pureza de su trato. Siempre parece que estaba abstracto de las cosas de la tierra, y puesto en Dios y tan unido con él, que no decia ni hacia cosa que no fuese registrada con Dios. Parecíales á los Padres cuando le veian, ver un dechado vivo de todas las virtudes; con sola su vista se sentian movidos y adelantados á toda devocion, y solian decir que en la cara se le echaba de ver que era santo, y que parecia un retrato del bienaventurado san Cárlos Borromeo. Era rector á la sazon de aquel colegio el P. Próspero Malavolta, á quien nuestro Padre san Ignacio habia recibido en la Compañía; éste, viendo la santidad y cordura de Luis, le pareció que convenia que un viernes

hiciese una plática á los Padres y hermanos de aquel colegio, cosa que nunca la hace sino el Superior ó algun Padre grave y antiguo. Luis, si bien se corrió harto, pero al fin hubo de cumplir su obediencia, é hizo una plática de la caridad fraterna, sobre aquellas palabras de Cristo: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos;* con tanto espíritu y fervor, que todos quedaron muy movidos y consolados.

CAPÍTULO XXI.

Del buen suceso que tuvieron sus negocios.

Comenzó luégo á tratar de sus negocios con el Sermo. Duque de Mantua, si bien antes de tratarlos con los hombres, los tenia ya tratados y concluidos con Dios, que tiene las llaves de los corazones de los príncipes, y habia ya alcanzado de su divina Majestad el buen suceso de todo, lo cual se sabe por el dicho de testigos muy graves, y el efecto lo mostró claramente. Porque la primera vez que se vió con el Duque, en hora y media que estuvo con él, compuso todas las diferencias, y alcanzó cuanto le supo pedir y desear. Y aunque el Duque estaba enojadísimo por las malas relaciones que le habian dado del Marqués, y tocándole á Luis más de cerca el Marqués que el Duque, parece que hablando humanamente podia ser sospechoso, y habia ocasion de tenerle por parcial, y no faltaban muchas para negarle lo que pedia, por haberlo negado el Duque á los príncipes y señores que se habian puesto de por medio; pero halló tanta santidad en Luis y tan buena intencion en todo, que se dió por vencido, sin poderle negar cosa de cuantas le pidió; y fiado de su bondad y entereza, dijo que haria cuanto quisiese. No faltó quien procurase turbar ó á lo menos dilatar el buen efecto de esta paz, siendo cosa de tanto servicio de Dios; y entre otras una persona de mucha autoridad dijo al Duque, que ya que S. A. habia tomado aquella resolucion, no diese á entender que lo hacia sólo á instancia de Luis, sino que la dilatase, de suerte que cumpliese de camino con aquellos príncipes que le habian antes escrito sobre lo mismo. El Duque respondió que queria concluir luégo, porque él no lo hacia sino

sólo por dar gusto al P. Luis, y no lo hiciera jamás por otro respeto, y así lo concluyó, con espanto de todos.

Tomó Luis por escrito del Sr. Tulio Petrozzari[15] todos los puntos de las quejas que habia del marqués Rodolfo, y llevándolas á Castellon, hizo que el Marqués en todas ellas se justificase y respondiese punto por punto, satisfaciendo al Duque;



Iglesia de S. Ignacio en Roma,
en la cual se venera el sepulcro de S. Luis.
(Véase el libro II, nota 34.)

al cual volvió con la respuesta, y quedando el Duque satisfecho volvió á Castellon, y llevó consigo al Marqués á verse con el Duque, el cual le recibió con mucho amor, convidándole á comer consigo y festejándole todo aquel dia. Hizo S. A. mucha instancia en que se quedase tambien Luis á comer, pero él la hizo mayor para no quedarse, y así se volvió á su colegio: dijo el Duque, que por lo menos era fuerza que volviese á la tarde á la comedia: respondió Luis sonriéndose, que no gustaria de eso su compañero. En esta ocasion restituyó

hiciese una plática á los Padres y hermanos de aquel colegio, cosa que nunca la hace sino el Superior ó algun Padre grave y antiguo. Luis, si bien se corrió harto, pero al fin hubo de cumplir su obediencia, é hizo una plática de la caridad fraterna, sobre aquellas palabras de Cristo: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos;* con tanto espíritu y fervor, que todos quedaron muy movidos y consolados.

CAPÍTULO XXI.

Del buen suceso que tuvieron sus negocios.

Comenzó luégo á tratar de sus negocios con el Sermo. Duque de Mantua, si bien antes de tratarlos con los hombres, los tenia ya tratados y concluidos con Dios, que tiene las llaves de los corazones de los príncipes, y habia ya alcanzado de su divina Majestad el buen suceso de todo, lo cual se sabe por el dicho de testigos muy graves, y el efecto lo mostró claramente. Porque la primera vez que se vió con el Duque, en hora y media que estuvo con él, compuso todas las diferencias, y alcanzó cuanto le supo pedir y desear. Y aunque el Duque estaba enojadísimo por las malas relaciones que le habian dado del Marqués, y tocándole á Luis más de cerca el Marqués que el Duque, parece que hablando humanamente podia ser sospechoso, y habia ocasion de tenerle por parcial, y no faltaban muchas para negarle lo que pedia, por haberlo negado el Duque á los príncipes y señores que se habian puesto de por medio; pero halló tanta santidad en Luis y tan buena intencion en todo, que se dió por vencido, sin poderle negar cosa de cuantas le pidió; y fiado de su bondad y entereza, dijo que haria cuanto quisiese. No faltó quien procurase turbar ó á lo menos dilatar el buen efecto de esta paz, siendo cosa de tanto servicio de Dios; y entre otras una persona de mucha autoridad dijo al Duque, que ya que S. A. habia tomado aquella resolucion, no diese á entender que lo hacia sólo á instancia de Luis, sino que la dilatase, de suerte que cumpliese de camino con aquellos príncipes que le habian antes escrito sobre lo mismo. El Duque respondió que queria concluir luégo, porque él no lo hacia sino

sólo por dar gusto al P. Luis, y no lo hiciera jamás por otro respeto, y así lo concluyó, con espanto de todos.

Tomó Luis por escrito del Sr. Tulio Petrozzari[15] todos los puntos de las quejas que habia del marqués Rodolfo, y llevándolas á Castellon, hizo que el Marqués en todas ellas se justificase y respondiese punto por punto, satisfaciendo al Duque;



Iglesia de S. Ignacio en Roma,
en la cual se venera el sepulcro de S. Luis.
(Véase el libro II, nota 34.)

al cual volvió con la respuesta, y quedando el Duque satisfecho volvió á Castellon, y llevó consigo al Marqués á verse con el Duque, el cual le recibió con mucho amor, convidándole á comer consigo y festejándole todo aquel dia. Hizo S. A. mucha instancia en que se quedase tambien Luis á comer, pero él la hizo mayor para no quedarse, y así se volvió á su colegio: dijo el Duque, que por lo menos era fuerza que volviese á la tarde á la comedia: respondió Luis sonriéndose, que no gustaria de eso su compañero. En esta ocasion restituyó

tambien el Duque, y le cedió al Marqués el castillo y señorío de Solferino, que desde entonces acá han poseido y poseen los herederos y hermanos de san Luis.

Habiendo concluido el hermano Luis tan bien este negocio,[16] no sólo con edificacion sino con espanto de todos, que le tenian por desahuciado; puso la mano en otro de no menos importancia, que era un escándalo público ocasionado del marqués Rodolfo su hermano, el cual, habiéndose aficionado de una doncella bien nacida y de padres ricos, pero muy desigual á él, estando ella un dia fuera de casa la hizo meter en una carroza, y allí cerrada llevarla á una casa de recreacion que tenia en el campo. Verdad es que, aunque por una parte la aficion y la edad acompañadas del poder y dominio absoluto le hicieron olvidar de sus obligaciones, pero por otra parte el temor de Dios y la buena sangre y educacion le hicieron acordar de ellas y mirar por su conciencia; de manera que se resolvió á no tenerla con ofensa de Dios, sino casarse con ella, queriendo antes hacer aquel agravio á sí y á su casa, que vivir en desgracia de Dios, con tanto riesgo de su alma y del honor de aquella señora. Habida, pues, licencia del obispo para casarse en secreto, á los 25 de octubre de 1588, en presencia del arcipreste de Castellon y de los testigos necesarios, se desposó con ella, y de allí adelante la tuvo por su legítima mujer. Pero temiendo que de este matrimonio se habian de agraviar mucho todos sus deudos, y en particular el Sr. Alfonso su tio, hermano de su padre, á quien él habia de suceder en el Estado de Castel Giuffrè, quiso por entonces encubrirlo, no solo á su tio, pero aun á la Marquesa su madre, la cual, como no sabia nada de este casamiento, rogó á Luis, que pues su hermano le tenia tanto respeto y le estaba tan obligado, no sólo por haberle dejado el Estado, sino por haberle ahora compuesto con el Duque y desenredado sus cosas, se aprovechase de la autoridad que con él tenia, y le hiciese con efecto apartar de aquella conversacion tan escandalosa. Tomó Luis muy á su cargo este negocio, é hizo su oficio apretadamente con el Marqués, el cual procuraba escapársele, ya por aquí ya por allí, dándole palabras y trayéndole en dilaciones. Parecióle á Luis que, si esto no se remediaba en su presencia, no podia prometerse seguridad del remedio para despues de ido; y así apretó al Marqués de suerte, que le dió palabra y seguridad de satis-

facerle en todo; y porque estaba Luis ya de camino para Milan, ofreció el Marqués que iria allá á verse con él y tratar del remedio, tomando en todo su consejo.

Con esta palabra se fué Luis á Milan á los 25 de noviembre de 1589, en donde se entretuvo en sus ordinarios estudios y ejercicios de devocion. Por enero fué el Marqués á Milan en cumplimiento de su palabra; llegó al colegio un dia de fiesta por la mañana, á tiempo que Luis acababa de comulgar, y estaba dando gracias en el coro. Llegó el portero á él con gran priesa, diciéndole: Aquí está su hermano el Marqués con mucha gente, y no puede esperar. Oyóle Luis, y sin responderle palabra se estuvo casi dos horas de rodillas fijo en oracion: despues fué á la portería á verse con su hermano, el cual se descubrió, y le dijo llanamente todo lo que pasaba, y cómo él estaba casado con aquella señora tanto tiempo habia.

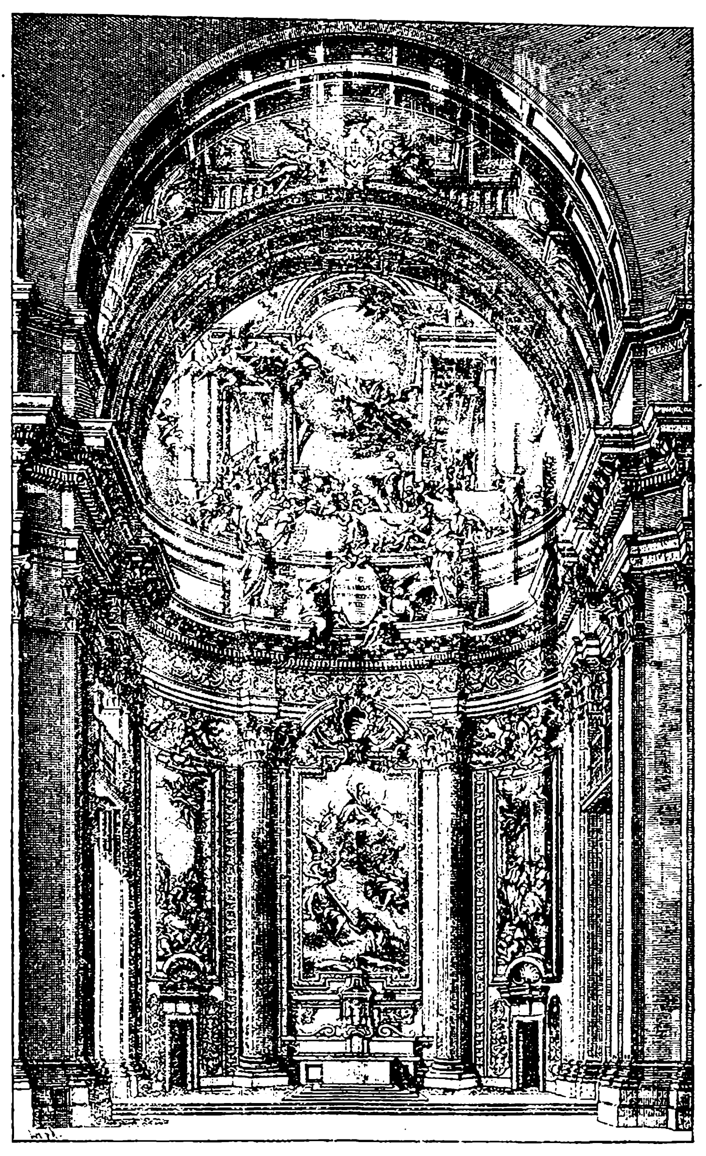
Holgóse mucho Luis de ver que su hermano no estaba en el mal estado que se pensaba, sino que tenia cuidado de su alma, y por este respeto habia hecho lo que habia hecho. Díjole que deseaba comunicar el caso con algunos Padres graves y doctos, para ver la obligacion que habia. El Marqués vino en ello; y así se escribió á Roma, y se consultó tambien en Milan, y muchos fueron de parecer que el Marqués tenia obligacion de manifestar aquel matrimonio y publicarle, para quitar el escándalo que habia por pensar todos que estaba amancebado. Habló Luis al Marqués sobre esto con tanta fuerza,[17] que le rindió, y él tomó á su cargo el quietar y aplacar á sus deudos.

Concluido esto, dijo al Marqués que se preparase é hiciese una confesion general en Milan de toda su vida, despues le hizo comulgar, y volviéndose el Marqués á Castellon, Luis tambien fué allá con otro compañero;[18] llegó allá á los 20 de febrero poco más ó menos, diciendo que la primera vez habia venido por cosas del mundo, y ahora venia por cosas de Dios y de la Iglesia. Hizo que el Marqués se descubriese á su madre y á otras personas á quien tocaba, y él mismo lo publicó al pueblo para quitar el escándalo, y exhortó á su hermano á tratar cristiana y honradamente á aquella señora como á su legítima mujer. Escribió tambien al Duque de Mantua y á los dos cardenales Gonzagas, que vivian, y á otros deudos, rogándoles

que no se sintiesen, sino que tuviesen por bien lo que el Marqués habia hecho, pues habia sido por descargo de su conciencia, y por satisfacer á la reputacion y honra de aquella señora. Todos respondieron como deseaba, y en particular hizo que el señor Alfonzo Gonzaga su tio lo diese todo por bien hecho, y lo aprobase: y así, muerto aquel señor, sucedió el Marqués en su Estado, el cual despues trocó el marqués D. Francisco con el Duque de Mantua por el Estado de Medole, que ahora posee con dominio absoluto y libre; el Emperador le incorporó con el marquesado de Castellon. Con esta ocasion de publicarse este matrimonio, hizo Luis que otros muchos, que de hecho estaban amancebados, se casasen, y otros que estaban enemistados se compusiesen.

Rogóle su madre que predicase un dia en la iglesia; aconsejóse él con su compañero, y al fin lo hizo un sábado en una iglesia que estaba cerca de la de San Nazario, que se llamaba la Compagnia della Disciplina: procuró que fuese con todo secreto, y no consintió que se tocase la campana; pero cuando fué, halló la iglesia que no cabia la gente; en ella hizo un gran sermon con mucho espíritu; exhortóles en él á comulgar el dia siguiente, que era domingo de carnestolendas; aceptaron el convite con tanto fervor, que hubieron de estar los clérigos y frailes confesando toda aquella noche. A la mañana comulgó la Marquesa su madre, y el Marqués con su mujer y otras setecientas personas; Luis ayudó á la misa y les dió el lavatorio, con gran consuelo suyo y edificacion de ellos; y á la tarde fueron todos á la doctrina cristiana.

Compuestas de esta forma las cosas de su casa y de su hermano, se volvió á Milan á los 22 de Marzo[19] de 1590, habiendo cumplido veinte y dos de edad á los 9 del mismo mes. Rogáronle que llevase unos guantes de camino, ó cosa equivalente, porque los frios de Lombardía son terribles, y se le hinchaban las manos, y se le abrian de suerte, que le salia la sangre por las grietas; pero él, que deseaba semejantes ocasiones de padecer, no se dejó vencer por más fuerza que le hicieron. De camino para Milan pasó por Piacenza; en llegando al colegio, fué un Padre á su aposento á visitarle y abrazarle (como se acostumbraba en la Compañía con los huéspedes). Hallólo que estaba con un trapo limpiando los zapatos, y con aquella vista se edificó y movió mucho, porque su aspecto



Iglesia de S. Ignacio en Roma. El coro.

(Véase el libro II, nota 34.)

estaba brotando devocion y santidad, y tambien por acordarse de la diferente figura en que algunos años antes le habia visto en Parma tan acompañado y servido de tantos criados. Finalmente llegó á Milan, y en viéndose en el colegio, dijo: ¡Oh qué gran consuelo siento en verme ya de asiento en casa de la Compañía! Lo que sentiria uno que en medio del invierno estuviese helado de frio, y le pusiesen en una regalada cama muy caliente; tal era el frio que yo sentia fuera de nuestras casas, y tal es el regalo que siento ahora en volver á ellas.

CAPÍTULO XXII. VII.

De la grande edificacion que dió en el colegio de Milan el poco tiempo que allí estuvo.

No cesa jamás el fuego de calentar, ni la luz de alumbrar, ni el bálsamo de dar buen olor: así Luis no cesó jamás de encender con sus palabras, de alumbrar con sus ejemplos, de dar suave olor de las virtudes que tenia en su alma: siempre y en todo lugar fué el mismo, y semejante á sí mismo. Y como el agua detenida mucho tiempo, despues rompe y corre con mayor ímpetu, así Luis, que por algunas semanas y meses habia estado en Castellon sin poder hacer sus mortificaciones acostumbradas, en viéndose en el colegio de Milan, parece que no se hartaba de pedir y de hacer mortificaciones. Apenas habia llegado, cuando salia al refitorio con un vestido hecho pedazos á decir sus culpas y hacer otras mortificaciones de mucha edificacion. Para él fué de particular consuelo hallar tanta observancia en aquel colegio, y ver que los hermanos no atendian con menor fervor á hacerse santos religiosos que grandes letrados, y ellos tambien se alegraron igualmente de ver que les hubiese traido Dios á casa un dechado como aquel, en quien pudiesen aprender toda perfeccion.

No podrémos hablar en este capítulo tan en particular como yo quisiera de lo que le sucedió en Milan, parte por ser ya muertos los que nos pudieran mejor informar, y entre ellos el padre Bartolomé Recalcati, que con opinion de santo murió rector de aquel colegio, y supo mucho de lo interior de

Luis; parte por no estar aun hecho el proceso é informacion que de esta materia quiere hacer el Ilmo. cardenal Federico Borromeo, arzobispo de aquella ciudad. Dirémos sólo algo de lo que en otros procesos han dicho algunas de las personas que allí se hallaron, y de lo que á peticion mia ha podido recoger el Padre rector de aquel colegio. Prosiguió sus estudios de teología el tiempo que estuvo en Milan,[20] oyendo sus lecciones mañana y tarde como los otros estudiantes, haciendo los demás ejercicios y cumpliendo con todas las obligaciones



P. Gabriel Vazquez, de la Compañía de Jesus,
que fué cuatro años profesor de teología de S. Luis.
De un cuadro de la antigua Casa Profesa de la misma Compañía, de Sevilla, existente hoy en el museo de pinturas de aquella ciudad.
(Véase el libro I, cap. 8, y el libro II, cap. 11, y nota 12.)

de estudiante, sin querer ni admitir un mínimo privilegio ni exencion. Tenia su compañero de aposento como los demás, con no poco fruto del compañero, que tenia bien que aprender en todas sus acciones. Diéronle para estudiar una *Summa* de santo Tomás con la encuadernacion dorada: no hubo remedio de hacérsela tomar: con lágrimas en los ojos importunó al superior hasta que se la hizo quitar, y dar otra vieja por consolarle: parecíale que se desdoraba algo la pobreza con el oro de la encuadernacion.

A la tarde y algunos otros ratos que podia ahorrar del estudio, pedia licencia al superior, é íbase á ayudar al cocinero y refitolero: llevaba agua á la cocina, fregaba de ordinario las

ollas, las cazuelas y lo demás que allí hallaba. Cuando componia el refitorio, por no perder á Dios de vista y por ratificar más la intencion en lo que hacia, ponia diferentes nombres á las mesas. A la mesa del superior llamaba la mesa de Cristo nuestro Señor, á la otra vecina la mesa de nuestra Señora, á las otras por su órden de los Apóstoles, de los Mártires, de los Confesores, de las Vírgenes; y así cuando habian de poner los manteles decia al refitolero: Vamos á poner los manteles de nuestro Señor, ó de nuestra Señora, y así los demás; y decíalo y hacíalo con tanta devocion, como si en efecto hubiera de sentarse en aquella mesa Cristo nuestro Señor, ó la Vírgen, ó los otros Santos á quienes hacia cuenta que servia.

Tenia particular gusto en acompañarse en la quiete, ó fuera de casa, con los hermanos coadjutores, y hacíalo, lo uno por su humildad, lo otro porque con ellos le parecia que más libremente podia hablar de nuestro Señor, que era lo que él deseaba, para ayudar á todos los que pudiese en espíritu. Cuando hablaba con otros, si estaban sentados, siempre se iba al peor lugar, al más humilde y más desacomodado, donde no se pudiese arrimar: si estaba en pié en corro, poníase detrás de alguno donde pudiese oir, pero no al lado con igualdad: si se paseaban, siempre daba el mejor lado al compañero, fuese quien fuese, y todo esto se veia claramente que no lo hacia por cumplimiento ni ceremonia, sino por verdadero sentimiento de humildad, sin afectacion alguna. Fué allá uno que habia sido antes su vasallo, y le queria hablar sobre ciertas cosas tocantes á su Estado: él con mucha apacibilidad y humildad le dijo, que ya ni era de este mundo, ni tenia más mano ni autoridad en nada, que los otros á quienes no les tocaba. Dijo esto con tanta santidad y humildad, que el hombre, no sólo quedó edificado, sino confuso y atónito. Era notablemente agradecido por cualquier cosa mínima que se hiciera por él: no parece que sabia acabar de dar las gracias, y esto sin afectacion ninguna. Preguntóle el hermano una vez, si era cosa muy difícil á los grandes señores olvidarse de las vanidades del siglo. Respondió él: No sólo es dificultoso esto sino imposible, si no es que tome Cristo la mano, y como hizo al otro ciego les ponga el lodo sobre los ojos, dándoles á conocer la vileza de las cosas visibles, que son más viles y más bajas que el lodo.

Acudió á él uno de casa un dia en aquel colegio pidiéndole con suspiros que le ayudase, porque se hallaba muy lleno de faltas é imperfecciones. Respondióle él por consolarle, con aquellas palabras del salmo, *Imperfectum meum viderunt oculi tui, et in libro tuo omnes scribentur:* diciéndole, que si bien nos pueden desconsolar mucho nuestras faltas é imperfecciones, pero que nos podemos consolar, viendo que los imperfectos tambien están escritos en el libro de Dios, el cual ve nuestras faltas, no para condenarnos sino para humillarnos, y sacar de ellas nuestro mayor bien; explicóle estas palabras con grande espíritu y ternura, con que dejó muy animado y consolado aquel sujeto. Todo su gusto era mortificarse en la honra dentro y fuera de casa.

Solian en las carnestolendas ir algunos hermanos estudiantes por las plazas á predicar: él hizo instancia al Padre rector para que le dejase ir por compañero de uno de ellos; diéronsela por consolarle, y era de ver cómo andaba por las calles recogiendo la gente, y á los que pasaban léjos iba á rogar que se llegasen y oyesen la plática de aquel hermano; y pedíaselo con tanta caridad, humildad y modestia, que al fin los traia. Los domingos y fiestas se iba á las plazas á enseñar la doctrina, lo cual hacia con particular gusto, con el cual no reparaba en los rigurosos frios que hacia, aunque él padecia más que otros en esa materia.

Supo una noche que el dia siguiente habia de ir un hermano á pedir limosna por la ciudad para hacer sus votos, por ser costumbre de la Compañía que antes de hacerlos se ejerciten en aquel acto de humildad. No quiso Luis perder tan buena ocasion, y luégo fué á pedir licencia para acompañarle: diéronsela, y contento como una pascua se fué en saliendo de exámen á darle la nueva á aquel hermano, y prendarle para el dia siguiente, en el cual sintió notable consuelo, repitiendo muy á menudo por las calles estas palabras: *Cristo nuestro Señor anduvo tambien de este modo pidiendo limosna.* Otra vez, yendo tambien á pedir limosna con un vestido roto, encontróle cierta señora, que, segun mostraba, iba muy cargada de vanidad y vacía de espíritu. Preguntóle, si era de los Padres de Santa María de Breda, donde estaba un Padre que ella conocia. Respondióle que sí. Replicó ella, hablando de aquel otro su conocido: ¡Desventurado de él! y ¿dónde se ha ido á morir?

Tomó de aquí ocasion Luis para desengañarla, y díjole con grande espíritu, que aquel padre no era desventurado sino dichoso y bienaventurado, y que no se habia ido á morir sino á vivir perfectamente; que la desventurada era ella, y la que estaba en peligro de muerte eterna, principalmente cuidando tanto de sus vanidades, como en la apariencia exterior mostraba. Con estas palabras se compungió la mujer, y prosiguió con notable mudanza en su vida de allí adelante.

Tenia Luis por oficio propio en aquel colegio andar quitando las telarañas de casa, y hacíalo con notable cuidado. Con esta ocasion, miraba si acaso habia en el patio ó en los claustros de abajo algun senador ó persona grave; en viéndole, luégo salia él con su varal y con su escoba á limpiar las paredes y los techos delante de ellos, para que le tuviesen por persona baja; hacíalo tan de ordinario, que cuando los Padres le veian salir con el instrumento, luégo decian: Alguna persona de respeto hay en casa. Vinieron un dia á comer al colegio algunos señores obispos y otros prelados; el superior ordenó á Luis que predicase en refitorio mientras comian, con el fin de que aquellos señores le conociesen. El, si bien quisiera huir la ocasion, por no ser amigo de hallarse en las que eran de lustre y de honor, al fin hubo de obedecer, é hizo un sermon muy grave y docto, tratando en él de las obligaciones de los Obispos. Dándole el parabien del sermon uno, y diciéndole cuán bien le habia salido, él respondió, que el mayor gusto que habia hallado en él era que públicamente conociesen la falta que tenia en la lengua, porque no podia pronunciar bien las *rr*. Pedia muchas veces que en refitorio le diesen reprensiones públicas, renovando la costumbre, que habia dejado ya en el colegio Romano porque en vez de reprenderle le alababan. Y porque del andar tan absorto en Dios le nacia á las veces el no advertir cuando le saludaban, pidió que le diesen una reprension sobre esto, y él se acusó de soberbio, y de allí adelante se enmendó puntualísimamente, procurando estar de tal modo unido con Dios, que no faltase á las obligaciones de la cortesía y trato humano.

En todas sus cosas era un continuo ejemplo á todos los de casa, de humildad, de modestia, de obediencia, de observancia regular: todos le miraban con estos ojos, y todos se holgaban de hablar con él con confianza, por la devocion que

le tenian: si bien él se llegaba de mejor gana á los más fervorosos, por estar más seguro de que le responderian á su gusto en materias de devocion.

CAPÍTULO XXIII.

Del testimonio que dieron de S. Luis dos padres que con él trataron en Milan.

Despues de su muerte el P. Bernardino de Médicis, florentino, persona no menos ilustre en religion que en sangre, y que trató intrínsecamente á Luis, me escribió en una carta estas palabras: «Decíame «nuestro buen hermano Luis, que él estimaba mucho y deseaba «la perseverancia en cosas pequeñas, teniéndola por cosa muy «importante para el aprovechamiento espiritual; y por esto «guardaba siempre el mismo tenor y órden en todo lo que «hacia. Decia que era cosa muy poco segura el guiarse por «via de afecto, y que el camino llano era guiarse por via de «conocimiento y de luz. Y así él procuraba obrar siempre «conforme á la luz que tenia, si bien decia que jamás llegaba «con las obras á igualar con la luz, porque cuanto más se «adelantaba con las obras, tanto más adelante iba la luz, des«cubriéndole mayor perfeccion. Tenia grandes ansias de padecer «trabajos, y así me decia que no habia para él mejor señal de «que uno era santo y siervo de Dios, que cuando le veia «padecer sin culpa, viéndole por una parte vivir bien, y por «otra que le daba Dios ocasiones de padecer. Sentia bien de «todos, y aunque no le parecian bien las faltas, pero excusá«balas y echábalas siempre que podia á la mejor parte. Avisá«balas con mucha caridad y prudencia, y con igual humildad «pedia que le avisasen las suyas. Todo lo que hacia era con «devocion, con caridad y con prudencia, sin muestra ninguna «ni señal de liviandad. En todo el tiempo que lo traté, no ví «en él jamás ni primeros movimientos de ninguna pasion, ni «falta moral, ni yerro voluntario, ni en cosas mínimas, ni faltar «jamás en una regla. En todas las virtudes era señalado, y «sobre todo en que con tantas virtudes no parecia singular en «nada; y esta tengo por una de las mayores.» Hasta aquí son palabras de aquella carta.

Tomó de aquí ocasion Luis para desengañarla, y díjole con grande espíritu, que aquel padre no era desventurado sino dichoso y bienaventurado, y que no se habia ido á morir sino á vivir perfectamente; que la desventurada era ella, y la que estaba en peligro de muerte eterna, principalmente cuidando tanto de sus vanidades, como en la apariencia exterior mostraba. Con estas palabras se compungió la mujer, y prosiguió con notable mudanza en su vida de allí adelante.

Tenia Luis por oficio propio en aquel colegio andar quitando las telarañas de casa, y hacíalo con notable cuidado. Con esta ocasion, miraba si acaso habia en el patio ó en los claustros de abajo algun senador ó persona grave; en viéndole, luégo salia él con su varal y con su escoba á limpiar las paredes y los techos delante de ellos, para que le tuviesen por persona baja; hacíalo tan de ordinario, que cuando los Padres le veian salir con el instrumento, luégo decian: Alguna persona de respeto hay en casa. Vinieron un dia á comer al colegio algunos señores obispos y otros prelados; el superior ordenó á Luis que predicase en refitorio mientras comian, con el fin de que aquellos señores le conociesen. El, si bien quisiera huir la ocasion, por no ser amigo de hallarse en las que eran de lustre y de honor, al fin hubo de obedecer, é hizo un sermon muy grave y docto, tratando en él de las obligaciones de los Obispos. Dándole el parabien del sermon uno, y diciéndole cuán bien le habia salido, él respondió, que el mayor gusto que habia hallado en él era que públicamente conociesen la falta que tenia en la lengua, porque no podia pronunciar bien las *rr*. Pedia muchas veces que en refitorio le diesen reprensiones públicas, renovando la costumbre, que habia dejado ya en el colegio Romano porque en vez de reprenderle le alababan. Y porque del andar tan absorto en Dios le nacia á las veces el no advertir cuando le saludaban, pidió que le diesen una reprension sobre esto, y él se acusó de soberbio, y de allí adelante se enmendó puntualísimamente, procurando estar de tal modo unido con Dios, que no faltase á las obligaciones de la cortesía y trato humano.

En todas sus cosas era un continuo ejemplo á todos los de casa, de humildad, de modestia, de obediencia, de observancia regular: todos le miraban con estos ojos, y todos se holgaban de hablar con él con confianza, por la devocion que

le tenian: si bien él se llegaba de mejor gana á los más fervorosos, por estar más seguro de que le responderian á su gusto en materias de devocion.

CAPÍTULO XXIII.

Del testimonio que dieron de S. Luis dos padres que con él trataron en Milan.

Despues de su muerte el P. Bernardino de Médicis, florentino, persona no menos ilustre en religion que en sangre, y que trató intrínsecamente á Luis, me escribió en una carta estas palabras: «Decíame «nuestro buen hermano Luis, que él estimaba mucho y deseaba «la perseverancia en cosas pequeñas, teniéndola por cosa muy «importante para el aprovechamiento espiritual; y por esto «guardaba siempre el mismo tenor y órden en todo lo que «hacia. Decia que era cosa muy poco segura el guiarse por «via de afecto, y que el camino llano era guiarse por via de «conocimiento y de luz. Y así él procuraba obrar siempre «conforme á la luz que tenia, si bien decia que jamás llegaba «con las obras á igualar con la luz, porque cuanto más se «adelantaba con las obras, tanto más adelante iba la luz, des«cubriéndole mayor perfeccion. Tenia grandes ansias de padecer «trabajos, y así me decia que no habia para él mejor señal de «que uno era santo y siervo de Dios, que cuando le veia «padecer sin culpa, viéndole por una parte vivir bien, y por «otra que le daba Dios ocasiones de padecer. Sentia bien de «todos, y aunque no le parecian bien las faltas, pero excusá«balas y echábalas siempre que podia á la mejor parte. Avisá«balas con mucha caridad y prudencia, y con igual humildad «pedia que le avisasen las suyas. Todo lo que hacia era con «devocion, con caridad y con prudencia, sin muestra ninguna «ni señal de liviandad. En todo el tiempo que lo traté, no ví «en él jamás ni primeros movimientos de ninguna pasion, ni «falta moral, ni yerro voluntario, ni en cosas mínimas, ni faltar «jamás en una regla. En todas las virtudes era señalado, y «sobre todo en que con tantas virtudes no parecia singular en «nada; y esta tengo por una de las mayores.» Hasta aquí son palabras de aquella carta.

Por este tiempo se comenzó á decir en aquel colegio que el hermano Luis tenia un particularísimo don de oracion, y que en ella no sentia distraccion ninguna: un Padre[21] muy docto y de grande autoridad que allí estaba, buscó ocasion y habló diversas veces con él en materia de espíritu: en el discurso de la conversacion, llegando á tratar de la via unitiva, y de la perfeccion de la caridad que los Santos y teólogos llaman teología mística, echó de ver que, á más de otros muchos y muy particulares dones que Dios habia puesto en aquella bendita alma, le habia dado una estrechísima union con su divina Majestad, y estaba muy adelante en esta via mística, practicando lo que el gran Dionisio Areopagita enseña, de aquella oscuridad, y entrando tan profundamente en este tan alto ejercicio, y hallando en él tanto gusto y facilidad, que el Padre quedó no menos espantado que consolado, viendo tan profundas raíces de tan levantada perfeccion en un mozo que apenas tenia cuatro años de religioso, y habia ya llegado á donde pocos al cabo de muchos años y de mucho trabajo pueden llegar. Pero porque de ordinario los que están tan adelante en esta via unitiva suelen sentir dificultad en el trato de los prójimos, por no perder el gusto y consuelo que sienten de estar unidos con Dios por medio de la contemplacion, aquel Padre, por probarle más le dijo, que se espantaba mucho cómo no se recelaba de meterse tanto en aquel modo de oracion, que parecia contrario al fin de la Compañía, y á la profesion que hace de tratar con los prójimos para ayudarlos en su espíritu, á lo cual no ayuda, sino antes parece que desayuda, aquel modo de union tan interior; porque de suyo retira al que le tiene y le despega del trato de las criaturas, tirándole á Dios, sin dejarle apartar de él sino con grande dificultad. Respondióle á esto Luis: Padre, si yo viese que este ejercicio causaba en mí los efectos que V. R. dice, al punto le tuviera por sospechoso y por perjudicial para mí. De estas palabras quedó el Padre más espantado que antes, porque echó de ver que le habia hecho Dios tan particular merced de darle ambas gracias juntas, y lo bueno de ellas sin los inconvenientes; pues la unitiva tan levantada no le impedia la activa, ni ésta turbaba la otra, antes se ayudaban. Porque la union con Dios le hacia conformarse más con su divina voluntad, y transformado en ella participaba aquel celo que Dios tiene de la salud de las almas; y así la con-

templacion misma le aguijaba y encendia para procurar con más veras el bien de sus prójimos. Quedó aquel Padre tan admirado, que desde entonces á todos les decia lo mucho que habia descubierto en Luis; y despues de su muerte lo declaró con juramento en tres ocasiones diferentes.

CAPÍTULO XXIV.

De cómo le reveló Dios que habia de morir pronto, y de su vuelta á Roma.

Estaba ya este santo hermano maduro y sazonado para la bienaventuranza con tantas virtudes y merecimientos como habia alcanzado, y los Angeles del cielo tenian derecho á tener en su compañía al que estando entre los hombres habia vivido más como Angel que como hombre; y así Dios nuestro Señor le dió prendas de que le queria ya llevar á darle el galardon que en tan corta vida habia con tanta priesa granjeado y merecido. Estando, pues, todavía allí en Milan, poco más de un año antes de su dichosa muerte, una mañana al tiempo de su oracion, estando en una altísima contemplacion, le dió el Señor una ilustracion interior, con la cual conoció claramente que le quedaba ya muy poco de vida; y le dió á entender que aquel año procurase darse priesa á servirle con perfeccion, despegándose de todas las cosas, y perfeccionando su alma en el ejercicio de todas las virtudes.[22] Luégo se sintió mudado interiormente, y descarnado y muerto más que antes á todas las cosas de esta vida. Tuvo él en secreto esta revelacion, sin descubrirla á nadie, si no fué al padre Vicencio Bruno y á algunos pocos despues que volvió á Roma; en donde, aunque prosiguió con su estudio de teología estudiando con el mismo cuidado que antes, pero faltábale ya la aplicacion del ánimo y el afecto, sintiéndose de continuo espolear interiormente á poner todo su corazon en Dios, y quitar el afecto de todo lo demás.

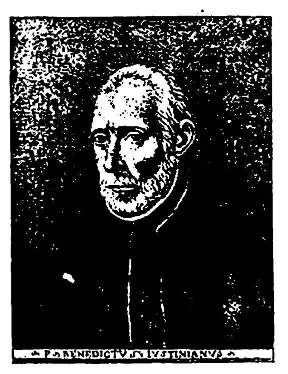
Tenia mucha inclinacion á volver á Roma, donde habia recibido las primicias del espíritu religioso, y donde tenia tantos amigos y compañeros espirituales; pero no dió á entender esta su inclinacion, por no faltar á la indiferencia con que deseaba

que los superiores le gobernasen libremente en todo. Quiso consolarle Dios nuestro Señor, cumpliendo su deseo y tambien el de sus hermanos y condiscípulos, que en el colegio Romano sumamente le deseaban. Viendo, pues, el Padre General que ya estaban compuestas las cosas que le habian sacado de Roma, que habia ya pasado el rigor del invierno y entrado el buen tiempo, en que se podia caminar, y apretado por otra parte del Padre rector del colegio Romano, que solicitaba su venida por el bien de su colegio, y por lo mucho que con su presencia podian aprovechar los hermanos estudiantes que en él estaban; al fin se determinó que volviese á Roma, y á mí me mandaron le diese la primera nueva, la cual fué para él de notable consuelo, tanto que rogó al P. Bernardino de Médicis le dijese una misa, pidiendo á Dios nuestro Señor, que, si era para su mayor gloria, le mortificase en aquel punto, trazando que no se le cumpliese su deseo.

Poco despues recibió el órden del mismo Padre General para que se fuese á Roma, y él escribió[23] á algunos, dándoles parte de su consuelo y de las razones que para ello tenia; y entre otras decia, que si en la tierra hay patria, él no reconocia otra sino á Roma, donde habia sido engendrado en Cristo. Recibido, pues, este órden, se puso en camino al principio de mayo de 1590, guardando en este viaje el modo de vida que habia guardado en los otros, con mucho consuelo y edificacion de algunos Padres que iban con él, los cuales procuraban á veces divertirle, viéndole que de ordinario se iba en oracion, y tan metido en ella, que no parece atendia á otra cosa. Hallaban por los caminos, principalmente en los montes que dividen la Toscana de la Lombardía, muchos pobres apretados de la hambre que padecian por la gran carestía que á la sazon habia en toda Italia: con esta ocasion dijo un Padre á Luis: Oh hermano, ¡qué gran merced nos hizo Dios en no hacernos como estos pobrecitos necesitados! Respondió él muy presto: Mucho mayor nos la hizo en que no naciésemos en tierra de turcos. Parecíale que aquellos Padres le respetaban y cuidaban demasiado de él; y así dijo llanamente á otro, que de buena gana trocaria los compañeros que llevaba por otros que no le tratasen de aquel modo.

En Siena fué á visitar el aposento de santa Catalina de Siena, y en él ayudó una misa, y comulgó en ella con parti-

cular devocion y consuelo. En el colegio le pidieron que hiciese una plática á los estudiantes de la Congregacion de nuestra Señora: aceptólo, y el estudio que hizo fué irse al coro, y ponerse en oracion delante del Santísimo Sacramento: despues se fué á su aposento, y apuntó brevemente lo que se le habia ofrecido, y con este aparejo hizo una plática tan devota y eficaz, que acompañada de la calidad de la persona, de quien ya



P. Benito Giustiniani, de la Compañía de Jesus,
uno de los profesores de teologia que tuvo S. Luis en el Colegio Romano.
De un cuadro al oleo de la Universidad Gregoriana de Roma.
(Véase el libro II, cap. 11, y nota 12.)

tenian noticia los oyentes, les puso deseos á muchos de ellos de dejar el mundo y hacerse Religiosos; y fué necesario sacar varios traslados de aquella plática, para todos los que hacian instancia por ella: el original de manos de san Luis le tiene guardado hasta ahora un Padre predicador por su devocion.[24]

Ultimamente llegó á Roma, donde fué recibido con alegría universal de los Padres y hermanos de aquel colegio, que no se hartaban de verle y hablarle, por el gusto que hallaban en su santa conversacion.



CAPÍTULO XXV. VIII.

De la consumada perfeccion de san Luis.

Sentencia es del Sabio en los Proverbios, que la vida del justo, á quien le llama cuerdo, es como una luz resplandeciente, que de aquellos primeros crepúsculos que tiene al amanecer, va creciendo y aumentándose más y más hasta llegar á la perfeccion del mediodía, cuando ya está en lo más alto del cielo. Tal fué sin duda la vida santa de Luis: comenzó á lucir y resplandecer desde la edad de siete años, con la pureza de su inocencia; fué siempre creciendo y aumentándose su luz y claridad, y al paso que iban creciendo los años, iban creciendo las virtudes, ganando nueva luz y nuevos méritos. Llegó finalmente á ser la luz tan grande y el resplandor de sus virtudes tal, que no sólo podemos decir que llegó al mediodía, sino que era él mismo una lumbrera que resplandecia en el mundo, como de los Filipenses decia el apóstol san Pablo. Y si en los años de atrás habia sido tal, en este último de su vida lo fué con mayores ventajas, como lo notaron los que le trataban en el colegio Romano. Porque sus virtudes estaban ya con la última perfeccion que en esta vida se halla: su pensamiento y su afecto más en el cielo que en la tierra; su vida despegada y desasida del mundo totalmente, y del todo parece que ya no estaba en sí, sino en Dios. Llegado á Roma, me dijo: Ya yo he enterrado mis muertos, y no tengo de acordarme de ellos: ya es tiempo que pensemos en la otra vida.

Pero despues que llegó al colegio, se fué al Padre rector, y le llevó todos sus papeles, los espirituales y los de teología, y entre ellos algunos apuntamientos muy buenos, que él habia hecho por sí mismo sobre santo Tomás. Preguntóle el Padre rector por qué se deshacia de aquellos papeles de teología, que le eran tan necesarios, principalmente de aquellos que habia hecho con estudio propio. Respondió que lo hacia porque sentia en sí algun afecto á aquellos papeles, como á parto de su ingenio é hijos de su entendimiento; y pues en esta vida no tenia afecto á otra cosa, no queria tenerle á aquella, sino estar descarnado y deshecho de todas ellas, y por eso queria deshacerse de aquella que era la última.

Habia á más de esto llegado á una delicadeza de perfeccion digna de ser sabida é imitada de los religiosos; y es, que siendo cosa tan ordinaria el holgarnos cuando vemos que las personas graves y en especial los superiores nos aman y nos muestran afecto, por ser indicio de la satisfaccion que tienen de nosotros, y así lo preciamos y estimamos, y tal vez



P. Roberto Belarmino, de la Compañía de Jesus,
confesor de S. Luis, elevado despues á la dignidad de Cardenal.
De un grabado antiguo.
(Véase el libro I, cap. 2, y libro II, cap. 16, y nota 32. Appendice, cap. 5, y nota 6.)

nos alabamos de ello; Luis al contrario aborrecia que le amasen y le mostrasen afecto aunque fuesen los superiores: y si en alguno véia alguna muestra de ello, no le respondia, antes mostraba disgusto particular. Tan muerto estaba al amor propio, tanto huia, no sólo de tener afecto á criaturas, sino de que le tuviesen á él. Los superiores, como le conocian la

condicion, ya que no podian darle otro gusto, dábanle aquel, no mostrando en cosa ninguna que tenian más cuenta de él que de los otros.

En su trato, aunque siempre habia sido tan apacible, este último año lo fué mucho más, y agradable sobremanera á todos, abrazando á todos igualmente con un amor y caridad universal, y así parece que andaban á porfía por llegarse á él en las quietes, á oirle hablar de Dios y de las cosas del cielo y de la perfeccion, tan altamente. Yo sé, por dicho de otros y por experiencia propia, que salian muchos de sus pláticas más encendidos y fervorosos que de la misma oracion. Cuando se hallaba á solas con algunos con quien le parecia que podia hablar con más confianza, descubria algunos afectos de su alma tan divinos, que los dejaba atónitos, y les daba ocasion de confundirse, y de venerar juntamente una tan levantada comunicacion con Dios.

Siempre andaba en continua presencia de Dios, sin perderle jamás, y tan abrasado de su amor, que si oia hablar de él ó leer en el refitorio, luégo se enternecia, y en lo exterior se le echaba de vér, porque se encendia todo, sin poder hablar por entonces palabra. Una vez entre otras, estando en la mesa y oyendo leer no sé qué del amor divino, luégo se sintió encender interiormente como un fuego, y sin poder comer se quedó parado: reparamos en él los demás que estábamos en aquella mesa, y como no sabíamos la causa, preguntámosle si le faltaba algo. El no podia responder palabra, y viéndose descubierto allí en público, estaba corridísimo y con los ojos bajos: por otra parte no podia disimular el afecto interior, porque lo testificaban algunas lágrimas que le salian de los ojos, el rostro tenia como un fuego, el pecho tan hinchado, que temíamos no se le rompiese alguna vena, y así le teníamos gran compasion, hasta que al fin de la comida poco á poco se le pasó aquel ímpetu, y quedó como antes. Algunos que sabian esto, metíanle en la quiete plática del amor grande que Dios tiene á los hombres, por verle cómo se encendia: otros al contrario cortaban de propósito aquellas pláticas, por no darle ocasion de padecer, y por temor que no le hiciese daño á la salud.

Paseábase por las salas y por los tránsitos tan embebido y abstracto en Dios, que muchas veces probé á pasar delante

de él para saludarle, y no advertia en ello: otras veces se estaba en los mismos puestos rezando rosarios y otras devociones, arrodillándose de cuando en cuando y quedándose así un rato, luégo se ponia en pié, y luégo volvia á arrodillarse: cosas que en otros parecieran singularidad si las hicieran en público, pero vistas en él todos las veneraban, y se edificaban. Deputóse este año una hora al dia para leer en ella libros espirituales, entre los cuales los que le daban más gusto parece que eran los Soliloquios de san Agustin, la Vida de la beata Catalina de Génova, las Homilías de san Bernardo sobre los Cantares, y en particular la Epístola *ad Fratres de Monte Dei*, que anda entre sus obras; en la cual se habia actuado tanto, que parece que la tenia de memoria. Mientras leia sacaba y apuntaba algunas delicadezas espirituales, que hallamos despues de su muerte escritas de su mano.

Comenzó el cuarto y último año de su teología por noviembre de 1590, y el superior le obligó á tomar aposento solo: él, ya que no lo pudo excusar, hizo instancia porque le diesen un tabuco viejo que caia sobre una escalera, negro, bajo y estrecho, con una ventanilla sobre un tejado, y tan pequeño, que no cabia sino una sola cama y una silla de palo, y un reclinatorio para orar, del cual se servia tambien para estudiar en lugar de mesa, y así más parecia cárcel muy estrecha que aposento, y por eso nunca se daba á ningun estudiante. Allí se metió Luis; y visitándole un dia el Padre rector, le halló allí más contento y alegre que si estuviera en un rico palacio: y así por via de gracia le solíamos decir, que como san Alejo se habia metido debajo de una escalera, él con el mismo fin se habia metido no debajo sino encima de otra, en aquel rincon.

En suma, su vida era tan perfecta, que no habia quien pudiese notarle de cosa que llegase á pecado venial, como lo han testificado con juramento diferentes personas, que fueron sus superiores, compañeros ó condiscípulos. Más decia su confesor, que jamás le confesaba que no quedase alumbrado interiormente con ocasion de haberle confesado. Otro Padre, que fué su compañero de aposento casi dos años en el colegio Romano, depone con juramento que, habiéndoles ordenado el Padre rector á los dos que se avisasen las faltas el uno al otro con caridad, en todo aquel tiempo no reparó en Luis

cosa ninguna grande ni pequeña, que de mil leguas oliese á falta, aunque lo tenia siempre tan á las vista, y era testigo de todas sus acciones, y se trataban con tanta llaneza y confianza: finalmente era este santo hermano madurísimo en sus afectos y vigilantísimo en la guarda de los sentidos, muy unido con Dios, celosísimo del bien de sus prójimos y de la perfeccion de sus compañeros y hermanos, y por decirlo en una palabra era un retrato de santidad y perfeccion, y por tal era tenido de todos dentro y fuera de la Religion. Cierto Padre predicador le tenia tan gran respeto y veneracion, por la santidad que veia en él, que aunque deseaba mucho tratarle y tuvo comodidad de hacerlo, jamás se atrevió á llegarse á él de pura reverencia.

Pocos meses antes que le diese la última enfermedad, sintió en sí más vivos deseos de verse ya en el cielo, y así trataba muy á menudo y con gran gusto de la muerte. Entre otras cosas decia, que cuanto más iba, más se recelaba de su salvacion, y que si llegase á ser sacerdote y con la edad se fuése embarazando en ocupaciones más hondas, crecerian mucho más sus temores. Y daba la razon, porque los sacerdotes, por el Oficio divino que rezan y por la misa que dicen, tienen mucho de que dar cuenta á Dios, y mucho más los que tienen por oficio el ayudar las almas, confesando y predicando y administrando Sacramentos, cargándose del gobierno de otros; pero que en aquel estado en que al presente se hallaba, sin haberse ordenado de órden sacro, tenia mayor seguridad de su salvacion, por no haberse hasta ahora metido en ocupaciones de tanto momento, y no sentir en su alma esos remordimientos. Por esto decia que, si Dios fuese servido, aceptaria de buena gana morir en aquella sazon. Concedióselo Dios, con la ocasion que dirémos.



CAPÍTULO XXVI.

De una gran mortandad que hubo en Roma, y de lo que S. Luis hizo en aquella ocasion.

Fué aquel año de 1591 trabajosísimo, por las muchas enfermedades y muertes que hubo en toda Italia, ocasionadas de la hambre grande que habia en todas partes. En Roma especialmente murió gran número de personas, que de todos los lugares concurrian allí con esperanza de hallar algun remedio y limosna. Los de la Compañía, parte con limosnas propias, parte con las que juntaron de otros, procuraron con todas sus fuerzas ayudar lo más que podian en aquel comun trabajo y necesidad. Para esto, no sólo fueron á servir en diferentes hospitales de Roma, sino, obligados de la gran necesidad que se padecia, el Padre General Claudio Aquaviva (el cual en aquella ocasion iba tambien personalmente á asistir á los leprosos) ordenó que ademas se abriese por algun tiempo otro hospital de nuevo. En esta coyuntura se descubrió bien la caridad de Luis, el cual muchas veces anduvo por Roma pidiendo limosna para los pobres enfermos, con tanto consuelo y alegría, que era cosa de espanto. Una vez en particular, sabiendo que habia venido á Roma un príncipe[25] de mucha calidad, que venia á tratar ciertos negocios con el papa Gregorio XIV, que á la sazon gobernaba la Iglesia, Luis, que habia tenido conocimiento y trato con aquel señor cuando era más mozo, y conocido en él buenos deseos en materia de su salvacion, pidió licencia al Padre provincial para irle á ver con un vestido remendado y con la talega al hombro, diciendo que lo hacia por sacar de él alguna limosna para los pobres del hospital, y tambien porque el afecto que aquel señor le habia siempre mostrado le obligaba á procurar ayudarle en su espíritu, y para esto importaba visitarle en aquel hábito, para imprimirle mejor de este modo el desprecio de las cosas del mundo. Alcanzó licencia y fué allá, y por lo que despues entendí del mayordomo de aquel señor, alcanzó ambos fines; porque sacó una buena limosna para los pobres, y aquel príncipe quedó muy edificado y muy movido, y habló despues con mucho sentimiento de lo que habia visto.

Demás de esto, deseó Luis ir en persona á servir á los enfermos en el hospital: repararon los superiores en darle

cosa ninguna grande ni pequeña, que de mil leguas oliese á falta, aunque lo tenia siempre tan á las vista, y era testigo de todas sus acciones, y se trataban con tanta llaneza y confianza: finalmente era este santo hermano madurísimo en sus afectos y vigilantísimo en la guarda de los sentidos, muy unido con Dios, celosísimo del bien de sus prójimos y de la perfeccion de sus compañeros y hermanos, y por decirlo en una palabra era un retrato de santidad y perfeccion, y por tal era tenido de todos dentro y fuera de la Religion. Cierto Padre predicador le tenia tan gran respeto y veneracion, por la santidad que veia en él, que aunque deseaba mucho tratarle y tuvo comodidad de hacerlo, jamás se atrevió á llegarse á él de pura reverencia.

Pocos meses antes que le diese la última enfermedad, sintió en sí más vivos deseos de verse ya en el cielo, y así trataba muy á menudo y con gran gusto de la muerte. Entre otras cosas decia, que cuanto más iba, más se recelaba de su salvacion, y que si llegase á ser sacerdote y con la edad se fuése embarazando en ocupaciones más hondas, crecerian mucho más sus temores. Y daba la razon, porque los sacerdotes, por el Oficio divino que rezan y por la misa que dicen, tienen mucho de que dar cuenta á Dios, y mucho más los que tienen por oficio el ayudar las almas, confesando y predicando y administrando Sacramentos, cargándose del gobierno de otros; pero que en aquel estado en que al presente se hallaba, sin haberse ordenado de órden sacro, tenia mayor seguridad de su salvacion, por no haberse hasta ahora metido en ocupaciones de tanto momento, y no sentir en su alma esos remordimientos. Por esto decia que, si Dios fuese servido, aceptaria de buena gana morir en aquella sazon. Concedióselo Dios, con la ocasion que dirémos.



CAPÍTULO XXVI.

De una gran mortandad que hubo en Roma, y de lo que S. Luis hizo en aquella ocasion.

Fué aquel año de 1591 trabajosísimo, por las muchas enfermedades y muertes que hubo en toda Italia, ocasionadas de la hambre grande que habia en todas partes. En Roma especialmente murió gran número de personas, que de todos los lugares concurrian allí con esperanza de hallar algun remedio y limosna. Los de la Compañía, parte con limosnas propias, parte con las que juntaron de otros, procuraron con todas sus fuerzas ayudar lo más que podian en aquel comun trabajo y necesidad. Para esto, no sólo fueron á servir en diferentes hospitales de Roma, sino, obligados de la gran necesidad que se padecia, el Padre General Claudio Aquaviva (el cual en aquella ocasion iba tambien personalmente á asistir á los leprosos) ordenó que ademas se abriese por algun tiempo otro hospital de nuevo. En esta coyuntura se descubrió bien la caridad de Luis, el cual muchas veces anduvo por Roma pidiendo limosna para los pobres enfermos, con tanto consuelo y alegría, que era cosa de espanto. Una vez en particular, sabiendo que habia venido á Roma un príncipe[25] de mucha calidad, que venia á tratar ciertos negocios con el papa Gregorio XIV, que á la sazon gobernaba la Iglesia, Luis, que habia tenido conocimiento y trato con aquel señor cuando era más mozo, y conocido en él buenos deseos en materia de su salvacion, pidió licencia al Padre provincial para irle á ver con un vestido remendado y con la talega al hombro, diciendo que lo hacia por sacar de él alguna limosna para los pobres del hospital, y tambien porque el afecto que aquel señor le habia siempre mostrado le obligaba á procurar ayudarle en su espíritu, y para esto importaba visitarle en aquel hábito, para imprimirle mejor de este modo el desprecio de las cosas del mundo. Alcanzó licencia y fué allá, y por lo que despues entendí del mayordomo de aquel señor, alcanzó ambos fines; porque sacó una buena limosna para los pobres, y aquel príncipe quedó muy edificado y muy movido, y habló despues con mucho sentimiento de lo que habia visto.

Demás de esto, deseó Luis ir en persona á servir á los enfermos en el hospital: repararon los superiores en darle

licencia; pero él instó, alegando el ejemplo que se debia dar á los otros que iban, y al fin alcanzó la licencia, y fué muchas veces con otros compañeros. A uno de estos, por nombre Tiberio Bondi, avisó no sé quién que mirase lo que hacia, porque era el mal contagioso; pero él respondió, que no podria acabar consigo de guardarse ni retirarse, teniendo el ejemplo del hermano Luis. Este mismo se sintió aquellos dias tocar de Dios con nuevo fervor y espíritu, de suerte que hizo mucha novedad á los que le conocian y veian tan mudado y fervoroso, y al fin á él le tocó el primero la suerte de morir en aquella demanda, como verémos. Iba siempre con ellos algun sacerdote, para confesar los enfermos, y entre otros fué muchas veces el P. Nicolás Fabrini, florentino, hombre señalado en obras de caridad, gran religioso y muy prudente, que á la sazon era ministro en el colegio Romano, y se entendia mucho con Luis, y así, despues, siendo rector del colegio de Florencia, puso por escrito todo lo que sucedió en aquel hospital y en el progreso de la enfermedad de san Luis. Daba por una parte horror el ver tantos que se estaban muriendo, y andaban desnudos por aquel hospital, y se caian muertos por los rincones y por las escaleras, con un hedor intolerable; pero por otra parte parecia un retrato de la caridad del cielo, ver á Luis con sus compañeros cómo andaban tan alegres sirviendo á los enfermos, desnudándolos, acostándolos, lavándoles los piés, haciéndoles las camas, dándoles de comer, disponiéndolos para confesar, exhortándolos y animándolos á llevar aquel trabajo con paciencia.

Advirtió el Padre una cosa, y era que de ordinario Luis se llegaba á los enfermos más asquerosos, sin saberse apartar de ellos en todo el dia, ocupándose en obra de tanta caridad. Como el mal era contagioso, se les pegó á muchos de los compañeros de Luis: el primero en que se descubrió fué aquel hermano que dijimos Tiberio Bondi, el cual murió en breve, con no poca envidia de Luis, que viendo á su compañero ya á la muerte, dijo á un Padre condiscípulo suyo: ¡Oh cuán de buena gana trocara yo con el hermano Tiberio y muriera en su lugar, si Dios fuera servido de hacerme esta merced! Y replicándole no sé qué aquel Padre, él respondió: Dígolo, porque al presente tengo alguna probabilidad de que estoy en gracia, y despues no sé lo que será; por eso muriera ahora de buena gana.

CAPÍTULO XXVII.

De la última enfermedad de S. Luis.

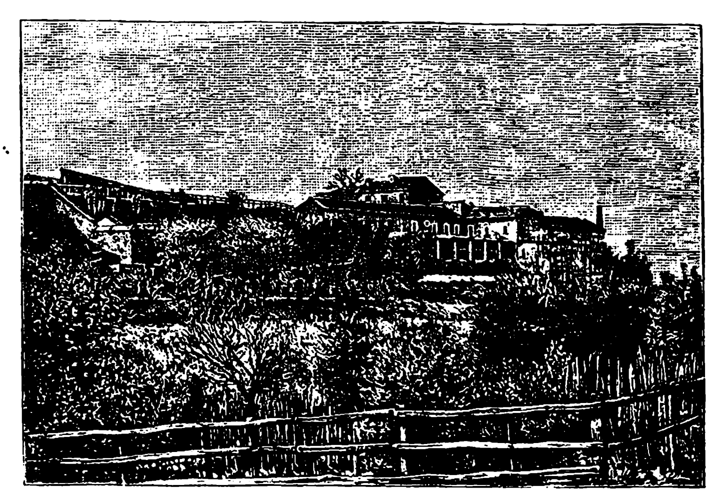
No tardó Dios en cumplirle su deseo: porque si bien los superiores, viendo los muchos que enfermaban de los que iban á servir al hospital, no quisieron que tornase Luis allá; pero él volvió á instar de nuevo y á rogar que le permitiesen proseguir, y al fin dejaron que fuese al hospital de la Consolacion, donde de ordinario los enfermos no suelen ser de mal contagioso. Con todo eso muy en breve le dió la misma enfermedad que á sus compañeros, y se echó en la cama á los 3 de marzo de 1591. Habiéndose aquel dia que enfermó abrazado con un enfermo contagioso, se entiende que con el anhélito corrupto le inficionó. De donde se ve con cuánto fundamento los reverendísimos auditores de la Rota, en la relacion que hicieron al Papa de san Luis, entre otras cosas dijeron que le tenian por mártir, pues la Iglesia tiene por tales á los que pierden la vida en semejantes calamidades por acudir al remedio de sus prójimos: y en confirmacion de esto alegan el Martirologio romano, que á los 28 de febrero pone la muerte de muchos que en Alejandría murieron en esta demanda, á los cuales (dice) la devocion de los fieles ha venerado siempre como á mártires, y el cardenal Baronio en el mismo lugar alega en confirmacion de esta sentencia á san Dionisio Alejandrino, que tambien parece que los llama mártires, pues si no dan la vida por la fe, danla por la caridad, que no parece que es inferior modo de martirio. Volviendo, pues, á nuestra historia, luégo que se sintió malo, pareciéndole que aquella seria la última enfermedad (conforme á lo que Dios le habia dado á entender en Milan), se llenó de un gozo extraordinario, mostrándolo en el rostro y en todo lo que hacia. Y así los que sabian la revelacion de Milan, viéndole tan alegre les pareció que ya estaba en términos de cumplírsele sus deseos, como de hecho se le cumplieron.

Era tan grande el ansia que tenia de morir, que temió no hubiese allí alguna demasía, y por asegurarse lo preguntó al P. Belarmino, que era su confesor, el cual le aseguró, diciéndole que el desear morir por unirse más con Dios no era

malo, yendo siempre con la debida resignacion, y que muchos Santos antiguos y modernos habian tenido este deseo: con esto de dejó llevar de su afecto, pensando siempre en la gloria que le esperaba. Creció la malicia del mal de suerte, que al dia seteno le llegó á punto de muerte, por ser como se pensaba la calentura pestilencial. Confesóse con mucha devocion, recibió con la misma el Viático y la Extremauncion de mano del Padre rector, respondiendo él á todas las oraciones con grande afecto, y no menor sentimiento y lágrimas de los presentes, que lloraban la pérdida de tan querido y santo hermano; y porque cuando en salud hacia tanta penitencia, que con ella y con la continua mortificacion parecia que se abreviaba la vida, no faltaron muchos Padres y hermanos amigos suyos, que por el amor que le tenian le iban á la mano, diciéndole, que si no antes, á lo menos á la hora de la muerte tendria escrúpulo, como se cuenta de san Bernardo, que le tuvo de haber excedido en el maltratamiento de su cuerpo; él, porque no quedase duda á ninguno en esta parte, habiendo recibido el Viático, y estando el aposento lleno de Padres y hermanos, pidió al Padre rector les dijese á todos, que en aquel punto no sentia escrúpulo de lo que habia hecho, sino de lo que no habia hecho, porque quizá hubiera podido hacer otras cosas, que si se las representara á los superiores le hubieran quizá dado licencia, con la cual él iba muy seguro en todo lo que hacia. Dijo más, que nunca habia hecho cosa por su voluntad, sino siempre con licencia de los superiores; y añadió que no tenia escrúpulo de haber jamás quebrado ninguna regla, y esto dijo porque no quedase alguno quizá escandalizado, si le hubiese visto hacer alguna cosa extraordinaria ó diferente que los otros. Todo esto aumentaba el llanto y la ternura de los presentes.

Entró allí el Padre provincial,[26] y Luis en viéndole, le pidió licencia para tomar una disciplina: respondióle, que no podia azotarse estando tan flaco; replicó él: Por lo menos que me la dé otro de piés á cabeza; díjole el Padre que no podia ser en aquella ocasion, porque el que eso hiciese se pondria á peligro de quedar irregular. Viendo que ni esto se le permitia, hizo instancia de nuevo, que por lo menos le dejasen morir en la tierra. ¡Tan amigo fué hasta la última boqueada de la cruz de penitencia y mortificacion! pero ni esto le concedieron. Teníase por cierto que moriria aquel dia, que era el seteno,

en que cumplia veinte y tres años de edad; pero quiso Dios que se le aplacase la fuerza del mal y se le alargase, para que tuviese más tiempo de edificarnos con los ejemplos de las virtudes que dió, estando mucho tiempo en aquella cama.



Villa Borzari en Frascati,
antigua casa de campo del Colegio Romano, en la cual repetidas veces pasó S. Luis las vacaciones de verano. (Véase el libro II, cap. 18 y 19.)

En el ínterin corrió la voz que ya era muerto, y llegó á Castellon, donde la santa Marquesa su madre y su hermano le hicieron las exequias solemnemente: despues, cuando llegó nueva que no era muerto, fué el contento doblado, y el marqués Rodolfo su hermano, quitándose una cadena de oro que tenia al cuello, la hizo piezas y la repartió entre los que estaban presentes.



CAPÍTULO XXVIII.

De cómo se fué prolongando la enfermedad de S. Luis, y de las cosas de edificacion que en ella sucedieron.

Pasado aquel primer apreton y furia del mal, le quedó una calenturilla lenta ética, que poco á poco le fué consumiendo por espacio de más de tres meses, en los cuales sucedieron muchos casos de edificacion; pero por no haber sido posible recogerlos todos, por la variedad de personas que le visitaban, pondré algunos pocos que han llegado á mi noticia.

Cuando cayó enfermo, le llevaron á la enfermería y le pusieron en una cama, sobre la cual estaba un toldo de lienzo muy basto con una estera, que se habia puesto para un viejo que habia estado allí enfermo. Luis se afligió, y pidió al Superior que se la dejase quitar, y tener la cama como los demás enfermos; respondiéronle que no se habia puesto para él, y que la cosa era tal, que no habia peligro que se menoscabase por esto la pobreza, y con eso se quietó. Al principio de su enfermedad recetó el médico para él, y para otro que tenia el mismo mal, una misma purga muy difícil de tomar. El otro procuró tomarla lo más aprisa que pudo, por no sentirla y excusar las bascas, usando para eso de los otros medios y preparativos que se suelen dar en semejantes ocasiones; pero Luis, aprovechándose de aquella ocasion para mortificarse, tomó el vaso en la mano, y la comenzó á beber muy despacio, como si fuera una bebida muy regalada, sin dar muestra ninguna del desabrimiento grande que habia sentido. Habia puesto el enfermero sobre una mesa de aquel aposento un poco de azúcar piedra y un poco de zumo de regalíz, que trajese en la boca algunas veces por el catarro. Pidió él á un hermano un poco de aquel zumo de regalíz, y el hermano le pregunto, por qué no queria el azúcar, que era mejor. Respondió él: Porque esto es cosa más de pobres. Oyó decir, estando en la cama, que habia miedos de que aquel año hubiese peste en Roma: él, no sólo se ofreció si mejoraba para ir á servir á los apestados, sino que viniendo un dia á verle el Padre General, le pidió licencia para hacer voto de ello; y habiéndola alcanzado,

le hizo con grande gusto suyo y edificacion de los que lo supieron y conocieron su gran caridad.

Vinieron muchas veces á visitarle en aquella enfermedad el cardenal de la Róvere y el cardenal Escipion Gonzaga, con los cuales hablaba siempre de cosas espirituales y de la gloria de los Santos, con grande edificacion de aquellos señores: á los cuales el Padre rector pidió que no tomasen aquel trabajo, porque él les haria saber el estado de la enfermedad; pero ellos respondieron, que no podian menos de venir, por el gran provecho que sacaban para sus almas. Con el cardenal Gonzaga en particular (que por estar impedido de la gota se hacia traer en una silla, y parece que no se sabia despedir de él) llegó un dia á tratar muy en puridad de su cercana muerte, y de la merced grande que Dios le hacia en llevarle en aquella edad: el buen Cardenal le estaba oyendo con notable ternura, por el amor grande que le tenia. Díjole entre otras cosas Luis, que se hallaba muy obligado de reconocer á S. S. I. por padre, y por el mayor benefactor que tenia en este mundo, pues por su medio, despues de tantos estorbos é impedimentos, habia entrado en la Compañía. El Cardenal con lágrimas en los ojos le respondió, que él era el que le estaba en obligacion, y no obstante la diferencia de la edad le reconocia por padre y maestro espiritual, y confesaba la ayuda y consuelo grande que habia hallado siempre su alma con sus palabras y ejemplos. Saliendo de allí todo movido y enternecido, dijo á los que le acompañaban lo que sentiria la muerte de aquel hermano, si Dios se le llevase; protestando que nunca le habia hablado, que no hubiese quedado con particular consuelo y paz en su alma, y que le tenia por el hombre más feliz de la casa Gonzaga.

Estaba por el mismo tiempo enfermo el Padre Ludovico Corbinelli, florentino, viejo de muchos años, con quien Luis tenia mucha correspondencia, y muy á menudo se enviaban recados el uno al otro. Agravándose cada dia más el mal del P. Ludovico, ocho dias antes de morir pidió con muchas veras al enfermero que le trajese á su aposento al hermano Luis, el cual por su flaqueza no podia ya venir por su pié; deseaba esto el Padre por el concepto que tenia formado de su santidad. El enfermero le quiso hacer aquel regalo, vistió á Luis y llevólo al aposento del Padre. No se puede encarecer el consuelo que recibió el buen viejo en esta visita, y la ternura

y devocion con que le habló. Despues que estuvieron un rato hablando y animándose el uno al otro á la paciencia y resignacion de la voluntad de Dios, díjole el viejo: Ora, pues, hermano Luis, yo me moriré presto, y no le volveré más á ver; por tanto quiérole pedir una gracia por despedida, y no me la ha de negar, y es que antes de irse de aquí me eche su bendicion. Quedó atónito y mortificado el pobre Luis con esta peticion, diciendo que antes habia de ser al contrario, porque el Padre era viejo y él era mozo; el Padre sacerdote y él no, y pues es oficio del mayor el bendecir, al Padre le tocaba y no á él. El buen viejo, por la devocion que le tenia, le hizo nueva instancia, pidiéndole que no le dejase desconsolado en aquella despedida, y al enfermero rogó que no le llevase de allí hasta que le hiciese aquella caridad. El santo mozo resistia, pero al fin, obligado del enfermero que le pedia lo mismo, halló un medio para no desconsolar al Padre, y juntamente conservar su humildad, y fué que, levantando la mano se santiguó á sí mismo, diciendo: Dios nuestro Señor nos bendiga á entrambos; y tomando agua bendita se la echó al Padre, diciendo: Padre mio, Dios nuestro Señor le llene á V. R. de su santa gracia y de todo lo que desea á gloria suya, y ruegue á Dios por mí. Con lo cual el Padre quedó muy consolado y satisfecho, y él se hizo volver á su aposento y á su cama.

Otra muestra dió aquel buen Padre de la devocion que tenia á Luis; y fué que, estando ya á lo último, dijo al enfermero, que en todo caso le pusiesen en la misma sepultura donde habian de poner al hermano Luis, no obstante que, segun el uso comun, á él le habian de poner en la de los sacerdotes; y así le cumplieron despues los superiores su deseo. Algunos refieren que Luis dijo cómo aquel Padre habia de morir antes de él, como sucedió, porque el Padre murió el primer dia de junio, la vigilia de Pentecostes hácia la media moche, y Luis murió veinte dias despues, como verémos.

Estaba aquel Padre en un aposento bien distante y en diferente tránsito, sin que Luis supiese que estaba ya tan al cabo; pero aquella noche le apareció tres veces, como él mismo contó á la mañana al enfermero, el cual entrando á abrirle la ventana y visitarle como solia, le preguntó cómo le habia ido aquella noche. Respondióle Luis: Hela pasado notablemente mal, con pesadumbre casi continua de sueños pesados y extra-

ordinarios, ó por mejor decir de apariciones, porque tres veces he visto al buen P. Corbinelli muy congojado; la primera vez me dijo: Hermano, ahora es tiempo de encomendarme á Dios muy de veras, para que me dé paciencia y ánimo en el grave y peligroso accidente que padezco, no bastándome ya las fuerzas,



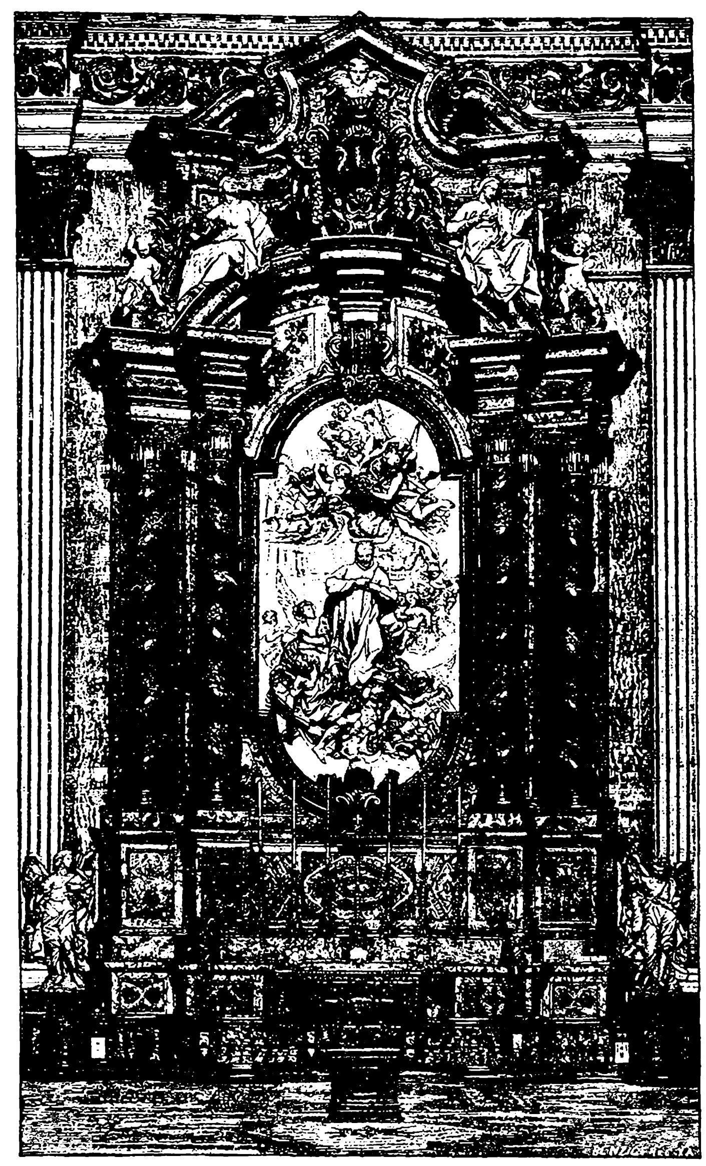
Rodolfo Gonzaga, Marques de Castiglione y Príncipe del Sacro Romano Imperio, hermano mayor de S. Luis.
De un lienzo conservado en Castiglione, en el Colegio do las Vírgenes del Jesus.
(Véase el libro I, cap. 2, y libro II, cap. 19, y notas 16 y 17.)

si Dios no me da su especial ayuda para padecer como conviene. Desperté con esto, y pensando que era sueño, me dije á mí mismo: Mejor seria que durmieses y te dejases de estas boberías. Con esto me volví á dormir, y apenas pegué los ojos, cuando volvió el Padre la segunda vez, rogándome con más instancia que antes, que le ayudase con mis oraciones, porque la fuerza del mal era casi intolerable: vuelvo á despertar, y á reprenderme de nuevo de mi liviandad; propongo

de pedir á la mañana una penitencia por el poco cuidado de obedecer al médico y á los superiores, que me habian mandado que procurase dormir; y el Padre vuelve la tercera vez y me dice: Hermano carísimo, ya estoy para salir de esta miserable vida, ruega á Dios que me dé buena muerte, y que por su misericordia me recoja en el puerto de la bienaventuranza, donde yo no me olvidaré de pagarle en la misma moneda, rogando á Dios por él. Con esto me desvelé de suerte, que no fué posible cerrar más los ojos en toda la noche, quedando maravillado de estas apariciones, y pensando en ellas hasta la mañana. El enfermero disimuló, y sin dar muestras de admiracion le sosegó, diciéndole que eran sueños y devaneos, y que al padre Corbinelli le iba bien, que bien podia descansar y sosegar, sin decirle que habia muerto, porque procurase dormir un rato. Luis por entonces no replicó, pero en otra ocasion despues dió á entender que habia sabido no sólo su muerte, pero su gloria. Porque, preguntándole el padre Roberto Belarmino, qué juzgaba de aquella alma, y si pensaba que estaria en purgatorio; respondió con gran resolucion: Pasó solamente por el purgatorio; de la cual respuesta, dicha con aquel modo, coligió el Padre que lo habia sabido por particular revelacion, porque, siendo tan remirado como era en las palabras, y tan recatado en no afirmar absolutamente las cosas dudosas, no se atreviera á decir con tanta resolucion que solamente habia pasado por el purgatorio, si Dios no le hubiera asegurado de ello con alguna revelacion.

Procurábamos todos por este tiempo traerle muchas razones, para persuadirle que pidiese á nuestro Señor le dejase acá para poder aumentar los merecimientos, y tambien para poder ayudar á sus prójimos y á su Religion; pero él á todos respondia: *Melius est dissolvi:* mejor me está ser desatado; y decíalo con tanto sentimiento y afecto, y con tal alegría y serenidad de rostro, que se echaba de ver que sólo le nacia este deseo del que tenia de unirse presto indisolublemente con Dios.





Altar de la iglesia de S. Ignacio, en Roma, donde se venera el cuerpo de S. Luis.
(Véase el libro II, nota 34.)

CAPÍTULO XXIX.

De dos cartas que estando enfermo escribió S. Luis á su Madre.

Escribió dos cartas en esta enfermedad á la Marquesa su madre; la primera al principio, despues de la primera furia del mal en que estuvo á la muerte:[27] en esta carta, despues de consolarla y exhortarla á tener paciencia en sus trabajos, añade estas palabras:

«Habrá un mes que estuve ya para recibir de la mano «de Dios la mayor merced que me podia hacer, que era morir «en su gracia como esperaba; y ya habia recibido el Viático «y la Extremauncion. Pero ha querido nuestro Señor dilatarlo, «disponiéndome en el ínterin con una calentura lenta que me «ha quedado. Los médicos no saben en que parará, y atienden «á procurar con remedios la salud del cuerpo; pero yo gusto «más de pensar que Dios por este medio me quiere dar una «salud más entera y segura, que la que me pueden dar los «médicos; y así paso el mal alegremente, con las esperanzas «que tengo de que dentro de pocos meses me ha de sacar «Dios de esta tierra de muertos á aquella region de vivos, y «de la compañía de los hombres mortales á la de los Santos «y Angeles del cielo; y finalmente de la vista de estas cosas «caducas y bajas á la vista del mismo Dios, que es todo bien. «Este mismo motivo puede servir á V. S. I. para consolarse y «holgarse, pues me ama y desea mi bien. Lo que le pido es «que me encomiende á Dios, que procure que los Hermanos «de la Doctrina cristiana hagan lo mismo; para que en este «poco tiempo que me resta, de navegar por el mar de este «mundo, Dios nuestro Señor se sirva, por los méritos de su «unigénito Hijo y de su santísima Madre, y de los bienaventura- «dos santos Nazario y Celso, de ahogar y hundir en el mar «Bermejo de su santísima pasion todas mis imperfecciones, para «que libre de mis enemigos pueda entrar en la tierra de pro- «mision á ver y gozar de Dios: él consuele á V. S. I.»

La segunda carta era más larga, y la escribió pocos dias antes de su muerte, cuando sabia ya (como verémos) por particular revelacion el dia determinado en que se habia

de ir al cielo.[28] En esta carta, despidiéndose de su madre, dice así:

«Ilma. señora y madre en Cristo observandísima, *Pax Christi.*

«La gracia y consuelo del Espíritu Santo sea siempre con «V. S. I.: La carta de V. S. me ha hallado vivo en esta region «de muertos, pero ya de camino para ir á alabar siempre á «Dios en aquella tierra de los vivos. Pensaba yo haber ya »á la hora de ahora pasado este paso; pero la fuerza de la «calentura (como escribí en la otra carta) en la mayor furia «se aplacó, y poco á poco me entretuvo hasta el dia de la «gloriosa Ascension de Cristo; desde aquel se reforzó con un gran «catarro que acudió al pecho, con el cual me ha traido por sus «pasos contados á los dulces y deseados abrazos del Padre «celestial, en cuyo seno espero descansar con seguridad eterna. «Y con esto se conciertan las diferentes nuevas que por allá «han llegado de mí, como se lo escribí al señor Marqués. «Lo que resta es, que si la caridad (como dice san Pablo) «hace llorar con los que lloran y alegrarse con los que se «alegran, haya de ser muy grande el contento de V. S. (madre «y señora mia) en esta ocasion, por la merced que le hace «en mi persona, llevándome á aquellas fiestas eternas, y dán«dome el cumplimiento del gozo verdadero, sin temor ni peligro «de perderlo. Confieso á V. S. I. que me anego y pierdo pié «en la consideracion de esta bondad de Dios, abismo sin suelo, «viendo que me quiere dar un descanso eterno por tan pequeños «y cortos trabajos; que me llama y convida á gozar de aquel «sumo bien que tan tibiamente he procurado; que me promete «el fruto de aquellas lágrimas que tan escasamente he sem«brado. Mire V. S. I. no haga agravio á aquesta infinita bondad «de Dios, como sin duda se le haria si llorase como á muerto «al que ha de vivir delante de Dios para ayudarla desde allá «con sus oraciones mucho más que la ayudaba acá. No será «muy larga esta ausencia; allá nos volverémos á ver y gozar «para nunca más apartarnos, unidos con nuestro Redentor, «alabándole con todas nuestras fuerzas, y cantando eternamente «sus misericordias. No dudo sino que, cerrando los oidos á «las razones de carne y sangre, fácilmente los darémos á lo «que nos enseña la fe, y abrirémos la puerta á aquella pura «y sencilla obediencia que á nuestro Dios debemos, ofreciéndole

«liberal y prontamente lo que es suyo, tanto más de gana «cuanto lo que quita era más amado, teniendo por cierto que «lo que Dios hace es lo que conviene, quitándonos lo que «primero habia dado, y no por otro fin que por ponerlo en «parte segura, y para darle lo que todos querríamos para «nosotros mismos. He dicho esto, por el deseo que tengo de «que V. S. I. con toda su casa reciba por muy gran favor de «Dios esta mi partida, y con su bendicion me acompañe y «ayude á pasar este golfo, y llegar á la ribera de todas mis «esperanzas. Y helo hecho tanto con más gusto, cuanto veo «que no me ha quedado ya otra cosa, ni se me ofrecerá otra «ocasion en que pueda mostrar el amor y reverencia filial que «á V. S. I. le debo. Y así concluyo pidiéndole de nuevo «humildemente su bendicion.

«De Roma á 10 de junio de 1591.

«De V. S. I. su hijo en Cristo obedientísimo,

«*Luis Gonzaga.*»

CAPÍTULO XXX. IX.

Cómo se aparejó san Luis para la muerte.

Ya es tiempo que contemos el modo tan santo con que nuestro Luis se dispuso para aquel último paso de la tierra al cielo. Y lo primero, en aquella tan larga enfermedad, en la cual por más que se cuidaba de acudirle, con todo eso tuvo hartas incomodidades que sufrir, jamás se le vió un mínimo movimiento de impaciencia, ni en el rostro ni en las palabras, ni se quejó de cosa, ni mostró menos gusto de lo que hacian los enfermeros (si bien suelen ser las enfermedades las que más descubren las pasiones de uno); siempre se estuvo con aquella paciencia imperturbable, siempre con aquella obediencia tan puntual, no sólo á los superiores, sino á los médicos y enfermeros, enseñando desde aquella cama á todos el modo con que se han de haber los religiosos en sus enfermedades, por graves que sean. Desde el dia en que se echó en la cama hasta que murió, no dió oidos á plática que no fuese de Dios ó de la bienaventuranza; y los que le visitaban, por darle gusto en

cosa tan puesta en razon, no trataban de otra cosa. Si acaso alguno se olvidaba y metia otra plática, Luis se recogia y se divertia, hasta que se volvia á hablar de cosas pias; que entonces él tambien volvia y hablaba alguna palabra, no sólo con gusto, sino con un modo de alborozo espiritual. Daba la razon de esto que hacia, diciendo, que si bien entendia que las cosas indiferentes, dichas espiritualmente y con la prudencia que se debe, en las conversaciones ordinarias no son contra la decencia religiosa; pero en el estado presente en que él se hallaba le parecia conveniente, y más conforme al gusto de Dios, que en sus pláticas no sólo lo formal (como él decia) fuese espiritual, que esto en todos tiempos lo ha de ser, ordenándolas á Dios, y rectificando en ellas la intencion; sino tambien lo material, por ser tan preciosos los momentos de aquel último tiempo que Dios concede á uno para morir, y por eso no deberse emplear sino en cosas muy preciosas.

Pedia algunas veces la ropa, y levantándose de la cama, se iba poco á poco hasta una mesa en que estaba un Crucifijo, y tomándole en la mano se abrazaba con él, y le besaba con grande afecto y reverencia; lo mismo hacia con una imágen de santa Catalina de Sena, y otras de otros Santos que estaban en aquel aposento. Díjole el enfermero, que no era menester levantarse ni cansarse para aquello, porque él le llevaria á la cama el Crucifijo y las imágenes: respondióle Luis: Hermano, estas son ahora mis intenciones; y así prosiguió todo el tiempo que pudo levantarse. Tambien solia entre dia, cuando estaba solo y la puerta cerrada, levantarse é hincarse de rodillas en un rincon entre la cama y la pared, y en sintiendo ruido en la puerta se ponia en pié para volverse á la cama. Por algun tiempo el enfermero pensó que se levantaba á alguna necesidad, hasta que, topándole tantas veces fuera de la cama, sospechó lo que era, y un dia con buena traza le cogió con el hurto en las manos actualmente hincado de rodillas, y le ordenó que no lo hiciera más; y él, corrido de verse descubierto, lo hubo de dejar.

Trataba este tiempo lo más que podia con el P. Belarmino, su confesor, de las cosas de su alma. Una noche en particular le preguntó, si pensaba que alguno entrase en el cielo sin pasar por el purgatorio: respondióle el Padre que sí; y sabiendo bien lo mucho que se podia prometer de la virtud

de Luis, añadió: Antes pienso, hermano, que él ha de ser uno de los que han de ir derechos al cielo sin pasar por el purgatorio, porque, habiéndole hecho Dios nuestro Señor tantas mercedes, y concedido tantos dones sobrenaturales como él mismo me ha dicho, y en especial de que nunca le haya ofendido mortalmente; tengo por cierto que tambien le ha de



Palacio de Castel Goffredo,
edificado por D. Luis Alejandro Gonzaga, abuelo de S. Luis.
† Aposento habitado por el Santo.
(Véase el libro I, nota 7, y libro II, cap. 20, y nota 14.)

hacer esta merced de llevarle al cielo derecho. Oyendo esto el buen Luis, se llenó de un consuelo y júbilo tan grande, que yéndose el Padre, fué arrebatado en espíritu, y allí se le representó la gloria de la celestial Jerusalen, y en este rapto ó éxtasis se estuvo casi toda la noche, con tanta dulzura y consuelo de su alma, que (como él contó despues al mismo Padre) le pareció que aquella noche habia sido un soplo. Aquí tambien se piensa que se le reveló el dia determinado

de su muerte, porque despues dijo claramente á muchos que moriria el dia de la octava de Corpus Christi, como de hecho murió, y en particular á uno que le visitaba á menudo se lo dijo algunos dias antes de la fiesta del Corpus. Y porque en el ínterin se le agravó el mal de modo, que el P. Vicencio Bruno, que era prefecto de los enfermos, y entendia bien de pulso, le dijo que poco le podia ya restar de vida; sirviéndose Luis de aquella noticia, dijo á un hermano: ¿No sabe la nueva que me han dado, de que tengo de morir dentro de ocho dias? Ayúdeme por caridad á decir un *Te Deum laudamus* en accion de gracias de esta merced que Dios me hace; y así le dijeron los dos con mucha devocion.

De ahí á poco entró en el aposento un su condiscípulo, y en viéndole le dijo con mucha alegría: Padre mio, *lœtantes imus*, *lœtantes imus.* Alegres vamos, alegres vamos. Todas estas palabras y este contento eran ocasion y motivo de suspiros y lágrimas en los demás. Quiso despues despedirse con tres cartas de tres Padres, á quienes tenia particulares obligaciones, que eran el P. Juan Bautista Pescatore, que habia sido su maestro de novicios, y á la sazon era rector de Nápoles, y el P. Mucio de Angelis, que leia teología tambien en Nápoles, y el P. Bartolomé Recalcati, rector de Milan. A estos escribió de mano ajena, avisándoles cómo se iba al cielo, segun esperaba, y saludándolos se encomendaba en sus oraciones. Y por no tener ya fuerza para firmar, hizo que le tuviesen la mano, y en lugar de su nombre hizo con la pluma una cruz por firma.

Procuró gastar aquellos ocho últimos dias de su vida en particulares actos de devocion y piedad: y lo primero, dándole parte un Padre confidente suyo de la certidumbre que tenia de su muerte, le pidió que aquellos ocho dias se viniese cada dia á su aposento á las cinco de la tarde á rezar los Siete salmos penitenciales, como lo hizo. A aquella hora se quedaba solo, y cerrada la puerta, hacia que le pusiesen sobre la cama un Crucifijo, y al Padre que se arrodillase junto á la cama y le fuese diciendo muy despacio los Salmos. Hacia páusa el Padre en algunos versos, y en el ínterin el santo hermano estaba con los ojos clavados en el Cristo, actuado interiormente en la contemplacion de lo que se iba diciendo, con tanta devocion y sentimiento, que el Padre no podia menos de derramar

rios de lágrimas, y á Luis tambien le salian algunas con mucha quietud de su alma. En las otras horas del dia hacia que algunos le leyesen algun capítulo de la Psicacogía y Soliloquios de san Agustin ó de san Bernardo sobre los Cantares, ó júbilo del mismo que comienza: *Ad perennis vitæ fontem*, y algunos salmos que él escogia, como: *Lœtatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus. Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus;* y otros semejantes.

Comenzó á correr la voz de que habia dicho que moriria aquella octava, y con esto cada cual buscaba sazon y tiempo en que cogerle á solas, y encomendarse particularmente en sus oraciones. El aceptaba todas las encomiendas que le daban para el cielo, con tan buen semblante, y ofrecia á todos de rogar por ellos con tanta seguridad, que se echaba de ver cuán cierto estaba de verse presto allá, y así hablaba de su muerte, como podemos nosotros hablar de mudarnos de un aposento á otro. Venian muchos Padres á visitarle y servirle por devocion; los más continuos fueron el P. Mario Fuccioli, procurador general, y el P. Jerónimo Plati, que murió dos meses despues, el cual, saliendo un dia de visitarle de su aposento, dijo á su compañero: Yo os digo de verdad, que este hermano es santo, santo sin duda, y tan santo, que en vida le pudieran canonizar. Dijo esto aludiendo á lo que el papa Nicolao V dijo en la canonizacion de san Bernardino de Siena, de san Antonino arzobispo de Florencia que estaba presente, que pensaba que tambien se podia canonizar Antonino vivo como Bernardino muerto. A lo último del octavario se estaba ya Luis por la mayor parte en continua oracion y contemplacion, hablando alguna vez alguna palabra espiritual, y diciendo muchas oraciones jaculatorias. Los tres últimos dias, dándole un Padre un Cristo de bronce con las indulgencias de las Filipinas,[29] se lo puso en el pecho, y allí le tuvo hasta espirar. Hizo muchas veces la protestacion de la fe, por el órden del Ritual, mostrando un encendido deseo de unirse ya con Dios, y repitiendo á menudo: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo;* y otras semejantes palabras.



CAPÍTULO XXXI.

De su feliz muerte.

Llegado ya el dia de la octava del Corpus, en amaneciendo fué muy temprano á su aposento un compañero del enfermero, y hallándole como otras veces, le dijo: Vé aquí, hermano Luis, que aun vivimos, y no somos muertos como él pensaba y decia: pero él se ratificó en que moriria aquel dia; y así el compañero se fué al enfermero, y le dijo: Todavía se está Luis en su opinion de morir hoy, pero á mi parecer mejor está hoy que los dias pasados. Otro Padre tambien que le visitó, le dijo: Hermano Luis, me dijo V. que habia de morir esta octava; pero estamos ya en el último dia, y me parece que está mejor, y que aun puede haber esperanzas de vida. Respondióle Luis: Aun no se ha pasado hoy. Más claro se lo dijo á otro, que viniendo á su aposento, y hallándole muy dolorido de una llaga que se le habia hecho en el costado derecho por la flaqueza grande, y por haber estado mucho tiempo de aquel lado; movido de compasion le dijo, que si bien sentia mucho su pérdida, con todo eso deseaba que que nuestro Señor le sacase ya de aquellos dolores. A esto respondió Luis muy sabiamente: Esta noche moriré. Replicándole el otro, que no parecia que estuviese tan al cabo, él le volvió á repetir dos veces: Esta noche moriré, esta noche moriré. Toda aquella mañana se ocupó en hacer actos de fe, de oracion y adoracion con mucha piedad.

Hácia el mediodía comenzó á instar que se le diese el Viático, como lo habia pedido desde que amaneció; pero los enfermeros se hacian sordos, porque no acababan de creer que estaba tan al cabo. Viendo ahora la instancia que hacia y lo que les importunaba con esta demanda, le dijeron, que habiéndole recibido ya otra vez en aquella misma enfermedad, no pensaban que lo pudiese recibir segunda vez por modo de Viático. Respondióles Luis: La Extremauncion no, pero el Viático sí. Con todo eso los enfermeros no se convencieron. En este ínterin el papa Gregorio XIV, que por algunos cardenales (á lo que se piensa) deudos del hermano habia sabido su enfermedad, preguntó cómo estaba, y sabiendo que estaba tan al cabo, le

envió de su propio motu su bendicion apostólica y la indulgencia plenaria. Vínole con esta nueva el Padre ministro del colegio; pero él, como era tan humilde, si bien se alegró con aquella bendicion é indulgencia, pero sintió mucho oir que el Papa se habia acordado de él, y corrióse de suerte, que echó las manos para cubrirse el rostro de vergüenza. El ministro, por consolarle, le dijo que no tenia que espantarse, porque el Pontífice acaso habia oido no sé qué del peligro en que estaba.

Aquella tarde, á cosa de las seis, vino de San Andrés un Padre que habia sido su connovicio á visitarle:[30] él le pidió que alcanzase del Padre rector que le diesen el Viático. Hízolo el Padre, y Luis quiso primero decir con él la Letanía del Santísimo Sacramento; diciéndola el Padre y respondiendo él, siempre con voz clara, y al fin de ella con el semblante más alegre y la boca risueña le dió las gracias. Vino el Padre rector y trájole el Viático, con cuya venida él se alegró grandemente, y le recibió con suma devocion y sentimiento, y con firme esperanza de irle á gozar cara á cara en el cielo sin los velos de aquellos accidentes. Al decirle aquellas palabras: *Accipe, frater, Viaticum,* con las que se siguen, viéndole en aquel trance todos los que allí estaban comenzaron á llorar.

Recibido el Viático, quiso el santo joven abrazar á todos los presentes con gran caridad y alegría, como acostumbran en la Compañía los que van ó vienen de camino. Todos lloraban dándole aquellos últimos abrazos, sin poderse apartar de él: todos se encomendaban en sus oraciones, y todos le estaban mirando y remirando con notable ternura y dolor. Estaba allí uno entre otros, con quien habia siempre tenido Luis particular correspondencia y amor: éste se llegó á él á solas, y le dijo que tenia por cierto que se veria muy presto delante de Dios; por tanto le rogaba continuase en aquel dichoso estado las muestras de amor que le habia dado en esta vida, y que le perdonase si alguna vez le habia disgustado con sus faltas. Respondió Luis con mucho afecto, que confiaba en la infinita misericordia y bondad de Dios, y en la preciosa sangre de Jesucristo, y en la intercesion de la Vírgen santísima, que seria así y muy presto; y le prometió que se acordaria de él, porque si acá le habia querido bien, mejor le querria en el cielo, donde la caridad está más en su punto. Estaba con los sentidos tan enteros, y hablaba tan bien y tan á propósito, que

no parecia verosímil que hubiese de morir tan en breve. A esta hora entró allí el Padre provincial y le dijo: Pues bien, ¿qué se hace, hermano Luis? Nos vamos, Padre, respondió él. ¿A dónde? le preguntó el Padre; y él respondió: Al cielo. ¿Cómo al cielo? replicó el Padre. Porque espero (dijo él) en la misericordia de Dios de ir allá, si no lo estorban mis pecados. Entonces el Padre provincial, vuelto á algunos de los presentes, les dijo en voz baja: ¿No reparan en lo que dice? Así habla de irse al cielo, como podíamos nosotros hablar de ir á Frascati. ¿Qué hemos de hacer de este hermano? ¿Hémosle de enterrar con los demás? A todos les pareció que no, porque la santidad tan particular de su persona obligaba á tener particular cuenta con su cuerpo. A cosa de las siete estaba yo asistiéndole junto á la cama, sustentándole la cabeza con la mano por aliviarle algo el cansancio, mientras él estaba fijamente contemplando en un pequeño Crucifijo que estaba sobre la cama, con indulgencia plenaria para los que hacian oracion delante de él en el artículo de la muerte. Estando así levantó la mano, y se quitó la escofia que tenia en la cabeza. Yo pensando que lo habia hecho acaso con las ansias de la muerte, volví á ponérsela sin decirle nada; pero de ahí á poco se la volvió á quitar; púsesela segunda vez, diciéndole: Déjela estar, hermano Luis, porque no le haga daño el fresco de la tarde á la cabeza. Señalóme él entonces el Crucifijo con los ojos, y díjome: Cristo cuando murió no tenia nada en la cabeza; con las cuales palabras me causó devocion y compuncion juntamente.

Venida la noche, á las Ave Marías, tratándose en su presencia de quién se quedaria á velarle; él, aunque estaba tan metido en su oracion y contemplacion, dijo dos veces á un Padre que estaba allí cerca: Asístame V. R.; y porque á otro que deseaba hallarse á la muerte, le habia dado palabra de avisarle, por cumplirla le dijo: Mire que no deje de quedarse aquí. Eran ya las nueve de la noche ó cerca, y estaba el aposento lleno de gente. Viendo, pues, el Padre rector que hablaba tan bien, por más que habia dicho que moriria aquella noche, no lo creia; antes le parecia que tenia sujeto para durar otro dia más, como suele suceder á los que mueren de aquella enfermedad. Con esto, yéndose á recoger, ordenó que todos se fuesen tambien á reposar, y por más que muchos le pidieron

licencia para quedarse allí, no se la quiso dar á ninguno, diciendo que no moriria tan presto, y que él tambien se quedara si pensara que habia de morir; y ordenó que sólo se quedase el Padre ministro con otro Padre[31] para velarle. Cada cual podrá fácilmente imaginar la ternura y sentimiento con que nos despedimos todos en aquella ocasion de un hermano tan querido, sin esperanza de volverle más á ver en esta vida. Viendo él nuestra pena, nos procuró consolar á todos, prometiéndonos que en el cielo se acordaria de nosotros. Pidiónos



Iglesia de' Disciplini en Castiglione,
donde predicó S. Luis una vez. (Véase el libro I, nota 36, y libro II, cap. 21.)

que le ayudásemos con oraciones en aquel último trance, y á algunos encargó en particular diferentes cosas que deseaba que hiciesen por él luégo que muriese. De este modo nos despedimos de él uno á uno con las lágrimas en los ojos, forzados de la obediencia.[32]

Quedóse con los dos Padres, su corazon y su mente siempre en Dios, diciendo de cuando en cuando algunas palabras de la Escritura, como, *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum,* y otras semejantes. Guardó siempre la misma compostura y serenidad de rostro, y en el ínterin los Padres

le rezaban algunas oraciones, y unas veces le echaban agua bendita, otras le daban á besar el Cristo, ayudándole con palabras á propósito de aquel trance. Cuando llegó la última agonía de la muerte, se le echó de ver lo que padecia por el color cárdeno del rostro y las gotas de sudor de que se llenó: repararon que con las congojas de la muerte parece que pedia que le volviesen del otro lado, por haber estado tres dias continuos en la misma postura; pero ellos, temiendo acelerarle la muerte, y viendo que aquel afecto más salia de la naturaleza debilitada que de la voluntad libre, no le tocaron, sino acordáronle la cama tan dura y estrecha en que Cristo nuestro Señor murió por nosotros, tan desacomodado y dolorido. Con este recuerdo puso fijamente los ojos en el Crucifijo, y aunque no pudo con palabras, pero con el rostro declaró bien su concepto, y el deseo que tenia de padecer mucho más por amor de Dios: con esto parece que de nuevo se hizo fuerza, y con imperio mandó á su cuerpo que se sosegase, como lo hizo.

Viendo los Padres que ya no podia hablar ni moverse, le dieron una vela bendita encendida, él la tomó y la apretó en testimonio de la perseverancia en la fe, y con ella en la mano, de ahí á poco, procurando de invocar el santísimo nombre de Jesús, haciendo sólo un pequeño movimiento á lo último con los labios, entre las diez y las once de la noche, con grandísima paz y quietud dió el alma á su Criador, y alcanzó el favor que tanto habia deseado, de morir ó en la octava del Santísimo Sacramento, de quien habia sido siempre devotísimo, ó en viernes por memoria y devocion de la pasion del Señor, y parece que Dios le quiso cumplir ambos deseos, pues le sacó de esta vida cuando ya se acababa la octava del Santísimo Sacramento, y cuando ya comenzaba el viernes siguiente, que fué la noche entre los 20 y 21 de junio[33] del año de 1591, siendo de edad de veinte y tres años y tres meses y once dias: de la cual edad de veinte y tres años y seis meses murió tambien san Luis obispo, hijo del rey Cárlos II de Sicilia, que fué fraile de san Francisco, obispo de Tolosa, á quien nuestro Luis fué muy semejante, no sólo en el nombre, sino en otras muchas cosas particulares.

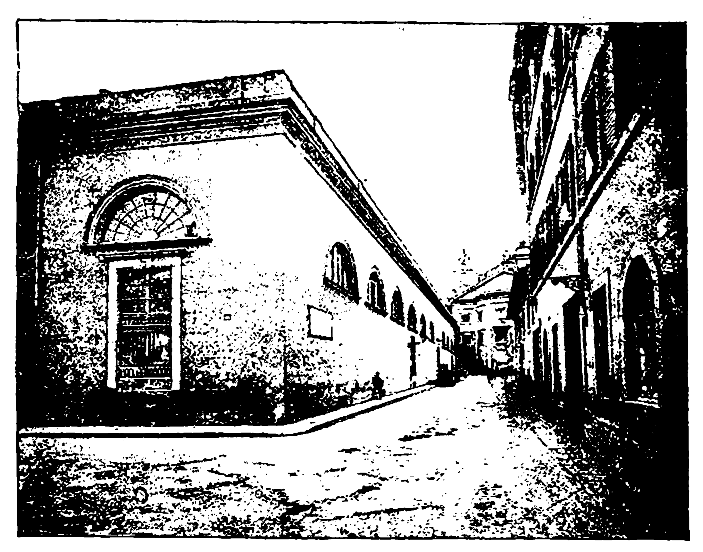
CAPÍTULO XXXII. X.

De las exequias y entierro de san Luis, y de lo que sucedió acerca de su cuerpo.

Muy consolados quedaron los dos Padres que habian asistido á la muerte de san Luis, pareciéndoles que Dios les habia hecho un favor muy particular en escogerlos, entre tantos otros que lo deseaban, para testigos de tan glorioso tránsito: principalmente que antes de morir les ofreció de encomendarlos á Dios mientras viviesen. El Padre ministro quedó con una quietud y consuelo muy grande: el compañero sintió una devocion nueva, con mucho dolor de sus pecados, y fervorosos deseos de servir á Dios conforme á los consejos de san Luis; el cual afecto, acompañado de muchas lágrimas, le perseveró algunos meses y aun años, aunque no siempre con tanta fuerza, sino más ó menos segun las ocasiones. Deseoso este Padre por una parte de tener por su devocion alguna reliquia de este santo hermano, no atreviéndose por otra parte á tomar nada de su cuerpo, por la reverencia que le tenia, tomó y guardó y guarda el dia de hoy por reliquias los lazos de los zapatos y las plumas con que escribia, y otras cosas semejantes. Vinieron los enfermeros á lavar y componer el cuerpo, y en levantando las mantas en presencia de aquellos Padres, le hallaron sobre el pecho aquel Cristo de bronce, que le habia allí tenido tres dias enteros. En desnudándole, vieron que tenia en las rodillas unos grandísimos callos, causados del largo uso de orar de rodillas desde niño: y algunos por su devocion le cortaron de ellos, y los guardan el dia de hoy por reliquia. Uno de los enfermeros le empezó á cortar un pedazo de carne, á persuasion de algunos devotos que se lo habian pedido, pero despues no tuvo ánimo y tomó solo de la piel, con la cual testifica que cobró salud un enfermo á quien la hizo aplicar. En espirando lo supieron algunos de sus amigos, á quienes uno de aquellos Padres fué avisando, cómo ya nuestro ángel se habia ido al cielo. Levantáronse de las camas llenos de devocion, y unos se encomendaban en sus oraciones, teniendo por cierto que estaba ya en buen lugar; otros le cumplian la

palabra, y hacian por él lo que antes de morir les habia encargado que hiciesen. La mañana siguiente á los 21 de junio, apenas se habia tocado á levantar, cuando se llenó de gente el aposento donde estaba el santo cuerpo. Poníanse todos de rodillas para encomendarle á Dios, pero más eran los que se encomendaban á él. Andaban á la rebatiña tomando sus zapatos, de su camisa, de la almilla y algunas cosas de su cuerpo. Cortáronle las uñas, los cabellos, y de la misma carne. Llevaron el cuerpo á la capilla comun, que estaba dentro del colegio, donde estuvo toda la mañana: allí le iban á visitar, y algunos hermanos, que por su poca edad tenian horror de ver otros muertos, á éste no sólo le iban á ver sin miedo, sino que se llegaban á las andas y le abrazaban y besaban, llamándole una y otra vez santo, santo. Dijéronse aquel dia en todas las casas de la Compañía de Roma todas las misas por su alma, pero muchos lo hacian más por cumplir la regla, que por pensar que tenia necesidad de ellas. No es creible la mocion que causó su muerte en el colegio; todos los de él no sabian hablar de otra cosa que de sus virtudes, y de su rara santidad, contando cada cual lo que habia notado en él. Otros hablaban más con el sentimiento que con las palabras, ponderando lo mucho que aquel dia habian perdido en perder tal joya y tal compañero. A la tarde, á las seis horas despues de mediodía, sacaron el santo cuerpo de aquella capilla, y le llevaron á una sala grande, donde estaban juntos todos los Padres y hermanos; y no siendo costumbre besar la mano sino á solos los sacerdotes, á este santo hermano, aunque no tenia órden sacro, se la besaron todos los Padres y hermanos antes de llevarle á la iglesia. Cumplido que hubieron con esta devocion, le llevaron en procesion á la iglesia de la Anunciada[34] de aquel colegio, donde se le cantó el oficio, como se acostumbra. Luégo fué tan grande el concurso de los estudiantes seglares y otra gente que se llegaron á las andas para reverenciar aquel santo cuerpo y tomar de sus reliquias, que no podian los Padres defenderle, y fué necesario cerrar las puertas de la iglesia. Allí le cortaron los cabellos, las uñas, la camisa, los vestidos, las puntas de los dedos, y dos artejos del dedo meñique de la mano derecha. Entre estos fueron los Ilmos. Sres. D. Francisco Diactristano, que al presente es cardenal de la santa Iglesia, Benedicto Gaetani y

Felipe Gaetani, Julio Orsini, D. Maximiliano Pernestano baron de Bohemia, que murió despues camarero secreto de Clemente VIII, y otros. Al tiempo de ponerle en la sepultura, fué parecer de los Padres más graves del colegio, y en especial del P. Roberto Belarmino, que no era razon ponerle como á los demás, sino en alguna caja aparte; porque habiendo sido su virtud y santidad tan rara, se podia pensar que Dios le habia de descubrir tanto más despues de su muerte, cuanto



Hospital de Santa María della Consolazione, en Roma,
en el cual sirvió S. Luis á los apestados y contrajo la enfermedad de que murió.
(Véase el libro II, cap. 26.)

más se habia él procurado esconder en su vida. Pero porque el ponerle en caja era contra la costumbre de la Compañía, el Padre rector envió al Ministro que fuése á la casa profesa á consultarlo con el P. Lorenzo Maggio, que á la sazon era asistente de la Compañía por Italia, el cual, habiéndolo tratado con el Padre General, envió á decir que lo pusiesen en una caja, y que el Padre General dispensaba por esta vez de muy buena gana, por estar tan cierto de la singular santidad de este hermano. De donde se ve el concepto tan grande que

siempre hubo de su santidad, que se hizo con él una singularidad como esta. Hicieron, pues, una caja de madera de propósito, y en ella fué puesto el cuerpo, y sepultado en la iglesia de nuestro colegio, en la capilla del Crucifijo, que está á mano izquierda como entramos por la puerta principal de la iglesia; allí le pusieron en la sepultura que está al lado del Evangelio y cae hácia la calle. Por muchos dias duró que en el colegio en todas las conversaciones no se trataba sino de las virtudes de este santo hermano, y como ya no le podian gozar vivo, á lo menos querian venerarle muerto. Algunos iban cada dia á su sepultura á encomendarse á él, gastando allí buenos ratos en oracion, y muchos lo continuaron por meses y por años todo el tiempo que estuvieron en Roma. Entre éstos fué uno el P. Juan Antonio Valtrino, que aunque no le habia conocido vivo, pero viniendo de Sicilia poco despues de su muerte, y habiendo leido aquella primera Vida que yo escribí, le cobró tanta devocion, que no se contentaba con visitar cada dia su cuerpo, sino que cogia del jardin muchas flores y las echaba sobre la sepultura, diciendo que bien merecia le echasen flores quien tan florido y adornado habia estado de virtudes.

Siete años estuvo el santo cuerpo en aquella casa, hasta el de 1598, en que, porque con el tiempo no se mezclase y confundiese con otros difuntos, se sacaron sus huesos de aquella caja por órden del Padre General Claudio de Aquaviva, y se pusieron en otra menor, la cual dentro de la misma bóveda se clavó en lo alto de la pared que cae hácia la calle, á los 22 de junio del año de 1596. Con esta ocasion, con licencia del Padre provincial, que se quiso hallar presente á este acto, se tomaron algunas de sus santas reliquias, las cuales se repartieron por diferentes ciudades de Italia, y llegaron hasta Polonia y hasta las Indias. Advirtió el Padre provincial que estaban sus huesos todos trabados, y puestos con aquella composicion y modestia, y su cabeza inclinada como solia estar en vida, que no poca devocion causó en los que le vieron. Comenzó despues Dios nuestro Señor á declarar en el mundo su santidad con manifiestos milagros hechos por su intercesion, y con esto el mismo Padre General hizo sacar los santos huesos de aquella bóveda, y ponerlos en lugar más decente, apartado de los demás. Ejecutóse esta órden á los

8 de junio de 1602, en el cual dia con mucho secreto se sacaron los huesos y se llevaron á la sacristía, y el 1.º de julio del mismo año le pusieron en una caja de plomo, y ésta dentro de otra de madera, la cual se colocó debajo de la peana del altar de San Sebastian de la misma iglesia. Por más secreto que se guardó en esta traslacion, sin dar parte de ella más que á los oficiales que en ella intervinieron, pero la devocion del pueblo sacó de rastro el lugar donde los santos huesos se habian puesto. Finalmente, creciendo cada dia más la fama de su santidad por todas las partes del mundo, y multiplicándose los milagros que Dios obraba por su intercesion, el Excmo. Sr. D. Francisco Gonzaga, marqués de Castellon y embajador de la Majestad cesárea en Roma, juzgó que era muy estrecho el lugar en que estaba el santo cuerpo; y con eso el Padre General, á instancia suya, hizo de nuevo sacar de allí la caja, la cual se abrió, y el dicho señor Marqués, con licencia de los superiores, tomó una pequeña parte de las reliquias para el Sermo. Duque de Mantua y para sí. La cabeza, por órden del Padre General, se llevó á la casa profesa de Roma, y despues al colegio de la Compañía de Castellon, y el cuerpo á los 13 de mayo de 1605 se trasladó por manos de sacerdotes con muchas luces y música á la capilla de nuestra Señora de la misma iglesia, y se colocó en la pared, levantada de tierra, al lado del Evangelio. Procuróse el secreto en esta traslacion, y que se hiciese á puertas cerradas; pero en entrando el dicho señor Embajador con la señora Embajadora y el Sr. Duque de Poli y otros señores, fué tanto el concurso de la gente, que se atropellaban, y fué necesario que estuviesen muchos sacerdotes largo tiempo ocupados en permitir besar y adorar y tocar los rosarios á aquellas santas reliquias antes que las pudiesen colocar en su lugar. Ultimamente, habiendo concedido la Sede apostólica licencia para decir misa de él, como verémos, se le hizo en la misma iglesia una suntuosa capilla adornada de ricas y costosas piedras, á donde se trasladaron solemnemente sus preciosas reliquias á los 15 de junio de 1620, y se colocaron debajo del altar; y luégo á los 19 del mismo mes el Rmo. señor obispo de Zante, llamado Mons. Rafael Inviciati, vestido de pontifical consagró el altar en honra de san Luis, y en consagrándolo celebró en él, y de ahí á dos dias, que fué á los 21, se celebró su fiesta con extra-

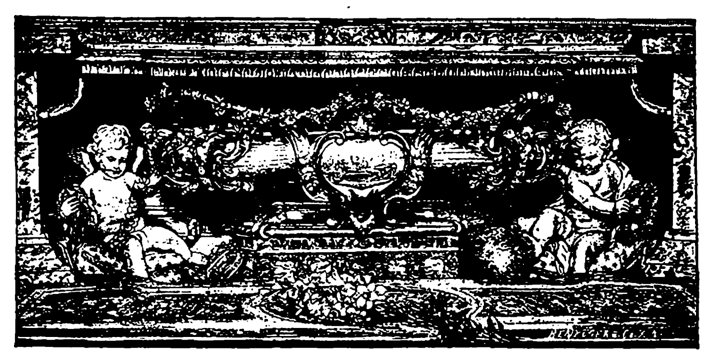
ordinario concurso de gente á primeras y segundas vísperas y á la misa, todo su oficio con escogida música, como se hace cada año. Aquí reposa ahora el santo cuerpo, con una lámpara que arde siempre debajo del altar, y su imágen sobre él, y muchos votos al rededor, creciendo cada dia la devocion y el concurso. En el ínterin su santa alma, que en el cielo goza de otra más levantada honra, ruegue por los que en la tierra veneramos sus reliquias, y alcance gracia del Señor con que merezcamos el cumplimiento de las promesas del Hijo de Dios, al cual con el Padre y con el Espíritu Santo sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Amen.



Libro Tercero.

ordinario concurso de gente á primeras y segundas vísperas y á la misa, todo su oficio con escogida música, como se hace cada año. Aquí reposa ahora el santo cuerpo, con una lámpara que arde siempre debajo del altar, y su imágen sobre él, y muchos votos al rededor, creciendo cada dia la devocion y el concurso. En el ínterin su santa alma, que en el cielo goza de otra más levantada honra, ruegue por los que en la tierra veneramos sus reliquias, y alcance gracia del Señor con que merezcamos el cumplimiento de las promesas del Hijo de Dios, al cual con el Padre y con el Espíritu Santo sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Amen.





Sepulcro que contiene el cuerpo de S. Luis Gonzaga.
Está en el altar dedicado al Santo en la iglesia de S. Ignacio, de Roma.

CAPÍTULO I. I.

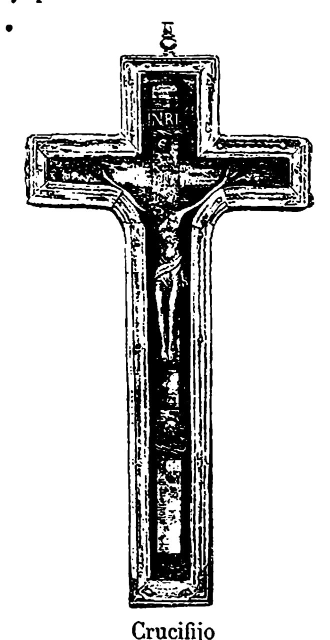
De algunas cartas que se escribieron despues de su muerte.

Despues que san Luis pasó á mejor vida, escribieron diversas personas de mucha autoridad algunas cartas, en que daban testimonio del gran concepto de santidad en que le tenian. Muchos escribieron á la Marquesa su madre, y entre ellos el Ilmo. cardenal Jerónimo de la Róvere, el Ilmo. cardenal Escipion Gonzaga, el P. Claudio Aquaviva, General de la Companía, el Padre rector del colegio Romano,[1] y todos hablan con encarecimiento de la santidad de este bendito hermano, y por no alargar esta historia no se ponen aquí sus palabras. Sólo añadiré un testimonio del concepto grande en que el dicho cardenal Gonzaga le tenia, que por ser de tan buen testigo como el papa Clemente VIII, es digno de no perderse. Sucedió que este Pontífice se halló un dia, que fué á los 5 de agosto de 1604, con el Marqués de Castellon embajador del Emperador, y Su Santidad de suyo metió plática de las alabanzas de san Luis: entre otras cosas dijo, que el cardenal Escipion Gonzaga le habia muchas veces hablado de esta materia, y díjole la virtud y santidad grande de aquel joven, confesándole de sí, que cuantas veces le veia, con sólo verle se hallaba devoto y compungido, por la gran

santidad que resplandecia en él. Contaba esto el Pontífice con tanto sentimiento y afecto, que antes de acabarse la conversacion se le saltaron casi las lágrimas de los ojos, y dijo estas palabras: «Dichoso él, que ahora estará contento y alegre en «la gloria. Muchas veces he pensado cómo V. E. ha podido «verse libre de tantos peligros como ha tenido. Este es sin «duda el que le ha librado, y el que ha puesto en paz las «cosas de su casa. Buen protector tiene en el cielo, que le «defenderá siempre y le guardará de todo mal.»[2] No fué inferior el concepto de la serenísima y santísima señora archiduquesa D.ª Leonor de Austria duquesa de Mantua, como se ve por una carta que en esta ocasion escribió á la señora Marquesa de Castellon, la cual anda impresa con su Vida,[3] y dice así:

«Considerando el sentimiento tan vivo que en V. S. I. «habrá causado la pérdida del Padre D. Luis su hijo en tan «florida edad, y midiéndole por el que yo he tenido sin ser «mi hijo, si bien siempre le quise y amé como si lo fuera, no «puedo menos de tener compasion á V. S. I. y á toda nuestra «casa, pues la pérdida es comun á toda ella, hablando segun «la naturaleza, á cuya fuerza no podemos resistir mientras «estamos vestidos de carne, sin el ayuda y socorro de la gracia. «Con todo eso, si lo consideramos y pensamos más sin pasion «cómo aquella bendita alma, roto ya el oscuro velo de esta «carne, voló á la luz eterna, donde estando ya en posesion del «glorioso fin, á que con tan largas jornadas caminaba en este «valle de trabajos y miserias, podrá mejor y á menos costa «representar á su Dios nuestras peticiones; alabarémos sin duda «y darémos mil gracias á su divina Majestad, por haberle «sacado en lo mejor de sus años del lodo de este mundo, y «héchole ciudadano de la celestial Jerusalen; y con todo esto «nos consolarémos por nuestro propio interés, viendo á nuestro «intercesor, que de hombre mortal ha subido á tan diferente «estado de ángel del cielo, etc.» Tras esta carta añade el autor de aquella Vida para su mejor inteligencia estas palabras: «El dicho Sr. D. Luis Gonzaga fué hijo primogénito del marqués «don Fernando de Castellon, el cual desde niño vivió una vida «de ángel, renunció el Estado en su hermano segundo, entró «en la Compañía de Jesus, murió de edad de veinte y cuatro «años poco más ó menos, y verificóse en él lo que dice el Sabio:

«*Consummatus in brevi explevit tempora multa, placita enim* «*erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum* «*de medio iniquitatum.* Que quiere decir, que en poco tiempo «alcanzó tanta perfeccion como si hubiera vivido muchos años; «y porque su alma era agradable en la presencia de Dios, por «eso el mismo Señor la sacó con tanta priesa de en medio «de los peligros y pecados de este mundo. Sabida su muerte,



Crucifijo
que tuvo S. Luis frecuentemente en el pecho los tres últimos dias de su vida.
Es propiedad de la Provincia de Aragon, de la Compañía de Jesus.
(Véase el libro II, cap. 30 y 32, y nota 29.)

«dijo Mad. Leonor muchas cosas en su alabanza, repitiendo «muchas veces: Era un santo; es muerto un santo.» Hasta aquí son palabras de aquel autor. Otros refieren que aquella señora dijo muchas veces que este seria el primer Santo de la casa Gonzaga. Añadamos otra carta del Sr. Tomás Mancini[1] para la misma señora Marquesa, en la cual, por haberse hallado al entierro de san Luis, habla como testigo de lo particular que en él sucedió, y dice así:

«Excma. é Ilma. Sra.:

«Aun todavía estoy en duda si tengo de dar el pésame «ó el pláceme á V. E. del dichoso tránsito que el bendito «P. Luis ha hecho á mejor vida, porque no sé si con el «afecto materno ha podido más la pérdida propia que la «riquísima y preciosísima ganancia de vuestro hijo. Yo no «puedo dejar de sentir la falta que nos hace una tal persona, «y la lástima que á V. E. le habrá quedado de no haberle «podido ver en esta última enfermedad; pero no puedo dejar «de alegrarme de que con su santa vida haya conquistado el «cielo, á donde todos creen que se fué derecho, dejando «grandísima opinion de santo, no sólo en Roma sino en todo «el mundo. No se podia prometer más aunque viviera los «años de Noé, cuánto más de un joven de veintitres años. «El jueves á las diez de la noche dió el alma á su Criador, «y ayer tarde á 21 de junio fué su entierro en la iglesia de «la Anunciada del colegio de la Compañía, donde yo me hallé, «y no dejaré de decir que no sólo aquellos Padres hacen gran «cuenta de las reliquias que quedaron suyas, sino que el «pueblo que se halló presente le cortaba pedazos de los ves«tidos para llevarlos por reliquia, y si añadiese más no men«tiria, pero déjolo, porque entiendo que lo sabrán decir mejor «y lo dirán los mismos Padres. No se sabe hasta ahora «milagro suyo, ó porque no le hay, ó porque está secreto; «pero la devocion que públicamente se tiene con él es como «con los Santos que los han hecho. Y hoy sábado, 22 de «junio, he oido que muchos señores hacen grande instancia «por haber alguna cosa suya: que son las razones que me «hacen dudar de llorar y sentir esta muerte. Ya hay quien «ha comenzado á escribir su vida, y al señor Cardenal le han «ofrecido de dársela en acabándose, el cual, si bien la nueva «de la muerte le llegó al alma, pero viendo estas cosas se ha «consolado, y ahora hace tambien instancia porque le den «alguna cosa suya. Otra cosa se me acuerda que decir; y es «que la semana pasada, yendo yo á visitar al P. Luis, pro«nosticó su muerte con grande alegría, y me dió dos cartas «que envié á V. E. hoy hace ocho dias, firmadas de su mano, «rogándome que las encaminase por via segura, y diciéndome «que aquellas serian las últimas que escribiria á V. E. y al



S. Luis Gonzaga.
De un grabado antiguo, cuyo dibujo fué hecho por el H. Andres Pozzi, de la Compañía de Jesus.

«señor Marqués su hermano. Esto he escrito para consuelo «de V. E., que tiene bien con qué consolarse, dejando á otros «el campo libre para que hagan más larga relacion, y rogando «á V. E. no se altere, sino pida á su hijo le alcance de Dios «la paz y quietud de su excelentísima casa, que su intercesion «será siempre de mucho efecto.

«De Roma, 22 de junio de 1591.»

Por estas cartas se ve bien el concepto grande de santidad que hubo de san Luis desde el punto en que murió.

CAPÍTULO II.

Del singular testimonio que dió el Ilmo. cardenal Belarmino de la santidad de san Luis.

A las cartas referidas en el capítulo pasado añadirémos en este un testimonio de sus virtudes interiores, de que muchas veces hemos hecho mencion en esta historia, el cual dió el Ilmo. cardenal Belarmino, pidiéndole yo que, como persona que habia tratado tanto tiempo en el colegio Romano á este santo hermano, y habia sabido lo interior de su alma y los dones con que Dios la habia enriquecido, se sirviese de darme por escrito lo que en este particular se le ofrecia. S. S. I. lo hizo, escribiendo un papel de su mano, y enviándole desde el Vaticano donde á la sazon posaba; y si bien el dicho simple de un cardenal es de tanta autoridad por la dignidad de la persona, que basta para hacer fe y plena probacion en la Curia romana, como lo enseñan Panormitano[5] y otros doctores, y para mí bastaba aquel papel, como de persona tan conocida en todo el mundo por la luz de la doctrina y por el ejemplo de su vida; con todo eso, para dar mayor fuerza á la verdad y satisfacer á todos, procuré que S. S. I. reconociese y jurase aquel papel, como lo reconoció y juró ante un notario de la Cámara apostólica. El papel á la letra es el que se sigue:

«Muy reverendo Padre mio: Con mucho gusto responderé «á lo que V. R. me pregunta, porque juzgo que es gloria de

«Dios nuestro Señor que se sepan los favores que su divina «Majestad hace á sus siervos. Yo confesé largo tiempo á «nuestro dulcísimo y santísimo hermano Luis Gonzaga, y una «vez le confesé generalmente de toda su vida, y me ayudaba «á misa, y trataba y comunicaba conmigo con afecto y gusto «de cosas de nuestro Señor. Por la noticia de estas confesiones, «y por la comunicacion y trato que con él tuve, me parece «que con toda verdad se pueden afirmar de él las cosas «siguientes:

«Lo primero, que en toda su vida no hizo pecado mortal, «y esto lo tengo por cierto desde la edad de siete años hasta «su muerte; y en cuanto á los siete primeros años (en los «cuales aun no tenia aquel conocimiento tan particular de Dios «como despues) téngolo por conjeturas, porque no es verosímil «que en aquella edad pecase mortalmente; principalmente tenién«dole ya Dios señalado para una pureza tan grande como tuvo. «Lo segundo, que desde el séptimo año de su vida, en el cual «(como él me decia) se habia convertido del mundo á Dios, «vivió vida perfecta. Lo tercero, que jamás sintió estímulo de «carne. Lo cuarto, que de ordinario no tenia ni sentia dis«traccion en la oracion y contemplacion, la cual por la mayor «parte tenia de rodillas sin arrimarse á nada. Lo quinto, que «fué un dechado de obediencia, de humildad, de mortificacion, «de abstinencia, de prudencia, de devocion, de pureza.

«En los últimos dias de su vida tuvo un consuelo tan «excesivo, representándosele la gloria de los bienaventurados, «que le pareció no haber durado un cuarto de hora habiendo «durado casi toda la noche. En el mismo tiempo, habiendo «muerto el P. Ludovico Corbinelli, y preguntándole yo qué «juzgaba de aquella alma, él con gran resolucion me respondió: «Pasó solamente por el purgatorio. Y conociéndole yo la con«dicion, y cuán considerado era en sus palabras, y el recato «tan extraordinario que tenia para no afirmar lo que podia ser «dudoso, tuve por cierto que lo habia sabido por revelacion; «pero no le quise apretar más, por no darle ocasion de vana«gloria. Otras muchas cosas pudiera decir, que dejo por no «asegurarme de mi memoria. En conclusion, yo tengo para «mí que él se fué derecho al cielo, y siempre tuve escrúpulo «de rogar por su alma, pareciéndome que hacia injuria á la «gracia de Dios que reconocí en ella; y al contrario jamás tuve

«escrúpulo de encomendarme á él, porque tengo gran confianza «en sus oraciones.

«V. R. me encomiende á nuestro Señor.

«De Palacio, á 17 de octubre de 1601.»

Roberto Card. Bellarmino.

CAPÍTULO III.

De varios milagros que Dios ha hecho por intercesion de san Luis.

No fué mi intento, cuando me puse á escribir esta historia, recoger los milagros que Dios ha obrado en diferentes lugares por los méritos é intercesion de san Luis despues de su dichosa muerte; sino sólo escoger las principales virtudes que resplandecieron en su santa vida, las cuales con la divina gracia pueden ser imitadas. Principalmente que con los que le conocieron y trataron, no crece mucho el concepto de su santidad con los milagros, por tenerle tan grande sin ellos, y porque en la estima de las personas doctas y entendidas, de mucho más aprecio son los dones sobrenaturales y exquisitos que Dios le dió en su vida, que la gracia de hacer milagros: como doctamente escribió un Padre muy letrado, habiendo leido los procesos é informaciones hechos acerca de su vida; que mandándole los superiores que diese su voto, respondió por estas palabras: *Sanctissimum sodalem hunc judico, et qui in numerum Sanctorum referatur dignissimum; nam ea munera divinitus illi concessa majora mihi videntur, quam si mortuos ad vitam revocasset*, que es decir que lo juzgaba por santísimo y dignísimo de ser puesto en el catálogo de los Santos, porque tenia por mayores los dones sobrenaturales que Dios le habia concedido, que si hubiera resucitado muertos.[6] Con todo eso, porque se vea que ni esta grandeza le faltó, contaré en este capítulo algunas gracias y milagros suyos, que hallo en las informaciones auténticas, probadas legítimamente con testigos, y sucedidos despues de su muerte, dejando otros que se refiere haberle sucedido en vida.

«Dios nuestro Señor que se sepan los favores que su divina «Majestad hace á sus siervos. Yo confesé largo tiempo á «nuestro dulcísimo y santísimo hermano Luis Gonzaga, y una «vez le confesé generalmente de toda su vida, y me ayudaba «á misa, y trataba y comunicaba conmigo con afecto y gusto «de cosas de nuestro Señor. Por la noticia de estas confesiones, «y por la comunicacion y trato que con él tuve, me parece «que con toda verdad se pueden afirmar de él las cosas «siguientes:

«Lo primero, que en toda su vida no hizo pecado mortal, «y esto lo tengo por cierto desde la edad de siete años hasta «su muerte; y en cuanto á los siete primeros años (en los «cuales aun no tenia aquel conocimiento tan particular de Dios «como despues) téngolo por conjeturas, porque no es verosímil «que en aquella edad pecase mortalmente; principalmente tenién«dole ya Dios señalado para una pureza tan grande como tuvo. «Lo segundo, que desde el séptimo año de su vida, en el cual «(como él me decia) se habia convertido del mundo á Dios, «vivió vida perfecta. Lo tercero, que jamás sintió estímulo de «carne. Lo cuarto, que de ordinario no tenia ni sentia dis«traccion en la oracion y contemplacion, la cual por la mayor «parte tenia de rodillas sin arrimarse á nada. Lo quinto, que «fué un dechado de obediencia, de humildad, de mortificacion, «de abstinencia, de prudencia, de devocion, de pureza.

«En los últimos dias de su vida tuvo un consuelo tan «excesivo, representándosele la gloria de los bienaventurados, «que le pareció no haber durado un cuarto de hora habiendo «durado casi toda la noche. En el mismo tiempo, habiendo «muerto el P. Ludovico Corbinelli, y preguntándole yo qué «juzgaba de aquella alma, él con gran resolucion me respondió: «Pasó solamente por el purgatorio. Y conociéndole yo la con«dicion, y cuán considerado era en sus palabras, y el recato «tan extraordinario que tenia para no afirmar lo que podia ser «dudoso, tuve por cierto que lo habia sabido por revelacion; «pero no le quise apretar más, por no darle ocasion de vana«gloria. Otras muchas cosas pudiera decir, que dejo por no «asegurarme de mi memoria. En conclusion, yo tengo para «mí que él se fué derecho al cielo, y siempre tuve escrúpulo «de rogar por su alma, pareciéndome que hacia injuria á la «gracia de Dios que reconocí en ella; y al contrario jamás tuve

«escrúpulo de encomendarme á él, porque tengo gran confianza «en sus oraciones.

«V. R. me encomiende á nuestro Señor.

«De Palacio, á 17 de octubre de 1601.»

Roberto Card. Bellarmino.

CAPÍTULO III.

De varios milagros que Dios ha hecho por intercesion de san Luis.

No fué mi intento, cuando me puse á escribir esta historia, recoger los milagros que Dios ha obrado en diferentes lugares por los méritos é intercesion de san Luis despues de su dichosa muerte; sino sólo escoger las principales virtudes que resplandecieron en su santa vida, las cuales con la divina gracia pueden ser imitadas. Principalmente que con los que le conocieron y trataron, no crece mucho el concepto de su santidad con los milagros, por tenerle tan grande sin ellos, y porque en la estima de las personas doctas y entendidas, de mucho más aprecio son los dones sobrenaturales y exquisitos que Dios le dió en su vida, que la gracia de hacer milagros: como doctamente escribió un Padre muy letrado, habiendo leido los procesos é informaciones hechos acerca de su vida; que mandándole los superiores que diese su voto, respondió por estas palabras: *Sanctissimum sodalem hunc judico, et qui in numerum Sanctorum referatur dignissimum; nam ea munera divinitus illi concessa majora mihi videntur, quam si mortuos ad vitam revocasset*, que es decir que lo juzgaba por santísimo y dignísimo de ser puesto en el catálogo de los Santos, porque tenia por mayores los dones sobrenaturales que Dios le habia concedido, que si hubiera resucitado muertos.[6] Con todo eso, porque se vea que ni esta grandeza le faltó, contaré en este capítulo algunas gracias y milagros suyos, que hallo en las informaciones auténticas, probadas legítimamente con testigos, y sucedidos despues de su muerte, dejando otros que se refiere haberle sucedido en vida.

En el año de 1593, habiendo muerto en Castel Giuffrè el marqués Rodolfo (en quien el santo Luis habia renunciado su Estado), y habiéndose al mismo tiempo rebelado el mismo Castel Giuffrè, que poco antes habia venido á su poder, la señora Marquesa, madre del Marqués muerto y de san Luis, tuvo tanto sentimiento de este suceso, que de pura pena cayó en una enfermedad tal, que á pocos dias llegó á punto de muerte. Habia ya recibido el Viático y la Extremauncion, y se le daban pocas horas de vida, cuando se le puso delante de la cama su hijo Luis glorioso y resplandeciente, y con su presencia y vista la confortó de suerte, que la que hasta entonces por el susto grande no habia podido echar una lágrima, con aquella vista se enterneció y comenzó á llorar dulcemente, y cobró firme esperanza, no sólo de cobrar salud, sino de ver muy mejoradas las cosas de sus hijos. Desapareció el Santo, y fuera de toda esperanza sanó la Marquesa, la cual despues acá ha visto las cosas del marqués D. Francisco ir siempre de bien en mejor. De suerte que el primer milagro que hizo este santo hijo despues de su muerte fué un oficio de tanta piedad con su propia madre. La misma Marquesa me contó esta milagrosa aparicion en Castellon, y la condesa Laura Gonzaga Martinenga en Brescia, y despues se hizo informacion jurídica de ella en Castellon.

Una señora principal y muy pia, estando de parto padeció gravísimos dolores, y tras ellos se siguieron accidentes mortales, con un flujo de sangre que la dejó sin fuerzas, la criatura muerta en el vientre, y sin virtud para poderla echar. Los médicos aplicaron muchos remedios, todos sin provecho, y ya más se atendia á los del alma que á los del cuerpo. A esta sazon una devota doncella[7] de aquella casa, que tenia noticia de los méritos de san Luis, acudió á pedirle su favor, prometiéndole, si la señora escapaba de la muerte, llevarle un ex-voto á su sepulcro. Hecha la promesa y estándose la señora en la cama, echó la criatura muerta sin daño ninguno, y cuando esto se escribe está viva y sana; y en testimonio de la merced recibida, la misma doncella llevó el ex-voto pintado al sepulcro del Santo, y fué el primero que allí se colgó. Todo lo dicho me contó la doncella, y se hace mencion de ello en el proceso hecho en Piacenza y en otras informaciones.

Antonio Urbani, vecino de Siena, mozo de diez y seis años, de profesion sastre, destemplándosele la cabeza con los muchos humores malignos que de continuo le caian de ella, se le hinchó el rostro, los ojos se le enflaquecieron de suerte, que el aire ó la luz le ofendian gravemente. Sobrevínole tras



Imágen de S. Luis venerada en el aposento donde el Santo vivió dos años.

esto una calentura que le obligó á estar más de un mes en la cama; allí se le hizo en el ojo izquierdo una nube, ó una cosa blanca como una perla, que dilatándose por la niñeta la cubrió toda, y le dejó ciego de aquel ojo, sin que con él pudiese ver cosa ninguna. Temíase que lo mismo seria del otro que le quedaba, porque todavía continuaba aquel humor pestilencial, con tanto dolor, que estaba el pobre mozo en un

continuo grito. Probó el médico por dos veces á aplicarle remedios, pero ahora fuese porque la malicia del humor no se dejaba vencer, ó quizá porque la pobreza del doliente era causa que no se aplicasen en tiempo y sazon, ellos le hicieron mayor daño, en lugar de ayudarle; lo cual visto por el médico le dejó recetados otros remedios que no se aplicaron, y él no le visitó más, con que quedó el enfermo desamparado de todo remedio y ayuda humana. Estaba el pobre mozo siempre en la cama, la nube estaba inmoble en la niña del ojo, la inflamacion y el dolor de ambos ojos iba creciendo: la abundancia del humor era tanta, que de contínuo corria de los ojos por el almohada, y de noche se le llenaban los ojos de aquella materia crasa y viscosa, de suerte que á la mañana con dificultad y con mucho tiento se le podian despegar los párpados. No se ayudó nada la naturaleza de su parte, ni con las evacuaciones y sudores, antes iba siempre empeorando, sin esperanza de mejoría. Sucedió un dia, que un tio suyo llamado Osero se encontró con una imágen de papel de san Luis, que la tenia un muchacho en las manos; preguntó á un compañero qué Santo era aquel. El cual le contó algunos milagros que habia oido suyos, y le exhortó á que le hiciese un voto por su sobrino. Parecióle bien al tio, y díjole á su hermana que tomase luégo la imágen á aquel niño, y se la llevase al enfermo, y le hiciese hacer un voto. En el mismo punto sintió la buena mujer una devocion grande con el Santo, y una fe viva de que por sus merecimientos habia de sanar el enfermo, y el corazon le decia que aquella misma noche habia de quedar sano. Tomó luégo la estampa y llevóla al enfermo al anochecer, y habiéndole dicho los milagros que aquel Santo hacia, y exhortádole á que le hiciese un voto, se la dejó y se fué. Tomó Antonio la imágen con devocion, y con grandísimo afecto y viva esperanza de cobrar salud; poniéndose de rodillas en la cama, teniendo la imágen en la mano, le hizo voto de rezar toda su vida cinco Padre nuestros y cinco Ave Marías cada dia en honra suya, si le alcanzaba de Dios la vista, y rezando luégo allí cinco Padre nuestros y cinco Ave Marías, se hizo tres cruces sobre el ojo ciego con la imágen, y la puso cerca de la cabeza con viva fe y confianza en sus merecimientos. Durmióse á cinco horas despues de anochecido, y soñó que ya estaba bueno y volvia á trabajar á la tienda;

de ahí á cuatro horas despertó, y no sintiendo en los ojos el dolor que solia, antes hallándolos limpios y los párpados despegados, parecióle que debia estar ya bueno; pero no pudiéndose certificar por estar el aposento oscuro, dió una voz á su tio desde la cama, y dijo: Tio, yo pienso que estoy sano, porque no siento ya dolor en los ojos, antes los he abierto y despegado sin ninguna dificultad. Estúvose asi hasta que fué de dia, y entró su tio en el aposento; entonces el enfermo vió la luz, y todo lleno de alegría comenzó á dar voces: Tio, yo veo, yo estoy ya bueno. Llegóse á las voces el tio y tambien su hermana, y ambos vieron los ojos limpios, sin el humor que solian y sin aquella inflamacion; la nube que antes cubria la niñeta habia retirádose afuera al lado izquierdo del ojo, y adelgazádose y deshecho de suerte, que no impedia la vista, y despues se resolvió de todo punto. Viendo el milagro, dieron gracias á Dios y á san Luis por la merced recibida, lo mejor que supieron; y el mozo, á quien antes ofendia tanto la luz y el aire, se levantó al punto bueno y sano, y salió de casa, y se fué á oir misa en accion de gracias, y despues se volvió á trabajar en su tienda. Comprobóse este milagro jurídicamente en el tribunal del arzobispo de Siena, con el testimonio y juramento de médicos, que declararon haber sido salud sobre todas las fuerzas de la naturaleza, y milagrosa.

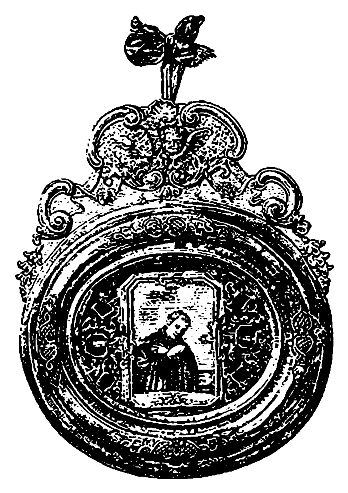
Un caballero de Roma,[8] muy pio y docto, padecia un dolor excesivo de riñones siempre que se ponia de rodillas, y por más que lo procuró, nunca halló remedio que le aprovechase. Despues de haber estado algun tiempo con este trabajo, hallándose un dia de rodillas en el oratorio de San Marcelo, donde se hacian las cuarenta horas, viniéndole los dolores con más fuerza que las otras veces, sintió una inspiracion de valerse de la intercesion de san Luis. Encomendóse á él con mucho afecto, é hízole voto de colgarle una tabla en su sepulcro si le daba la salud. Al punto quedó libre de aquel dolor, y con notable alegría y consuelo. Tardó algunos meses en cumplir el voto, y volvióle su dolor como antes. Temió él que su descuido era la causa de aquella recaida; y así luégo, con ocasion de la fiesta que se hacia de san Luis en Roma, colgó una tabla con el milagro pintado, delante de su sepulcro. Con esto cobró segunda vez la salud, sin volverle despues acá

aquellos dolores, como él mismo me ha contado diversas veces á mí y á otros para mayor gloria del Santo.

A Lelio Guidiccioni, persona principal de Luca, estando en Roma, le dió una calentura maligna con dolor de cabeza muy agudo, inquietud grande, flaqueza de pulso y de fuerzas, sin poder dormir; parecíale que le metian por el corazon mil puntas de agujas, que le tenian en un continuo suspiro. Saliéronle pintas de tabardillo, y luégo dieron muestras de volverse á entrar en el cuerpo, perdió en gran parte el oido, engrosósele la voz, la respiracion muy dificultosa; finalmente, despues de muchos remedios le desahuciaron, y así se confesó y recibió el Viático, y se dispuso para morir. En esta sazon le visitaron algunos Padres de la Compañía, y le ofrecieron de traerle una reliquia de san Luis, diciéndole quién era y los milagros que Dios obraba por él. Cobróle el enfermo gran devocion, y no veia la hora de que viniese la reliquia, porque le parecia que tenia segura la salud al punto que se la aplicasen. La mañana siguiente, luégo en amaneciendo, hizo la instancia de nuevo por la reliquia, trajéronsela aquel dia, y tomándola con gran devocion, se hizo con ella la señal de la cruz, y se la puso al cuello, encomendándose al Santo con particular afecto. Al punto le pareció que se sentia aliviado y con esperanza de salud, con que se inflamó más en su devocion. Luégo volvió atrás el mal; á la tarde le hallaron los médicos muy aliviado, la accesion grande que esperaban, y se temia que le habia de acabar, no le vino más; cesaron los dolores y la inquietud; durmió bien aquella noche, y cuando despertó se sintió bueno y alegre. Volvieron los médicos á la mañana, y no hallaron rastro de calentura, y lo que más les espantó, que despues de tan grave enfermedad no le volvió más ni un mínimo asomo de calentura. Hízose informacion, y en testimonio del milagro se colgó un ex-voto al sepulcro del Santo.

El año de 1599, las monjas de Santa María de los Ángeles, de Florencia, habiendo leido aquella primera Vida que yo escribí de san Luis y alcanzado un pedazo de un hueso suyo, teníanlo como hasta ahora le tienen con particular reverencia y devocion. Estaba á la sazon allí una monja de pocos años de hábito, llamada sor Angela Catalina Carlini, que por cuatro años enteros habia padecido grandes dolores en todo el lado izquierdo, desde la cabeza á los piés, particularmente en

la espalda y brazo izquierdo, á donde le acudia un humor ó corrimiento tan fuerte, que se temia que algun dia habia de parar en postema ó cosa semejante, como sucedió. Porque á mediado de enero de 1600 despertó una noche con un catarro y tos muy vehemente; por la mañana sintió un peso muy grave debajo del pecho izquierdo, con vehementísimo dolor que le parecia que le estaban royendo por de dentro, tentó con la



Relicario con una imágen de S. Luis pintada en marfil; que fué de las primeras expuestas á la pública veneracion. Se halla en Castiglione en la capilla del Colegio de las Vírgenes del Jesus.

mano, y halló una cosa como un huevo, dura como un mármol, que era un zaratan, como despues se vió. Cualquier movimiento del cuerpo le causaba gran dolor, como el andar, el bajarse, y en especial el alzar los brazos. Al dormir no podia estar un punto sobre aquel lado, y si acaso durmiendo se revolvia, luégo al punto la vehemencia del dolor la despertaba. Muchas veces le quitaba el sueño. Si habia de comer, era con gran dolor, y muy poco. Con todo este trabajo, parte por vergüenza, parte por deseo de padecer, disimulaba, y estuvo dos meses y medio sin descubrir á nadie este nuevo accidente. Despues de este tiempo, recogiéndose á hacer los ejercicios del Padre san Ignacio (como los acostumbran á hacer cada año

las monjas de aquel convento), y sintiendo en ellos que el mal se le iba agravando, tuvo escrúpulo de tenerle más tiempo encubierto, y así dió parte de él á su maestra, que se llamaba sor María Pacífica del Tovaglia, y ésta lo dijo á la priora, y á la madre María Magdalena de Pazzis, que á la sazon era maestra de novicias. Viéronla todas tres juntas, y tocáronla, y echaron de ver que era zaratan, como otro de que poco antes habia muerto otra monja del mismo convento. La maestra de la enferma, fiando poco en remedios humanos, puso su cuidado en pedírsele á Dios. Sintió en la oracion deseo de pedir aquella merced por medio de san Luis; exhortó á la doliente á que hiciese lo mismo, y viéndola que habia cobrado gran fe en su santidad, la santiguó tres dias con la reliquia del Santo. La primera vez que lo hizo, al punto le cesó el dolor que sentia en la carne, en la parte de afuera, pero quedóle todo lo demás. Con esto se vieron obligadas á ponerla en manos de los médicos, y usar de los remedios ordinarios. Así lo pensaban hacer el dia siguiente; pero la enferma, sintiendo en sí un gran deseo de que Jesucristo fuese glorificado en san Luis, volvió con nuevas ansias y grande afecto á pedirle al Santo que no dejase pasar aquel dia (que era á 8 de abril, un dia antes de la domínica in albis), sin concederle aquella gracia, para que se echase de ver que no venia por remedios humanos sino por su intercesion. Todo aquel dia pidió esto mismo en todos sus ejercicios, y ya tarde, hallándose sola en su aposento, se volvió á poner en oracion y hacer nueva instancia, teniendo ante los ojos sólo la gloria de Dios y de este siervo suyo. Estando en esto, sintió en su alma una gran seguridad de que seria oida, y como que le decia san Luis en su corazon estas palabras: Tú has tenido tanta fe y confianza en mí y en mi intercesion, y tanto deseo que se manifieste la gloria que Dios me ha dado, que su divina Majestad se sirve de concederte tu peticion. Luégo al punto sintió un dolor agudísimo en la parte donde estaba el mal, y le pareció que le abrian el pecho, y con la mano le arrancaban el zaratan y todo el mal con grande fuerza. Con esto que padeció, se le quitó todo su dolor, y quedó libre y sana, no sólo del zaratan, sino de todo aquel lado que por cuatro años habia tenido tan impedido. Fué tan agudo el dolor que sintió en esta ocasion, que faltándole las fuerzas se desmayó, y la hallaron las monjas

como amortecida, el rostro tan pálido y tan sin color, que parecia muerta. Lleváronla á la cama, y ella en el ínterin, aunque apenas podia echar la voz, iba diciendo á su maestra: Madre maestra, yo estoy ya buena, yo estoy ya buena. De ahí á un poco cobró fuerzas, y contó el milagro, y todo lo que le habia pasado, y hallándola perfectamente sana, alabaron á Dios y á san Luis, por cuyos méritos é intercesion le habia Dios dado la salud.

Por memoria de este milagro, las monjas de aquel convento celebran todos los años el dia de este Santo ayunando su vigilia, y haciéndole un altar dentro del convento, y llevando en procesion su imágen y su reliquia. Corrió luégo la fama de tan gran milagro por toda la Italia, y se escribió al serenísimo Duque de Mantua, que hizo particular fiesta con esta nueva, y el marqués de Castellon D. Francisco dió una buena casa en Castellon á un su vasallo que le trajo la primera nueva de este suceso. Hízose informacion jurídica de todo en el tribunal del arzobispo de Florencia, con juramento de las dichas monjas y declaracion de dos médicos, uno de los cuales fué el Dr. Jerónimo Mercuriale, médico del Duque de Florencia, y catedrático de las principales universidades de Italia, bien conocido por sus libros en toda Europa; el otro fué el doctor Andrés Torsi, médico famoso en Florencia, los cuales declararon haber sido salud milagrosa y sobre todas las reglas de la medicina.

Marcos Gussone, noble veneciano, habiendo entrado en la Compañía en Padua, el segundo año de su noviciado, que fué al fin de 1603, le dió una calentura maligna con tabardillo, y en pocos dias llegó á tal estado, que tenia ya la lengua muy gruesa, la boca llena de una materia pútrida y espesa, los dientes llenos de sarro, y tan impedido, que apenas podia abrir la boca para hablar; el juicio daba muestras de irle faltando, porque algunos ratos desvariaba; y en conclusion, agravándosele el mal, los médicos le desahuciaron, y avisaron á los Padres que luégo en amaneciendo le diesen el Viático. Vínoles pensamiento á algunos Padres de los presentes y de los ausentes, que seria bien que el enfermo hiciese un voto en honra de san Luis, á quien tenia particular devocion. Escribióselo uno al Padre rector de Padua; otro tambien, que estaba en el mismo colegio aquella noche ya muy tarde en oracion delante de una reliquia de san Luis, sintió una inspiracion de ir á

proponer aquello mismo al Padre rector, con gran confianza de que por aquel medio le habia de dar Dios salud. Levántase luégo de la oracion, y vase al Padre rector: dícele su inspiracion; apruébala el Padre rector, toma la reliquia de san Luis y dásela al ministro, ordenándole que á la mañana se la dé al enfermo de su parte despues del Viático, y le diga que haga algun voto en honra suya; y porque su sepulcro aun no era tan célebre que pudiese ir allá en peregrinacion, le envió á decir que escogiese en honra de san Luis otra romería, como á nuestra Señora de Loreto ó la que más le agradase. El Padre ministro no aguardó la mañana, sino luégo se fué al aposento del enfermo, y le dió la reliquia y el recado del Padre rector. Tomóla él y besóla con mucha devocion y afecto; hizo el voto con firme esperanza que allí estaba librado el único remedio de su mal. Vióse luégo el fruto, porque aquella noche mejoró, de suerte que á la mañana los médicos le hallaron fuera de peligro, y dijeron que ya no era necesario darle el Viático; pero comulgó por su devocion. Hízose probanza jurídica del caso en el tribunal del obispo de Padua, y se envió á Roma una tabla pintada, para ponerla ánte el sepulcro del Santo.

Juan Giustiniani, noble genovés, de la Compañía de Jesus, estando en el colegio de Roma, á los 3 de junio de 1605 le dió un agudísimo dolor de ijada en el lado derecho, al cual se siguió despues una total retencion de orina. Juntáronse los médicos, y ordenáronle diferentes remedios de bebidas, fomentos, unciones, baños de aceite caliente, andar en carroza á la mañana y á la tarde, y otros medicamentos purgativos y lenitivos; pero todos fueron en vano. Habian ya pasado diez dias continuos sin orinar nada, y con esto el médico avisó que se le diese el Viático, porque estaba ya muy al cabo. La noche del décimo dia, hallándose tan apretado, inspirado de Dios se quiso valer de la intercesion de san Luis; y porque no podia ya tenerse en pié, se hizo llevar de dos personas á la iglesia al sepulcro del Santo: allí se hincó de rodillas y besó la tierra muchas veces, rezó algunas oraciones rogándole instantemente que le alcanzase de Dios la salud; hizo juntamente voto, si sanaba, de rezar por un año cada dia cinco veces el Padre nuestro y el Ave María en honra suya, visitar todos los dias su sepulcro todo el tiempo que estuviese en Roma, tomarle

por su abogado, y colgar un ex-voto de plata delante de su santo cuerpo. Con esto se hizo volver á la cama, donde pasó toda la noche con gran trabajo, porque ya le ahogaba la abundancia de aquel humor, que se habia repartido por todo el cuerpo. A esta sazon el P. Basilio Romano de la misma Compañía, compadecido del enfermo, se fué tambien al mismo sepulcro á pedir con instancia al Santo que le sanase. Estando



El Cardenal Escipion Gonzaga.

De un grabado puesto en la obra «Scipionis Gonzaga Cardinalis Commentariorum Rerum Suarum Libri Tres, Romæ, 1791».

(Véase el libro I, cap. 11 y 17, y nota 37; libro II, cap. 28; y libro III, cap. 1.)

en esta demanda tan piadosa, le pareció que san Luis le decia interiormente: Ve y dile de mi parte que tenga buen ánimo, porque mañana por la mañana sin duda cobrará salud. Levantóse al punto el Padre Basilio de su oracion, pareciéndole que aquella mocion era mandato del cielo, y casi llorando se fué al aposento del enfermo, y le dió su recado de parte de san Luis, asegurándole que á la mañana cobraria salud: preguntóle uno de los que allí estaban ¿por qué mañana y no luégo?

Respondió, que él aquello habia sentido interiormente y no esotro. La razon quizá fué, por querer Dios dejarle llegar á lo último, para mayor evidencia del milagro; y fué así, porque á la mañana del undécimo dia tenia ya hinchadas las manos y piés, las piernas y todo el cuerpo, los pulsos le faltaban, la respiracion la tenia muy dificultosa, de manera que el médico le desahució, y el enfermero le avisó que se preparase para recibir luégo el Viático. En el ínterin volvió segunda vez á encomendarse á san Luis, renovando su voto; y tomando una reliquia suya que le dió el Padre rector del colegio, besándola primero la aplicó inmediatamente á la carne en el lado donde sentia el dolor, y luégo al punto le cayó una piedra en la vejiga, y de ahí á poco la echó con todo aquel humor detenido por once dias y gran cantidad de arenas. Luégo se sintió bueno y sano, cesando los dolores, y el mismo dia principió á cumplir su voto, visitando el sepulcro de su bienhechor y dándole las gracias, y el dia siguiente salió de casa á pié con espanto de todos, y á los 21 del mismo mes de junio, que era el dia en que murió san Luis, colgó un ex-voto de plata en su sepulcro, en memoria del milagro, y despues lo testificó todo por escritura auténtica.

En confirmacion de este milagro, sucedió poco despues en Turin otro tal en semejante enfermedad al Sr. Filiberto Baronis, á quien una noche le asaltó un agudo dolor de riñones con gran vehemencia. Acudió luégo, como persona tan pia, á valerse de Dios y de sus Santos; en particular se encomendó al santo Padre Ignacio y al santo Padre Javier de la Compañía, haciéndose traer sus imágenes. Pero continuando todavía el dolor por nueve horas hasta el dia siguiente sin aliviársele, antes aumentándosele cada hora más, vínole á la memoria el caso precedente, que habia sucedido un mes antes en Roma, librando Dios de aquella enfermedad á otro por medio de san Luis. Con esto concibió esperanza que le habia de hacer á él la misma gracia; no tenia imágen ninguna suya, pero tenia una carta que el Santo habia escrito, y por medio de un Padre habia venido á sus manos. Hízola buscar para aplicársela sobre los riñones, mas no pareció. Levantó entonces el corazon al cielo, y con el mayor afecto que pudo se encomendó á él. Luégo se durmió, y le pareció que se llegaba á la cama un Padre de la Compañía joven, de estatura antes grande que

pequeña, flaco de rostro, la nariz aguileña algo larga, y que con un cinto le ceñía por los riñones y le cogía por todo el cuerpo, y aunque nunca habia conocido á san Luis, pero parecíale que era el que allí estaba: con esto despertó, y se levantó en la cama para abrazarle y reverenciarle, pero al punto desapareció, dejándole señal cierta de su presencia, porque en el mismo instante le cayó una piedra en la vejiga, de que dió luégo las gracias á Dios y á san Luis, y á poco rato la echó por la orina, que era del tamaño de una haba, con unas á modo de escamas y ensangrentada: con esto quedó libre del peligro y del dolor, y de allí adelante tomó por su particular protector y abogado á san Luis para sí y para toda su casa, pareciéndole que siempre le hallaba tal en todas las ocasiones; y en testimonio de aquella milagrosa salud envió á Roma una figura de plata, que se pusiese en su sepulcro, y declaró con juramento todo lo sobredicho en el tribunal del arzobispo de Turin.

Juan Bautista Filippini, romano, tenia un hijo pequeño llamado Juan Francisco, el cual habia casi un año que estaba ético: añadiósele otra como lepra, que le cubria todo el cuerpo, y no le dejaba sosegar ni de dia ni de noche: estaba ya en el peligro que tales enfermedades prometen, no podia comer sino un poco de leche, ni le aprovechó remedio ninguno de cuantos los médicos le aplicaron. Sobre estos males le vinieron unas cámaras tan irreparables, que dándolo el médico por muerto, le dejó y no volvió más á visitarle. Viéndose su padre sin remedios naturales, acudió á los sobrenaturales; y habiendo á las manos un diente de san Luis, se lo hizo poner al niño; el cual luégo el mismo dia comenzó á comer unas sopitas y á mejorar; quitóse la hinchazon del pecho, cesó la calentura, y al fin cobró perfecta salud con espanto de los médicos.

Pero á fin de que más claramente se conociese el autor del primer milagro, obró Dios otro consiguientemente en el mismo niño: el cual de ahí á dos meses recayó en una calentura maligna; hinchósele la garganta, cubrióse de tabardillo, naciéronle dos carbunclos en el espinazo, tan pestilentes, que en viéndolos el médico le desahució, y advirtió á su madre que le apartase de sí lo más que pudiese, porque aquellos carbunclos eran contagiosos, tan malignos, que en veinte y cuatro horas mataban, por fuerte que fuese el sujeto. El padre del niño, viendo esto,

acudió segunda vez al que la primera habia hallado tan propicio; y así él y su mujer hicieron un voto á san Luis y pusieron la reliquia al niño. Volvió el médico á la mañana á preguntar si habia ya muerto. Comienzan los padres á reirse: entra el médico, y halla al niño limpio de calentura y libre de todo peligro. Quedó fuera de sí, y santiguándose de lo que veia, se despidió para no volver: lo mismo le pasó á un boticario experto que el dia antes habia venido con el médico, y con el espanto se puso la mano en la frente, y luégo en el suelo, para hacer una cruz grande, porque decia que á una maravilla como aquella era menester santiguarse con una cruz muy grande. Supieron lo que habia pasado, y todos confesaron, que se habia de dar la gloria á san Luis, á cuyo sepulcro llevaron el niño y colgaron el ex-voto. De todo esto se hizo prueba auténtica, con la declaracion de dos médicos y de aquel boticario.

Francisco Crotti, caballero de Brescia, enfermó gravemente de calenturas malignas. Despues de algunos dias, con un parasismo perdió el juicio, y dándole todos por desahuciado, llamaron al cura para que le diese la Extremauncion, y si volviese en su acuerdo le confesase. Fué el cura con el ólio, y hallóle fuera de sí, sin responder cosa á propósito, antes con la fuerza del mal estaba tan furioso, que no le podian tener en la cama. A esta sazon, un hijo suyo le acordó á su madre que le hiciese un voto á san Luis. Púsose ella de rodillas, y prometió de hacer decir una misa en honra de san Luis, si daba salud á su marido. Al punto que acabo de decir estas palabras le volvió el juicio perfectamente, y se confesó muy en sí; la calentura quedó tan baja, que el dia siguiente le halló el médico limpio de ella, y no le volvió más. Cumplieron el voto, y se hizo informacion de todo en Brescia.

D.ª Julia Marini, que tambien vivia en Brescia, de setenta y cinco años de edad, despues de haber padecido tres meses flujo de sangre continuo, con perpetuos dolores, le sobrevino un desmayo y una calentura muy grande, con accidentes mortales. Visitáronla dos médicos famosos de aquella ciudad, el doctor Bettera y el doctor Grilli, los cuales, informados de todo lo pasado y viendo el estado presente de la enferma, la dieron por incurable, no sólo por caer en persona de tantos años, sino tambien por la naturaleza de la enfermedad, que en



Primera imágen de S. Luis expuesta en Roma á la pública veneracion.
El cuadro original está en la Universidad Gregoriana de la misma ciudad.
(Véase el Ap., cap. 6.)

cualquiera sujeto fuera bastante para matarle; y añadieron que aquel flujo de sangre, que habia tenido con tanto dolor, era señal que habia alguna llaga en el vientre, y que todos los remedios que se le aplicasen vendrian á dar en una hidropesía muy pesada, de que tenia ya principios en los piés y piernas, que tenia muy hinchadas. En esta apretura la enferma, á persuasion de un hijo suyo, que era como sacristan de la iglesia mayor de Brescia, hizo un voto á san Luis (á quien aquel mismo dia se hacia fiesta en la ciudad); encomendóse á él muy de corazon, y valióle, porque dentro de tres dias quedó limpia de calentura, cesó el flujo de sangre y el dolor, quitósele la hinchazon de piés y piernas, y en pocos dias cobró sus primeras fuerzas. Cumplió su voto, é hízose informacion de todo en Brescia.

En Roma un pobre hombre se halló muy fatigado de calentura por diez dias continuos; al cabo de ellos le dió un grande crecimiento, y unas cámaras tan fuertes, que pensó morir. Como era pobre y no tenia con qué curarse, quiso irse á un hospital; fué á dos á pedir que le recibiesen, pero en ninguno halló acogida: enviáronle al de San Juan de Letran; pasó de camino por la iglesia del colegio de la Compañía donde está el cuerpo de san Luis; entró en ella, y puesto de rodillas con grande afecto, le dijo: Oh san Luis, ayúdame en este trabajo, que si me quitas esta calentura y estas cámaras, aunque soy tan pobre, yo colgaré aquí un ex-voto que valga un escudo. Salió de la iglesia para proseguir su camino, y yendo por la calle de allí á un rato reparó que ya ni sentia calentura, ni indicio de las cámaras, ni mal ninguno, porque quedó sano del todo sin volverle más aquel accidente. Buscó de limosna un escudo, y cumplió su promesa.

Francisco Fabrini, ciudadano romano, la vigilia de san Mateo sintió no sé qué ruido sobre el tejado de su casa; por saber lo que era subió sobre una pared, que tenia de alto dos buenas picas y media, de donde podia señorear el tejado. Estando allí sintió que le andaban por las piernas como alguna persona que le queria hacer caer, y poniendo él un pié en vacío, cayó hácia atrás cabeza abajo sobre el patio de su casa, yendo á dar derechamente con la cabeza sobre una piedra grande, que estaba delante de una puerta, sobre la cual se le cayó el sombrero que tenia puesto. En viéndose en el aire,

dió voces: Oh santo Luis, ayúdame. Luégo sintió por las espaldas que le impelian, y le empujaron haciéndole torcer y dar muchos pasos de allí, hasta hacerle entrar la cabeza por la boca de una tinaja vacía, sin tocar en el borde, y quedando todo el cuerpo en el aire: fué tan grande el ímpetu con que cayó, que le apretó allí y le dejó aturado, sin poder salir ni menearse hácia un lado ni otro. Daba voces y no le oian. Viéndose en aquel aprieto, invocó de nuevo á san Luis, y luégo sin dificultad salió de allí y se halló bueno y sano, sin herida ni golpe ni dolor ninguno. Postróse en tierra dando las gracias á su bienhechor, reconociendo haber recibido en aquel punto la vida de sus manos, y en testimonio de esta gracia trajo el milagro pintado en una tabla á su sepulcro.

El conde Adriano Montemellini estaba en Perugia apretado y peligroso con calenturas tan rebeldes, que ni la asistencia continua de los médicos, ni los muchos y exquisitos remedios que le aplicaban, las pudieron vencer. Cincuenta dias estuvo de esta suerte, y al cabo de ellos, uno de la Compañía que estaba en el colegio de Perugia, dió al Padre rector un poco de la piel de san Luis, que él mismo le habia cortado la noche que murió. Llevósele el Padre rector al conde. Aplicáronsela, y al punto cesó la calentura, y no le volvió más, de lo cual se hizo informacion jurídica.

Habiendo venido á Roma el Sermo. Sr. D. Vicencio Gonzaga, duque de Mantua, á besar el pié al papa Paulo V, visitó el sepulcro de san Luis, su primo, y recibió del señor Marqués de Castellon, embajador que á la sazon era del Emperador, una insigne reliquia suya. Volviendo despues á su Estado, enfermó primero en Florencia y despues en Mantua, de un mal que le solia venir otras veces, y tenerle en la cama las semanas enteras y á veces un mes con terribles dolores. Pero entonces halló gran remedio en la intercesion de san Luis, como se puede ver por la carta que S. A. escribió desde Mantua á Roma al señor Marqués, poco despues que llegó á su casa, que dice así:

«Excmo. é Ilmo. Sr:

«Con ocasion de dar cuenta á V. E. de mi llegada con «salud, de que se ha de holgar por el amor que me tiene, no «puedo dejar de decirle cómo ya por mi bien he experimen- «tado en mi persona lo que vale la intercesion de nuestro

«santo Padre Luis Gonzaga. Porque, dándome en Florencia «el mal que otras veces, en la rodilla, le hice un voto, y me «apliqué á la parte dolorida la reliquia que me dió V. E., y «al punto me parece que se aplacó el dolor, y se me quitó «muy en breve, contra lo que otras veces me suele suceder.



CATHARINA DE PAZZIS Florentina Monialis Ord. B. M. V. de Monte Carmelo facta An. 1583. Et inde dicta S. MARIA MAGDALENA ad Caelum evocata 25. Maij 1607. Æt. 41. in SS: Virginum Catalogo adscripta Anno 1669.
Ex prototypo apud Clarissimos Senatorum ... Florent. ... Sancti Agnetum.
[illegible]

Retrato de S. María Magdalena de Pazzis

á la edad de 17 años, antes de entrar Religiosa Carmelita. De un cuadro al oleo pintado del natural el año 1583 por Sanctes Titi.
(Véase appendice, cap. 1.)

«Llegado á Mantua me acometió otra vez, y en parte más peli-«grosa por ser en la ijada: renové el voto y apliquéme la reli-«quia; y no es creible cuánto más en breve se quitó el dolor «de lo que otras veces, de suerte que estoy ya bueno, siendo «así que otras veces me duraba las semanas enteras, y des-«pues otros muchos dias de convalecencia. Todo lo atribuyo

«á la intercesion de nuestro san Luis, por cuyo medio ha «querido la majestad de Dios hacerme esta merced para gloria «suya, de la cual quise luégo dar cuenta á V. E., dándole «parte de mi contento, por el que sé que ha de recibir con «esta nueva. Pídole que me avise al punto, en dando Su San«tidad licencia para hacerle altares y ponerle votos, porque «pueda yo cumplir el mio, é introducir su devocion en los «ánimos de mis vasallos. En el ínterin me encomiendo muy «de corazon á V. E., besándole sus manos.

«De Mantua, último de setiembre de 1605.

«De V. E. pariente y servidor,

«El Duque de Mantua.»

El Ilmo. Sr. Sigismundo Miskowski Gonzaga marqués de Miraw, gran mariscal del reino de Polonia (á quien el serenísimo Duque de Mantua los años pasados agregó á la familia de los Gonzagas), enviándole el serenísimo Rey de Polonia por su embajador á Carintia, para que trajese y acompañase á su nueva esposa la Reina de Polonia hasta Cracovia,[9] yendo á Praga donde estaba el Emperador, le dió el excelentísimo Sr. Guillermo de San Clemente, embajador del Rey católico en la corte del Emperador, un compendio de mano de las virtudes, santidad y milagros de san Luis Gonzaga, con una imágen suya. Prosiguió despues su camino por Bohemia, y estando un dia de mañana oyendo misa en Budroas, le asaltó de repente un dolor y una enfermedad tan récia, que le obligó á irse luégo á la cama; y lo peor era que los médicos no la conocian, ni sabian qué enfermedad fuese, ni qué remedios le habian de aplicar. Prosiguió el mal con la misma vehemencia todo aquel dia hasta la media noche, que no pudiendo dormir ni sosegar, se acordó de aquel compendio que le habian dado, y recogiéndose un poco le leyó, y despues mirando su imágen y considerando sus merecimientos, le comenzó á pedir con gran devocion y afecto que le ayudase en aquel trabajo. Apenas habia hecho su peticion, cuando al punto se durmió, sin despertar hasta el dia siguiente muy tarde; entonces despertó y se halló bueno y sano, y habiendo dado las gracias á Dios y á san Luis, prosiguió su viaje con determinacion de enviar un ex-voto á Roma á su sepulcro. Todo esto declaró S. S. I. en Cracovia en el tribunal episcopal, y á más de eso se imprimió el milagro en

Cracovia, junto con una oracion latina recitada en Lublin en alabanza de san Luis.

El Dr. Flaminio Bacci, romano, ayudante del secretario de la sacra Congregacion de Ritos, cayó enfermo de tercianas dobles, que le afligian de dia y de noche, con una inquietud grande y un ruido perpetuo en la cabeza, que no le dejaba dormir un momento; y no aprovechándole los remedios, al veintiuno le sobrevinieron unas cámaras de sangre con gran pujo, que no le dejaban sosegar. Multiplicó el médico los remedios, pero todos sin provecho. Al vigésimocuarto, cuatro horas despues de anochecido, envió á dormir los criados, y quedándose solo volvió con nuevas fuerzas la disentería, haciéndole echar gran cantidad de sangre en diferentes veces. Con esto, desmayado y desconfiado ya de alcanzar salud por remedios naturales, y con no poco temor de acabar aquella noche de pura flaqueza, estaba con mucho cuidado de su alma y de su cuerpo. Pasó tres horas de esta manera, hasta que le vino al pensamiento el santo Luis, de cuya vida y milagros le habia leido un sumario tres dias antes Juan Paulo Mucante, maestro de ceremonias del Papa y secretario de la sacra Congregacion de Ritos, á la cual habia Su Santidad remitido la causa de su canonizacion. Comenzó el enfermo á encomendarse luégo á él, y así como estaba en la cama, boca arriba por el dolor de la cabeza y por la flaqueza grande, se puso ambas manos sobre el rostro, y con el mayor afecto y voz que pudo dijo estas palabras: «Glorioso y bienaventurado Luis Gonzaga, pídote «por Dios que te dignes de poner tus manos sobre mí, que «con eso tengo por cierta la salud. Ea, jóven gracioso, hazme «esta gracia por tu amor, para que yo pueda trabajar en tu «santa canonizacion, que tanto he deseado.» Dicho esto, al punto sintió como que el Santo le ponia las manos sobre las suyas, y con ellas le apretaba el rostro de suerte, que sentia doblar la nariz, y haciendo alguna fuerza para respirar, sintió un delicado olor apacible y suave, y con él un refrigerio tal, que le hizo luégo dormir cinco horas continuas, hasta que vino una criada y le despertó. En despertando echó de ver que habia sido oida su peticion. Habia dormido muy bien, no le dolia la cabeza, ni le daba pena el pujo como antes, habíansele resuelto los malos humores, el vientre sosegado, cesado las cámaras, quitado la calentura, y de todo punto se hallaba

bueno. Con esto comenzó á publicar el milagro, y pedir de vestir para levantarse. A este punto vino el médico, y hallándole sin calentura ni otro accidente, y sabiendo por otra parte la noche que habia pasado tan mala, quedó espantado: por más asegurarse quiso ver la orina, y no halló en ella señal de haber estado enfermo, y así él con los otros se puso á dar gracias á Dios. Queria el enfermo ya sano salir luégo de casa á visitar el cuerpo de su bienhechor, y publicar á todos aquella maravilla, pero el médico no lo consintió, ordenándole que se estuviese dos dias en casa por asegurarse: pasados los dos dias salió y cumplió con su devocion, y despues declaró todo lo sobredicho jurídicamente.

Un niño llamado Benito Ridolfi, hijo de padres nobles en Florencia, siendo de diez y siete meses, comenzó por unos hechizos (á lo que se creyó) á ser poseido del demonio: estuvo así hasta los once años de edad, y siendo antes fresco, grueso y de buen color, muy en breve se volvió flaco, pálido, estropeado, corcovado, mohino y sobremanera colérico. Si su madre le azotaba, poníansele los ojos como un fuego, muchas veces se aporreaba y heria él mismo, dábase de cabezadas en la pared, revolcábase por el suelo, pedia á su madre que le matase, queria arrojarse en el agua y darse la muerte por otros caminos, tenia gran dificultad en aprender la doctrina cristiana, aunque para todo los demas tenia buena habilidad. Si pasaban por la calle reliquias de Santos en procesion, no podian tenerle á la ventana, gritaba y se inquietaba, y cuando ya era mayor luégo echaba á huir. Decia á veces cosas que excedian su poca edad; y tal vez le hacia el demonio decir palabras descompuestas, y hacer cosas torpes y súcias. A los principios, no conociendo la enfermedad, le quisieron curar los médicos por varios caminos, pero todos sin provecho. Despues que se echó de ver lo que era, le conjuraron muchos veces. Lleváronle á nuestra Señora de Monsummano junto á Pistoya, donde acuden muchos endemoniados, pero nada aprovechó, hasta que por el mes de diciembre del año 1605, apretándole más que otras veces aquel maligno espíritu, dijo á su madre que habia visto delante de sí visiblemente un Crucifijo en medio de dos clérigos, el cual le habia dicho que tuviese buen ánimo, porque muy en breve quedaria libre de aquel trabajo. Parecióle á su madre que aquellos dos clérigos debian de ser

el santo Padre Ignacio y san Javier, buscó reliquias suyas, y no las halló. Supo que la Sra. Violante de Médicis tenia un poco de reliquia de san Luis, pidiósela y púsola al niño. Al punto comenzó á turbarse y á dar voces que se la quitasen, porque le abrasaba: hiciéronsela tener á pura fuerza mientras llamaban un clérigo que se entendia de aquel ministerio, el cual le conjuró con la reliquia, y quedó libre. Porque habiéndole el clérigo en el exorcismo tocado con la reliquia las partes todas de su cuerpo, y no hallando en ninguna el demonio, pensó que ya habia salido; pero á lo último le halló en el brazo izquierdo junto á la mano, donde se habia retirado y escondido. Púsole allí la reliquia, y al punto salió el demonio, dejando al niño medio muerto, pero con gran quietud y sosiego, en el cual ha perseverado y persevera cuando esto se escribe. Quedó el niño muy devoto de san Luis; ha pedido á su madre le ponga al estudio para poder ser hermano de san Luis en la Compañía. De todo lo dicho se hizo informacion en el tribunal del arzobispo de Florencia.

Angela de Buonuomo, natural de Brescia, de veinte y un años, tenia tan estropeadas las piernas, que en la derecha tenia siete agujeros, y en la izquierda una hinchazon muy grande junto al tobillo, de suerte que no se podia menear sino con dos muletas debajo de los brazos, y aun con ellas habia de ir con mucho tiento, porque no podia asentar en tierra la pierna derecha, y del uso de las muletas tenia desollada la carne debajo de los brazos. De esta suerte estuvo dos años y medio, poco más ó menos, hasta que un dia de san Luis le persuadió una señora devota que fuese á la iglesia de los Padres de la Compañía, que se llama San Antonio, donde está la imágen del Santo. Llegó hasta la puerta de la iglesia, y no pudiendo pasar adelante por llegar tan cansada allí, se arrodilló hácia la imágen de san Luis, y le rezó cinco veces el Padre nuestro y el Ave María, pidiéndole la salud, y ofreciéndole, si se la daba, de colgarle aquellas muletas junto á su imágen, porque era tan pobre, que no tenia otra cosa que darle. Vuélvese á su casa, y aquella misma noche se le comenzaron á cerrar los agujeros de la pierna derecha, y á deshincharse la otra, de suerte que á la mañana pudor andar con sola una muleta, y dentro de tres ó cuatro dias sin ninguna, y poco despues quedó tan sana, que la pierna derecha,

que con el mal se le habia acortado, se le alargó cuanto fué necesario, y fué menester abajar más de tres dedos una chinela que traia. Las muletas colgó á la imágen del Santo, en testimonio del milagro.

Bernardo Fileso siendo mozo perdió la vista, de unas viruelas que tuvo, juzgándolo los médicos por cosa irremediable. Duróle este trabajo año y medio; al cabo de este tiempo le llevaron sus padres á la iglesia de San Miguel de Sajo, que está en la Valtelina; donde estaba una imágen de san Luis muy célebre en toda aquella tierra. Allí los padres y el hijo pidieron al Santo el remedio de aquella necesidad: el cual les oyó, porque antes que saliese de la iglesia comenzó á discernir los objetos, y poco á poco fué cobrando la vista, de suerte que en breve tiempo la tuvo perfectísima.

Catalina Agita, vecita de Burmio, tambien en la Valtelina, tuvo una enfermedad mortal, porque se le llagaron las tripas, y en ellas se le hizo un agujero por el cual se le salia el manjar y las medicinas que tomaba. Estuvo cuatro meses de esta suerte, y no aprovechándole los remedios que se le aplicaban, llegó tan al cabo, que no le daban ya sino dos ó tres dias de vida. A este tiempo se le acordó que se encomendase á san Luis. Hízolo ella con mucha fe, ungiéndose con el aceite de la lámpara que ardia delante de su imágen en la iglesia dicha de San Miguel de Sajo, y haciendo voto de ayunar su vigilia y guardar su fiesta siempre, si le daba salud. Al punto se le cerró la llaga, se levantó buena y sana, y dos ó tres dias despues salió de casa como antes, con espanto de todos.

Inés de Caprinelis, habiéndole dado perlesía desde el medio cuerpo hasta los piés, le quedó todo aquel medio cuerpo sin sentido ni movimiento alguno. Estuvo así diez meses, hasta que oyendo los muchos milagros que Dios obraba por medio de san Luis, se determinó de ir en persona á la dicha iglesia de San Miguel de Sajo en la Valtelina. Apenas pudo entrar en la iglesia con dos muletas. Allí se puso en oracion delante de la imágen del Santo: vino á este tiempo el cura, y viéndola cuál estaba encorvada, movido de sus ruegos la ungió con el aceite de la lámpara. Al punto se enderezó, y creciéndole la fe y confianza, volvió á orar con nueva instancia para que fuese la salud cumplida. Diósela nuestro Señor, porque á vista del cura se levantó libre y sana de todo punto, y dejando

allí la una muleta en testimonio del milagro, se llevó consigo la otra para lo mismo, y se volvió á pié hasta su casa, que distaba algunas millas.



Retrato de S. Luis hecho á pluma por S. María Magdalena de Pazzis al salir de una vision en que se le apareció el Santo.

Es propiedad de las Carmelitas de S. Maria Magdalena de Pazzis (llamadas *Barberine*), que están en Roma en el Convento de S. Pudenciana.

(Véase appendice, cap. 1.)

Juana de Tedoldis, estando un dia ocupada en no sé qué hacienda de campo, de repente comenzó á sentirse poseida de los espíritus malignos, los cuales en señal de posesion le imprimieron en la mano izquierda una señal negra redonda como

si se hiciera con un compás. Desde aquella hora no la dejaba el demonio entrar en la iglesia, ni buscar de comer, ni acudir á las haciendas de su casa. Andaba como fuera de sí, hablaba palabras no sólo descompuestas sino impías. Hiciéronle los exorcismos por tres meses, pero no aprovechaban. Avisóla el cura que prometiese ir á la iglesia dicha de San Miguel de Sajo á visitar la santa imágen de san Luis, tan célebre en toda aquella tierra. Hízolo así la mujer, y al punto que hizo la promesa salió el demonio, y se deshizo la señal que tenia impresa en la mano, no pudiendo aquel súcio espíritu oir el nombre de aquel tan purísimo amador de la castidad.

Harsilia de Altissimis, natural de Tívoli, padecia gravemente de gota artética en manos y piés, que no podia andar sino con gran dificultad, ni usar de las manos para comer, ni para ninguna otra cosa. Temíase ya que pasaria adelante á las otras partes del cuerpo, de que habia principios, por estar ya sentido un lado. Consultáronse los médicos, y determinaron de ponerla en cura muy larga. Antes de empezarla, se quisó ella valer de los remedios del cielo. Vino á visitar el sepulcro de san Luis, y pidióle con gran fe la salud. Alcanzóla al punto; resolviéndose todo aquel humor, cesó el dolor, cobró el uso de sus manos y piés, y quedó de todo punto sana.

Bartolomé de Molinariis, persona de mucha edad, habiéndosele hecho en la pierna derecha una hinchazon y muchas llagas, que no sólo le causaban gran dolor sino tambien le impedian el uso de la pierna, sin poder trabajar como solia, probó muchos remedios, todos en vano. Estuvo veinte años con este trabajo, y los diez últimos sin aplicarle ya remedio. Oyendo los muchos milagros que san Luis obraba en toda la Valtelina, que fueron innumerables, prometió de ir á visitar su imágen en la dicha iglesia de San Miguel de Sajo. Fué allá en un jumento, con harto trabajo; hizo óracion ante la imágen, tomó del aceite de la lámpara, y ungióse con él la rodilla. Al punto se le quitó el dolor, y se sintió con fuerzas, volvió á pié hasta su casa, que eran más de tres leguas, quitóse las medias, y no halló hinchazon ni llagas, ni una mínima señal de haberlas habido.

En la Valtelina son innumerables los milagros que Dios ha hecho por los méritos de este Santo, y extraordinaria la devocion de toda aquella tierra con él y con el aceite de su

lámpara: bastará haber apuntado éstos que (además de la prueba que se hizo allá de ellos) tienen la autoridad de la Rota, que los examinó y aprobó con otros de otras partes.

No se ha mostrado menos liberal san Luis con sus vasallos del Estado de Castellon, como se puede ver de un proceso[10] muy grande, en el cual se ponen á la larga muchos milagros, cuya suma pondrémos aqui, apuntándolos y sumando lo que dice en su oracion el Arcipreste de Castellon, por no alargarnos.

1. Celso Botturro, tan enfermo que no podia andar sin báculo, y aun con él dificultosamente, el dia de san Luis se hizo llevar en un jumento á la iglesia donde estaba su imágen, que distaba tres millas; hízole voto de sustentar á su coste una lámpara por cierto tiempo; con esto se volvió á pié y sin báculo á sus negocios, y en breve tiempo se halló sano del todo, reconociéndolo de mano del Santo.

2. D.ª Antonia, mujer de Juan Bautista Marmentino, notario de los procesos que se hacian de san Luis, una noche sintió un gravísimo dolor en una pierna: viéndose tan apretada, determinóse de ofrecer al Santo una candela y una pierna de cera: al punto se durmió, y desperto sin rastro de dolor.

3. D.ª Margarita, mujer de Alejandro Melina, apretada de una grandísima hinchazon que se le hizo en el muslo y en la pierna, con intolerables y continuos dolores y con señales de haberse desconcertado algun hueso, y de necesidad tambien de cortar algo, hizo voto á san Luis de ofrecerle una pierna de plata. Al punto se le quitó el dolor, deshízose la hinchazon poco á poco, y sin llegar á los remedios que se temia, quedó sana.

4. La Señora Camila, mujer de Juan Giacomo Ferrari, la cual crió á san Luis, estuvo ocho años con calentura continua y ética; vió un retrato del Santo, invocóle con voto de ofrecerle una figura de plata, luégo se sintió aliviada, cesó la calentura, y quedó perfectamente sana.

5. Juan Giacomo Ferrari tenia un hijo apretado de una muy récia calentura; hizo voto de ofrecer una figura á san Luis, y al punto quedó del todo sano.

6. D.ª Magdalena, mujer de D. Antonio Gualazio, tuvo grandes dolores de corazon, de que pensó morir: hizo un voto á san Luis, y sintió como que con una mano le quitaban todo

el mal que tenia en el corazon, y con eso cesó el dolor, y dió muchas gracias á Dios y á san Luis.

7. A un hijo de Simon Smarallio, llamado Francisco, le dieron gravísimos dolores en una rodilla, encogiéronsele los nervios, de suerte que no podia levantarse de la cama: hizo una promesa á san Luis, y luégo al punto se reventó la rodilla, y se levantó, y el dia siguiente caminó siete millas.

8. Levia, mujer de Francisco Ghiroldo, estaba en peligro de muerte, sin poder comer y con grandísimos dolores; hizo voto á san Luis á la noche, y dentro de tres horas estaba con entera salud.

9. Gottardo Alessandrino despues de tres meses de tercianas, el dia que le habia de venir hizo su voto, y nunca más le volvió.

10. Juan Giacomo Giroldo despues de haber estado mucho tiempo con calentura, viendo que se le iba aumentando, hizo un voto á san Luis; al punto le cesó, y no le volvió más.

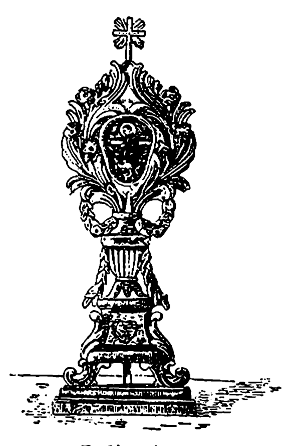
Seria nunca acabar, si se hubiesen de decir todos los que en aquella tierra han sanado de diferentes enfermedades por este medio. Cuatro mujeres se libraron del peligro en que estaban por no poder parir. Dos cojos cobraron sus piés; un sordo el oido; cuatro personas se libraron de dolores de piés y piernas que padecian; dos de mal de garganta; otra de lamparones; otra de gota artética; otra de una herida, de que habia ya perdido el habla y el sentido; dos niños, que estaban á la muerte de dos caidas; otro, que habia caido en el fuego. De diversas enfermedades catorce personas, sin otros que dejo, que cada dia alcanzan innumerables gracias delante de la imágen de san Luis que está puesta en Castellon, delante de la cual arden de continuo doce lámparas con las limosnas del pueblo, sin otras muchas velas y hachas que cada dia traen, y hasta ahora hay ya cuatrocientos ex-votos colgados delante de la dicha imágen. Hasta aquí es la relacion que entonces envió el Arcipreste, reducida á suma, como dije, por no cansar al lector.

Tambien el Padre provincial de Polonia testifica de un novicio de la Compañía de Cracovia, que habiendo estado enfermo ocho dias, á persuasion de un compañero se encomendó una noche á san Luis, y le hizo voto de oir diez misas y rezarle diez coronas en honra suya: á la mañana se levantó bueno y sano, con espanto de todos los de casa.

En el proceso de Padua se cuenta otro milagro que hizo en Lombardía, y que tres veces se apareció en el Estado de Castellon, y otras gracias hechas á diferentes personas.

En el proceso de Venecia se refiere de algunas endemoniadas, que se valieron de sus reliquias. Item, de otra vez que se apareció en Roma á un seglar, concediéndole una gracia muy señalada.

En una informacion hecha en Tívoli se cuenta de una doncella, que estando ya para cortarle los médicos un pecho, encomendándose á san Luis, la hallaron sana cuando fueron á



Relicario
donde se conserva el retrato de S. Luis dibujado á pluma por S. María Magdalena de Pazzis. (Véase appendice, cap. 1.)

hacer la cura. Item, de un enfermo peligroso de calenturas, y de otra doncella ética, que sanaron por el mismo medio.

Tambien fué fama comun y llegó hasta Italia, que se apareció en Polonia al P. Estanislao Oborschi (que habia sido su connovicio) á la hora de su muerte, con el santo Padre Ignacio y san Estanislao; y otros muchos afirman haber recibido de su mano otras muchas gracias, que seria largo quererlas recoger todas.

No son menos los que confiesan haber recibido por su medio diferentes gracias espirituales para sus almas, de las cuales tocarémos algunas.

Un mancebo polaco, que desde su niñez fué muy dado á la oracion, ayunos, disciplinas y otras penitencias, y habia vivido con grande inocencia y santidad, entrando en la Compañía y estando en el noviciado de Cracovia, comenzó á padecer una gravísima y molestísima tentacion de blasfemia contra Dios nuestro Señor y su santísima Madre, y los Santos del cielo. Veníanle en particular estos pensamientos con más fuerza cuando estaba en oracion, mezclándose entre los consuelos del cielo, y dejándole seco y turbado, sin sentimiento ni devocion alguna. Acudió muchas veces por remedio á la Vírgen santísima y á otros Santos, y no sintió alivio, porque querian reservar esta gracia á san Luis. Estuvo con este trabajo como dos meses; al cabo de ellos una mañana, estando en oracion, y viéndose tan afligido de aquellos pensamientos que el demonio le traia á la imaginacion, le vino deseo de invocar en esta necesidad á san Luis, en cuya Vida habia leido que habia socorrido á otros en casos semejantes. Pidióle su favor con grande afecto, y al punto se sintió lleno de una esperanza y alegría interior, como si estuviera ya libre; y no se engañó, porque ya lo estaba, pues desde aquel punto jamás sintió aquel trabajo, y para gloria del Santo contó á otros lo que le habia pasado, y lo testificó públicamente con juramento.[11]

En los países ultramontanos hubo un hombre pio y devoto, que habiendo vivido muchos años en la Religion sin temor ninguno de tentaciones deshonestas, permitó Dios que las sintiese tan fuertes, que por más de un año estuvo en contínua guerra, acosado de imaginaciones y representaciones sucias, apretado de los estímulos de su carne, y abrasándose en el fuego de su concupiscencia, sin hallar consuelo ni quietud en cosa ninguna. Ayunaba, castigaba su cuerpo con disciplinas y cilicios y otras asperezas, y no le aprovechaba. Muchas veces se hallaba obligado á levantarse de la mesa y salirse de la conversacion y pláticas, por irse á sus solas á llorar y suspirar. Postrábase en el suelo, y de aquel modo se estaba orando é invocando la divina misericordia. No dejaba remedio de cuantos se le ofrecian que le podrian ayudar, y con todos ellos perseveraban las tentaciones; y lo que peor es, se le añadieron otras nuevas de blasfèmia, que le provocaban á pensar que ni Dios ni los Santos cuidaban de nosotros, pues que le dejaban en tan infeliz estado, habiendo tantas veces implorado su ayuda. Al

fin de más de un año que pasó con este trabajo sin hallar remedio, se acordó que habia oido decir de san Luis, que por particular gracia de Dios no habia sentido en su vida estímulo de carne ni representacion deshonesta; quiso probar este último remedio, pidióle su favor, y púsose al cuello una reliquia suya, que acaso tenia allí cerca. Al punto que se la puso cesó aquella tentacion, y quedó con una serenidad y paz maravillosa, en la cual ha ya más de dos años que persevera por la intercesion del Santo; de todo lo cual se hizo auténtica informacion, y se envió un ex-voto á su sepulcro.

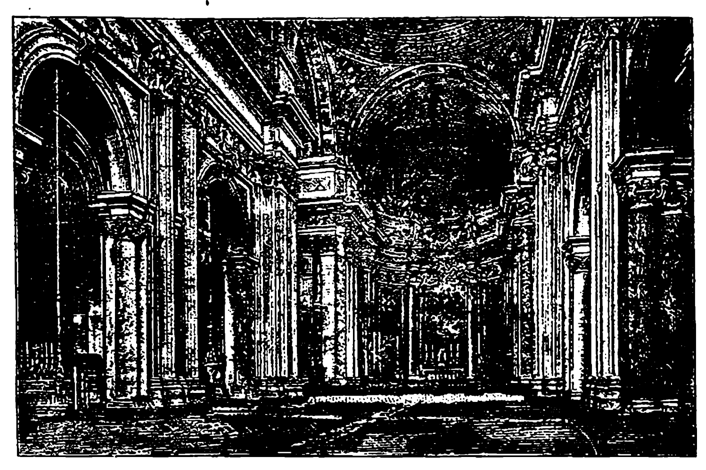
Muchos otros ejemplos pudiera traer á este propósito, de testigos fidelísimos que confiesan haber estado mucho tiempo rendidos á este vicio de la deshonestidad, sin saberse valer ni defender de sus tentaciones; y al fin se hallaron libres recurriendo á la intercesion de san Luis, visitando su sepulcro, ó trayendo alguna reliquia suya ó su imágen, ó haciendo cada dia alguna devocion en honra suya y tomándole por particular abogado y protector, y por este medio han perseverado y vivido castamente sin más caer. Pero porque aquí sólo escribimos lo que se halla jurídicamente probado, y estas cosas no se pueden deponer, ni es razon se depongan en las informaciones y procesos, por tocar en la buena reputacion de los particulares á quienes sucedieron, se dejan. Advirtiendo, que si es verdadero, como sin duda lo es, aquel principio que san Luis tenia, como referimos en su vida, que los Santos ayudan y favorecen delante de Dios con más veras á los que les invocan en órden á adquirir aquellas virtudes que ellos más especialmente procuraron en esta vida; sin duda que el que tan señalado fué en la pureza y castidad, y no sólo en esa sino en tantas otras virtudes, como hemos visto en esta historia, le experimentarán ahora muy propicio y favorable los que le invocaren para alcanzar esas mismas virtudes.

De lo dicho en este capítulo se puede inferir una cosa, y es, que si antes que se divulgase su vida ha obrado Dios tantos milagros, y concedido tantas gracias por su intercesion, para manifestar y publicar su gloria; creible es que obrará más y mayores cosas, cuando por medio de este libro sea en el mundo más conocido su nombre, y con eso crezca la devocion de los fieles con él, como cada dia va creciendo.

Gloria póstuma de S. Luis Gonzaga.

APÉNDICE Á LA OBRA DEL P. CEPARI.





Interior de la iglesia de S. Ignacio, de Roma,
donde se custodia el sepulcro y cuerpo de S. Luis Gonzaga.
(Véase el libro II, nota 34.)

CAPÍTULO I.

De cómo S. Luis despues de su muerte fué glorificado por S.ta María Magdalena de Pazzis.

Aquella regalada promesa del Salvador «El que se humilla será ensalzado» (Luc. XIV, 11) la vemos verificada de un modo muy especial en S. Luis Gonzaga. A los ojos del mundo parecia haberse eclipsado para siempre la gloria del ilustre joven, cuando renunció á los títulos y grandezas con que le brindaba su ilustre prosapia, con el intento de seguir de cerca á Cristo pobre en la práctica de los consejos evangélicos.

Tambien D. Ferrante temia que su noble casa padeceria no pequeño detrimento entrando su amado hijo en la Compañía de Jesus. Pero aquella triste prevision y mal fundados temores quiso la admirable providencia de Dios que careciesen de efecto, y que por el contrario la resolucion de Luis fuese causa de nuevo brillo y extraordinario esplendor para su esclarecida familia.

Porque, apenas murió el humilde religioso, cuantos le habian conocido tuvieron por cierto que su dichosa alma gozaba de la eterna bienaventuranza. Esta no pasaba de ser piadosa creencia, que adquirió muy grande autoridad cuando el Señor quiso manifestar la gloria de su fiel siervo, valiéndose para ello de una santa religiosa, lo cual pasó del modo siguíente.

Siendo Rector del Colegio de la Compañía de Jesus de Florencia en 1599 el P. Virgilio Cepari, y confesor extraordinario en el Monasterio de S.ta María de los Angeles, donde vivia S.ta María Magdalena de Pazzis, dejó á ésta para que los leyese ella y sus compañeras aquellos apuntes sobre la vida de S. Luis, que habia escrito antes de morir el Santo, segun lo refiere él mismo en el prólogo de esta Vida; y ademas le entregó una falange de un dedo del mismo. La lectura de aquel breve escrito excitó en las religiosas muy grande fervor y deseos de tener alguna partecita de la reliquia. Era el 4 de Abril de 1600, y S.ta María Magdalena de Pazzis estaba rodeada de diez religiosas tratando de partir la mencionada falange para consolarlas á todas. Mientras se preparaba para hacerlo, se puso á considerar cuán hermosa debia de ser el alma del que habia santificado aquella reliquia, y de repente fué arrebatada en espíritu á contemplar la gloria de Luis, y como otras muchas veces le acaecia en ocasiones semejantes, comenzó á pronunciar frases cortadas, que declaraban lo que estaba contemplando. Hacia algun tiempo que las monjas del Monasterio, por ser muy frecuentes las visiones de la Santa, no anotaban lo que en ellas veian y oian; pero esta vez la Madre Priora, Sor Evangelista del Giocondo, ordenó que se escribiesen las palabras de la favorecida religiosa, sintiéndose interiormente movida á ello, por creer, como luégo lo aseguró, que servirian algun dia de testimonio de la santidad de Luis. *Y yo,* segun lo atestigua en los procesos Sor María Pacífica del Tovaglia, *escribí las palabras á medida que las iba pronunciando.* Aunque no las escribió todas, sino algunas pocas de las que entonces dijo la sierva de Dios.

Sabiendo los Padres de la Compañía que la madre sor María Magdalena habia tenido esta vision, y viendo en ella un argumento tan grande de la santidad del Santo, procuraron con instancia que en el Monasterio se les diese una copia de todo lo dicho. Y por la obligacion que aquel Monasterio

tiene á los dichos Padres, por lo mucho que han ayudado á las religiosas de él en sus almas, se hallaron obligadas á corresponder á su deseo; y para que este suceso tuviese más autoridad, procuraron que se probase con testigos fidedignos examinados y preguntados jurídicamente. Para lo cual, á peticion de los dichos Padres, el Ilmo. Sr. Alejandro Marci de Médicis, arzobispo de Florencia, á los 15 de abril de 1606 fué al Monasterio, y entrando dentro examinó muy en particular en este punto á la dicha devota madre, que por su enfermedad no se podia levantar de la cama, estando presentes el Padre gobernador del Monasterio y dos clérigos que llevaba consigo, con D. Nicolas Rogetti notario de la Rota romana; y la buena madre respondió siempre á todas las preguntas con profunda humildad y reverencia, confesando ser verdad todo lo sobredicho de lo que habia visto en aquel rapto de la gloria de Luis. Pero no se puede creer el sentimiento grande con que quedó de esto, porque nunca pensó que la habian de venir á tomar su dicho en esta materia; ni habia modo de consolarla, por lo mucho que aborrecia que sus alabanzas se descubriesen. Y así decia llena de dolor y pena: ¡Es posible que una vil criatura como yo haya de estar señalada y escrita en los libros, y se haya de hacer mencion de ella y andar por las bocas de los hombres! Finalmente, para sosegarla algo, fué necesario que el confesor, D. Vicente Puccini, le dijese que aquello se habia hecho por voluntad de Dios, para que su gloria resplandeciese más en este Santo.[a]) Véanse ahora las palabras de la extática virgen, fielmente trasladadas del original auténtico, con sus pausas y comentarios que interpuso Sor María Pacífica segun las explicaciones que por obediencia dió la misma Santa.

«¡Oh qué gloria goza Luis hijo de Ignacio! No creyera «tal cosa, si mi Jesus no me lo hubiera mostrado. Paréceme, «á modo de decir, que no haya de haber tanta gloria en el «cielo como veo que tiene Luis. — Yo digo que Luis es un «gran santo. Santos tenemos en la iglesia nosotras, que no «creo que tienen tanta gloria (*decíalo por las reliquias de Santos «que veneraban en el relicario de la iglesia*). Quisiera poder ir «por todo el mundo á publicar que Luis hijo de Ignacio es un

---

a) Summar. Tit. VII, § 5, pag. 259, 260.

«gran santo, y quisiera mostrar á todos la gloria que tiene, «para que Dios fuese glorificado. Hásele dado tanta gloria, «porque se aplicó mucho á hacer actos interiores. ¿Quién podrá «decir ni ponderar el valor y mérito de los actos interiores? «No hay comparacion de los actos interiores á los exteriores. «Luis estando en la tierra tuvo la boca abierta á las miradas «del Verbo.» (*Quiere decir, que este bienaventurado Padre recibia de gana las inspiraciones que el divino Verbo enviaba á su corazon, y procuraba ponerlas por obra lo más que podia.*) — «Luis fué mártir incógnito; porque el que de veras te ama, «Dios mio, echa de ver que eres tan grande y tan infinita- «mente amable, que le es gran martirio el ver que no te ama «cuanto quisiera amarte; y que no seas amado, sino antes «ofendido de las criaturas. — Hízose tambien mártir de sí «mismo. — ¡Oh cuánto amó en la tierra, y por eso ahora «goza de Dios en el cielo con una gran plenitud de amor! — «Dirigia saetas al Corazon del Verbo cuando estaba en la tierra. «Ahora aquellas saetas reposan en su corazon, por las comuni- «caciones que merecia con los actos de amor y de union que «hacia (*que eran las saetas*); ahora las entiende y las goza.»

Veia mas, que este Santo rogaba en el cielo con grandes veras por los que en la tierra le habian ayudado espiritualmente; y así dijo: «Yo tambien quiero animarme á ayudar las «almas; porque si alguna fuere al cielo ruegue por mí, como «lo hace Luis por quien en este mundo le ayudó.»

Todas estas son palabras de dicha relacion.[a]) Pero no fué esta la única vez que fué arrebatada á contemplar la gloria del angélico joven la extática religiosa, pues su compañera refirió al P. Cepari que «dicha Sor Magdalena muchas «veces vió al P. Luis en el cielo con grande gloria, y que «su alma era muy grata á Dios.»[b]) Pero en este rapto fué tan extraordinaria la abundancia de celestiales delicias que inundaron su alma, que, al volver en sí, exclamó: «Dios mío, «¿por qué rompes el pacto hecho conmigo, pues he renunciado «por tu amor á todo contento?»

Entonces mismo, vivamente impresionada de lo que habia visto, se puso á dibujar con tinta la imágen de S. Luis, y no dudó ponerle aureola, aunque todavía no estaba declarado Beato.

---

a) Cod. Coccini Process. Florent., folio 110,v 111, 112, 113. — b) Summar. Tit. VII, § 5, folio 251—263.

Conservan el precioso dibujo las Carmelitas de Roma llamadas *Barberine*, cuya casa matriz era el convento de S.ta Maria *degli Angeli* de Florencia. Para gloria de los dos Santos y consuelo de sus devotos, nos han permitido reproducir un grabado, tanto de la imágen de S. Luis como del relicario donde se conserva.

CAPÍTULO II.

Luis despues de su muerte glorificado por varias corporaciones.

Ya vimos[a]) cómo Luis se apareció refulgente de gloria á su madre enferma, la consoló y le devolvió la salud. Pero la humilde matrona, á lo que parece, guardaba secreto el celestial favor, dejando que el Señor manifestase la gloria de su hijo cuando fuese más conveniente á su divina gloria.

Pero despues de la vision de S.ta Maria Magdalena de Pazzis, y del estupendo milagro[b]) obrado por la intercesion de S. Luis, á los cuatro dias, en el mismo Monasterio, fueron muchas las personas que proclamaban sus virtudes y la eficacia de su intercesion, primeramente en Florencia y luégo en Castiglione, Mantua, Brescia y Roma. En Castiglione y en otras partes[c]) eran muy frecuentes los milagros, y servian para propagar y robustecer la devocion de los fieles al generoso protector. De todas partes llegaban á Roma ex-votos para colgarlos junto á su sepulcro, y á duras penas podian los Padres del Colegio Romano contener en sus justos límites la piedad del pueblo, diciendo que aguardasen á hacer aquellas manifestaciones cuando la Santa Sede diese su fallo infalible sobre la santidad y milagros de Luis.[d]) Pero todos estaban intimamente persuadidos, que no tardaria la iglesia en elevar al honor de los altares á quien tan visiblemente honraba el cielo con tan repetidos y estupendos portentos.

Echóse de ver primeramente esta fundada persuasion el año 1603, cuando se reunió la Provincia Véneta de la Compañía de Jesus, segun lo determinado en el Instituto. Uno de

a) Libro III, cap. 3, pag. 244. — b) Libro III, cap. 3, pag. 248. — c) Libro III, cap. 3, pag. 267. — d) Cod. Coccini Process. Rom., Test. X, pag. 108, 109.

los asuntos tratados en la congregacion provincial fué, si sería conveniente pedir la introduccion de la causa de beatificacion del H. Luis. Entre los allí reunidos estaba el P. Cepari, que habia recorrido la Lombardía con el intento de recoger noticias y escribir la vida de su santo condiscípulo. Lleno de santo entusiasmo dió cuenta á los demas Padres de las informaciones jurídicas hechas en Venecia, Bolonia, Turin, Padua, Mantua, Piacenza, Parma, Brescia, Módena, Vicenza y otras partes respecto á los milagros. De aquellos Padres 25 habian conocido personalmente á Luis, y como ellos y los demas le tenian por santo, unánimemente resolvieron suplicar al M. R. P. General Claudio Aquaviva que solicitase de la Santa Sede se hiciesen los procesos, y si parecia conveniente se introdujese la causa de beatificacion.[a])

El acuerdo tomado por la Provincia Véneta y la creciente fama de la santidad y milagros de Luis sugirieron á D. Francisco Gonzaga, Obispo de Mantua, la idea de cooperar cuanto le fuese dado á la glorificacion de su amigo y pariente. Con esta mira convocó en la metrópoli el año 1604 un Sínodo Diocesano, al cual invitó, ademas de los Canónigos y Sacerdotes seculares de la diócesis, á los Superiores de todos los Conventos, Monasterios y Colegios del clero regular enclavados en el territorio de la misma. Reunióse el Sínodo á 12 de Mayo, y el Sr. Canónigo Arrigone habló elocuentemente desde el púlpito de las gloriosas victorias conseguidas por Luis en la espiritual milicia, y de los esclarecidos ejemplos de todas las virtudes que habia dado en el siglo y en la vida religiosa. Propuso luégo el deseo del Prelado, de dar los debidos pasos cerca de la Santa Sede en razon de que le promoviese al honor de los altares, y pidió sobre el particular el voto de los allí reunidos. El de todos, como era de esperar, fué afirmativo, visto lo cual se elevó al Sumo Pontífice una humilde y fervorosa instancia, para que colocase al heroico jóven en el número de los Santos, á mayor gloria de Dios y de su fiel siervo, consuelo y edificacion de la ciudad y diócesis de Mantua, y de todo el mundo católico.[b])

Muy rápidamente voló á todas partes la noticia de la decision del Sínodo: el culto y devocion á Luis tomó mayor

---

a) Acta Sanctorum Junii, Antuerpiæ 1707, tom. IV, pag. 857—859. — b) Acta Sanctorum l. c. pag. 859, 860.

incremento, y se iba haciendo cada vez más popular. Con permiso de los Sres. Obispos, era invocado por el pueblo en Lombardía con el título de B. Luis Gonzaga, y este mismo título llevaban muchas estampas suyas repartidas entre sus devotos. En ellas se le representaba en traje de religioso, radiante la cabeza de luz, fijos los ojos en el crucifijo que tenia delante, y con un angel en actitud de coronarlo con



Bibiana Pernstein, mujer del Marques y Príncipe Francisco Gonzaga hermano de S. Luis, y sus hijas.

De un cuadro al oleo existente en Castiglione, en la sacristia de la que fué iglesia de los Capuchinos de Sta. Maria della Noce.

(Véase el libro I, nota 4. Appendice, cap. 3.)

guirnalda de azucenas: la corona de Príncipe estaba colocada á sus pies. La Duquesa Margarita de Ferrara fué la primera que hizo grabar esta imágen, en 1604, y el año siguiente D. Vicente Duque de Mantua mandó hacer otra lámina parecida. Sacaron estampas en grande cantidad, de suerte que llegaron á manos de muchos, por lo menos en Bolonia y Roma, consiguieron aumentar poderosamente la veneracion y amor al Santo, y fueron ocasion de más frecuentes milagros.[a])

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 861, 862.

A ejemplo de la Provincia Véneta, la de Nápoles promovió con ardiente celo la glorificacion de Luis, que en vida la habia edificado durante seis meses con el raro ejemplo de sus virtudes y santa conversacion. Los Padres Vocales, reunidos en Nápoles en Abril de 1606, enviaron al P. General, en nombre de todos, una súplica para que representase á Su Santidad *summis precibus* el comun deseo de ver á Luis en los altares.[a])

Más adelante pasó la Provincia de Milan. Reunida en Congregacion Provincial en Setiembre del mismo año, formularon los Padres una súplica que esperaban seria presentada á Su Santidad por manos del M. R. P. General, en la cual decian: «El bienaventurado Luis por parte de madre fué originario del Piamonte, que pertenece á la Provincia de Milan. Vivió largo tiempo en esta ciudad antes y despues de entrar en la Compañía de Jesus, y nos dejó admirables ejemplos de todas las virtudes, y fama de santidad, que duró hasta su muerte y va creciendo despues de ella, por los milagros obrados en su sepulcro, y tambien en este y en otros lejanos paises. Por esto la Provincia de Milan aquí reunida ha determinado dar al Vicario de Cristo este público testimonio de las virtudes de Luis, suplicándole que inscriba en el catálogo de los Santos aquí en la tierra al que ciertamente se halla entre los bienaventurados en el cielo, como lo acreditan los muchos é indubitables milagros que obra de continuo.» [b])

Todas estas manifestaciones obtuvieron á su debido tiempo el deseado efecto.

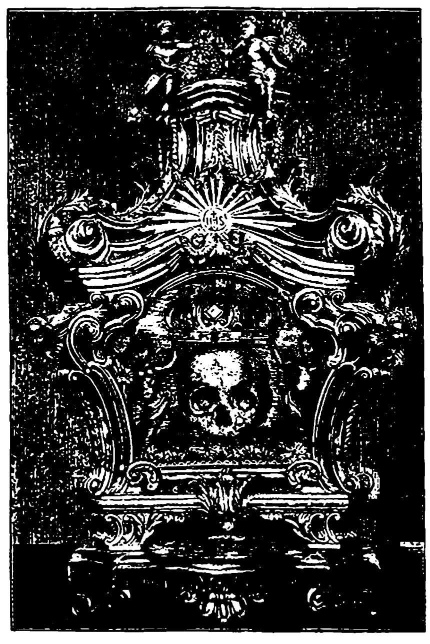
CAPÍTULO III.

San Luis despues de su muerte glorificado por el pueblo cristiano.

Conocida en Italia la solemne declaracion del Sínodo de Mantua hecha el 12 de Mayo de 1604, á saber, que la heroica santidad del siervo de Dios Luis Gonzaga bien merecia á su parecer ser proclamada en toda la cristiandad por el Vicario de Jesucristo, crecieron sobre manera los deseos y esperanzas de ver al afortunado jóven elevado al honor de los altares.

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 874. — b) Ibid.

Manifestóse desde luégo un grande entusiasmo en Brescia, mayormente entre los estudiantes, que resolvieron festejar el dia aniversario de la muerte del angélico jóven. Para esto, con permiso del Sr. Obispo D. Marino Giorgio, se celebró el 21 de Junio en la iglesia de la Compañía de Jesus, dedicada á S. Antonio, Misa solemne. Se dieron públicamente gracias



Relicario donde se venera la cabeza de S. Luis.
Está en Castiglione, en la iglesia del Santo.
(Véase el libro II, cap. 32. Appendice, cap. 4, y nota 3.)

á Dios por la gloria concedida á Luis, y muchas personas con la misma intencion comulgaron aquel dia. Los músicos, entusiasmados, ya estaban para entonar el *Gaudeamus omnes in Domino diem festum celebrantes in honorem B. Aloisii*, y sólo á duras penas lograron evitar los Padres de la Compañía que lo llevasen á efecto. Siguióse un entusiasta panegírico predicado por un P. Dominico llamado con este fin de Reggio, el cual arrancó abundantes lágrimas á los oyentes.

A ejemplo de la Provincia Véneta, la de Nápoles promovió con ardiente celo la glorificacion de Luis, que en vida la habia edificado durante seis meses con el raro ejemplo de sus virtudes y santa conversacion. Los Padres Vocales, reunidos en Nápoles en Abril de 1606, enviaron al P. General, en nombre de todos, una súplica para que representase á Su Santidad *summis precibus* el comun deseo de ver á Luis en los altares.[a])

Más adelante pasó la Provincia de Milan. Reunida en Congregacion Provincial en Setiembre del mismo año, formularon los Padres una súplica que esperaban seria presentada á Su Santidad por manos del M. R. P. General, en la cual decian: «El bienaventurado Luis por parte de madre fué originario del Piamonte, que pertenece á la Provincia de Milan. Vivió largo tiempo en esta ciudad antes y despues de entrar en la Compañía de Jesus, y nos dejó admirables ejemplos de todas las virtudes, y fama de santidad, que duró hasta su muerte y va creciendo despues de ella, por los milagros obrados en su sepulcro, y tambien en este y en otros lejanos paises. Por esto la Provincia de Milan aquí reunida ha determinado dar al Vicario de Cristo este público testimonio de las virtudes de Luis, suplicándole que inscriba en el catálogo de los Santos aquí en la tierra al que ciertamente se halla entre los bienaventurados en el cielo, como lo acreditan los muchos é indubitables milagros que obra de continuo.» [b])

Todas estas manifestaciones obtuvieron á su debido tiempo el deseado efecto.

CAPÍTULO III.

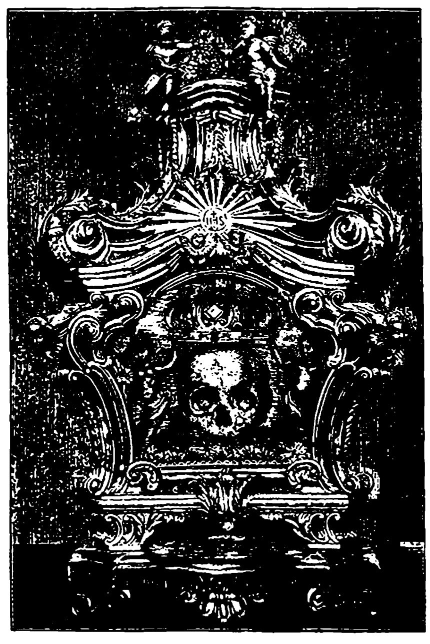
San Luis despues de su muerte glorificado por el pueblo cristiano.

Conocida en Italia la solemne declaracion del Sínodo de Mantua hecha el 12 de Mayo de 1604, á saber, que la heroica santidad del siervo de Dios Luis Gonzaga bien merecia á su parecer ser proclamada en toda la cristiandad por el Vicario de Jesucristo, crecieron sobre manera los deseos y esperanzas de ver al afortunado jóven elevado al honor de los altares.

---

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 874. — b) Ibid.

Manifestóse desde luégo un grande entusiasmo en Brescia, mayormente entre los estudiantes, que resolvieron festejar el dia aniversario de la muerte del angélico jóven. Para esto, con permiso del Sr. Obispo D. Marino Giorgio, se celebró el 21 de Junio en la iglesia de la Compañía de Jesus, dedicada á S. Antonio, Misa solemne. Se dieron públicamente gracias



Relicario donde se venera la cabeza de S. Luis.
Está en Castiglione, en la iglesia del Santo.
(Véase el libro II, cap. 32. Appendice, cap. 4, y nota 3.)

á Dios por la gloria concedida á Luis, y muchas personas con la misma intencion comulgaron aquel dia. Los músicos, entusiasmados, ya estaban para entonar el *Gaudeamus omnes in Domino diem festum celebrantes in honorem B. Aloisii*, y sólo á duras penas lograron evitar los Padres de la Compañía que lo llevasen á efecto. Siguióse un entusiasta panegírico predicado por un P. Dominico llamado con este fin de Reggio, el cual arrancó abundantes lágrimas á los oyentes.

A la tarde, asistió el Prefecto de la ciudad, el Cabildo y la Nobleza á la academia literaria, en que los estudiantes declamaron varios discursos y poesías, y cantaron piezas escogidas de música, todo en alabanza del humilde hijo de S. Ignacio. Dignóse el cielo bendecir aquella entusiasta manifestacion de amor á su siervo, pues, aparte de lo que se ignora, consta que aquel mismo dia resolvieron varios jóvenes abrazar el estado religioso, y algunos de los que ya estaban en él, sintieron nuevo aumento de fervor, y otros muchos no quisieron terminar el dia sin ajustar su conciencia por medio de una confesion de toda su vida.[a])

Los habitantes de la vecina ciudad de Castiglione se creian aun más obligados que los de Brescia al amor y veneracion de su glorioso compatriota. Ya antes de este tiempo, nueve dias despues de terminado el Sínodo Mantuano, por medio del Sr. Arcipreste D. Fausto Pastorio, habian obtenido del Sr. Obispo de Brescia la facultad de exponer á la pública veneracion la imágen de Luis en la iglesia parroquial de S. Nazario y Celso. Despues, el 28 de Julio, fiesta de estos Santos, quisieron dar libre expansion al amor represado en su pecho y manifestar su devocion al noble vástago de la casa Gonzaga. Invitados muy de madrugada por el alegre repique de las campanas, acudieron los fieles, aun los muy distantes, que habian sentido amargamente la despedida de su amado Príncipe y ahora le iban á venerar como á morador del cielo.. Aquel dia vieron rodeada de luces la imágen del que tantas veces habian contemplado de hinojos ante los altares modesto y devoto; y llenos de confianza acudian á felicitarle por su heroica santidad, y exponerle sus penas, deseos y necesidades.[1]

Aunque la iglesia estaba llena de fieles, llamaba la atencion de todos una Señora, arrodillada con mucha devocion cerca del altar. A poco se levantó, se sentó, y quedó inmóvil, fijos los ojos en la imágen, derramando copiosas lágrimas y moviendo pausadamente los labios. Aquella afortunada Matrona era D.ª Marta, Madre de Luis, la cual, juntamente con D.ª Bibiana mujer del Príncipe D. Francisco, tenia la dicha de venerar el fruto de sus entrañas.

Salió de punto el entusiasmo de todos cuando el P. Silvestre Ugoletti, religioso de la exclarecida Orden de S.to Domingo,

a) Summar. Tit. I, § 2, pag. 27. — Acta Sanctorum l. c. pag. 865.

subió al púlpito. Habia nacido en Castiglione y tratado familiarmente á Luis, de modo que tambien él podia decir en cierto modo lo que S. Juan de N. S. Jesucristo: *Quod vidimus, quod perspeximus, et manus nostræ contrectaverunt . . . testamur et annuntiamus vobis* (I. Io. I, 1—2.) Tomó por texto de su discurso aquellas palabras del Apocalipsis (III, 12): *Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei, et foras non egredietur amplius, et scribam super eum nomen Dei mei, et nomen meum novum.* Describió con santo entusiasmo la gloriosa victoria que Luis habia conseguido del mundo, del demonio y de la carne; y volviéndose luégo á D.ª Marta, le dijo: «Oh «Madre afortunada, cuyo hijo está en el cielo, coronada la «frente de inmortalidad. ¿A qué reina ó emperatriz podrás «envidiar la suerte de tener descendencia más exclarecida que «la tuya? ¿Cuántas madres lloran hoy de alegría, viendo á sus «hijos con la frente coronada de oro ó laurel, llevados en carros «de triunfo como semidioses, y mañana llorarán acaso más, «contemplándolos muertos llevados al sepulcro? Pero tú, que «ves triunfar á tu propio hijo en el cielo, orlada la frente con «el oro purísimo del amor, y sellado con el nombre santísimo «de Jesus, razon tienes de derramar lágrimas de alegría, sin «temor de que se conviertan en lágrimas de tristeza; porque «*absterget Deus omnem lacrymam ab oculis Sanctorum* . . . «Y tú, oh Castiglione, dichosa patria mia, que no pasando de «ser un castillo, gracias á Luis puedes competir con ilustres «ciudades y provincias, y aun con grandes reinos como el de «Francia; pues si éste se gloria de tener un Rey Luis santo, «tú tienes un Príncipe bienaventurado. ¿Qué bienes no habrás «de esperar de tal Patrono, si todo tu auxilio te ha de venir «del cielo? Luis ahora, al mirar de hito en hito en el espejo «de la divina Esencia ¿no verá distintamente en él los verda«deros intereses de este su Dominio, y proveerá con su poderosa «intercesion á cuanto nos haya de ser útil ó necesario? Abre, «abre los ojos, y considera tu dignidad, superior á la de muchos «pueblos. Tienes Señores legítimos, no tiranos; religiosos, no «díscolos; santos, no mundanos. ¿Qué más puedes apetecer? «Dime, ¿qué otro pueblo goza como tú de dos legítimos y «naturales Señores, el uno vivo, intercesor cerca «del Vicario de «Dios en la tierra,[2] y el otro inmortal, ante el trono de Dios?» [a])

---

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 866, 867.

Tres dias duraron aquellas solemnísimas fiestas, sin disminuir la afluencia ni el regocijo de los devotos. Jamas habia visto Castiglione tan radiantes de júbilo y celestial consuelo á sus afortunados habitantes.

Tomó nuevo auge la devocion de los fieles, cuando la Santidad de Paulo V, en Mayo de 1605, permitió colocar en el sepulcro de Luis su imágen con aureola. Parma, Cremona, Módena, Padua y Brescia compitieron en celo por celebrar con mayor solemnidad el dia 21 de Junio. En Castiglione se ayunó la víspera, como en la vigilia de las mayores solemnidades. El dia de la fiesta comulgaron cerca de mil fieles, y algunos pecadores obstinados, que ni aun cumplian con el precepto pascual, confesaron y comulgaron entonces, arrasados los ojos en lágrimas.[a])

Con mucha mayor pompa y ostentacion celebró las glorias de Luis la ciudad de Roma, que habia sido «su única patria» en vida, y el lugar donde descansan sus cenizas despues de muerto, costeando los gastos el Príncipe D. Francisco Gonzaga, hermano de Luis. Toda la iglesia del Colegio Romano estaba el 21 de Junio revestida de preciosas colgaduras, y adornada con emblemas é inscripciones alusivas á la fiesta. A lo largo de la cornisa habia sido colocada con grandes carácteres la dedicacion siguiente:

B. ALOYSIO GONZAGÆ, SACRI IMPERII PRINCIPI, MARCHIONI CASTELLIONIS, E SOCIETATE JESV, QVI GENERIS NOBILITATEM AVXIT GLORIA MERITORVM, SANCTORVM GLORIAM VITÆ SANCTITATE ÆQVAVIT, MVLTORVM SANCTITATEM SVMMA INNOCENTIA SVPERAVIT, AMBÆ HVMANITATIS CLASSES, LEGATI CÆSAREI NOMINE, POSVERVNT.

La capilla de N.ª S.ª dell' Annunziata, depositaria del sepulcro de Luis, estaba colgada con preciosas telas, adornada con ricos y elegantes aderezos y profusamente iluminada. Bajo dosel aparecia la codiciada imágen del santo Príncipe, aguardando las súplicas de sus fervorosos adoradores. En el sepulcro, cubierto de brocado radiante de oro, se leia, entre el nombre de Jesus y las armas de los Gonzagas de Castiglione, esta sencilla inscripcion:

Quì riposano le ceneri del B. Luigi Gonzaga d. C. d. G.

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 869.

Toda la mañana se fueron sucediendo las Misas de accion de gracias á Dios por la exaltacion de su Siervo; los fieles acudian sin cesar á comulgar y adorar las reliquias del bienaventurado Luis; y Cardenales, Duques, Príncipes y Embajadores de casi todas las naciones católicas le tributaban respetuoso homenaje de veneracion.

Ocho dias duró la fiesta religiosa sin disminuir la concurrencia. En los ocho siguientes se celebraron en el Colegio Romano academias literarias sobre las glorias de su antiguo alumno, asistiendo los Cardenales y la Nobleza. La juventud estudiosa festejó con discursos, y poesías griegas y latinas al que pocos años antes habia frecuentado las mismas aulas en que ellos cultivaban las letras y las ciencias.a)

Si todas estas muestras de júbilo y pública veneracion dió la cristiandad cuando la Sede Apostólica sólo habia conferido á Luis, *vivæ vocis oraculo* el título de Beato, más facil cosa es imaginar que describir los obsequios tributados al ilustre vástago de la Casa Gonzaga, así que Paulo V, el 26 de Setiembre del mismo año, publicó el Breve de beatificacion.

Tenemos relacion auténtica de las manifestaciones de piedad y locuras santas, permítasenos la expresion, que hizo Castiglione al recibir una insigne reliquia de su santo Príncipe, pues fueron verdaderamente extraordinarias y casi pasaron los justos límites.b)

CAPÍTULO IV.

Luis despues de su muerte venerado de los Príncipes cristianos.

Pocos años despues de fallecido Luis, era su nombre venerado en toda Europa y aun en los remotos paises de la India, y se le invocaba en las necesidades y peligros espirituales y corporales. Veíase su imágen expuesta en público y adornada con luces en las iglesias de Castiglione c), Brescia d), Padua e), Mantua f), Roma g), Siena h), Florencia i) y Parma. k) Consta que fué llevada en procesion, y que, reproducida por el grabado ó acuñada en bronce, se hallaba

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 869. — b) Summar. Tit. II, § 11, pag. 49. — c) Acta Sanctorum l. c. pag. 866. — d) Ib. pag. 868. — e) Ib. pag. 869. — f) Ib. pag. 869. — g) Ib. pag. 868. — h) Cod. Coccini Proc. Castell. Test. XVII, pag. 149. — i) Ib. — k) Ib.

Tres dias duraron aquellas solemnísimas fiestas, sin disminuir la afluencia ni el regocijo de los devotos. Jamas habia visto Castiglione tan radiantes de júbilo y celestial consuelo á sus afortunados habitantes.

Tomó nuevo auge la devocion de los fieles, cuando la Santidad de Paulo V, en Mayo de 1605, permitió colocar en el sepulcro de Luis su imágen con aureola. Parma, Cremona, Módena, Padua y Brescia compitieron en celo por celebrar con mayor solemnidad el dia 21 de Junio. En Castiglione se ayunó la víspera, como en la vigilia de las mayores solemnidades. El dia de la fiesta comulgaron cerca de mil fieles, y algunos pecadores obstinados, que ni aun cumplian con el precepto pascual, confesaron y comulgaron entonces, arrasados los ojos en lágrimas.[a])

Con mucha mayor pompa y ostentacion celebró las glorias de Luis la ciudad de Roma, que habia sido «su única patria» en vida, y el lugar donde descansan sus cenizas despues de muerto, costeando los gastos el Príncipe D. Francisco Gonzaga, hermano de Luis. Toda la iglesia del Colegio Romano estaba el 21 de Junio revestida de preciosas colgaduras, y adornada con emblemas é inscripciones alusivas á la fiesta. A lo largo de la cornisa habia sido colocada con grandes carácteres la dedicacion siguiente:

B. ALOYSIO GONZAGÆ, SACRI IMPERII PRINCIPI, MARCHIONI CASTELLIONIS, E SOCIETATE JESV, QVI GENERIS NOBILITATEM AVXIT GLORIA MERITORVM, SANCTORVM GLORIAM VITÆ SANCTITATE ÆQVAVIT, MVLTORVM SANCTITATEM SVMMA INNOCENTIA SVPERAVIT, AMBÆ HVMANITATIS CLASSES, LEGATI CÆSAREI NOMINE, POSVERVNT.

La capilla de N.ª S.ª dell' Annunziata, depositaria del sepulcro de Luis, estaba colgada con preciosas telas, adornada con ricos y elegantes aderezos y profusamente iluminada. Bajo dosel aparecia la codiciada imágen del santo Príncipe, aguardando las súplicas de sus fervorosos adoradores. En el sepulcro, cubierto de brocado radiante de oro, se leia, entre el nombre de Jesus y las armas de los Gonzagas de Castiglione, esta sencilla inscripcion:

Quì riposano le ceneri del B. Luigi Gonzaga d. C. d. G.

---

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 869.

Toda la mañana se fueron sucediendo las Misas de accion de gracias á Dios por la exaltacion de su Siervo; los fieles acudian sin cesar á comulgar y adorar las reliquias del bienaventurado Luis; y Cardenales, Duques, Príncipes y Embajadores de casi todas las naciones católicas le tributaban respetuoso homenaje de veneracion.

Ocho dias duró la fiesta religiosa sin disminuir la concurrencia. En los ocho siguientes se celebraron en el Colegio Romano academias literarias sobre las glorias de su antiguo alumno, asistiendo los Cardenales y la Nobleza. La juventud estudiosa festejó con discursos, y poesías griegas y latinas al que pocos años antes habia frecuentado las mismas aulas en que ellos cultivaban las letras y las ciencias.a)

Si todas estas muestras de júbilo y pública veneracion dió la cristiandad cuando la Sede Apostólica sólo habia conferido á Luis, *vivæ vocis oraculo* el título de Beato, más facil cosa es imaginar que describir los obsequios tributados al ilustre vástago de la Casa Gonzaga, así que Paulo V, el 26 de Setiembre del mismo año, publicó el Breve de beatificacion.

Tenemos relacion auténtica de las manifestaciones de piedad y locuras santas, permítasenos la expresion, que hizo Castiglione al recibir una insigne reliquia de su santo Príncipe, pues fueron verdaderamente extraordinarias y casi pasaron los justos límites.b)

CAPÍTULO IV.

Luis despues de su muerte venerado de los Príncipes cristianos.

Pocos años despues de fallecido Luis, era su nombre venerado en toda Europa y aun en los remotos paises de la India, y se le invocaba en las necesidades y peligros espirituales y corporales. Veíase su imágen expuesta en público y adornada con luces en las iglesias de Castiglione c), Brescia d), Padua e), Mantua f), Roma g), Siena h), Florencia i) y Parma. k) Consta que fué llevada en procesion, y que, reproducida por el grabado ó acuñada en bronce, se hallaba

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 869. — b) Summar. Tit. II, § 11, pag. 49. — c) Acta Sanctorum l. c. pag. 866. — d) Ib. pag. 868. — e) Ib. pag. 869. — f) Ib. pag. 869. — g) Ib. pag. 868. — h) Cod. Coccini Proc. Castell. Test. XVII, pag. 149. — i) Ib. — k) Ib.

en las manos de muchísimos.[a]) Sus reliquias fueron enviadas á muchas naciones, recibidas como codiciados tesoros, y honradas con veneracion. El Duque Ranucio de Parma hizo conducir solemnemente á Castiglione su cabeza el año 1610 en una carroza tirada por seis caballos.[3] Se habian erigido capillas á Luis en Mantua[b]), Castiglione[c]) y Roma.[d]) Su sepulcro era verdaderamente glorioso, al cual aun de lejanas tierras se enviaban donativos para adornarlo, se veia frecuentado del sencillo pueblo y de excelsos Príncipes; y Obispos, Prelados y Cardenales celebraban sobre él el santo sacrificio de la Misa.

Refiramos, aunque sea sumariamente, los pasos dados para obtener la solemne beatificacion.

Los Príncipes cristianos tomaron muy á pecho suplicar á la Sede Apostólica que oyese los fervientes deseos de miles y miles de fieles, que deseaban ver publicada auténticamente la santidad de Luis por el oráculo infalible de la cátedra de Pedro.

Ya el 21 de Mayo de 1605 el Cardenal Dietrichstein, antiguo alumno del Colegio Romano, presentó en este sentido una súplica á Paulo V.[e]) Con igual fin, primero el 27 de Mayo y luégo el 29 de Julio, suplicó lo mismo á Su Santidad D. Francisco, hermano de Luis, cuyo ejemplo siguieron otros muchos Príncipes.

El primero fué D. Fernando, Gran Duque de Toscana, en cuya corte habia estado el santo jóven en calidad de paje. Expuso al Padre Santo la veneracion que él y toda su casa profesaban á Luis desde que fueron testigos de sus heroicas virtudes, y más ahora que las veian confirmadas con milagros.[f])

Siguióle el Duque Ranucio de Parma, alegando el amor que de jóven empezó á tener á su compañero Luis, por su amabilidad y modestia y su santa conversacion; y que ahora se habia cambiado en veneracion, por lo que de él publicaba la fama.[g])

Para que fuese más eficaz su peticion, D. Vicente, Duque de Mantua, fué en persona á Roma, y el 27 de Agosto manifestó sus deseos á Su Santidad.[h])

Tambien el Emperador Rodolfo quiso hacer valer su autoridad en asunto tan importante. Escribió desde Praga al Sumo Pontífice el 15 de Octubre de 1605, y ademas de hacer

---

a) Cod. Coccini Process. Castell. Test. VI, folio 87 (vuelto). — b) Summarium Tit. II, § 2, fol. 49. — c) Ib. — d) Origine del Collegio Romano, An. 1620. — e) Acta Sanctorum l. c. pag. 868. — f) Ib. pag. 870. — g) Ib. — h) Ib.

conmemoracion «de la pura, piadosa, santa y mortificada vida de Luis» aducia esta razon; que «era Príncipe del Sacro «Romano Imperio y pariente suyo, y habia dado á todos tan «preclaro ejemplo de despreciar el mundo.» [a])

La Infanta Margarita de Austria, hermana del Emperador, aseguraba en la súplica, que Luis desde la edad de doce años, en que juntamente con su madre hizo con ella el viaje de Italia á España, era ya tenido por Santo.[b])

El Duque de Saboya menciona el amor que empezó á tener á Luis cuando éste se presentó en su corte el año 1584 siendo seglar, con mucha modestia en todo su porte exterior, y adornado de todas las virtudes propias de quien está inflamado en el amor de Dios.[c])

Hicieron instancias semejantes el Duque de Módena, el Rey y la Reina de Francia, D.ª Isabel Clara Eugenia de Bélgica y su consorte, y el Rey de España D. Felipe III.[d])

No quiso Paulo V apresurar la causa, por muy fundadas que fuesen las peticiones de las cortes católicas, para quitar aun la apariencia de fundamento que hiciese creer la beatificacion de Luis más bien efecto de la intercesion de los Príncipes que de su insigne santidad. Pero esta misma lentitud excitó más y más en la cristiandad el deseo de verle adornado con la aureola de Santo. Hasta que, despues de las repetidas instancias de D. Francisco Gonzaga, Obispo de Mantua, y de D. Fernando, Duque de Mantua, que se lamentaban respetuosamente de tantas largas, el Sumo Pontífice concedió que se pudiese rezar y decir Misa en honor de S. Luis en todos los dominios de la Casa Gonzaga: noticia faustísima para muchos, mayormente para los habitantes de Mantua, que dieron señales extraordinarias de regocijo.

No recibió el Duque D. Fernando hasta el 15 de Junio el Breve de concesion del Oficio y Misa, pero, en el poco tiempo que faltaba para la fiesta del Beato, hizo preparativos dignos de tan espléndido y cristiano Príncipe.

En primer lugar obtuvo del Sr. Obispo que el dia 21 de Junio fuese fiesta de precepto. El 19, al son de trompetas, prohibió que entrase ningun carro en la ciudad el dia de la fiesta, ni estuviese abierta tienda alguna, bajo pena de 10 escudos (10 pesetas). El 20, que para la familia del Duque y

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 871. — b) Ib. — c) Ib. — d) Ib.

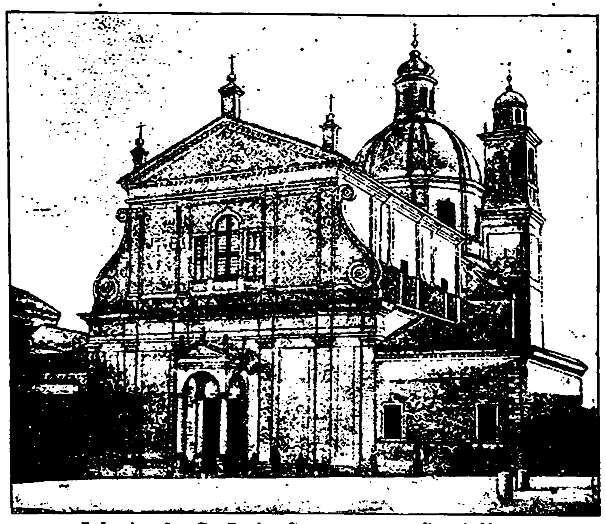
toda la corte fué dia de ayuno, las campanas de la catedral y de la torre de la ciudad invitaban á todos á tomar parte en el comun regocijo. Por estar ausente el Sr. Obispo, fué el Abad de S.ta Bárbara á las 5 de la tarde con el Cabildo y todo el Clero en procesion á la iglesia de la Compañía de Jesus, á cantar solemnes vísperas.

El Duque en persona habia dirigido el adorno del templo, llevando á él todos los tapices, colgaduras, estatuas de plata, candelabros y cuantos muebles preciosos habia en su palacio ducal que pudiesen servir al ornato de la casa de Dios: el solo caliz destinado al altar del B. Luis estaba valuado en 40,000 pesetas.

Llegada la mañana del dia 21, acudieron tantos sacerdotes seculares y regulares á decir Misa, que no habia bastantes altares para todos. Presentáronse en la corte, invitados por el Duque el dia antes, de cada una de las 20 parroquias de Mantua un noble y un propietario, y ademas 100 personas del pueblo. D. Fernando, sentado en el trono ducal, les manifestó su intencion de ponerse él y su familia y toda la ciudad bajo la proteccion del B. Luis, si ellos tenian el mismo deseo. Por supuesto, que todos unánimemente le dieron gustosos su consentimiento y muy respetuosas gracias, lo cual todo fué registrado auténticamente por un Notario. Entonces el Duque, acompañado de todos, fué á la iglesia, despues de haber entregado á cada noble un ducado de plata y á cada una de las otras personas una moneda tambien de plata. En llegando la comitiva al templo, el Duque subió al trono, colocado al lado del Evangelio en la capilla del nuevo Beato, y cuando el Abad, revestido de pontifical, se sentó junto al altar, el Duque, puesto de pié, leyó desde su trono el acta escrita por el Notario, tomando de este modo al B. Luis por uno de los patronos especiales del Duque y de la ciudad de Mantua. En seguida salieron de la Sacristía muchos Sacerdotes y clérigos llevando dones. El primero, en una bandeja de oro adornada de flores, una caja tambien de oro con hostias. El segundo otra bandeja asimismo de oro con escogido incienso y un pebetero para quemarlo, todo lo cual valia más de 20 ducados de oro. El tercero en una fuente un pan coronado de espigas. Seguian otros clérigos con jarrones de plata llenos del más exquisito vino, aceite y cera que habia en la corte. Llegados

al altar, recibió el Duque la primera bandeja con las hostias, y la presentó al Abad, al cual los demas sacerdotes y clérigos ofrecieron sucesivamente los demas dones.

Siguióse la Misa de Pontifical, en la que predicó un solemne panegírico un Fraile Franciscano, describiendo la santidad de Luis en el mundo y en la Compañía, y la gloria que tiene en el cielo. Al Ofertorio ofreció el Duque un ducado de oro, que le presentó un caballero en una bandeja tambien de oro; y



Iglesia de S. Luis Gonzaga en Castiglione.
(Véase appendice, nota 3.)

los representantes de las parroquias ofrecieron del mismo modo la moneda recibida con este fin en palacio. El Duque comulgó en la Misa despues del celebrante. Terminó la ceremonia mucho despues de mediodía. Por la tarde hubo solemnes vísperas, á que tambien asistió la familia del Duque.[a])

El favor concedido por la Santa Sede al Duque de Mantua dió alas á los demas Príncipes para reiterar las súplicas; pero seria tarea demasiado larga referir la lista de todas las familias de Príncipes que solicitaron la canonizacion del siervo de Dios.

a) Gorzoni «Storia del Collegio di Mantova d. C. d. G. dall' anno 1584 al 1711.» Ms. de la biblioteca pública de Mantua. 2 tomos en uno (H. IV. 10), tomo I, pag. 115—123.

Entre ellos merecen especial mencion el Emperador Fernando II, Fernando III, Leopoldo y Carlos VI.

Sólo trasladaremos aquí dos de estas súplicas, con la mira de que se pueda apreciar la grande opinion de santidad de que gozaba Luis, y el vehemente deseo de los Príncipes de verle elevado al supremo honor concedido por la Iglesia á sus hijos. Hizo el Emperador Fernando II la peticion cuando Italia estaba en guerra con motivo del Ducado de Mantua. Dice en ella el Emperador, que tiene puesta su confianza en el santo jóven, por ser él en cierto modo el protector doméstico y nato de su familia; y asi que no desapruebe Su Santidad aquella súplica, queriendo mostrarse agradecido á Luis ya glorioso en el cielo y célebre por sus méritos y prodigios, y de este modo anticiparle su reconocimiento, pues no dudaba alcanzar por su mediacion la paz por todos deseada. He aquí una cláusula de dicho Documento.

«Præter eam, quam diximus, aliis quoque rationibus mo-«vemur, ut pretiosum hoc procurationis munus ultro libenterque «amplectamur. Fuit enim Imperii Marchio, Cæsaris observan-«tissimus; ex familia prognatus, cuius inconcussa fides erga «Romanum Imperatorem et præclara obsequiorum merita usque «ad horum temporum eclipsim constanter fulserunt; quæ san-«guinis necessitudine et affinitate nobis, Augustæque domui «nostræ coniuncta, meretur, ut, surculus ille in cœlestia trans-«latus, in terris ministerio Imperiali honoretur.

«Obnixe proinde, et quanto possumus affectu, Sanctitatem «vestram obtestamur, ut impenso huic desiderio nostro paterne «faveat, Beatique huius sanctitatem, prodigiis et solemni more «institutis processibus (quemadmodum nobis relatum est) com-«probatam, toto orbe venerabilem esse, voce et auctoritate «Apostolica jubeat. Habebunt Principes et illustriores Imperii «ordines, e gremio suo, virtutum exemplar, perfectionis ideam, «pietatis speculum, ad quod mores actionesque suas laudabiliter «componant: habebit Italia, et vel maxime familia Gonzaga, «Patronum tutelarem, habebimus Advocatum Dei potentem, a «quo Sanctitas Vestra, vestra nostraque consilia, legationes, «tractatus, curas et sollicitudines almæ pacis laurea coronari «impetrabit . . . . . .

«Datum Viennæ die XIX Januarii anno MDCXXX.» [a])

---

a) Acta Sanctorum l. c. p. 886.

Terminemos con la súplica del Duque Maximiliano Manuel, Príncipe Elector de Baviera, la cual no es fácil decidir si es más honorífica para Luis ó para el mismo Príncipe. Dice así:

«Beatissime in Chto. Pater ac Dne. Dne. Clementissime.

«Cum humillimo Beatissimorum pedum osculo, in ea spe «ac expectatione jamdiu fui, futurum denique, ut Sanctitatis «Vestræ suprema auctoritate Cœlitibus. adscriberetur B. Aloysius «Gonzaga e Societate Jesu, hactenus inter Beatos recensitus et «cultus in Ecclesia. Nunc eadem mea et meorum ardentissima «vota retinere non valeo, quin ea Sanctitati Vestræ, summa qua «possum efficacia, iterum commendem et ad felicem exitum »promovere contendam. Quod quidem tanto propensiore volun«tate ac studio facio, quia domui meæ hereditariam censeo «publicam pietatem, Romanæ Ecclesiæ splendorem ac Sancto«rum venerationem cum divina gloria omni studio promovere. «Recenti memoria teneo, quantum avus meus fel. recordationis «Maximilianus pro impetranda apotheosi S. P. Ignatii Fundatoris «Societatis Jesu apud S. sedem Romæ laboraverit, felicissimum «pariter suffragii sui exitum consecutus. Unde mihi gloriosum «reputo pro uno S. Parentis Filio ad similem honorem promo«vendo laborare me posse, pari quoque, ut spero, intercessionis «felicitate a V. Sanctitate beandus. Dabit hoc illa et precibus «meis et obligatissimæ devotioni meæ, qua me B. Aloysius favo«ribus ab ophtalmico malo, cui diu et multum adhibitis variis «fomentis mederi frustra laborabam, ita liberatum agnosco et «profiteor, ut nullum pene illius vestigium supersit. Quare cum «huius Cœlici Patroni beneficientiæ convenientius a me rependi «nil queat, quam ut illius honor et veneratio propagetur in «Ecclesia, ideo omnem industriam in id vertendum censeo, ut, «non solum privatæ Pietati meæ et obligationi satisfaciam, sed «innumerorum etiam Clientum, qui paribus ab hoc divo bene«ficiis præventi sunt, pientissimis desideriis respondeam. Deside«rant mecum illi et calidissimis suspiriis exoptant Beatum «suum Evergetem in eo statu collocari, in quo sua illorum «pietas liberiore veneratione eundem possit demereri. Quod, «cum promovere illorum cultum plurimum possit, singularis «etiam splendor, non solum Gonzagianæ domui, cui in tam «sancto negotio vires omnes lubens coniungo, sed omnibus «pariter totius Christiani orbis Familiis et gloria accedet et

«gratia: cum ex illorum gremio nobilior surculus inseratur cœlo, «in quo et patrocinium invenient, altioris sanctitatis exemplum «reperient et incitamentum. Denique hoc in negotio universæ «quoque Societati Jesu de his partibus nostris optime meritæ «conferre gratiam, procurare consolationem et aliqualem laborum «suorum compensationem præstare, summopere cupio. Quantum «enim Patrum illorum utilissimis laboribus tota domus mea «electoralis et Provinciæ debeant meæ, testantur majores nostri, «qui illorum indefesso studio in scholis, in cathedris, in excur-«sionibus, doctrina, virtute et industria contra irruentes hæreses, «ita protecti sunt atque instructi, ut sola pœne inter omnes «Germaniæ Provincias intacta steterit Bavaria. Et hanc in-«dustriam et divinæ gloriæ zelum hucusque ita continuarunt, «et indefesso studio tam intra aulam nostram quam univer-«sam per Provinciam cum insigni sua æstimatione adhuc pro-«sequuntur in dies, ut mei officii omnino esse duxerim, in tam «pia causa, illorum meritis patrocinari. Quare preces hasce «meas ardentissima erga B. Aloysium Devotione, atque ea qua «par est in Sanctam sedem observantia repeto, et me meosque, «repetito Beatissimorum Pedum osculo, etiam atque etiam «enixissime commendo.

«Dabantur Monachii
14 Februarii 1716.

Sanctitatis Vestræ
Devotissimus et obsequentissimus
Filius et Cliens
Maximilianus Emmanuel Elector.» [a])

CAPÍTULO V.

Luis despues de su muerte honrado por los Vicarios de Cristo en la tierra.

Hemos visto en los capítulos anteriores la honra dada por corporaciones, Príncipes y el sencillo pueblo al que toda su vida habia huido con exquisito cuidado de las alabanzas y honores. Ahora diremos algo de lo mucho que contribuyeron á exaltarlo los Sumos Pontífices, representantes y lugártenientes de Dios entre los hombres.

---

a) Esta carta se halla citada en el «Summarium» Tit. VIII, § 9, p. 294. Tambien existe un traslado de ella en Módena en el *Archivio di Stato*, seccion Novellara, XXVII, n. 172.

Varias veces habia hablado á Clemente VIII el Cardenal Escipion Gonzaga de los admirables ejemplos de su pariente Luis, y de las cosas extraordinarias que Dios obraba en su alma, por lo cual el Sumo Pontífice tenia grande amor y veneracion al Santo Jóven. Echóse esto de ver al recibir en audiencia el 5 de Agosto de 1604 al Príncipe D. Francisco; pues le dió muy claramente á entender su íntima persuasion, de que su hermano gozaba de la vista clara de Dios, y le llamó dichoso por tener tal intercesor en el cielo. Animóle á procurar que se publicase su vida, en razon de que llegase á conocimiento de muchos el ejemplo de sus preclaras virtudes. Más aún: porque, á pesar de las instancias del Príncipe, no acababa de ver la luz pública la ansiada Vida, mostró de ello Su Santidad algun disgusto.[a])

Por fin se publicó en Roma el año 1606 la obra del P. Cepari, despues de muerto Clemente VIII, y en pocos años se reimprimió seis veces; y en breve se estampó en frances, latin, polaco, holandes, castellano, inglés etc.[b]) Tal vez no se extendian á tanto las esperanzas y deseos de Clemente VIII. No fué aquella la única muestra de veneracion que dió á Luis. El cuerpo de éste reposaba todavía bajo el altar de S. Sebastian en la iglesia dell' Annunziata, y su hermano deseaba que se le trasladase á un sitio más honorífico y visible, fuera de tierra, y el Papa Clemente vino en ello gustoso. Verificóse solemnemente la traslacion el 13 de Mayo de 1605 á la capilla de la SS. Virgen (Véase el libro II, cap. último).[c])

Mas ya para aquel dia habia muerto el Papa Clemente VIII. Apenas subió al trono Pontificio Paulo V, estando todavía en el Conclave, le pidió instantemente D. Francisco que promoviese la canonizacion de su hermano. Aunque el nuevo Pontífice era, cuando murió Luis, *Auditor Causarum* de la Cámara Apostólica, y estaba bien enterado de las virtudes del angelical jóven, quiso que el Príncipe le hablase de ellas. Pocos dias tardó el Papa en mostrar el agrado con que vió los deseos de D. Francisco.[d]) Pues, terminado el Conclave, al despedirse de Su Santidad el Cardenal Dietrichstein para volver á Alemania, renovó la peticion, presentándole una súplica de D. Francisco,

---

a) Cod. Coccini Proc. Castell. Test. XI, pag. 109, 110. — b) De Backer Bibl. des écriv. de la Comp. de Jésus. — c) Origine del Collegio Romano, An. 1605. — Cod. Coccini Proc. Castell. Test. XI, pag. 106. — d) «Relatio», Pars V, § 2, pag. 109.

«gratia: cum ex illorum gremio nobilior surculus inseratur cœlo, «in quo et patrocinium invenient, altioris sanctitatis exemplum «reperient et incitamentum. Denique hoc in negotio universæ «quoque Societati Jesu de his partibus nostris optime meritæ «conferre gratiam, procurare consolationem et aliqualem laborum «suorum compensationem præstare, summopere cupio. Quantum «enim Patrum illorum utilissimis laboribus tota domus mea «electoralis et Provinciæ debeant meæ, testantur majores nostri, «qui illorum indefesso studio in scholis, in cathedris, in excur- «sionibus, doctrina, virtute et industria contra irruentes hæreses, «ita protecti sunt atque instructi, ut sola pœne inter omnes «Germaniæ Provincias intacta steterit Bavaria. Et hanc in- «dustriam et divinæ gloriæ zelum hucusque ita continuarunt, «et indefesso studio tam intra aulam nostram quam univer- «sam per Provinciam cum insigni sua æstimatione adhuc pro- «sequuntur in dies, ut mei officii omnino esse duxerim, in tam «pia causa, illorum meritis patrocinari. Quare preces hasce «meas ardentissima erga B. Aloysium Devotione, atque ea qua «par est in Sanctam sedem observantia repeto, et me meosque, «repetito Beatissimorum Pedum osculo, etiam atque etiam «enixissime commendo.

«Dabantur Monachii
14 Februarii 1716.

Sanctitatis Vestræ
Devotissimus et obsequentissimus
Filius et Cliens
Maximilianus Emmanuel Elector.» a)

CAPÍTULO V.

Luis despues de su muerte honrado por los Vicarios de Cristo en la tierra.

Hemos visto en los capítulos anteriores la honra dada por corporaciones, Príncipes y el sencillo pueblo al que toda su vida habia huido con exquisito cuidado de las alabanzas y honores. Ahora diremos algo de lo mucho que contribuyeron á exaltarlo los Sumos Pontífices, representantes y lugartenientes de Dios entre los hombres.

---

a) Esta carta se halla citada en el «Summarium» Tit. VIII, § 9, p. 294. Tambien existe un traslado de ella en Módena en el *Archivio di Stato*, seccion Novellara, XXVII, n. 172.

Varias veces habia hablado á Clemente VIII el Cardenal Escipion Gonzaga de los admirables ejemplos de su pariente Luis, y de las cosas extraordinarias que Dios obraba en su alma, por lo cual el Sumo Pontífice tenia grande amor y veneracion al Santo Jóven. Echóse esto de ver al recibir en audiencia el 5 de Agosto de 1604 al Príncipe D. Francisco; pues le dió muy claramente á entender su íntima persuasion, de que su hermano gozaba de la vista clara de Dios, y le llamó dichoso por tener tal intercesor en el cielo. Animóle á procurar que se publicase su vida, en razon de que llegase á conocimiento de muchos el ejemplo de sus preclaras virtudes. Más aún: porque, á pesar de las instancias del Príncipe, no acababa de ver la luz pública la ansiada Vida, mostró de ello Su Santidad algun disgusto.[a])

Por fin se publicó en Roma el año 1606 la obra del P. Cepari, despues de muerto Clemente VIII, y en pocos años se reimprimió seis veces; y en breve se estampó en frances, latin, polaco, holandes, castellano, inglés etc.[b]) Tal vez no se extendian á tanto las esperanzas y deseos de Clemente VIII. No fué aquella la única muestra de veneracion que dió á Luis. El cuerpo de éste reposaba todavía bajo el altar de S. Sebastian en la iglesia dell' Annunziata, y su hermano deseaba que se le trasladase á un sitio más honorífico y visible, fuera de tierra, y el Papa Clemente vino en ello gustoso. Verificóse solemnemente la traslacion el 13 de Mayo de 1605 á la capilla de la SS. Virgen (Véase el libro II, cap. último).[c])

Mas ya para aquel dia habia muerto el Papa Clemente VIII. Apenas subió al trono Pontificio Paulo V, estando todavía en el Conclave, le pidió instantemente D. Francisco que promoviese la canonizacion de su hermano. Aunque el nuevo Pontífice era, cuando murió Luis, *Auditor Causarum* de la Cámara Apostólica, y estaba bien enterado de las virtudes del angelical jóven, quiso que el Príncipe le hablase de ellas. Pocos dias tardó el Papa en mostrar el agrado con que vió los deseos de D. Francisco.[d]) Pues, terminado el Conclave, al despedirse de Su Santidad el Cardenal Dietrichstein para volver á Alemania, renovó la peticion, presentándole una súplica de D. Francisco,

---

a) Cod. Coccini Proc. Castell. Test. XI, pag. 109, 110. — b) De Backer Bibl. des écriv. de la Comp. de Jésus. — c) Origine del Collegio Romano, An. 1605. — Cod. Coccini Proc. Castell. Test. XI, pag. 106. — d) «Relatio», Pars V, § 2, pag. 109.

y pidió al Papa que por de pronto permitiese poner la imágen de Luis en su sepulcro, donde pudiesen venerarla los fieles. Ninguna dificultad tuvo en ello Paulo V, con lo cual la veneracion del bienaventurado Luis obtuvo la primera aprobacion apostólica.

Vuelto del Vaticano el Cardenal, fué presuroso á la iglesia dell' Annunziata del Colegio Romano, y allí rezó de rodillas las horas canónicas. Despues, en compañía del Príncipe D. Francisco, que enterado del caso habia ido allá en seguida, entró en la sacristía y declaró el concedido permiso de colocar en el sepulcro de Luis su retrato, conservado en el Colegio Romano. Y porque los Superiores, como suele suceder en los casos graves é imprevistos, titubeaban, el mismo Príncipe hizo llevar una escalera á donde estaba la imágen de su hermano, la descolgó con ayuda de los suyos y la llevó á la sacristía. Ya para entónces el Cardenal se habia puesto el roquete, y cuando llegó el Príncipe llevaron entre los dos la imágen á la capilla de N.ª Señora, donde D. Pablo de Angelis, Sacerdote de la comitiva del Cardenal, la colgó sobre el sepulcro.[4]

No contento con esto el Cardenal, hizo que le llevasen todos los ex-votos, que estaban guardados en la sacristía, y los colocó en buen órden junto al sepulcro[a]); y él mismo en el altar de la capilla donde reposaba Luis, leyó en accion de gracias la Misa del Espíritu Santo, despues de haber hecho profunda inclinacion al sepulcro y á la imágen de Luis; lo cual repitió varias veces durante la Misa y despues de ella, con grande edificacion de los fieles. Por feliz remate del acto, Clemente Ghisoni colgó ante la imágen una lámpara de plata.[b])

Todo esto fué aprobado por Su Santidad, cuando al dia siguiente se lo refirió el Príncipe D. Francisco.[c]) Y no paró aquí la veneracion que Paulo V tenía á Luis, sino ademas permitió pintar, grabar y estampar su imágen. Hiciéronlo poniéndole una azucena en la mano, y adornándole la cabeza con la aureola de los Santos; y para hacer más apreciables las imágenes, las enriqueció el Papa con indulgencias[d]), y aun mandó estamparlas en los Agnus Dei, privilegio que de ordinario sólo se concede á los Santos canonizados.[e])

---

a) «Summarium», Tit. II, § 1, pag. 33, 34. — Cod. Coccini Process. Castell. Test. XI, pag. 106. — b) «Summarium», Tit. II, § 1, pag. 34. — c) Ib. pag. 35. — d) «Responsio» Pars IV, § 1, pag. 82. — e) Ib.

De este modo la devocion pública á Luis habia obtenido la aprobacion del Papa. Instó el Príncipe por una confirmacion más solemne, y pidió á Su Santidad que honrase provisionalmente á Luis con el título de Beato, y que con él se imprimiese la vida escrita por el P. Cepari. Para complacerle, nombró el Sumo Pontífice una Congregacion de tres Cardenales, que examinasen la vida y la confrontasen con los 18 procesos ya terminados, y luégo le diesen su parecer si era conveniente inscribirlo en el número de los Beatos. Los augustos Purpurados, en el Consistorio de 26 de Setiembre declararon que



Plaza de S. Luis Gonzaga en Castiglione.

«Luis, no sólo era digno del título de Beato, sino tambien de «ser puesto en el número de los Santos.» Apoyándose Paulo V en este dictámen, le confirió en el mismo Consistorio *vivæ vocis oraculo* el título de Beato[a]) y al propio tiempo mandó componer un Breve, que luégo se publicó el 19 de Octubre de 1605,[5] autorizando á D. Francisco para publicar la Vida con el dictado de Beato.[b])

Quedó pues éste beatificado en toda forma, pues entonces la beatificacion de los venerables Siervos de Dios no se solemnizaba como en nuestros dias. Este mismo año, á instancia del P. Roberto Belarmino, se transformó en capilla el aposento del Colegio Romano donde habia muerto Luis.[c])[6]

---

a) *Archivio segreto Vaticano* citado en el «Summarium», Tit. III, § 4, pag. 79. — b) Ib. — c) «Origine del Collegio Romano», Año 1605.

Dejamos á la consideracion de los devotos, que se figuren con santo gozo los efectos que haria la Vida del B. Luis publicada al año siguiente por el P. Cepari, pues por no alargarnos demasiado, dejamos de referirlos.

Tampoco narraremos extensamente cómo Paulo V, solicitado por toda clase de personas, introdujo en 1607 los Procesos preparatorios para la canonizacion, ó sea sobre las virtudes y santidad del B. Luis, primero en general y luégo en particular[a]); y sólo indicaremos dos hechos, que manifiestan de un modo especial el celo de Paulo V por verle glorificado.

D.ª Cincia, hija del Príncipe Rodulfo Gonzaga y sobrina del B. Luis, con el intento de imitar á su santo tio, resolvió retirarse del mundo, y vivir ocupada en el ejercicio de su propia santificacion. Para mejor obtener sus buenos deseos, deseaba reunir algunas compañeras, animadas del mismo espíritu, de suerte que, sin ser religiosas, viviesen todas en comunidad. Vuelta de Roma, donde habia pasado algunos años en casa del Príncipe D. Francisco su tio, movió á abrazar su plan de vida á sus hermanas D.ª Olimpia y D.ª Gridonia, y el nuevo instituto recibió el nombre de «Collegio delle vergini di Gesù.» El 21 de Junio de 1608 bajaron las tres hermanas del Castillo paterno con otras diez jóvenes de su misma condicion, y se retiraron á la casa de su abuelo materno, bajo la direccion espiritual del P. Cepari, el cual les dió escritas de su propia mano las constituciones y reglas, que todavía se conservan en el Colegio. Asi quedó abierto el utilísimo instituto, donde se han santificado gran número de jóvenes nobles de Mantua, Brescia, Verona y otras partes, sin que los trastornos políticos, que en los tres últimos siglos han destruido casi todas las instituciones piadosas de la Italia setentrional, le hayan hecho á él daño alguno.

Ahora bien, cuando D.ª Cincia, al despedirse de Su Santidad, le expuso su proyecto, el Padre Santo, no solamente lo aprobó, sino ademas le dió públicamente por protector al B. Luis, que se ha mostrado solícito y poderoso abogado de sus encomendadas.[b]) Es tanto más de admirar la resolucion tomada por el Vicario de Cristo, cuanto que ordinariamente no permite la Iglesia elegir por patronos á los que sólo estan declarados Beatos.

---

a) «Summarium», Tit. IV, pag. 85, 86. — b) Ib. Tit. II, § 2, pag. 59.

Es de esperar que las tres hermanas fundadoras sean con el tiempo veneradas de la Iglesia, como parece prometerlo su santa vida y la incorrupcion de que hasta el dia de hoy gozan sus cuerpos.

Asi que se terminó el proceso general de las virtudes y santidad del Siervo de Dios, la Congregacion de Ritos declaró, el 19 de Enero de 1608, que su espíritu de fe, y vida inmaculada, sus milagros y la veneracion que le profesaba el pueblo cristiano estaban fuera de duda. Despues de esto, por órden del Sumo Pontífice se empezó el proceso particular, que se acabó el año 1612. En la última sesion de la Congregacion de Ritos, habida el 10 de Noviembre, el Cardenal Capponi hizo el panegírico del B. Luis, y terminó diciendo: «Para decir lo que íntimamente siento, creo que redundará en grande gloria de Dios y lustre de la Santa Iglesia decretar el supremo honor de los altares á un jóven Príncipe, de sangre nobilísima como lo es la familia Gonzaga, el cual sólo por amor de Dios se hizo pobre. No hallo razones por las que no se deba atender una súplica tan justa.[a])

Entónces el Cardenal Belarmino habló con tal elocuencia y ternura de su antiguo amigo é hijo espiritual, que ninguno de los ilustres Purpurados pudo contener las lágrimas. Terminó diciendo que de los dos caminos que conducen al honor de los altares, la inocencia y la penitencia, Luis los anduvo ambos, como el Bautista, por lo cual era digno de ser canonizado, sobre todo por la inocencia, que es el más seguro, en sentir de la Iglesia.[b]) Del mismo parecer fueron todos los miembros de la Congregacion, que expidió un decreto, declarando que se podia proceder seguramente á la canonizacion, por haber sido aprobado cuanto se habia discutido sobre la virtud eminente y milagros del santo jóven. Ademas la Congregacion elevó una súplica á Su Santidad, para que concediese Misa propia y dia de fiesta en honor del Beato. Entusiasmados los miembros de la Congregacion, llamaron al P. Cepari, Postulador de la causa, y al llegar le dió un apretado abrazo el Cardenal D. Fernando Gonzaga.

Más clara muestra dió de la virtud de Luis la Rota Romana, encargada por Paulo V de examinar si realmente era

---

a) «Summarium», Tit. V. § 5. pag. 95—97. — b) Ib. § 6, pag. 90—101.

digno de los supremos honores de la Iglesia. Aquel Tribunal estudió cinco años los procesos, y al fin, el 23 de Enero de 1618, presentó al Papa su dictámen. Con razon se puede dudar si existe algun documento que dé á las glorias de Luis tanto esplendor como el de la Rota Romana. Su voto tiene al frente el nombre de Luis con el dictado de *Jóven Angélico*, honor que repetidas veces se le tributa en el mismo escrito, y por fin, como veremos, fué solemnemente consagrado por la Iglesia. Con cuánta razon lo haya merecido S. Luis lo declara la Rota en las palabras siguientes: «Aunque son muchos en «la Iglesia de Dios los que hasta la muerte han conservado sin «mancha la azucena de la virginidad, sin embargo no es facil «hallar alguno que se haya visto exento de todo movimiento «carnal ó tentacion impura del maligno espíritu. Por lo ménos «no sabemos que se haga de ello mencion en la vida de «ningun Santo.» Y termina así: «Por la gran santidad y «celebridad del Beato y por sus milagros, somos de parecer, «que, cuando parezca bien á Vuestra Santidad, se digne «escuchar las súplicas de los príncipes cristianos, inscribiendo «á Luis, digno hijo de la Casa Gonzaga, y religioso de la «Compañía de Jesus, en el catálogo de los Santos, á gloria de «Dios omnipotente, y exaltacion de la Santa Madre Iglesia.» [a])

Tal fué el parecer de aquellas dos corporaciones, que difícilmente podia ser más favorable; pero no tuvo todo el feliz resultado que se deseaba. Paulo V, á 26 de Marzo de 1618, permitió que se celebrase Misa del Beato, con oficio propio en dia festivo á él consagrado, en todo el territorio de los Gonzagas, en el Ducado de Mantua, Principado de Castiglione, Bozzolo, Guastalla y Malfetta, en las tierras del Conde de Novellara y Sabbioneta, y en todo el Dominio de Monferrato. El 30 del mismo mes, á instancias del Cardenal Belarmino, otorgó el mismo privilegio á todas las casas de la Compañía en Roma, esto es á la Casa Profesa, al Colegio Romano, al Noviciado de S. Andres y al Colegio de los Penitenciarios de S. Pedro. [b])

Pero no pasó el Papa adelante en la concesion, por un muy justo motivo. Presentósele un dia Monseñor Aurelio Recordati, Embajador del Duque de Mantua, y le rogaba con

---

a) «Summarium», Tit. VII, § 1, pag. 120—179. — b) Ib. § 2, pag. 180.

grandes instancias, que escuchase tan notables y atendibles súplicas como se le habian hecho, y se dignase proceder á la canonizacion. Y para dar mayor fuerza á sus palabras, le mostró el Embajador una lista de Santos canonizados aun



Doña Cinzia.

Doña Olimpia. Doña Gridonia.

Hijas del Marques y Príncipe Rodolfo, hermano de S. Luis.
De un cuadro conservado en Castiglione en el Colegio de las Virgenes del Jesus.
(Véase el libro I, nota 4. Appendice, cap. 5.)

pasado menos tiempo despues de su muerte. A tanta insistencia, y á todas las razones del Sr. Recordati respondió el Sumo Pontífice, sonriendo: «Proclamar Santo á uno que ha sido «hombre como nosotros, es la cosa más sublime que puede «hacer el Papa. No se maraville, pues, si ve que en hacerlo

«soy tan mirado y circunspecto. Antes de dar ese paso quiero «tranquilizar mi conciencia.» a)

Esta suspension, tan honorífica á la Santa Sede, pareció velar por algun tiempo el esplendor de la gloria de Luis; pero sin duda fué providencia de Dios, para que interviniesen en ello varios Sumos Pontífices, los cuales contribuyeron por su parte á glorificarlo.

En efecto Gregorio XV, inmediato sucesor de Paulo V, habria inscrito á Luis en el número de los Santos, si el M. R. P. Mucio Vitelleschi, entónces General de la Compañía, no le hubiera expuesto el deseo de que antes del hijo fuese canonizado el Padre y fundador de la Compañía, y con él el B. Francisco Javier. A pesar de todo, quiso Su Santidad mostrar su devocion al B. Luis con un Breve de 2 de Octubre de 1621, extendiendo el privilegio de celebrar su fiesta con Misa propia y oficio, el 21 de Junio, á todos los Padres de la Compañía y á los demas Sacerdotes que celebren aquel día en las iglesias de la misma. b)

Igualmente Urbano VIII concedió la misma gracia á otras iglesias por dos Breves, de 25 de Mayo de 1624 y 26 de Noviembre de 1629. c)

Aunque Inocencio X no hizo manifestacion especial sobre el particular, las habia hecho y muy expresivas como Auditor de la Rota Romana desde 1618. d)

Alejandro VII dió nuevo impulso al culto de S. Luís, permitiendo, en virtud de un Breve de 22 de Mayo de 1622, que entre año se dijese Misa votiva suya en la iglesia de los SS. Nazario y Celso de Castiglione, favor concedido despues á toda la Compañía por Breve de 26 de Setiembre del propio año. e)

Clemente IX trabajaba con tanto celo en la glorificacion de Luis, que su confesor el P. Luis Spinola, en carta enviada á Alemania el 20 de Octubre de 1668, anunciaba como próxima la canonizacion; pero la muerte atajó al Papa los pasos. f)

Clemente X, agradecido al Beato, pues con su patrocinio habia curado de una enfermedad mortal á su hermano, Juan Bautista Altieri, que despues fué Cardenal, nada deseaba tanto como mostrarle la gratitud con el decreto de canonizacion;

---

a) «Responsio» Pars III, Art. II, § 6, pag. 30. — b) «Informatio» pag. 13, 14. — c) Ib. pag. 14. — d) Ib. pag. 15. — e) Ib. pag. 15. — f) «Summarium» Tit. VIII, pag. 285.

pero instó el P. General Juan Pablo Oliva porque se diese la preferencia á la del B. Francisco de Borja. Con todo, en prueba de su devocion al Angélico jóven, expidió el Decreto de Canonizacion del Duque de Gandia el 21 de Junio. Más aún; el 20 de Enero de 1672 ordenó que en el Martirologio romano se pusiese, en el lugar correspondiente al 21 de Junio, este elogio: *Romæ, B. Aloysii Gonzagæ, Societatis Jesu, principatus contemptu et innocentia vitæ clarissimi*; paso fué éste tan importante, que á los teólogos de entonces dió ocasion de discutir, si con eso sólo quedaba declarado santo un Siervo de Dios.[a])

Tambien Inocencio XI contribuyó al culto de S. Luis confirmando y prorogando por algunos años, con un decreto emanado de la Congregacion de Ritos el 26 de Setiembre de 1678, el privilegio de la Misa y oficio.[b])

Clemente XI, deseoso de honrar á Luis, hizo que la Congregacion entendiese de nuevo en la causa, por lo cual, y por el empeño del Cardenal Fabroni, llamado *Ponente* del Papa, y el celo del P. Andres Budrioli, Postulador de la misma causa, todos aguardaban un pronto y feliz resultado. Su Santidad, al darle el Promotor cuenta del estado de la causa, dijo conmovido: *Que á ninguno habia deseado con mayor empeño conferir el título de Santo como á este jovencito; el cual con el sólo título de Beato tiene tanta celebridad, tanto culto en la Iglesia y admiradores de su santidad en la tierra, que en pocos ya canonizados se ha visto cosa parecida.* Que la canonizacion de tal Beato causaria gozo universal, y seria de gran gloria á la Santa Sede; y que en llevarla á cabo no se podia hallar el menor obstáculo, pues se habian declarado favorables todas las Congregaciones. *Que la Sede Apostólica no tanto habia de declararlo Santo cuanto honrarlo como tal, estando ya canonizado por la Iglesia.* Pero la muerte imprevista no le permitió tener este consuelo.[c])

En el reinado de Inocencio XIII se continuaron con celo infatigable los preparativos para la canonizacion[d]), hasta llevarlos á cabo despues de lo trabajado durante 120 años por casi todos los Sumos Pontífices entonces reinantes.

Benedicto XIII fué el escogido por Dios para coronar la obra. Desde niño profesaba especial devocion á S. Luis, á

---

a) «Informatio» pag. 15, 16. — b) «Summarium» Tit. VIII, § 1, pag. 270. — c) «Informatio» pag. 16, 17. — d) Ib. pag. 17, 18.

ejemplo del cual habia renunciado al título de Príncipe para ser humilde hijo de S.[to] Domingo. Tenia siempre delante de sí en la celda la imágen del Beato y gustaba mucho de leer su vida.

Hecho Cardenal y Arzobispo de Benevento, celebraba cada año la fiesta del B. Luis en la iglesia de la compañía, juntamente con todo el Cabildo. En 1709 le consagró un altar en el templo de los Carmelitas, y nueve años despues otro en el de la Compañía de Jesus. Para propagar más y más su culto, obtuvo de Roma, en 1716, permiso de celebrar su fiesta el 21 de Junio en la catedral, con Misa y oficio, y el 1721 en todo su Arzobispado. Al saber que se trabajaba en Roma para canonizar á su amado protector, ordenó que durante un mes se dijese Misa y se hiciesen fervorosas preces por el feliz éxito, y de palabra y por escrito promovió aquella obra de la gloria de Dios. Pero lo que tanto deseaba y procuraba él, le estaba reservado á él mismo para que lo llevase á buen término desde la cátedra de S. Pedro, á la cual fué elevado el año 1724.[a])

El 20 de Abril de 1726, aniversario del dia en que el B. Luis habia recibido el bautismo, despues de muchos ayunos y oraciones, determinó proceder á la canonizacion, y dió orden de extender el decreto. La solemnidad se verificó en S. Pedro el 31 de Diciembre, en que fué asimismo canonizado el jovencito B. Estanislao Kostka.[b]) «En este dia, como dice el Papa «en la Bula de canonizacion, consagrado al Santo confesor «Silvestre, predecesor nuestro, con indecible alegría y pompa «hemos ido á la basilica del Príncipe de los Apóstoles, y hemos «inscrito en el número de los Santos al *Angélico Joven Luis «Gonzaga*, observantísimo de la vida regular.»

Faltan palabras para expresar el júbilo de toda la cristiandad al recibir aquella noticia. Celebróse con grande solemnidad y regocijo la fiesta de los dos nuevos Santos, sobre todo en los templos de la Compañía. En España se les hicieron fiestas notabilísimas, de que se imprimieron muchas relaciones. Los Maestros leian á sus discípulos la vida del patrono en la juventud, y ya el 1.º de Marzo de 1731 se fundó, entre los estudiantes que acudian á las aulas de la Compañía en Valladolid, una Congregacion de S. Luis en virtud de un diploma Pontificio, con tan feliz resultado, que los congregantes se

---

a) Benedicti XIV Opera omnia, Venetiæ, 1767. Tom. I, Append. X, pag. 251. — b) «Bullarium Romanum», Romæ 1736, pag. 171.



Estatua de San Luis, "Patrono de la Juventud",
obra del H. Andres Besqueut S. J. conservada en Sainte-Marie-des-Champs
de Toulouse (Francia).

distinguian de los demas jóvenes por la modestia, piedad y santa union de unos con otros.

Benedicto XIII, un año despues de ser elevado á la cátedra de S. Pedro, expidió el Breve *Apostolicæ servitutis*, fechado el 21 de Junio de 1725, en el que declara á S. Luis Patrono



El Papa Benedicto XIII,
que canonizó á S. Luis Gonzaga, y le dió el título de Patrono de la juventud.
(Véase appendice, cap. 5.)

de todas las universidades y colegios dirigidos por la Compañía de Jesus; y para dar mayor solemnidad al acto, fué él mismo á la iglesia de S. Ignacio, donde entregó el Breve al P. General.[a]) Y no contento con esto, un año antes de su muerte, declaró á S. Luis *Patrono principal* de todos los colegios y universidades del mundo católico.[7]

a) «Origine del Collegio Romano» Año 1725.

Tambien los Papas subsiguientes hallaron modo de ensalzarle. Clemente XII dió nuevo impulso á su culto, enriqueciendo con indulgencias[a]) la devocion de la *seisena* que algunos años antes se habia comenzado á celebrar.[8]

Pudiéramos referir aquí la devocion que tuvieron al Santo os Sumos Pontífices Benedicto XIV[b]), Clemente XIII[c]), Pio VII[d]), y Gregorio XVI[e]), pero nos alargaríamos demasiado.

Bien conocido es el amor de Pio IX á S. Luis Gonzaga. Quiso ser coronado el dia de su fiesta, y jamas dejó de enviar todos los años riquísimos dones á su sepulcro, á donde asimismo acudia muchas veces á venerarle. Enriqueció con indulgencias *le Cappellette* con decreto de 4 de Junio de 1867, y con otro de 25 de Julio del mismo año concedió á todos los Sacerdotes la facultad de celebrar Misa votiva sobre el sepulcro del Santo, cuando la Misa del dia requiere color blanco y no es fiesta de 1ª ni 2ª clase. Otorgó el mismo privilegio á *le Cappellette*, pero sin la restriccion del color.

Muchas pruebas lleva dadas el actual Sumo Pontífice de su acendrado amor al Patrono de la Juventud. Estaba determinado que se celebrase el 21 de Junio de 1887 la Congregacion *Preparatoria* en la causa de canonizacion del B. Alonso Rodriguez; pero, por órden de Leon XIII, se trasladó al 12 de Julio, para que el dia de S. Luis se tuviese en su presencia la *tercera* en la causa de canonizacion del B. Juan Berchmans, con el fin de que á los dos Jóvenes, hijos ambos de la Compañía, cuya santa vida los habia hecho muy semejantes á los Angeles, el mismo dia los hiciese así mismo partícipes de igual honor.

Pero aunque no tuviéramos otra señal de su amor á S. Luis, nos bastaria el Breve expedido el 1.º de Enero del presente año, con el cual terminarémos este capítulo. Dice así, traducido del latin.

«Leon Papa XIII,

á todos los fieles cristianos que vean las presentes letras, salud y Bendicion Apostólica.

Bajo oportunos auspicios, en verdad, sucede que el dia 21 de Junio del presente año se celebren sagradas solemni-

a) Audiencia de 11 de Diciembre de 1739. — b) Véase el Decreto de 22 de Abril de 1742. — c) P. Cepari, Della vita di S. Luigi Gonzaga d. C. d. G., Roma 1862, pag. 258. — d) Ib. — e) Véase el Decreto de 25 de Julio de 1842.

dades en honor de San Luis Gonzaga, para conmemorar piadosamente el tercer centenario de su felicísima muerte. Nos han anunciado, que la festividad de este acontecimiento ha despertado sentimientos piadosos y ha encendido en admirable amor las almas de los jóvenes cristianos, á los cuales ha parecido ésta muy buena ocasion, para manifestar con múltiples demostraciones el amor y devocion que profesan al celestial patron de la juventud. Y esto sucede, no sólo en aquellos países que vieron nacer y morir á San Luis, sino en todas partes, do quiera que resuena su nombre y la fama de su santidad.

Nos, acostumbrado á honrar con suma devocion al Angélico Jóven desde nuestros tiernos años, al saber esto, hemos experimentado muy singular afecto de alegría. Esperamos, pues, que con el favor de Dios no carecerán de fruto estas solemnidades para los cristianos, y sobre todo para los jóvenes, quienes, al tributar estas honras á su Patron tutelar, tendrán buena ocasion de considerar las clarísimas virtudes que en la vida de San Luis brillaron para ejemplo de todos. Al meditar en su interior y admirar estas virtudes, confiamos, que con la gracia de Dios se animarán á conformar su espíritu con ellas, y que imitándolas procurarán hacerse mejores.

Imposible es proponer á la imitacion de los jóvenes católicos un modelo más acabado, y más rico de aquellas virtudes, en que solemos desear que se distinga especialmente la edad juvenil. En efecto, en la vida y costumbres de Luis pueden aprender muy bien los jóvenes el cuidado y vigilancia con que se ha de guardar la inocencia y pureza de vida, la constancia con que se ha de castigar el cuerpo, para extinguir el fuego de la concupiscencia, el desprecio con que se han de mirar las riquezas y honores, el espíritu con que han de tomar los estudios y han de cumplir las demás obligaciones de su edad; y lo que en estos tiempos es de suma importancia, la fe y amor con que se han de unir á la Santa Madre Iglesia y á la Sede Apostólica. Pues el Angélico Jóven, ya viviese dentro de su casa paterna, ya como paje noble en la córte de España, ya se dedicase á los estudios y á la práctica de la virtud en la Compañía de Jesus, á la que se acogió renunciando el principado, y en donde, cerrada la puerta á las dignidades, procuraba cumplir el anhelo de toda su vida, que era consagrar todas sus fuerzas á la salvacion de los prójimos; en todos

estos géneros de vida se mostró siempre tal, que fácilmente descollaba en todo sobre los demás, y daba pruebas de insigne santidad.

Así, pues, está muy puesto en razon que los encargados de enseñar y educar á la juventud cristiana propongan el insigne ejemplo de San Luis como el más digno de imitacion, en lo cual se conforman con el consejo de nuestro Predecesor Benedicto XIII, que declaró á Luis Patrono principal de la juventud estudiosa. Por lo cual merecen sin duda toda alabanza aquellas sociedades de jóvenes católicos, que se han formado en varias ciudades, no sólo de Italia, sino de otras naciones, con el fin de promover el esplendor de estas solemnidades consagradas á San Luis. No ignoramos el afan con que estas sociedades han trabajado en disponer los obsequios que en todo el orbe católico se han de tributar al Angélico Jóven, y la diligencia que ponen para que se distingan, así en la piedad como en el número, las devotas peregrinaciones que se han de emprender, ó al pueblo natal de San Luis, ó á esta alma ciudad, que guarda con veneracion sus preciosas reliquias.

Tambien á los niños y niñas se ha facilitado el medio, segun hemos sido informados, de presentar á San Luis las primicias de su puro amor y piedad; pues se han difundido copiosamente hojas de listas ennoblecidas ya con nombres augustos, en los cuales ellos y sus padres se inscriban por siervos y devotos del Santo. En gran manera anhelamos que este singular fervor en obra tan buena, y estos santos propósitos y deseos obtengan con la bendicion de Dios feliz y próspero resultado. Entre tanto, habiéndosenos poco ha suplicado que, para mayor provecho de las almas, nos dignásemos enriquecer esta solemnidad y acrecentar su esplendor con los celestiales tesoros de la Iglesia; Nos hemos creido deber acceder benignamente á tan piadosa demanda.

Así, pues, confiados en la misericordia de Dios, y con la autoridad de sus Apóstoles San Pedro y San Pablo, concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados á todos y á cada uno de los fieles cristianos de ambos sexos, que asistieren todos los dias á un triduo, ó cinco veces al ménos á una novena que se celebrare ántes de la fiesta de San Luis Gonzaga en los dias que serán designados por el respectivo Ordinario, y que

ademas en el dia del Santo ó en alguno de los dichos dias que cada cual podrá escoger á su arbitrio, verdaderamente arrepentidos confesaren y comulgaren, y visitando devotamente alguna iglesia ú oratorio público, donde se celebre la fiesta de San Luis, rogaren á Dios por la concordia de los Príncipes cristianos, extirpacion de las herejías, conversion de los pecadores y exaltacion de la Santa Madre Iglesia. Pero á los fieles que al ménos con contrito corazon hicieren piadosas peregrinaciones á los lugares antedichos, á los niños segun su capacidad y á los padres de ellos que hubieren dado sus nombres para implorar el patrocinio de San Luis, con tal que asistan al triduo ó novena en el modo ántes indicado, concedemos indulgencia de siete años y siete cuarentenas en la forma usada por la Iglesia. Permitimos que todas y cada una de estas indulgencias, remisiones de pecados y diminucion de penitencias puedan aplicarse por vía de sufragio á las almas de los fieles cristianos que hubieren muerto en gracia de Dios. Las presentes letras valdrán sólo para este año. Queremos que á los traslados de las presentes letras ó á los ejemplares impresos, firmados por algun notario público y provistos del sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, se dé enteramente la misma fe que se daria á las presentes, si fuesen exhibidas ó presentadas.

Dado en Roma en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el dia 1.º de Enero de 1891, de nuestro Pontificado el XIII.

M. Cardenal **Ledochowski.»**

CAPÍTULO VI.

S. Luis despues de su muerte honrado por Dios.

Si Luis habia consagrado al Señor en vida todo cuanto era y le pertenecia, Dios, que de nadie se deja vencer en generosidad, le abrió y puso á su disposicion los tesoros de sus gracias y señalados favores. En vida jamas pidió cosa alguna al Señor que no se la concediese; y despues de su muerte son tantos los milagros obrados por su intercesion, que los referidos en el capítulo 3.º del libro III, aunque muchos en número, son la menor parte de los conocidos.

estos géneros de vida se mostró siempre tal, que fácilmente descollaba en todo sobre los demás, y daba pruebas de insigne santidad.

Así, pues, está muy puesto en razon que los encargados de enseñar y educar á la juventud cristiana propongan el insigne ejemplo de San Luis como el más digno de imitacion, en lo cual se conforman con el consejo de nuestro Predecesor Benedicto XIII, que declaró á Luis Patrono principal de la juventud estudiosa. Por lo cual merecen sin duda toda alabanza aquellas sociedades de jóvenes católicos, que se han formado en varias ciudades, no sólo de Italia, sino de otras naciones, con el fin de promover el esplendor de estas solemnidades consagradas á San Luis. No ignoramos el afan con que estas sociedades han trabajado en disponer los obsequios que en todo el orbe católico se han de tributar al Angélico Jóven, y la diligencia que ponen para que se distingan, así en la piedad como en el número, las devotas peregrinaciones que se han de emprender, ó al pueblo natal de San Luis, ó á esta alma ciudad, que guarda con veneracion sus preciosas reliquias.

Tambien á los niños y niñas se ha facilitado el medio, segun hemos sido informados, de presentar á San Luis las primicias de su puro amor y piedad; pues se han difundido copiosamente hojas de listas ennoblecidas ya con nombres augustos, en los cuales ellos y sus padres se inscriban por siervos y devotos del Santo. En gran manera anhelamos que este singular fervor en obra tan buena, y estos santos propósitos y deseos obtengan con la bendicion de Dios feliz y próspero resultado. Entre tanto, habiéndosenos poco ha suplicado que, para mayor provecho de las almas, nos dignásemos enriquecer esta solemnidad y acrecentar su esplendor con los celestiales tesoros de la Iglesia; Nos hemos creido deber acceder benignamente á tan piadosa demanda.

Así, pues, confiados en la misericordia de Dios, y con la autoridad de sus Apóstoles San Pedro y San Pablo, concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados á todos y á cada uno de los fieles cristianos de ambos sexos, que asistieren todos los dias á un triduo, ó cinco veces al ménos á una novena que se celebrare ántes de la fiesta de San Luis Gonzaga en los dias que serán designados por el respectivo Ordinario, y que

ademas en el dia del Santo ó en alguno de los dichos dias que cada cual podrá escoger á su arbitrio, verdaderamente arrepentidos confesaren y comulgaren, y visitando devotamente alguna iglesia ú oratorio público, donde se celebre la fiesta de San Luis, rogaren á Dios por la concordia de los Príncipes cristianos, extirpacion de las herejías, conversion de los pecadores y exaltacion de la Santa Madre Iglesia. Pero á los fieles que al ménos con contrito corazon hicieren piadosas peregrinaciones á los lugares antedichos, á los niños segun su capacidad y á los padres de ellos que hubieren dado sus nombres para implorar el patrocinio de San Luis, con tal que asistan al triduo ó novena en el modo ántes indicado, concedemos indulgencia de siete años y siete cuarentenas en la forma usada por la Iglesia. Permitimos que todas y cada una de estas indulgencias, remisiones de pecados y diminucion de penitencias puedan aplicarse por vía de sufragio á las almas de los fieles cristianos que hubieren muerto en gracia de Dios. Las presentes letras valdrán sólo para este año. Queremos que á los traslados de las presentes letras ó á los ejemplares impresos, firmados por algun notario público y provistos del sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, se dé enteramente la misma fe que se daria á las presentes, si fuesen exhibidas ó presentadas.

Dado en Roma en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el dia 1.º de Enero de 1891, de nuestro Pontificado el XIII.

M. Cardenal **Ledochowski.**»

CAPÍTULO VI.

S. Luis despues de su muerte honrado por Dios.

Si Luis habia consagrado al Señor en vida todo cuanto era y le pertenecia, Dios, que de nadie se deja vencer en generosidad, le abrió y puso á su disposicion los tesoros de sus gracias y señalados favores. En vida jamas pidió cosa alguna al Señor que no se la concediese; y despues de su muerte son tantos los milagros obrados por su intercesion, que los referidos en el capítulo 3.º del libro III, aunque muchos en número, son la menor parte de los conocidos.

Ya en 1756 se publicó en Padua una obra en 4 tomos, con el título *Delle grazie di S. Luigi Gonzaga d. C. d. G.*[9] por el P. Andres Budrioli, el mismo que compuso las tres devotísimas oraciones de la Misa del Santo. Este Padre recibió del P. General Miguel Angel Tamburini, en 1.º de Junio de 1719, el cargo de Postulador en la causa de canonizacion del B. Luis, y de preparar los documentos necesarios para el caso, y se dedicó á ello con todo empeño, no sólo por obediencia, sino tambien por devocion y reconocimiento.

El P. Budrioli nació el 20 de Diciembre de 1679 en Forlí, y entró en la Compañía de Jesus el 4 de Mayo de 1695. Nunca habia sido fuerte de complexion; y en 1717 decayó de tal modo su salud, que todos preveian que, como sus demas hermanos, moriria anémico. Pero él, movido de interior impulso, se obligó con voto á promover eficazmente la canonizacion del B. Luis, si curaba, y escribir de su propia mano cuanto á ello fuese conducente. Sanó entónces, y vivió más de 40 años en buena salud, siempre ocupado en glorificar á su bienhechor. En la obra citada cuenta 2345 milagros obrados por mediacion de S. Luis, y entre ellos su prodigiosa é instantánea curacion[a]). De ellos referiremos aquí alguno que otro, para edificacion y consuelo del lector.

Muy á los extremos se hallaba en 1736 el P. General de la Compañía, Francisco Retz, de resultas de un tumor maligno, y despues de haberle hecho seis dolorosas operaciones sin mejora alguna, se disponia para morir, recibido ya el santo Viático. Entónces le animó el P. Budrioli á pedir la salud á S. Luis, y le dejó una estampa del Santo. Aunque el enfermo estaba del todo resignado en las manos de Dios, pidió á S. Luis aquella gracia, y encargó al P. Budrioli que hiciese rogar á otros por la misma intencion. A la mañana siguiente los Novicios y Retóricos de S. Andres, en compañía de los escolares del Colegio Romano, fueron á la capilla del sepulcro del Santo, y allí comulgaron é hicieron oracion con gran fervor, pidiendo la gracia deseada. Llegó el dia 12 de Junio, en que se da principio á la novena de S. Luis, y el P. General empezó á tener mayor esperanza de sanar. Comenzó la novena, y cada dia se sentia algo más aliviado, hasta el punto de que el dia

a) «Delle grazie di S. Luigi», tom. IV, pag. 105, 106.

de la fiesta se hallaba curado del todo. Despues jamas dejó de interponer su autoridad de General, cuando podia contribuir á la propagacion del culto de su libertador dentro ó fuera de la Compañía.[a])



Milagrosa imágen de S. Luis venerada en Sazzo (Valtellina.)

El cuadro al oleo fué pintado en Milan en 1608 y regalado el mismo año por el P. Carrara, Rector del Colegio de la Compañía de Jesus de Novocomo, á D. Nicolas Longhi, vicario del Párroco de Sazzo. (Véase appendice, cap. 6.)

En el Noviciado de S. Andres hallábase moribundo el H. Novicio Nicolas Luis Celestini el 10 de Febrero de 1765; pero, cuando casi se le tenia por muerto, de repente recobró el color natural, y lleno de júbilo exclamó: «Estoy sano. San «Luis me ha curado. Lo he visto, me ha hablado y concedido

---

a) «Delle grazie di S. Luigi», tom. IV, pag. 489—492.

«la gracia. Ya no me duele la cabeza, ni la garganta. No «tengo, como antes, opresion de pecho, ni tos, ni dolor de «costado, ni convulsiones. Veo claro y distingo bien los objetos. «Que me reconozcan y verán que estoy perfectamente curado. «Denme de vestir y de comer.»

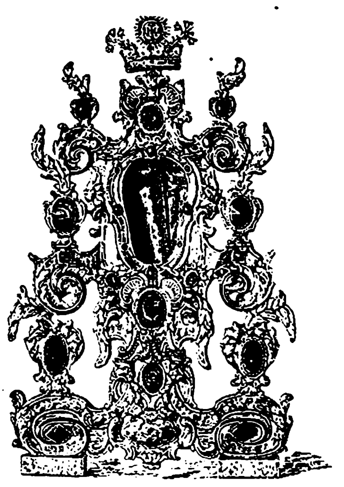
Para satisfacer la natural curiosidad de los circunstantes, dijo que aquella mañana, al volverle las convulsiones, se fijó en el cuadro de S. Luis colgado junto á la cama. De improviso vió que resplandecia con clarísima luz, de entre la cual salió el Santo tan hermoso y amable, que era un encanto: tenia en la mano izquierda un crucifijo, y con la derecha le hizo señal de que se acercase: Queriendo hacerlo, se incorporó, pero por la debilidad volvió á caer en el lecho, exclamando — «¡Qué hermoso eres, Luis mio, qué hermoso eres!» De nuevo le hizo señas el Santo, y en alzándose, le dijo: «¿Qué quieres? ¿La salud ó la muerte?» — *Fiat voluntas Dei*, le contestó el Novicio. Entonces el graciosísimo S. Luis le añadió: «Ya «que en toda tu enfermedad sólo has deseado recibir el Viático, «y en lo demas te conformabas con la voluntad de Dios, el «Señor te concede la salud por mi intercesion, para que «atiendas á tu perfeccion, y procures toda tu vida propagar «la devocion al Corazon de Jesus.» Díjole otras cosas, parte para instruirlo, parte para confortarlo, y le aseguró que no volveria á padecer aquel mal. Finalmente le ordenó que practicase la devocion de los *seis domingos* en memoria de los seis años que él habia vivido en la Compañía. El Novicio, animado al ver tanta bondad, suplicó á S. Luis que le librase tambien de un agudo dolor de cabeza que entonces le aquejaba, y le molestaba de continuo aun estando sano. — «No es «voluntad de Dios, le dijo el Santo, que te veas libre del todo «de ese dolor; sino que te resientas siempre algo, en memoria «de la pasion del Señor, y á imitacion mia, que en vida siempre «deseé sufrir, para conformarme con mi Señor que tanto habia «padecido por mí.» Dicho esto, lo bendijo con la mano derecha, y desapareció, dejándolo libre de la enfermedad.

Lleno de júbilo bajó el H. Celestini con los demas Novicios á la iglesia á dar gracias á Dios, y se empleó en adelante en propagar el culto del Sagrado Corazon de Jesus.[a])

---

a) P. Cepari «Della vita di S. Luigi», Roma 1862, P. IV, p. 272—274.

Tambien fué ruidosa la curacion del H. José Spinelli, escolar de la Compañía, enfermo de apoplejía á los 22 años de edad en el Colegio de Palermo. Estando paralítico y sin poder hablar, recibió los últimos Sacramentos y estaba para espirar; pero quedábale libre el conocimiento, y se encomendó á S. Luis, del cual tenia en el aposento una reliquia. Era la noche del 11 de Febrero de 1634, y se le aparecieron en sueños S. Luis Gonzaga y S. Juan Berchmans. Al preguntarle S. Luis qué deseaba, respondió: «El habla y la salud.» —



Reliquia de S. Luis venerada en Sazzo (Valtellina).
(Véase appendice, cap. 6.)

Tendrás la una y la otra, le dijo S. Luis, y le añadió: *Confortare et esto robustus; grandis enim tibi restat via.* Despertó José, y volviéndose á dormir se le aparecieron de nuevo los dos Santos. S. Juan tenia en la mano un vasito, y S. Luis, despues de haber hablado largo rato al enfermo animándolo á santificarse y hacer buen uso de la lengua, y sobrellevar por amor de Cristo los grandes trabajos que le aguardaban, en los cuales le añadió, *Ego tibi dux ero*; quiso que renovase el voto hecho algunos dias antes, de ayunar la víspera de su fiesta y hacer otras devociones. Luégo metió un dedo en el vasito, y en forma de cruz le mojó la lengua. Despertó el

enfermo y dijo en voz muy alta: «¡S. Luis, S. Luis!» Pasados unos cuatro dias apareciósele en sueños S. Juan Berchmans, y le dijo que habia llegado la hora de su entera curacion: que se encomendase con mayor fervor á S. Luis. Hízolo así, y á la noche vió de nuevo á los dos jóvenes durante al sueño. S. Juan llevaba el vasito, y S. Luis dió al enfermo algunos consejos, le ordenó que se llamase Luis, ungióle con el celestial licor la pierna, el brazo y el costado, y le dijo: *Deus omnipotens det tibi per merita S. P. nostri Ignatii, ut possis ambulare, et faciat, ut ambulatio ista sit ad vitam æternam. Amen.* Enjugóle S. Juan con grande amor los sitios ungidos, y le dijo S. Luis: «Ea, José, levántate, que estás sano, cumple tu palabra y sé santo.» Desaparecieron los dos celestiales bienhechores, se levantó José sano del todo, bajó á la iglesia, ayudó á Misa y comulgó. Acabados los estudios y ordenado de Sacerdote, pidió y obtuvo ir á las Filipinas, donde, con el nombre de Luis, trabajó como Apostol y murió como santo.[a])

Con otro insigne devoto suyo obró S. Luis muchos milagros. Fué este Mons. Volfango de Asch, Canónigo de Landshut, de una muy noble familia de Baviera, el cual publicó de todo relacion jurada. Hallándose dicho Volfango el año 1617 en Munich estudiando retórica en el Colegio de la Compañía, cayó enfermo de la vista, y quedó casi ciego y con fuertes dolores de cabeza, sin hallar alivio alguno en las medicinas. Habia llegado aquellos dias de Italia un condiscípulo suyo llamado Antonio Lambertengo que traia un frasquito de aceite milagroso, tomado de la lámpara que ardia en Sasso, su patria, ante el altar de S. Luis. Enterado Volfango de quién era S. Luis y los muchos milagros que obraba por medio del aceite de su lámpara, le cobró gran devocion, comulgó, y se hizo ungir tres veces los ojos. A la tercera sintió dolores vivísimos, y salió de sus ojos gran cantidad de humor maligno. Los abrió un poco despues, y los tenia del todo sanos. En muestra de agradecimiento fué tres veces á Roma en peregrinacion á visitar el sepulcro de su celestial médico, y en una de ellas se le apareció el Santo.

Cuando los Suecos se apoderaron de Landshut, patria de Volfango, fué éste llevado en rehenes á Augusta, donde los

---

a) Acta Sanctorum l. c. p. 1075—1078.

malos. tratamientos que le hicieron durante casi tres años lo pusieron á las puertas de la muerte. Apareciósele entonces S. Luis y le iba echando rosas sobre la cama. Así que el enfermo hizo voto de ir otra vez á Roma, quedó de repente sano. No lo queria creer el médico cuando se lo refirieron, y al ver que Volfango le salia al encuentro, le dijo: «Desacre-«dita V. á los médicos y la medicina, que le daban no solo «por moribundo, sino tambien por muerto;» y aunque luterano atestiguó que aquello era verdadero milagro. Lo cual le hizo dudar de la verdad de su secta, y pidió la vida de S. Luis para leerla.[a])

Poco ha mencionamos á Sasso de la Valtellina. Era éste casi del todo desconocido hasta que le hicieron célebre los muchos milagros alli obrados por S. Luis. En 1607 llegó á manos de D. Nicolas Lunghi, párroco de Sasso, la vida de S. Luis escrita por el P. Cepari. Inflamado el celoso sacerdote en amor al Santo, trató de darle á conocer á su pequeña grey. Su confianza, premiada con hechos prodigiosos, creció mucho el año siguiente, en que recibió una imágen del Santo que le envió el P. Rector del Colegio de la Compañía de Nuova-Como, y llegó á su colmo cuando D. Francisco Gonzaga le regaló una reliquia de su santo hermano. Fueron sin cuento los prodigios obrados, sobre todo con el aceite de la lámpara encendida delante de dicha imágen, hasta el punto de que Sasso llegó á ser muy famoso, y ahora tiene un magnífico santuario, donde se cumple á la letra aquello de *nimis honorati sunt amici tui, Deus, nimis confortatus est principatus eorum.*[b])

a) Acta Sanctorum l. c. pag. 1058—1084. — b) Cod. Cocoini «Processus in Vulturena Valle confectus ad comprobationem miraculorum Beati Aloysii Gonzaga». An. 1612. Ms. Fol. 132 resp. 264 per totum.



CONCLUSION.

Fechas notables relacionadas con S. Luis.

1568. *9 de Marzo.* Nacimiento y bautismo de S. Luis en el principado de Castiglione.

1573. Estancia durante algunos meses en Casalmaggiore, donde, siendo de 5 años, corre gran peligro al disparar un cañon. A primeros de *Junio* vuelve á Castiglione.

1576. Vive en Monferrato á la edad de ocho años, con toda la familia llamada allí por D. Ferrante á causa de la peste.

1577. En *Junio* va á los Baños de Lucca, donde pasa varios meses; y sale en direccion de Florencia probablemente á fines de *Agosto.*

1578. Va á Florencia y á los 10 años de edad hace voto de perpetua virginidad en la iglesia della SS.ma Annunziata ante la imágen de N.a Señora. Visita á su padre en los baños de Lucca.

1580. Sale el *18 ó 20 de Junio* para Castiglione y es favorecido con un muy sublime don de oracion y lágrimas; y teniendo 12 años y 4 meses recibe en *Julio* por primera vez la comunion de manos de S. Carlos Borromeo. En *Noviembre* va á Casale de Monferrato y al atravesar un rio corre peligro de ahogarse.

1581. Teniendo 13 años, y estando en Casal de Monferrato, resuelve entrar en Religion, y probablemente en *Mayo* vuelve á Castiglione, donde Dios lo libra de perecer ahogado por las llamas. En *Setiembre* sale para España, y se hace á la vela en Génova el *8 de Noviembre.*

1582.
1583. Permanece en España, y es llamado á la Compañía de Jesus por N.ª S.ª del Buen Consejo.

1584. En la *primavera* vuelve á Italia, y llega á ella en *Junio.* Visita varios Príncipes de la alta Italia y va á Milan.

1585. De Milan va á Mantua en *Julio*, hace allí los Ejercicios espirituales y torna á Castiglione. — El *2 de Noviembre* renuncia al Principado, y dos dias despues emprende el viaje de Roma, y entra en el Noviciado de la Compañía á los *25 de Noviembre.*

1586. Hace el primer año de Noviciado en Roma en S. Andres del Quirinal y en la segunda mitad de *Octubre* va á Nápoles.

1587. El *8 de Mayo* sale para Roma, acaba la filosofía y empieza la teología en el Colegio Romano; el *25 de Noviembre* hace los votos simples de la Compañía.

1588. Continúa la teología en el Colegio Romano.

1589. Siendo estudiante teólogo va á Mantua y Castiglione para arreglar las discordias entre su hermano Rodulfo y el Duque de Mantua. Vuelve á Milan el *28 de Noviembre* y prosigue estudiando teología con algunas interrupciones.

1590. Permanece algun tiempo en Mantua y Castiglione y torna á Milan el *12 de Marzo.* Tiene revelacion de su muerte próxima, vuelve á Roma á principio de *Mayo* y prosigue el curso de teología.

1591. Sirve á los apestados en el hospital *di S. Sisto e di S. Maria della Consolazione*, cae herido de la peste y muere el *21 de Junio.*

1600. El *4 de Abril* contempla su gloria S.ta Maria Magdalena de Pazzis. Esto y el milagro hecho por él 4 dias despues en el convento donde ella moraba da grande impulso á la devocion al Santo, que empezó á ser reverenciado en la alta Italia y en Roma.

1604. El Sínodo de Mantua resuelve el *12 de Mayo* pedir á Su Santidad la canonizacion de Luis. — En Brescia, con permiso del Sr. Obispo, se celebra la primera fiesta en honor del Siervo de Dios. — El *28 de Julio* se expone y venera por primera vez la imágen de Luis en la iglesia de Castiglione.

1605. *13 de Mayo.* Es trasladado su cuerpo (en la Iglesia *dell'.Annunziata* del Colegio Romano) de la capilla de S. Sebastian á la de N.ª Señora.

21 de Mayo. Con autorizacion de Paulo V, por primera vez en Roma se expone su imágen á la pública veneracion en la iglesia *dell' Annunziata.*

26 de Setiembre. Es proclamado Beato, «*vivæ vocis oraculo*».

19 de Octubre. Publicacion del Breve en que se le confirma el título de Beato.

1618. *26 de Marzo.* Se da licencia para celebrar su fiesta en los estados de la Casa Gonzaga con Misa y oficio propio; poco despues se extiende esta concesion á los Padres de la Compañía de Roma.

1621. *2 de Octubre.* Se concede el mismo privilegio á toda la Compañía y á los Sacerdotes seculares que celebren en los templos de la misma.

1725. *21 de Junio.* Benedicto XIII lo declara Patrono especial de la juventud estudiosa educada por la Compañía.

1726. *10 de Diciembre.* Firma Su Santidad el decreto de canonizacion del B. Luis.

13 de Diciembre. Se celebra la fiesta solemne de canonizacion en S. Pedro.

1729. *22 de Noviembre.* Es proclamado Patrono especial de la juventud de toda la cristiandad.

Cerremos este Apéndice con el *Retrato físico y moral de S. Luis* tal cual aparece en los Procesos de beatificacion y canonizacion.

Era de mediana estatura, más bien alto que bajo, de ojos grandes y negros, y nariz aguileña. Solia llevar la cabeza algo inclinada hacia adelante. La constitucion de su cuerpo era robusta, pero muy debilitada por las penitencias. En su rostro sonrosado y varonil, no alterado por ninguna pasion violenta, se veia retratado su vigor natural y buena salud. En la corte vestia traje negro y sencillo.

Su alma era de veras nobilísima y enriquecida de Dios con muy señalados dones. Admiraban sus maestros y condiscípulos su extraordinario talento, junto con una memoria

tenacísima, y los grandes progresos que habia hecho en la ciencia, por su mucha y constante aplicacion al estudio. Porque á la agudeza del ingenio correspondia la energía de la voluntad, que no se pagaba de cosas caducas, sino aspiraba á las sublimes, con tal decision y empeño, que ponia espanto. Desde niño, y más aún siendo jóven, era muy sesudo, considerado, sobrio, prudente y notablemente diestro en el manejo de los negocios; por lo cual sus condiscípulos en teología lo llamaban su *Generalino*, y los Padres del Colegio Romano preveian que, teniendo vida y salud, llegaria á ser General de la Compañía.[10]

Era de complexion sanguínea, y bien se echaba de ver que corria por sus venas sangre de Príncipes, pues era de nobles sentimientos, valiente y resuelto. Si hemos de creer al mismo Luis, se veia muy inclinado á la soberbia; sólo que la domó con la continua mortificacion y abnegacion de sí mismo, hasta el punto de que no se le podia causar mayor disgusto que dándole muestras de tener en grande estima sus cualidades.

Pero si con los dones naturales se comparan los favores sobrenaturales de que Dios le enriqueció, desde luégo se verá la grande ventaja que llevan estos á los otros.

Desde su infancia le fueron concedidos tesoros de gracia que muchos no alcanzan en largos años. Reinaba en su noble corazon el amor de Dios y del prójimo, y este divino amor embellecia y daba vigor, mérito y direccion á las demas virtudes. Amaba á Dios con tanto ardor, que le costaba trabajo apartar de él el pensamiento, y el intentarlo le hacia daño á la salud. De aquí le nacia el altísimo conocimiento que tenia de Dios, y de éste el desprecio de las humanas grandezas y aun de sí mismo, en cuanto esto le apartaba ó no le llevaba al amor de Dios. Elevado de este modo sobre todo lo humano, y endiosado, por decirlo así, por el trato íntimo y continuo con Dios, la presencia de Luis infundia santos pensamientos y deseos en los que le trataban; y fuesen jóvenes ó ancianos, se mesuraban y componian delante de él; y se movian á devocion, por más que su trato era agradable, y nada rústico ni austero. La severidad la reservaba para sí; con los demas era en extremo afable, cortes y agradecido al menor obsequio que se le hacia; y amenizar la conversacion con dichos graciosos era por demas discreto y oportuno.

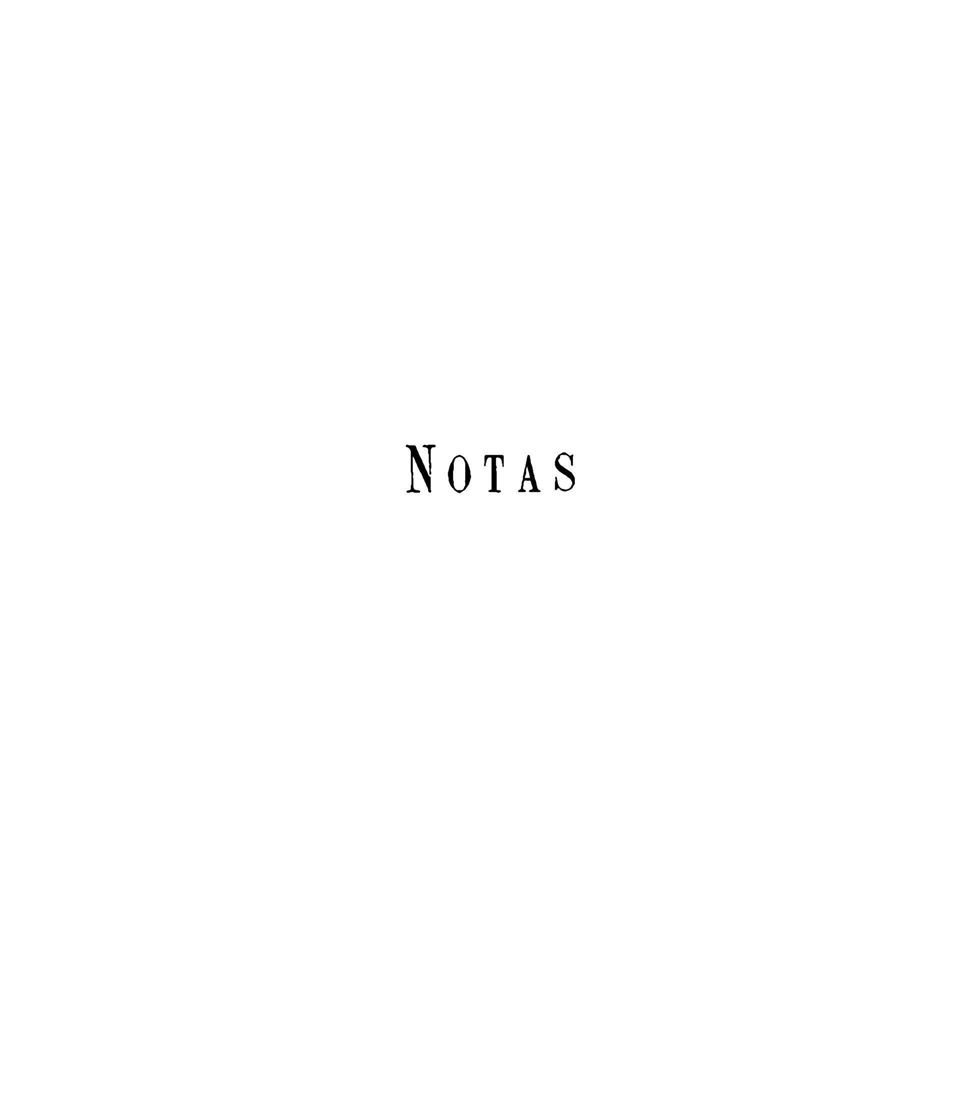
El permiso que más frecuentemente pedia á los Superiores era el de visitar los enfermos, ó pedir limosna por las calles de Roma para los pobres. Cierto que en ello no tanto atendia á socorrer las necesidades del cuerpo cuanto las del espíritu. De aquí el gusto que hallaba en instruir á los ignorantes en las verdades de la fe, y disponerlos para la confesion. Desde niño tuvo vivos deseos de llevar á las Indias y al Japon la luz del Evangelio, y despues ejercitó cuanto se lo permitian las fuerzas y condicion un fervoroso apostolado entre los que le rodeaban. Y no fué esteril su celo: aplacó graves discordias, cortó públicos escándalos, aun á costa de grandes sacrificios, no dudando para esto dejar su amado retiro. Aceptó el Señor el ofrecimiento generoso de Luis de servir á los apestados, para que vida tan santa fuese coronada con el martirio de la caridad.

En fin á la sabiduría infinita, que todo lo gobierna, plugo juntar en Luis perfecciones que difícilmente se ven reunidas, pero que se completan admirablemente: madurez de anciano, en un graciosísimo niño; castidad angélica en un cuerpo mortal; grandes títulos y nobleza humana con profundísima humildad; contemplacion sublime con vida muy activa; inocencia admirable con rigurosa penitencia; la paz y quietud de un bienaventurado con los trabajos de este miserable destierro.

Debemos, pues, deducir que Luis fué un continuo milagro; y que por lo mismo, como dice un muy docto seglar,[11] nada se ha de medir en Luis con la medida ordinaria.

A. M. D. G.





NOTAS

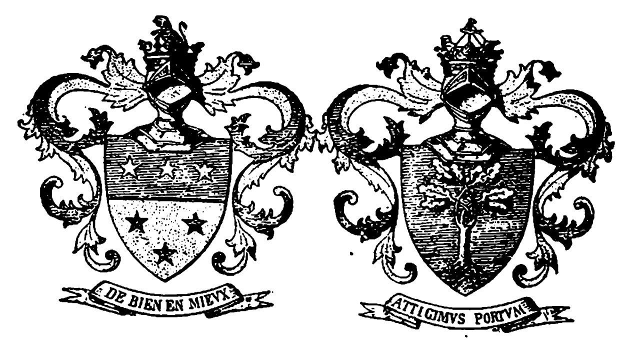
El permiso que más frecuentemente pedia á los Superiores era el de visitar los enfermos, ó pedir limosna por las calles de Roma para los pobres. Cierto que en ello no tanto atendia á socorrer las necesidades del cuerpo cuanto las del espíritu. De aquí el gusto que hallaba en instruir á los ignorantes en las verdades de la fe, y disponerlos para la confesion. Desde niño tuvo vivos deseos de llevar á las Indias y al Japon la luz del Evangelio, y despues ejercitó cuanto se lo permitian las fuerzas y condicion un fervoroso apostolado entre los que le rodeaban. Y no fué esteril su celo: aplacó graves discordias, cortó públicos escándalos, aun á costa de grandes sacrificios, no dudando para esto dejar su amado retiro. Aceptó el Señor el ofrecimiento generoso de Luis de servir á los apestados, para que vida tan santa fuese coronada con el martirio de la caridad.

En fin á la sabiduría infinita, que todo lo gobierna, plugo juntar en Luis perfecciones que difícilmente se ven reunidas, pero que se completan admirablemente: madurez de anciano, en un graciosísimo niño; castidad angélica en un cuerpo mortal; grandes títulos y nobleza humana con profundísima humildad; contemplacion sublime con vida muy activa; inocencia admirable con rigurosa penitencia; la paz y quietud de un bienaventurado con los trabajos de este miserable destierro.

Debemos, pues, deducir que Luis fué un continuo milagro; y que por lo mismo, como dice un muy docto seglar,[11] nada se ha de medir en Luis con la medida ordinaria.

A. M. D. G.





Armas de la familia Tana. (Véase el libro I, nota 3.)

Armas de la familia della Rovere. (Véase el libro I, nota 3.)

NOTAS AL LIBRO PRIMERO.

1. (Pag. 3.) Castellon, en italiano *Castiglione*, viene de la palabra latina *castellum*, que significa castillo, de donde tambien hemos formado nosotros las palabras Castilla, Castellon, Castellano y otras. Varias ciudades llevan en Italia el nombre de *Castiglione*, como la Mantovana, Aretina, etc. S. Luis tuvo su cuna en *Castiglione dello Stiviere*, llamado vulgarmente *delle Stiviere*, sin que se haya podido averiguar con certeza de donde tomó esta denominacion, así como tampoco se sabe el orígen que tuvo la ciudadela ó castillo donde nació el Santo.

2. (Pag. 3.) Dice el Autor que D. Ferrante era primo carnal en tercer grado del Duque de Mantua. Como se puede ver en el árbol genealógico, lo era en tercero y cuarto.

3. (Pag. 3.) Segun antigua tradicion, la familia *Tana* es de orígen aleman, como lo refiere Cibrario (*Storia di Chieri. Torino 1827*, tom. I, pág. 146). Los que aseguran que desciende de la familia Truchses-Tanne-Waldburg, sólo parece que se fundan en la semejanza de *Tana* y *Tanne*, y en el oficio de copero del Emperador, hereditario en la casa Truchses-Waldburg, y en el parecido de mayordomo de casa y boca ejercido en el palacio de los Duques de Saboya, en los siglos XVI y XVII, por varios miembros de la familia Tana; lo cual sin más datos poco valor histórico tiene para deducir el entronque de ambas familias.

Como el Piamonte, en el tiempo de que habla el P. Cepari, estaba sujeto á Francia, se explica fácilmente porqué D.ª Marta fué Dama en la corte de D.ª Isabel, hija del rey de Francia, cuando en 1559 casó con Felipe II.

Gloríase la familia Tana de tener entre sus santos descendientes, ádemas de S. Luis á la B. María de los Angeles, Carmelita Descalza, que murió en 1717. Gozaba aun en vida de tal fama de santidad, que el rey Victorio Amadeo II la visitó muchas veces para pedirle consejo en asuntos de importancia. D. Hércules (de quien se habla en el libro I, cap. 2, pag. 9), era hermano de la Madre de S. Luis, y bisabuelo de la B. María de los Angeles.

El bisabuelo de D.ª Marta, D. Jerónimo della Róvere, era tío del Cardenal della Róvere mencionado repetidas veces en esta historia. Por parte de madre estaba emparentada D.ª Marta con los Sumos Pontífices Sixto IV y Julio II, ambos descendientes de la casa *della Rovere de Savona.* Despues de la exaltacion de Sixto IV al trono Pontificio, emparentaron varias veces los *della Rovere de Turin*, de los que descendia la madre de D.ª Marta, y los della

Autógrafo del Marques D. Ferrante, padre de S. Luis.
La carta original se halla en Florencia, en el Archivo de Estado (seccion *Archivio Mediceo*, *Cod. 2956*, *Lettere del Marchese di Castiglione*).

Rovere de Savona, tronco de donde descendian ambos Pontífices. (P. Fedele Savio d. C. d. G. *Le famiglie della Rovere e Tana Parenti di S. Luigi Gonzaga*, *Memorie Storico-Genealogiche. Pisa*, *1890.* Acompañan á este trabajo dos árboles genealógicos hechos con gran esmero.)

4. (Pag. 7.) La fortaleza de Castellon, con la roca en que terminaba el monte, no existen ya, por haber sido destruidas en tiempo de la guerra de sucesion al trono de España, al empezar el siglo XVIII. Estaba en poder de los Imperiales, los cuales, no pudiendo resistir á un nuevo asalto del conde Revel, la abandonaron en 1702, sintiendo dejar aquella plaza, que era de todos muy codiciada por ocupar un punto estratégico muy importante. Los Austríacos, al querer recobrarla, fueron rechazados por los Franceses, y estos, para que con el tiempo no se apoderasen de ella los contrarios, la volaron á fines de aquel mismo año. Desapareció pues la roca y el castillo, y sólo quedaron en pié, de todas las habitaciones, las paredes de aquella en que nació S. Luis Gonzaga. Tambien estas se han ido desmoronando con el trascurso de los

años, y hoy sólo existen la portada del castillo, un grupo de casas de ninguna importancia, donde vivia el castellano, la iglesita de S. Sebastian y otras pocas ruinas. Del aposento de S. Luis se han conservado ocho ladrillos, que se hallan en el Colegio ó Convento de las Vírgenes del Jesus, en Castellon. Dichos ladrillos se guardan en la celda donde vivió y murió Cinzia, sobrina de

Autógrafo de D.ª Marta, madre de S. Luis.
Posee la carta original el Profesor Sr. Iozzi.

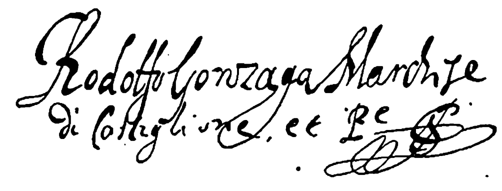
S. Luis, que fué una de las fundadoras, con esta inscripcion, que indica su procedencia:

PARIETIBVS · QVOS · OLIM · INCOLVIT
PIISSIMA · DOMINA · CYNTIA · GONZAGA
PRIMVS · LAPIS · COLLEGII · VIRGINVM · IESV
HOC · VNVM · DEERAT · ORNAMENTI · AC · DECORIS
VT · EVERSA · CASTILIONENSI · ARCE
E · DIRVTI · CVBICVLI
B · ALOYSII · GONZAGAE . ILLIVS · PATRVI
PAVIMENTO · EREPTI · LAPIDES
IN · AEDIFICATIONEM · INSERERENTVR.

Ademas se conservan allí mismo el crucifijo de plata que usaba el Santo, una gran cruz hecha con la madera de su cama, y varios retratos suyos ó de personas de su familia; entre ellos los de tres sobrinas del Santo joven, que las representan á la edad de 6 á 8 años, y otros de las mismas cuando ya eran Religiosas.

5. (Pag. 8.) La iglesia de los Santos Nazario y Celso, construida en 1162, estuvo primeramente dedicada al Príncipe de los Apóstoles. En el siglo pasado se le dió mayores proporciones, y en 1772 fué consagrada solemnemente tal cual hoy se ve, con sus tres naves, que le dan el aspecto de verdadera catedral. Poseia como preciosa reliquia un gran hueso de S. Luis Gonzaga, la cual desapareció en 1724, cuando tantas iglesias fueron robadas y profanadas. Ahora se venera en la misma iglesia una falange de un dedo del Santo, que algun tiempo perteneció al Convento de los capuchinos de *S.ta Maria della Noce.* Otro tesoro hay allí, que nos interesa en gran manera. La piadosa Madre de S. Luis, D.ª Marta, llevada de su gran humildad, ordenó en el testamento

que la enterrasen en la iglesia de los Franciscanos, próxima á Castellon, pero sin ponerle lápida sepulcral ni inscripcion alguna, y de este modo logró su deseo, de que con el tiempo se ignorase dónde reposaban sus cenizas; hasta que en 1763 el Notario Antonio Maria Nodari pudo averiguar el sitio de la sepultura. Hallada la caja con los restos mortales de D.ª Marta, fué colocada en otra sepultura abierta en la misma capilla, ante el altar, y se le puso el correspondiente epitafio. Al ser destruida aquella iglesia en 1804, dicha caja fué llevada á la iglesia parroquial, y colocada cerca del presbiterio, en el mismo sitio en que, segun la tradicion, se arrodilló la afortunada Madre para adorar la imagen de su Hijo, cuando por primera vez fué expuesta en el altar á la pública veneracion



Autógrafo del Marques y Príncipe Rodolfo, hermano de S. Luis.
La carta original está en Florencia, en el Archivo de Estado (seccion *Archivio Mediceo, Cod. 2957, Lettere del Marchese di Castiglione*).

con los honores de Beato. Sobre la tumba se halla la inscripcion siguiente:

MARTHAE · TANAE · GONZAGAE
ALOYSII · ILLIVS · SANCTI
MATRIS
Θ · VI · KAL · MAIAS · MDCV
O · H · S · S
QVAE
IN · TEMPLO · MARIANO · FF · FRANCISCALIVM
IN · OBSCVRO · LOCO · PRIMVM · HVMATA
ERVTA · INDE · FVERE · ET · IN · DECORO · DEPOSITA
ANN · MDCCLXIII
POSTREMVM
TEMPLO · ILLO · HEV · EVERSO
PER · CVLTORES · ALOYSIANOS
HVC · TRANSLATA · SVNT
XI · KAL · IVN · MDCCCIV.

6. (Pag. 8.) El nombre que pusieron al niño en el bautismo viene de *Ludovicus*, que los italianos traducen *Luigi*, y sobre todo en la Italia setentrional *Aluigi* ó *Aloigi*. El mismo Santo se

firmaba comunmente Aluigi, y así le llama el P. Cepari en la vida manuscrita, aunque luégo en la impresa le dió el nombre de *Luigi.* De Aluigi ó Aloigi se formó el latino *Aloysius ó Aloisius*, que usó el P. Jerónimo Plati en su obra *Vocatio Aloysii Gonzagae ad Societatem Jesu.* El P. Francisco Sacchino, en una vida de S. Luis que escribió en latin en 1612, quiso llamarle *Ludovicus*, pero se lo desaconsejaron, por haberse hecho ya popular el de *Aloysius*, sobre todo despues que Paulo V le llamó así en el Breve Apostólico, á instancias de D. Francisco Gonzaga, hermano de S. Luis. Despues, del latino Aloysius salió el nombre italiano *Aloisio,* que llevaron algunos parientes del Santo joven, como se ve en varios documentos del archivo de Mantua. Pedro Francisco del Turco, ayo de S. Luis, en el libro en que anotaba los gastos de su encomendado, le llama unas veces *Aloisio*, y otras *Aluigi* ó *Luigi.* El abuelo de nuestro santo, en las muchas cartas que de él se conservan en el archivo municipal de Castel Goffredo y en el de la casa Gonzaga, de Mantua, se firma siempre *Luis.* Otras personas de la misma familia aparecen en varios documentos con el nombre de *Alovisio, Aloise,* ó *Alvise.* Tambien se ve admitida en un documento la forma latina *Loysius y Luysius*, pero ésta no ha sido usada despues, que nosotros sepamos.

7. (Pag. 8.) Luis Gonzaga se llamaba el abuelo paterno de nuestro Santo, y no se ha de confundir, como es fácil, y algunos lo han hecho, con otros dos caballeros contemporáneos y parientes suyos, que tenian el mismo nombre y apellido. Dos de estos fueron literatos, y todos tres amantes de la literatura.

Uno de ellos fué Príncipe del Imperio, Duque de Frasetto etc., llamado Rodomonte por su bravura y caballerosidad, el cual manejaba con igual destreza ora la espada, ora la pluma. Sus poesías fueron publicadas por Affó. Fué hijo de D. Luis Gonzaga, Señor de Bozzolo *(Véase el árbol genealógico).*

El segundo fué hijo de D. Juan Pedro, y de la línea de D. Conrado Gonzaga (*Veáse el árbol genealógico*). D. Francisco, Marques de Mantua, le apreciaba mucho, y le hizo su consejero secreto; pero él, más inclinado al cultivo de las bellas letras que de la política, dejó la corte, y se retiró á *Borgoforte*, para darse de lleno al estudio. Era tenido por el mejor poeta de su tiempo.

El tercero fué el abuelo de nuestro héroe, á quien en la reparticion de los bienes con su hermano Juan Francisco, en 1511, tocaron en suerte *Castiglione delle Stiviere*, *Castel Goffredo*, *y Solferino* que se ha hecho célebre por la batalla allí dada el 24 de junio de 1849. En 1515 le reconoció el Emperador Maximiliano por legítimo Señor «de Castel Goffredo, noble y antiguo feudo de sus mayores», y luégo en 1521 recibió de Carlos V la investidura de aquella ciudad. Don Luis siguió al principio la carrera de las armas, y así le vemos en 1516 á las órdenes del Duque de Urbino en la defensa del Castillo de Pésaro; luégo, en 1521, en la guerra contra los Franceses se unió á D. Federico, Marques de Mantua, que estaba al servicio del Papa. En la batalla de Parma el intré-

pido guerrero fué herido en un ojo y en una pierna, y desde entonces se le conocia por el apodo de «el cojo y tuerto». No mostró ménos valor en la guerra contra Carlos V, al servicio de los Venecianos. La última vez que tomó las armas fué en favor del Emperador, despues de lo cual se retiró á su amada residencia de Castel Goffredo, donde terminó las obras de fortificacion empezadas por su tío D. Luis, embelleció la ciudad, y fabricó el palacio con dos torres que todavía existe. Miró con paternal amor por el bien de sus vasallos, disminuyendo los impuestos, atendiendo á la buena administracion de su feudo, y defendiendo los privilegios públicos y los de los particulares.

Manejaba con admirable destreza las armas, por lo cual se le temia como adversario, pero no era menos dado al estudio de las letras. Los literatos hallaban en su casa tan benévola acogida, que lograba cautivarse su estima y afecto. Honró su casa de Castel Goffredo Carlos V, aposentándose en ella en 1541, y visitando las obras de fortificacion; y cuando más tarde se levantó contra D. Luis una gravísima acusacion, el mismo Monarca se hizo su abogado y defensor.

En su palacio, en las iglesias, en las puertas y murallas de la ciudad, colocó D. Luis graves y cristianas sentencias, como estas:

La de la puerta occidental de su palacio decia:

MAXIMVM · OMNIS · OPERIS · PRINCIPIVM
A · DEO · OPT · MAX · SUSCIPIENDVM.

En la fachada principal grabó esta sentencia:

FORTITVDO · MEA · AMOR · POPVLI · POTENTIARVM · REVERENTIA.

Todavia existen en las paredes exteriores de la iglesia de *S.ta Maria del Consorzio*, donde en vida se hizo fabricar su propio sepulcro, estas inscripciones conmemorativas:

CONFISVS · IN · DEI · MISERICORDIA
SVB · PROTECTIONE · CAESARIS
ET · SACRI · IMPERII · SERENISSIMIQVE · VENETORVM · DOMINI
IN · VISCERIBVS · DILECTI · POPVLI · SVI
ALOYSIVS · GONZAGA · MARCHIO · HIC · MORTVVS · QVIESCERE ·
VOLVIT · VBI · VIVVS · NVMQVAM · QVIEVIT.

En el manuscrito *Memorie Patrie del Sacerdote D. Carlo Gozzi*, que se conserva en el archivo municipal de Castel Goffredo, se hace un gran elogio de D. Luis Gonzaga.

8. (Pag. 10.) Casalmaggiore es una ciudad situada á la izquierda del Po. Fué escogida por D. Ferrante para vivienda de sus soldados, principalmente porque desde tiempos muy antiguos fabricaban y carenaban en ella sus naves los Venecianos. Los

ricos bosques de encina de *Casale* ofrecian materiales abundantes para la construccion y reparacion de las embarcaciones, que luégo eran facilmente trasportadas rio abajo hasta el Adriático, distante 120 millas de Casalmaggiore. Ademas el pais era muy á propósito para los ejercicios militares, y fertilísimo, por lo cual fué siempre aquella ciudad la manzana de la discordia entre las potencias beligerantes; de suerte que en el siglo XVI mudó muy frecuentemente de Señor. (Véanse *Memorie Storico-Politiche di Casalmaggiore, dell' Abate Giovanni Romani,* tomo 4. *Casalmaggiore 1829.* Constan de 10 tomos.)

Pero aquella ciudad ha perdido gran parte de su grandeza é importancia, sobre todo de resultas de las inundaciones del Po; hasta el punto de que, habiendo en ella alojamiento para unos 15,000 habitantes, sólo moran al presente unos 4,000. El temible rio dió en tierra con el Castillo, y sólo ha respetado una torre que servia de avanzada, y hoy está convertida en cárcel, y algunos sillares sueltos, que como recuerdo de antiguos tiempos están colocados en una pared contigua al templo de S. Roque. El último de ellos contiene esta inscripcion:

RELIQVIAE
PORTAE · ARCISQVE · VETERIS
QVAM · FLVMEN · SVBRVIT
AGGERVM · ALTITVDINI
AQVARVM · INCREMENTIS · DECREMENTISQVE
ET · AVCTVBVS · MAXIMIS · DESCRIBENDIS
ADVERSVS · INTVMENTEM · PADVM
SERVIRE · IVSSAE
DECREVERVNT · DECVRIONES ANN. MDCCLXXIII.

9. (Pag. 11.) El P. Jerónimo Plati [Piatti], descendiente de una noble familia de Milan, siendo jóven entró en la Compañía de Jesus en 1568, y años adelante el P. General Claudio Aquaviva le hizo Secretario de la Asistencia de Alemania y de Francia. Murió en 1591 á la edad de solos 44 años. De las varias obras que escribió, la más famosa se intitula *De bono status religiosi, libri III,* que apareció por primera vez en Roma en 1580, y fué traducida al castellano, italiano, aleman, francés, inglés, etc. (Véanse entre otros, a Backer, *Bibliothèque des écrivains, de la Comp. de Jésus;* — Patrignani, *Menologio di pie memorie d'alcuni Religiosi d. C. d. G.* tomo III, pag. 118).

10. (Pag. 11.) Pedro Francisco del Turco fué hijo de D. Domingo del Turco, de Florencia, y pariente de D. Diego del Turco, en cuya granja ó *villa* paró D. Ferrante. Cuando nació Luis se hallaba Pedro Francisco al servicio de D. Ferrante, y despues con el cargo de ayo ó *governatore* acompañó al Santo hasta que éste entró en la Compañía de Jesus. Luégo fué á Florencia, y allí sirvió en el

cargo de Mayordomo á los Principes Médicis, primero á D. Juan y en seguida á D. Antonio. Todavía desempeñaba este empleo al dar testimonio de las virtudes de su exclarecido alumno para el proceso de canonizacion introducido el 1.º de abril de 1609 por el Arzobispo de Florencia Alejandro Médici. Cuatro veces hace mencion de él el P. Cepari: una en el capitulo 2 y tres en el 3 del libro I.

La familia de Pedro Francisco existe todavía en Florencia, y se ve por la nobleza de sus sentimientos que es digna sucesora del que tuvo la dicha de educar al santo jóven. Pero ahora se llama Roselli del Turco, desde que D. Francisco Roselli, Tesorero del Fisco, por no tener descendencia, dejó sus bienes y apellido á D. Esteban del Turco y á los hijos de éste. D. Francisco era hijo de D. Esteban Roselli y de una hermana de los mencionados hermanos del Turco. (Véase la obra Ms. *Memorie di chiese et Beneficii Eccl. raccolte da Giovanni di Poggio Baldovinetti,* que se halla en la Biblioteca de la ciudad de Florencia.)

Autógrafo del Marques y Príncipe Francisco, hermano de S. Luis.
La carta original está en poder de Monseñor Felipe Nodari, Primicerio de S. Andres de Mantua.

La afortunada familia del Turco posee varios objetos relacionados con S. Luis.

1) El citado testimonio de Pedro Francisco del Turco (*En el archivo de la familia).*

2) Dos espuelas de que usaba el Santo (*En poder de Monseñor Vicente Roselli del Turco*).

3) Un autógrafo de S. Luis fechado el 1.º de Junio de 1581 (*En casa de D. Pedro Francisco Roselli del Turco*).

4) La granja ó villa Fontanella, en Fiésole, en que varias veces estuvo el Santo (*Es propiedad de D. José Roselli del Turco*).

En el aposento en que vivió S. Luis, convertido en Capilla, se halla la inscripcion siguiente:

VETVSTVM · CVBICVLVM
ALOYSII · GONZAGA · PRAESENTIA
AC · PLVRIES · ITERATA · MORA · IAMDIV · SACRVM
DECENTI · ARA · ORNATVM
IMMACVLATI · AGNI · LITATIONI · DESTINATVR
IPSO · AERAE · CHRISTIANAE · LAETISSIMO · ANNO · MDCCXXVI
QVO · BEATVM · HOSPITEM
BENEDICTVS · XIII · RETVLIT · INTER · SANCTOS.

5) El libro en que Pedro Francisco anotaba los gastos de Luis y Rodulfo en Florencia y Mantua, del cual trascribiremos algunos fragmentos en la nota 14. El libro empieza así:

«† Jes. Mar. MDLXXVII.

Al nome sia dell' onnipotente Dio e di nra. Dona Vergine Maria e delli Apostoli San Pietro e San Paolo et di San Nazario et di San Celso et di San Sebastiano et di tutti i Santi et Sante del cielo e quali preghiamo che intercedino per noi dal somo Dio che facciamo sempre la sua santissima volontà con salute dell'anima et del corpo, il che ci conceda per la sua infinita pietà et misericordia. Amen.

A.

Questo libro in carta pecora di corregie bianche significato A — chiamato Debitori e Creditori et Ricordi è degli Illmi sigri Aloigi et Ridolfo figlioli dell'Illmo P. Ferrante Gonzaga, Principe et Marchese di Castiglione delle Stiviere tenuto per pier francesco di Domenico del Turco loro governatore.»

11. (Pag. 12.) Dialogorum lib. II. Prolegom.

12. (Pag. 12.) Los otros Padres indicados por el P. Cepari son: el P. Paterno (Véase el libro I, cap. 8, pag. 46), el P. Antonio Valentino (libro I, cap. 14, pag. 78, y nota 44), y el P. Jerónimo Plati (libro II, cap. 5, pag. 118).

13. (Pag. 16.) D. Felipe Baldinucci (padre del hoy Ven. P. Antonio Baldinucci, á quien pronto esperamos venerar en los altares) en la vida que escribió de Ammannati cuenta esta venida de S. Luis á Florencia segun la supo por tradicion popular, y describe con mucha exactitud la casa del Santo, que está en la que entónces se llamaba *via degli Angeli* y hoy lleva el nombre de *via degli Alfani:*

«Poco lungi, *dice*, da questo Palazzo (che a quel tempo apparteneva alla famiglia dei Giugni, edifico [*el Sr. Ammannati*] per l'Arte della Lana le tre belle case, che dopo l'edifizio del Tiratoio incominciando, vanno a formare il canto detto alla Catena, voltando per la via che della Pergola è chiamata.»

Despues de haber dicho que ambas casas, próximas al *Tiratoio,* estaban acabadas en 1577, y la que cae á la *via della Pergola* en 1584, añade:

«Diremo dunque che la casa che volta in via della Pergola, al presente, come dicemmo, abitazione dello scrivente, non è quella che fù assegnata ai due fratelli Gonzaga . . . .; quella che segue dopo questa, andando verso il Tiratoio, non è . . . .; resta dunque l'ultima casa delle tre, la quale è dal Tiratoio.» *Opere di Filippo Baldinucci, vol. VII. Notizie de' Professori del Disegno da Cimabue in quà, di Filippo Baldinucci Fiorentino. Milano, Società Tipografica de' Classici Italiani, 1811.*

En el *Diario Settimanni*, que se halla en Florencia en el Archivo Central del Estado, se dice lo siguiente, relativo á S. Luis (Parte I, tomo XIII, año 1688, pag. 8): *Por el mes de Abril* «fù ad istanza del Dott. Filippo Baldinucci, abitante in via degli Angioli, al Canto alla Catena messa una memoria intagliata in una tavola di marmo, per la quale si dichiara come in quella casa avea abitato per lo spazio di due anni il Beato Luigi Gonzaga lasciato dal Padre in Firenze in età di anni nove a studiare, e perchè entrasse paggio del Granduca Francesco, sopra la qual memoria in ovato pur di pietra fù posto poi il suo ritratto fatto dal Sig. Giovanbattista figliuolo del senatore Alamanno Arrighi, gentiluomo molto eccellente nella pittura.»

En la fachada de la casa donde vivió S. Luis hay esta inscripcion:

BEATI · ALOYSII · GONZAGAE · SOC · IESV · SIMVLACRVM ·
ASPICE · VIATOR

ET · LOCVM · VBI · STETERVNT · PEDES · EIVS · ANIMO ·
VENERABVNDVS · EXOSCVLARE · HIC · NOVENNIS · PVER ·
TIROCI

NIA · POSVIT · SANCTITATIS · ET · SI · ILLVM · REGIA · AVLA ·
ET · FLORENTISSIMA · NOSTRA · CIVITAS · MIRATA · EST · VIRGINI

AB · ANGELO · SALVTATAE · ILLIBATVM · VIRGINITATIS · FLOREM ·
OFFERENTEM · DOMVS · HAEC · QVAM · TANTVS · HOSPES

IMPLEVIT · IPSVM · EXIMIAE · RELIGIONIS · CVLTV · IN · TAM ·
TENERA · AETATE · FOVISSE · GLORIATVR

NEVE · TAM · AVGVSTVM · DOMVS · HVIVS · ET · VRBIS · PEREAT ·
DECVS · MONVMENTVM · HOC · POSITVM · FVIT

SER · COS · III · M · D · ETR · REGNANTE · AN · SAL · MDCLXXXVIII.

14. (Pag. 16.) Del libro de gastos, mencionado en la nota 10 n.º 5, escrito por el ayo de Luis, trasladaremos algunos fragmentos, que no dejan de ser interesantes, pues de ellos se deduce qué trajes usaba S. Luis en la corte de Florencia y otros pormenores muy curiosos. Juntaremos á veces los datos que se refieren á un mismo asunto, aunque en el citado libro se hallen en sitios diferentes. Para mejor inteligencia de esta nota, conviene saber que la moneda corriente en Florencia en el siglo XVI era la *Lira*, que equivalia á 80 céntimos de la actual, ó sea de nuestra Peseta. Se dividia en 20 *soldi*, y cada uno de estos en 4 *denari*. El *braccio* florentino se dividia en 20 *soldi*, y el soldo en 12 *denari*.

El *braccio* equivalia á unos 58 centímetros. La *libbra* toscana se divide en 12 *oncie*, la *oncia* en 24 *denari*, y el *denaro* en 24 *grani*. Equivale la libra toscana á unas 339 milésimas de kilógramo.

Pag. 2. «Addì 10 di settembre Lire quarantadue Soldi tre e Denari 8 per b^r 5 [*per braccia*] di rascia nera per fare duo cappe a Lire 33.15 la canna . .	₤ 42	ß 3.	8
E più Lire trenta duo per b^r 4 di raso nero per la fasce delle cappe a ₤ otto b^r	₤ 32		
E più ₤ quaranta quattro per b^r $2^3/_4$ di velluto a opera per le cappe a ₤ sedici b^r	₤ 44		
E più ₤ tre per b^r $1^1/_2$ di seta per cucire le cappe	₤ 3		
E più ₤ cinque ß sei *D* otto per b^r $^1/_2$ di velluto nero a opera mancò per le cappe	₤ 5	ß 6.	8
E più ₤ dieci per stampatura di b^r 30 di fascia delle cappe a Soldi 6 denari 8 b^r	₤ 10		
Pag. 3. «E più ß quindici per b^r 4 di nastro di seta per le cappe		ß 7.	6
Pag. 2. «E più ₤ ottantuna ß 7, *D* sei per b^r $10^1/_2$ di raso bianco *p* duo giubboni e fodere delle calze per ₤ 7.15 il braccio	₤ 81	ß 26.	—
E più ₤ venticinque ß dodici per oncie 3 Denari [*peso*] 10 di spinetta d'oro e argento per guarnire i giubboni à ₤ $7^1/_2$ l'oncia	₤ 25	ß 12.	—
Addì 10 di Settembre ₤ sei per dozzine 4 di bottoni d'oro e argento per i giubboni a ₤ 1 ß 10 la dozzina	₤ 6		
E più ₤ due per fare trinciare el raso bianco de giubboni et calze	₤ 2		
E più ₤ tredici ß dodici *D* sei per b^r $1^1/_2$ di rovescio d'ermisino per duo Camiciula	₤ 13	ß 12.	6
E più ₤ una ß dieci per seta rossa ꝭ 6 [*di sei fili*] per le camicciuole et occhielli per li giubboni	₤ 1	ß 10.	—
E più ₤ quattro ß quattordici per denari [*peso*] 15 di trina d'oro e argento per li cinturini à ₤ $7^1/_2$ l'oncia .	₤ 4	ß 14.	—
E più ₤ quattro per ferri e doratura per detti	₤ 4		
E più ₤ sei ß quindici per b^r $1^1/_2$ di perpignano turchino per due paia di Calzetti per le calze di Camoza	₤ 6	ß 15.	—
E più ₤ due ß quattro per b^r $1^3/_4$ di panno lino per le fodere di dette calze di camoza	₤ 2	ß 4.	—
Pag. 13. «E più ₤ una ß dici ad detto mastro Domenico sarto per appicare duo paja di calzette verdi a braconi	₤ 1	ß 10.	—
E più ₤ cinque pagate al detto per haver rifatto e bracconi delle calze verde	₤ 5		
E più ₤ tre ß quindici al detto per b^r 5 di tela della serpe servi per fodera di dette calze. . . .	₤ 3	ß 15.	—
E più ₤ quindici per b^r lino di tela per le tasche di dette calze		ß 15.	—

Pag. 1. «E addì 14 Settembre [1577] ₤ venti una allo spadajo per dorare la sua spada	₤ 21
Addì detto ₤ 4 § 10 veluto per il fodero di detta spada	₤ 4 § 10.—
₤ diciasette § tre per *br* $1^3/_8$ velluto nero per una berretta a ₤ 15.5 il braccio	₤ 17 § 3.—
E più ₤ due § dieci per *br* $^1/_2$ d'ormisino nero per foderare la berretta	₤ 2 § 10.—
Addì detto ₤ due § duo per *br* tre di velo setino per mettere attorno alla berretta.	₤ 2 § 2.—
E più ₤ una per duo penne nere per detta berretta	₤ 1
E più ₤ undici, § otto, *D* otto per *br* $^3/_4$ di velluto nero per la cintura a ₤ 15.5 il *br*	₤ 11 § 8. 8
E più ₤ quattro *p* fattura di detta cintura . .	₤ 4
E 16 detto [*Settembre*] ₤ quattordici § quattordici per oncie 1 ℈ [*denari*] 23 di spinetta doro a ₤ $7^1/_2$ *br* per la sua Cintura	₤ 14 § 14.—
Pag. 1. E più ₤ sei per un pajo di guanti di fiore	₤ 6
E più § 14.8 per porto di lettere di Venetia et di Castiglione	§ 14. 8
E più ₤ due § tredici *D* quattro per un pajo di scarpe bianche a duo suola per sua Signoria Ill^ma^	₤ 2 § 13. 4
Pag. 3. «Addi 20 Settembre [1577] ₤ venti § sei *D* otto per *br* $1^1/_3$ di velluto nero à ₤ 15.15 il braccio servi per un cucino	₤ 20 § 6. 8
E più ₤ duo per *br* [*oncie*] $4^1/_2$ di spinetta et [*denari*] 4 di seta. tutto servi per detto cucino di velluto	₤ 2
E più ₤ quattro § sei *D* otto per ℔. [*libbre*] 6 di cardatura per mettere in detto cucino	₤ 4 § 6. 8
E più ₤ sette § quindici per 4 fiocchi di seta nera per detto cucino con suo bottoni	₤ 7 § 15.—
E più ₤ una § dieci per fattura di detto cucino	₤ 1 § 10.—
E addì 8 [*Settembre*] ₤ sessanta per *br* 6 di panno nero per duo ferraiuoli a ₤ 10 il braccio	₤ 60
E più ₤ sessanta cinque per *br* $6^1/_2$ di panno mischio per duo vesti per in casa a ₤ 10 il *br* . .	₤ 65

Véanse ahora otros gastos no menos curiosos, tomados de varias partes del libro.

Pag. 14. «Addì 14 Settembre ₤ quattro per pomata per li Signori	₤ 4
Pag. 34. «E addì detto [*2 Junio 1579*] ₤ due per lavare e tosare e signori e far cavare uno dente al sig. Aluigi	₤ 2
Pag. 61. «E più [*año 1580 en Mantua*] η [*soldi*] 1.6 per rose secche e scorze di pome granato per fare una lavanda per il Sig. Aluigi per li denti	§ 1. 6

La Lira *de Mantua valia 25 céntimos de ahora. Dividíase en 20* soldi, *y el* soldo *en 12* denari *ó* piccoli.

Pag. 14. «E addì detto [6 *Febrero 1578*] ₤ una S sei *D* otto pagati al Cerusico per far medicare il Sig. Luigi . . . . ₤ 1 S 6. 8

E più ₤ tre S sei *D* otto a Piero Cappelli fisico per venire a medicare Sig. Luigi . . . . . ₤ 3 S 6. 8

Pag. 15. «E più S nove per 2 trottole e corde per gli Signori . . . . S 9.—

Pag. 12. «Crescenzio Botti Maestro di scrivere de dare addì 31 d'ottobre ₤ sette per suo salario di detto mese per insegnare scrivere ai Illmi Signori ₤ 7

Pag. 10. «E addì 19 detto [*Octubre*] ₤ duo pagati per mancia alle guardie del Duomo per essere i Signori andati in cupola . . . . ₤ 2

Pag. 33. «Addì detto [*27 Marzo 1579*] ₤ una S dieci sono per un vaso di vetro lavorato compero per comessione del S. Luigi che pagò di fiera al S. D. Giovanni . . . . ₤ 1 S 10.—

Pag. 34. «E a dì 24 detto [*Mayo 1579*] ₤ sei dati contanti al Signor Aluigi, per dare al Sig. Don Giovanni che guenchavea vinti alla palla . . . . ₤ 6

Pag. 26. «E più addì detto [*24 Octubre*] S tre *D* quattro per 200 pallottole di terra . . . . . . S 3. 4

En muchas partes del libro se hallan anotadas compras de pallottole, *ó sea bodoques ó balines de barro para tirar con ellos á los pájaros por medio de la ballesta ó de la cervatana. Tambien consta allí que Pedro Francisco compró á los dos hermanitos varias pelotas.*

Pag. 43. «E addì detto [*7 Noviembre 1579*] ₤ una per una catena per la cagna del S. Aluigi ₤ 1.

15. (Pag. 18.) El P. Gaspar Loarte, español, entró en la Compañía de Jesus en 1552, y murió el 8 de Octubre de 1578, despues de haber sido Rector de los Colegios de Génova y Mesina: varon eminente en la ciencia y mucho más en la virtud, enriquecido por Dios con singulares gracias sobrenaturales. El libro que tanto provecho hizo á S. Luis se intitula *Istruzione e avvertimenti per meditare i misterii del Rosario della SS.ma Vergine*, del cual se han hecho repetidas ediciones en varios idiomas. Obra preciosa, que S. Carlos Borromeo, en su instruccion á los confesores, pone entre los pocos libros de piedad que han de recomendar á sus penitentes para utilidad propia y de sus familias. En la Biblioteca de los Escritores de la Compañía se mencionan otras obras ascéticas del mismo Padre.

16. (Pag. 20.) S. Luis de ordinario se confesaba y oia el sermon los domingos y dias festivos en la iglesia, ó mejor dicho, oratorio de S. Juan Evangelista, llamado *di S. Giovannino*, que pertenecia á la Compañía de Jesus, y caia en frente del palacio de

los Médicis. Como Sta. María Magdalena de Pazzis frecuentó aquel oratorio de 1573 á 1580, y comulgaba en él á menudo, bien puede ser que los dos Santos se hallasen allí juntos algunas veces. El confesor de S. Luis, de quien el P. Cepari habla aquí sin nombrarlo, era el P. Francisco de la Torre, español. La iglesia de *S. Giovannino* fué trasformada y agrandada por D. Bartolomé Ammannati en 1580, y en 1601 acabó de embellecerla D. Alfonso Parigi, dejándola como hoy está. El oratorio primitivo, á donde estos dos Santos acudian, estaba poco más ó menos donde ahora se halla el coro de la iglesia actual. (*Richa*, *Notizie Istòriche delle Chiese Fiorentine . . ., Firenze 1775.* tom. IV, parte I, Lez. XII.).

17. (Pag. 22.) Aunque el Sr. Baldinucci (véase la nota 13) afirma que la casa de la *via degli Angeli* fué alquilada á los dos hijos de D. Ferrante hasta el 1.º de abril de 1580, no está en contradiccion con lo que refiere el P. Cepari, que los dos hermanos estaban ya de vuelta para Mantua en noviembre de 1579; porque bien pudieron ser llamados de su padre ántes de terminar el arriendo. El libro de cuentas de Pedro Francisco nos quita toda duda sobre el particular, pues dice en la página 43, que salieron el 10 de noviembre, despues de haber hecho celebrar á los *Frati dell' Annunziata* una Misa en honor del Espíritu Santo el 7 del mismo mes. En lo que no anda acertado el Sr. Baldinucci es en afirmar que Luis y Rodulfo entraron á habitar la casa de la *via degli Angeli* desde el 1.º de noviembre de 1577; pues en el citado libro, pag. 10, anotó Pedro Francisco los gastos hechos el 5 de diciembre para trasladar á la casa *nuova* el ajuar de los dos jóvenes. Parece pues claro que hasta aquel dia habian vivido en el palacio del Gran Duque, ó en alguna otra casa, y que á lo más pronto el 5 de diciembre ocuparon la nueva vivienda. Los libros *della Decima* y *dell' Arte di Lana* citados por el Sr. Baldinucci en apoyo de su aserto, á lo más podrán demostrar que el 1.º de noviembre empezó á correr el plazo del alquiler.

Sólo en dos ocasiones fué interrumpida la estancia de S. Luis en Florencia. La 1.ª en 1578, en que, despues de haber visitado D. Ferrante á sus hijos el 7 de Junio al pasar por la capital en direccion de los baños de Lucca, ellos fueron á verle allí. Sobre este episodio se dice en el libro de gastos:

«E addì 13 Giugno ₤ trentatrè S sei *D* otto sono per nolo di nº 5 bestie per li Illmi Signori quando andarno a trovare l' Illmo Sig. Marchese a bagno.»

«E addì detto ₤ tre *D* quattro per la fede della sanità di Fiorenza» (*por los temores que habia de la peste*).

«E addì detto ₤ nove S quattro *D* quattro sono per il desinare a Pistoia di bocche sei e bestie 5 e la colitione al poggio per li Signori.»

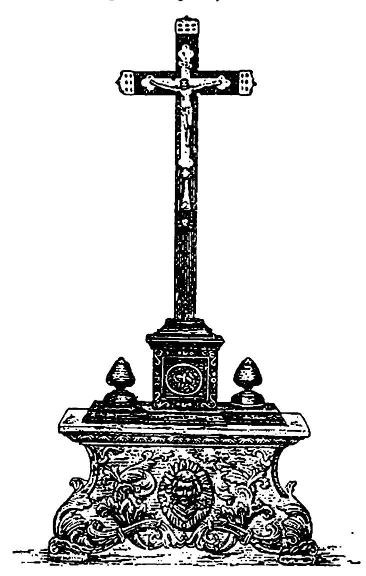
La 2.ª fué en 1579, por haber ido ellos á tomar baños á fines de Agosto.

«E addì 25 detto ₤ trecento cinquanta per lui da Mageri Capponi e guali mi prestarno per andare ai bagni con li Signori.»

Hasta 26 dias pasaron entonces fuera de la ciudad de los Médicis. Fueron por Lunaia y Lucca a Lorici. Para volver alquilaron una carroza.

Al maestro de 1.as letras sólo le pagaron la mesada de Octubre, «perchè nel mese di Settembre, *dice el citado libro,* stemmo ai bagni.»

18. (Pag. 23.) Llama aquí el Autor *tio* de S. Luis á D. Próspero, si bien, aunque era pariente suyo, no era tío en el rigor de la palabra (*Veáse el árbol genealógico*).



Crucifijo que tenia S. Luis en la casa paterna de Castiglione.
Está ahora en Castiglione, en el Colegio de las Vírgenes del Jesus.
(Véase el libro I, nota 4.)

19. (Pag. 24.) La Marquesa D.a Marta, despues de haber estado con su Esposo en *Casale di Monferrato,* se hallaba ya de vuelta en Castiglione á fines de abril de 1580, como se deduce de una carta que D. Ferrante escribió el 26 de Abril del mismo año al Comendador Cavriani, Consejero de Estado de Mantua. Tres años habia pasado separada de sus hijos mayores, por lo cual hizo instancias á su Esposo y al Duque de Mantua para que se los enviasen. Condescendió en parte con ella el Duque, ordenando el 3 de Mayo que Luis y Rodulfo pasasen por Castiglione á visitar á su Madre. (*Libro de gastos, pag. 62*). Definitivamente fueron á Castiglione del 13 al 20 de Junio, esto es, segun dice el P. Cepari, al principio del verano.

20. (Pag. 27.) Este librito es sin duda alguna el extracto latino de la *Summa Doctrinæ Christianæ* del B. P. Pedro Casisio impresa para uso de los Colegios y clases de latinidad, y que se conoce con los nombres de *Catechismus Catholicus — Catechismus parvus Catholicorum* — ó *Institutiones Christianæ pietatis.* Desde 1557, en que parece haberse impreso la primera vez, hasta 1585, se hicieron de él cincuenta ediciones, sin contar las del mismo en lengua vulgar, que entonces y despues fueron muchas. A partir de la hecha en 1561, algunas llevaban al principio, juntamente con las oraciones para los estudiantes, una introduccion de la oracion, y las *Meditationes quotidianæ* para todos los dias de la semana sobre las virtudes del Salvador, y al fin de çada cual una oracion. Es probable que S. Luis se valiese de algun ejemplar de la edicion de Mantua de 1578.

21. (Pag. 27.) Las *Cartas de la India* eran las remitidas por los Misioneros de la Compañía de Jesus, de las cuales se publicaron algunas en castellano en nuestra patria, y luégo en Venecia traducidas al italiano. Las ediciones se fueron multiplicando sucesivamente en varias lenguas, aumentando las nuevas colecciones con cartas venidas posteriormente, estimulados los editores por el fruto de bendicion que la lectura de las *Cartas* ó *Avisos de la India* producian en la cristiandad. A muchas personas, mayormente jóvenes, fué su lectura ocasion de que se valió la divina Providencia para infundirles vocacion al estado religioso.

22. (Pag. 27.) La Duquesa de Lorena era Cristina, hija de Cristiano, Rey de Dinamarca, la cual, despues de muerto Francisco Sforza Duque de Milan, su primer esposo, contrajo matrimonio con Francisco de Lorena, á quien dió una hija llamada Dorotea, que casó con el Duque Enrique de Brunswik. El primer marido de Cristina le dejó al morir el señorío de Tortona, á donde fueron en este tiempo ella y su hija con su esposo, los cuales recibieron allí la visita de D.ª Marta.

23. (Pag. 28.) San Carlos Borromeo, no solamente animó á S. Luis á la frecuencia de los Sacramentos, sino tambien le dió la primera comunion en la iglesia de los SS. Nazario y Celso. Esta es una de las pocas noticias no publicadas por el P. Cepari en la primera edicion de la vida del Santo jóven, la cual añadió á la segunda, hecha en Piacenza. Súpose este hecho por deposicion de Clemente Ghizoni, criado de S. Luis, que le acompañó constantemente desde que éste tenia 7 años hasta que entró en la Compañía. Interrogado Clemente, el 15 de Julio de 1608 en Castellon, acerca de las virtudes de S. Luis, depuso con juramento lo que sigue:

«Mi arricordo pure che Luigi ritornò poscia da Mantova a Castiglione, dove il B. Carlo Borromeo Cardinale, mentre visitava quella parte della sua cerchia d'attività in qualità di visitatore Apostolico, gli insegnò come avesse a ricevere con frutto la Ss. Eucaristia, e per la prima volta ei di sua propria mano gliela amministrò; e lo esortò che sopra tutto leggesse il Catechismo Romano. E Luigi, non

solo fece questo con diligenza e frequenza, ma eccitava anche altri a fare lo stesso; facendo intanto ogni giorno progresso nella preghiera, nel digiuno e nella frequentazione della S. Comunione, con somma approvazione e senso di pietà di coloro che lo vedevano.»

24. (Pag. 38.) El P. Próspero Malavolta, de Ferrara, fué Rector del Colegio de la Compañía fundado en Mantua en 1584.

25. (Pag. 44.) En sentir de Cabrera (Felipe II rey de España, Madrid 1876, tom. II, pag. 626 y 627), dos fueron los motivos principales que movieron á la Emperatriz María á salir definitivamente de Alemania y quedarse en España. En primer lugar para cuidar de sus sobrinos, que por muerte de la reina Ana, acaecida el 29 de Octobre de 1580, se habian quedado sin madre, y si moria pronto el Rey Católico caerian en manos de tutores; y en segundo para no ver tan de cerca el grande estrago causado por la herejía en Alemania.

Autógrafo de D. Alejandro Gonzaga, abuelo de S. Luis.

La carta original está en el Archivo Municipal de Goffredo, en el legajo del año 1534. (Véase el libro I, nota 7, y libro II, nota 14.)

Tiene para nosotros el viaje de la augusta Señora y de su regia comitiva, ademas del interes histórico, otro aliciente especial para los devotos de S. Luis, por haber venido éste agregado con su familia al servicio de la Emperatriz. Merecen leerse sobre este hecho los interesantes documentos publicados por el P. Fidel Fita en el *Boletin de la Real Academia de la Historia* (tomo XVII, páginas 249—264, correspondientes á los cuadernos de Julio—Setiembre de 1890, y páginas 55—75 del de Enero de 1891 y 167—177 del tomo XVIII). De ellos y de cartas existentes en Mantua en el archivo de la familia Gonzaga (legajo de documentos correspondientes al año 1581), consta que el viaje de la Emperatriz María fué como sigue:

Praga. Sale de allí et 1.º de Agosto de 1581.
Viena. Llega el 10 de Agosto y sale el 30 del mismo.
Innsbruck. Permanece el 6 de Setiembre.
Treviso.
Padua. Pasa en ella el 26 de Setiembre (Carta de esta fecha escrita por D.ª Marta á la Duquesa de Mantua).
Vicenza.
Verona. Descansa aquí el 30 Setiembre (Escribe este dia D. Ferrante al Duque de Mantua, excusándose de no haberse despedido de él por la prisa que daba Su Majestad).

Brescia.
Lodi. Aquí le sale al encuentro S. Carlos Borromeo.
Pavía. Pasa en ella el 8 de Octubre (Carta de D. Ferrante al Duque de Mantua, fechada aquí este dia).
Novi. Llega el 12 de Octubre.
Génova. Llega el 16 de Octubre, y sale el 8 de Noviembre con fuerte temporal de agua y viento.
Savona. Se detiene 12 dias.
Marsella. Adora las reliquias de S.ta Maria Magdalena, y visita la cueva y santuario de la *Sainte-Baume.*
Colibre. Desembarca el 12 de Diciembre y prosigue el viaje por tierra.
La Junquera.
Gerona.
Barcelona. Llega el 6 de Enero y sale el 22 del mismo. (Sobre la estancia de la Emperatriz en Barcelona, véanse los documentos publicados por el P. Fita en el *Boletin de la Real Academia de la Historia*, cuaderno de Febrero de 1891, pag. 171—177.)
Monserrat. Visita el santuario.
Igualada.
Lérida. Sale de ella el 31 de Enero de 1582.
Puebla de Alfinden. 5 de Febrero.
Zaragoza. Llega el mismo dia 5 de Febrero, visita el Pilar y Santa Engracia, y sale el 10. D. Ferrante, acosado de los dolores de gota, queda aquí varias semanas con su familia ó parte de ella, pero el 18 de Mayo ya se hallaba en Madrid.
Guadalajara. Llega el 20 de Febrero, y el Duque del Infantado aposenta á la Emperatriz y su séquito en sus casas "que son de las mejores que tiene Señor en España".
Alcalá de Henares. Visita en el convento de Santa María de Jesus el cuerpo incorrupto de S. Diego de Alcalá.
El Pardo.
Real sitio de Escorial. Permanece desde el 27 de Febrero hasta el 5 de Marzo (Sobre la permanencia de la Emperatriz en el Escorial habla el *Boletin de la Real Academia de la Historia*, cuaderno de Febrero de 1891, pag. 167—170).
Madrid. Llega el 7 de Marzo. Visita el Santuario de N.a S.a de Atocha.

Vuelve D. Ferrante á Italia, embarcándose en Barcelona para Génova, á donde llegó en Julio de 1584. En este viaje de vuelta corrió gran peligro la nave de Andres Doria, en que iba D. Ferrante con su familia, pues al atravesar el golfo de Lyon, los Turcos capitaneados por Asan Aga Bey de Argel, la fueron persiguiendo hasta pocas millas antes de Génova. Entónces fué cuando S. Luis se ofreció al martirio, como lo refiere el P. Cepari (*Boletin de la Real Academia de la Historia,* tomo XVIII, pag. 263).

De lo dicho se ve claro ser apócrifa una carta que se creia escrita por S. Luis en Mantua el 18 de Diciembre de 1581 á la Duquesa de Guastalla: ó fué escrita con otra fecha ó en otra parte; pues habiendo tomado tierra en Colibre el 12 de Diciembre, mal podia escribir desde Mantua el 18 del mismo mes.

26. (Pag. 44.) Hay quien cree que Isabel murió en 1593 en Castiglione, fundado en que el Príncipe D. Francisco, hermano de S. Luis, anuncia la muerte de Isabel al Duque D. Vicente de Mantua en carta fechada en Castiglione. Nada prueba esto contra el P. Cepari, el cual afirma que murió en España; porque en dicha carta sólo se anuncia la muerte sin decir dónde acaeció, y bien pudo



Primitiva encuadernacion del libro en que Pedro Francisco del Turco, ayo de S. Luis, anotaba en Florencia los gastos de su encomendado.

Pertenece á la familia Roselli del Turco, de Florencia.

(Véase el libro I, nota 10.)

saberla por carta ó persona venida de España. Ademas, el manuscrito de la Vida de S. Luis anduvo en manos de D.ª Marta y del mismo Príncipe, que la leyeron muchas veces, y de seguro hubieran advertido el error, y lo hubiesen hecho corregir, caso de haber fallecido Isabel en Castiglione, por ser hecho reciente, bien conocido de ambos. Añádese en confirmacion de lo dicho, que en el Registro de los muertos en Castiglione no se halla el nombre de dicha Isabel ni en 1593 ni en otro año alguno, cosa inexplicable si hubiera fallecido allí.

27. (Pag. 45.) Sabemos en qué casa habitó S. Luis estando en la Corte de España, por la Historia inédita del Noviciado de Madrid, fundado á principios del siglo XVII. De los fragmentos publicados en el *Boletin de la Real Academia de la Historia* (Tomo XVI, Junio de 1890, pag. 580) resulta que el P. Francisco de Robledillo el año 1602 escogió para fundar el Noviciado «unas casas que fueron posada de los Embajadores de Génova, y donde en años atras fué hospedado el Marques de Castellon, viniendo acompañando á la Emperatriz María infante de España; y el Marques traia en su Compañía á Luis Gonzaga su hijo mayor, heredero de su casa, que despues entró en la Compañía de Jesus . . . y en el aposento que hoy se muestra en el Noviciado de Madrid el Beato Luis Gonzaga vivió el tiempo que su padre se detuvo en aquella Corte». Entre los sucesos del año 1608 se refiere en la citada Historia el modo providencial con que se salvó de las llamas el aposento santificado por S. Luis Gonzaga. Pero lo que entonces perdonó el fuego ha perecido en nuestros tiempos, pues, destruido el Noviciado, y con él la vivienda de S. Luis, fué construida en el mismo solar, á mediados del siglo, la Universidad Central, una de cuyas calles colindantes conserva todavía el nombre *del Noviciado.*

28. (Pag. 46.) El P. Fernando Paterno nació en Catania del reino de Sicilia, en 1540, entró en la Compañía de Jesus el año 1559, hizo la profesion solemne el 25 de Marzo de 1579, y murió á 6 de Febrero de 1604. Ejerció en la Religion varios cargos, y dos veces fué enviado con una embajada á Felipe II. Como en ambas ocasiones tuvo que presentarse frecuentemente en la Corte, lo conoció S. Luis y tomólo por confesor. El nuevo Director del angelical jóven tenia en muy grande estima y aprecio la virtud de la castidad, como lo mostró, entre otras, una vez al ser llamado á cierta casa sospechosa con pretexto de oir la confesion de un enfermo, pues para salir vencedor tuvo que valerse de la fuerza, y darse luégo á la fuga (*Litt. ann. Prov. Sicil. 1604*).

29. (Pag. 47.) Este testigo era el P. Mucio Vitelleschi, nacido de una familia aristocrática Romana el 2 de Diciembre de 1563. Vencidas grandes dificultades, entró en la Compañía de Jesus á 15 de Agosto de 1583, y cuando en el Colegio Romano estudiaba el último año de teología, en el curso de 1586 á 1587, fué compañero de S. Luis, que entónces cursaba el primer año de teología. Como en el año escolar siguiente quedó el P. Vitelleschi entre los teólogos con el cargo de *Præfectus Academiæ Superioris*, tuvo con S. Luis trato muy frecuente, tanto más íntimo, cuanto que ambos estaban animados de encendidos deseos de adelantar en el camino de la perfeccion, de donde nació en uno y otro esa mútua confianza que engendra la semejanza de ideas y sentimientos.

Siendo Provincial de la Provincia de Nápoles, dió, como dice el P. Cepari, testimonio jurado de la vida de su condiscípulo, para el proceso formado por el Ordinario de Nápoles, atestiguando entre otras cosas el caso aquí citado. Otras dos veces fué asímismo

testigo en circunstancias semejantes: primero el 25 de Octubre de 1607, como Provincial de la Provincia de Roma, en el proceso general *De sanctitate Servi Dei Aloysii Gonzaga*, y despues el 24 de Agosto de 1609, siendo Asistente de Italia, en el proceso particular.

A 15 de Noviembre de 1615 fué elegido Prepósito General de la Compañía en la VII Congregacion General. De él se refiere que juntaba en sí con admirable armonía dos raras cualidades: amor de padre libre de toda debilidad, y severidad de juez ajena á toda dureza (*Patrignani* t. I, pag. 99). Murió á los 82 años de edad, el 9 de Febrero de 1645.

30. (Pag. 49.) El librito del P. Fray Luis de Granada que tanto bien hizo á S. Luis es, á lo que parece, el *Compendio de la Doctrina Espiritual.* En él, dice el Autor en el prólogo, *por ser esta doctrina tan necesaria á cada paso, . . . quise yo aquí resumir en pocas palabras (recogidas de todos nuestros libros) lo que más necesario me pareció para este propósito; para que se pudiese fácilmente traer en el seno lo que ha de estar siempre escrito en nuestro corazon. Para lo cual recopilé aquí cinco tratados: . . .* Estos son los siguientes: 1.º De la oracion mental. 2.º De la oracion vocal. 3.º Instruccion y regla de bien vivir, general para todos. 4.º Instruccion y regla de bien vivir para todos los que de veras y de todo corazon desean servir á Dios, mayormente en las Religiones. 5.º Breve disposicion para la Confesion y Comunion. Vió este librito la luz pública en Lisboa, y luégo ha sido reimpreso muchísimas veces en castellano y tambien traducido á otras lenguas. Dicen que el Autor llamaba á este libro *su nietecito.*

El P. Granada, como tan diestro en las cosas del espíritu, y tan práctico y llano en la enseñanza de esta divina doctrina, aunque advierte en este precioso librito que "*de esta materia el principal Maestro es el Espíritu Santo; pero todavía*, añade, *la experiencia nos ha mostrado ser necesarios algunos avisos en esta parte.* De estos prudentísimos avisos, el cuarto recomienda que *principalmente conviene tener el corazon no caido ni flojo, sino vivo, atento y levantado á lo alto . . . . Conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atencion fatiguemos la cabeza, ni con el mucho descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por donde quisiere.* Esto dice al fin de la primera parte en el Capítulo 27. En la segunda trata de la devocion, y pasando á explicar en el Cap. 29 las *cosas que ayudan á alcanzar la devocion*, recomienda mucho *tomar estos santos ejercicios muy de veras y muy á pechos* — inculca *la guarda del corazon de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos* — *la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos, de los oidos y de la lengua* — y añade que *ayuda para esto mismo la soledad.* De la relacion del P. Cepari se desprende cuán fiel discípulo de Fray Luis de Granada fué nuestro Luis.

31. (Pag. 53.) Desconocido es el orígen de la milagrosa imágen de *N.ª S.ª del Buen Consejo*, ante la cual fué llamado

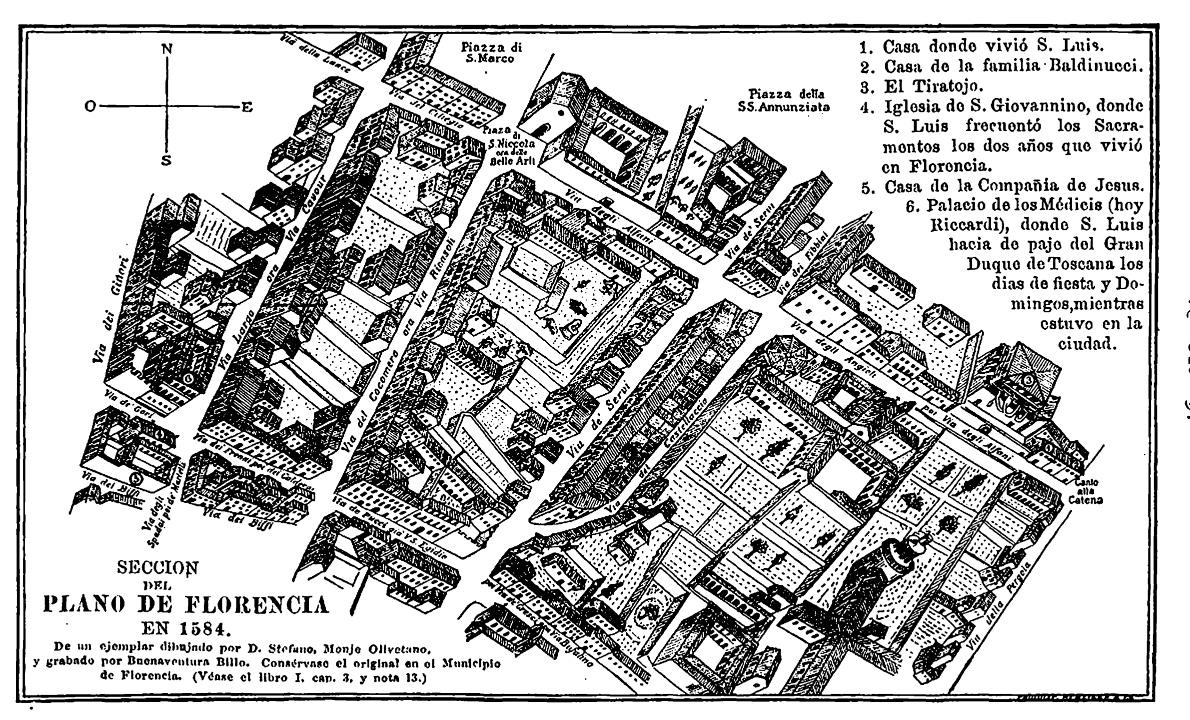
S. Luis á la Compañía. Algunos la creen traida de Italia. La efigie de la Madre de Dios, venerada en una rica capilla de la Iglesia del Colegio Imperial de la Compañía de Jesus, hoy catedral provisional, existia ya en 1583 cuando S. Luis moraba en nuestra patria; pero no consta si el título *del Buen Consejo* es el de la advocacion primitiva, ó le tomó por el que dió al Santo Joven de alistarse entre los hijos de Ignacio. La estatua es de talla, muy preciosa, y representa á la SS. Virgen con traje blanco y manto azul, y teniendo en el brazo izquierdo á su divino Hijo. Es objeto de grande y constante veneracion para los fieles: su fiesta principal se celebra el dia de la Asuncion, precedida de solemne novena.

32. (Pag. 59.) Á lo que el P. Cepari refiere de la permanencia de Luis en España, se ha de añadir que hay razones muy poderosas para creer que el Santo recibió en nuestra patria el hábito de Caballero de la Orden de Santiago. Así lo afirma el Sr. Arguleta, Caballero y Archivero general de la misma Orden. Y no debe sorprendernos la noticia, pues otros extranjeros vistieron el Hábito de aquella Orden militar, como D. Octavio Gonzaga el 25 de Abril de 1575, D. Fernando Gonzaga en 1592, ambos en Uclés, Convento principal de la Orden, y el conde Honorio de Santena y Gatinana, pariente de S. Luis por la línea materna, el cual, despues de haber vestido el Hábito en Milan, hizo la profesion en Uclés. Ademas Jaime de Ballerinis, en el proceso introducido entonces en Castellon para la canonizacion del B. Luis Gonzaga, afirmó con juramento el 21 de Junio de 1608, que el Marques de Castellon, D. Ferrante, padre de Luis, comulgaba cada mes con el Hábito de Caballero de Santiago, lo cual ciertamente no lo hubiera hecho sin pertenecer á la Orden del Santo Patrono de España.

En confirmacion del aserto del Sr. Arguleta se puede aducir un dato muy significativo; y es que en la iglesia de dicho Convento de Uclés hay todavía el dia de hoy una pequeña efigie de S. Luis en Hábito de Caballero de Santiago, y un lienzo que tambien le representa del mismo modo. Este, al ser beatificado Luis, fué colocado en el altar mayor. El Santo está representado vestido del Hábito de Santiago, y en actitud de contemplar la SS. Virgen, que tiene el divino Niño en los brazos.

33. (Pag. 60.) Cuando aquí se dice que Luis, por quererlo así su padre, debió visitar todos los Príncipes y Duques de Italia, se debe entender sobre todo de los de la Italia superior. Segun las Actas fué á verse con los Duques de Ferrara, Mantua y Saboya, el Gran Duque de Toscana y el Príncipe de Parma.

34. (Pag. 60). La Infanta de España era D.ª Catalina, casada en nuestra patria con el Duque Carlos Manuel. El 10 de Agosto de 1585 hizo su entrada solemne en Turin.



1. Casa donde vivió S. Luis.
2. Casa de la familia Baldinucci.
3. El Tiratojo.
4. Iglesia de S. Giovannino, donde S. Luis frecuentó los Sacramentos los dos años que vivió en Florencia.
5. Casa de la Compañia de Jesus.
6. Palacio de los Médicis (hoy Riccardi), donde S. Luis hacia de pajo del Gran Duque de Toscana los dias de fiesta y Domingos, mientras estuvo en la ciudad.

SECCION DEL **PLANO DE FLORENCIA** EN 1584.

De un ejemplar dibujado por D. Stefano, Monje Olivetano, y grabado por Buenaventura Billo. Consérvase el original en el Municipio de Florencia. (Véase el libro I. cap. 3, y nota 13.)

35. (Pag. 65.) El P. Panigarola, aquí mencionado, es sin duda el P. Francisco Panigarola, Franciscano, electo en 1587 Obispo de Asti, el cual, desempeñando este elevado cargo, murió en 1594.

36. (Pag. 65.) El gracioso lago ó laguna de que habla el P. Cepari ha desaparecido, pero no el aposento subterráneo. Este, aunque despojado de los mosáicos, conserva la pila en que recoge el agua y la envia luégo al jardin. Existe asímismo el cuarto á donde se retiraba el Santo, para hacer rigurosa penitencia y fervientes oraciones con que ablandar el corazon de su padre, y por mucho tiempo se mostraban las paredes salpicadas de la sangre que el inocente jóven se sacaba con terribles disciplinas. Tanto la casa como la propiedad adjunta pertenecen al Colegio de las Vírgenes. Monseñor Sarto, benemérito Obispo de Mantua, está trasformando aquella estancia en precioso oratorio, parecido al aposento del Colegio Romano donde vivió y murió S. Luis, convertido mucho tiempo ha en capilla de grande veneracion.

37. (Pag. 67.) Aunque aquí se llama á D. Escipion Gonzaga primo de D. Ferrante, se ha de tomar esta palabra en sentido lato. (*Véase el árbol genealógico.*)

38. Pag. 68.) La carta escrita por el Santo al P. General dice así, segun la ha publicado el Sr. Iozzi (*Lettere di S. Luigi Gonzaga*, pag. 17) copiándola del original que está en su poder.

«Sig. mio Padre in Dom.no Oss.mo

La consolazione che in questi giorni il Signor Iddio m'ha volsuto concedere non po credere la S. V. quanto è stata grande quantunque abbia io sempre sperato et confidato nella infinita misericordia di S. D. M. che dopo duro et fiero combattimento avrebbe volto in bene et melio il negozio della mia salute eterna: però non dupitando che la S. V. vorrà finalmente consolarmi potrò con sicurezza dire *facta est tranquillitas magna*, et alla mia dipartita dalla casa paterna, *et domus mea hodie salva facta est:* faccia però V. S. presto et come melio vorrà farmi avvertita per la mia partenza *ad sanctam civitatem* dove siede il Vicario di N. S. Giesù Cristo et per partecipare della santa conversazione di santi uomini et di loro santi moniti approfittare per emendarmi et ai di loro esempli coll'aiuto d'Iddio benedetto formarmi *novum hominem:* il sig. Padre mio l'informerà di tutto et io fin d'hora do principio a melio ubbidirlo con che per fine gli bacio le mani: di Castillione 15 Ag. 1585 Assuntione di Maria SS.

Di V. S.

Filiolo in Domino Ubb.mo

Aluigi Gonzaga.»

39. (Pag. 69.) La vida de Leonor de Austria, de la cual inserta aquí el Autor un gran fragmento, se intitula *Vita della Serenissima Eleonora, Arciduchessa d' Austria, Duchessa di Mantova, scritta dal P. Antonio Folcario di S.to Stefano, S. J. Mantova, per Francesco Osanna, 1598.* El lugar citado se halla en la página 273.

40. (Pag. 69.) Al pasar Luis por Pavía no pudo ménos de detenerse para visitar á Federico Borromeo, muy semejante á él en el espíritu, y sólo 4 años mayor de edad, pues nació el 18 de Agosto de 1564. Era Federico primo del Santo Arzobispo de Milan, y se hallaba entónces en el Colegio Borromeo, de Pavía,



Cercanías de Florencia.
De un plano de fines del siglo XVII.

(Véase el libro I, cap. 3, y nota 13.)

siguiendo la carrera sacerdotal, y atrayendo á sí las miradas de todos por sus esclarecidos ejemplos de virtud. No se puede fácilmente describir la alegría de los dos santos jóvenes al conocerse personalmente. Así que Luis se despidió, Federico, tal vez con espíritu profético, dijo á uno de sus compañeros, que era el Conde Alejandro Pietra: *Verá V. cómo este jóven abraza pronto el estado religioso, y acaba sus dias en una celda.* (*Rivola, Vita di Federico Borromeo, Milano, Dionisio Gariboldi,* 1654, vol. I, cap. 22, pag. 85.)

41. (Pag. 73.) Este era el P. Carlos Regio, nacido en Palermo en 1540, célebre predicador, que anunció con grande fruto y aplauso la palabra divina en Roma y Cosenza.

42. (Pag. 75.) Se refiere al P. Aquiles Gagliardi, nacido en Padua el 1539, el cual con dos hermanos suyos muy jóvenes entró en la Compañía en 1559. Enseñó primero filosofía en el Colegio Romano á los 25 años de edad, y luégo teología en Padua y Milan. Despues fué ocupado en el gobierno de la Compañía, y así le vemos sucesivamente Rector del Colegio de Turín, Prepósito de las Casas Profesas de Milan y Venecia, y finalmente Rector del Colegio de Brescia. Hallándose al frente de la Casa Profesa de Milan, á instancias de D. Ferrante examinó la vocacion de Luis, y desde entónces cobró grande estima y apreció al santo jóven; á quien trató de nuevo, cuatro años más tarde, cuando éste ya religioso volvió segunda vez á la misma ciudad. Pero en esta ocasion fué con motivo muy diverso. Habia escrito el P. Gagliardi un librito ascético intitulado *Breve Compendio intorno alla perfezione cristiana, dove si. vede una prattica mirabile per unir l'anima con Dio* . . . (que despues fué impreso en Brescia en la imprenta de Francisco Marchetti); y como le constase que el santo jóven habia recibido de Dios altísimo don de oracion, tuvo con él varias entrevistas para asegurarse de si la teoría por él expuesta en su librito estaba conforme con la práctica. Este caso, con el resultado obtenido. se halla referido por el P. Cepari en el libro II de la vida de S. Luis, cap. 23. El P. Gagliardi, santamente como habia vivido, murió en Módena el 6 de Julio de 1607.

43. (Pag. 78.) La casa en que S. Luis hizo ejercicios era en lo antiguo propiedad de los Gonzagas, y aun, segun parece, perteneció al padre de los tíos del Santo; mas cuando á principios de 1584 fundó la Compañía de Jesus el Colegio de Mantua, la compró para empezar en ella el Colegio. Otra vez vivió en ella S. Luis siendo ya Jesuita, con motivo de hacer las paces entre su hermano Rodulfo y el Duque de Mantua. Moró el Santo en la parte de la casa que cae hacia la iglesia de *S. Zeno*, que formaba ángulo con la plaza é iglesia, en un aposento trasformado despues en capilla. (Biblioteca de Mantua, H IV. 10. 993. *Storia del Collegio di Mantova d. C. d. G. dall' anno 1584 al 1711.* Manuscrito del *P. José Gorzoni*, pag. 26.)

44. (Pag. 78.) Era el P. Antonio Valentino, de Padua, que á los 17 años de edad entró en la Compañía en 1556, en la cual murió á 24 de Noviembre de 1611. Durante 26 años fué Rector y Maestro de Novicios en el Colegio y Noviciado de Novellara, de la Provincia Véneta.

45. (Pag. 84.) Véase el árbol genealógico de los Gonzagas.

46. (Pag. 84.) Véase el árbol genealógico de los Gonzagas.

47. (Pag. 89.) Acta de la renuncia al Marquesado de Castiglione delle Stiviere hecha en Mantua por S. Luis el 2 de Noviembre de 1585. Ha sido copiada literalmente del original, que está en el *Archivio*

notarile provinciale de Mantua, entre los regestos del Notario Anibal Persia, correspondientes al año 1585. En el *Archivio storico Gonzaga* (signatura E. LV. 4.) hay una copia de la misma Acta insertada en el imperial decreto de Rodulfo II, de 19 de Mayo de 1586, por el cual aprobó y confirmó dicha renuncia.

In Christi Nomine. Amen.

Anno a Nativitate Eiusdem millesimo, quingentesimo, octuagesimo quinto, Indictione decimatertia, tempore Serenissimi Domini Rudolphi secundi, divina clementia Romanorum Regis et Imperatoris Electi semper Augusti, die Sabbati, secunda mensis Novembris, Mantuae et in Palatio habitationis, nunc infrascripti Illustrissimi Domini Marchionis, sito in contrata Unicorum, non longe a Monasterio Divi Sebastiani Mantuae. Praesentibus Domino Philippo, filio quondam Domini Ioannis Mariae Fierae de contrata, nunc Unicorum, multum Magnifico Iurisconsulto, Domino Joanne Baptista, filio quondam multum Magnifici, artium et Medicinae Doctoris Domini Fabii de Cramaschis, Magnifico Domino Ioanne, filio quondam Magnifici Domini Joannis Francisci de Martinatiis, alias de Todeschinis, ambobus de eadem contrata, et Nobili Domino Joanne Baptista, filio quondam nobilis Domini Hieronymi de Theodoldis, de Capriana, de Contrata Ruperis, et Domino Ulixe, filio quondam Domini Dominici de Carenis, de Contrata Cervi, omnibus civibus et habitatoribus Mantuae, testibusque notis et idoneis ad infrascripta omnia et singula vocatis specialiter et rogatis, et ex quibus dictus Dominus Philippus, ad delationem mei Notarii infrascripti, manu propria factis corporaliter scripturis, ad Sancta Dei Evangelia iuravit, et dixit se bene cognoscere supradictos secum testes et infrascriptos Illustrissimos Dominos, de ipsisque omnibus et singulis plenam et claram habere notitiam et veram cognitionem. Ibique Illustrissimus Dominus Aloysius, filius primogenitus Illustrissimi Domini, Domini Ferdinandi Gonzagae, Marchionis Castioni a Stiveriis, in aetate annorum decem et octo constitutus: Cum iamdiu animum induxerit, omnesque cogitationes suas eo intenderit, ut relictis huius saeculi viis, se Deo Optimo Maximo dicaret, et Venerabili Societati Iesuitarum se adiiceret, ac ibidem debitam suo tempore emitteret professionem. Et ideo, quo facilius humanis curis expeditus, voti compos fieri possit, sciens optime Marchionatum Castioni praedicti, cum territorio et pertinentiis suis, ad ipsum, tanquam primogenitum, post Illustrissimi Domini sui patris obitum, spectare et devolvere, tam virtute privilegii felicis recordationis Serenissimi Imperatoris Ferdinandi datum (*sic*) sub die septima Iunii anni Millesimi Quingentesimi quinquagesimi noni, quam iuxta tenorem erectionis dicti Marchionatus per Divum quondam Maximilianum secundum Imperatorem Augustum memoriae factae, quibus expresse provisum est, quod dictum Oppidum Castioni cum suo territorio et pertinentiis eiusdem Marchionatus, perpetuo praedicti Illustrissimi Domini Ferdinandi Gonzagae, Genitoris suis descendentibus primogenitis, ex legitimo Matrimonio natis conservari debeat. Decreverit etiam cum consensu praedicti Illustrissimi Domini sui

Genitoris, et interventu infrascriptorum Illustrissimorum Dominorum eius agnatorum, Illustrissimo Domino Rodulpho Gonzagae fratri suo, secundogenito utrinque coniuncto, praedictum suum ius, cedere et renuntiare, ac de eisdem, nec non et de omni et quocunque iure sibi competente, vel quod in futurum ullo unquam tempore competere posset, tam in praedictis quam aliis bonis paternis et maternis, ac quibuscunque aliis, tam ratione primogeniturae quam alterius successionis et legitimae, sibi iure naturali debitae, Donationem inter vivos, praedicto Illustrissimo Domino Rodulpho eius fratri facere, ob idque porrectis precibus Serenissimo Domino, Domino Rodulpho secundo, moderno Imperatori, ab eius Imperiali culmine iam usque sub die vigesima nona Octobris, Anni Millesimi Quingentesimi octuagesimi quarti, obtentus et impetratus fuerit Imperialis assensus, licentiaque et facultas ac potestas peragendi et ad effectum perducendi, praenarrata omnia et singula absque alicuius Iudicis delegati, vel alterius auctoritate et Decreto, Ita quod cessio praememorata, renuntiatioque et donatio, ac contractus desuper celebrandi, perinde validi sint et teneant, ac si solemniter omnia a iure requisita intervenissent, supplendo omnes defectus vel aetatis, vel alia quacunque ratione in praemissis existentes, Adiecta tamen in praemissis conditione reservationis, per ipsum Illustrissimum Dominum Aloysium in actu huiusmodi cessionis, renuntiae, et Donationis faciendae, scutorum ducentorum auri in auro, in annos singulos, quamdiu Illustrissimus ipse Dominus Aloysius vixerit, per dictum Illustrissimum Dominum Rodulphum, eidem Illustrissimo Domino Aloysio anticipate solvendorum: ac etiam reservationis aureorum bis mille, per eundem fratrem semel tantum persolvendorum, ad omne ipsius Illustrissimi Domini cedentis, renuntiantis et donantis beneplacitum, et ut latius ex ipso Imperiali Decreto est videre (cuius tenor in calce praesentis instrumenti pro maiori verificatione registrabitur). Verum cum postea ex constitutionibus dictae Venerabilis Societatis Iesuitarum compertum fuerit, quicunque eam ingredi voluerint, opportere, antequam in domo aliqua vel Collegio eiusdem, sub obedientia vivere incipiant, omnia bona temporalia quae habuerint, distribuere et renuntiare ac disponere de iis, quae ipsis obvenire possent, Ipsi autem Illustrissimo Domino Aloysio, tanquam filiofamilias, et sub patria potestate constituto, nihil sit quod distribuat, sed tantum reliquum sit, ut de iis, quae in futurum illi obvenire possent, disponat: Nolitque ullo pacto conditionem praefatae reservationis, cui ex dictis constitutionibus locus esse minime potest, impedimento sibi esse, quominus institutum suum prosequatur: Cum maxime sciat, qui Christianam pietatem non communi vulgarique instituto et deliberatione, sed proprio quodam studio, et propria quadam mentis inductione, opibus et rebus omnibus, temporalibus et momentaneis, relictis et contemptis, complectitur, hunc omnium optime suis rationibus consulere et prospicere, Sperans et summopere confidens, Serenissimum Imperatorem, pro summa, quae in eo est pietate, clementia et religione, Institutum hoc suum et singula quaeque in hoc praesenti instrumento contenta, etiam sine dicta reservatione, quae in ipsius

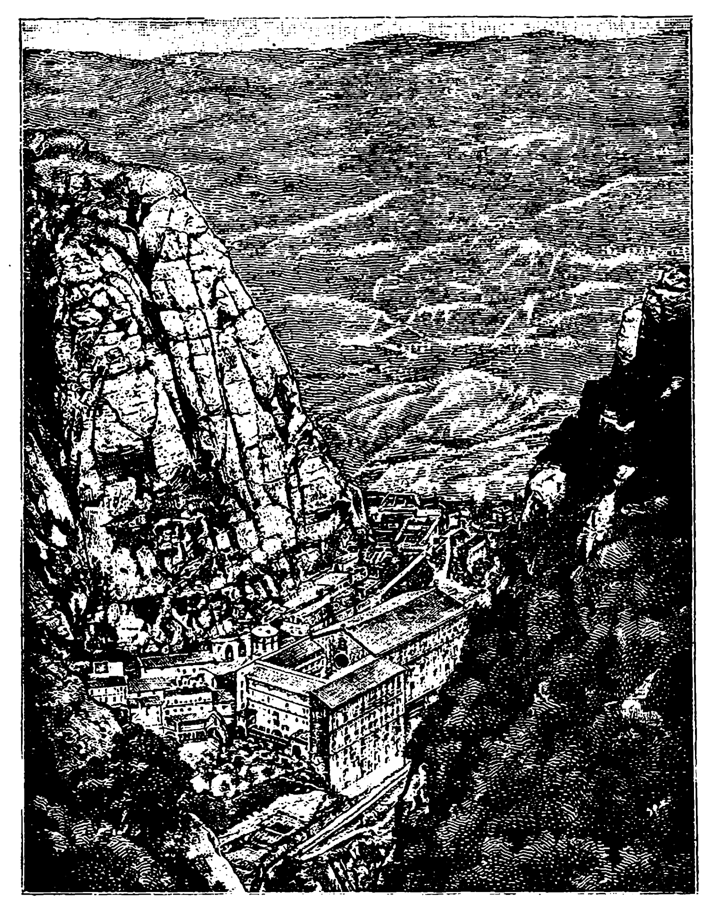
Illustrissimi Domini Aloysii favorem, quoad temporalia inducta in eius odium, quo ad spiritualia retorqueri non debet, non contempturum, sed benigne et clementer (prout ita Maiestatem suam suppliciter rogat) confirmaturum: iam per eum Decreta et stabili animo ut supra constituta, executioni mandare, absque aliquo

Una página del libro en que Pedro Francisco del Turco, ayo de S. Luis, anotaba los gastos de éste.
El libro pertenece á la familia Roselli del Turco, de Florencia.
(Véase el libro I, nota 14.)

temporis intervallo, deliberavit: Propterea inhaerendo ipsemet Illustrissimus Dominus Aloysius dicto Imperiali Decreto, attentaque auctoritate et facultate sibi in eo, non obstante eius aetatis imperfectione, nec aliis quibuscunque attributa, Intendens nunc tandem, omni postposita mora, praememoratam Iesuitarum Societatem et religionem ingredi, eorumque habitum assumere, et in ea debito

tempore profiteri, per se et haeredes suos, et non quidem vi, nec metu, aut dolo, neque aliquo alio Iuris vel facti ductus errore, sed sponte, motu proprio, et ex libera sua voluntate, maturaque cum deliberatione, ac omni alio meliori modo, via, Iure, forma, causa et causis, quibus magis, melius, validius et efficacius, potuit ac potest, in praesentia, cum auctoritate, licentia ac assensu et interventu praedicti Illustrissimi Domini eius Genitoris Ferdinandi Gonzagae, nec non Illustrissimi Domini Horatii ex Marchionibus Gonzagae, Domini Sulferini, eius patrui, et Illustrissimorum Dominorum Prosperi et Marci Antonii, Marchionum de Gonzaga, amborum ex eius agnatis proximioribus, existentibus in Dominio Mantuae, omnium dictum suum institutum et propositum expresse approbantium, sciens optime quid et quantum cedat, renuntiet, et donet, prout ibidem se scire dixit et protestatus fuit, et ex praenarratis colligitur, Certificatusque etiam ad plenum a me Notario infrascripto, quid sit et quid referat inter vivos donare: praedicto Illustrissimo Domino Rodulpho, fratri suo secundogenito, praesenti, stipulanti, et cum consensu et auctoritate praedicti Illustrissimi Domini sui Genitoris acceptanti praedictam suam primogenituram ac in Marchionatu dicti Oppidi Castioni a Stiveriis, eiusque territorio et pertinentiis succedendi ius cessit et cedit, ac renuntiavit et renuntiat, de iisdem, nec non de omni et quocunque iure sibi competente, aut quod ullo unquam in futurum tempore ei competere posset, tam in praedictis quam aliis bonis paternis et maternis ac quibuscunque aliis, tam ratione primogeniturae, quam alterius successionis et legitimae sibi iure naturae debitae, et praesertim ita tamen, ut generalitati specialitas non deroget, nec e contra, de omni et quocunque iure, quod sibi resultare vel acquisitum esse dici posset ex conditione reservationis scutorum ducentorum aureorum, ac aliorum bis mille, pro una vice tantum, in dicto Imperiali Decreto apposita, Donationem inter vivos, quae ullo unquam ingratitudinis vitio, vel offensa, aut alia quavis causa, a iure permissa infringi, revocari vel annullari minime valeat, praedicto Illustrissimo Rodulpho, fratri suo praesenti, stipulanti et cum consensu, licentia ac auctoritate et interventu ut supra acceptanti, fecit et facit, ut praedicta omnia et singula bona, in Illustrissima eius familia perpetuo et omni tempore maneant et conserventur, Renuntians, prout ita expresse dictus Illustrissimus Dominus Aloysius sub vinculo et virtute infrascripti Iuramenti, renuntiavit et renuntiat exceptioni, non sic ut supra facti et celebrati praesentis Instrumenti, ac exceptioni doli mali, quod vi metusve causa, exceptionisque, omnis et cuiuscunque defectus, et omissae solemnitatis, ac omni alii suo iuri, legum et statutorum auxilio, quibus unquam posset contra praesens venire Instrumentum, aut in aliquo se defendere vel tueri, certificatus ad plenum a me Notario infrascripto de vi et effectu ac importantia dictarum renuntiarum, ad eius plenam el claram intelligentiam. Et insuper attenta licentia, auctoritate et dispensatione, super hoc a Serenissimo Domino nostro, Domino Duce Mantuae et Montisferrati etc. praefato Illustrissimo Domino Aloysio, ac mihi Notario infrascripto impartita, concessa et emanata, derogante Decreto

Marchionali Iuramentum assertionis et observationis in Instrumentis apponi prohibenti, aedito anno millesimo, quingentesimo, vigesimo octavo, ut de ipsa licentia constat, ex declaratione Illustris Domini Aloysii Olivi Castellani Ducalis Mantuae et a secretis praedicti



Monasterio y Santuario de Monserrat.

(Véase el libro I, nota 25.)

Serenissimi Domini nostri recepta, per rogitum Egregii Domini Iacobi Antonii Bonatii Notarii et Cancellarii Senatorii Mantuae, sub die vigesima octava mensis Octobris, proxime decursi, ibidem in authenticam formam mihi exhibitum, in calce praesentis Instrumenti registrandum, una cum fide alterius Ducalis ordinis

Decretique disponentis, quod in similibus adhibeatur fides Ducalibus Secretariis, facta per Egregium Dominum Camillum Compagnonum, Clarissimi Ducalis Mantuae Magistratus Notarium, mihi similiter ad eundem effectum tradita, Idem Illustrissimus Dominus Aloysius ad delationem mei Notarii infrascripti, vigore dictae auctoritatis, dispensationis ac licentiae, deferentis, manu eius propria tactis corporaliter Scripturis, super uno Missali (Romano), aperto ibidem, ad hunc effectum mihi exhibito, ad Sancta Dei Evangelia iuravit et dixit, supradicta omnia et singula in praesenti Instrumento contenta, apposita et inserta, fuisse et esse vera, eaque per se et ut supra sub vinculo et virtute dicti Iuramenti, perpetuo et omni tempore attendere et observare, praedicto Illustrissimo Domino Rodulpho praesenti et acceptanti ut supra, promisit, et in aliquo sub quovis praetextu non contrafacere, nec contravenire, per se vel per alium seu alios, aliqua ratione seu causa, modo vel ingenio, de iure vel de facto, sub obligatione omnium et singulorum suorum bonorum, praesentium et futurorum, et nec absolutionem vel habilitationem a praedicto Iuramento petere vel impetrare, et impetrata non uti, Rogans me Notarium infrascriptum, ut de praedictis omnibus et singulis, publicum conficiam documentum ad perpetuam rei memoriam.

Ego Annibal filius quondam Domini Ioannis de Persia, civis Mantuae, publicus Imperiali auctoritate notarius suprascriptum Instrumentum Mantuae redegi et solita cum attestatione subscripsi.

48. (Pag. 90.) El mismo dia en que S. Luis hizo la renuncia al Marquesado de Castellon y á las esperanzas de cuanto le prometia el mundo, lleno de gozo escribió al P. General la carta siguiente, cuyo original existe en poder del Sr. Iozzi (*Lettere di S. Luigi Gonzaga con annotazioni del Sac. Prof. Oliviero Iozzi. In Pisa tip. editrice Ungher & CC. Via San Giuseppe, 18—1889,* pag. 22).

«Sig. mio et Padre in Dom.no Oss.mo

Hoggi stesso spolio dell' abito dell' uomo vecchio ò indossato *vestem novi hominis* del che fo avvertito V. S. R. cerziorandolo che di tanta gratia non so come ringraziare Iddio benedetto tantopiù che hoggi ha volsuto degnarmi di nuova consolatione permettendo che a sua imitazione lo seguissi povero; perchè è paruto al mio signor padre di non assignarmi più quanto aveva promesso et con obbligatione confirmato: epperò penserà alle spese di viaggio et per gli accessori: io prego Iddio benedetto che faccia tutto per il melio et che se crederà anco espediente che il sig. Padre si trovi in poter di effettuare la promessa a favor della congregazione: pero non manco di lettere *ad hoc* che da parte dei signori superiori del collegio di qui et da parte della Signora mia madre presenterò alla S. V. che *genibus humiliter flexis ex toto corde* la supplico per amor d' Iddio di ricevermi per carità in porto di scampo et di

salvazione et *quamprimum* perchè sforzerommi di non molto prolungar le dovute visite nel mio viaggio et per fine gli bacio le mani: di Mantova li 2 Nov. 1585.

Di V. S. R.
Filiolo in Domino Obb.mo
Aluigi Gonzaga.»

49. (Pag. 90.) Esto se explica por hallarse á la sazon D. Ferrante con pocos recursos, segun él mismo refiere á D. Mar-



N.ª S.ª del Pilar de Zaragoza.
(Véase el libro I, nota 25.)

celo Donati, Secretario del Duque de Mantua, con fecha de 1.º de Abril de 1584. Otras dos cartas suyas, una al Duque de Mantua, de igual fecha, y otra al Sr. Obispo de Casal Maggiore, de 31 de Agosto de 1584, confirman lo mismo, esto es, que, entónces no tenia medios de mostrarse generoso. Ambos documentos existen en Mantua, en el Archivo de la familia.

50. (Pag. 92.) Véase el árbol genealógico de los Gonzagas.

50a. (Pag. 92.) Grande fué la devocion que S. Luis Gonzaga profesó siempre á N.ª S.ª de Loreto, á cuya poderosa intercesion

reconocia deber el beneficio de haber nacido con vida. Tenía el Santo una efigie de N.ª S.ª de Loreto, que despues fué conservada y trasmitida como preciosa herencia en la familia Gonzaga, hasta que el año 1706 fué regalada á los PP. Franciscanos de Viena, los cuales la tienen en el claustro del convento, no lejos de la puerta, protegida por una reja, á causa de ser mucha la gente que continuamente se agolpa á venerarla.

El documento que acredita la autenticidad de la imágen, é indica sus diversos poseedores, traducido del aleman es del tenor siguiente.

«Esta milagrosa imágen copia exacta de la de Loreto, perteneció primeramente al B. Luis Gonzaga, por lo cual se la tiene en singular veneracion. Despues fué propiedad del Príncipe Anibal Gonzaga; luégo, de la Princesa Isabel Gonzaga; en seguida del hijo de esta, D. Felipe, Baron de Dietrichstein, y más tarde de Isabel Ferrarin; y á la muerte de todos estos vino á poder de los RR. PP. Franciscanos. Esta efigie fué tocada á la lengua de S. Antonio de Padua y á otras varias reliquias veneradas en Roma, y ha obrado muchos milagros. Hace unos 200 años que se la tiene en gran veneracion. Fué dada por mí el año 1706.

Maria Francisca de Schardin, *Baronesa de Innig.*»

51. (Pag. 94.) La preciosa carta de D. Ferrante al P. General Claudio Aquaviva, publicada por el P. Cepari en la segunda edicion de su obra, es del tenor siguiente:

«Illustrissimo e reverendissimo signor mio osservandissimo.

Siccome per lo passato ho giudicato conveniente ritardare la licenza a Don Luigi mio figliuolo d'entrare in cotesta santa religione, per timore di qualche incostanza per la sua poca età, così ora parendomi di poter assicurare, che egli sia chiamato da Nostro Signore, non solo non ho avuto ardire di disturbarlo, o differirgli più lungamente la licenza, che con tanta istanza mi ha sempre domandata; ma al contrario, per soddisfarlo con l'animo molto quieto e consolato lo mando a V. S. reverendissima, come a quella che gli sarà padre più utile di me. Io non la richiedo di cosa particolare intorno alla sua persona, sólo certifico a V. S. reverendissima ch'ella diviene padrona del più caro pegno che io abbia al mondo e della più principale speranza che io avessi alla conservazione di questa mia casa; la quale per l'avvenire avrà gran confidenza nelle orazioni di questo figliuolo e di V. S. reverendissima, nella cui buona grazia mi raccomando, pregandole da Nostro Signore quella felicità, che desidera.

Di Mantova li 3 Novembre 1585.

Di V. S. illustrissima e reverendissima
Affezionatissimo servitore
Il Principe Marchese di Castiglione.»

52. (Pag. 94.) El Cardenal Alejandrino, llamado así por haber nacido en Bosco, junto á Alejandría, era el Emmo. Ghislieri, sobrino de S. Pio V.

53. (Pag. 96.) En el catálogo de los recibidos en la Compañía en el Noviciado de S. Andres, ocupa S. Luis el número 828; y en el libro donde se anotaba lo que cada Novicio llevaba al entrar en aquella casa, que tiene por título «Ingressus Novitiorum ab anno 1569 usque ad 1594», se lee lo siguiente en el número 828 (tomo II, pag. 100):

«Don Luigi Gonzaga venne alli 25 di Novembre; portò duoi mantelli di panno nero e due sotane; una picciola e l'altra grande del medesimo, una zimarra di panno nero, una vesta grossa di panno ternano, duoi giuponi, uno di mocaiale, l'altro di fustagno nero, duoi pari di calzoni de saia panata con le calzette del medesimo, un capello di feltro, una camisola rossa, camisie 12; scarpe paia 12; fazzoletti 12; sciugatoi nove, calzette de tela due paia, due barrette da prete, un baulo, un quadro del crocifisso.»

Cada pretendiente firmaba en aquel libro el inventario de lo que habia llevado consigo, para que, si llegaba á salir de la Compañía, se le pudiese entregar cuanto le pertenecia. El de todos los 827 está firmado por los interesados, pero al de Luis falta aquel requisito; acaso porque su vocacion era tan firme y acrisolada, que bien se podia esperar con fundamento su perseverancia en ella. Generalmente el ajuar de los otros está valuado en 10 ó 12 escudos, y el de Luis en 48: cada escudo romano equivale á poco más de 5 pesetas. El crucifijo que S. Luis llevaba al entrar en la Compañía se venera en la sacristía de la *Cappelletta* en que se trasformó el aposento donde vivió el Santo, en el Colegio en Romano.



NOTAS AL LIBRO SEGUNDO.

1. (Pag. 104.) El Breviario con que rezaba S. Luis en el siglo, y que llevó consigo á la Compañía, es un *totum* impreso en Amberes en 1577 en casa de Cristobal Plantin. Actualmente le tienen las Ursulinas de Viena juntamente con un documento que asegura ser aquél el Breviario de S. Luis.

2. (Pag. 105.) *Sancti Bernardi Opera omnia, Coloniae Agrippinae 1620,* pag. 359: «In quo cum (qui timore Dei initiatur ad sapientiam) coeperit proficere, hoc est pie vivere in Christo, necesse est (teste scriptura) persecutionem patiatur, ut recens gaudium vertatur in moerorem et dulcedo boni vix summis (ut ita dicam) labiis attacta, in amaritudinem commutetur.»

3. (Pag. 106.) El Sr. Iozzi (*Lettere di S. Luigi con Annotazioni, Pisa 1889,* pag. 24) publicó por primera vez esta carta de S. Luis á su Madre:

«Ill.ma Sig. Madre in Xo Oss.ma

Pax Xti. La morte del sig. mio padre è stato in sul momento un vero dolore al cor mio et me ne son sentito sgomento: se non che dato sfogo al dolore del che la parte humana vol il suo risentimento; ho motivo hora di rallegrarmene pensando che fin d'hoggi ho motivo di chiamarlo padre veramente e di ringraziare il Signore nostro che come giova sperare nell'infinita sua misericordia l'ha voluto a parte delli celesti gaudii. Con santa rassegnazione et spirituale consolazione sottomettiamoci alli voleri di sua Divina Maestà con che finisco et addimando la sua benedizione.

Di Roma Apr. 1586.

di V. S. Illma

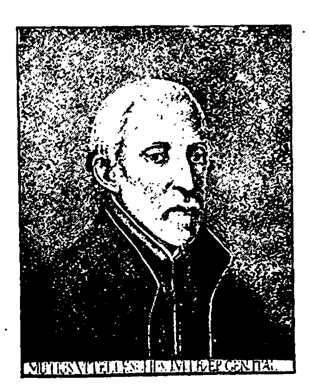
Figliolo in Xto Ubbmo.

Aluigi Gonzaga della Comp. di Gesù.

All' Ill.ma Sig. Madre in X.to Oss.ma la Sig. Marchesa di Castiglione.»

Puede ser que el P. Cepari aluda á esta carta, pues cita como palabras del Santo algunas parecidas á las que se hallan en ella. Si esto es así, acaso esté equivocada la fecha en que se dice escrita; porque D. Ferrante habia muerto el 13 de Febrero y el P. Cepari nos asegura que Luis, por consejo del P. Superior, escribió á su Madre el mismo día en que recibió la noticia de la muerte de su Padre. Ahora bien, como la noticia no se puede creer que tardase mes y medio en llegar á Roma, hemos de concluir que, ó el P. Cepari no se refiere á esta carta, ó que debió ser escrita no en Abril sino ántes.

4. (Pag. 107.) Nuestra Señora de Mantua es sin duda alguna la célebre *Madonna delle grazie*, venerada cerca de esta ciudad.



P. Mucio Vitelleschi,

confidente de S. Luis y despues Prepósito General de la Compañía de Jesus.
De un cuadro conservado en la Universidad Gregoriana de Roma.
(Véase el libro I, nota 29.)

5. (Pag. 107.) Háblase de D. Francisco Gonzaga en los capítulos 9 y 10 del libro primero, y se hace mencion de él en otras partes de esta vida. Nació el 31 de Julio de 1546 y en el bautismo recibió el nombre de Anibal. En 1557 fué enviado á Flandes para estar al lado de Alejandro Farnesio. Muerto Cárlos V, cuando su hijo Felipe II fué de Bruselas á España, le acompañó Anibal; pero á 17 de mayo de 1562, á pesar de la oposicion de su familia, cambió el traje de cortesano por el tosco sayal, entrando en Alcalá en el convento, que, bajo la advocacion de Santa María de Jesus, tenia allí la esclarecida Orden de S. Francisco, y tomando el nombre de su Seráfico Fundador. Un año despues hizo la profesion solemne. Era buen teólogo y notable predicador de la divina palabra. Vuelto á Italia, desempeñó varios cargos de su Orden. En 1572 le nombraron Provincial, y en 1579 fué Electo General de toda su Religion, en el Capítulo General habido en Paris. Visitó los con-

ventos de Europa, fomentando en todas partes la estricta observancia de la primitiva regla de S. Francisco, sin que le arredrasen las dificultades que en su santa empresa se le atravesaron. Al terminar su elevado cargo en 1587, se retiró al Convento de San Martin *di Bozzolo*, en territorio de Mantua, que él habia fundado juntamente con un hermano suyo, el Cardenal Escipion Gonzaga. Aunque estaba señalado para ser sucesor de S. Carlos Borromeo en la Sede de Milan, su humildad le hizo oponerse á ocupar tan elevado puesto, y sólo aceptó la dignidad de Obispo de Cefalú, en Sicilia, para la cual le propuso el Gobierno Español. Siete años rigió aquella Diócesis con edificante tenor de vida, atento no ménos que á su propia santificacion á la de su grey, con celo infatigable, caridad generosa, y valor invencible para defender la justicia y quitar abusos. Fundó un Seminario conforme á lo determinado por el Sacrosanto Concilio Tridentino, y fué el primero de los creados en Sicilia. Clemente VIII le nombró en 1593 Obispo de Pavía; pero en seguida le eligió Obispo de Mantua, cediendo á las instancias de Guillermo, Duque de aquella ciudad. El primer cuidado del nuevo Prelado fué fundar allí en 1594 un Seminario para 50 clérigos, segun las prescripciones del Concilio de Trento; y ajustándose á las mismas, celebró entonces el primer Sínodo provincial, al cual siguió el segundo en 1604 para promover la beatificacion de su pariente y compañero en la juventud Luis Gonzaga. Infatigable en las obras de celo, hizo muchas piadosas y útiles fundaciones, publicó en 1610 las constituciones Sinodales, introdujo en 1617 el rito Romano, conforme á las modificaciones de Paulo V, y lleno de méritos murió á 11 de Marzo de 1620, con tanta fama de santidad que se introdujo la causa de su beatificacion. Su cuerpo se conserva incorrupto en la catedral de Mantua, en un sepulcro del presbiterio, sentado en su trono episcopal. Véase la obra de Donesmondi *Vita dell'.Ill^mo e R^mo Monsignore F. Francesco Gonzaga, Vescovo di Mantova. Venetia per Giacomo Sarzina, 1625.*

6. (Pag. 107.) Esta proposicion no se halla en la edicion de Piacenza, en la cual sólo se leen estas palabras: «*Si confesò* (Don Ferrante) *quella sera stessa; il giorno seguente fece testamento e dopo d'haver disposto di quanto doveva, si morì.*» Lo probable es que hiciese testamento sin que el P. General influyese nada en esta determinacion.

7. (Pag. 108.) Era éste el P. Gaspar Alperio, á quien se le llama asimismo Alpio ó Alpius en otros documentos, el mismo á quien, como veremos luégo, manifestó Luis en el seno de la confianza, que en la Religion hacia relativamente muy poca penitencia. El P. Alperio nació en Subiaco el 1566, y entró en la Compañía á 27 de Abril de 1586, de modo que fué connovicio del Santo. Murió en Parma el dia 29 de Mayo de 1617, despues de haber enseñado muchos años filosofía y teología. Prueba bastante clara de sus virtudes y excelente espíritu es esa misma confianza con que le distinguia el prudente jóven, tan mirado en todo, y mucho

más en manifestar lo que en su interior obraba la mano misericordiosa de Dios. Otras varias veces se menciona en esta obra al P. Alperio.

8. (Pag. 132.) El P. Vicente Bruno, nacido en Rímini el año 1532, se alistó en la Compañía de Jesus el de 1558. Siendo Rector del Colegio Romano en 1587, tuvo por súbdito á Luis, que estaba allí repasando la filosofía, é hizo los votos simples en su presencia el 25 de Noviembre. (Véase el cap. XII, del libro II.) El P. Bruno fué uno de los pocos á quien Luis, al volver de Milan á Roma, comunicó la revelacion de su muerte próxima (cap. XXIV); y en cambio el Padre, como Prefecto de salud, anunció al santo joven la noticia de que se le acercaba la próxima partida de este mundo, oido lo cual el enfermo entonó el *Te Deum* (cap. XXX). El libro mencionado en el texto lleva por título *Meditazioni sopra i principali Misterj della Vita, Passione e Risurrezione di Cristo N. S. e sopra le sette Festività principali della b. Vergine e sopra il commune de' Santi, raccolte da diversi Santi Padri e da altri devoti autori. In Vinegia 1585, 1586, 1588.* Contiene cuatro partes. De esta obra se han hecho varias ediciones y traducciones. (*Backer, Bibl. des écriv. de la Comp. de Jésus.*)

9. (Pag. 132.) El libro del Dr. Andres Vittorelli citado por el P. Cepari, lleva por título *De Angelorum custodia, Auctore Andrea Victorello Bassanese, Doct. Theol. Ad S. D. N. Paulum V. Pont. Max. Patavii 1605.* Advierte el docto Autor que entre las Meditaciones del P. Vicente Bruno se halla una *pia, uberis et præclara* meditacion de los Angeles, compuesta por S. Luis. *Lege, quæso te,* dice este Autor, *præclaram meditationem* (*Nicolaus Serarius eam latinitate donavit*)*; ferreus eris, nisi divinæ pietatis ardore incalescas, Angelicæ tutelæ beneficium magni facias, divinamque bonitatem pro tanto beneficio miris laudibus perpetuo celebres.*

10. (Pag. 134.) Era éste el P. Gaspar Alperio (Véase la nota 7 de estas del libro II), á quien desde Milan participió Luis la alegre noticia de su vuelta á Roma, única patria suya en la tierra (libro II, cap. XXIV). Tambien es el mismo P. Alperio la persona á quien prometió el Santo, poco ántes de morir, que se acordaria muy particularmente de él en el cielo (libro II, cap. XXXI).

11. (Pag. 135.) Mons. Juan Andres Croce, Obispo di Tívoli, á instancias de su sobrino el P. Lucio Croce, de la Compañía de Jesus, cedió á S. Francisco de Borja á 20 de Mayo de 1565 la pequeñísima iglesia parroquial de S. Andres *a Monte Cavallo* con dos casitas anejas, y un reducido jardin, trasladándose la parroquia primero á *S. Salvatore delle Coronelle* y despues *ai SS. Vincenzo ed Anastasio.* Por ser aquel sitio muy saludable, sirvió algun tiempo de habitacion á los enfermos y convalecientes de la Casa Profesa. Un año despues, llegando á oidos de D.ª Juana de Aragon, Duquesa de Tagliacozzi y madre de Marco Antonio Colonna, los

deseos de S. Francisco de Borja de crear allí el Noviciado, le dió en 1566 parte de la casa y jardin que ella tenia pegante á la iglesia de S. Andrés, y ademas 6000 escudos en dinero. Aquel mismo año pasaron á vivir allí parte de los Novicios de la Casa Profesa, pues para todos era demasiado pequeña la nueva vivienda.

Empezó á ensancharla el Santo General, construyendo una iglesia no mucho mayor que la antigua, y añadiendo algunas pocas habitaciones. Los nuevos Rectores la fueron aumentando sucesivamente, hasta que del 1592 al 1624 acabaron de fabricar el cuerpo principal del edificio los PP. Nicolas de la Fuente, Bartolomé Ricci, Juan Pablo Rissi, y Oliverio Pensa.

La nueva iglesia actual fué construida por el Príncipe Panfili con los planos de Bernini, desde el 1.º de Octubre de 1658 hasta el 11 de Noviembre de 1670, en que fué trasladado á la nueva iglesia el cuerpo de S. Estanislao de Kostka, que estaba en la iglesia edificada por S. Francisco de Borja.

En 1773, pocos meses despues de publicado el Breve *Dominus ac Redemptor* trasfirió Clemente XIV á los Sacerdotes de la Mision, Religiosos de S. Vicente de Paul, el dominio de la casa y huertos de S. Andres y de la viña llamada *il Macao* (convertida en cuartel y campo de Marte en tiempo de Pio IX).

En 1810 se lo apropió todo el gobierno francés al suprimir las Ordenes religiosas, destinando la casa á cuartel, determinacion que fué muy perjudicial al edificio.

Al ser restablecida la Compañía el 7 de Agosto de 1814, Pio VII, por medio de Mons. Belisario, Abogado Fiscal de la Reverenda Cámara Apostólica, puso á la Compañía en posesion de la casa de S. Andres con sus dependencias, y quedó abierto allí el Noviciado desde el dia 12 de Noviembre del mismo año. Á los Sacerdotes de la Mision les dió en el mismo Quirinal la iglesia, casa y huerto de S. Silvestre, que primero habia sido Noviciado de los Teatinos, y despues Residencia de los Paccanaristas.

Entró en Roma el ejército francés en 1849 para restablecer el gobierno Pontificio, y se alojó en la mayor y mejor parte del Noviciado, y en uno de los jardines hizo un hospital militar, dejando á la Compañía el restante de la habitacion.

En 1867, así que se retiraron de Roma las fuerzas francesas, en la parte por ellas ocupada se instaló, en el mes de Mayo, el Colegio Pio Latino Americano por órden de Pio IX, hasta que se hallase otro local, continuando allí mismo el Noviciado con entera separacion del Colegio.

Apoderóse violentamente de Roma el Gobierno Piamontes en 1870, suprimió en 1872 las corporaciones religiosas, aplicando al fisco sus bienes, el Noviciado fué disuelto, y en el edificio, cedido á la Real Casa con la mayor parte del jardin, se alojaron los empleados inferiores del Palacio del Quirinal. Al Colegio Pio Latino Americano se le permitió continuar 7 años, para que entre tanto buscase otro edificio á donde trasladarse. Acabado el setenio y no teniendo aún casa propia, siguió viviendo allí, pero pagando á la Real Casa 24,000 liras de alquiler al año; hasta que, despues

de haber vivido en aquella casa 20 años, se le hizo desalojarla el 1.º de Octubre de 1887, y para obligarlo á salir más pronto, el 30 de Setiembre de 1886 empezaron á demoler el lienzo de la casa que caia al mediodía, reservando tan sólo las capillitas de S. Estanislao, y aun estas mismas fueron destruidas en el verano de 1888, con pretexto de la ida del Emperador de Alemania á la



S. Luis en traje de Caballero de Santiago.

De una estatua que se venera en la iglesia de Uclés, de la provincia de Cuenca.
(Véase el libro I, nota 32.)

nueva Capital de Italia. Fué reedificado el brazo del mediodía conforme al nuevo destino que iba á tener, y destruida la parte central del edificio, quedó modificado todo lo restante de él, para vivienda de la servidumbre de la Real Casa. Solamente se reservó al lado de la Sacristia un pequeño espacio en el cual se han construido dos capillitas dedicadas á S. Estanislao, á semejanza de las destruidas, que estaban en el aposento donde murióel Santo.

12. (Pag. 146.) Tuvo S. Luis por Maestros de teología á los PP. Agustin y Benito Giustiniani, Genoveses, y á los Padres españoles Juan Azor y Gabriel Vazquez. Este, el más famoso entre los cuatro, nació en Belmonte, año 1551, y el 9 de Abril de 1569 abrazó el instituto de la Compañía en Alcalá, donde, á la edad de solos 25 años empezó á enseñar teología, y luégo fué para lo mismo al Colegio Romano. Por su grande ingenio y profundos conocimientos en filosofía y teología le llamaban algunos el Agustin español. Contrastaba notablemente la estima que otros hacian de él con el bajo concepto que de sí tenia. Deseaba vivamente conseguir el permiso de pasar á las Indias para consagrarse á la conversion y enseñanza de la gentilidad. Tanto como descuidaba y tenia en poco su propia honra y ser estimado de los otros, miraba con exquisita diligencia por el honor ajeno. Notable era su amor á la pobreza, y á sentir los efectos de ella. Por más instancias que le hicieron grandes Señores y algunos Prelados, no pudieron conseguir de él que dejase su raido manteo, que le duró 30 años. Lleno de méritos y virtudes murió el año 1604, á los 55 de edad, despues de haber publicado 10 volúmenes en folio de comentarios sobre la Suma de Santo Tomas.

13. (Pag. 180.) Véase á *Iozzi, Lettere di S. Luigi,* pag. 36.

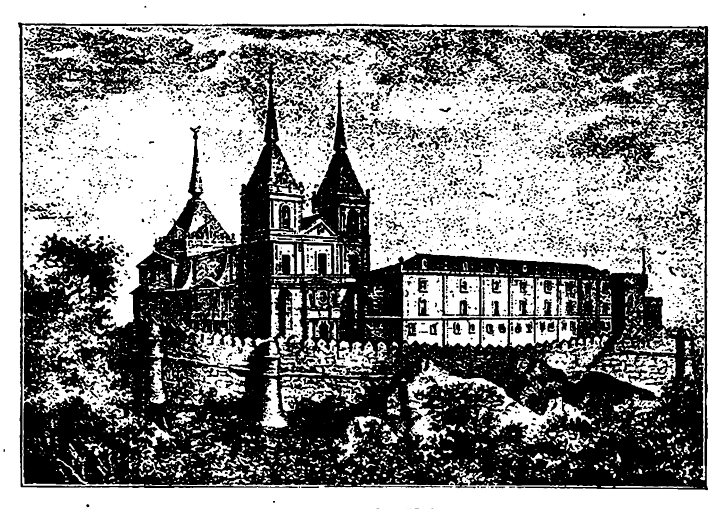
14. (Pag. 185.) Como explicamos en la nota 7 al libro primero, D. Luis Alejandro, abuelo de S. Luis, fortificó con baluartes, torres y fosos, aun más de lo que ya lo estaba, su castillo de Castel Goffredo. El palacio con sus dos torres, edificado por él, presenta todavía un aspecto imponente, aunque ha perdido mucho del antiguo esplendor. El interior se hallaba adornado con frescos, de los cuales aun se conservan en buen estado los del peristilo del piso bajo próximo al jardin, los cuales ó son de Julio Romano, ó de alguno de sus discípulos. En la torre de la derecha, á la cual se entra por el palacio, está la habitacion en que vivió S. Luis al visitar á su tio.

15. (Pag. 187.) Era este, á lo que parece, el mismo á quien S. Luis llama Tullio en una de sus cartas (V. Iozzi, pag. 41). Por ser consejero secreto del Duque de Mantua, tenia correspondencia epistolar con D. Ferrante, segun se ve en muchas cartas que este le escribió, las cuales se hallan en Mantua en el archivo de los Gonzagas.

16. (Pag. 188.) El P. Cepari refiere así este paso en la segunda edicion de su obra:

«Accomodato il negozio col serenissimo, si pose Luigi a rassettare un' altra cosa molto importante, che spettava pure al eccellentissimo principe e marchese Don Ridolfo suo fratello, il quale essendo giovane e libero, s' era invaghito d' una signora giovane di onoratissime qualità, sebben di nobiltà disuguale, figlia unica al padre, il quale era richissimo: poichè per comune voce si

diceva ch' egli avesse roba per la valuta di più di cento mila scudi, la quale roba tutta alla suddetta signora si doveva. Spinto dunque dall' affetto grande, che il suddetto signor marchese portava a questa sì onorata signora, determinò di prenderla per sua legittima moglie, come in fatti fece, sposandola, ma con gran segretezza, alla presenza del solo arciprete di Castiglione, che era il proprio suo parroco, e de' necessari testimoni, avendo però prima ottenuta licenza dal vescovo, il quale dispensò nelle solite denunzie, li 25 di ottobre del 1588. Nè per altro il detto signor marchese volle che questo matrimonio passasse con tanta segretezza, sicchè non lo sapesse nè anche la marchesa sua madre, e molto meno il



Convento de Uclés,
casa principal de la orden militar de Santiago, como estaba en tiempo de S. Luis. De una antigua litografía. (Véase el libro I, nota 32.)

principe Don Alfonso Gonzaga suo zio, e fratello di suo padre, se non perchè dovendo a lui succedere nello stato di Castel Giuffrè, per non avere esso lui figli maschi, temeva ch' egli si sarebbe non poco sdegnato contro di lui, qualunque volta avesse saputo ch' ei si fosse accasato con altra persona, che con la sua unica figliuola, la quale essendo di già in età nubile, disegnava con dispensa del Pontifice, di dargliela per moglie, acciò con tale accasamento potesse la figliuola godere anche essa dello stato del principe suo padre.

Aveva il signor marchese sposata la sopradetta signora un anno prima che S. Luigi giungesse a Castiglione; ma come il maritaggio era sempre stato segreto, ognuno credeva ch' egli la tenesse con mala coscienza, e ch' ella non fosse sua legittima moglie. D'onde poi è nato l' errore di alcuni scrittori, i quali non

essendo ben informati della verità del fatto, hanno stampato il contrario con dire che S. Luigi avesse egli effettivamente indotto il marchese suo fratello a sposare la suddetta signora. Il che è falsissimo, ed un manifesto torto, che si fa a così onorata signora. Poichè un anno prima, come si è detto, era stata da lui legittimamente, ma segretamente, per i suddetti rispetti sposata. Ed io, che per scrivere questa istoria della vita di S. Luigi andai apposta a Castiglione, e m'informai dal medesimo arciprete, e dalla signora marchesa madre, che ancora viveva, e da molti altri, trovai che la verità era questa, che qui racconto.

La qual verità per essere allora ignota e a S. Luigi e alla signora marchesa sua madre, fece Luigi ad istanza di lei gagliardi uffici appresso il signor marchese suo fratello, acciò, lasciando la suddetta signora, desse soddisfazione al principe suo zio con prender la sua figliuola per moglie. Il signor marchese per suoi interessi andava sfuggendo di scoprire il segreto, con dar solo a Luigi buone parole. Ma facendo Luigi nuove istanze per dubbio che, se non accomodava questo negozio di presenza, non avrebbe poi ottenuto cosa alcuna; strinse in guisa il fratello, che gli chiede parola e gli giurò di volergli dare soddisfazione. E perchè Luigi stava di partenza per Milano, gli promise di trasferirsi colà da lui, e di appigliarsi al suo consiglio. Con la qual promessa Luigi tutto soddisfatto del signor marchese suo fratello, si ritirò a Milano li 25 di novembre dell'anno 1589, attendendo ivi ai suoi studii, e soliti esercizi dello spirito, ed aspettando che il signor marchese andasse a trovarlo, come poi in fatti fece, non molto tempo dopo. Giunse al collegio una mattina di festa, quando appunto Luigi s'era comunicato, e stava attualmente rendendo a Dio grazie nel coro. Corse subito il portinaio ad avvisare Luigi, dicendogli che il signor marchese suo fratello con molti l'aspettava alla porta: e Luigi senza dar risposta se ne stette circa due ore inginocchioni immobile, sempre orando. Ed al fine andò da Sua Eccellenza, ove dopo le solite accoglienze il signor marchese confidentemente gli scoprì i legami del matrimonio, che colla sopradetta signora aveva, e come già erano quindici mesi, ch'egli l'avea sposata, ma teneva celato il matrimonio per non isdegnare il signor principe suo zio.

Si rallegrò grandemente Luigi, intendendo che il fratello non fosse nel peccato, che il mondo si credeva; e, consultato il caso coi padri di consenso del signor marchese, fu conchiuso ch'egli fosse tenuto in coscienza a manifestare il detto matrimonio, per togliere le false opinioni del volgo, come molto pregiudiziali all'onore di Dio, e della suddetta signora. Il che promisse di fare il signor marchese, e Luigi presse l'assunto di quietare i parenti. Ciò stabilito, partì il signor marchese per Castiglione, e poco dopo vi andò anche Luigi, il quale disse che già due volte colà si era trasferito, e che nella prima aveva accomodato le cose del mondo, e nella seconda volea accomodare quelle di Dio. Ed in effetto condusse il signor marchese a manifestare la verità del matrimonio già fatto alla signora marchesa sua madre, ed a pregarla a voler riconoscere la sposa come sua figlia e nuora, e come tale trattarla.

Dopo di che Luigi stesso lo manifestò al popolo, ed insieme ne diede parte al serenissimo sig. Duca di Mantova, ed ai due illustrissimi signori Cardinali Gonzaga, che in quel tempo vivevano, ed anche ad altri signori principi, e parenti del sangue; e da tutti riceve risposta di soddisfazione. Ed in particolare operò che l'eccellentissimo Don Alfonso suo zio riputasse il tutto ben fatto, e l'approvasse. Per in qual fatto si levarono affatto i sospetti, e le falsi opinioni contro la verità del suddetto matrimonio, e restò quell'onorata signora totalmente reintegrata nel suo onore appresso il mondo, come ogni umana e divina ragione richiedeva.»

17. (Pag. 189.) Como muestra del valor con que apretaba Luis á su hermano Rodulfo, véase la carta siguiente que le escribió á 6 de Febrero, poniendo en juego todos los recursos del afecto robustecido por la gracia para obtener de su hermano lo que el honor y el deber requerian de él. La carta escrita toda de mano de Luis se conserva en el archivo Sanvitale de Parma, y es como sigue:

«Ill. Sig. Fratello in Cristo oss.

Pax Xti. Ringrazio V. S. del messo che mi ha mandato, al quale avendo appieno spiegato quanto con il giudizio et parere di persone intendenti, et fra esse di quell'istesso con cui ella trattò qua in Milano, sento in Domino che ella sia obbligàta in coscienza et con obbligo di peccato mortale: non mi resta che aggiunger altro a V. S. se non pregarla, ed aggiungerò, supplicarla per amor d'Iddio et per le viscere di Gesù Cristo, et della Beata Vergine, che ella non mi defraudi dell'espettazione che sin ora ho avuto di lei, et che ella stessa con giuramento mi ha dato; con mettere in esecuzione uno di quei partiti che ho esposti a monsignor l'Arciprete. Quando ella faccia questo, io mi rallegrerò di averlo fratello in Cristo: il qual siccome sempre ho aiútato et desiderato di servire, così per l'avvenire non lascierò giammai di servirla; desiderando che mi si offerisca occasione di espor eziandio la vita propria per salute dell'anima di V. S. il desiderio della quale mi ha spinto a partirmi da Roma, et con iattura dei miei studï trattenermi quest'inverno in Lombardia. Il che tutto mi par poco *quando acquiram Christo te fratrem in illo carissimum.* Quando anche ciò non ottenga, come fratello sono *secundum carnem* nè la conosco nè la voglio riconoscere, essendo già passati più di 4 anni che come a tale gli sono morto; anzi mi parebbe di far molta vergogna a me stesso, se dopo aver per amor di Cristo abbandonata ogni altra cosa et me medesimo, adesso per affetto carnale *erubescerem Christum* et dissimulassi l'offesa sua; dicendo l'istesso Cristo, *vade et corripe fratrem tuum; si te audierit, lucratus es fratrem tuum; sin minus, sit tibi tamquam ethnicus et publicanus.* Così penso di eseguire; però starò per 12 giorni cominciando da dimani da aspettar la risposta. La quale quando abbia conforme a quello che ella deve, et al che solo dovrebbe bastar a spingerla l'esempio del Sig. Duca di Mantova et Signor Alfonso suo Zio, oltre qualche servizio ricevuto da me et l'obbligo principalmente dovuto a Iddio

benedetto, quando, dico, così eseguisca me ne ritornerò consolato a Roma: quando anche proceda altrimenti con Iddio et con esso meco, concluderò il negozio nel modo detto a Monsignor Arciprete, et dolendomi della mia mala sorte con esso lei lascerò che Iddio benedetto lo rimedii con la sua santa et potente mano dalla quale supplico di nuovo V. S. guardarsi, perchè è Iddio in ogni cosa, così nell' aspettare a penitenza come nel punire le offese fatte a lui et anche verso quelli che desiderano esser suoi servi. Però non manchi a quel che deve, non manchi, *et iterum* non manchi; avvertendo che glielo replico 3 volte, perchè certo si pentirà se manca. Frattanto pregherò Iddio le disponga il core et le conceda per fine quella felicità et abbondanza di grazia che io con tutto il core et con ogni affetto le desidero.

Di Milano alli 6 di Febbraio 1590.

Di V. S. Illustrissima
Fratello affez. nel Signore
Aluigi Gonzaga
d. C. d. G.

All' Ill. Sig. fratello in Cristo osservandissimo
Il Sig. Marchese di Castiglione
Castiglione.»

Así puede hablar un Santo, inflamado su corazon en amor de Dios y de la salvacion de los hombres. Ignoramos á qué alude al proponer á su hermano el ejemplo del Duque de Mantua D. Vicente. De todos modos bien podia citarle el de su tio Alfonso, el cual aunque tenia una esposa inferior en nacimiento, vivia con ella en paz y gracia de Dios y no se avergonzaba de presentarse con ella en público. (*Véase el árbol genealógico.*)

18. (Pag. 189.) El otro compañero era el H. Flavio Saraceni, natural de Siena, á quien dijo S. Luis aquellas hermosas palabras sobre el doble fin de su viaje á Castellon. Santiago Burlasco, primer compañero del Santo, así que éste volvió de Castellon, fué enviado á Venecia.

19. (Pag. 190.) En vez del 22 de Marzo, la edicion Piacentina pone el 12 del mismo; y efectivamente éste fué el de la salida de Luis para Milan, de suerte que ya el 17 escribió desde esta ciudad á su hermano una carta que Iozzi inserta en la página 48; y el dia 21 envió otra á la Marquesa, publicada por el mismo autor en la página 53.

20. (Pag. 193.) Antes de continuar los estudios padeció una grave enfermedad, ocasionada tal vez por las molestias de los últimos viajes. Estando enfermo, conoció y trató al santo H. Fray Agustin Salombrini, á quien se aficionó tanto, que despues pidió á los Superiores poder llevarlo consigo á Roma, y ellos, aunque

sentian privarse de tan útil y ejemplar religioso, vinieron en ello (*Andrada, Vita del v. Fr. Agostino Salombrini*).

21. (Pag. 198.) Se refiere al P. Aquiles Gagliardi (V. nota 42 al libro I, pag. 75).

22. (Pag. 199.) Los Superiores del Colegio de Milan, teniendo en cuenta la flaca salud de Luis, le dieron un aposento aunque



Estatua de N.ª S.ª de Loreto,
que perteneció á S. Luis y ahora está en poder de los PP. Franciscanos de Viena.
(Véase el libro I, nota 50a.)

pobre algo decente; pero él deseoso de mortificarse y de ser tratado como el último de la comunidad, no paró hasta conseguir que le dejasen mudarse á una habitacion oscura, las más miserable de la casa, contigua á una escalera de madera, que debia molestarle por el ruido que hacian los transeuntes. Pero cabalmente fué este el sitio escogido por Dios para revelarle su próxima muerte. Más tarde se arregló allí una capilla. (*Rossi, Clypeus castitatis ex armamentario Virginitatis promptus. Romæ 1653.*)

23. (Pag. 200.) Véase la nota 10 al libro II, pag. 134.

24. (Pag. 201.) El P. Gregorio Mastrilli, compañero de Luis en el camino de Milan á Roma, como lo habia sido de Nápoles á Roma, refiere el caso siguiente, sucedido en este viaje. Despues que los caminantes, en número de unos 60, habian salido de Siena, mientras estaban en un meson, descargó una tempestad muy fuerte, con tanta copia de agua, que el río Paglia, que allí se divide en varios brazos, creció desmesuradamente. No sin grande peligro pasaron los caminantes algunos de dichos brazos; pero al llegar al más caudaloso, volviéndose Luis al P. Mastrilli, le dijo: Padre, no pasemos. El peligro era grandísimo, tanto que de 18 de los más atrevidos que intentaron vadearle, los más perecieron ahogados. Mientras Luis encomendaba á Dios con fervorosas súplicas á sí y á sus compañeros, observó á cierta distancia á un jóven, que parecia estar pescando y pasaba sin dificultad el río. Mirad, allí está el vado, exclamó Luis, y todos corrieron al punto indicado, donde hallaron con maravilla paso fácil y seguro; pero nadie estaba tan admirado como el guia, que aunque muy práctico, jamas habia visto aquel pasaje. Creció la admiracion de todos cuando el jóven pescador desapareció de repente; por lo cual creo yo, añade el P. Mastrilli, que el Angel custodio de Luis fué quien enseñó, ó mejor dicho preparó el camino (*Acta Sanctorum*, pag. 1008).

25. (Pag. 207.) En los sucesos que tuvieron lugar cuando Luis estuvo de niño en Florencia, interviene repetidas veces un Señor llamado D. Juan. Así, por ejemplo, siendo Luis de 12 años escribió á su padre una carta el 17 de Agosto de 1575, en que le dice:

«Venerdi andammo dal Sig. D. Giovanni: et perchè non volle uscir fuori, si passò il tempo insieme con noi in cucinar molte cose. Ma egli non ne mangiò punto, perchè digiunava per un Giubileo mandato dal Papa, che assolve di pena et di colpa. . . . Ieri ci ritrovammo con il Signor D. Giovanni a Pitti: et mentre il detto Signor D. Giovanni si spassava con noi ad una fonte, sopraggiunsero le Principesse, che portarono molti cani, perchè dicevano di voler far correre il pallio dei cani. Et mentre si correa venne il Gran Duca per la porta del Giardino, con solamente quattro dei suoi gentiluomini; et stava a veder la festa. Correvano tutti, cioè le Principesse, il Sig. D. Giovanni et noi altri; durò la festa fino a sera.» (*Véase á Iozzi, pag. 5.*)

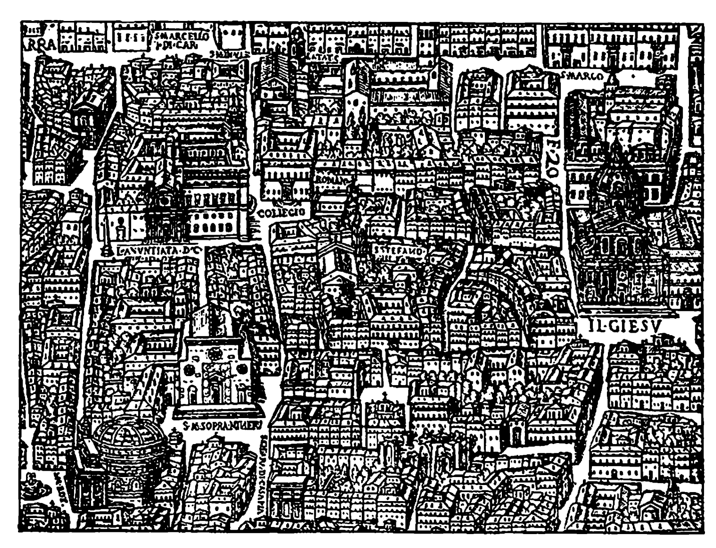
Asimismo en el libro de gastos (citado en la nota 14 al libro primero) refiere Pedro Francisco del Turco que Luis dió una *Lira e 10 soldi* (una peseta y 20 céntimos de ahora) por un vasito de cristal, que regaló á D. Juan, como recuerdo de la feria. Ahora bien, comparando lo que el P. Cepari y Luis dicen aquí de D. Juan de Médicis, con lo que Luis escribió de D. Juan cuando tenia 12 años, y lo que por incidencia se dice de D. Juan en el libro de gastos, parece fuera de duda que en todos estos lugares se habla de D. Juan de Médicis.

26. (Pag. 210.) Era el P. Juan B. Carminata, como se dice en la edicion Piacentina.

27. (Pag. 217.) El original de esta primera carta se halla en poder del Sr. Iozzi. Está fechada el 5 de Abril de 1591 y desde luégo se ve que no es de letra del Santo. El P. Cepari dice expresamente, que, por no hallarse el enfermo con fuerzas para escribirla, la dictó. La carta es como sigue:

«Ill.ma Sig. Madre.

Pax Xti Da molto tempo mi si era offerto motivo et tempo per satisfare al desiderio che V. S. à di mie notizie et lo faccio hora tanto più volontieri quanto che me ne à dato occasione con



Seccion de un plano de Roma en tiempo de Paulo V,

dibujado probablemente por Maggi, grabado en madera, y publicado en 1774 por Carlos Losi. De un ejemplar de conservado en la antigua biblioteca del Colegio Romano (llamada hoy de Vittorio Emanuele).

(Véase el libro II, nota 34.)

sicurtà di consolarla: et io non so come melio che esortandola a guardare quella madre che non à havuto pari ch' abbia sofferto tanto: così si specchi nel suo diletto figlio Signor nostro che si prese tutte le nostre miserie et travagli et persino la morte per esortarci a pazienza ne' nostri mali et per donarci l' eterna salvezza: i dispiaceri di V. S. sono molti et gravi ma non potranno esser lunghi perchè se con santa rassegnazione tutto riceverà dalle mani di S. D. M. arriveremo presto et con sicurezza alla terra di promissíone: si consoli adunque colla SS. Vergine Maria et in lei riposi, vedo ch' anche io mi trovo ormai alla fine de' patimenti et

a S. D. M. piacendo, spero di ricevere dal medesimo Signor nostro la maggior grazia che ricever potessi, cioè di morir come sperava in grazia sua . . .» (*Iozzi, lugar citado, pag. 69.*)

28. (Pag. 218.) El original de esta carta se conserva en el Archivo Sanvitale de Parma. Tambien esta parece que fué dictada por S. Luis, pues dos días despues hizo que otros le escribiesen cartas de despedida á los PP. Juan B. Pescatore, Mucio de Angelis y Bartolomé Recalcati, en las cuales en vez de firma hizo una cruz, por no tener fuerzas para más. Por consiguiente, cuando dice el P. Cepari que Luis la escribió, querrá decir que la pensó, y encargó que se la escribiesen. Tambien de la primera dice el P. Cepari que fué escrita por Luis, y luégo explica esto, cuando añade que la dictó.

L. Cibrario, que halló esta carta en el Archivo Sanvitale, creyéndola inédita y autógrafa de S. Luis, la publicó en su obra *Lettere inedite di Santi, Papi, Principi etc. Torino 1861,* pag. 130.

29. (Pag. 223.) Á los que tenian algun Crucifijo con las indulgencias de las Filipinas, entre otras muchas indulgencias se les concedia una plenaria en el artículo de la muerte, invocando devotamente el nombre de Jesus. He aquí el orígen de estas gracias. Sixto V, para favorecer la propagacion de la fe habia concedido á los Misioneros de la Compañía que trabajaban en las islas Filipinas muchas gracias espirituales: una de las cuales era la facultad de repartir cierto número de crucifijos y medallas á los cuales estaban anejas varias indulgencias parciales y plenarias, que se ganaban con determinadas condiciones. Clemente VIII, por Breve de 1.º de Octubre de 1596, hizo extensivas estas gracias á los Misioneros de la Compañía que predicaban el Evangelio en las Indias Orientales. (*Bulario Ms. de la Comp. de Jesus*, t. III, pag. 166.)

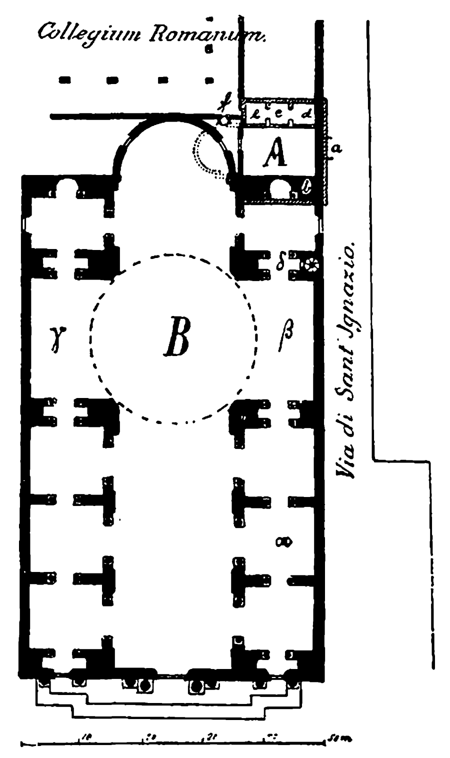
30. (Pag. 225.) Era este el P. Juan Lambertini, Boloñés, admitido en la Compañía de Jesus á 21 de Junio de 1585.

31. (Pag. 227.) El otro era el P. Antonio Francisco Guelfucci, nacido en Tiferni en 1564, y recibido en la Compañía el 30 de Octubre de 1580. De la Provincia Romana, á que pertenecia, pasó á la de Venecia, y falleció en Bolonia el dia 7 de Noviembre de 1648. Estuvo la mayor parte de su vida religiosa dedicado al ejercicio de la predicacion. Luis, que lo apreciaba mucho, al anunciarle con certeza su próximo fin, le suplicó que en los últimos ocho dias de su enfermedad le rezase los siete salmos penitenciales. (Véase el capítulo anterior, pag. 222.) En pago le obtuvo desde el cielo grande deseo de la perfeccion. (Véase el capítulo siguiente.)

32. (Pag. 227.) En la edicion de Piacenza añade el P. Cepari lo que sigue:

«Con esso restò ancora il P. Roberto Bellarmino, et disse a Luigi che quando gli paresse tempo, l'avvisasse, che gli raccoman-

darebbe l'anima, et egli risposse, che lo farebbe. E poco dopo disse, Padre, hora è tempo, et il detto Padre inginocchiato con gli altri due gli raccomandò l'anima. Dopo questo pareva che potesse vivere fino al dì seguente, il P. Ministro pregò il P. Bellarmino, che andasse riposare, et dicendo l'Infermiero, che sicuramente poteva partire, che non saria morto quella notte, et che in evento che fosse in atto di morire lo chiamarebbe, il Padre si partì.»



Plano del **primitivo** templo dell'Annunziata y de la **actual** iglesia de S. Ignacio donde se venera el cuerpo de S. Luis.

(Véase el libro II, cap. 32, y nota 34. Apéndice, cap. 3 y 5.)

33. (Pag. 228.) Al decir el P. Acosta que murió S. Luis entre las diez y las once de la noche, se refiere á la division del tiempo generalmente admitida, contando 24 horas de media noche á la otra media siguiente; de suerte que murió el 20 de Junio, antes de terminar la Octava del Corpus. Pero, ademas de esta division general, usa otra la Iglesia, empezando las festividades desde las

vísperas del dia precedente, y segun esto murió S. Luis el 21 de Junio, como dicen los escritores de su vida, y tambien lo afirma Gregorio XV en el Breve de 2 de Octubre de 1621. En Italia se cuentan las horas del dia civil desde la puesta del sol hasta la del dia siguiente, señalando, no 12 horas de dia y otras 12 de tarde y noche, sino 24 horas seguidas. Tambien, segun este modo de contar, se puede decir que murió el 21 de Junio, y á él se refiere el Autor al escribir que falleció el Santo entre las 2 y las 3 de la noche, esto es de las $10^1/_4$ á las $11^1/_4$ de nuestra cuenta, porque aquellos dias se pone el sol en Roma á las $8^1/_4$.

34. (Pag. 230.) El templo *della Annunziata* era el primitivo del Colegio Romano, del cual todavía existe una parte que sirve para guardar los ornamentos y utensilios del actual, con paso á la antesacristía. La nave que aun se conserva del antiguo sólo tiene de largo unos 12 metros, de ancho cerca de 8, y de alto no llega á 9. La entrada antigua estaba en la que ahora se llama *via di S. Ignazio.* No sabemos si constaba de una sola nave ó de tres: esto último parece lo más probable. Habia en ella por lo ménos estas cuatro capillas: del Crucifijo, de N.ª S.ª, de S. Sebastian y del B. Luis Gonzaga. Construyóla en 1562 D.ª Victoria Folfi Orsini, hija de una hermana de Paulo IV y esposa del Marques Camilo Orsini, y la entregó al Colegio Romano, que estaba en las casas vecinas, segun se halla consignado en una lápida colocada á la entrada de la sacristía de la iglesia de S. Ignacio. El espléndido Cardenal Luis Ludovisi, así como su tio el Papa Gregorio XV habia colocado á S. Ignacio en el número de los Santos el año 1622, asi tambien quiso él mostrar su afecto al Fundador de la Compañía de Jesus erigiéndole un templo muy suntuoso, cuyos fundamentos se comenzaron á echar en 1626. Para llevar á ejecucion el plan del nuevo templo, ó quedaron suprimidas las naves laterales del anterior con las cuatro capillas y sólo permaneció intacta la del medio, ó si no tenia más que una nave, desaparecieron tan solamente las capillas. En 1650 estaba tan adelantada la construccion de la nueva iglesia, que se empezaron á tener en ella las funciones sagradas, pero no quedó concluida del todo hasta 1685. El templo actual es verdaderamente majestuoso; pero el antiguo, aunque no comparable con él en suntuosidad, tiene para nosotros recuerdos muy importantes. Á él acudió S. Luis varias veces al dia durante cinco años; en él reposaron sus sagradas reliquias hasta el 28 de Agosto de 1649; y al ser trasladadas estas de la capilla de S. Sebastian á la de la Santísima Virgen, el 15 de Julio de 1620, asistió á la procesion S. Juan Berchmans llevando uno de los ciriales. Tambien el sagrado cuerpo de este mismo Santo reposó allí muchos años; y como si todos estos recuerdos fueran pocos para hacer venerable el primitivo santuario, recordemos que en él nació y floreció la congregacion *Prima Primaria* de la Santísima Virgen, enriquecida con muchísimas gracias y privilegios por los Sumos Pontífices, seminario de una gran pléyada de hombres eminentes y de Santos

muy esclarecidos, madre y modelo de otras innumerables Congregaciones fundadas en toda la cristianidad bajo diversas advocaciones de Nuestra Señora, que han influido poderosamente en la santificacion é instruccion civil y cristiana, mayormente de la juventud. De lo mucho que en nuestros dias deben las naciones



Imágen de N.ª S.ª dell' Annunziata en el templo de este nombre, visitada todos los dias por S. Luis los 4 años que estuvo en el Colegio Romano. (Véase el libro II, nota 34.)

cristianas á la *Prima Primaria* y sus afiliadas, podremos deducir los copiosos y sazonados frutos que produjeron en mejores tiempos, en los cuales, el Sacerdocio, la Magistratura, las Letras, el mando. la nobleza y todas las clases de la Sociedad tenian en las Congregaciones sus más esclarecidos miembros, que hacian gala de ser Congregantes de la Santísima Virgen.



NOTAS AL LIBRO TERCERO.

1. (Pag. 237.) En varias notas citamos los Procesos hechos para la Canonizacion de S. Luis Gonzaga. Los ejemplares que hemos tenido presentes son estos.

1.º Un tomo en 4.º, manuscrito, que está en poder del Postulador general en las causas de beatificacion y canonizacion de los Venerables y Beatos de la Compañía de Jesus. Tiene por título

Causa Canonizationis S. Aloysii
Copiæ
Processuum Romani, Castellionis
Florentini, Vallis Tellinæ in
Causa S. Aloysii.

Es copia contemporánea y fehaciente, con notas marginales del Decano de la Rota Romana Coccini, y fué citada en los procesos que se hicieron en 1718 y 1726. Al referimos á ella la llamamos por brevedad, *Cod. Coccini.*

2.º Un tomo en folio, impreso, con el título

Congregatione Sacr. Rituum
Emo et Rmo Domino
Cardinali Fabrono.
Romana seu Mantuana
Canonizationis
Beati Aloysii Gonzagæ S. J.

Relatio pro veritate et Animadversiones R. P. D. Fidei Promotoris super statu Causæ ejusque reassumtione, prosecutione et Conclusione. (Prosper de Lambertinis, despues Sumo Pontífice con el nombre de Benedicto XIV.)

Responsio Postulatoris Causæ ad dictas Relationem et Animadversiones. (P. Andreas Budrioli S. J.)

Brevis scriptura juris Illmi Domini Amadorj olim de Laufredinis super numero Miraculorum ad Canonizationem approbatorum.

Summarium omnium commune Romæ 1721.

3.º Otro tomo asimismo en folio, é impreso, intitulado,

Romana seu Mantuana
Canonizationis
Bi Aloysii Gonzaga S. J.
Informatio super dubio:

An, stante Approbatione Virtutum et Miraculorum tuto possit deveniri ad solemnem Canonizationem.

Estos dos últimos libros pertenecen á Monseñor Caprara, Promotor de la fe, quien nos ha hecho el favor de prestárnoslos para consultarlos.

2. (Pag. 238.) Esto lo sabemos por el Príncipe Francisco, que lo depuso con juramento el 1.º de Setiembre de 1608 en el proceso hecho en Castellon. (*Cod. Coccini Process. Castell. Test. IX, P. 108.*)

3. (Pag. 238.) Véase la nota 39 de la primera parte, donde se pone el título de la obra con mayor exactitud. La carta á que se hace alusion en el texto se halla insertada en la parte IV, cap. III, pag. 326 del Proceso citado.

4. (Pag. 239.) D. Tomas Mancini era Secretario del Cardenal de la Rovere, como lo dice el segundo testigo del proceso de Castellon, D. Clemente Ghizoni, Secretario de Estado y Mayordomo del Príncipe D. Francisco. (*Cod. Coccini Process. Castell. Test. II, P. 64.*)

5. (Pag. 241.) «*Abbatis Panormitani Commentaria in secundum librum Decretalium tit. 20 de testibus et attestationibus cap. 28, n. 1.*»

6. (Pag. 243.) El teólogo mencionado por el P. Cepari es el moralista P. Pablo *Comitolus* (Contini), muy conocido por su obra *Consilia seu Responsa moralia.* Nació en Perugia el año 1544 y murió en 1626. Era vocal de la Congregacion de la Provincia Véneta adunada el 22 de Setiembre de 1603 en Piacenza, la cual suplicó al P. General Claudio Aquaviva que promoviese la deseada canonizacion de S. Luis. De los 39 Padres allí reunidos el P. Comitolus firmó el octavo, añadiendo la atestacion insertada por el P. Cepari. (*Romana Canoniz. B. Aloysii Gonzaga S. J. Rel. Resp. Summ. Tit. III, § III, P. 65.*)

7. (Pag. 244.) Esta jóven se llamaba Serafina Mancini, natural de Tivoli, la cual estuvo mucho tiempo en Roma y luégo entró en Castellon en el Colegio de Damas nobles. En el proceso introducido allí por la Autoridad eclesiástica para la canonizacion del B. Luis Gonzaga, ella depuso como testigo de este y de otro milagro. Tiene el número 17 entre los 33 testigos examinados. (*Janning, Acta Sanctorum* p. 1040.) El nombre de la noble matrona favorecida milagrosamente por S. Luis, era D.ª Victoria Alpieri segun lo dice Serafina Mancini. (*Cod. Coccini Process. Castell. Test. XVII, P. 149.*)

8. (Pag. 247.) El caballero Romano del proceso para la canonizacion del B. Luis introducido en Roma, es el testigo décimo octavo y se llama Gaspar Palloni. (*Cod. Coccini Process. Rom. Test. XVI, P. 139.*)

9. (Pag. 260.) La jóven desposada con Sigismundo III, rey de Polonia, de la cual habla aquí el Autor, era Constancia, hija del Archiduque Carlos de Estiria, Carintia y Carniola, y de la Archiduquesa Maria de Baviera. Ana, hermana mayor de la desposada, y primera mujer de Sigismundo III, murió en 1598, cuando Constancia era de 10 años de edad.

10. (Pag. 267.) El proceso aquí mencionado fué introducido en Castellon en 1603 por el Obispo de Brescia, con ocasion de haber ido el P. Cepari á Lombardía á recoger noticias para la vida de S. Luis. Tanto allí como en otras ciudades de Italia se entablaron á instancia del Padre procesos eclesiásticos, como él mismo lo refiere en el prólogo al Lector. Pero no se ha de confundir este proceso de Castellon de 1603 con el de 1608 á que dió motivo el Breve de Paulo V, de 31 de Agosto de 1607.

11. (Pag. 270.) Este caso maravilloso, y el siguiente, acaecido, segun dice el P. Cepari, al otro lado de los Alpes, fueron testificados por el P. Secio Striverio, natural de Catania, connovicio de S. Luis. Este Padre, cuando el Santo impetró estas gracias á sus devotos, era Provincial de la Provincia de Polonia. El Novicio se llamaba Juan Jantkynsky; pero ni entonces, ni en 3 de Agosto de 1609, cuando el P. Striverio, siendo Provincial de la Provincia de Venecia, ratificó con juramento la relacion de ambos milagros, para el proceso de Castellon, dijo el nombre del Padre mencionado en el texto. (*Cod. Coccini Proccss. Castell. Test. XIX, P. 160.*)



NOTAS AL APÉNDICE.

1. (Pag. 284.) Creen algunos que la imágen expuesta en esta ocasion en Castiglione fué la de la escuela del Veronese, que representa á Luis en traje de corte; pero no faltan razones para dudar que sea esto verdad. Lo que sí es cierto que en el primer decenio del siglo XVII las imágenes de S. Luis, sobre todo las destinadas al culto, le representaban en traje religioso (véase entre otros documentos, *Acta Sanctorum* l. c. §. 7, pag. 861), lo cual era muy conforme al espíritu de aquellos siglos de fe, que veian con admiracion á un noble y joven príncipe vestido por propia eleccion de pobre religioso. Así es que se complacian los de Castiglione en llamarle el P. Luis. Ademas en un cuadro antiguo conservado en la sacristía de dicha iglesia, que representa aquella fiesta, se ve el Santo vestido de religioso.

2. (Pag. 285.) Alude el orador al oficio de Embajador cerca de la Santa Sede que tenia el hermano de S. Luis, D. Francisco. Este nació el 27 de abril de 1577, y fué paje del Emperador Rodulfo á los 9 años de edad (véase libro II, cap. 19). Por ser parecido á Luis en la virtud y en el talento y prudencia, aun de jóven se le consultaba en negocios de importancia. Sólo 21 años tenia cuando le envió á Bélgica el Emperador como Embajador suyo. Vuelto de Roma, á donde habia ido de enviado extraordinario del Emperador, éste le nombró su Camarero y Consejero secreto. Años despues ocupó en Roma el cargo de Embajador del Cesar, bajo el Pontificado de Clemente VIII, Leon XI y Paulo V, en el cual tiempo se mostró celosísimo de la canonizacion de su hermano, y con su exquisita prudencia arregló unas diferencias que surgieron entre la República de Venecia y la Santa Sede. Restableció asimismo la buena inteligencia entre el Emperador Rodulfo y Felipe III, el cual en premio de los servicios prestados le hizo *Grande de España,* y le concedió el toison de oro. Por su parte el Emperador elevó á Principado el Marquesado de Castellon. Tambien el Emperador Matías, en prueba de benevolencia, le concedió varias gracias y privilegios.

Entre las fundaciones llevadas á cabo por D. Francisco, merecen especial mencion la del Convento de Capuchinos de S.ta Maria *della Noce,* del Colegio de la Compañía, y *delle Vergini di Gesù.*

10. (Pag. 267.) El proceso aquí mencionado fué introducido en Castellon en 1603 por el Obispo de Brescia, con ocasion de haber ido el P. Cepari á Lombardía á recoger noticias para la vida de S. Luis. Tanto allí como en otras ciudades de Italia se entablaron á instancia del Padre procesos eclesiásticos, como él mismo lo refiere en el prólogo al Lector. Pero no se ha de confundir este proceso de Castellon de 1603 con el de 1608 á que dió motivo el Breve de Paulo V, de 31 de Agosto de 1607.

11. (Pag. 270.) Este caso maravilloso, y el siguiente, acaecido, segun dice el P. Cepari, al otro lado de los Alpes, fueron testificados por el P. Secio Striverio, natural de Catania, connovicio de S. Luis. Este Padre, cuando el Santo impetró estas gracias á sus devotos, era Provincial de la Provincia de Polonia. El Novicio se llamaba Juan Jantkynsky; pero ni entonces, ni en 3 de Agosto de 1609, cuando el P. Striverio, siendo Provincial de la Provincia de Venecia, ratificó con juramento la relacion de ambos milagros, para el proceso de Castellon, dijo el nombre del Padre mencionado en el texto. (*Cod. Coccini Proccss. Castell. Test. XIX, P. 160.*)



NOTAS AL APÉNDICE.

1. (Pag. 284.) Creen algunos que la imágen expuesta en esta ocasion en Castiglione fué la de la escuela del Veronese, que representa á Luis en traje de corte; pero no faltan razones para dudar que sea esto verdad. Lo que sí es cierto que en el primer decenio del siglo XVII las imágenes de S. Luis, sobre todo las destinadas al culto, le representaban en traje religioso (véase entre otros documentos, *Acta Sanctorum* l. c. §. 7, pag. 861), lo cual era muy conforme al espíritu de aquellos siglos de fe, que veian con admiracion á un noble y joven príncipe vestido por propia eleccion de pobre religioso. Así es que se complacian los de Castiglione en llamarle el P. Luis. Ademas en un cuadro antiguo conservado en la sacristía de dicha iglesia, que representa aquella fiesta, se ve el Santo vestido de religioso.

2. (Pag. 285.) Alude el orador al oficio de Embajador cerca de la Santa Sede que tenia el hermano de S. Luis, D. Francisco. Este nació el 27 de abril de 1577, y fué paje del Emperador Rodulfo á los 9 años de edad (véase libro II, cap. 19). Por ser parecido á Luis en la virtud y en el talento y prudencia, aun de jóven se le consultaba en negocios de importancia. Sólo 21 años tenia cuando le envió á Bélgica el Emperador como Embajador suyo. Vuelto de Roma, á donde habia ido de enviado extraordinario del Emperador, éste le nombró su Camarero y Consejero secreto. Años despues ocupó en Roma el cargo de Embajador del Cesar, bajo el Pontificado de Clemente VIII, Leon XI y Paulo V, en el cual tiempo se mostró celosísimo de la canonizacion de su hermano, y con su exquisita prudencia arregló unas diferencias que surgieron entre la República de Venecia y la Santa Sede. Restableció asimismo la buena inteligencia entre el Emperador Rodulfo y Felipe III, el cual en premio de los servicios prestados le hizo *Grande de España,* y le concedió el toison de oro. Por su parte el Emperador elevó á Principado el Marquesado de Castellon. Tambien el Emperador Matías, en prueba de benevolencia, le concedió varias gracias y privilegios.

Entre las fundaciones llevadas á cabo por D. Francisco, merecen especial mencion la del Convento de Capuchinos de S.ta Maria *della Noce,* del Colegio de la Compañía, y *delle Vergini di Gesù.*

Murió en la flor de la edad, el 23 de octubre de 1616 (*Acta Sanctorum* l. c. pag. 851—852). Fué sepultado en la iglesia de S.ta Maria *della Noce*, en la capilla de N.a Señora, poniéndole esta lápida sepulcral:

Franciscus. Gonzaga. Castellionis. Princeps
Et. C. Bibianæ. Pernestanæ. uxori
Dilectissimæ. Quæ. Spiritum. Deo. Reddidit
In. Aurora. Diei. XVII. Februarii
A. D. MDCXVII. Filiis. Carissimis. Ac
Vivens Sibi
P.

3. (Pag. 288.) El cráneo de S. Luis fué primeramente conservado en la capilla del antiguo palacio de los Príncipes, ocupado entonces por los Padres de la Compañía. Pero terminada la iglesia de S. Luis en 1635, fué trasladado á ella el precioso tesoro. A 27 de noviembre de 1678 se colocó donde hoy se venera todavía, en un hermoso nicho de marmol incrustado en el muro de la iglesia; sólo que antes estaba el cráneo en un busto de plata, y hoy se custodia en una simple urna de cristal. Debajo del nicho se halla esta inscripcion:

Divo Aloysio Gonzagæ
Concameratum Aram Penetrale | Pulvinar Calvariæ Sacræ | Lucretia et Olympia | Stirpi Conradi Superstites | Polyxena Amita Utinam Superstes | Collegii Virginum Jesu | Gentili Benemerentissimo | De Suo posuerunt, MDCCLXVIIII.

4. (Pag. 296.) El conde Francisco de Dietrichstein (véase el libro II, cap. 32) nació en Madrid el año 1570, de D. Adan de Dietrichstein, Embajador del Cesar en Madrid, y D.a Margarita de Cardona, emparentada con la familia Real de España. Acabados sus estudios de gramática en Alemania, estudió humanidades y retórica en el Colegio Romano á la edad de 18 años, y entonces conoció á S. Luis, á quien desde entonces cobró gran veneracion. La amabilidad de carácter y pureza de costumbres de Francisco le ganaron el cariño, entre otros muchos, de S. Felipe Neri, que le pronosticó cómo habia de hacer grandes cosas en servicio de Dios. El Papa Clemente VIII, en 1599, le hizo Cardenal y Arzobispo de Olmutz. Fué Príncipe espléndido, grande hombre de estado, padre de su pueblo, y enemigo acérrimo de los herejes, que le persiguieron encarnizadamente. Murió en 1636. (*Ciaconius, Vitæ et Res gestæ Pont. Rom. et S. R. E. Card.*, *Romæ* 1677, tom. IV, 324—327.)

La imágen de S. Luis colocada por el Cardenal en la capilla de N.a Señora, la primera venerada públicamente en Roma, 15 años más tarde se trasladó á la primera capilla consagrada al Siervo de Dios en la ciudad eterna, en la misma iglesia *dell' Annunziata*, donde parece que permaneció hasta 1649. Como aquel año fué trasladado el cuerpo de S. Luis á la nueva iglesia de S. Ignacio, y quedó sin culto la *dell' Annunziata*, el altar de S. Luis se llevó á la sacristía de dicha iglesia de S. Ignacio. La imágen está ahora en la Universidad Gregoriana.

5. (Pag. 297.) El Breve en que Paulo V confirmó á Luis el título de *Beato*, y concedió á D. Francisco el privilegio exclusivo de la obra del P. Cepari, es del tenor siguiente:

Paulus Papa V.

Ad futuram rei memoriam. Piis nobilium virorum, quorum singularia erga Nos et apostolicam Sedem merita id exposcunt votis, quantum cum Domino possumus, libenter annuimus, eosque favoribus et gratiis prosequimur opportunis. Cum itaque, sicut accepimus, dilectus Filius Nobilis Vir Franciscus Gonzaga, — Marchio Castilionis et Medularum, Sacri Romani Imperii Princeps, Charissimi in Christo Filii nostri Rodulphi Romanorum Regis Illustris in Imperatorem Electi a Consiliis Camerarius, et apud Nos et Apostolicam Sedem Orator, — opus quoddam vitam et res gestas Beati Ludovici seu Aloysii Gonzagæ Religiosi Societatis Jesu continens, a dilecto etiam Filio Virgilio Cepario Theologo et Presbytero professo eiusdem Societatis italico sermone conscriptum, quod Nos Venerabili Fratri Nostro Hieronymo Episcopo Albanensi Cardinali Asculano, nec non dilectis Filiis nostris Roberto Sanctæ Mariæ in Via Bellarmino, et Hieronymo Sancti Blasii de Annulo Pamphilio, titulorum Presbyteris nuncupatis Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalibus diligenter videndum et examinandum, antequam in lucem ederetur et typis imprimeretur, commisimus, ad Christifidelium aedificationem et utilitatem in lucem edere, typisque cudi facere intendat; — Nos dicti Francisci Marchionis singularem pietatem summopere commendantes, illum ob eius tum generis nobilitatem, tum singularem erga Nos et Apostolicam Sedem observantiam, aliaque illius merita specialibus favoribus et gratiis prosequi volentes, motu proprio et ex certa nostra scientia ac mera deliberatione harum serie Apostolica auctoritate — concedimus, ut nemo tam in Urbe quam in Universo Statu Nostro Ecclesiastico immediate vel mediate Nobis subiecto, opus praedictum, etiam in aliud Idioma versum sine speciali dicti Francisci Marchionis aut eius hæredum et successorum, vel ab eo et eis causam habentium licentia imprimere, aut ab alio vel aliis sine huiusmodi licentia impressum vendere aut venale habere seu proponere possit. Inhibentes propterea universis utriusque sexus Christifidelibus, præsertim librorum Impressoribus et Bibliopolis sub quingentorum Ducatorum auri de Camera, et amissionis librorum et typorum omnium pro una Cameræ Nostræ Apostolicæ ac pro alia Locis piis, arbitrio eiusdem Francisci Marchionis, seu illius hæredum et successorum ac pro reliquia tertiis partibus Accusatori et Judici exsequenti irremissibiliter applicanda, et eo ipso absque ulla declaratione incurrendis pœnis, ne opus supradictum, aut quam libet illius partem, tam in magno quam in parvo folio, etiam pretextu declarationum, sive additionum ac versionis in latinum vel aliud Idioma tam in Urbe quam in reliquo Statu Ecclesiastico prædictis sine huiusmodi licentia imprimere aut ab aliis impressum vendere aut venale habere seu proponere quoquomodo audeant seu præsumant. Mandantes dilectis Filiis nostris et Apostolicæ Sedis de Latere Legatis, seu eorum Vicelegatis aut Præsidentibus, Guber-

natoribus, Prætoribus aut aliis Ministris iustitiæ Provinciarum, Civitatum, Terrarum et Locorum Status Nostri Ecclesiastici prædicti, quatenus eidem Francisco Marchioni eiusque hæredibus et successoribus seu ab eis causam habentibus huiusmodi in præmissis, efficacis defensionis præsidio assistentes, quandocumque ab eodem Francisco Marchione seu aliis prædictis fuerint requisiti, pœnas prædictas contra quoscumque inobedientes irremissibiliter exsequantur.

Non obstantibus constitutionibus et Ordinationibus Apostolicis et quibusvis statutis et consuetudinibus etiam iuramento, confirmatione apostolica vel quavis firmitate alia roboratis; privilegiis quoque, indultis et Litteris apostolicis in contrarium præmissorum quomodolibet concessis, confirmatis et approbatis, ceterisque contrariis quibuscumque. Volumus autem ut præsentium transumptis etiam in ipso opere impressis manu alicuius Notarii publici subscriptis et sigillo alicuius personæ in dignitate ecclesiastica constitutæ munitis, eadem prorsus fides in Judicio et extra illud adhibeatur, quæ ipsis præsentibus adhiberetur, si forent exhibitæ vel ostensæ.

Datum Romæ, apud S. Marcum sub Anulo Piscatoris die XIX octobris MDCV. Pontificatus Nostri Anno primo.

P. Card. Aldobrandinus.

6. (Pag. 297.) Como vimos, el aposento en que murió Luis fué convertido el año 1605 en capilla á peticion del P. Belarmino. Este, en 1618, siendo ya Cardenal, la adornó con pinturas al oleo, de las cuales habla Janninck (*Acta Sanctorum* l. c. pag. 889) describiéndolas muy por menor. Sobre ellas dice el manuscrito otras veces citado (*Origine del Collegio Romano e suoi Progressi*) tratando del año 1717:

«Sono stati posti nella cappelletta di S. Luigi al Ritiramento (*asi se llamaba la parte del Colegio habitada por los estudiantes recien venidos del Noviciado*) quei Quadri che esprimono varii fatti del santo, ed erano stati fatti fare dal Sig. Card. Bellarmino, e posti in quella stanza, dove morì s. Luigi, e poi erano stati trasferiti nella chiesa di S. Ignazio ai lati del quadro di S. Luigi, e hanno durato a starvi per insino che quella cappella durò ad esser Cappella di S. Luigi. Fatto il nuovo altare e trasferitovisi il corpo del santo, il quadro dell' altare si portò in teologia, e si collocò sopra la cattedra, e li sopradetti Quadri si portarono alla cappelletta del Ritiramento, e il P. Carlo d'Aquino fece loro le cornici e le indorò.»

Tambien hallamos en dicho manuscrito las noticias siguientes, que se refieren *alle cappellette:*

1713. «Quest' anno si è incominciato a ripulire e aggiustare nel Ritiramento la Cammera abitata da S. Luigi, mentre qui studiava. A spese di particolari divoti si è dipinto e ornato il suffitto, la finestra e la porta laterale che era quella per la quale entrava ed usciva S. Luigi.»

1714—21 giugno. «Si è aperta la sopradetta nuova Cappella in onore di S. Luigi, e *ad tempus* si è data licenza che vi si dichi (*sic*) la Messa.»

1715. «Il P. sottoministro Teodoro Maidalchini ha ottenuto dal P. Provinciale licenza illimitata e generale, che si possino dire le messe nella sudetta Cappella.»

1718. «Si pose su l'altare della sopradetta cappelletta (un quadro di S. Luigi che si trovò alla Pariola (*antigua* Villa *de los Padres de la Compañía*, *hoy propiedad del Colegio Germánico*), e alcuni lo stimano dei più simili.»

1719. «Si è dipinto nel Ritiramento il salone sopra la teologia avanti le due cappellette (*la de S. Luis, y otra llamada comunmente* dei voti). Le muraglie e il suffitto si sono coperti di tela, la quale si è dipinta. La spesa l'ha fatta il P. Carlo d'Aquino. In questo stesso anno si è aperta la porta che dal salone dipinto porta alla cappelletta di S. Luigi. Il Sig. Card. Fini ha fatti i stipiti e soglia di marmo e la porta di radica di noce, con ispecchi di radica d'olivo.»

7. (Pag. 305.) He aquí el texto original del Decreto en que S. Luis viene declarado por la Santa Sede Patrono de toda la juventud.

«Cum sanctissimus Dominus Noster Benedictus XIII S. Aloysium decreverit solemniter canonizandum, ut Adolescentibus præsertim venerandus atque imitandus proponeretur Juvenis innocentia vitæ clarissimus: post eius vero canonizationem multæ per Orbem Scholæ, etiam extra Societatem Jesu, illum sibi magna cum utilitate imitandum ut Exemplar et venerandum ut Patronum proposuerint, idcirco Sanctitas Sua, non solum in omnibus et singulis Universitatibus, Gymnasiis vel Collegiis generalium vel non generalium Studiorum Soc. Jesu; verum etiam aliis, si quibus alicubi placuerit, ubicumque exsistentibus vel extituris, eundem Sanctum Aloysium principalem constituit Patronum, cum facultate Missam et Officium proprium de illo per Sedem Apostolicam approbatum dicendi pro Sacerdotibus, aut alias ad Horas canonicas obstrictis, die ipsius anniversario 21 junii in Ecclesiis dictæ Societatis, vel aliis ad quas accedere consueverint, aut voluerint. Indulgentia vero plenaria quibuscumque rite visitantibus Altare ipsius in Festo, ubicumque (iuxta facultatem in Bulla Canonizationis attributam) fieri contigerit: ac Litteras Apostolicas desuper expediri mandavit.

Die 22 Novembr. 1729.

L. S. *Nicolaus Maria Tedeschi*,
Archiep. Apam. S. Rit. Congreg. Secretarius.»

8. (Pag. 306.) Se explica muy bien el origen, práctica y fin de la devocion á los *seis Domingos* de S. Luis Gonzaga en un librito impreso en Mantua el año 1736, en la imprenta de Alberto Pazzoni, con este título:

«Divozione di sei giorni in onore dei sei anni che S. Luigi Gonzaga d. C. d. G. visse in Religione, da praticarsi da chiunque brami efficacemente procurarsi il potentissimo di lui patrocinio. Dedicato al Venerabile Collegio delle sacre Vergini di Gesù di Castiglione.» En 12º, de 107 páginas.

En la introduccion, pag. 11, se dice lo siguiente:

«Di anni 17 ed 8 mesi nel 1585 entrò nella Compagnia di Gesù S. Luigi Gonzaga: poscia l'anno 1591 d'anni 23 e 3 mesi, l'ultimo giorno dell'ottava del Corpus Domini, come più volte avea predetto, santamente vi morì. Da ciò si raccoglie, che gli anni quali visse religioso sono stati più vicino a sei che a cinque, e che il giorno della sua morte fu il giovedì: che però se gratissimo riesce ai santi che si tenga particolar memoria non meno di quelli anni nei quali più si segnalarono in servigio di Dio, che di quel giorno nel quale felicemente passarono da questo mondo al cielo; — e anzi a tacer d'altri, dieci venerdì per tal motivo si sono istituiti ad onore di S. Francesco Saverio e cinque pure ad onore di S. Maria Maddalena dei Pazzi, perchè e in venerdì amendue morirono; e se il primo 10 anni continui faticò nelle Indie, la seconda per 5 fu da Dio stranamente provata con tedj e desolazioni di spirito, che per lei furono il fiero crucciuolo, in cui tanto si raffinò in perfezione e santità: — non può non credersi, che per simil modo al nostro Santo sia per riuscire accettissimo, che i suoi devoti a fine d'onorarlo, 6 giovedì prendino a consagrarli: perchè appunto, come si è detto, e di giovedì seguì la morte e presso che sei anni visse in Religione, i quali, se arguir lo vogliamo da ciò che fece per entrarvi, furono per lui i più avventurati di quanti ne visse mai in questa terra. Ben è vero però che seguì la sua morte alle tre ore incirca venendo il venerdì, e però potendosi anche dire che di venerdì il Santo sia morto, non sarà fuori del suddetto pio costume il sustituire l'un giorno per l'altro, massime quando ad altre circostance per cui paresse più comodo il venerdì, si unisse a maggior merito e quiete il parere del Direttore.

Non è però questo l'unico motivo avutosi in istendere questi divoti esercizi in onore del Santo. La sua beneficenza che tutto dì e in tanti luoghi si sa far largo con tanti e sì stupendi prodigi, quali al pro della sanità, quali a soglievo dell'indigenza e quali infine a profitto e salute dell'anima di chi a lui ricorre, è tale che sveglia ognuno per trovar modo o da meritare anche per se simili favori, o, già ricevutigli, per ringraziarlo. Or qual di questo modo più acconcio; se di proposito talun si ponga alla pratica di questa divozione, che non ristretta a parte alcuna dell'anno, come è la sua Novena, può qualunque volta si voglia esercitare utilmente la pietà e gratitudine verso del Santo Benefattore.

A tal effetto però si sono prese 6 virtù che ponno dirsi le predilette del Santo, e su d'esse, dopo veduto come in ciascuna Egli si diportò, si sono stese 6 meditazioni: alle quali succede un Colloquio ed infine un Esame pratico circa le medesime.»

No se tardó en sustituir seis Domingos á los seis Juéves ó Viérnes, sin duda por ser aquellos más desocupados para los estudiantes y para los fieles en general. Ya en 1739 el P. General Francisco Retz, al pedir indulgencias para esta devocion en honor de S. Luis, habla de *los seis Domingos consecutivos*.

En 1740 se imprimió en la citada imprenta otro opusculito intitulado: «*Le sei Domeniche in onore di S. Luigi . . .*» por el

P. Domingo Faccanoni, de la Compañía de Jesus, el cual parece ser asimismo autor del otro librito y el fundador de la práctica piadosa de que tratamos.

Pronto comenzó ésta á dar copiosos frutos de bendicion, como se refiere en las Cartas ánuas de la Provincia Véneta de la Compañía. Ni en ellas ni en las de otras Provincias se habla de la *seisena* de S. Luis hasta el año 1736, lo cual da bastante claro á entender, que ántes no se hacia. Pero en la relacion de los sucesos correspondientes á los años posteriores se dan algunas noticias que merecen ser insertadas aquí, traducidas del latin.

1736—1740. «Hubo gran concurso al ejercicio de los diez Domingos en honor de N. S. P. Ignacio, y de los seis domingos que poco ha se han celebrado (*nuper celebrati*) en reverencia de S. Luis; para la cual práctica ha servido más que ningun otro el librito impreso para los jóvenes Mantuanos.» Desde luégo se ve que se refiere al publicado por Pazzoni en 1736.

1740—1743. «La devocion de los seis domingos en honor de S. Luis, instituida recientemente, la celebran los estudiantes con tanta avidez como si se reuniesen para la comunion general de cada mes.»

1746—1749. «Los seis domingos en honor de S. Luis se celebran con gran solemnidad y mayor devocion, no sólo en nuestras iglesias, sino tambien en otras.»

1754—1758. «Se creeria como un pecado (*instar piaculi*) no practicar en el decurso del año dicha devocion.»

9. (Pag. 310.) El título del libro en que el P. Budrioli recogió las gracias obtenidas por invocacion de S. Luis es como sigue:

«Delle grazie di S. Luigi Gonzaga d. C. d. G. Approvate per miracolose. Dedicato all' impareggiabile merito di Mons. Marco Antonio Colonna, Maggiordomo di N. S. Papa Benedetto XIV, e gran divoto, e parente del Santo.» (Padova 1756, in 8º. Tom. I, 680 pag.; Tom. II, 718 pag.; Tom. III, 778 pag.; Tom. IV, 616 pag.)

10. (Pag. 319.) Bueno será trasladar aquí literalmente algunos testimonios depuestos con juramento en los Procesos, para que se vea el concepto que los testigos tenian de las dotes extraordinarias de S. Luis.

El P. Mucio Vitelleschi, General de la Compañía, siendo Asistente de Italia depuso lo siguiente en el Proceso para la Canonizacion hecho en Roma el año 1609:

«Si vedeva in lui (*en Luis*) una mirabile prudenza, cristiana e religiosa, ed io in particolare ne restai più volte maravigliato del giudizio naturale congiunto con lume di Dio secondo il quale reggeva tutti i suoi disegni e discorsi, e non pensai mai che dovesse morire di quell' infermità perchè teneva per certo che Dio N. S. l' avesse chiamato alla Compagnia per dargli a suo tempo il governo di lei, facendolo Generale per suo gran bene. (*Cod. Coccini Process. Rom. Test. XI, P. 118.*)

El P. Vicente Figliucci, de la Compañía de Jesus, se expresa así:

«Nella prudenza questo Beato superava l' età, e pareva che avesse prudenza più che umana, e la mostrava nel parlare con molta considerazione, ed in tutte le sue azioni esteriori, e pareva che non facesse cosa alcuna se non premeditata avanti e indirizzata a quel fine che si deve, e di qui procedeva la singolar quiete e tranquillità d' animo che sempre godeva. Fu questo Beato molto segnalato nella virtù dell'umiltà, fuggendo ogni sorte di lodi che gli poteva venire o dalla nobiltà del sangue o dalle parti singolari ch' egli aveva ricevuto dalla natura.» (*Cod. Coccini Process. Rom. Test. XXIII, P. 160, 161.*)

Tambien el P. Felipe Rinaldi, asimismo de la Compañía, afirma del santo joven lo siguiente:

«È vero che lui (*Luis*) fosse di grandissimo ingegno e dottrina, come anco fu umilissimo, in modo che non parlava de' studi se non nelle occasioni, e nel resto del tempo non diceva niente; e difese nel Collegio Romano le conclusioni di filosofia e con grand' umiltà e modestia, mortificandosi che a lui più che all' altri si fosse concesso il difenderle in quella forma.» (*Cod. Coccini Process. Rom. Test. XXIV, P. 166.*)

En los Procesos de Castiglione afirma lo siguiente el P. Darío Tamburelli, tambien de la Compañía:

«La prudenza dèl B. Luigi l'ho conosciuta mentre che, notando le sue azioni e con lui ragionando, vedeva che il tutto ordinava con aver l'occhio al voler di Dio ed all'ineffabile ed eterna regola; era nelle sue azioni composto e con imperturbabile tranquillità d'animo, di che tutti ci accorgevamo che era comune opinione tra noi che, se Dio gli dava vita, saria stato soggetto atto per ogni gran carico nella nostra Religione.» (*Cod. Coccini Process. Castell. Test. XII, P. 115b.*)

D. Rodulfo de Petrocenis, natural de Castiglione, Doctor en Derecho, habla así de la permanencia de Luis en España:

«Imparò logica e matematica e tenne conclusioni tanto bene, che quei dottori restavano maravigliati . . . ed aveva un bellissimo intelletto . . . Era prudentissimo e stupivano quelli che praticavano con lui che avesse tanta prudenza, e quando andavamo in Spagna con l'Imperatore ei si intrometteva nei circoli di uomini di gran valore e discorreva con loro come se fusse stato un uomo vecchio ben intendente, ed alla sua presenza nessuno ardiva dire parole sconcie, e se pure ne avessero voluto dire egli saria andato via come che quella conversazione non facesse per lui. (*Cod. Coccini Process. Castell. Test. III, P. 70, 72b.*)

El P. Jorge Giustiniani, de la Compañía de Jesus, en los Procesos de Parma hechos el 1604, asegura en la página 9, que todos trataban á Luis con tanto respeto como si fuese más avanzado en edad, y por valernos de sus palabras, como si fuese uno de los Padres más graves, aunque sólo tenia unos 18 años. Añade dicho Padre que lo solian llamar *il nostro Generalino*, persuadidos que de seguro por sus raras cualidades llegaría á ocupar aquel

cargo, dándole Dios vida. *E di questo*, prosigue el P. Giustiniani, *era tra noi altri pubblica voce e fama.*

Terminemos con el testimonio del P. Plati (Piatti) traduciéndolo del latin (*«Vocatio Aloysii ad Societatem Jesu»* referido en el *Acta Sanctorum* l. c. pag. 899). «No fué ciertamente pequeño el adelantamiento de Luis en las letras (*mientras estuvo en Milan*, de 1584 á 1585). Porque su excelente ingenio, junto con infatigable diligencia, vencian las distracciones á que debia estar sujeto en medio de tantas ocupaciones. Porque, conviene repetirlo, eran grandes los dones sobrenaturales de que estaba adornado, pero no fueron menos maravillosas sus cualidades naturales; y así se veia en él, ademas del talento, un juicio y prudencia de anciano en todas sus acciones, dichos y respuestas. Por esto el Marques su padre le empleó en asuntos gravísimos aun con personas principales.»

11. (Pag. 320.) Dice el Sr. Litta *«Le celebri famiglie Italiane»* tomo IV, Tav. XVII, que los enemigos de la Compañía se burlarian de la perfeccion con que S. Luis, ni siquiera se permitia fijar la mirada en el rostro de su madre, segun en su vida se refiere. Pero rechaza muy bien la acusacion con una sentencia que honra á un seglar:

«Siccome lo stato della perfezione è straordinario, non dobbiamo meravigliarci che le circostanze che lo accompagnano sieno straordinarie.»

Ó en otras palabras, que hablando de los Santos no nos hemos de valer de la medida con que nos regulamos en las circunstancias ordinarias de la vida.



INDICE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

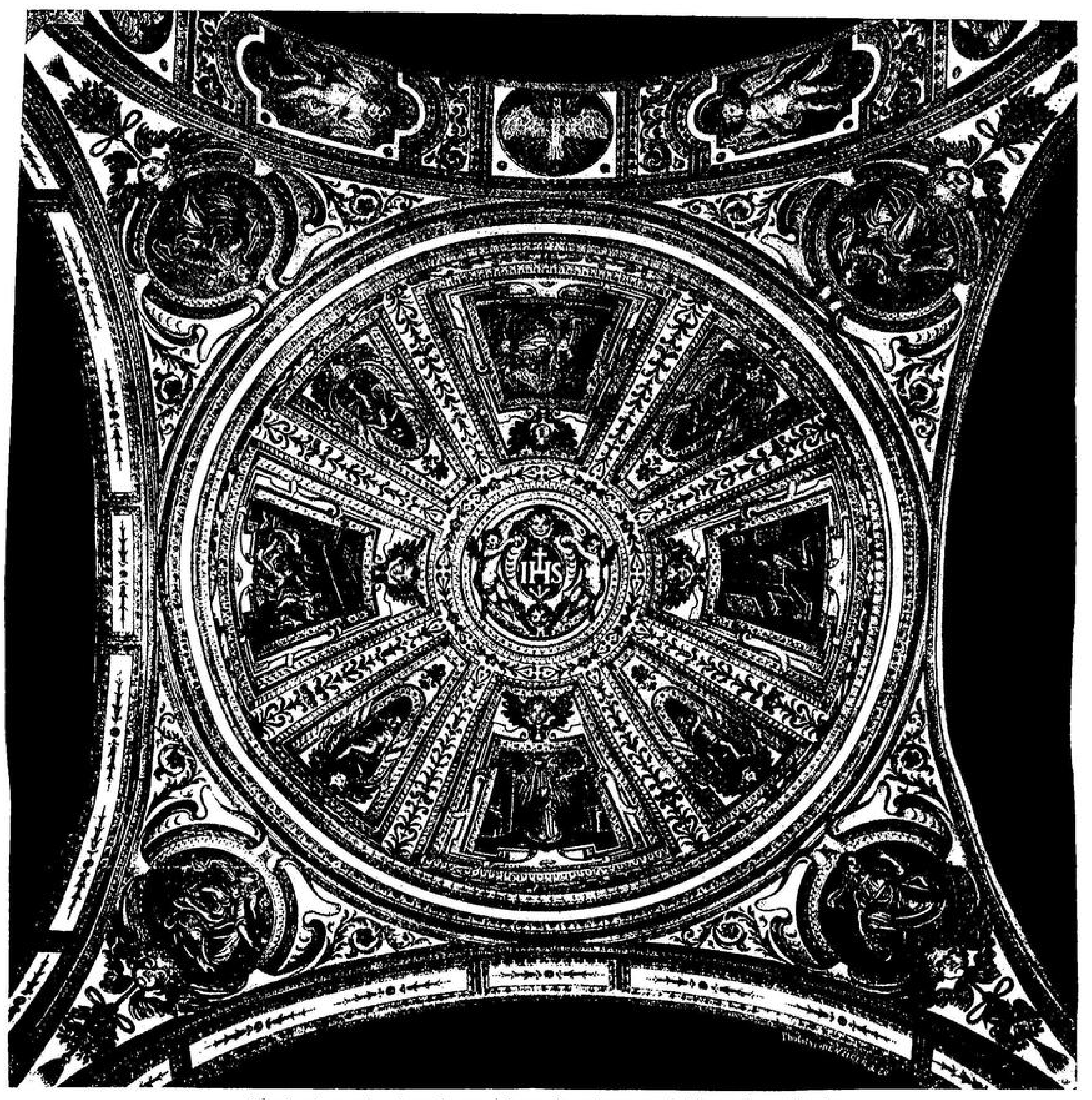
LIBRO TERCERO.

GLORIA POSTUMA DE S. LUIS GONZAGA.

APÉNDICE Á LA OBRA DEL P. CEPARI.

NOTAS.





Cúpula ricamente adornada con labores de estuco, que habia en la capilla de S. Luis del templo dell' Annunziata. (Véase el libro II, nota 34.)

Los Señores, Condes, Marqueses, Principes y Duques de la Casa Gonzaga de Mantua, Castellon, Guastalla, Bozzolo y Sabbioneta.

Gonzagas de Mantua: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18

Gonzagas de Castellon: 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27

Gonzagas de Guastalla: 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35

Gonzagas de Bozzolo: 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43

Gonzagas de Sabbioneta: 44, 45, 46, 47, 48

1) Ludovico I (Luigi) Gonzaga.
2) Guido.
3) Ludovico II.
4) Francisco I.
5) Juan Francisco.
6) Ludovico III, llamado il Turco.
7) Federico I.
8) Francisco II.
9) Federico II.
10) Francisco III.
11) Guillermo.
12) Vicente I.
13) Francisco IV.
14) Fernando I.
15) Vicente II.
16) Carlos I.
17) Carlos II.
18) Fernando II.
19) Rodulfo I.
20) Luis (Aluigi) Alejandro.
21) Ferrante I.
22) Rodulfo II.
23) Francisco.
24) Luis (Aluigi) I.
25) Ferrante II.
26) Carlos.
27) Ferrante III.
28) Ferrante I.
29) Cesar I.
30) Ferrante II.
31) Cesar II.
32) Ferrante III.
33) Vicente.
34) Antonio Fernando.
35) José Maria.
36) Juan Francisco I.
37) Pirro.
38) Federico, hijo de Pirro.
39) Carlos.
40) Ferrante.
41) Escipion.
42) Fernando.
43) Juan Francisco II.
44) Juan Francisco.
45) Carlos Luis (Luigi).
46) Ludovico.
47) Luis (Luigi) Rodomonte.
48) Vespasiano

Fototip. Benziger & Co., Einsiedeln, Suiza.

Los retratos de los Gonzagas de Mantua están tomados de grabados hechos bajo la direccion del conde d'Arco, conforme á los frescos que hay en la sala Ducal en el Palacio de los Duques de Mantua. — Los retratos de los Gonzagas de Castellon están tomados de lienzos y monedas que se hallan en poder del Profesor Oliv. Jozzi. — Los retratos de los Gonzagas de Guastalla, Bozzolo y Sabbioneta están tomados de bustos de marmol y cuadros al oleo existentes en S. Martin all'Argine, Bozzolo y Sabbioneta, sobre todo en los respectivos sepulcros, y en parte tambien de las estatuas de los mismos que pertenecen al municipio de Sabbioneta.

B.

Arbol genealógico de los GONZAGAS de Castellon delle Stiviere

Advertencia. Los nombres escritos con letra gruesa son de los Príncipes reinantes; los precedidos de una * son de los que se sabe que trataron con S. Luis Gonzaga.

Ludovico III., llamado el Turco.

II. Marques de Mantua etc. (véase el arbol genealógico de los Gonzagas de Mantua.) Casó con Bárbara, hija de Juan de Hohenzollern, llamado *el Alquimista*, sobrina de Federico VI burgrave de Norinberga, I Marques y Elector de Brandeburgo.

Federico I. — Francisco. — Juan Francisco. — Susana. — **1. Rodulfo I.** — Dorotea. — Cecilia. — Barbara. — Ludovico. — Paula.

1. Rodulfo I. 1er Señor de Castellon, Solferino, Goffredo, Príncipe del Sacro Romano Imperio (por Sigismundo, 22 Set. 1493), nació en 1451, † 6 el de Julio de 1495, casó en primeras nupcias con Antonia, hija de Sigismundo Malatesta (1480), en segundas con Catalina Pico, Condesa de Mirandola, hermana del famoso Juan Pico.

Hijos de Rodulfo I.:

- Lucrecia (1), Barbara (2) — gemelas.
- Juan Francisco (3) — Señor de Luzzara feudatario de Carlos V 29 de Mayo de 1521 † 1524, casó con Laura, hija de Galeazzo Pallavicino.
  - Maximiliano — en 1557 vendió á Luzzara al Duque Guillelmo de Mantua, la compró de nuevo en 1561, pactando que Guillelmo conservase el feudo, la jurisdiccion y el Castillo, cediendo tan solo el título; † 1578; casó con Catalina Colonna, hija de Próspero Colonna.
    - Marco Antonio — en 1579 Primicerio de la basílica ducal de S. Andres de Mantua. En 1589 nombrado por Sixto V Obispo de Casal mayor Gobernador del Margraviato de Monferrato † 7 Mayo 1592.
    - Prospero — Gran Mayordomo de los Duques Guillelmo y Vicente I de Mantua † 25 Set. 1614, casó con Isabel Gonzaga.
- **2. Luis (Aluigi) Alejandro** (6) — II Señor de Castellon, Solferino, Goffredo, nació hacia el 1488, † el 19 de Julio de 1549, casó en 1as nupcias con Ginebra, hija de Nicolas Rangone (hacia el 1513), en 2as el 1541 con Catalina, hija del Conde Juan Santiago Anguissola de Piacenza.
- Paula (4) — casó con Nicolas Trivulcio, Conde de Musocio.
- Julia (5) — Religiosa en S. Pablo de Mantua, † en 1544.

Hijos de Luis Alejandro:

- **3. Ferrante I.** (2) — III Señor y 1er Marques (á fines de 1579) de Castellon, Príncipe del S. R. Imperio, † 13 Febr. 1586, casó con Marta Tana de Santena.
- Horacio (3) — Señor de Solferino, casó con Paula Martinengo, † el 14 de Enero de 1587.
- * Alfonso (1) — Señor de Castelgoffredo, † el 7 de Mayo de 1592, casó con Hipólita Maggi.
  - Ferrante. Julia. Ginebra. Angélica. Bibiana. Luisa. Maria. Catalina.

Hijos de Ferrante I.:

- San Luis (1) — nació 9 Marzo 1568, entró en la Ca. 1585, † 21 Junio 1591, fue beatificado de hecho a 21 de Mayo 1605 por la permision papal de que su imagen fuese expuesta á la veneracion pública; formalmente (vivæ vocis oraculo) beatificado el 26 de Setiembre 1605; confirmado bienaventurado por breve de 19 de Oct. 1605, canonizado el 31 de Dic. 1726.
- * Ferrante (3) — nació 15 Abr. 1570, † 9 Mayo 1577.
- * **4. Rodulfo II.** (2) — IV Señor y II Marques de Castellon; nació 7 Mayo 1569, † 3 Enero 1593; casó con Helena Aliprandi.
  - Cintia — nació 7 Enero 1589, † 23 Abr. 1649.
  - Helena — nació 1590, † 5 Agosto 1593.
  - Olimpia — nació 1 Set. 1591, † 23 Dic. 1645.
  - Gridonia — nació 30 Set. 1592, † 17 Julio 1650.
- * Carlos (4) — nació 19 Julio 1572, † 23 Agosto 1574.
- * **5. Francisco** (6) — V Señor y III Marques de Castellon, Príncipe del S. R. Imperio, 7 nov. 1602, Señor de Medole (en cambio de Castelgoffredo), 1609 hecho Príncipe de Castellon por Rodulfo II; nació 27 Abr. 1577, † 23 Oct. 1616, casó con Bibiana Pernstein.
- * Isabel (5) — nació 12 Nov. 1574, † 1593.
- * Cristierno Vicente (7) — nació 20 Set. 1580, † 1635; casó con Marcela, hija del Marques Malaspina.
  - **8. Carlos** — IV Príncipe de Castellon (fines de 1678) y Marques de Medole nació 3 Mayo 1616, † 21 Mayo 1680, casó con Isabel, hija del Conde de Martinengo.
    - **9. Ferrante III** — V Príncipe de Castellon, perdió el principado por ser del partido Frances en la guerra de sucesion al Trono de España; nació 28 Agosto 1648, † 12 Dic. 1723; 1680 casó con Laura Pico de la Mirándola.
    - Luisa — casó con Hipólito Malaspina.
    - Francisco — nació 10 Mayo 1652.
    - Cristierno — nació 13 Oct. 1653, † 15 Feb. 1743.
    - Luis — nació 1650; † siendo Jesuita en 1720.
    - Eleonora — casó con Jerónimo de Fuentes, † 20 Dic. 1720.
    - Marcela — Religiosa, † 17 Dic. 1710.
  - Francisco — † 1630.
  - Luisa (Aluigia) — † 1630.
- * Diego (8) — nació en Madrid y fué bautizado en Set. de 1582, † 18 Agosto 1597.

Hijos de Francisco:

- **6. Luis (Aluigi) I.** (5) — II Príncipe de Castellon y Marques de Medole; nació 25 Enero 1611, † 22 Febr. 1636; casó con Laura Boschi llamada la Católica.
  - Francisco — † 1 Agosto 1636, siendo niño.
- Maria (1) — nació 8 Febr. 1602, † 16 Jun. 1613.
- Luisa (2) — nació 29 Set. 1603.
- Polisena (3) — nació 2 Enero 1606.
- Marta (4) — nació 8 Enero 1610.
- Juana (6) — nació 26 Ag. 1612.
- **7. Ferrante II** (7) — III Príncipe de Castellon, nació 7 Ag. 1614, † 23 Abril 1675; casó con Olimpia Sforza, hija de Juan Pablo, Marques de Caravaggio.
  - Lucia — casó con Federico Gonzaga.
  - Bibiana — casó con Carlos Filiberto, Marques de Este.
  - Luis — † de 13 años de edad.

Hijos de Ferrante III:

- **Luis II** — Príncipe titular de Castellon, nació 11 Nov. 1680, † 1746; casó con Ana, Condesa de Anguissola.
  - Elisa — casó con Bartolomé Violini de Ceneda.
  - **Leopoldo** — nació 1716, † 1760; casó con Helena Medini.
    - Luis (Luigi) Felipe — nació 1745, † 1819; casó con Isabel Rangoni; murió sin sucesion.
    - Laura — casó con Arduino Dandalo.
  - Carlos — Camaldulense, † 1733.
- Carlos — nació 25 Enero 1682, † 1704.
- Francisco — nació 8 Mayo 1684, † 1750; fué Mayordomo de la Reina de España, casó primeramente con Isabel de Manuel Ponce de Leon, y despues con Julia Cltería de Carmine Caracciolo.
  - Costanza — nació 31 Dic. 1729, fué Religiosa.
  - Laura.
  - Felipe Luis (Luigi) — nació 31 Enero 1738, † 1740.
  - Felipe Luis (Luigi) — nació 19 Dic. 1740, † siendo niño.
  - del segundo matrimonio:
    - Maria Luisa (Luigia) — casó con el Conde de Fuentes.
    - Saveria — casó con Pedro de Alcántara Duque de Medina Celi.
- Almerico — nació 1 Feb. 1686, † 23 Agosto 1771, Camaldulense.